

HISTORIA
DE LA CONQUISTA,
Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
ESCRITA

POR D. JOSEPH
DE OVIEDO Y BAÑOS,
VECINO DE LA CIUDAD
DE SANTIAGO DE LEON DE CARACAS.

QUIEN LA CONSAGRA,
Y DEDICA A SU HERMANO
EL SEÑOR

D. DIEGO ANTONIO
DE OVIEDO Y BAÑOS,

OYDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS
de Santo Domingo, Guatemala, y Mexico, del Consejo
de su Magestad en el Real, y Supremo
de las Indias.

PRIMERA PARTE.

CON PRIVILEGIO: En Madrid, en la Imprenta de D. Gregorio Hermosilla,
en la calle de los Jardines. Año M. DCC. XXIII.

*** Hallaráse este Libro en dicha Imprenta. ***

HISTORIA
DE LA CONQUISTA
Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA
ESCRITA

POR D. JOSEPH
DE OVIEDO Y BAÑOS,
VECINO DE LA CIUDAD
DE SANTIAGO DE LEON DE CARACAS.

QUIEN LA CONSAGRÓ
Y DEDICÓ A SU PATRIA
EL SEÑOR



D. DIEGO ANTONIO
DE OVIEDO Y BAÑOS,
OYDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS
de Santo Domingo, Guatemala, y Mexico, del Consejo
de la Magestad en el Real, y suplico
de las Indias.
PRIMERA PARTE.

CON PRIVILEGIO: En Madrid en la Imprenta de D. Gerónimo Hernández
en la calle de los Jesuitas Año del BIC. XXIII.

CENSURA DE DON ANTONIO DONGO,
Bibliothecario de la Real Bibliotheca de su Mage-
stad, y Oficial de la Secretaria
de Estado.

M. P. S.

DE orden de V. A. he reconocido el Primer Tomo de vn Libro intitulado, *Conquista de la Provincia de Venezuela*, su Autor Don Joseph de Oviedo y Baños, y en èl no he hallado cosa en que se desvie de lo que enseña la Santa Iglesia Romana, ni cosa opuesta à las Regalias, y buenas leyes de estos Reynos, por lo qual se le debe dar la licencia que pide. Assi lo juzgo: *Salvo, &c.* Madrid, y Agosto 26. de 1722.

Don Antonio Dongo.

APROBACION DEL LICENCIADO DON
Manuel Isidoro de Mirones y Benavente, del Consejo de
su Magestad. y Oidor de la Real Au-
diencia de Panamá.

EN obedecimiento al orden del señor Don Christobal Damasio, Canonigo de la insigne Colegiata del Sacromonte Ilipulitano Valparaíso, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa, y su Partido, he leído el Libro intitulado, *Historia de la Provincia de Venezuela*, que intenta dar à la Estampa Don Joseph de Oviedo y Baños, vecino de Caracas: Y embargada la atencion desde el principio, por la curiosidad de venir en conocimiento de lo que se avia ocultado al publico con especificacion por tantos años, pues solo se refiere en general por Antonio de Herrera en sus Decadas; (1) y demás Choronistas de la America, el arribo de los Españoles à la dilatada Costa de Barlovento, Poblacion de Coro, y reduccion de aquella parte del nuevo Mundo al Gremio de la Iglesia, y dominio de nuestros Catholicos Monarcas; quedè suspenso, admirando por el contexto, el inimitable desvelo del Autor en solicitar materiales que perfeccionassen la obra; pues no ministrandose los Escritor alguno en particular, debió à su aplicacion el hallarlos, registrando los Archivos de la Ciudad de Caracas, y otras de aquel territorio, cuya duplicacion de trabajo, por tener el temperamento de aquel clima reducidos los papeles, así por la humedad, que consume lo escrito, como por la polilla, que taladra los procesos, à vn caos, que pone en confusion lo pasado, no es justo se quede en el silencio. Y si à los primeros inventores de las cosas, segun refiere Polidoro Virgilio en su Epistola Dedicatoria à Ludovico Odacio, (2) no se les debe defraudar del aplauso de que la infatigable investigacion de su discurso les hizo acreedores, dando à luz la verdad de lo que estaba negado hasta entonces à la noticia de los hombres; careciendo la Historia de lo que al presente desea el Autor se imprima, es digno de que se le otorgue la licencia, para que en la memoria de los siglos, disfrute en alabanzas lo que sus tareas estudiantas le han grangeado de merecimiento.

(1)
 Herrera
 Decada 4.
 lib. 4. cap.
 7. y lib. 6.
 cap. 1.

(2)
 Polidoro
 Virgilio de
 gli inven-
 tori delle
 cose.

Materiales tuvieron Triboniano , Theophilo , y Doroteo en las innumerables respuestas de los Jurisconsultos para desempeñar lo que el zelo de el Emperador Justiniano les avia encomendado à su experiencia consumada; (3) pero el aver de reducir la confusion de tantas decisiones al orden de cinquenta libros de que se componen los Digestos , y à la serie de titulos para la mayor claridad de los tratados , motivò , à que como no esperada , se atribuyesse à sus Autores , entre los elogios que merecia su aplicacion , deberse à influxo mas que humano el acierto de la obra: *Opus desperatum, quasi per medium profundum euntes, caelesti favore adimplevimus.* (4) Permitase la aplicacion à quien sin mas que los limitados apices de noticias de los principios de la Conquista , engolfado en la confusion de los Archivos , en las circunstancias referidas ha procurado dar à luz con tan buen methodo, en la division de Libros , y Capítulos, como en deleytoso , y culto estilo , la Historia de Venezuela, que echaba menos la curiosidad , para adorno de las Bibliothecas , y conocimiento individual de aquel País.

Si el argumento de la obra hace digno de recomendacion al Autor, no es menos entre lo igual , y cadente de la narrativa (sin las afectaciones , frasses , periodos , y terminos , que la novedad ha introducido) la conformidad con las reglas de consumado Historiador. Prescrivelas Ciceron en las palabras siguientes : *Prima historiae lex, nequid falsi dicere audeat, secunda, nequid veri non audeat, neque suspicio gratiae sit in scribendis.* (5) Para censurar si ha declinado de los originales que ofrecieron assumpto à tan importante idèa , no es preciso recurrir al cotejo , pues sobra la justicia en los aplausos, que consagra à la memoria de los Heroes , que sin reparar en montes de dificultades expusieron sus vidas à que el tropèl de Barbaros los sepultasse , si mano Soberana no los dirigiesse para el fin que tenia destinado la Sabia Providencia ; y en el vituperio de los que despreciando la razon , y la clemencia executaron en aquellos miserables , ò porque se resistian al verse despojar de sus haciendas , ò cautivar su libertad , lo que su degeneracion de lo humano les dictaba:

(3)

Lex 2. §. Omnia;
Cod. de veteri
Iure enuclean,
do,

(4)

In proemio in-
stitutionum Im-
perialium Iusti-
niani , §. Quorū
utramque viam.

(5)

Ciceron lib. 2.
Orator.

punto, que han omitido algunos escrupulosos, saliendo de los limites de su instituto, por no coadyuvar la mordaz objeccion Estrangera al zelo que movió à los Españoles à la Conquista, y de que haciendose cargo el señor Solorzano en su Politica Indiana, (6) lo satisface como acostumbra; pues anivelarse las humanas acciones por las reglas de la prudencia, no se huviera dado lugar à que antes que el Derecho de las Gentes dividiese los dominios de las cosas, promulgasse leyes, que imponiendo penas à los delinquentes, sirviesen de exemplar al escarmiento. (7)

(6)
Libro 1. cap. 12.
(7)
Minsingero super instit. exponiendo el §. Ius autem gentium, lib. 1. tit. 2.

En el cuerpo de la Historia se han ofrecido ocasiones, en que las hazañas de los antepassados de la nobilissima familia con quien se halla aliado, ò las piadosas memorias que fundò el Ilustrissimo señor Don Diego de Baños, dignissimo Obispo de Caracas, Tio del Autor, dexassen correr la pluma à los elogios; pero arreglandose à la ley *Neque suspicio gratiae sit in scribendis*, (8) en igual fiel, sin que à su animo lo alterassen los vinculos del parentesco, ha sabido (9) publicar sin distincion, segun el merito de cada qual, lo que la fama en el templo del honor debe manifestar para su gloria.

(8)
Cicero vbi sup.

(9)
Cap. Cum aterni Iudicis Tribunal in sexto de sententia, & re iudicata.

El impulso que movió al Autor es singular, pues fue el de que reviviese la memoria sepultada en los espacios del olvido de los Conquistadores, que aviendo vertido su sangre, y superado imposibles, quando sus hechos debian servir de pauta para estimulo de su posteridad, de quienes se halla habitada aquella fertilissima Provincia, apenas se conservaba aun en los mas interesados alguna tradicion. Asumpto fue del Poeta: (10)

(10)
Virgilio lib. 1. Encidos.

*Fortia facta patrum, serres longissima rerum,
Per tot ducta viros, antiquae ab origine gentis.*

(11)
Lib. 5. Epistola 2.

Digno de aprecio juzgò Plinio el Junior (11) era el recuerdo de las acciones de los que por sus virtudes no debian morir para los hombres: *Quia mihi pulcrum videtur, non pati occidere, quibus aeternitas debetur.* Y siendo la Historia medio que ha discurrido la piedad, para que atestigüe lo passado de los tiempos, aclarar la verdad de los hechos, y trayendolos à la memoria sea Maestra de la vida para arreglar nuestras operaciones.

ciones , como lo notò Ciceron , (12) *est enim Historia* (12)
testis temporum , lux veritatis , vita memoriae , & magistra vite ; Vbi supra,
 nò solo con el merecido aplauso se debe dar à la
 Estampa, sino instarle à que quanto antes conceda al
 publico la Segunda Parte, que en esta obra tiene pro-
 metida : esforçandole con las palabras de Hugo Car-
 denal , (13) como escritas al intento : *Ministerium tuum*
imple , vel in libris scribendis , quod est opus pietatis , ut in (13)
illis doceantur posteri , sicut Augustinus fecit , Hieronymus , & In Apocalipsi
cæteri. Y no conteniendo punto contra nuestra Sagra-
 da Religion , y buenas costumbres ; antes si muchos do-
 cumentos para el exemplo , soy de sentir se le debe
 conceder la licencia que pide : *Salvo meliori , &c.* De este
 Estudio, Madrid , y Enero 27. de 1723. años.

Lic.D.Manuel Isidoro de Mirones
y Benavente.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOs el Doct. Don Christobal Damasio , Canonigo
 de la Insigne Iglesia Colegial del Sacromonte
 Ilipulitano Valparaíso, extra muros de la Ciudad de Gra-
 nada , Inquisidor Ordinario de Corte, y Vicario de
 esta Villa de Madrid , y su Partido , &c. Por la presente, y
 por lo que à Nos toca damos licencia, para que se pueda
 imprimir , è imprima el Libro intitulado , *Historia de la*
Conquista , y Poblacion de la Provincia de Venezuela,
 Primera Parte, compuesta por Don Joseph de Oviedo y
 Baños. Atento que de nuestra orden ha sido visto , y re-
 conocido , y constar no aver en èl cosa opuesta à nuestra
 Santa Fè Catholica, y buenas costumbres. Fecha en Ma-
 drid à primero de Febrero del año de 1723.

Doct. Damasio.

Por su mandado
Lorenço de San Miguel.

SUMA DEL PRIVILEGIO.

Tiene Privilegio del Rey nuestro señor, por tiempo de diez años, Don Gregorio Hermosilla, para poder imprimir el Libro intitulado, *Historia de la Conquista, y Poblacion de la Provincia de Venezuela*, Primera Parte, su Autor Don Joseph de Oviedo y Baños, sin que otra persona alguna pueda passar à imprimirlo sin su permiso, so las penas contenidas en dicho Privilegio, como mas largamente consta de su original, refrendado de Don Balthasar de San Pedro, Escrivano de Camara. Fecho en Baltsain à 24. de Septiembre de 1722. años.

FEE DE ERRATAS.

Pag. 2. col. 1. sepulfan, lee *sepultan*; y en la linea siguiente, tus, lee *sus*; y en la vltima, Ozinoco, lee *Orinoco*. Pag. 6. col. 2. Pavia, lee *Paria*. Pag. 47. col. 2. vateges, lee *vateles*. Pag. 51. col. 2. occidental, lee *accidental*. Pag. 54. col. 2. provihon, lee *provision*. Pag. 55. col. 1. Pavia, lee *Paria*, y lo mismo en la siguiente columna, y demàs partes donde huviere semejante errata. Pag. 77. col. 2. Suecia, lee *Suavia*. Pag. 85. col. 1. Urre, lee *Utre*, y lo mismo en las demàs partes donde se encontrare otra tal. Pag. 86. col. 1. de fuerde, lee *de suerte*. Pag. 114. col. 2. Caravjal, lee *Carvajal*. Pag. 128. col. 2. rogeando, lee *vogeaudo*. Pag. 149. col. 1. Cuayqueries, lee *Guayqueries*. Pag. 172. col. 1. pulto, lee *distrito*. Pag. 193. col. 2. para passar del Perú à Panamá, lee *para passar de Panamá al Perú*. Pag. 229. col. 1. perlamentada, lee *parlamentada*. Pag. 252. col. 2. an, lee *tan*. Pag. 254. col. 1. primeros, lee *primores*. Pag. 264. col. 1. setecientos, lee *seiscientos*. Pag. 267. col. 2. supuestos, lee *sujetos*. Pag. 295. col. 2. para estas canas, lee *por estas canas*. Pag. 328. col. 2. setecienos, lee *seiscientos*. Pag. 334. col. 1. pareció, lee *pereciò*. Pag. 358. col. 2. assalar sus sementerar, lee *assolar sus sementerar*. Pag. 365. col. 1. quintales, lee *quilates*. Pag. 366. col. 2. fianças, lee *fincas*.

Este Libro intitulado *Historia de la Conquista, y Poblacion de la Provincia de Venezuela*, su Autor Don Joseph de Oviedo y Baños, y con estas erratas corresponde à su original. Madrid, y Febrero à tres de 1723.

Lic. D. Benito de Rio Cao de Cordido,
Corrector General por su Magestad:

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los señores de el Consejo Real este Libro intitulado, *Historia de la Conquista, y Poblacion de la Provincia de Venezuela*, à ocho maravedis cada pliego, el qual parece tiene noventa y seis, sin principios, ni tablas, como mas largamente consta de su original, despachado en el Oficio de Don Balthasar de San Pedro, Escrivano de Camara, y de Gobierno. Madrid, y Febrero 4. de 1723.

Don Balthasar de San Pedro.

CON LA OCASION DE PUBLICARSE
*esta Historia congratula à la Ciudad de Caracas
el Licenciado Don Alonso de Escobar, Presbytero,
Canonigo de la Santa Iglesia Cathedral de dicha Ciudad,
Comissario de el Santo Oficio, Examinador Synodal
de el Obispado de Venezuela, y Secretario de Ca-
mara, que fue de el Ilustrissimo señor Obispo
Don Diego de Baños y Sotomayor.*

Coronado Leon, de cuyos rizos
altivas Crenchas visten el copete,
gallarda novedad, que tu nobleza
generosa guardò para tus sienes,
Ilustre Concha, que en purpureas lineas
de el Murice dibuxas los relieyes
en cruzados diseños, que te exaltan,
quando en fuertes escudos te ennoblecen,
Fertil Rivera, que en plateadas hondas
el elemento liquido guarnece,
y en vejetables minas sus tesoros
à purpura reducen lo virente.
Floresta Americana, de quien Flora
tiernos pimpollos libra en candidezes
de flores, que perdiendo la hermosura,
son frutos suaves, que Pomona ofrece.
Y en abundantes fertiles cosechas
rubicundas macollas te previene,
que à el azerado golpe divididas,
en rozagantes granos se resuelven.
Apreciados Cambiantes para el gusto,
apetecidos de vno, y orro Oriente,
permitiendo Nepruno en sus cristales
feriar su peso por dorados trueques.
O tu Caracas! objeto generoso
de aquel Imperio, cuya sacra frente
venèran mas esferas que el Sol gira,
ni el cristalino Pielago enriquece.
Ya llegò el tiempo que tu heroyca Historia
à campear salga de sus lobreguezes,

y dibuxada en apacibles voces,
se retrate con mudos caractères.
Solo heroyca pluma llegar pudo
à ser pincèl plaufible de tus Heroës,
porque efectos gloriosos no producen
pequeñas causas, si las eminentes.
Aun mas allà del Sol sus giros llegan
de su blason, privandole de suerte,
que los rayos de aquel jamàs pudieron,
lo que ocultaba el tiempo, hazer presente;
Emulo se acredita de sus luzes,
Ilustre Oviedo, quando sabio advierte,
à fuer de sus tareas, lo que aclara
la dieftra pluma de su rayo ardiente.
Para sacar à luz tales memorias
de remota region el vuelo prende,
de la auripara tierra producido,
el aureo grano à iluminar tu temple.
Ya en la fatiga de su docta pluma
entre tus Heroës numerarse puede,
que si aquellos se ilustran por hallarte;
este por descubrirte lo merece.
A tal felicidad siempre obligada
tu gratitud en su loor no cesse,
que repetir encomios à sus vuelos,
no es suficiente paga à lo que debes
Eterna tu memoria al tiempo dexa,
dandole nueva vida sus pincèles
en la Estampa, que logran tus cenizas
revivir, renacer, volar qual Phenix.

DE EL MISMO AL AUTOR

SONETO.

Vincèl, tu pluma Generosa, y diestra
 Ostenta su primor en Varias flores,
 Registrando Sutil tantos primores;
 De este emisferio dando .. Tanta muestra,
 Origen le declara, I sin siniestra
 Zarracion le dà Nuevos resplandores,
 Justamente le Deben los honores,
 Obteniendo gloriosa El de Maestra;
 Si de las sombras en que. Obscurecida
 Estaba esta region, Vnico Apeles,
 Para que logre luz la nueva vida
 Historico la das En tus pinceles:
 A ti te debe el sèr, De ti aplaudida,
 Victorioso te Ofrece mil laureles.

DE DON RUI FERNANDEZ DE FUEN-MAYOR.

S Antiago, mas que à Lofada Ellos pusieron leales
 à Oviedo debes dichosa, en el riesgo el corazon,
 pues por este eres famosa, y Oviedo en su narracion
 si por aquel conquistada; les dà espíritus vitales;
 q̃ vna piedra, aun no labrada, aun oy viven inmortales,
 no debe tanto al Cantero, q̃ de Mirto, Encina, y Grama
 quanto al Artifice infiero, pudieran ceñir la rama
 que la pule, y no la parte, por Diadema, no el triunfal,
 porque aqui se exerce el Arte, que este es para el q̃ inmortal
 y allà trabajò el Azero. les dà la vida en la fama.
 Que si en Julio Emperador, Viva el que haze al escrivir
 à quien diò con gallardia, Phenix à otros renacer,
 si lo doctò facundia y mejor supiera hazer
 cinco triunfos el valor, lo que sabe referir;
 de Roma el grande Orador porque se pueden vnir
 mas la eloquencia acredita; fortuna, y merecimiento;
 en lo que Oviedo exercita y à pesar del movimiento
 merece aplauso mayor del tiempo, que presto vuela,
 que todo Conquistador, la descripta Venezuela
 dando la Conquista escrita. goze su alto entendimiento.

DEL M. R. P. PREDICADOR Fr. JOSEPH
de Fuentes, Definidor actual de la Provincia
de Santa Cruz, del Orden de
San Francisco.

Iudic. c. 14.

E Nigmatico Leon, quien pretendia
deshacer tu problema con denuedo:
si no fuese por Lima, illustre Oviedo,

Ezech. c. 3.

ofreciendo vn volumen de Ambrosia.

Lo dulce del contexto es vna guia,
que denota tus passos con el dedo,
tan seguro en decir, que es vn remedo
del que en Patmos refiere alegoria.

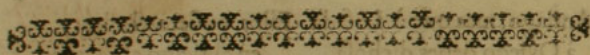
Apoc. c. 5.

S. Bern.

En su nombre Joseph aumentós pone
de letras à su frente levantada,
en los Baños desprendes la melena:

En vn Sotomayor, que te corone,
hallas sabiduria tan realçada,
que en su comparacion el oro es pura arena.

Sap. c. 6.



DEL MISMO AUTOR DE LAS DECIMAS
anteriores.

C Entellas de Mavorte belicosas,
armas regidas de Español aliento,
en nuevos climas el descubrimiento
de Venezuela hicieron valerosas.

Mas entre las cortinas tenebrosas
del olvido eclipsado el lucimiento,
cenizas eran ya de su ardimiento.

Y aunque nobles hazañas, no famosas,
quando Oviedo con pluma esclarecida,
y erudicion de aplausos meritoria
iluminando aun lo que el tiempo olvida.

Oy existir los haze en la memoria,
dando el valor esta existencia, y vida,
materia, que se informe con su Historia.

GRATULACION DE CLIO, QUE CON EL MOTIVO DE
aver escrito la Historia de Venezuela Don Joseph de Oviedo y Ba-
ños, le dirige el Licenciado Don Francisco de Hozes,
Abogado de la Real Audiencia de
Santa Fè.

ROMANCE HENDECASILABO.

Heroes Conquistadores de Caracas,
dexad, dexad el sueño tenebroso,
que infunde à vuestras inclitas cenizas
el veleno fatal del Mausoleo.
Despertad del letargo de la muerte:
mas por qué como muertos os invoco,
si en el campo eloquente de la Historia
triunfar os véo, y combatir os oygo?
De los Guerreros Brutos inflamados,
buscando incendio, y respirando polvo,
truncando miembros, y pisando vidas,
escucho los tropeles victoriosos.
Hazaña literaria de la pluma,
que ha conseguido con esfuerço docto,
que los que al mundo faltan, con los golpes
de sus rasgos, no falten à los ojos.
Pues juzgo que à la vista ha suspendido
(porque penetre siglos tan remotos)
la rapidèz del tiempo, ò que à la idea
del tiempo le ha vestido los periodos:
O clarissimo Oviedo, à quien la suerte,
para premiar los hechos generosos
de tanto Campeon ha concedido
de Minerva el amplissimo Tesoro!

Vive feliz, y el bronce de la fanfa
te forme otro laurel armonioso,
que tu memoria ciña en los eternos
alicantos de sus gritos, y sus tornos.

Víctimas del silencio, y del olvido
se lloràran sus belicos arrojós,
à no restituirlos tu eloquencia,
del marmol mudo, al bronce clamoroso.
Solo à vuestro talento tanta empuessa
pudo fiar la fama, porque solo
Herculeas pluma, ò noriciosa Clava,
pudo vencer tan invencibles Monstruos.
Tu ingenio ha conseguido con sus vuelos,
que respiren ambiente mas glorioso,
que en el caduco aliento de sus vidas,
en el aura inmortal de tus elogios.
Si mudamente procurò el olvido
desfrenar de sus triunfos el adorno;
tu puro estilo, con gallardo asèco,
les restituye el natural decòro.
El innato raudal de tu eloquencia,
animado de espiritu canoro,
lamiendo hazañas, y argentando glorias;
secundamente corre vagoroso.
De tu Historia los sabios resplandores
mas brillantes se ven, que los de Apolo;
quès Apolo dà luz à los objetos,
lucès, y objetos dan tus rasgos doctos.

PROLOGO AL LECTOR.

Siempre fue costosa fatiga de el entendimiento el escribir como se debe para la Estampa, y el agradar à tan diverso paladar de gustos como ingenios: impracticable acierto de la pluma, que pretendido de muchas, llegó à ser conseguido de muy pocas; y mas en nuestros tiempos, en que el primor con que se desempeñaron algunas hizo mas infeliz la conocida desgracia de las otras. La experiencia de esta verdad puso en desconfianza la mia, empezando con recelo, y prosiguiendo con temor la formacion de esta Hiltoria en que me hallè empeñado, à impulsos de agradecido, pretendiendo satisfacer la estimacion que he debido à esta Provincia con aplicar mi desvelo para sacar à luz los memorables acontecimientos de su Conquista; cuya noticia, sin razon, ha tenido hasta aora recatada el culpable descuido de sus hijos, sin que entre tan soberanos ingenios como produce aya auido vno, que se dedique à tomar por su quenta esta tarèa.

El trabajo que he tenido para disponer la obra ha sido grande, siendo preciso revolver todos los Archivos de la Provincia para bulcar materiales, y cotejando los instrumentos antiguos, sacar de su contexto la substancia en que afiançar la verdad con que se debe hazer narracion de los sucesos, pues sin dar credito à la vulgaridad con que se refieren algunos, he assegurado la certeza de lo que escribo en la autentica assercion de lo que he visto.

El estilo he procurado salga arreglado à lo corriente, sin que llegue à tozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos Historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no reusaron vsar de impropiedades, que no son permitidas en la Historia, pues introducen en persona de algunos Indios, y Caciques Oraciones tan colocadas, y elegantes, como pudiera hacerlas Ciceron: eloquencia, que no cabe en la incapacidad de vna Nacion tan barbara; y punto tan delicado en las formalidades de la Historia, que toda la autoridad de Quinto Curcio no pudo librase de la objecion con que le notan el Padre Moyne en su Arte de Historia, Mascardo, y el erudito Padre Rapin, solo por parecerles desproporcionadas en la ignorancia de los Scytas las sentencias con que viste la Oracion que hicieron à Alexandro.

Si reparare el curioso en la poca cita de Autores de que me valgo, essa es la mayor prueba de la verdad que escribo, pues aviendome governado en todo por los instrumentos antiguos que he leído, ya que la prolixidad no me permite el citarlos, asseguro en su autoridad la certeza de que necesito para los sucesos que refiero. Y como quiera que en todo solo solicito la benevolencia de el Lector, para que disimule con piedad los defectos que pudiera acriminar con rigor, desde luego represento por merito para la vénia à que aspiro, el conocimiento que me asiste de mis propios yerros, pues quantos descubriere en este Libro la censura, tantos admito sin disculpa por legitimos hijos, nacidos de mi ignorancia. VALE.



HISTORIA DE LA CONQUISTA, Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA. LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

DEL SITIO, Y CALIDADES DE *la Provincia.*



ENTRE LAS Provincias que componen el dilatado Imperio de la America tiene lugar, por una de las mejores, la que desde los principios de su descubrimiento, con alusion muy propia (como adelante veremos) se llamò Venezuela, aunque despues, tomando la dominacion de el nombre de su Metropoli, es comunmente llama-

da, Provincia de Caracas, cuya Historia ofrece assumpto à mi pluma para sacar de las cenizas del olvido las memorias de aquellos valerosos Españoles que la conquistaron, con quienes se ha mostrado tan tyrana la fortuna, que mereciendo sus heroycos hechos aver sido fatiga de los buriles, solo configuieron, en premio de sus trabajos, la ofensa de el desprecio con que los ha tenido escondidos el descuido: fatalidad

comun de este emisferio , pues los marmoles que separò la fama para materia de sus trofeos, en las Indias solo sirven de losas para el sepulcro donde se sepultan las hazañas , y nombres de sus dueños ; desgracia , que en esta Provincia ha calificado con mas veras la experiencia , pues apenas conserva la tradicion algunas confusas noticias de las acciones ilustres de sus Conquistadores , por no aver auido curiosidad que se aya dedicado à escribir las ; motivo , que me obliga à tomar por mi cuenta este trabajo , aun asistiendo el conocimiento de que ha de ser poco agradecido de los que debia ser mas estimado.

En la parte que llamamos Tierra-Firme de las Indias tiene su situacion la Provincia de Venezuela , gozando de longitud docientas leguas , comprendidas entre el Morro de Unare , por donde parte limites al Oriente con la Provincia de Cumanà , y el Cabo de la Vela en que se divide al Occidente de la governacion de Santa Marta ; de latitud tiene mas de ciento y veinte leguas , bañando al Septentrion todas sus costas el Oceano , y demorandole al Sudueste el nuevo Reyno de Granada , sirven al Mediodia de lindero à su demarcacion las caudalosas corrientes de el rio Ozinoco ; su terreno es vario,

porque en la grande capacidad de su distancia contiene Sierras inaccesibles , Montañas asperísimas , Tierras altas , limpias , y alegres , Vegas tan fertiles , como hermosas , y Valles tan deleytosos , que en continuada Primavera , divirtiendose con su amenidad , combidan con su frescura , dehesas , y pastos , tan adequados para cria de ganados de todas especies , principalmente de el bacuno , que es excesivo su multiplico ; y el cabrio abunda tanto en las Jurisdicciones de Maracaybo , Coro , Carora , y el Tocuyo , que beneficiadas las pieles , enriqueze à sus vezinos el trato de los cordovanes ; crianse cavallos de razas tan excelentes , que pueden competir con los Chilenos , y Andaluzes , y mulas , quantas bastan para el trage de toda la Provincia , sin mendigar socorro en las estrañas.

Sus aguas son muchas , claras , y saludables , pues no ay amagamiento de fientania , ni ceja de montaña , que no brote cristalinis arroyos , que cruzando la tierra con la frescura de sus raudales , la fecundan de calidad , que no ay cosa que en ella se siembre , que con admiracion no produzca , ayudando à su fertilidad la variacion de su temperamento , pues à cortas distancias , segun la altura , ò baxio que haze la tierra , se experimen-

ta frio, calido, ò templado , y de esta variedad de temples se origina su mayor excelencia, pues lo que en vn sitio no produce, en otro se multiplica, y lo que en vna parte se esteriliza, en otra se fecunda, y asì abunda de trigo, maiz, arroz, algodon, tabaco, y azucar, de que se fabrican regaladas, y exquisitas conservas; cacao, en cuyo trato tienen sus vezinos assegurada su mayor riqueza; frutas, asì Indianas, como Europias; legumbres de todos generos, y finalmente, de todo quanto puede apetecer la necesidad para el sustento, ò desear el apetito para el regalo.

Sus montes crìan maderas preciosas, y de estimacion, como son, granadillos, gateados de diversos colores, caovas, dividibes, guayacanes, palo de Brasil, tan conocido por lo fino de sus tintas, chacaranday, tan hermoso por la variedad de sus visos, que asimila al carey meriendolo en el torno; y el cedro en tanta abundancia, y tan comun, que sirve de materia à las obras mas ordinarias, siendo singular el arbol que no distila dulçuras, pues abrigando enxambres de silvestres abejas, forman en los troncos colmenas à sus rubios panales; crìanse baynillas, mas aromaticas, y fragrantes que las de Zoconuzco; y en la Jurisdiccion de la Ciudad de Carora, grana silvestre, tan fina como

la de Mysteca, que si se dedicaran à su beneficio, fuera de grande aumento à los caudales; la zarçaparrilla, y el añil son plantas tan comunes en los barçales, que mas sirven de embarazo, que provecho, por la poca aplicacion à su cultivo.

Los bosques mantienen en abundancia diversas especies de animales, siendo los mas frequentes Leones, Osos, Dantas, Benados, Baquiras, Conejos, y Tigres, los mas feroces que produce la America, aviendo enseñado en estos la experiencia, que mantienen mas ferocidad mientras mas pequeñas son las manchas con que esmaltan la piel; sus Mares, y sus Rios abundan de variedad de pezes, vnos plebeyos por lo comun, y otros estimados por lo exquisito; sus Costas proveen de admirables salinas, asì por la facilidad con que quaxan, como por lo apetitoso de la sal que crìan.

Los campos estan siempre poblados de varios pajaros, y distintas aves, sirviendo aquellos de deleyte con la hermosura de sus plumages, y suavidad de sus cantos; y estos de regalo, con lo sabroso, y apetecible de sus carnes, siendo los mas comunes para este efecto, la guacharaca, el paugi, la vquira, ò gallina de monte, la tortolla, la perdiz, y otras muchas de diferentes especies, que son materia para el divertimen-

miento de los aficionados à la caza.

Produce esta Provincia singulares simples, de los que vfa para su aplicacion la Medicina, como son, la caña-fistola, los tamarindos, la raíz de China, la tacamajaca, eficaz confortativo para la cabeza, el balfamo de Carora, y el azeyte que llaman de Maria, ò Cumanà, antidotos para qualquiera herida, y celebres preservativos para todo palmo.

Tiene Minas de Estaño en diferentes partes, y en el sitio de Cocorote vnas de Cobre, que descubrió Don Alonso de Oviedo, vezino de Barquisimeto, de grande opulencia, y rendimiento; beneficiòlas su Magestad de su quenta mucho tiempo, sacando porciones muy considerables de metal, que se llevaban à España para fundicion de Artilleria, y despues, aviendolas empenado en cantidad de quarenta mil pesos (con ciertas condiciones) à D. Francisco Marin, vezino de Caracas, este las despoblò, aplicando los esclavos, y aperos de su labor à otras fundaciones de mayor conveniencia propria.

Fue en lo primitivo rica de minerales de oro, que con facilidad tributaban las arenas de sus quebradas, y oy, aunque se hallan muestras en las mas de ellas, no se benefician, ò porque acabados los veneros prin-

cipales, no corresponde lo que rinden al trabajo de quien lo saca; ò porque aplicados sus moradores (que es lo mas cierto) à las labores del Cacao, atienden mas à las cosechas de este, que los enriquece con certeza, que al beneficio de aquellos, que lo pudieran hazer con contingencia; crianse cristales muy transparentes, solidos, y tersos, y veneros de azul tan fino, que iguala al vltamarino; palos para tintas de diferentes colores; y finalmente produce, y se halla en ella quanto puede descarse para la manutencion de la vida humana, sin necessitar de que la focorran con sus frutos las Provincias vezinas; y si à su fertilidad acompañara la aplicacion de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la mas abastecida, y rica, que tuviera la America.

Al tiempo de su conquista era habitada esta Provincia de innumerable gentio de diversas Naciones, que sin reconocer Monarcha superior que las dominasse todas, vivian rindiendo vassallaje cada Pueblo à su particular Cacique; pero despues las mudanças de el tiempo, y la continuada extraccion de Indios que por espacio de mas de veinte años se hizo para las Islas de Barlovento, y otras partes, la consumieron de suerte, que el dia de oy en ochenta y dos Pueblos,

de

de bien corta vecindad cada vno, apenas mantienen entre las cenizas de su destruicion la memoria de lo que fueron.

Sus costumbres en la Gentilidad fueron barbaras, sin politica, gobierno, ni religion, que los acreditasse racionales, pues aunque convenian todos en ser Idolatras, valiendose de piaches, y mojanes para consultar al demonio, y observar sus agujeros, y supersticiones, se diferenciaban todos en las circunstancias de el culto; pues no teniendo Dios general à quien adorasse vna Nacion entera, cada Indio de por sí rendia veneracion, atribuyendo divinidad al objeto que mas le inclinaba su aficion, y asì era muy raro el animal, savandija; cèrto; ò peñasco, que no tuviesse algun devoto, que con obsequios de sumission le consagrasse aras de rendimiento; sus adoratorios mas ordinarios eran en profundas quebradas, ò montes encumbrados, sirviendoles los concabos de las peñas, ò huecos de los arboles de templos para colocar sus Idolos, que labraban de oro, barro, ò madera, de figuras estrañas, y diversas, aunque en algunas partes vsaban cascas grandes de paja, que llamaban Caneyes, donde se juntaban los Mojanes, y al son de sus roncacos forutos invocaban al demonio, à quien ofrecian ovillos de hilo de algodón por

victima, y manteca de cacao, que quemada en braseros de barro, servia de olocausto al sacrificio; pero ya reducidos al Gremio de nuestra Sagrada Religion, viven àgenos de toda idolatria, aunque con algunos resabios en la observacion de agujeros, y supersticiones à que es naturalmente inclinada esta Nacion.

Comprende oy la Provincia en su distrito las Ciudades de Santiago de Leon de Caracas, la de Santa Ana de Coro, la nueva Camora de Maracaybo, la de Truxillo, la de el Tocuyo, la nueva Segovia de Barquisimeto, la nueva Valencia de el Rey, la de el Portillo de Carora, San Sebastian de los Reyes, la de Guanaguanare, y la de Nirgua; las Villas de San Carlos de Austria, y el Pilar de Araure, y el Puerto de la Guayra, de cuyos temperamentos, sirtios, y calidades iremos dando razon en el discurso de esta Historia, segun los tiempos en que se executaron sus fundaciones.

CAPITULO II.

DESCUBRE ALONSO de Ojeda la Provincia de Venezuela: siguele en la derrota despues Christobal Guerra, que la costea toda.

DEscubierto este nuevo Mundo por el Almirante

te Don Christobal Colòn el año de mil quatrocientos y noventa y dos, para inmortal gloria de la Nacion Española, y envidiosa emulacion de las estrañas; aviendo repetido en los años subseqüentes diferentes viages en prosecucion de sus intentos, llegó el de noventa y ocho à reconocer la Tierra-firme de esta America, por la parte que llamó la Boca de los Dragos, enfrente de la Isla de la Trinidad de Barlovento; pero aunque puesta la proa al Poniente, navegò sus Costas hasta la punta de Araya, sin passar mas adelante, mudando el rumbo àzia el Norte, diò la buelta à la Isla Española, dexando por entonces imperfecto este descubrimiento; con cuya noticia el Capitan Alonso de Ojeda, natural de la Ciudad de Cuenca, que de orden de los Reyes Catholicos salió de España para estas partes el año de noventa y nueve, trayendo por su Piloto à Juan de la Cosa, de Nacion Vizcayno, encaminò su derrota en demanda de la tierra firme, que avia descubierro el Almirante; y con prospero viage, à los veintey siete dias de navegacion diò vista à la Boca de los Dragos, y tierra de Maracapana.

Fuèla costeando la buelta de el Poniente, saltando en tierra muchas vezes, y observando los Puertos, fluxos, y refluxos de sus Mares, en distancia de

mas de trecientas leguas; que corriò hasta el Cabo de la Vela; de donde atravesò à la Isla Española, con la gloria de aver sido el primero que descubrió esta Provincia, por contenerse su demarcacion en los terminos que dexò navegados su derrota, cuya delineacion, con mas fundamento, è individual noticia, consiguió, poco despues, Christobal Guerra; porque aviendo obtenido licencia de los Reyes Catholicos para hazer viage à los descubrimientos de estas Indias vn Pedro Alonso Niño, vezino de Moguer (con condicion, que no llegasse con cinqüenta leguas à lo descubierro por el Almirante Colòn) hallandose con cortos medios para los precisos gastos de su abio, formò compania con Luis Guerra, vezino de Sevilla, ajustando este entre otras capitulaciones, que intervinieron para su contrato, el que viniesse su hermano Christobal Guerra por Capitan de la Embarcacion, que avian de despachar à su descubrimiento; y hecha la prevencion necessaria, con la brevedad, y diligencia que pudieron, se hizieron à la vela pocos dias despues que Ojeda salió del Puerto de San Lucar, y gobernando al mismo rumbo, llegaron en su seguimiento à la tierra de Pavia, y Maracapana, donde, sin reparar en la prohibicion que tenian para no tocar en lo descubierro por el Almirante, cor-

taron

taron algun palo de Brasil para principio de su carga, y bolyendo à navegar àzia el Poniente, passando por las Islas de la Margarita, y de Cubagua, rescataron de los Indios, en cambio de algunas bugerías de Castilla, considerable cantidad de perlas, que fueron las primeras que tributò à nuestra España este Occidente.

Gozoso Guerra, y sus compañeros con los aprovechamientos, que en tan felices principios le iba ofreciendo la fortuna, prosiguieron su navegacion passando el Ancon de Refriegas, punta de Araya, y golfo de Cariaco, hasta llegar al Puerto de Cumanagoto, donde los Indios, llevados de la novedad de ver en sus tierras gente estraña, sin recelo alguno de los forasteros, luego que descubrieron la Embarcacion se fueron à bordo en sus Pyraguas, llevando muchas perlas, y chagualas de oro en los cuellos, brazaltes, y orejeras, que con liberalidad feriaron à los huéspedes por cascabelles, cuchillos, y chaquitas, dexandolos mas animosos para llevar adelante el logro de las conveniencias, que se prometian en las muestras de la opulencia que encontraban.

Con estos buenos deseos, y mas vivas esperanças, salieron de Cumanagoto, y montado el Cabo de Codera, quasi por los mismos passos que avia llevado

Ojeda llegaron al parage, donde despues se fundò la Ciudad de Coro, y rescutando algun oro de los Naturales, passaram mas abaxo à la Provincia de Coriana, cuyas Playas hallaron pobladas de multitud de barbaros, que con repetidas señas, y demostraciones de amiltad, instaban à los forasteros à que saltassen en tierra à rescatar algunas joyas de oro, que para obligarles les mostraban; y como aun à menor señuelo se diera por entendida la codicia, tomaron vna resolucion, que nunca se podrá librar de la nota de temeraria, pues siendo solos treinta y tres hombres los que iban en el Navio, saltaron en tierra, entregandose à la no experimentada fee de aquellos barbaros; pero los Indios, haziendo estimacion de la confiança, los recibieron con agasajos de vna intencion sin malicia, y les feriaron, con galanteria, quantas perlas, y chagualas de oro tenian para el lucimiento de su adorno; à que agradecidos nuestros Españoles, correspondieron liberales con cuchillos, alfileres, y otras niñerías de Europa, en que suplía la novedad, lo que faltaba al valor; y conociendo la candida sinceridad de aquella gente, por tomar algun refresco en las penalidades del viage, se estuvieron de asiento veinte dias gozando de la abundancia de conejos, y Benados, que produce aquel País.

País; y segun el agassajo que recibian de los Indios, se huvieran detenido por mas tiempo, si el ansia de dar fin à aquel descubrimiento no les huviera dado priciella à navegar, como lo hizieron, prosiguiendo por la Costa abaxo àzia el Poniente, hasta que à pocos dias descubrieron vnas Playas, habiradas de mas de dos mil Indios, que armados de arcos, y flechas, manifestaban, en su modo, el poco desseo, que tenian de admitir en sus tierras gente estraña.

Estos, segun el parage, fueron sin duda alguna los Cozinas, gente cruel, barbara, y traydora, que hasta el dia de oy se mantiene con su fiera incontrastable ocupando la Costa, que corre desde Maracaybo al rio de la Hacha; y como nuestros navegantes no eran armas, ni pendencias la mercancia que buscaban, ni estaban acostumbados à tales recibimientos; hallandose con porcion considerable de oro, y mas de ciento y cinquenta marcos de perlas, y algunas tan grandes como avellanas, muy orientales, y hermosas; sin ponerse à mas peligros, acordaron bolver la Costa arriba, por el mismo camino que avian hecho, hasta dar fondo en Araya, donde dexaron descubierta aquella cèlebre Salina, que tan apeteccida ha sido de las Naciones del Norte, y en cuya defensa ha consumido inutilmente

tantos tesoros nuestra España; y tomando la derrota para Europa, à los dos meses de navegacion, el dia seis de Febrero de el año de mil y quinientos, dieron fondo en vno de los Puertos de Galicia, dexando llenas sus Costas de admiracion, y riquezas.

CAPITULO III.

EMBLA LA AUDIENCIA de Santo Domingo al Factor Juan de Ampues à la Provincia de Coriana: assienta amistad con su Cacique, y dà principio à la fundacion de Coro.

Las noticias que la gente de el Navio de Christobal Guerra esparciò por toda España de las grandezas que encerraba en si esta Tierra-firme, acreditadas con la riqueza, que avian llevado consigo, hizieron tal conmocion, principalmente en las Costas de la Andalucia, que muchos Mercaderes, queriendo entrar à la parte de tan faciles ganancias, armando diferentes Embarcaciones, fueron continuando el trato de esta navegacion, gozando de su comercio intereses muy crecidos; y assi por este motivo, que se fue aumentando con el tiempo, como por aver despues el Emperador Carlos Quinto dado per-

misq

misó, para que se hiziesen esclavos los Indios, que resistiesen las Conquistas Españolas; fueron tantos los Comerciantes que ocurrieron de la Isla Española, y otras partes à toda la Costa, que corre desde Paria hasta Coriana, tomando por granjería hazer esclavos los Indios, sin reparar en que concurriesen, ò no las circunstancias, que por entonces hizieron licita, permission, tan perniciosa, que se viò obligada la Audiencia de Santo Domingo à procurar el remedio de los inconvenientes, que se experimentaban en semejante desorden; para lo qual determinò embiar al Capitan Juan de Ampues, persona de suposicion, autoridad, y talento, que era Factor de la Real hacienda en aquella Ciudad, para que asistiendo personalmente en Coriana, con amplios despachos, y provisiones que se le dieron, embarazasse, asì las vejaciones, y malos tratamientos, que executaban los Mercaderes en los miserables Indios, como la extraccion tan continuada, que se hazia de ellos para reducirlos à la civil muerte de vna esclavitud perpetua.

Aceptò gustoso Ampues la comision, discurrendo con la viveza de el genio que le asistia, que hallandose presente con el caracter de Juez en vna tierra tan pingue, precisamente

avian de ser sus conveniencias muy crecidas; y aprestando con brevedad vn Navio, acompañado de Virgilio Garcia, Estevan Matheos, y otros cinquenta y ocho hombres, que llevò consigo, atravesò à la Costa de Coriana por el año de mil quinientos y veinte y siete, donde teniendo noticia, luego que llegó, de que el Cacique Manauere, poderoso en riquezas, y vassallos, era Señor de toda aquella Provincia, habitada de la Nacion Caiqueria, y à quien rendian vassallage algunas circunvezinas; solicitò su amistad, valiendose, para conseguirla, de quantos medios pudo dictarle su sagacidad prudente, sin escusar los regalos, obsequios, ni sumisiones, hasta que rendido el Barbaro de las cortesanas de Ampues, se determinò à venir à su alojamiento à visitarlo, haziendo demonstracion de su poder, y grandeza en el sequito, y ostentacion con que dispuso su visita, pues llegó acompañado de cien Indios Nobles, que costosamente aderezados con penachos de vistosas plumas, brazaletes de perlas, y orejeras de oro, cercaban vna hamaca, tegida de curiosas labores, en que venia (cargado en hombros de Caciques) el Manauere, correspondiendo el adorno de su persona à su gravedad, y à su riqueza.

Alegre Ampues al ver lo

grada la intencion, que siempre tuvo de estrechar amistad con el Cacique, para por este medio dar mejor expediente à sus intentos, lo salió à recibir à la puerta de la casa en que asistia, usando de todas aquellas urbanidades, que tienen introducidas las leyes de el cumplimiento; y correspondiendo el Barbaro à su usança, se mostrò tan liberal, como cortesano, pues regalò à Ampues con diferentes piezas de oro, martas, y otras alhajas, cuyo importe (en la comun estimacion) llegó al valor de once mil pesos, resultando de su galanteria el quedar ajustada entre los dos perpetua aliança, prestando vassallage à nuestro Rey toda la Nacion Caiquetia, que observò despues con tal lealtad, que aunque los desafueros de nuestros Soldados, en diferentes ocasiones, dieron motivo à que pudiesen, con razon, falsear las coyundas de la obediencia, jamás faltaron los Indios por su parte al cumplimiento de la fe, que prometieron; causa, para que en satisfacion de su lealtad continuada siempre ayan sido libres de tributos, y demás, gozando su libertad sin pensión que los moleste.

Bien conociò Ampues, por la opulencia de el Cacique, la riqueza de la tierra, y las conveniencias, que podrian resultar à la Corona de poblarla, tomando en ella los Españoles mas

de asiento su asistencia; y así determinado à executarlo, (aunque se hallaba sin orden, ni facultad para ello) buscando el sitio, que le pareciò mas apropiado, el día de Santa Ana del mismo año de quinientos y veinte y siete, fundò vna Ciudad, à quien por esta circunstancia, y ser en la Provincia de Coriana, intitulò Santa Ana de Coro, aunque por entonces, ni le señaló Regimiento, ni le nombrò Justicia para su gobierno, dexandola debaxo de la jurisdiccion, que él exercia, mediante los poderes, que le avia dado la Audiencia para aquel distrito.

Ciudad de
Coro.

Està esta Ciudad en diez grados de altura Septentrional, en vn temperamento calido, y en extremo seco, distante de la marina media legua, su terreno arenoso, y falto de aguas, su comarca abundante, y regada; criase en ella mucho ganado bacuno, y cabrio, y considerable porcion de buenas mulas; tiene abundantes Salinas, y por el mucho trato que mantiene con Cartagena, Santo Domingo, Caracas, y otras partes, transportando à ellas gran cantidad de quesos, mulas, y cordovanes, es Lugar rico, aunque su vecindad es corta; su Iglesia fue Cathedral desde el año de quinientos y treinta y dos, que la erigió el señor Don Rodrigo de las Balcidas, su primer

mer Obispo, hasta el año de seiscientos y treinta y seis, en que por recelo de las invasiones enemigas, la trasladò à la Ciudad de Santiago el señor Obispo Don Juan Lopez Aburto de la Mata; sirviese oy por dos Curas Rectores, y vn Sacristan mayor, y el Lugar mantiene vn Convento corto de la Orden de San Francisco, y vna Ermita, dedicada à San Nicolás Obispo.

CAPITULO IV.

CAPITULAN LOS BELÇARES la Conquista, y poblacion de esta Provincia, y viene por primer Governador Ambrosio Alfinger.

Assistian por aquel tiempo en la Corte de nuestro Emperador Carlos Quinto, Enrique de Alfinger, y Geronimo Sailler, Agentes, y Factores de los Belçares, Cavallos Alemanes, à quienes llamaban en la Europa los de la famosa Compañia, por vna muy celebre que tenian hecha con diferentes Mercaderes, traficando caudales muy crecidos en todos los Puertos, y Contrataciones de el mundo; y sabiendo las utilidades tan considerables, que producía el trato, y comercio de Coriana, y toda su

Costa, les pareció sería de conveniencia à los intereses de su Compañia el tomarla por su cuenta, para disfrutarla solos, pidiendosela al Emperador en arrendamiento; y aunque por parte de Juan de Ampues (quien solicitaba el gobierno en propiedad para llevar adelante la Poblacion, y Conquista, que tenia empezada) se les hizo notable contradiccion; como quiera que el Emperador se hallaba beneficiado de los Belçares, por las cantidades de dinero, que en diferentes ocasiones le avian prestado para sus expediciones militares, fueles facil conseguir su pretension, con algunas condiciones, que capitularon con el Cesar, siendo las principales, que dentro de dos años se avia de obligar la Compañia à fundar dos Ciudades, y edificar tres fortalezas en el distrito de la governacion, que se les concedió, que fue desde el Cabo de la Vela, corriendo al Leste, hasta Maracapana, que son mas de trecientas leguas de longitud, con el fondo, que les pareciesse conveniente para el Sur, en que por entonces no se les señalaron limites, para lo qual avia de armar la Compañia quatro Navios, y conducir en ellos trecientos hombres Españoles, y cinquenta Alemanes, Maestros de Minerage, que à su costa avian de repartirse por todas las Indias, para el mejor conocimiento;

ro, y beneficio de los metales; y en recompensa les hizo merced el Emperador de el Titulo de Adelantado para la persona que nominassen los Belçares, y les concediò el quatro por ciento de todos los provechos, que en la Conquista tocassen de sus quintos à la Real Corona, y doze leguas en quadro, en la parte que escogiesse de las tierras que conquistassen, para disponer de ellas à su advitrio, con facultad para poder hazer esclavos los Indios, que reusassen rendir la cerviz al yugo de la obediencia; guardando en esto la limitacion prevenida en las instrucciones dispuestas sobre materia tan grave, y con intervencion del Padre Fray Antonio Montesinos, Religioso del Orden de Santo Domingo, à quien nombrò el Emperador, para que con el titulo de Protector de los Indios, passasse à esta Provincia, adjudicandole los frutos dezimales, para que à su voluntad los distribuyesse en vsos pios, en el interin que se daba otra disposicion mas conveniente.

Al tiempo que se ajustaron estas Capitulaciones, que fue el año de quinientos y veinte y ocho, avia el Emperador hecho merced del Gobierno de Santa Marta (que estava vaco por muerte de Rodrigo de las Bastidas) à Garcia de Lerma, su Gentil-hombre de Boca, Cavallero muy illustre, natural de la

Ciudad de Burgos; y hallando se este en la Corte, tuvieron ocasion los Belçares de convenirse con èl, para que como confiantes en sus Conquistas, se auxiliassen vnos à otros siempre que la necesidad lo pidiesse, en cuya conformidad fuesse por Capitan de sus tres Navios Alemanes, y hallando pacifica la Ciudad de Santa Marta de las alteraciones, que se avian originado por las alevosas heridas, que diò à su antecessor Bastidas, su Theniente General Villa-Fuerte, passasse en persona (si fuesse necesario) à socorrerlos à Coro.

Confirmados estos Capitulos por el Cesar, nombraron los Belçares por Governador de sus Conquistas à Ambrosio de Alfinger, y por su Theniente General à Bartholomé Sailer, ambos Alemanes de nacion, y dispuestas todas las cosas necesarias, el mismo año de veinte y ocho se dieron à la vela, bien proveidos de cavallos, armas, y municiones, trayendo consigo quatrocientos Españoles, y entre ellos muchos Hidalgos, y hombres Nobles, como fueron Juan de Villegas, natural de Segovia, Progenitor illustre de los Villegas de Caracas, Varon à todas luzes grande, à quien debe esta Provincia su conservacion, y aumento, y quien nos darà bastante materia para la narracion de nuestra Historia;

el Capitan Sancho Brizeño, de quien descienden los Cavalleros Brizeños, Bastidas, Verdugos, y Rosales de la Ciudad de Truxillo; Juan Quaresma de Mello, que aviendo sido muchos años Mayordomo de los Duques de Medina-Sydonia, pasó en esta ocasion à esta Provincia, casado con Francisca de Samaniego, à quien hizo el Emperador merced de vn Regimiento perpetuo en la primera Ciudad que se poblasse; son herederos de los meritos, y servicios de este Cavallero los Guevaras de esta Ciudad de Santiago, por aver casado con Doña Luisa de Samaniego, su nieta, el Capitan Juan de Guevara, sobrino de el Licenciado Iñigo de Guevara, de el Avito de Santiago, Oidor de Santo Domingo, en cuya compañía pasó de España à estas partes; el Contador Diego Ruiz Vellido, Gonçalo de los Rios, Martin de Arteaga, Juan de Frias, Luis de Leon, Joachin Ruiz, Antonio Col, Francisco Ortiz, Juan de Villa-Real, Geronimo de la Peña, Bartholomè Garcia, Pedro de San Martin, Factor de la Real hazienda, el Licenciado Hernan-Perez de la Muela, Alonso de Campos, y otros.

Con prospero viage llegó Ambrosio de Alfinger à Coro, y presentando los despachos que traía, vistos por Juan de

Ampues, obedeció lo que el Emperador mandaba, y en cumplimiento de las Reales provisiones, le entregò luego el Gobierno, aunque con el sinfabor, y disgusto de ver convertirse en agenas conveniencias el fruto que esperaba gozar de sus propias fatigas; desconsuelo con que vivió toda su vida retirado en la Isla de Santo Domingo, sin que fuesse bastante à templar su sentimiento el Señorío de la Isla de Curazas, de que le hizo merced el Emperador, procurando aplacar con esta honra, los escozores, que le causò su queixa.

CAPITULO V.

PERFECCIONA ALFINGER la fundacion de Coro, y sale con su gente al descubrimiento de la Laguna de Maracaybo.

TOmada por Alfinger la possession de su Gobierno, aunque su animo, y el de los demás Alemanes que le sucedieron, nunca fue de atender al aumento, ni conservacion de la Provincia, sino disfrutarla, logrando el tiempo de aprovecharse, mientras durasse la ocasion (como lo manifestaron sus obras) sin embargo, hallando fundada la Ciudad de Coro por

Juan de Ampues, quiso darle la perfeccion que le faltaba, instituyendo en ella aquellos Oficios, de que necessita vna Republica, assi para su lustre, como para la ordinaria administracion de su justicia; y como el Emperador avia hecho merced à Juan Quaresma de Melo de vn Regimiento perpetuo en la primera Ciudad que se poblasse, aviendo llegado el caso, le diò possession del exercicio, y nombrò por compañeros à Gonzalo de los Rios, Martin de Arteaga, y Virgilio Garcia, que juntos en Cabildo eligieron por primeros Alcaldes à Sancho Brizeño, y Estevan Marheos, natural de Moguer; en cuyas disposiciones, y otras que le parecieron convenientes para dar forma à la manutencion de aquella nueva planta, gastò el tiempo que restaba del año de veinte y ocho; y entrado el de veinte y nueve, como se hallasse con aquellos ardientes deseos à que le incitaba la codicia de procurar quanto antes adquirir riquezas, sin reparar en que fuesen, ò no justos los medios para poder conseguir las; consultò con las personas que tenían mas experiencia la parte que le podria ser mas provechosa para encaminar à ella sus Conquistas; y aviendole informado ser la Laguna de Maracaybo la que por entonces se reconocia mas pingue, pues quan-

do no hallasse otro pillaje, siendo la mas poblada, podria conseguir mucho interès, haziendo esclavos los Indios que cogiesse; se determinò à executarlo, sin advertir en las malas consecuencias de tan iniquo consejo, ni en las resultas de tan injusto arbitrio; à este fin mandò poner por obra la fabrica de algunos Vergantines, para poder navegar por la Laguna, y fenecidos con brevedad, (dexando en Coro à su Theniente Bartholomè Sailer) despachò en ellos por mar alguna de su gente, para que entrando por la Barra le esperassen en la Laguna, mientras èl, con el resto que le seguia, se encaminaba por tierra, atravesando las quarenta leguas, que ay de distancia hasta llegar à sus orillas.

Al Poniente de la Ciudad de Coro, y quarenta leguas de ella, formò la naturaleza vn hermoso golfo de agua dulce, llamado comunmente, Laguna de Maracaybo, por el nombre de vn Cacique, que hallaron en ella los primeros Españoles que la descubrieron; tiene su longitud de Sur à Norte, corriendo cinquenta leguas desde el rio de Pamplona, hasta la Barra, por donde desagua al Mar; de latitud, por la parte que mas ensancha sus aguas, tiene treinta, y en su circunferencia mas de ochenta; formase la monstruosa corpulencia de este Lago del

caudal de muchos rios, que para enriquecerla con sus aguas, consumen en ella sus corrientes; los principales son, el de Pamplona, por otro nombre el Zulia, el Chama, cuyo origen es de las nieves derretidas en las Sierras de Merida, el de San Pedro, el caudaloso Motatan, que forma sus principios en el páramo de Serrada; por la vanda de el Poniente le tributan sus corrientes vn poderoso rio, que baja de las Sierras de Ocaña; el Catarumbo, que le entra por tres bocas; el de Arinas, cèlebre por sus ocultas riquezas; el Torondoy, por la excelencia saludable de sus aguas; el Sucui, que desciende de las cordilleras, que caen à espaldas de el rio de la Hacha; el de el Hastillero, memorable por la abundancia de sus ricas maderas; y otros muchos, que despreciados por pequeños, pasan por la suerte de desgraciados, pues como corren à vista de poderosos, ni ay quien les sepa el nombre, ni quien les busque origen.

Navegan de ordinario por este golfo de aguas dulces muchas Balandras, Fragatas, Barcos, y otras Embarcaciones pequeñas, y pudieran surcarlo Galeones de alto bordo, segun es de fondable, si lo permitiera la barra de su entrada; pero es esta tan baxa por los bancos de arena, que forma la refaca, que solo dà capacidad para el passo

de medianos buques, que son los que concurren al mucho trato, que mantiene aquel Puerto.

Quando los Españoles descubrieron la primera vez esta Laguna, hallaron grandes Poblaciones de Indios formadas dentro del agua por todas sus orillas; y de aqui tomaron motivo para llamarla Venezuela, por la similitud que tenia su planta con la Ciudad de Venecia; nombre, que se estendiò despues à toda la Provincia, aunque al presente solo han quedado quatro Pueblos, que mantienen la memoria de lo que diò fundamento à la causa de su origen, y estos de tan corta vecindad, que el de Moporo (que es el mayor de todos) me parece que tendria treinta casas el año de seiscientos y ochenta y seis, que estuve en el; experimentase en estos Pueblos vn raro efecto, y singular transmutacion que obra la naturaleza, pues todos los maderos sobre que fabrican las casas, como sean de vna especie que llaman vera, que es muy sólida, y fuerte toda aquella parte que cogiò dentro del agua de la Laguna, passando algunos años, se convierte en piedra, quedando lo demas en su ser primitivo de madera, manteniendose vnidas en vn cuerpo dos tan distintas materias.

Llegado Ambrosio de Alfinger

finger à las orillas de esta Laguna, hallò sus Vergantines esperando, y embarcandose en ellos, passò toda su gente à la otra vanda, donde en el sitio que le pareciò mas conveniente arrojò vna rancheria, fabricando algunas casas de paja acomodadas para dexar las mugeres, y niños que llevaba con la escolta de Soldados, necessaria para afiançar en ella su resguardo, mientras con los Vergantines diò la buelta descubriendo, y talando quanto encerraba la Laguna en su contorno, sin hazer assiento en parte alguna, de cuyo errado dictamen (seguido tambien despues de los demás Alemanes, que le sucedieron en el Gobierno) resultò su perdicion, y la ruina total de esta Provincia; pues conociendo sus Soldados que no llevaban intencion de poblar en nada de lo que conquistassen, y que assi no tenian que esperar por fruto de sus trabajos, ni los repartimientos de encomiendas para la conveniencia, ni las posesiones de tierras para el descanso, pues solo avian de tener de utilidad lo que cogiesse de encuentro: sin que los detuviesse la piedad, ni los atajasse la compasion, como furias desatadas, talaron, y destruyeron amenissimas Provincias, y deleytosos Países, malegrando los provechos que pudieran aver afiançado en la posesion de su fertili-

dad, para sí, y sus descendientes, si como les aconsejaban los mas practicos, y prudentes huvieran ido poblando en lo que iban descubriendo; pero como los Alemanes, considerandose Estrangeros, siempre se recelaron de que el dominio de la Provincia no les podia durar por mucho tiempo, mas atendieron à los intereses presentes, aunque fuesse destruyendo, que à las conveniencias futuras, conservando.

CAPITULO VI.

EMBIA ALFINGER

à buscar gente de socorro à Coro: atraviesa la Serrania del Valle de Vpar, y llega hasta la Provincia de Tamalamaque.

AViendo gastado Ambrosio de Alfinger cerca de vn año en rebolver, y trasfegar todos los Rios, Ancones, y Esteros de la Laguna, sin que fuesse bastantes à llenar los huecos de su codicia las considerables porciones de oro, que avia adquirido, ni la cantidad de Indios, que avia aprisionado, diò la buelta à su rancheria con animo de intentar nuevos descubrimientos, entrando la tierra adentro àzia el Poniente, y ver lo que le deparaba à la ma-

no su fortuna; pero hallabase salto de gente para executar esta jornada, y así por la que le avian consumido las enfermedades, originadas de el mal temperamento, y humedades de la Laguna, como por los muchos Soldados, que descontentos se avian retirado à Coro fugitivos, no pudiendo tolerar el áspero natural de Alfínger, ni el modo tan extraño que tenia de gobernar, castigando por leves causas con azotes, horcas, y afrentas à muchos hombres de bien por mano de vn Francisco de el Castillo, que era su Maestro de Campo, hombre cruel, y de malvada intencion.

Para remediar el inconveniente de esta falta que padecia, despachò à Coro todos los Indios prisioneros, para que se vendiesen por esclavos à los muchos Mercaderes que alli asistían, enriquecidos con las viles ganancias de este trato, con cuyo producto, y algun oro que remitió para el efecto, le llevaron de socorro algunos Infantes, y Cavallos, armas, y demás pertrechos, de que necesitaba; de suerte, que compuesto ya su Campo de ciento y ochenta hombres viles para la guerra, dexando en la rancheria los enfermos à cargo del Capitan Vanegas, natural de la Ciudad de Cordova, à quien nombrò por su Teniente, salió de alli el año de mil quinientos y treinta,

y caminandolal Poniente, despues de aver andado aquellos veinte leguas, que ay de tierra llana hasta llegar à la cordillera, atravesò las Serranías que llaman de los Itoros, y salió al Valle de Vpar, donde sin hazer reparo que se hallaba ya fuera de los limites de su governacion, por pertenecer aquel distrito à la jurisdiccion de Santa Marta, lo corriò todo, talando, robando, y destruyendo à sus miserables habitantes, y sin que la hermosura de tan alegre País fuesse bastante à templar la zaña de su cruel pecho, convirtió en cenizas todas las Poblaciones, y sembrados, valiendose à vn mismo tiempo de las voracidades de el fuego, y de los incendios de su colera, con extremo tan atroz, que en mas de treinta leguas de tierra, que en el hallò poblados, no encontró despues el Capitan Cardoso casa en pie en la entrada que hizo el año siguiente, de orden de el Doctór Infante, que por muerte de Garcia de Lerma gobernaba à Santa Marta. Afolado, y destruido el Valle de Vpar, siguiendo las corrientes de el rio Cesarè, llegó Alfínger à las Provincias de los Pocabuces, y Alcojolados, cogiendo de camino buen pillage en porciones de oro de el muchò que tenían estas Naciones, y otras que encontró, hasta dar

con la Laguna de Tamalameque, que llaman de Zapatosa, que aunque poblada en su circuito de innumerables Pueblos, los hallò todos desiertos, por que aviendose anticipado la noticia de las crueldades que avia obrado en el Valle de Vpar, no quisieron sus moradores exponerse al riesgo de experimentarlas; y tomando por asylo, para evitar el riesgo que les amenazaba, las Islas de la Laguna, se avian refugiado en ellas, recogiendo todàs las Canoas, para que los Españoles no tuviessen en que passar à buscarlos en las partes que se juzgaban seguros; pero como los nuestros desde la tierra-firme alcançassen à ver (por no estàr muy distante) que los Indios, fiados en la dificultad de estàr de por medio la Laguna, andaban en quadrillas, sin recato alguno, por las Playas de las Islas vezinas, adornados de chagualas, y orejeras de oro; incitados de la presa que apetecia su desmedida codicia, hallandose sin Embarcaciones en que passar à lograrla, Juan de Villegas, Virgilio Garcia, Alonso de Campos, Hernan-Perez de la Muela, y otros veinte y seis, se arrojaron à la Laguna, montados en sus cavallos, que gobernados de el freno, y animados de el batir de el azicate, atravesaron, nadando hasta llegar à las Islas; de cuya resolucion inopinada, atemorizados

los barbaros, sin que les quedasse aliento para levantar las armas, ni para calar las flechas, vnos fueron destrozo miserable de las langas, y otros fatal estrago de su misma confussion, pues atropellandose vnos à otros por ocurrir à las Canoas para escapar presurosos, anegandose en las ondas encontraban con la muerte, donde buscaban la vida.

Desbaratados los Indios de esta suerte, tuvieron lugar los Españoles para lograr el fruto de su remeridad arrojada, aprovechandose de el despojo, que fue considerable, por las muchas piezas de oro que cogieron; y lo que mas les importò por entonces, fue, aver quedado prisionero el Cacique principal de la Laguna, llamado Tamalameque, (de quien tomò nombre la Provincia) pues recelosos los Indios de que pudiesse peligrar la vida de su Principe, no solo no intentaron algun movimiento de armas para poder libertarlo, pero valiendose de la sumision, y rendimiento, consiguieron su rescate à precio de oro, y conociendo Alfinger, por las muestras, el jugo, y substancia del País en que se hallaba, aunque algunos de sus Capitanes fueron de opinion, que passassen adelante en sus Conquistas, no quiso desamparar la Provincia que gozaba, hasta disfrutarla toda, trasfegandola por di-

diversas partes con diferentes Esquadras, en que gastò cerca de vn año, con aprovechamiento conocido de mas de cien mil castellanos de oro fino, sin lo que ocultaron los Soldados, que fue quasi otro tanto.

CAPITULO VII.

DESPACHA ALFINGER
al Capitan Bascona con
veinte y cinco hombres à
buscar gente à Coro, y
mueren todos de ham-
bre en el ca-
mino.

HAllandose Alfinger tan
crecido de caudal, co-
mo salto de gente, por la mu-
cha que avia perdido en su jor-
nada, determinò embiar al Ca-
pitan Ínigo de Bascona (natural
de la Villa de Arévalo, hom-
bre de experimentado valor) à
la Ciudad de Coro con veinte y
cinco Soldados que le acompa-
ñassen, y sesenta mil pesos de
el oro que avia adquirido, para
que manifestando las muestras
de el logro de sus Conquistas, se
animassen à venirle à seguir en la
prosecucion de sus empresas, y
con este motivo solicitasse traer-
le quanto antes la mas gente que
pudiesse, y los pertrechos de
que necesitaba, dandole por
orden, que si de buelta no le
hallasse en Tamalameque, (don-

de procuraria esperarle) le si-
guiese por el rastro que iria de-
xando en sus marchas.

Con esta disposicion, y al-
gunos Indios que llevaban car-
gado el oro, se despidió Basco-
na, tomando la detrota para
Coro; pero guiado de la estre-
lla de su mal destino, no quiso
governarse por el rumbo que
avia llevado à la ida, discur-
riendo, que estando, como es-
taba, el parage en que se ha-
llaban mas metido àzia la tierra
adentro de la parte donde le
demoraba la Laguna de Mara-
caybo, podria con mas facili-
dad, y en breve tiempo (si-
guiendo la Serrania sobre la ma-
no izquierda) llegar à Coro, de-
xando à vn lado la Laguna, sin
necesitar de ver sus aguas para
lograr su viage; pero apenas se
engolfò en la Serrania, perdiendo
el rino en la demarcacion
que avia formado, torció el ca-
mino sobre la mano derecha,
meriendose por vnas montañas
llenas de anegadizos, y panta-
nos, tan agenas de que las hu-
viessè pisado humana huella,
que luego conociò la perdicion
en que lo avia empeñado su des-
dicha, pues consumidos los bas-
timentos que llevaba, empezó
à experimentar los aprietos de
su falta, sin poderla remediar en
aquellos despoblados, ni hallar
otro recurso en su trabajo, que
entretener la necesidad con la
esperança de encontrar mas ade-
lante

lante algun socorro; pero viendo despues que cada dia se aumentaba mas la affliccion, y se impossibilicaba el remedio, hallandose el, y sus compañeros, con la falta de el sustento, tan debilitados, flacos, y rendidos, que aun les faltaba vigor para mantener sus propios cuerpos, determinaron aliviarse de la carga, dexando el oro enterrado al pie de vna hermosa ceiba, con marcas, y señales en el sitio, por si acaso tuviesse alguno de ellos la fortuna de salir de aquel laberinto con la vida, bolver à buscar el corazon, que dexaban alli con el tesoro.

Libres con esta diligencia del embarazo que les causaba la carga, y muerta ya à los rigores de la hambre, y tison de los trabajos la mayor parte de los Indios que la conducian, prosiguieron caminando aquellos miserables Españoles con el ansia de vencer lo dilatado de aquella inculta montaña; pero como avia muchos dias, que solo se sustentaban con cogollos de vilao, era tal la perturbacion que padecian con la debilidad de las cabezas, que dando bueltas de vna parte para otra, no acertaban à salir de la cerrada confuscion de aquellos bosques; y como con la dilacion crecia por instantes la necesidad, llegando ya à terminos de perecer en los vltimos lances del aprieto, executaron (para conservar

la vida) vna crueldad tan abominable, que nunca podrá tener disculpa, aun à vista del extremo peligro en que se hallaban, pues fueron matando vno por vno los pocos Indios que les avian quedado de servicio, y sin despreciar los intestinos, ni otra parte alguna de sus cuerpos, se los comieron todos, con tan poco reparo, ni fastidio, que sucediò al matar el postrer Indio, estando haziendolo quartos, arrojar el miembro genital, (como cosa tan obscena, y asquerosa) y vn Soldado, llamado Francisco Martin (de quien hablaremos despues) lo cogiò con gran presteza, y sin esperar à que lo fazonasse el fuego, se lo comiò crudo, diciendo à los compañeros: pues esto despreciais en ocasion como esta?

Acabada la carne de los Indios, con que se avian entretenido algunos dias, cada vno de por si empezó à recelarse de los demás compañeros; y no teniendo por seguros vnos de otros, de buena conformidad se dividieron todos, tirando cada qual por su camino, à lo que dispusiesse de ellos la fortuna, y la tuvieron tan mala, que entre aquellas asperezas, y montañas debieron de perecer sin duda alguna, pues jamàs se supo de ellos, excepto quatro, que por tener vigor, y tolerancia para sufrir con mas aguante los trabajos, pudieron resistir à la con-

Fra. Ped.
Sim. not.
2. cap. v,

jura-

juracion de tantos males, hasta acerrar à salir juntos à las riveras del rio Chama, (que baxa de las Sierras nevadas de Merida) à cuya margen se sentaron con esperança de tener algun alivio, que templasse el continuado rigor de sus desgracias, por las señales que encontraron de ser habitable aquel País, como lo confirmò breve la experiencia, pues à poco rato de llegados vieron subir por el rio arriba vna Canoa con quatro Indios, que no les parecieron sino Angeles à aquellos derrotados Peregrinos, que puestos de rodillas, explicaron por señas su afliccion, pidiendo remedio à sus desdichas.

Tuvo lugar la piedad en el bruto corazon de aquellos barbaros, pues al ver aquellos forasteros tan macilentos, flacos, y desfigurados, aunque por entonces no se atrevieron à llegar adonde estaban, apretaron las manos à la boga, y navegando rio arriba, dieron la buelta con presteza, trayendo cargada la Canoa de maiz, yucas, batatas, y otras raíces, para socorrerlos compasivos: quien pensàra, que semejante beneficio pudiera tener por retorno vna traycion! pero quando en el caso presente la misma ingratitud se avergonçara de no hazer ostentacion de agradecida, cupo en el corazon de aquellos hombres la mas barba-

ra crueldad, que pudiera executar la extolidèz de vna fiera, pues apenas llegaron los Indios à socorrerlos piadosos, quando recibiendo el bastimento que traxeron, pareciendoles era poco para faciar las ganas que tenian, embistieron con ellos para matarlos, y comerse los; pero como por su mucha flaqueza no pudieron sujetarlos, viendo que se les escapaban de las manos, acogindose al refugio de su Canoa para ponerse en salvo; por no perder la ocasion, y que se les fuesen todos, dexaron ir à los tres, y pegando con el otro todos juntos, le quitaron la vida, haciendolo luego quartos, que guardaron asados, satisfaciendo por entonces su apetito con las asaduras, pies, y manos, que comieron con tanto gusto, como si fueran de vn carnero: execrable abominacion entre Christianos!

Comerida esta maldad, empezaron à recelarse, temerosos, no huviesesen dado aviso en algun Pueblo los Indios de la Canoa, y viniesesen à buscarlos para vengar el agravio, y muerte de el compañero; y asì, no atreviendose à quedar en aquel sitio, los tres que se hallaban con mas aliento, y vigor, cargando la parte que les avia tocado de la carne, y demàs bastimentos, tiraron por el rio arriba, metiendose en la montaña, donde, ò à manos de la necesi-

dad, ò violencias de su mala suerte, debieron de perecer, pues no parecieron mas; el otro, que era aquel Francisco Martin, de quien hicimos mencion en este mismo Capitulo, afligido del dolor que le causaba vna llaga en vna pierna, que no le dexaba andar, no pudiendo seguir à los demás compañeros, determinò quedarse solo, deseando ya la muerte por alivio, para acabar de vna vez con tantas calamidades, y congoxas como se avian conjurado à perseguirle la vida; y hallando despues acafo en las margenes del rio vn madero grueso, y seco, que debió de arrojar alguna creciente à sus orillas, fixando toda su esperança en el leve socorro de aquel leño, se abrazò con èl, y dexò ir por el rio abaxo, con tan prospera fortuna, que dentro de pocas horas encontrò vna Poblacion, fundada en las riveras del rio, de gente tan docil, y piadosa, que viendolo venir de aquella fuerte, lo sacaron de las hondas, y llevaron por cosa estraña, y singular à presentar à su Cacique, que admirado de ver hombre con barbas, y de distinto color, hizo particular aprecio del regalo, dandole de estimacion lo que tenia de exquisito.

En este Pueblo estuvo Francisco Martin à los principios, aunque amparado del Cacique, padeciendo los fustos, y peli-

gros à que està siempre expuesto vn estrangero; pero despues supo su actividad darle tal maña para grangear à los Indios, que se hizo dueño absoluto de la voluntad de todos, porque imitando sus bárbaras costumbres, aprendió à comer el jayo; aplicòse à ser Mohan, y Curandero; diòse à hechizerias, y à pactos, en que salió tan aprovechado, que se aventajaba à todos; resignòse à andar desnudo como los Indios; y finalmente, perdiendo la verguença para el mundo, y para Dios el temor, quedò consumado Idolatra, adquiriendo tanta reputacion con estas habilidades, que lo eligieron Capitan, para las guerras que tenian con sus vecinos, en que logró tan felices sucessos, que agradecido el Cacique al credito en que se hallaban sus armas con la direccion de tal Caudillo, le diò por muger vna hija suya, y el absoluto dominio sobre todos sus vassallos, en cuya possession lo dexaremos aora, y lo hallaremos despues.

CAPITULO VIII.

SALE ALFINGER DE Tamalameque, y perseguido de trabajos llega al Valle de Chinacota, donde lo matan los Indios.

Ignorante Alfinger de las desgracias de Balcona, le esperaba

Año de
1531.

peraba de buelta por instantes con el socorro, que le avia de traer de Coro; pero viendo que era ya mediado el año de treinta y vno, y no llegaba, se determinò à salir de Tamalameque en prosecucion de sus conquistas, cogiendo el camino por entre la Serrania, y la tierra llana, que corre hasta las orillas de el rio de la Magdalena, experimentando desde luego tales contratiempos, y trabajos, por los muchos anegadizos, cieneegas, y esteros, que inundan aquel terreno, y fueron tan continuadas las enfermedades, y dolencias, por el mal temperamento, y humedades, que se viò obligado al cabo de algunos dias à dexas aquel rumbo que llevaba, y torcer àzia la mano derecha, retirandose à buscar la Serrania, para gozar mejores ayres en el desahogo de las tierras altas; pero aunque consiguió librarse de los anegadizos, y pantanos, no lo dexaron de perseguir los infortunios, porque siendo muy asperas, y montuosas aquellas cordilleras, y grande la falta de bastimentos que tenia, à cada passo desfallecidos los Soldados con la continuacion de las fatigas; tomaban por partido quedar se attrimados à los troncos de los arboles, à ser pasto miserable de las fieras.

Pero Alfinger, dando exemplo con su incansable brio à los

que le seguian fatigados, procurò vencer con la constancia aquellas fragosidades, y atropellando los inconvenientes que se le ponian delante para embazararle el viage, vino à salir al rio, que despues llamaron de el Oro los Conquistadores, que salieron con Quezada à descubrir el nuevo Reyno; pero en parte tan despoblada, que no hallando con que poder remediar la hambre que padecian, creciò la necesidad, y se aumentò el desconsuelo, hasta que casualmente vnos Soldados descubrieron vna Laguna, aunque pequeña, en la circunferencia, tan abundante de catacoles, que fue bastante à darles que comer algunos dias, que se detuvieron à su abrigo, por hallarse tan postrados, que no podian passar mas adelante sin darle tiempo al descanso.

Entre tanto despachò Alfinger à Estevan Martin con sesenta hombres, para que con la diligencia que pudiesen procurassen por aquellos contornos descubrir alguna Poblacion donde remediar con bastimentos la falta que padecian; y aviendo dado algunas bueltas por aquellas Serranias, saliò à la Provincia de Guanè (cerca de donde poblò despues Martin Galeano la Ciudad de Velez) donde, como en País tan abundante, y poblado, se proveyò con facilidad de las semillas que

quiso, y dentro de veinte dias dió la buelta al alojamiento en que avia dexado à Alfinger, que sin atreverse à desamparar la Laguna, se avia estado manteniendo en aquel tiempo de los caracoles de sus playas.

Alegres todos con la abundancia del socorro, y mas con la noticia de ser aquella tierra tan poblada, levantaron el Real, pasando luego à registrarla, pero sin detenerse en ella mas tiempo, que el que les fue necesario para hazer provision de bastimentos; torcieron el camino para los Pàramos de Ceruità, malogrando (por no pasar mas adelante) la fortuna de ser los primeros que gozassen la riqueza de las opulentas Provincias del nuevo Reyno, cuyos ymbrales llegaron à pisar sin conocerlos; pero parece que reservando la providencia Divina la gloria de su descubrimiento para Don Gonçalo Ximenez de Quezada, cegò vna, y otra vez à aquellos hombres, para que perdiessen, por inadvertencia, la dicha que llegaron à tener entre las manos, pues puestos ya en Ceruità, si huvieran caminado al Sur diez leguas mas, se huviera enmendado el yerro, restaurando la accion, que abandonaron primero; pero dexando el camino que llevaban, tomaron la derrera para el Norte, sin advertir, que siguiendo las jornadas de aquel

rumbo, iban à salir detechos à la Laguna de Maracaybo; en cuyo viage fueron imponderables los trabajos, asì por las penalidades del frio, que padecian en los Pàramos, como por la oposicion que hallaron en los Indios de Ravichà, que con repetidas guasabaras (en que murieron algunos Españoles) los molestaron de continuo, sin permitirles lugar para el reposo; hasta que vencidas estas incomodidades, à fuerças de el sufrimiento, huvieron de aportar al Valle de Chinacota; cuyos moradores, con la noticia anticipada de las crueldades de Alfinger, desampararon las casas antes de verle la cara, reuniendo por mas seguro retirarse con sus familias, buscando abrigo en los montes, pero siempre con el animo de lograr las ocasiones, que les ofreciesse el tiempo para vengar sus agravios; y asì con esta intencion; sin que los Españoles los sintiesen, se emboscaron en todos los arcabucos, que rodeaban el alojamiento, esperando coyuntura para executar, à lance fixo, la resolucion que tenian premeditada.

Ignorante Alfinger de la traycion prevenida, y fiado mas que debiera en el sosiego aparente con que estaba todo el Valle, se apartò vna tarde, algo retirado del alojamiento, comunicando en conversacion al-

gunas cosas con Estevan Martin, su grande amigo; y como los Indios (observando los movimientos de los nuestros) solo aguardaban la ocasion, apenas los vieron separados quando saliendo de la emboscada les embistieron con tal impetu, y presteza, que quando pusieron mano à las espadas para defenderse, ya estaba Alfinger muy mal herido; pero sin perder el animo, disimulando la herida, hizo rostro valerosamente à la multitud de barbaros que le acometia por todas partes, vengandola alevosia de su muerte con quitar la vida à muchos de sus contrarios, hasta que socorrido de los demas Españoles, se retiraron los Indios, quedando Alfinger tan defangrado, y postrado de las heridas, que sin que aprovechassen los remedios, murió dentro de tres dias, dexando perpetuada la memoria de sus atrocidades en los recuerdos que hasta oy dà de ellas su sepulcro à seis, ò siete leguas de distancia de la Ciudad de Pamplona, que despues poblò Pedro de Ursua, cuyo sitio, por aver sido donde la muerte puso termino à la barbara crueldad de aquel tyrano, mantiene todavía el titulo de su nombre, siendo comunmente conocido por el Valle de Miser Ambrosio, aunque el Coronista Herrera, contra la evidència de vna verdad tan clara, pone esta muer-

te en Coro, por yerro cono- cido de las relaciones que le dieron para formar su His- toria.

CAPITULO IX.

GOBIERNA EL EXER- cito Pedro de San Martin hasta llegar à Coro: gobier- na la Provincia Juan Ale- man, por muerte de Alfin- ger: sale Venegas à buscar el dinero que enterrò Bas- cona, y buelve sin hallarlo.

Muerto Ambrosio de Alfinger, como sea tan apetecible en los hombres la dulçura de el mandar, empezaron à originarse en aquel pequeño Exercito disturbios, y disensiones, sobre quien le avia de succeder en el gobierno; y aunque los pretendientes eran muchos, por voto de los mas principales fue preferido à todos el Factor Pedro de San Martin; pero aunque las prendas de nobleza, prudencia, y valor que le asistían lo hacian muy digno para las honras del empleo, no fue tan acepto su nombramiento, que dexasse de aver discordias, y alborotos, que huvieran passado à motines declarados, si el Capitan Juan de Villegas con su autoridad, y

1532.

aquella respetable veneracion, que se avia grangeado en la estimacion de todos, no huviera sacado la cara, y tomado la mano à sossegarlos; y asì, apagada la llama, antes que cobrasse fuerza el incendio, por la interposicion prudente de Villegas, mandò el nuevo General del alorjar el Campo del Valle de Chinacota, (entrado ya el año de treinta y dos) y atravesadas las montañas, que despues llamaron de Arevalo, salieron à las Campiñas de Cucuta, que fértiles de pastos, y abundantes de oregano, (aunque de temple enfermo) son oy muy adequadas para criazon de mulas, siendo las de este Valle las de mayor estimacion de el nuevo Reyno.

Aviendose detenido muy pocos dias en Cucuta, con bastantes contratiempos, hambres, y penalidades, fueron prosiguiendo lo molesto de su marcha, y de Provincia en Provincia vinieron à dar en la que estaba Francisco Martin, tan convertido ya en Indio, y bien hallado con sus grosseras costumbres, que ni aun señas aparentes de Español le avian quedado; y teniendo noticia el Cacique, su suegro, de que se acercaban los nuestros à su Pueblo, juntò el mayor numero de gente, que pudo reclutar en sus Vандeras, y se la entregò al hierno, para que saliesse à em-

barazarles la entrada en sus dominios, fiando las felicidades del suceso en las repetidas experiencias, que tenia de su valor. Bien conociò Francisco Martin, que los forasteros que venian no podian ser otros, que los Españoles de el Campo de Alfinger, de cuya Compania el avia sido; y para quedar bien con el suegro, sin faltar à la lealtad que debia guardar con su Nacion, salió con su gente à la campaña, y dexandola emboscada en las montañas vezinas, quando le pareciò tiempo de que pudiesen los Españoles estar cerca, con el motivo de ir à reconocer el Campo del enemigo, se adelantò solo à encontrarlos: Iba Francisco Martin tan à la vísanga de los Indios, que no se diferenciaba en nada de ellos, desnudo en carnes, y el cuerpo todo envijado, coronada de penachos de plumas la cabeza, terciada al hombro la aljava, y armado el arco en la mano.

Acercòse de esta suerte à los Españoles, que con trabajo, y molestia iban marchando; y aunque se les puso por delante, no era facil conocerlo en aquel trage, ni pudieran persuadirse à que era Español como ellos, si al oirle referir sus infortunios, y las lamentables desgracias de Bascona, no fueran señales evidentes para caer en la cuenta de quien era; abrazaron-

zaronle todos con ternura, haciendo demonstracion el sentimiento al recuerdo de la muerte infeliz de los demás compañeros; y aviendole vestido con lo que permitió la desnudez que ellos traian, para cubrir la total indecencia en que se hallaba, caminaron juntos hasta el lugar donde avia dexado los Indios emboscados; y como la superioridad que Francisco Martin tenia adquirida sobre la simple condicion de aquellos barbaros era tan absoluta, que observaban como preceptos inviolables los mas leves antojos de su gusto, bastò el que les dixesse, (hablandoles en su lengua, que la sabia mejor que ellos) que dexadas las armas, tuviessen à los Españoles por amigos, pues los reconocia por sus hermanos, para que saliendo de la emboscada sin recelo, ofreciessen la paz con rendimiento al General San Martin, y con tantas demonstraciones de amistad, que en buena correspondencia se fueron juntos al Pueblo, donde acariciados de el Cacique, como hermanos de su hierno, se estuvieron de asiento algunos dias, hasta que pareciendo tiempo al General para proseguir su viaje, llevandose consigo à Francisco Martin, y de los Indios amigos buenas guias, que los conduxessen por trochas limpias, y libres de anegadizos, (que era lo que mas les molestaba)

ba) se pusieron en camino, y llegaron con felicidad à Coro el mismo año de treinta y dos, aviendo consumido tres años en esta inutil jornada, sin que de ella se siguiesse otro provecho, que aver dexado assoladas, con inhumana crueldad, quantas Provincias pisaron.

Sabida en Coro la muerte de Alfinger, con la llegada de su Exercito derrotado; fue recibido por Governador de la Provincia vn Cavallero Tudesco, llamado Juan Aleman, pariente muy cercano de los Belçares, por hallarse con vn titulo despachado à prevencion, para en caso de que faltasse Alfinger; y aviendo sido dorado de vna naturaleza muy quieta, y de animo muy pacifico, no tenemos que referir particular operacion suya, pues manteniendose en Coro el tiempo que durò en el exercicio, atendió mas à las conveniencias que pudo lograr à pie quedo con quietud, que à los intereses, que pudiera adquirir por medio de las Conquistas, buscandolos con afan.

Dexamos en el Capitulo sexto al Teniente Venegas por Cabo de los enfermos, y demás gente que dexò Alfinger en la rancheria de Maracaybo; y aviendose mantenido con notable sufrimiento los tres años que duraron las desgracias de tan infeliz jornada, quando supo que

de baratado, y consumido el Exercito avia ya salido à Coro, pasó luego à la Ciudad, ò à ver à los compañeros, ò à tratar algunas cosas de su propia conveniencia; y teniendo alli noticia de los sesenta mil pesos en oro, que avia enterrado Bascona en su viage desdichado, se determinò à ir en persona à buscarlos, para cuya diligencia juntò hasta sesenta compañeros, que se dedicaron à seguirle; y llevando consigo à Francisco Martin, para que mostrasse la parte donde avian dexado depositado el tesoro, diò la buelta à su rancheria de Maracaybo, para seguir desde Tamalameque los mismos passos que avia llevado Bascona; pero no siendo facil el que en la confusion de tan espeladas montañas pudiesse Francisco Martin aver demarcado el sitio donde quedaba la ceiba, que fue sepulcro del oro, despues de averlos traído de vna parte para otra por entre anegadizos, y manglares, en su misma confusion, y variedad conociò Venegas que tenia perdido el tino, y que de no dar la buelta antes de empeñarse mas, tendrían el mismo paradero, que avia tenido Bascona, cuyo recelo lo hizo retroceder sin passar mas adelante, siguiendo las cortaduras, y señales que avia dexado en los arboles advertencia, que le valiò para dar breve la buelta à Maracaybo, sa-

cando por premio de su codicia el fruto del escarmiento, y la efectiva satisfaccion de los precisos empeños, que contraxo para las disposiciones de su abio, en que quedò condenado.

Y porque de vna vez demos razon del paradero que tuvo Francisco Martin, es de advertir, que retirado en Coro vivia tan arrepentido de aver dexado aquella brutal vida, que gozaba entre los Indios, y tan ansioso por ver à la muger, y los hijos, que ciego con el amor, dexádose llevar de la tyrana violencia del deseo, se huyò de Coro vna noche, y se bolviò al Pueblo de donde lo avian sacado, tan bien hallado con las barbaras costumbres en que ya estaba habituado, que aviendo entrado despues à aquella Provincia vna Esquadra de Soldados, y traídoselo à Coro, se bolviò à ir segunda vez, y huviera cometido el mismo yerro otras cien veces, si no huvieran tomado el expediente de embiarlo al nuevo Reyno de Granada, para que quitada la ocasion con la distancia, olvidasse la aficion, que tanto lo enagenaba: remedio en que consistiò el sosiego de aquel hombre, pues vivió despues con gran quietud en la Ciudad de Santa Fè, confessando con arrepentimiento los despenos à que lo avia precipitado su apetit.

CAPITULO X.

ERIGESE LA IGLE-

*sia de Coro en Cathedral,
y viene por Gobernador de
la Provincia George de
Spira.*

Luego que el Emperador Carlos Quinto tuvo la noticia de estar poblada la Ciudad de Coro, y las buenas esperanças que prometian los favorables principios de su fundacion; deseando su mayor lustre, y el aumento de la Religion Catholica en los dilatados Campos de esta Provincia, para la mas facil reduccion de los innumerables Gentiles que la habitaban, suplicò à la Sede Apostolica la erigiesse en Obispado; y movida de los piadosos ruegos de aquel Inviecto Monarcha la Santidad de Clemente Septimo, por su Bula despachada en Roma à veinte y vno de Junio del año de mil quinientos y treinta y vno, tuvo por bien de conceder la gracia, cometiendo el acto de la ereccion à la persona que el Emperador presentasse para primer Prelado de su Iglesia.

Hallabase à la sazón en Madrid Don Rodrigo de las Baltidas, Dean de la Cathedral de Santo Domingo, que el año antecedente de quinientos y

treinta avia passado à España à diferentes negocios de su Iglesia; y pareciendole al Emperador persona muy apropiada para poner à su cuidado la direccion de aquella nueva planta, lo presentò para primer Obispo de esta Provincia; y como tal, usando de la facultad concedida por la Sede Apostolica, estando en Medina del Campo el dia quatro de Junio del de treinta y dos, por ante Pedro de Ledesma, Notario Apostolico, hizo la ereccion de la Iglesia de Coro en Cathedral; y aunque para su servicio, y asistencia le señaló seis Dignidades, seis Canonias, quatro Raciones enteras, y quatro medias, el no aver llegado las rentas Dezimales à la cantidad necessaria para la decente congrua de todas, ha obligado à que las mas se mantengan suprimidas, sirviendose al presente solo con ocho Prebendas; si bien no es tan corta la quarta Capitular, que no pudiera con descanso mantener algunas mas, sin que su renta hiziesse falta à las otras.

Hecha la ereccion del Obispado, no pudo el señor Bastidas passar tan breve à la residencia de su Iglesia, porque aviendole encomendado el Emperador la Visita general de Puerto Rico, le fue preciso dilatarle en aquella Isla hasta el año de treinta y seis, en que llegó à Coro; pero en el interin, para que

tomasse la possession en su nombre, y governasse el Obispado, embiò con amplios poderes al Dean Don Juan Rodriguez de Robledo, que junto con el Chantre Don Juan Frutos de Tudela vino à Coro, siendo los dos los primeros Prebendados que se proveyeron en su Iglesia; y aunque la venida de estos fue el año de treinta y quatro, nos ha parecido anticiparla, por si acaso despues no ay lugar de referirla.

Quando se supo en Coro la muerte de Alfinger estaba en aquella Ciudad Nicolàs de Fedreman, Aleman de nacimiento, hombre de elevados espíritus; hallavase rico, y con amistad estrecha con los Belçares: circunstancias, que lo animaban à pretender el Gobierno para si; y dexandose llevar de este deseo, en la primera ocasion que se ofreciò de passage, se embarcò bien proveido de dineros para España, assi de su proprio caudal, como de la parte que le ayudaron sus amigos, para la mas facil consecucion de sus intentos: llegò à la Corte, y se diò tan buena maña, disponiendo su pretension con tal destreza, que con facilidad vinieron los Agentes de los Belçares en conferirle el Gobierno, despachandole para ello provisiones muy cumplidas, con particular instruccion de lo que avia de executar, para que la

Compañia lograsse mayor utilidad, y conveniencia.

Publicada en la Corte la merced, empezó Fedreman à levar gente, y hazer las demàs prevenciones necessarias, para quanto antes partirse à su Gobierno; pero como no ay fortuna segura à la sorda bateria de vna emulacion apassionada, bastò la que le manifestaron algunos, que le eran poco afectos, para ponerlo en mal concepto con los Belçares, imputandole ser de aspera condicion, de espíritu bullicioso, de natural altivo, y corazon soberbio; y aunque fueron las propriiedades de que siempre estuvo mas ageno; por averlo dorado el Cielo de vna naturaleza afable, conversacion cariñosa, corazon muy piadoso, y animo reposado; sin embargo fueron bastantes los informes con que apretaron los emulos, para que recogiendo los despachos, lo privassen del Gobierno, y proveyessen en su lugar à George de Spira, Cavallero tambien de su Nacion; si bien, por no desayrar del todo à Fedreman, le nombraron por Theniente General, con facultad, para que pudiesse hazer entradas, y conquistas por si solo, pues la capacidad de la Provincia daba lugar para los interesses, y conveniencias de ambos.

Con esta disposicion, y quatrocientos hombres que le

vantaron en la Andaluzia , y Reyno de Murcia , salieron del Puerto de San Lucar en cinco Embarcaciones el año de treinta y tres ; pero aviendo padecido rigurosas tormentas , que los obligaron à arribar dos veces à las Costas de España , muchos de los Soldados (que llegaron à cerca de docientos) atemorizados con la continuacion de sus-
tos tan repetidos , viendose en tierra à la segunda arribada , determinaron quedarse , no atreviendose à proseguir en aquel viage , que recelaban infausto , considerando el presagio de tan adversos principios ; y aunque à costa de perder quanto tenían embarcado , consiguieron con alguna diligencia quedarse en tierra escondidos.

Temeroso Spiria con la repentina desertacion de sus Soldados , antes que le desamparasen los demas se hizo à la vela con los que le avian quedado , encaminando su derrota à las Canarias , donde para reintegrar la gente que le faltaba , reclutò docientos hombres , los primeros que encontró en aquellas Islas , sin reparar en que fuesen de los bastos , y grosseros , que fuele producir aquel terreno ; con los quales , y suficiente provision de bastimentos , prosiguiò su viage , y llegó à Coro à principios de Febrero de el año de

de cuenta , y principales , que despues desempeñaron las obligaciones de su sangre en la Conquista , y Poblacion de esta Provincia , como verèmos en la narracion , y contexto de esta Historia . De estos fueron , Alonso Pachecho , natural de Talavera la Vieja , Progenitor de los Cavalleros de este apellido en la Ciudad de Truxillo , y de los Tonares en Caracas ; Francisco Infante , natural de Toledo , de quien descenden los Cavalleros Blancos Infantes de esta Ciudad de Santiago ; Francisco de Madrid , natural de Villa Castin , de cuyos meritos son herederos los Villegas ; Gonçalo Martel de Ayala , de quien quedò descendencia en Tocuyo ; Montalvo de Lugo , natural de Salamanca , que pasó despues al nuevo Reyno , y desengañado con los rebeses , que le jugò la fortuna , se bolvió à España à gozar con quietud de vn Mayorazgo que avia dexado en su Patria ; Francisco de Graterol , tronco de ilustres familias ; Damian del Barrio , natural del Reyno de Granada , cuyos servicios en la America correspondieron à los que antes tenía obrados en la Europa , aviendose hallado en la memorable batalla de Pavia , en el saco de Roma con el Duque de Borbon , y en otras celebres funciones de las de mas importancia en aquel tiempo ; descenden de este Cavallero los

Parras, y Castillos de Barquisimeto; los Silvas de esta Ciudad de Santiago; y otras ilustres Familias, que tienen su asistencia en la Provincia.

CAPITULO XI.

DETERMINA SPIRA

hazer entrada para las partes de el Sur: embia parte de su gente por las Sierras de Carora: passa el con el resto à la Borburata, y juntanse despues en el desemboadero de Barquisimeto.

QUando llegó Spira à la Ciudad de Coro hallò toda su comarca muy falta de bastimentos, porque aviendo sido el año escaso de aguas, fue consequente la esterilidad en las cosechas, y así por este motivo, como por el ansia que traía de no perder tiempo en sus conquistas, determinò dividir la gente que tenía, empleandola en diferentes entradas, para que se mantuviese con mas comodidad en las Provincias vezinas; y consultando la mejor forma para dar expediente à sus deseos, fue el parecer de los mas prácticos, que el mismo Governador con quatrocientos hombres tomase la buelta de los Llanos de Carora,

(que demòran al Leste de la Ciudad de Coro) y que su Teniente General Nicolás de Fedreman atravesasse la Cordillera por la parte de el Oeste, para que descubierta por vn lado, y otro la Serranía, se supiesse lo que encerraba en su terreno; para lo qual avia de passar primero Fedreman à la Isla de Santo Domingo à conducir de cuenta de los Belçares los cavallos, armas, y demas pertrechos de que necesitasse, para armar otros docientos hombres, que le avian de acompañar en su jornada.

Ajustada esta determinacion entre los dos, empezò à disponer su entrada Jorge Spira, señalando los quatrocientos hombres que avia de llevar consigo, de los quales despachò trecientos y veinte à cargo de los Capitanes Juan de Cardenas, Martin Gonzalez, y Micier Andrea, de Nacion Tudescò, con orden, para que atravesada la Serranía de Carora, lo esperasen en los Llanos, mientras el, con los ochenta restantes (que eran todos de à cavallo) iba por la Costa de el Mar al Puerto de la Borburata, para por alli entrar con mas conveniencia à incorporarse con ellos.

Despachados los tres Capitanes por Spira, salieron de Coro, y empezaron à repechar la Serranía con bastantes incomodidades, porque siendo la fragoridad

tividad mucha, las aguas continuadas, el bastimento poco, y precisa la molestia de ir con las armas en la mano, por la oposicion, y resistencia con que los Indios (à cada passo) procuraban embarazarles la entrada en lo que iban descubriendo; estrañaban los Soldados (por ser los mas de los recién venidos de Europa) aquel modo tan penoso de Militar, à que no estaban acostumbrados; pero vencidos al fin los embarazos à fuerças de la constancia, y arrastradas sesenta leguas de tierra aspera, y doblada, salieron à la Provincia de Baraure en el principio de los Llanos à la parte de el Leste; cuyos moradores apenas los sintieron en su tierra, empeñados en lançarlos de ella à fuerça de armas, tuvieron tal resolucion en perseguirlos, que con repetidos acometimientos no les permitian, ni aun vn breve lugar para el reposo, valiendose (para mejor executarlos) de la molesta continuacion con que cargaban las lluvias, pues no pudiendose aprovechar de las armas de fuego, por el impedimento de las aguas, lograban, sin oposicion, el tiro venenoso de sus flechas.

Este desassosiego à todas horas, sobre la grande escasez de bastimentos que tenian, defanimo à los Soldados de suerte, que abandonando la repuracion, trataron de dar la buelta

para Coro, encaminando la marcha por la parte que les parecia (segun su demarcacion) podria venir el Governador Spira para encontrarse con ellos; y poniendolo por obra, en lo mas obscuro de vna noche desfalojaron el Real, retirandose con buen orden, por si fuesen sentidos de los Indios, no exponerse à los accidentes que suele ocasionar vn descuido; pero aunque el animo que llevaban era de no parar en parte alguna hasta topar con Spira, el embarazo de los enfermos, y heridos no les permitio lugar para seguir tanto viage, obligandoles à que en el desembocadero de Barquisimeto (sin poder pasar mas adelante) se quedassen rancheados por espacio de veinte y tres dias, que fueron los que tardò en llegar alli el Governador, bien fatigado tambien de las molestias de el camino; pero con la alegria de verse juntos, olvidaron vnos, y otros las especies de las passadas miserias; y determinados à proseguir la jornada por los Llanos, siempre al Sur, llevando para gobernar se la Cordillera por guia, que les demoraba la mano derecha, bolvieron para las poblaciones de Baraure, de donde antes se avian retirado perseguidos.

Avisados los Indios de que los Españoles entraban segunda vez en su Provincia, como se hallaban vsanos con las ventaj

jas conseguidas en los passados encuentros, se juntaron en gran numero quantos habitaban la comarca, y con su acostumbra voceria (teniendo la victoria por segura) les salieron al camino, presentandoles batalla; pero acometidos con promptitud de los ochenta cavallos, que acompañaban à Spira, les cogió tan de repente aquella novedad, (que no avian visto otra vez) que absortos con el susto, sin tener ni aun aliento para huir, se dexaban caer en el suelo, ofreciendo la vida, turbados, vnos al duro golpe de las lanças, y otros al desmayo cobarde de su mismo assombro.

Desbaratado con esta facilidad el Esquadron numeroso de los Indios, sin mas daño de nuestra parte, que aver quedado heridos tres Soldados, los barbaros que escaparon con las vidas, no teniendose por seguros en la débil defenfa de sus Pueblos, recogieron con brevedad los hijos, y mugeres, y se retiraron con ellos al asylo ordinario de los montes, dexando libres las casas al arbitrio desordenado de sus huespedes, que se hospedaron en ellas quince dias, para reparo de las muchas aguas que descargaba el Invierno, en cuyo tiempo, así para el remedio de la necesidad que padecian, como por divertirse con vn entretenimiento provechoso, se ocupaban muchos de

los Soldados en el noble exercicio de la caza, à que los incitaba la abundancia de Benados, que mantenía la Sabana. Vno de los mas aficionados, que se llamaba Orejon, salió vna tarde con otros compañeros à continuar en el divertimento que solia, y empeñado por aquellos pajonales en perseguir vn Benado, se alexò tanto, inadvertido, que despues de averlo muerto à lançadas, quando quiso bolver para el alojamiento, no pudo dàr con la salida. Los compañeros sin echarlo menos se retiraron con tiempo; pero conociendo su falta, despues de estàr ya en el Real hizo el Governador disparar algunos arcabuces, para que governandose por el eco de los tiros, conociesse la parte donde estaban, pero el se hallaba tan remontado, que no los pudo oír, y tan confuso con la obscuridad de la noche, que determinò esperar à la luz de la mañana para intentar su salida; pero los Indios, que ocultamente le avian seguido los passos, apenas le vieron desmontarse de el cavallo, para descansar vn poco, quando cogiendolo à manos, le cortaron con su misma espada la cabeza; el cavallo espantado con el tropel, y alboroto de los Indios, corrió furioso por aquellos pajonales, y teniendo mejor tino que su dueño, entrò por el alojamiento relinchando, de que maliciaron todos

todos el infausto paradero, que avia tenido Orejon.

Con esta sospecha embió el Governador por la mañana al Capitan Juan de Villegas con vna Esquadra de Soldados, para que recorriendo todos aquellos contornos, procurasse adquirir noticias de Orejon, buscandolo muerto, ò vivo; y aviendo dado buelta à la Sabana, sin hallar señales de él, se encaminò à la montaña, donde à muy poca distancia encontró vna Poblacion de bien corta vecindad, cuyos moradores, fiados en algunas palizadas que tenian para reparo, intentaron defenderse; pero conociendo breve la ventaja que hazian los arcabuces à la débil violencia de sus flechas, desistieron de su intento, y se pusieron en fuga, dando lugar à que los Españoles faqueassen la Poblacion, y à los primeros passos encontrassen con la espada de Orejon, y parte de la cabeza, que tenian aderezada, para celebrar (comiendola) el triunfo de su victoria: señal por donde conocieron el desastrado fin de el compañero, de cuya muerte irritados, procuraron con la vengança dar alguna satisfaccion al sentimiento, ahorcando quantos Indios pudo encontrar su enojo, y su diligencia por toda aquella montaña; y dexando convertida la Poblacion en cenizas, dieron la buelta donde avian dexado à Spira, quien

deseoso de mudar alojamiento, por las inconveniencias que causaba lo riguroso de el invierno en aquel sitio, con el leve trabajo de caminar dos dias mejorò assiento, passandose à los Pueblos de Aricagua, que por estår mas arrimados à la Serrania, y en terreno alto, le ofrecieron comodidad para poder, sin embarazo, esperar en ellos à que quebrasse la fuerça la continuada molestia de las aguas.

CAPITULO XII.

EMBARCASE FEDREMAN para la Española, embiando antes su gente al Cabo de la Vela: prende el Capitan Chaves al Capitan Rivera: buelve Fedreman à tierra-firme, y dà principio à la pesqueria de las perlas.

Aunque Fedreman avia quedado de acuerdo con Spira, de que en bolviendo de la Isla Española con los pertrechos que iba à buscar haria su entrada, atravesando la Serrania por la vanda del Oeste, nunca fue su animo executar lo que tenia capitulado con su Governador; porque los altos pensamientos que avia concebido en su interior, lo arrastraban à procurar mandar independiente, fin

sin poner los adelantamientos de su fortuna al arbitrio de superior influxo; y así, luego que Spira salió de Coro para la Burburata declaró su intencion à sus amigos, y alistando la mas gente que pudo por entonces, la despachò à cargo de Antonio de Chaves (à quien nombrò por su Theniente) con orden de que tomase la buelta de Maracaybo, y sin paràr passase al Cabo de la Vela, donde le avia de esperar hasta que bolviessse de la Isla Española, para donde se embarcò al mismo tiempo que Chaves salió para la Laguna.

Tenia Fedreman muchos dias antes comunicada su resolucion en secreto con Alonso Martin, à cuyo cargo estaban los Vergantines que Alfinger avia dexado en Maracaybo; y así, prevenido con tiempo lo que avia de executar, dispusieron las cosas de suerte, que quando Chaves llegó à la orilla de la Laguna, ya le estaba esperando Alonso Martin con los Vergantines, y diferentes Canoas, en que embarcò toda su gente, y la pasó à la rancheria, que estaba de la otra vanda, con animo de alojarse alli despacio, dando tiempo à que Fedreman lo tuviesse para bolver de la Española; pero la escasez de bastimentos, y las enfermedades, que por esta causa se fueron introduciendo, obligaron à Chaves à dividir la

gente en tres Esquadras; para que pudiesen con menos trabajo mantenerse con lo que à las manos encontrassen; y embiandolas por diferentes partes, les previno, que para cierto dia se hallassen todos juntos en el Cabo de la Vela.

Hallabase al mismo tiempo (que era ya por el año de treinta y cinco) el Capitan Juan de Rivera en la Conquista de la Ramada, de orden del Doctor Infante, Oidor de Santo Domingo, que por muerte de Garcia de Lerma governaba à Santa Matta, y apretado de la misma necesidad, y falta de bastimentos, desde las orillas del rio de Macomite, donde estaba rancheado, despachò vna tropa de veinte hombres à buscar algun socorro àzia la parte de la Laguna de Maracaybo; y como vna de las Esquadras de Chaves, que acaudillaba el Capitan Murcia, acertasse à coger el camino para el rio de Macomite, fue preciso que se topasen de buelta encontrada en la trocha, que vnos, y otros iban haciendo, por la maleza de vna montaña baxa; pero los de Murcia se portaron con tal arte, que aviendose emboscado sin que los otros lo sintiesse, quando acordaron por sí los de Rivera, se hallaron prisioneros, (operacion muy usada en los excelsos militares de aquel tiempo) de cuya novedad avisado Antonio

Año de
1535.

de Chaves, y persuadido à que Rivera se avia entrado en los terminos de la jurisdiccion, que pertenecia à los Belçares, propassando los limites de la go-vernacion de Santa Marta; juntò sus Tropas, que andaban divididas, y marchando à Macomite, donde estaba aquartelado Rivera, le obligò con ruegos, y amenazas à que con la gente sana que tenia le siguiesse hasta el Cabo de la Vela, dexando alli los enfermos para conducirlos despues, quando el tiempo permitiesse oportunidad para ello.

Hecho este ajuste entre los dos, salieron juntos de Macomite, y entrando en las tierras de los Guagiros, Nacion altiva, y belicosa, que hasta el dia de oy ha sabido mantener su libertad à costa de su fiereza, se vieron en bastantes aflicciones, por las repetidas guazabaras con que los molestaron los Indios, con tanta resolucion, y valentia, que en vna de ellas se hallaron Guzman de Avellaneda, y otros seis Soldados en los ultimos lances de perderse, por averlos cogido à mano para llevarse los vivos; pero ayudados de su esfuerzo (sin que los pudiesen socorrer los companeros) tuvieron la fortuna de librarse, escapando con bien de aquel conflicto; y conociendo Chaves lo que le importaba salir quanto antes de aquella Nacion guerrera, apre-

surò el passo en las marchas hasta llegar à los Cocinas, de donde determinò embiar à Macomite por la gente que avia dexado enferma: ocasion, en que tres Soldados, llamados Alonso Martin de Quesada, Diego Agudo, y Alonso de Olaya Herrera, executaron vna accion tan bizarra, que passando los terminos del valor, llegò à rozarse con los de la temeridad, pues solo con sus espadas, y rodela s bolvieron à atravesar la tierra de los Guagiros, hasta llegar à Macomite à avisar à los enfermos, estuviessen prevenidos para ponerse en camino luego que llegasen los cavallo, que les embiaba Chaves para su transporte.

La alegria que aquellos miserables Espanoles sintieron con la llegada de los tres Soldados fue tal, que de las camas se arrojaban al suelo (por no poderse poner en pie) à congratularse vnos con otros, por las noticias, no esperadas, de tan cercano socorro, pues la hambre, enfermedades; y trabajos los tenían tan consumidos, y postrados, que en las hamacas estaban muertos muchos de ellos, sin que los pocos que avian quedado vivos huviesen tenido esfuerzo, ni aun para la accion piadosa de enterrarlos; pero alentados con la esperança de conseguir alivio en sus milerias, se pusieron en camino para los

Cocinas , donde los esperaba Chaves , que alegre con su llegada , sin esperar mas tiempo partiò luego para el Cabo de la Vela , donde hallò ya à Fedreman , que acababa de llegar de la Española con ochenta hombres , y numero suficiente de cavallos.

Supo al instante Fedreman el suceso de Rivera , y como era Cabo del Doctor Infante , à quien debia obligaciones , por aver hallado siempre en su proteccion amparo à sus dependencias , tuvo del caso bastante sentimiento , porque no quifiera corresponderle con disgustos , ni darle motivo para quejas ; y así , aunque valiendose del agrado , procurò con buenos modos reducir à Rivera à que se quedasse en su compañía , siguiendole voluntario : escusandose este , por la precision en que se hallaba de bolver à Santa Marta , lo dexò ir libre con su gente , asistiendo liberal con quanto hubo menester para su avio.

Hecha esta galanteria por Fedreman , dispuso muy de espacio su asistencia en el Cabo de la Vela ; porque hallandose de muchos dias atrás con la noticia (que en secreto avia adquirido) de los hostiales de perlas , que cria toda aquella Costa (no descubiertos hasta entonces de otro alguno) siempre tuvo hecho el animo à probar la suerte

en aquella pesqueria , y ver el semblante , que en ella le mostraba la fortuna : causa , que le moviò à saltar al trato capitulado con Spira , y à citar toda su gente , para que le esperasse en aquel sitio , à cuyo fin avia tambien dispuesto el viage que hizo à la Española , por ver si hallaba alli algunas personas practicas , de las muchas que asistían à semejante exercicio en la Isla de Cuvagua , para que le ayudasen à su intento , y disponer cierto instrumento , à manera de rastro , que tenia discurrido para facilitar la pesqueria ; portandose siempre con tal recato , y sigilo , que no hubo persona que pudiesse penetrar el blanco en que tenia puesta la mira , hasta que en la ocasion presente descubriò à sus Soldados el secreto ; pero anduvo tan desgraciado , que por mucho que trabajò con la inventiva de su instrumento , echandolo repetidas vezes en los placeres donde se descubrian los hostiales , no pudo conseguir lance , que fuesse de provecho para el logro que avia concebido su esperanza ; y lo mismo sucediò à otros muchos que lo intentaron despues , hasta que se discurriò por mejor modo el bucearlas , que es la forma como se facan oy , quedando para otros el provecho , y à Fedreman solo la gloria de aver sido el Autor de su descubrimiento , pues se debiò à su diligencia la noticia
del

del tesoro; que ha tributado aquel Mar en la abundancia de perlas con que han enriquecido el mundo sus criaderos.

CAPITULO XIII.

SALE SPIRA DE ATICAGUA, y llega à la Provincia de Barinas: tiene un disgusto con su Theniente, y remitelo preso à Coro: passa el rio Opia, y padece grandes trabajos.

DExamos al Gobernador Jorge de Spira en las Poblaciones de Aticagua esperando à que el Invierno quebrasse la fuerça de sus aguas; y detenido alli tres meses, luego que assentò el tiempo, y despuntò el Verano, levantò su Campo en prosecucion de su jornada: y caminando siempre por la falda de la Serrania, que llevaba à la mano derecha, llegó à la Provincia de los Cuyanes, cuyos Naturales, queriendo probar sus brios, sin tener conocimiento de lo que eran las armas Españolas, dispuestos en razonable orden Militar, les salieron al encuentro à embarazarles el passo; pero acometidos de los nuestros, aunque por algun tiempo mantuvieron el Campo con teson, ma-

nifestando ser gente de valor en la constancia con que sufrieron el combate; se huvieron de retirar amedrentados, con pérdida de los principales Cabos de sus Tropas, dexando heridos algunos de los nuestros, y al Capitan Montalvo bien picado, por averle quitado la lança de las manos.

Algunos dias se detuvo Spira, entretenido en buscar bastimentos por aquellas cercanias; y hecha la provision de los que pudo hallar su diligencia, entrandose en la Serrania por caminos asperisimos, con mil dificultades, y trabajos, al cabo de dos meses de continuadas fatigas; hubo de penetrar hasta la parte donde despues se fundò la Ciudad de Barinas, pero tan perseguido de la hambre, y necesidad, que sin hallar otro socorro para el sustento, se mantuvieron los Soldados muchos dias solo con palmitos, y tallos de visao, de que empezaron à enfermar, y debilitarse de tal suerte, que postradas las fuerças con la flaqueza, hasta el aliento les faltaba para poder caminar; pero consolados à este tiempo con la noticia de que en algunos valles, que formaba la Serrania, se descubrian diferentes Poblaciones, y abundantes sementeras, donde podrian hallar remedio à la afficcion que padecian; despachò el Gobernador à su Theniente Francis-

to de Velasco con algunos Infantes, y Cavallos, y orden de que en llegando à lo fragoso de la Serrania (donde avia algunas Aldeas) se quedasse alli, y embiasse la gente que le pareciesse necessaria à los Valles mas altos donde estaban las sementeras, y que de ellas le socorriessse quanto antes con lo que hallasse mas à mano, procurando buscar alguna sal, por la total falta que tenian.

Con esta orden partiò Velasco, y llegando al pie de la Cordillera, en cumplimiento del mandato que llevaba, se quedò alli con la gente de à caballo, embiando la de à pie à cargo de Nicolás de Palencia, que caminando, ò por mejor decir, gateando por la maleza de aquellos despeñaderos, diò en lo mas espeso de vna montaña con vna casa bien grande, donde tenian los Indios escondidas mas de mil y quinientas fanegas de maiz; no quiso Palencia pasar mas adelante por no defamparar la presa, que le avia depurado la fortuna, y assi, haciendo alto en aquel parage, se quedò à guardar aquel tesoro, que por tal lo reputaba la necesidad presente, y embiò algunos Soldados con el maiz que pudo llevar à cuestras vna considerable tropa de Indios al Théniente Velasco (que como diximos avia quedado esperando al pie de la Serrania) quien ale-

gre con el buen suceso que logró su diligencia, por darle la noticia al Governador con mas cumplido socorro, ordenò le baxassen otras dos, ò tres porciones como la que avian traído, y luego las remitiò con escolta de Soldados, encargandole al Cabo que la llevò à su cuidado, observasse con reparo la gracia, modo, y semblante que manifestaba Spira al recibirlo; y como las acciones de este lance no correspondiessen al agradecimiento que avia esperado Velasco antes parece que el Governador con displicencia manifestò algun enfado, atribuyendo à descuido la tardanza de el socorro; sabiendolo Velasco, enagenado con la colera, y ciego con el enojo, prorrumpiò diciendo: O Cuerpo de Christo con el Governador! por què no ha de agradecer lo que trabajan, por servirle, sus Soldados? pues voto à tal, que si èl tiene allà ciento de capa negra, yo tengo acá docientos de capa blanca; y recogiendo su gente, con el maiz que pudieron cargar los Indios, se bolviò donde avia dexado à Spira. Estas palabras de Velasco, y el modo con que las expusò su sentimiento, parecieron muy mal à quantos las oyeron, y, ò fuesse por vengar alguna passion, ò defaecto, ò por la comun pension de querer muchos ganar gracias con los Superiores,

res ; aunque sea à costa de los creditos agenos , no faltò quien las pusièse en noticia del Gobernador , acriminando la materia , y subièdo de puntos el delito ; de que irritado Spira puso luego en prisiones à Velasco , y procediendo contra el por via juridica , substanciada la causa , se resolviò à cortarle la cabeza ; pero mediando la autoridad de Juan de Villegas , Damian de el Barrio , Alonso Pacheco , y Juan Guevara , fue bastante la interposicion de estos , para que remplado el enojo de el Gobernador , revocasse la sentencia , contentandose con remitirlo preso à Coro , y en su compa^{nia} toda la gente enferma que llevaba , por librarle de el embarazo , y detencion que le causaba en las marchas , dandoles algunos Soldados de escolta , que los comboyassen hasta passar de la Provincia de Buraure , de donde (dexandolos fuera del riesgo de aquellas Naciones barbaras) dieron la buelta con brevedad al mismo alojamiento en que hallaron al Gobernador , que los estaba esperando ; y con su llegada , gozando la conveniencia de el Verano , levantò el Campo , entrandose en aquel pielago inmenso de los Llanos , y como caminaba ya sin el estorvo de tanta gente enferma , ayudado de la serenidad que le ofrecia lo favorable de el tiempo , pudo

con facilidad , atravesando los rios de Casanare , Zarare , y Apure , penetrar hasta las barrancas de el Opia , en cuya circunferencia hallò algunas Poblaciones con suficiente provision de bastimentos , que le pareciò serian bastantes para poder mantenerse , quedandose alli à invernar , porque el recelo de los movimientos con que ya amenazaban las aguas , no le permitia que pudiesse empeñarse mas adentro.

A este fin escogió el sitio mas alto , y libre de anegadizos en las orillas de el rio arimado à vna montaña , donde fabricò ranchos , y dispuso alojamientos para passar el Invierno ; pero entrando este con mas rigor de lo que podia esperarse , empezó à crecer el rio con tanta abundancia en sus raudales , que rompiendo los limites de el margen , inundò aquellos contornos , convirtiendo en mares las campañas , y dexando à Spira tan cercado de sus aguas , como de tribulaciones , pues por vna parte viendose aislado en el alojamiento , consideraba , que en la falta de bastimentos le prevenia la necesidad su mayor cuchillo , y por otra , en el rigor de las enfermedades (que ya picaban) temia las contingencias miserables de su ruina.

A estos desconuelos en que vacilaba confuso , se le añadió otro accidente no de menor

consequencia, para que por todos lados necessitasse la constancia de dar enfanches al sufrimiento, pues huyendo la inundacion de aquellos campos, fue tanta la multitud de Tigres, que se acogió à la montaña inmediata, que como parte mas alta era sola la que gozaba exempciones de segura, que no avia persona que diessse passo fuera de los ranchos, que no le sirviessse de atajo para la muerte, pues la encontraba luego en la voracidad de aquellas fieras, perdiendo la vida à la violencia de sus garras, como le sucedió à vn Portuguès Manuel de Cerpa, que aviendose desviado del Real (no treinta passos) con otros compañeros à coger vna frutilla, que llaman jobos, para divertir el hambre con aquel leve sustento, le assaltò vn Tigre con tanta velocidad, que sin que pudiesen los compañeros remediarlo, lo dividió en pedazos, para que su desdicha sirviessse de alimento à su fiera.

Esta desgracia de Cerpa, y otras semejantes, que sucedieron, así en algunos Soldados, como en la gente de servicio, los tenia à todos tan amedrentados, que hasta los cavallos no se atrevian, ni aun à salir à pastar fuera de el alojamiento; y deseando hallar remedio que minorasse el rigor de tantos males, se determinaron à fabricar vna valsa de maderos, para poder passar à

vn Lugarejo, que se descubria à la otra vanda de el rio, y ver si hallaban en el algunas semillas, ò raizes con que entreteñer la vida, mientras el tiempo abria puerta para mejorar fortuna, y puesta la fabrica por obra quedò perfeccionada en quince dias, tan fuerte, y capáz (al parecer) que podia embarcarse en ella todo el Exercito junto.

Echaron la valsa al agua con cierto genero de remos para governarla, y algunos buenos nadadores, que con sogas la tiraban, empezaron à formar su travesia, navegando con felicidad hasta tanto que llegaron al raudal que formaban los remolinos del rio, que entonces combatida de las olas, y arrebatada de la rapida corriente de su cauce, no pudiendo la industria de los Pilotos contrastar la sobervia de las aguas, les fue preciso ceder à su violencia, dexandose llevar de el impulso superior de tanta fuerza.

Los Indios de la otra vanda, que atentos avian estado à la mira, esperando el fin que prometia aquella maquina, viendo à los Soldados turbados con el susto que les causaba el aguar, dar à cada passo vna muerte, y en cada choque vn naufragio, saltaron con presteza en sus Canoas, y dieron tras la valsa à toda boga, con esperanças de conseguir à poca costa vna victoria

toría , matando , ò prendiendo la gente que iba en ella , como huviera sucedido , à no aver encontrado en el camino con Francisco de Càceres , que era vno de los nadadores que gobernaban la valsa , y fiado en la destreza de sus brazos , procuraba en aquel conficto romper las hondas , nadando , para asegurar la vida , pues divertidos los Indios con el entretenimiento de hazerlo blanco fixo de sus flechas , tuvo tiempo la valsa para ir empelida de el mismo olage del rio , retirandose à la orilla , dando lugar à los Soldados para saltar en tierra , y emboscarse huyendo de los Indios , tan sin tino , que al cabo de dos dias fueron saliendo al alojamiento por diferente parte cada vno , donde creciendo la necesidad , y faltando hasta la esperança de el remedio , fueron tantos los contratiempos con que persiguiò à aquellos afligidos Españoles la fortuna , que parece quiso hazer experiencia de el aguante à que llegaba el valor.

Pero afloxando el Invierno despues de algunos dias , fuc disminuyendo el rio la fuerça de sus aguas hasta dexar vado por la parte de arriba de los ranchos , dando comodidad à Spira para passar de la otra vanda , y que desamparando aquel lugar , que avia servido de teatro à tantas infelicitades , y desdichas , se fuesse entrando por Provin-

cias de tan diferentes lenguas , y Naciones , que por no hallar Interprete que las entendiesse , no las conocieron por entonces , pero segun el parage de su demarcacion en el camino que lleva Spira , fueron sin duda las de los Chiscas , y Olachas , que demoran à espaldas del nuevo Reyno de Granada.

CAPITULO XIV.

TIENE NOTICIA SPIRA de las Provincias de el nuevo Reyno , y la desprecia : sigue su jornada al Sur , y llega à la Provincia de Mal-Pais.

Entre algunos Indios prisioneros , que cogiò Spira de aquellas Naciones barbaras , hallò vno , de cuya lengua (aunque con dificultad) entendia algunas palabras vno de los Interpretes de el Campo , y en lo que se pudo explicar con su mal formado idiòma , respondiendole à diferentes preguntas que le hicieron , diò noticia , de que caminando àzia el Poniente algunas jornadas adelante , encontrarían con vnas tierras muy ricas , fertiles , y pobladas de diversas Naciones , que governandose con politica , vestían mantas de algodón , y vsaban de joyas de oro para adornar sus personas ;
cuya

cuya relacion, oída con tibieza por Spira, hizo tan poco caso de ella, que sin poner algun cuidado en assegurar al Indio, tuvo el lugar de huirse aquella noche; y perdida esta ocasion, hallándose ya sin guia para aquel descubrimiento, conoció Spira su hierro quando no tenia remedio; pero sin embargo, movido de la curiosidad, y animado de el deseo de hallar tan ricos Países, despachó à Juan de Villegas con quarenta hombres, entre quienes iban Francisco Infante, Gonçalo Martel de Ayala, Francisco de Madrid, Juan Quaresma de Melo, Hernan Perez de la Muela, y Alonso de Campos, para que atravesada la Cordillera àzia el Poniente, viesse si correspondia el terreno à la relacion de el Indio; pero Villegas aviendo caminado por la Serrania tres dias, pareciendole su fragosidad inaccesible, ò movido de fuerça superior, que es lo mas cierto, dió la buelta desistiendo de la empreña, quando pudiera tener razon mas eficaz para seguirla, pues aviendo hallado en algunos Pueblecillos que encontró porcion de mantas de algodón, y muchos panes de Sal, eran señales evidentes, que asseguraban por cierta la relacion de el Indio, y à la corta molestia de caminar diez leguas mas, huviera conseguido la fortuna, que malogrò, inadvertido, su descui-

do, pues se hallara dueño de las riquezas que encerraba el nuevo Reyno, cuyas tierras eran las que tenia por delante; pero parece que Dios, por justos juicios de su Divina Providencia, embarazò siempre à los Alemanes aquel descubrimiento; pues ya vimos, que Ambrosio de Alfinger dos vezes, la vna en la Provincia de Guanè, y la otra en los Pàramos de Ceruità, llegó à salutar los vmbrales de aquel opulento Reyno, y en ambas ocasiones retrocediò como violento, mudando la derrota al mejor tiempo, y verèmos despues à Fedreman, que arrebatado con la ambicion de vna esperança vana, le bobiò la espalda à su conquista, quando hallandose inmediato le brindaba con ella su fortuna.

Buelto Villegas donde estaba Spira, con la noticia de ser la Serrania impenetrable por su mucha aspereza, no se tratò mas en buscar aquellas tierras, que ya todos tenian por inciertas; atribuyendo à ficcion del Indio la relacion que juzgaban fabulosa; y puesta la mira siempre al Sur, prosiguieron en su viage, alentados con la esperança de hallar mas adelante las riquezas, que à cada passo les prometia su antojo, y les ofrecian los Indios à montones, por echalos quanto antes de sus tierras: Con este buen deseo se fueron entrando por los Llanos, y à principios del

Año de 1536 de del año de treinta y seis llegaron à vn parage de tierra tan estéril, y empollada, llena de tantas ramblas, y quebradas, que le pusieron por nombre el Mal País, de cuyos habitantes (que eran pocos) huvieron algunos à las manos, que respondiendolos por señas, que con palabras à lo que les preguntaron, dieron alguna noticia de que à poca distancia de aquel sitio, àzia la mano izquierda, estaba vn Pueblo de vecindad quantiosa, y que en sus habitantes hallarian porcion considerable de oro en joyas.

No pudo Spira por entonces oír nueva mas gustosa, pues diò por asentado desde luego, que su dicha lo avia conducido à parte donde podrian llenar de conveniencias los huecos de su codicia; y assi, haciendo alto en aquel Lugar donde le cogió la nueva, despachò à Damian de el Barrio con sesenta hombres, y guias de los mismos Indios, que lo encaminassen al descubrimiento de aquel Pueblo, en quien todos tenian ya puesta la mira, esperando saciar, con los tesoros que en él imaginaban, las buenas ganas que tenia prevenidas su aficion.

Aviendo, pues, salido en su demanda, à pocas leguas de camino descubrieron vn cerro algo pendiente, vestido de vna montaña muy frondosa de arboles bien altos, y copados, cuya

cumbre, ò fuesse por fatiga de la industria, ò por disposicion de la naturaleza, formaba vn anchuroso espacio raso, y llano, que servia de asiento à vn Pueblo, compuesto de hasta cien casas, tan grandes, y capaces, que habitaba en cada vna vna parentela entera; assegurabase su defensa con vna muralla, compuesta de maderos, y troncos de palmares espinosos, muy unidos, y juntos entre sí, repartidas à trechos sus troneras, para poder à lo seguro executar el tiro de las flechas; cercaba esta muralla vn foso de caba bien profunda, sembrado todo de agudas puntas de tostados maderos, cubierto por encima de vnas varas delgadas, que sustentaban vna tez de tierra, tan bien dispuesta, y con tal arte, que no era facil conocer el engaño, segun estaba disimulado con la apariencia el artificio.

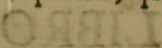
Luego que Damian de el Barrio llegó al pie de la montaña, aunque reconociò la fortaleza de aquel Pueblo, en quien se avian vnido el arte, y naturaleza para hazerlo inexpugnable, se determinò à asaltarlo, para que à vista de lo dificultoso de el empeño, sobresaliesse mas la resolucion de su gallardobrio; y dando la señal de acometer, se adelantò à todos vn Miguél Lorenzo, natural de Jaen, codicioso de aventajar-se à los demàs, y ser el prime-

to en el asalto; pero lo fue en caer en el artificio, que ocultaba la simulacion de el foso, pues apenas pisò las delgadas varas que lo cubrian, tendidas con el peso, dieron con el abaxo sin remedio; pero con tal fortuna, que cayendo entre las puntas de los palos, y lo peynado de la caba, sin recibir mas daño, que la fatiga de el susto, tuvieron lugar los compañeros de sacarlo, à tiempo que los Indios, sintiendo el rumor de la interpresa, se pusieron en arma, disparando tal multitud de flechas, piedras, y lanças tostadas desde el abrigo de sus murallas, que heridos los mas de los Soldados, sin poder lograr vengança en su despique, se huvieron de retirar avergonçados, experimentando la misma infelicidad en el suceso otras dos vezes, que intentaron renovar el asalto para la expugnacion de aquella Plaza (à quien por la similitud, que en el sitio, y fortaleza tenia con la de Salsas en las Fronteras de Cataluña, la llamaron Salsillas;) y así, considerando Damian de el Barrio la dificultad de aquella empresa, y que de querer proseguir en ella era exponer su gente al riesgo de vna desgracia; dexando à los Indios con la gloria de vencedores, diò la buelta en busca del Governador Spira, sin mas fruto, que traer prisionera vna India, que pudo coger acaso, la qual como los Sol-

dados, para tenerla segura; y que no se les huyesse, la pusieron en prision; viendose oprimida con el peso de vna cadena que la avian echado al cuello, empezó à exclamar, quexandose de crueldad tan inhumana, pues no la avian tratado con tal rigor otros Españoles, que avia tenido por amos.

Razones fueron estas, que hicieron gran novedad à los Soldados, estrañando donde, ò como pudiesse aver visto aquella India otros Españoles, quando ellos eran los primeros que avian llegado à penetrar à tan remotas Provincias; y dandole cuenta à Spira, llevado de la misma admiracion, hizo llamar à la India para informarse del motivo de relacion tan estraña; pero ella, continuando en las expresiones de su quexa, respondió à las preguntas que le hizo el Governador, diciendo: que à diez dias de camino, navegando por vn rio abaxo, que estaba à corta distancia de aquel sitio, en vna Provincia poblada de muchos Indios, habitaban en vn Pueblo cercado de palizadas vnos hombres blancos, y con barbas como ellos, que usaban espadas para su defensa, los quales estaban ya viejos, por aver muchos años que derrotados avian subido por aquel rio arriba, y casandose con Indias de aquel País, tenían en ellas muchos hijos: que algunas

gunas Lunas atrás avian llegado à aquel Pueblo y cogiendola à ella , y à otras muchas , las llevaron prisioneras, pero dandoles buen trato , las pusieron despues en libertad, sin que huviesſen experimentado de aquellos hombres la vejacion de prision tan riguroſa, como aquella en que por entonces la tenian.

Oida esta relacion , empezó la curiosidad à hazer su oficio , infundiendo en el corazon de los Soldados ardentísimos deseos de paſſar à buscar aquellos hombres , pues à costa de el leve trabajo de diez dias podian conseguir la gloria de descubrir cosa tan nueva ; pero Spira, como llevaba puesta la mira à otros intentos , y no queria extraviar la prosecucion de sus conquistas , por inquirir novedades ; procurò disuadirlos de el empeño , manifestando con razones congruentes los fundamentos que avia para tener por falsa la noticia , y no ser acertado aventurarse con tanta ligereza à vna expedicion , que despues de costeada con afanes , solo podria tener por fin vn desengaño ; y aunque con esta diligencia consiguió sossegar los mas de los Soldados , no faltaron algunos (y de los mas principales) que teniendo por cierta la relacion de la India, assegu-

guraban sin duda ser aquellos Españoles, que estaban pobla-

dos en el rio, de los que perdió el Comendador Don Diego Ordaz , quando la Nao de su Theniente General Juan Cornejo , empeñada en contrastar las aguas de el Orinoco , debió de perecer en sus raudales, pues nunca se supo de ella, discurriendo que algunos podrian aver escapado en los Vateges, y llegar peregrinando à aquel parage : congetura , que referida despues como evidencia , llegó à tomar tanto cuerpo , que la Magestad de Felipe Segundo , por Cedula despachada el año de quinientos y cinquenta y nueve , mandò à la Audiencia de Santa Fé solicitasse por todos los medios posibles , se descubriesſen , y buscassen aquellos Españoles perdidos ; pero aunque se hicieron exactas diligencias , y diferentes entradas à este efecto , jamás se pudo hallar razon alguna que acreditasse esta opinion de verdadera ; y si los que esparcieron esta voz en los principios huvieran cotejado las circunstancias con el tiempo , conocieran lo mal fundado de su errado discurso ; pues diciendo la India , que aquellos hombres estaban ya viejos , y cargados de hijos, por aver muchos años que habitaban alli , mal podrian ser de la gente derrotada de Ordaz ; porque aviendo sido su naufragio el año de quinientos

y treinta y vno; en cinco años que solo avian passado de intermedio, era poco tiempo para criar las canas, y cargarse de hijos; además, que de el parage donde tuvo Spira esta noticia à las bocas de el Orinoco, donde se perdiò Cornejo (y no en las de el Marañon, como por malas relaciones escribieron el Chronista Herrera, y el Provincia

cial Fray Pedro Simon) ay mas de trecientas leguas de distancia la tierra adentro; y no es creible, que quando escapassen de la borrasca con las vidas, pudiesen conservarlas atravesando Provincias tan remotas, pobladas de innumerables Naciones, tan guerreras, como barbaras.





LIBRO SEGUNDO

DE LA CONQUISTA , Y POBLACION

DE LA PROVINCIA

DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

*SALE FEDREMAN DE EL CABO DE LA VELA ,
y entra en el Valle de Vpar : buelue à encontrar con el Ca-
pitan Rivera , y dan juntos la buelta à Maracaybo , de
donde despacha al Capitan Martinez à la Cordillera
de Carora , con orden para que le espere
en Tacarigua.*



Ansado Nicolàs de Fedreman de gastar el tiempo sin provecho en la pesqueria de perlas, que avia intentado en el Cabo de la Vela , consultò à sus Capitanes sobre la derrota que seria mas conveniente seguir, para buscar nuevos descubrimientos , y conquistas en que poder lograr alguna utilidad, que restaurasse en parte lo perdido ; y como los mas se inclinassen à que siguiesse el mismo rumbo que avia llevado Ambrosio de Alfinger hasta las

orillas de el rio de la Magdalena , y que de alli se continuasse siempre al Sur , porque las tierras que se descubrian el rio arriba daban esperanças de aver en sus cabezeras algunas Provincias ricas , de cuya conquista y possession se avia privado Alfinger , por aver mudado la derrota para el Leste , aunque contra el parecer de algunos que le acompañaron en aquella entrada , que teniendo aun presentes los trabajos padecidos en ella , reusaban bolver à experimentarlos ; se determinò Fedreman à seguir los mismos passos de aquel viage , esperando conse-

guir lo que malogrò Alfinger, y con este animo salió de el Cabo de la Vela con quatrocientos hombres bien armados por principios de el año en que vamos de treinta y seis, encaminando su marcha para el Valle de Vpar; pero apenas se hubo apartado de la Costa, y entrado en aquellas regiones calidas, quando con la mudança de temperamento, y falta de agua, por la mucha sequedad de aquellas tierras, empezó à enfermar toda la gente de achaques tan agudos, y violentos, que sin poderlo remediar, vnos rendidos con la gravedad del accidente, y otros con la ardiente fatiga de la sed, à cada passo se le iban quedando muertos los Soldados, sin que el riesgo de perderlos todos diese lugar para esperar, ni socorrer à alguno, pues solo tiraba Fedreman en aquel conflicto à salir quanto antes al Valle de Vpar, esperando que su benigno clima sería el vnico remedio à tantos males, como lo experimentò luego que pisò sus fertiles campiñas, teniendo juntamente el gusto de bolverse à encontrar con el Capitan Rivera, quien como referimos en el libro antecedente, despedito de Fedreman, avia salido de el Cabo de la Vela para dar la buelta à Santa Marta; y despechado de no aver podido arribar à aquella Ciudad, por el embarazo que

hallò en las crecientes de los rios, y oposicion que le hicieron los Indios Chimilas (con quienes tuvo repetidos encuentros) bolviò en busca de Fedreman, con animo de que le vendiese algun Navio (si lo tenia en la Costa) para por el Mar poder hazer su viage mas seguro.

Hallavase Fedreman con su Exercito muy disminuido, por la mucha gente que avia perdido en el camino; y pareciendole buena ocasion de reclutarlo, incorporando en èl los cinquenta hombres que traía Rivera, supose dar tan buena maña, valiendose de los agassajos, sin escusar ofrecimientos, que à pocos lances de conversacion quedaron convenidos en proseguir juntos la jornada; de que sentida la gente de Rivera, es-trañando aver de militar debajo de la conducta de otro Cabo, à quien los avia entregado el trato doble de su mismo Capitan, intentò alguna alteracion, y movimiento, que atajada en los principios, se desvaneciò breve, con el castigo de dos los mas culpados, que perdieron la vida en el suplicio, y con la fuga de otros seis, que huyendo de tener el mismo fin, por caminos extraviados, no paràron hasta llegar à Santa Marta, donde hallaron ya governando al Adelantado de Canaria Don Pedro Fernandez de Lugo, que informado

mado del intento que llevaba Fedreman de caminar siempre al Sur, (cuyas Provincias eran comprehendidas en la demarcacion de su gobierno) le escribió vna carta cortésana, pidiéndole escusasse la mala vezindad de introducirse en la jurisdiccion de sus conquistas; y encaminada con Indios de las Naciones amigas de mano en mano, llegó à las de Fedreman, que siguiendo las orillas del rio de la Magdalena, se hallaba ya sobre las Sierras de Ocaña; pero advertido por algunas cartas que le escribieron sus amigos, de la potencia de gente que tenia el Adelantado, y de lo mal que avia llevado el que intentasse sus descubrimientos por aquella parte, no quiso ponerse en ocasion de venir con él à rompimiento; y confuso entre la variedad de distintos dictámenes, se resolvió à seguir el mas dañoso, repitiendo el yerro, tantas vezes cometido por Alfinger, y Spira, pues dexando la derrota que avia seguido siempre al Sur, retrocedió al Valle de Vpar, perdiendo, como los otros, la gloria de descubrir el nuevo Reyno; y como el ansia apeteçible de mandar lo arrastraba, con el deseo de gobernar independiente, hallandose en el Valle determinò bolverse à Coro, donde le proponia su ambicion estarían ya los despachos del Gobierno, que à su propartida de la Corte

(por embiarlo consolado) le avian prometido los Agentes de los Belçares.

Con este animo dividió su gente en dos Esquadras, para que con mas comodidad pudiesen proveerse de bastimentos, yendo por diferentes caminos hasta salir à Maracaybo, de las quales, dexando la vna à su cuidado, encomendò à Pedro de Limpias la conducta de la otra; quien cogiendo el camino de la Sierra, que divide el Valle de Vpar de la Laguna, al cabo de algunos dias llegó à ciertas Poblaciones, fundadas sobre las cañas, y esteros que forman las aguas de la Laguna en sus orillas, y llamaron por entonces los brazos de Herina, donde aprovechado de porcion considerable de oro, así fundido en joyas, como en polvo, que quitò à sus Naturales de el mucho que encontró en su territorio, pasó à buscar à Fedreman à la rancheria de Maracaybo: originandose de lo occidental de este suceso la fama tan celebrada de los brazos de Herina, cuya riqueza se ha quedado tan oculta, que aunque muchos han intentado probar fortuna, buscandola, solo han tenido por fruto de sus deseos contratiempos, y desgracias.

Quando llegó Limpias à Maracaybo hallò ya en la rancheria à Fedreman cercado de mil aprietos, así por la necesidad

Had de bastimentos que padecia, como por las dificultades que encontraba para atravesar la Laguna, y poder conducir su gente à la otra vanda para passar à Coro, por aver Antonio de Chaves quemado los Bergantines quando saliò de Maracaybo para el Cabo de la Vela à esperar à Fedreman, pensando no se ofreceria ocasion de bolver à la Laguna, ni de averlos menester; pero como no ay desdicha (por grande que sea) en que no quede abierta alguna puerta al remedio, sucediò, que vna de las Embarcaciones, al quemarse, consumidas todas las obras muertas con el fuego, quedando el casco entero, se fue à pique, el qual descubierto en esta ocasion por los Soldados de Fedreman, aunque con alguna dificultad, tuvieron traza para sacarlo fuera, y compuesto lo mejor que se pudo por entonces, quedò con bastante comodidad para passar en èl todo el Campo à la otra vanda, donde luego que saltò en tierra Fedreman, diò orden para que Diego Martinez, natural de Valladolid, con la mayor parte de su gente entrasse por la Serrania de Carora, hasta salir al Valle de Tocarigua, donde le avia de esperar mientras èl, dando vna buelta à Coro, adquiria noticias de los despachos de el Gobierno que esperaba, para sossegar la inquietud con que lo traia al-

borotado su ambicion; y de alli, con el mayor numero de gente que pudiesse, passar à incorporar se con èl, para intentar el descubrimiento de las riquezas de el Mesa, rio, que tiene su nacimiento cerca de Boyaca, à las espaldas de Tunja, cuya fama, ayudada de la ponderacion, era muy aplaudida en aquel tiempo.

Despedido Fedreman para Coro, saliò Martinez para la Serrania, experimentando desde luego el trabajo ordinario de no tener bastimentos; y como para remediarlo fuesse necesario despachar por todas partes à buscar algun socorro; sucediò, que aviendo salido à este efecto Hernando Montero con vna quadrilla de Soldados, se le muriò en el camino, de enfermedad que padecia, y no daba à entender su sufrimiento, Martin Tinagero, natural de Ecija en la Andalucia, hombre, que vi viendo siempre sin agraviar à nadie, se avia mantenido con natural modestia entre los desfordenes que trae consigo la Milicia: enterraronlo los compañeros en vn hoyo de los que con el Invierno avia hecho el agua en vna de las ramblas por donde corria, y con las semillas que pudieron recoger, dieron la buelta al Campo, que por ir esperando à Fedreman, caminaba poco à poco, deteniendose en aquel contorno, à cuya cau-

Piedrahi-
ra lib. 3.
capit. 4.
Fr. Ped.
Sim. nor.
2. cap. 13.

sa, passados algunos dias, se vió obligado Martinez à despachar otra Esquadra de Soldados para buscar bastimentos, y entre ellos iban algunos de los que avian enterrado à Tinagero, que llegando cerca de la cañada en que le dieron sepultura, movidos de la curiosidad, quisieron ver si los Indios lo avian desenterrado; pero antes de acercarse, à gran distancia se hallaron acometidos de vna fragancia tan suave, y vn olor tan singular, que suspenos ignoraban la causa à que atribuir tan maravilloso efecto, hasta que aplicando la vista àzia la rambla, reconocieron estàr medio descubierto el cuerpo de Tinagero, de cuyo yerto cadaver se exalaba aquel olor peregrino, de quien enamorados diferentes enjambres de silvestres abejas, se avian apoderado, para dar clausura de aromas entre aquellas fragancias à su miel; y no osando los compañeros tocar el cuerpo, admirados, se bolvieron para el Real, donde referido el prodigio, hicieron todos memoria de la modestia, y costumbres, que siempre avian observado en el silencioso recato de aquel hombre; pero como los Conquistadores de aquel tiempo llevaban puesta la mira, mas en descubrir riquezas, que en averiguar milagros, hizieron tan poco caso, que aun siquiera no procuraron darle à aquel cuerpo

mas decente sepultura, ni aun señalar la parte, por memoria, donde dexaban aquel tesoro escondido.

CAPITULO II.

PELEA MARTINEZ con los Indios Girajaras: entra en la Provincia de Carora, y passa à la de el Tocuyo, donde se le juntan algunos Soldados del Governador Horizontal.

SOcorrido Martinez de algunos bastimentos, que pudo descubrir la diligencia de sus Soldados, prosiguió su marcha hasta encontrarse con la Nacion belicosa de los Indios Girajaras, que por muchos años fueron assombro, y terror de toda esta Governacion de Venezuela; quienes con la noticia de acercarse Estrangeros à sus tierras, convocados los Pueblos, y prevenidas las armas, salieron en formado Esquadron à la defensa, atacando con tal corage la batalla, que rota, y descompuesta la Manguardia Española, que gobernaba Juan Gascon (vecino que fue después de la Ciudad de Velez en el nuevo Reyno, donde murió à manos del Cacique Tisquiso- que,) huvieran conseguido la victoria, à no estorvarlo Marti-

nez, que conociendo el aprieto en que se hallaba su gente, esforçò su valor para el socorro, cargando sobre los Indios hasta ponerlos en fuga, con pérdida considerable de sus Tropas, quedando heridos muchos de los nuestros, y entre ellos Garcia Calvete, à quien dieron vn flechazo, que entrandole por el lagrimal de el ojo, le atravesò al colodrillo, de que no solamente quedò sano, pero con la vista tan clara, y sin leccion, como la tenia de antes; teniendo tantos testigos de este prodigio, quantas fueron las personas, que despues le conocieron vecino Encomendero de la Ciudad de Velez, donde dexò succession.

Sentidos los Indios de la rota, y mas al ver que los Españoles, passada la refriega, se avian apoderado de su Pueblo, trataron de buscar por qualquier medio su despique; y no atreviendose à intentarlo cara à cara, les pareciò mas conveniente valerse de vna traycion, executada entre los agassajos de vna paz fingida, para lo qual, quedandose mas de mil en emboscada, entraron quatrocientos en el Pueblo, llevando las armas escondidas entre vnos hazes de paja, en que fingian llevar algunas frutas de regalo; pero descubierta la cautela por la sagacidad de los Indios de servicio que iban en el Campo, advirtieron à Martinez del engaño;

quien previniendo toda su gente con presteza, y haciendoles tomar las armas con recato, diò sobre los Indios tan de repente, que dexando muertos los mas, y presos hasta ochenta, obligò à los restantes à buscar, con la fuga, su seguridad, à cuyo estruendo, pensando los de la emboscada que era llegada la hora, que tenian prevenida en su traycion para acometer à los nuestros descuidados, salieron muy alegres à embestirles; pero hallandolos con las armas en las manos, y viendo muertos, presos, y desvaratados à los quatrocientos compañeros, quedaron tan turbados, que tomaron por partido, en aquel lance, pedir de veras las paces, rescataando los prisioneros à trueque de oro, y virtuallas.

A pocos dias despues de este suceso saliò Martinez de aquel Pueblo, y caminando con su gente, llegò al sitio donde años adelante fundò el Capitan Salamanca la Ciudad de el Portillo de Carora; y hallando en aquel contorno mucho numero de Indios, de naturaleza afable, y condicion liberal, con sobrada abundancia de bastimentos, determinò quedarse algunos dias, por lograr la ocasion de refrescar su Campo fatigado, desquitando con la provihon presente las escaseces passadas: motivo, que le obligò à detenerse dos meses, en que aviendose re-

formado con el descanso, y regalo, tuvo lugar despues para proseguir su viage siempre al Sur, por diferentes Valles, y collados, hasta llegar à la Provincia de el Tocuyo (donde despues se poblò la Ciudad, que oy permanece de este nombre;) sitio en que se resolviò Martinez à esperar à Fedreman, aquartelando su gente sobre las ruinas de vn Pueblo, que poco antes avian saqueado, y quemado los Gayones Indios, que habitando en las Sierras inmediatas, mantenian natural enemistad con los Tocuyos.

Descuidado se hallaba Martinez en el reposo de su alojamiento, quando (sin averlos sentido antes) llegaron à la misma rancheria los Capitanes Geronimo de Alderete, y Martin Nieto con sesenta hombres de los que avia llevado à sus descubrimientos el Governador Geronimo de Hortal (à quien por muerte de el Comendador Don Diego de Ordaz avia el Emperador hecho merced de el Gobierno de Pavia, y Maracapanà;) para cuya inteligencia es de advertir, que hallandose empenado Hortal en sus conquistas, vn Alonso de Escalante, hombre de natural inquieto, y reboloso, que hacia oficio de Veedor de la Real hacienda, fomentado de Machin de Oñate, amotinò el Exercito de suerte, que negandole descaradamente

la obediencia à Hortal, lo pusieron en prisiones, y junto con su Theniente Alvaro de Ordaz, tres Cavallos, y diez Infantes que lo comboyassen, lo remitiaron à la Costa; y aunque muchos de los Soldados, no queriendo complicarse en operacion tan fea, tomaron con resolucion hidalga la buelta de la Costa, siguiendo à su Governador en la adversidad de su fortuna; los demàs, ò temerosos del castigo que merecia lo enorme de su delito, ò con la esperança de encontrar alguna rica Provincia en que quedar aprovechados, nombrando por Caudillos para que los governassen à Geronimo de Alderete, y Martin Nieto, se entraron la tierra adentro, atravesando desde las orillas de Vriaparia, hasta la Provincia de el Tocuyo, donde aviendo reconocido rastros de gente Española, se hallaron temerosos, recelando no fuesen Soldados de el Governador Antonio Cedeño, con quien avian tenido en Pavia diferencias muy reñidas, sobre las jurisdicciones, ò algun Juez, que huviesse embiado contra ellos la Audiencia de Santo Domingo, para castigar el desacato cometido contra su Governador; pero conociendo luego ser gente de Venezuela, con quien no tenian encuentro, ni diferencia, que les pudiesse causar algun temor, llegaron al alojamiento sin rece-

1o, donde, como llevamos referido, hallaron à Martinez, que bastantemente cuidadoso con aquella novedad tan no esperada, no podia acabar de persuadirse à que aquellos sesenta hombres huviesen atravesado tan dilatadas Provincias como avia de por medio de alli à Maracapana: discurso, que lo hacia sospechar, no fuese aquella Esquadra alguna Manga sobresaliente, à quien venia siguiendo con su Exercito el Governador Hortal, de quien, como prudente, se temia no intentase (hallandose con fuerças superiores) violentarlo à que desamparando à Fedreman, le acompañase à sus conquistas, por cuya causa mandò luego llamar algunas de sus Tropas, que andaban divididas, poniendo gran cuidado en sus Quarteles: diligencia, que no escusaron por su parte Nieto, y Alderete, por tener la misma desconfianza de Martinez; y así, rancheados en parte separada, aunque en el mismo Valle, se mantuvieron, recatandose vnos de otros, hasta que vn accidente repentino, quitandoles los recelos, les hizo conformar las voluntades.

Y fue, que viendo los Indios Gayones desde sus Serranias los humos que salian de el alojamiento de los Españoles, discurrieron, que los Tocuyos, en menosprecio de sus armas, ayian

buelto à habitar el Pueblo que ellos les avian quemado; y teniendo aquel atrevimiento por desayre de su reputacion, resolvieron, juntas todas sus parcialidades, baxar à darles el castigo, que merecia el desacato cometido contra el respeto que se debia à su valor; y executaronlo, abriendo nuevos caminos por la fragosidad de vna montaña, por donde, sin ser sentidos, penetraron hasta encontrarse con los nuestros, à quienes (aunque estrañaron, por no ser los que buscaban) acometieron con tan gallardo brio, que necesitaron bien de los suyos los Soldados de ambas Compañias, juntos en vn Batallon, para el rechazo de quatro mil Gandules, que componian el Exercito enemigo, quedando desbaratado, y la victoria por los nuestros, con grande aplauso de Alderete, à cuya resolucion, y bizarría se debió la mayor parte de el suceso: causa, para que quedassen tan amigos, que después las sospechas de ambas partes, se comunicaron sin doblez todo lo acontecido en sus jornadas; de quien informado Martinez por estenso, despachò à dar cuenta à Fedreman, que ciego con el ansia de el Govierno que apetecia, se mantenía todavia en Coro, esperando por horas los despachos; pero recibida la noticia de Martinez, se puso luego en camino, doblando

blando las jornadas hasta llegar al Tocuyo, donde valiendose de aquellos agassajos, que eran propios de su condicion afable, consiguió, que los sesenta hombres se incorporassen en su Campo, siguiendolo voluntarios, aunque los Capitanes Nieto, y Alderete, por tener puesta la mira à pretensiones mas altas, se escusaron con urbanidad de acompañarle, pidiendole solo escolta, que los comboyasse à Coro, para passar de allí à Santo Domingo, donde murió Martin Nieto; y Alderete, transportandose al Pirù, le sopló tan favorable el aura de la fortuna, que llegó despues à verse Adelantado de las Provincias de Chile.

Vanaglorioso Fedreman de ver tan reforçado su Exercito con la reclusa de aquellos sesenta hombres que se le avian agregado, pasó à representar à sus Soldados la falta de armas con que se hallaba, y la necesidad de medios que tenia para el apresto, y provision de aquellas cosas precisas de que necesitaba; y como el agrado, y buenos modos de vn Superior es vna dulce violencia para el corazon de vn subdito, valiendose de estos medios consiguió, sin repugnancia, el que le franqueassen en emprestito todo el oro que tenian, con el qual despachò à Coro al Capitan Betesa, que dentro de pocos dias bolyò

con suficiente provision de todo lo necesario; y queriendo lograr el poco tiempo que restaba de el Verano de el año de treinta y siete, desalojó su Campo del Tocuyo, y pasó con el al Valle de Barquisimeto, donde lo buscaremos despues.

Año de
1537.

CAPITULO III.

PELEA EL GOVERNADOR Spira con los Indios de Mal-Pais: tiene otros encuentros con diversas Naciones; y llega à la Provincia de Pamene.

DExamos al Gobernador Jorge de Spira empeñado en disuadir à sus Soldados del viage que pretendian para el descubrimiento de los Españoles perdidos, segun la relacion de la India; y por quitarles la ocasion de que pensassen mas en ello, tratò de acelerar quanto antes su partida; pero antes de executarla, viendo los Indios la mala vecindad que recibian de huéspedes tan pesados, determinaron valerse de las armas, para librarle por su medio de la opresion que padecian con tan pesado hospedage, para cuyo efecto, juntas todas las Naciones que habitaban el contorno, vinieron à el Real vna mañana al ir despuntando el

Alva, y hallando dormida vna de las Centinelas, en pago de su descuido le quitaron la vida al golpe de vna tostada lança, sirviendo su muerte de avilo à los demàs, para que tocando al arma, saliesfen los Españoles prevenidos à la resistencia de los Indios, que por todas partes atacaban los Quatteles entre el confuso rumor de su guazabara; y encontrandose con ellos à las primeras luces que iba rayando el dia, se travò entre los dos Campos la batalla, con tan buenos brios de ambas partes, que por algunas horas, sin declararse Marte favorable, se mantuvo indecisa la victòria: porque ademàs de ser los barbaros muchos, alentados, y resueltos, les daba gran ventaja vna porcion de Indios Pedreros, que traian repartida en sus Esquadras, pues con el restallar molesto de las hondas, y el acertado tiro de las piedras, tenian tan amedrentados los cavallos, que ni el govierno de el freno, ni el rigor de el acicate eran bastantes para obligarlos à entrar en la batalla: circunstancia, que advertida por los Indios, logrando la ocasion de este accidente, se empeñaron con mas fuerza en el combate, de suerte, que llegò Spira à desconfiar de el suceso; pero buscando algun remedio, que mejorasse su partido, mandò à Alonso Pacheco, que con cinquenta Infantes, y quince

hombres de à cavallo, rodeando por vnas trochas que avia detràs de vn pequeño monte, à vn lado de el lugar de la refiega, acometiesse por las espaldas à los Indios, procurando ponerlos en desorden.

Executòlo asì Alonso Pacheco con la presteza que el lance requeria, y cogiendo à los Indios descuidados, al verse acometer por parte no esperada, fue tanto su desmayo, que buelta en desaliento su fiereza, no pudiendo resistir aquel encuentro impensado, fundaron en la fuga su defensa, dexando el Campo, y la victòria en manos de los nuestros, aunque no à tan poca costa, que no quedassen heridos muchos, y algunos muy de peligro: causa, que obligò à Spira à detenerse allí otros quince dias, por la necesidad que tuvo de curarlos; y passados, prosiguiò su viage sin apartarse de la falda de la misma Cordillera, hasta llegar à vn Pueblo, en cuyo sitio fundò despues Juan de Avellaneda la Ciudad de San Juan de los Llanos, y llamaron por entonces los Soldados de Spira, Pueblo de nuestra Señora, por aver celebrado en el (con gran banquete, y regocijo) la fiesta de la Assumpcion de el año de treinta y siete. Alegres con las noticias que (por echarlos de sus tierras) les daban los Indios de ayer mas adelante Provincias muy

muy opulentas, que teniendo las por ciertas, no queriendo dilatar mas la dicha de poseerlas, el dia despues de la Fiesta se partieron à buscarlas, y à pocas horas de marcha se hallaron acometidos de cantidad considerable de Indios, que armados de arcos, y flechas, intentaban embazararles el passo; pero caminaban los nuestros prevenidos con las armas en la mano, como en tierra de enemigos, y así, al primer disparo de sus flechas cargaron sobre ellos los ginetes, con tal furia, que alcanzando à vnos, y atropellando à otros, quedaron desbaratados todos, y tan amedrentados, que sin tener animo para intentar mas movimiento, en llegando despues à columbrar de lejos los cavallos, se echaban en el suelo, tapandose las cabezas, y caras por no verlos; logrando Spira la conveniencia de este temor concebido, para passar, sin embarazo, hasta las riveras de el rio Ariare, en cuya margen se detuvo algunos dias, porque la abundancia de sus aguas no permitia lugar para vadearlo.

No estrañaron los Indios que habitaban de la otra vanda de el rio la novedad de aquella gente peregrina, pues sin recelo alguno pasaron luego con sus Canoas à contratar con los Soldados, llevando cantidad de bastimentos para vender à true-

que de algunos rescates de Castilla, en especial de cascaveles, que era lo que mas les agradaba; si bien procedian con tal recato, que antes de llegar con las Canoas pedian por señas, se apartassen los Españoles de la Playa donde ponian lo que llevaban à vender, recogiendo lo que en precio de su mercancía les avian alli dexado los Soldados, sin querer mas comunicacion, ni amistad con ellos, que la que permitia el modo de aquel cauteloso contrato; continuando de esta suerte en su comercio, hasta que disminuidas las aguas de el rio, dieron comodidad à Spira para buscarle vado, y pasar de la otra vanda, encaminando su Exercito por tierras de los Canicamates, y Guayupes, siendole preciso abrirse el passo à fuerza de armas, por la tenaz oposicion que hallò en estas Naciones, principalmente en los Guayupes, que para manifestar mas su braveza, embuelta en ferocidad, le presentaron la batalla en campo raso, coronadas las cabezas con penachos de plumas, los cuerpos todos desnudos, y entintados con jagua, que es el zumo (de color negro) de cierta fruta, à modo de maní-
canas, con que acostumbrañense quando van à la guerra, para hacerse formidables con el aspecto à sus contrarios; pero para con los nuestros aprovecharon poco semejantes inven-

ciones, pues aunque à los principios resistieron con valor el ímpetu de los Infantes, que iban algo delanteros, acometidos despues de los Cavallos, fueron con facilidad puestos en confusión, y desbarato, dexando sus Poblaciones al advitrio de los Soldados, que supieron bien aprovecharse de lo que hallaron en ellas; y passando sin detenerse, à pocas marchas llegaron à descubrir las aguas de el celebrado rio de Papamene, donde le pareció à Spira detenerse algunos dias, así por dar descanso à la fatiga de su gente, como por buscar entre los Indios quien le sirviessse de guia, para descubrir à menos costa las riquezas, que le aseguraba por fijas su deseo.

Extraña novedad causò en los Indios de Papamene la repentina vista de los nuestros, porque las personas, las barbas, y vestidos, junto con la presencia de los Cavallos, les eran todas cosas tan peregrinas, que con el deseo de reconocerlas, y admirarlas de mas cerca, fueron llegando algunos con recato en sus Canoas; y aunque los Soldados por señas, mas que por palabras, les aseguraban la confianza con que podian saltar en tierra, no fiandose de promesas de gente no conocida, bolvieron à retirarse à la otra vanda de el rio, hasta que juntas mas de trecientas Canoas, en

que vendrian dos mil Indios, asegurados de su misma multitud se fueron acercando à la rivera en que alojaban los nuestros, que ignorando el fin que podia tener tal movimiento, para qualquier accidente, los esperaban prevenidos; pero los Indios manifestando desde luego ser solo la novedad quien los llevaba, sin dar muestras de alguna hostilidad llegaron à la Playa, aunque el recelo no los dexò salir de las Canoas; y Spira por asegurarlos mas en la confianza, y quitarles el temor, les diò à entender por los Interpretes, que solo pretendia su amistad, con el deseo de que estrechandose la correspondencia, se comunicassen sin cautela; y añadiendo à estas palabras algunas demostraciones de agasajo, con diferentes regalos de avalorias, cuchillos, y cavales, los despidiò gustosos, y aficionados à la liberalidad que avian hallado en los huespedes.

De esta visita, y de el trato afable que experimentaron en Spira, quedaron los Indios tan pagados, que fueron continuando en venir al alojamiento los mas dias cargados de frutas, y pescados (asados en barbacoas) de que abundan mucho aquellos rios, y poco à poco, con la comunicacion, perdieron tanto el recelo, que se entraban en los ranchos de los Soldados con la

ma libertad , que pudieran en sus cascas ; de esta familiaridad tuvieron ocasion los Españoles para procurar informarse , y adquirir noticias de las Provincias , y Naciones que avia mas adelante , y si en ellas hallarian oro , ò plata , que era el centro à que tiraban todas las lineas de aquella peregrinacion trabajosa ; à todo respondian los Indios tan à medida de el deseo , como si por las palabras con que les preguntaban fuesen leyendo el corazon à cada vno ; pintaban les las tierras que buscaban tan fertiles , tan pingues , y tan ricas , que ya les parecia à los Soldados tenian entre las manos los tesoros ; y por no dilatar la possession , que podia peligrar en la tardança , sin aguardar mas tiempo salieron de Papamene , llevando quatro , ò cinco Indios , que los conduxessen seguros al goze de las riquezas , que tenian por infalibles.

CAPITULO IV.

ENGañAN LOS INDIOS à Spira , y con malicia lo conducen à la Provincia de los Choques : embia à Estevan Martin à reconocer la tierra , y tiene mal suceso en la jornada.

AViendo Spira passado en Canoas el rio de Papa-

mene , encaminò su Campo por la parte que las gujas quisieron llevarlo , tan confiado en la seguridad de sus promessas , que tenia afiançado en ellas las medidas de su fortuna ; pero los Indios , ò fuesse porque en realidad ignoraban lo que avian asegurado , ò por malicia de su natural fementido , que es lo mas cierto , engañosamente lo fueron conduciendo hasta empenarlo en la Provincia de los Choques ; y huyendose vna noche , lo dexaron metido en vna tierra doblada , áspera , montuosa , llena de tremedales , y pantanos , poblada de muchos Indios belicosos , de mala digestion , defabridos , y de condicion intratable , diestros , y animosos en la guerra , para lo qual usaban de lanças , hechas de mader de palmas , enhastados en ellas pedazos de canillas de hombres , agudos , y afilados ; tan barbaros en sus costumbres , que atropellando los respetos de la misma naturaleza , ni el padre estaba seguro del hijo , ni la muger de el marido , pues se mataban como fieras , solo por faciar el bestial apetito de artarse de carne humana.

En este País tan desapacible , è intratable se hubo de alojar Spira , buscando para aquartellar su gente el sitio que le parecia mas descubierto , limpio , y libre de humedades ; y deseando reconocer el estado de la tier-

ra, y el numero de Indios que avia en ella, para poder discutir lo que avia de executar; embiò à su Maestre de Campo Estevan Martin con cinquenta Infantes, y veinte hombres de à cavallo, para que en el termino de veinte dias la registrasse toda; pero aviendo caminado pocas leguas, fueron tantos los tremedales, y manglares con que se hallò atajado, que fue imposible vencerlos, ni los Soldados de à pie, ni la gente de à cavallo, pues aunque lo intentaron por mil partes, se sumergian siempre en los atolladeros hasta arriba de las cinchas, saliendo bien lastimados de las puntas, y raizes, que ocultaban los mangles: causa, que les obligò à bolverse, y representar à Spira las dificultades que encontraban para dar cumplimiento à su mandato: pero no fueron bastantes para que el Governador mudasse de su dictamen; antes le bolviò à mandar, que dexando los cavallos, faliesseluego con los cinquenta Infantes, y entrando por otro camino, executasse, sin replica, el reconocimiento que le tenia encomendado.

Era Estevan Martin hombre de gallardos brios, baquiano, y bien entendido en las guerras de las Indias, como quien se avia hallado en diferentes Conquistas, y sido vno de los que acompañaron à Ambro-

sio de Alfinger en sus jornadas; pero tanteando, con su mucha experiencia, la mala disposicion de aquel terreno, y la indomita ferocidad de aquella Nacion tan barbara, reconociò el peligro à que lo exponia la inconsiderada determinacion de Spira; y aunque no se atreviò à escusar de obedecerla, porque no pareciesse desaliento de el valor, lo que era consideracion de su prudencia; sin embargo le dixo al Governador: V. Señoria gusta de que yo entre à reconocer esta Provincia con tan poca gente como me señala; los Indios (segun tengo tanteado) son muchos, y diestros en las armas; la tierra trabajosa, y desacomodada; quiera Dios, que alguno de nosotros quede con vida, para que trayga la noticia de el desastrado fin de los demás. Y poniendose en camino, saliò con los cinquenta hombres à executar la diligencia, atravesando las Poblaciones que avia cerca del alojamiento, hasta encontrarse con vna montaña tan cerrada, pantanosa, y llena de ramblas, que à cada passo se consideraban ya perdidos; siendo el mayor trabajo, el tefon con que les llovía, sin cessar de dia, ni de noche: causa de tanta affliccion para los pobres Soldados, que viendo la incomodidad que padecian, y el poco provecho que esperaban, al cabo de cinco dias determinaron bol-

Bolverse ; pero al tiempo que querian executar lo les deparò su adversa suerte vna mal seguida trocha , por donde les pareciò podrian hallar salida para alguna Poblacion ; y caminando por ella quatro dias , al vltimo , sobre tarde , dieron con vnas sembraderas de maiz , entre vnas tierras dobladas , de donde salia vna vereda , que segun lo bien abierta , manifestaba ser muy continuada ; siguieronla sin parar , ni aun à descansar siquiera aquella noche , y al postrer quarto del Alva salieron à vn Pueblezuelo , que seria de treinta casas , fundado en la eminencia de vn cerro .

Luego que lo reconociò Estevan Martin , hizo alto con su gente , asì por ponerla en orden , como por aguardar los Indios de servicio , que rendidos con la fatiga del camino , y de la noche , se avian quedado muy atràs ; pero viendo que tardaban en llegar , aunque los avia esperado por buen rato , por no perder la conveniencia , que le ofrecia la obscuridad para el asalto , diò orden à Nicolàs de Palencia (vecino que fue despues de la Ciudad de Pamplona en el nuevo Reyno) para que le quedasse alli à recoger los Cargueros conforme fuessen llegando , y èl con los demàs , antes que rompiesse el dia , diò el abance sobre el Pueblo , à cuyo estruendo , y alboroto despertaron los In-

dios , echando mano à las armas , y acudiendo como Leones à la parte por donde sintieron el ruido de la interpresa ; con tanta promptitud , que hallandose los nuestros divididos , les fue forzoso juntarse en vn cuerpo , y Esquadron para poder defenderse , asì por ser mucho el numero de los Indios , como por la gran destreza con que jugaban las lanças , ayudados de el conocimiento del terreno : circunstancia , que les daba gran ventaja , pues los nuestros con la obscuridad de la noche , agravada mas de vn poderoso aguacero , que avia empezado à caer , ni sabian la parte donde estaban , ni podian aplicar reparo à los repetidos golpes de las lanças que les tiraban los barbaros : Crecia por instantes la confusion con la obscuridad , y con el agua : Animava Estevan Martin con el exemplo , y con la voz à sus Soldados ; pero ellos temerosos con los accidentes que avian concurrido para hazer mas sangrienta la refriega , se fueron retirando con buen orden , hasta abrigarse al repecho de vna barranca que les guardasse las espaldas , donde hicieron alto para tomar algun aliento en el descanso , y esperar à que llegasse Nicolàs de Palencia con la gente que se avia quedado atràs .

Ya que estuvieron todos juntos , y recogidos los Indios de

de el servicio, no obstante hallarse muchos de los Soldados fatigados con algunas heridas de peligro, teniendo Estevan Martin por menoscabo de su reputacion la retirada, aunque la noche proseguia en su obscuridad, y la fuerza de el agua no cessaba; bolvió à abançar segunda vez el Pueblo, con tanta resolucion, y tal corage, que aunque los Indios mostraron bien sus brios en procurar la defensa, no pudieron resistir al corte de las espadas, ni al tiro de las ballestas, obligandoles la turbacion à retirarse, y desamparar el Pueblo, dando lugar à los nuestros, para que, por infundir con el asombro algun temor en los Indios, pegassen fuego à las casas, reservando solas tres, que estaban algo apartadas, para tener en que alojarse el tiempo que alli estuviessen.

CAPITULO V.

BVELVE ESTEVAN

Martin à pelear con los Indios, y queda desbaratado: retirase de noche por no ser sentido; y aunque con muchos trabajos llega donde estaba Spira; y muere de siete heridas, que sacò de la refriega.

A Legres los Españoles con la victoria, y animados

mas con la claridad de el dia, salieron luego que amaneciò à reconocer la parte por donde los Indios avian hecho su retirada aquella noche; y quando pensaban que el temor apenas les habria dexado aliento para asegurarse con la huida, los hallaron à pocos passos de el Pueblo puestos todos en pie, y arimados à sus lanças: entereza, que no les pareciò bien à los Soldados, ni que llegasse à tanto la osadìa de aquellos barbaros, que huviessen tenido atrevimiento para mantenerse constantes tan inmediatos al Pueblo, sin que el horror de las heridas recibidas, ni el sentimiento de ver quemadas sus casas, huviessen sido bastantes para quebrantar su fortaleza; y descando amedrentarlos algunas, para que à fuerzas de el escarmiento cobrassen algun temor, quisieron desalojarlos de aquel lugar donde se estaban inmóviles; pero por mucho que hicieron para conseguirlo, quedó siempre la diligencia sin provecho, pues como pudiera el Esquadron mas arreglado de Esquizaros, sin hazer mas movimiento que dar vn passo adelante, esperaban los acometimientos con las puntas de las lanças, deteniendo con la destreza toda la fuerza Española, y logrando herir à muchos, sin recibir ellos algun daño, ni ser posible descomponerlos de aquel

aquel püesto en que se hallaban plantados.

Vista por Estevan Martin tan Militar disciplina, y conociendo que los barbaros se iban aumentando por momentos, por ser mucho el numero que iba ocurriendo al socorro, no le pareció acertado mantenerse mas en aquel sitio, por ser manifesto el riesgo à que exponia sus Soldados, si no lograba la ocasion de retirarse con tiempo; y conviniendo en el mismo dictamen los demás, al primer quarto de la noche abandonaron el Pueblo, que avia sido el terrero de sus armas, y empezaron con silencio à retirarse, dividida la gente en tres Esquadras, para poderlo hazer con mas seguro, caminando de esta suerte sin que los Indios los sintiesen, hasta que al quebrar de el Alva dieron con otra Poblacion, cuyos moradores, prevenidos ya por los de el Pueblo antecedente, y convocados en su ayuda todos los circunvecinos, los recibieron con las armas, acometiendo à los Soldados conforme iban llegando, rendidos con el trabajo de la noche, y fatiga de aquel dia; y aunque los de la primera Esquadra resistieron con tal valor el encuentro, que hicieron retirar à los Indios, quedando dueños de el Pueblo, fueron tantos los que cargaron sobre las otras dos que venian mas atras, que no fue bastante el esfuerzo

de Estevan Martin para oponerse al acometimiento de aquella muchedumbre embrabecida, pues à los primeros lances se hallò desbaratado, y reconociò perdido, con siete heridas mortales, que las disimulò la fortaleza de su valiente espiritu, profiguiendo en la pelea como si estuviera sano, porque no desmayàran los Soldados al conocer su peligro.

Pero no bastando su valor à componer el desorden en que se hallaban los suyos, procuraban todos poco à poco irse recogiendo para el Pueblo, buscando abrigo en las casas, quando por vna novedad inadvertida se les aumentò la confusion, y creció mas el desconuelo, pues llegó vn Soldado, llamado Valdespina (que se retiraba mal herido) diciendo, que el Capitan quedaba prisionero de los Indios: noticia, que infundiò en los mas tanto temor, que faltandoles el animo, confesaban su desmayo con la turbacion, y el desaliento; pero Nicolás de Palencia viendo, que para salir de aquel aprieto era preciso animarlos, hablando con el desenfado que solia, les dixo: que quando el Capitan fuesse perdido, solo les faltaba vn hombre, pues no peleaba por mas, y no por la falta de vno avian de mostrar flaqueza, quando todos tenían brios para saber defenderse.

Estas palabras dichas à tiempo, y con garvo, y el aver llegado entonces Estevan Martin, que postrado al dolor de las heridas, se venia tambien recogiendo para el Pueblo, fueron causa, para que bolviendo en si desechassen el temor que los tenia acobardados, y tratasen de fortalecerse entre las casas, para poder tener algun seguro mientras daban disposicion para curarse; pero la desgracia de aquel dia corriò tan igual por todas partes, que para nada hallaron remedio, ni pudieron tener forma, por averse apoderado los barbaros de el vagage, quitandoles la ropa, y demàs prevençiones que llevaban, con muerte de los Cargueros, y resto de la gente de servicio, à quienes passaron à cuchillo: contratiempo, en que perdida la esperança, tuvo nuevo lugar la confusion, pues ni podian quedarse alli por falta de bastimentos, ni proseguir su retirada por el embarazo de aver de conducir tantos heridos, y muchos de ellos de riesgo; pero discurriendo medio para salir de aquel empeño, dispusieron quatro hamacas en que llevar cargados à Estevan Martin, à Valdespina, y otros dos Soldados, por ser los de mas peligro; y los demàs, que caminando en la forma que pudiessen, asegurassen la vida en su propia diligencia.

Dispuesta la retirada de esta

fuerte, luego que cerrò la noche, con el mayor recato, y silencio que pudieron empezaron à marchar, dexando amarrado vn perro en vn bugio, pare que à la voz de sus ladridos se descuidassen los Indios: estratagemas, que les saliò bien acertada, pues engañados con ella, ni conocieron la fuga, ni cayeron en la cuenta hasta muy entrado el dia; teniendo lugar los nuestros en el interin para ir caminando poco à poco, pues no daba lugar para otra cosa, ni el embarazo de los heridos, ni el accidente de averles empezado à llover tan reciamente, que no avia senda que no fuesse vn charco, ni quebrada, que no pareciese vn rio, siendoles preciso en muchas partes passarlas quasi à nado, con el agua hasta los pechos: circunstancias, que juntas vnas con otras, les fueron de tanto estorvo, que aviendo caminado sin paràr toda la noche, à la mañana se hallaron solo à distancia de vna legua del Pueblo, que avian dexado al retirarse, tan postrados con el trabajo, y desfallecidos con la hambre (por aver mas de quarenta horas que no probaban bocado) que deseaban ya la muerte, como alivio à tantas calamidades; y para remedio de ellas tomaron vna resolucion tan cruel, como necessaria, por entonces, para la salud de todos, pues considerando el embarazo que les era

era la carga de los enfermos, de-terminaron llevar en las hama-cas solo à Estevan Martin, y à Valdespina, y dexar alli à los otros dos, que estaban ya sin es-perança de vida, por averseles pasmado las heridas con el agua, à cuyo fin los apartaron del ca-mino, y metieron en el monte, porque no los encontrassen los Indios; y despidiendose vnos de otros con lagrimas, y suspi-ros, los dexaron à morir en aque-lla soledad à manos de el de-samparo.

Aliviados en parte con esta diligencia, pasaron ade-lante, y llegaron à descansar à las barrancas de vn rio, donde les pareció sitio apropiado, para poder alojarse siquiera mien-tras encendiendo lumbre se ca-lentaban vn poco, y tomaban algun sustento, usando vnas frutillas de ciertas palmas silves-tres, de cuyos huesos sacaban vna medulilla amarga, que chu-pandola les servia de entreteni-miento para mantener la vida.

En este estado se hallaban, quando vn Soldado, llamado Pe-dro de la Torre, hombre de resolucion, y grandes brios, viendo la afliccion que pade-cian, y el peligro de perecer que amenazaba à todos, pidió licencia à Estevan Martin para adelantarse solo à dar cuenta al Gobernador de el estado en que quedaban, para que los socor-riese con bastimentos, y gente

que ayudasse à cargar à los he-ridos, obligandose à llegar à su presencia en aquel dia, aunque estaban distantes veinte leguas; y anduvo tan acertado en su de-marcacion, que gobernandose por derrota, y caminando por atajos, salió (aunque tarde de la noche) al alojamiento donde se hallaba Spira, à quien dió cuen-ta del estado miserable en que dexaba à los demás compañe-ros; de que apesarado el Go-vernador, conociendo (aunque tarde) aver sido su temeridad causa de aquella desgracia, pro-curò acudir al reparo con preste-za, embiando algunos Solda-dos con disposicion, y forma pa-rà conducir con mas convenien-cia à los heridos; pero quando llegaron à encontrarlos, que fue al cabo de dos dias, era ya muer-to Valdespina, y Estevan Mar-tin tenia tan ulceradas, y cor-ruptas las heridas, que por mu-cha pricssa que se dieron para transportarlo al Real, no hubo medicamento que bastasse para preservarle, de que al tercero dia de llegado se le acabasse la vida, con notable sentimiento de el Gobernador, y de todos los del Campo, porque su con-dicion liberal, y mucho agra-do fueron prendas, que le avian adquirido la di-

cha de bien

quisto.

CAPITULO VI.

*ENTRA FEDREMAN
en los Llanos , y huyendo
de el Invierno se retira à la
Serrania : llega al Pueblo
de la Poca-Verguença , y
sale de los Choques
Forge Spira.*

EN llegando à apoderarse de el corazon humano la ambicion , ni ay entendimiento , que no ciegue , ni razon , que no perturbe. Hallavase Nicolàs de Fedreman con su Exercito, aumentado de los sesenta hombres de Hortal, proveido de todo lo necessario con el socorro que le avia traído de Coro el Capitan Beteta, favorecido de el tiempo, por ser lo mas apacible de el Verano; y malogrando estas conveniencias por el inmoderado apetito de mandar, se puso à contingencia de perderlo todo, pues persuadido à que por horas podría recibir los despachos de el Gobierno, à que anhelaba con tanta ansia su deseo, no se resolvía à salir de Barquisimeto, por no alexarse de Coro, gastando en estas vanas esperanças tanto tiempo, que dexò passar lo mejor de el sin provecho; de que disgustados los Soldados viendo aquella detencion tan infructuosa, empezaron à mur-

murar con desahogo, y aun trataron algunos de dexarlo, y retirarse à Coro: movimiento, que entendido por algunos de sus mas confidentes amigos, fue causa para que le advirtiesen el daño que amenazaba.

Este recelo le obligò (bien contra su voluntad) à acelerar su partida; y saliendo de Barquisimeto, empezó à caminar la buelta de los Llanos, entrando en ellos por la parte que llaman el Boqueron; pero como el tiempo ya no era apropiado, por aver passado lo mejor de el Verano, desde luego fue experimentando los efectos, que causò su dilacion, pues cargando las aguas con el rigor que suele en estas partes, aviendo caminado divididos, Fedreman con la mitad de el Campo por vn lado, y el Capitan Martinez con el resto por la Provincia de los Indios Gueros, juntos despues de algunos dias, les fue preciso dexar los Llanos, y buscar la Serrania, que les demoraba al Poniente para invernar en ella, porque las inundaciones eran tantas, que parecian lagunas las sabanas.

No sossegaba Fedreman con la inquietud que perturbaba su espiritu, ni los desengaños bastaban à templarlo, ni la experiencia adquirida à persuadirlo, pues sin hallar consuelo en nada, solo divertia el pensamiento con la esperança del Gobierno.

1538.

vierno, que aguardaba. Y discutiendo que podia ser aver ya llegado à Coro los despachos, luego que alojò su Exército en la Serranía, dexandolo encomendado al Capitan Martinez, bolvió à Barquisimeto con el ansia de buscarlos; pero consumidos, sin fruto, algunos dias, viendo que no llegaba el plazo de sus deseos, con harto sentimiento huvo de conocer su desengaño: y lleno de pesares, y tristezas bolvió à buscar su gente, harto desconsolado, à tiempo, que entrado el año de treinta y ocho pudo proseguir su marcha, caminando con tal felicidad, que sin experimentar accidente, que nos pueda retardar la pluma, atravesò diferentes Provincias, y Naciones, hasta llegar à vn Pueblo, cuyos moradores, aunque al principio dieron muestras de recibir à los nuestros de amistad, quedandose en sus casas; despues, ò temerosos, ò advertidos, trocaron el reposo por la fuga: de cuya desconfiança sentido Fedreman, mandò à los Soldados los siguessen; mas como algunos de ellos, llevados de el interès, atendiesen mas al pillage de los bugios, que al mandato de el General, viendolos Fedreman, les dixo con alguna alteracion: O, què poca verguença de Soldados! Y como en la afable condicion, y modesta compostura de aquel hombre jamás avian experimentado enojo alguno,

estrañaron tanto estas palabras, que por memoria de cosa tan singular, llamaron à aquel Pueblo el de la Poca-Verguença.

Mientras esto passaba à Fedreman, se hallaba Jorge Spira en la Provincia de los Choques, tan cercado de trabajos, que parece se avian conjurado contra el los infortunios; pues además de padecer gran falta de bastimentos, y los continuos assaltos con que le molestaban los Indios, sin dexarlo sossegar; las muchas humedades, y vapores gruesos de aquella tierra tan montuosa, y empollada causaron tantas enfermedades en su Campo, que al rigor de su violencia murió la mayor parte de la gente de el servicio, y muchos de los Soldados, sin poder hallar remedio à tan distintos achaques como todos padecian: participando tambien de el nocibo influxo los cavallos, porque con la mala calidad de los pastos con que se sustentaban, vnos se hinchaban hasta reventar, y à otros se les criaba tanta abundancia de lombrices, que echandolas por la boca, se caian muertos: siendo el mayor desconsuelo, en medio de tanto mal, aquel continuo llover noches, y dias, que le tuvo cortado el passo vn año entero, sin permitirle lugar, para que saliendo de aquellas montañas, donde parece tenían su asiento las desdichas, pudiesse huir el horror de tanta calamidad; pero viendo que mien-

tras mas se detenia era su perdicion mas evidente, pues por instantes se le iban aumentando mas los contratiempos, se resolvió (atropellando inconvenientes) à disponer su retirada, aunque con mil dificultades, y trabajos, por ser muy poca la gente que le avia quedado, y de ella, mas los enfermos, que los sanos; pero alentados aquellos afligidos Españoles con la esperança de hallar alguna mejora, que templasse la adversidad de su fortuna, sacaban fuerças de su mismo desaliento para poder caminar, huyendo de aquella tierra, que avia servido de piedra de toque à su constancia, y de sepulcro miserable à los demás compañeros. Mas hallando despoblados todos los Países que encontraban, por averse retirado los Indios, escarmentados de la mala vezindad que les hizieron quando por alli passaron, fueron tantas las hambres que padecieron, que no pudiendo resistir con la debilidad la falta de el alimento, murieron de necesidad los mas de los enfermos, y entre ellos muchas personas de quenta, y suposicion, como fueron, Juan Quaresma de Melo, Francisco de Murga, Antonio Cevallos, Pedro de Cardenas, y Francisco Murcia de Rondón, que sirvió de Secretario al Rey Francisco de Francia, el tiempo que estuvo preso en Madrid; y fue quien descubrió al Emperador la trama que tenia

dispuesta el Rey para huirse de la prision.

Con estas necesidades, y miserias hubo de aportar Spira à vn Pueblezuelo de muy poca vezindad, cuyos moradores cogidos de repente, solo tuvieron lugar para salir huyendo, dexandose en las casas porcion considerable de yucas, y batatas; regalo, que por entonces fue mas estimado de los nuestros, que si huvieran hallado vn gran tesoro. Y como para recobrar algun aliento con aquel socorro, que les deparò su buena suerte, determinassen quedarse en aquel Pueblo algunos dias, andando en vno de ellos quatro Soldados juntos rebolviendo los bugios, por ver si hallaban algo, que fuesse de provecho à su codicia, encontraron acaso vna criatura de poco mas de vn año, que con la priessa de huir debió su madre de aver dexado olvidada; y revestidos aquellos hombres (ò por mejor dezir aquellas fieras) de inhumanidad diabolica, mataron la criatura, y poniendo al fuego en vna olla vn quarto, la cabeza, pies, y manos, mientras se cozinaba, à medio asar se comieron la asadura, saboreandose despues con el caldo de la olla: à tiempo que entrò en la casa vna India Christiana, y Ladina, criada de Francisco Infante, y conociendo por la vista, y el olor, ser carne humana la que estaban cozinando, sin darse por entendida con ellos, avisò

à su Amo la maldad de aquellos hombres; que llegando à noticia del Gobernador, passò luego à prenderlos, determinado à que pagassen con la vida la pena de tan enorme delito: pero considerando despues la falta que le podrian hazer quatro hombres, por la poca gente que tenia, conmutò la sentencia en otros castigos, que aunque graves, no correspondieron à lo que ellos merecian: si bien à pocos dias tomò vengança el Cielo, pues murieron todos quatro, aunque de diferentes achaques, con los mismos accidentes de ansias, congoxas, y dolores, confessando à voces su delito, y conociendo ser su muerte pena de su iniquidad.

CAPITULO VII.

SPIRA LLEGA AL RIO Zarare, y Fedreman al de Apure: tiene noticias de su Gobernador, y por no encontrarse con el, se entra en los Llanos:

prosigue Spira su jornada, y llega à

Coro.

AViendo salido Spira de el Pueblo, que llamaron de el Muchacho, por el suceso referido en el Capitulo antecedente, caminando poco à poco, por la mucha flaqueza, y mala forma con que tenia su gente, hubo de aportar à las orillas de el rio Za-

rare, à tiempo que Nicolás de Fedreman, à quien dexamos en el Pueblo de la Poca-Verguença prosiguiendo en su jornada, llegó à las riveras de Apure (rio, que debe su origen en la Provincia de Merida, à las quebradas, que llaman de Brabo, por otro nombre Aricagua;) y teniendo alli noticia, por relacion de algunos Indios, de lo inmediato, que se hallaba Spira (por estar los dos rios tan cerca el vno de el otro) recelò, como prudente no quisiessse el Gobernador, si se encontraba con el, despojarlo de la gente, que llevaba, para emprender de nuevo otras conquistas, dexandolo privado de el mando, y malogradas las esperanças, que tenian concebidas de adelantar por su mano, sin dependencia de otro, su fortuna; y assi, por evitar las contingencias de este riesgo, le pareció mas acertado huirle el cuerpo al Gobernador; y dexando la Serranía por donde venia Spira, torció el camino à mano izquierda, metiendose en los Llanos, sin que el Gobernador tuviesse noticia de el; hasta que passados quinze dias, llegando à alojarse en las orillas de Apure, hallò los rastros de aver estado alli gente Española: novedad, que le causò grande cuidado, no pudiendo discurrir què Capitan fuesse el que andaba por tierras tan retiradas, pues nunca llegó à presumir pudiera ser su Theniente Fedre-

dreman. Y como con el deseo de hallar quien le diese alguna noticia para salir de recelos, solicitasse por todas partes informarse de los Indios, fueron tantas las diligencias que hizo, que hubo de descubrir entre vnos Indios Caiquetios, que estaban poblados cerca del rio Apure, vna India Ladina, que avia venido de Coro con Fedreman, y por aver caido enferma se avia quedado con ellos, la qual le diò muy por extenso relacion de todo lo sucedido, y de los designios que llevaba en su viage Fedreman, con circunstancias tan claras, que le refirió hasta los nombres de las personas principales que le acompañaban.

Embuelto en mil confusiones quedò Spira, sin acertar à resolverse en el consejo que debia tomar en este caso, pues vacilando continuo entre la variedad de pareceres que daban sus Capitanes, no hallaba resolucion que le agradasse, ni dictamen que bien le pareciesse; porque teniendo los mas por acertado el que bolviessse con presteza tras Fedreman, y quitandole la gente con la mano de ser su Governador, diese otro tiento à su fortuna, buscando nuevas conquistas (que era lo que siempre avia temido Fedreman) no se atrevia Spira à seguir lo arduo de este consejo, considerando que era poca la gente que tenia, y essa enferma, y que Fedreman llevaba mu-

cha, y muy lucida, y que mereciesse en sus manos desfarmado, fiado solo en el respeto, que como à su Governador debia guardarle, era exponerse à la discrecion de agena cortesania, y dar lugar à la contingencia de padecer algun desayre, en que quedassen ultrajadas su autoridad, y su persona.

Gastados en esta irresolucion algunos dias, hubo de determinarse despues à vsar de galanteria, para asegurar con ella en su obediencia à Fedreman; y para obligarlo con mas veras le despachò nuevos poderes, dandole facultad muy amplia, para que en su nombre pudiesse proseguir en sus descubrimientos, y conquistas; y juntamente le escribió vna carta cariñosa, avisándole por menor de todas sus desgracias, con prevencion de algunas advertencias, que le parecieron necesarias para el mas acertado logro de su viage; pero esta diligencia no llegó à tener efecto, porque aunque Spira embiò à Phelipe de Virre, Cavallero Alemàn de la Casa de los Belçares, con treinta hombres en alcance de Fedreman, hallò tan crecido el rio de Apure, que parecian mares las campanas de sus margenes; y viendo que en treinta dias que se detuvo, esperando à que mermasen sus aguas para poder esguazarlo, iban cada dia en mayor aumento sus crecientes, desconfiado de hallar forma para lograr el

el passage, diò la buelta en busca de el Governador, à quien alcançò alojado ya en la Serania de Coro, padeciendo bastante molestia de los Indios, que à lo seguro, sin poder ser ofendidos, le hacian notable daño desde lo alto de la Sierra, con el continuo disparo de sus flechas.

Pero Spira, por dar algun castigo à su osadía, les dispuso vna noche vna emboscada, y cogidos en ella el dia siguiente, fueron muertos muchos, y apriisionados treinta, de los quales, con sobrado rigor, à sangre fria, mandò el Governador empalar diez, dando fin con esta crueldad à su jornada, pues sin otro accidente llegò à Coro por Febrero de el año de treinta y nueve, despues de cinco años de peregrinaciones, y trabajos, en que perdiò trecientos y diez hombres, pues de quatrocientos que sacò de Coro el año de treinta y quatro, solo bolviò con noventa, desnudos, enfermos, y del todo derrotados, sin lograr otro fruto de su viage, que aver llegado à probar lo que puede aguantar el sufrimiento de los hombres para tolerar desdichas, y dexar eternizada la memoria de la infeliz jornada de los Choques.

Quando Spira llegò à la Ciudad de Coro hallò ya en ella al señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas, que desde el

año de treinta y seis, fenecida la Visita de Puerto-Rico, avia pasado à residir en su Iglesia, y al Doctor Navarro, à quien la Audiencia de Santo Domingo avia embiado con diferentes comisiones, sobre el mal trato, y venta de los Indios, y no por Governador, como escrivio el Provincial Fray Pedro Simon, à quien siguiò el señor Obispo Piedrahita, pues con la vènia debida à la autoridad de tan clarificos Autores no ay duda, que en esto padecieron vn yerro conocido, porque Spira nunca dexò de ser Governador hasta su muerte, nila Audiencia podia embiarle successor, solo por el motivo de aver cumplido sus cinco años de Gobierno, que es la causal que dan estos Autores; pues siendo el nombrado por los Belçares, à quienes el Emperador tenia cedida en arrendamiento esta Provincia, solo ellos podian removerlo, y no la Audiencia, en quien no residia jurisdiccion para intentar tal mudança; y que à Spira no lo privò la Audiencia, es evidente, porque luego que llegò de su jornada à Coro, se embarcò para Santo Domingo à componer algunas dependencias con los Agentes de los Belçares; y para el tiempo que podia durar su ausencia, dexò nombrado por Governador en su lugar à Juan de Villegas; y despues al tiempo de su muerte (que fue el año

Fr. Ped.
Sim. not.
4. cap. 14.
Piedrahita
lib. 3. cap. 4.

41

de quarenta) bolvió à dexar nombrado al mismo Juan de Villegas, cuyos Titulos originales, despachados por el mismo Spira, he visto entre otros papeles, que pàran oy en el Maestre de Campo Don Lorenzo de Ponte y Villegas, su descendiente; y lo que asegura vn Instrumento autentico, no puede contradecirlo vna opinion.

CAPITULO VIII.

BVELVE FEDREMAN à buscar la Serrania : atraviesa la Cordillera, y entra en el nuevo Reyno : passa despues à España con los Generales Quesada, y Benalcazar, y muere en Madrid.

Pocos dias despues que Fedreman (huyendo de su Governador) se entrò en los Llanos, caminando para la parte de el Leste, se hallò atajado de dos poderosas cienegas, que aunque de poca agua en lo fondable, fueron dificultosas de passar, por ser muy dilatadas, y estàr tan llenas de atolladeros, que se entraban los cavallos hasta las cinchas en ellos; pero vencida esta penalidad con el trabajo, y la maña, saliò à tierra mas enjutas; y caminando por ella, sin llevar por entonces otro

fin, que escusar la ocasion de encontrarse con Spira, se apartò tanto de la Serrania, que perdiendola de vista, penetrò en lo interior de los Llanos hasta las riveras de vn caudaloso rio, cuyos contornos, en las señales de diferentes ruinas mantenian la memoria de aver sido en otro tiempo muy poblados; y dexando Fedreman averiguar la causa de aquella desolacion, supo de algunos Indios prisioneros, que en las aguas de aquel rio tenia su habitacion vn animal formidable, tan carnicero, y voraz, que avia destruido gran parte de aquellos Pueblos, comiendose sus vecinos, y los demàs amedrentados avian desamparado aquel País, mudandose à vivir à parte mas retirada, huyendo de la fiera de tan nocivo enemigo : relacion, que tuvo por cierta Fedreman, por aver oido de noche èl, y todos sus Soldados los estupendos bramidos que daba aquella fiera dentro del agua; y algunos aseguraban averla llegado à ver, afirmandose ser especie de serpiente de corpulencia espantosa.

Quando à Fedreman le pareciò que ya podria estàr seguro de encontrarse con Spira, dexò el camino de los Llanos, y reforçado su Campo con quinze hombres, que le traxo Juan Gutierrez de Aguilòn, (quien desde Coro, siguiendole las huellas,

avia

avia venido en su alcance) bolvió à buscar la Serranía, con animo de atravesar la Cordillera, à cuyo efecto, desde el rio Pauto, donde estuvo de asiento algunos dias, despachò à Pedro de Limpías à reconocer la parte menos fragosa para poder conducir el Exercito por ella; pero la hallò por todos lados tan inaccesible, è intratable, que desconfiado de poder lograr su diligencia, diò la vuelta, assegurando à Fedreman ser imposible vencer la dificultad, que embarazaba el transporte.

Viendo con este desengaño frustrado totalmente su deseo, torció el camino para el Sur por la falda de la misma Serranía, llevandola siempre por guia sobre la mano derecha; y quasi por los mismos passos que avia seguido Spira, llegó al Pueblo de nuestra Señora, à quien los Soldados de Fedreman llamaron de la Fragua; (por aver armado alli vna para componer las armas, y herramientas) y como toda la ansia la tenia puesta Fedreman en passar la Cordillera, por aver hecho concepto de que en aquello consistia el logro de sus aumentos, tratò luego de informarse de la disposicion de la tierra, que caia de la otra vanda, por ver si correspondia la noticia con el discurso que avia formado su idèa; y hallando en todos los Indios vna relacion conforme de ser Provincias muy ricas,

abundantes, y pobladas, se determinò à seguir por aquella parte su derrota, resuelto à vencer las dificultades que pudieran estorvarlo; y para ello despachò à Pedro de Limpías por delante, con algunos Soldados, y guias de el mismo Pueblo, para que allanasse los caminos, y buscasse los passos mas acomodados para el Exercito, que à corta distancia le seguia.

Con este orden salió Limpías de el alojamiento, encaminando su viage por la parte que lo llevaban las guias, y al segundo dia de jornada empezó à encumbrar la Serranía, experimentando desde luego los trabajos è inconvenientes, que solo pudo vencer su valor incontrastable, atravesando pàramos frigidísimos, y peñascos tan peynados, que le era preciso en muchas partes, à fuerça de picos, y de barras, abrir huellas donde pudiesen hazer firme los cavallos para conseguir el passo; y en otras, que aun no permitia la fragosidad este recurso, amararlos con sogas, y suspenderlos con ellas hasta donde pudiesen hazer pie, para librarlos de el despeño.

Con estas penalidades, y fatigas llegó al cabo de diez dias à vna loma, que permitiendo solo vna angosta senda muy pendiente para subirla, formaba en su eminencia vna llanada razonable, llena de mucha paja
larga,

larga, y seca, cercada por todas partes de profundos precipicios, y tajadas peñas, donde algunos Indios de la comarca se avian recogido temerosos, pareciendoles el sitio mas acomodado para su resguardo; pero viendo subir los Españoles, al conocer que ni alli estaban seguros, pegaron fuego à la paja, que ayudado de el viento, (por soplarles entonces favorable) creció con tal violencia, que en breve tiempo se convirtió toda la loma en vn incendio, poniendo à Limpias, y à su gente en tal aprieto, que perdida la esperanza, se daban ya por perdidos, por no admitir otro partido aquel peligro, que despeñarse, ò arder; y entre la contingencia de ambos rigores, pareciendole mas suave à vn Soldado, llamado Vivanco, el morir precipitado, que acabar entre las llamas, se arrojò desde vna peña, y perdió la vida hecho pedazos; y los demás huvieran padecido el mismo fin, à no aver hecho Limpias, con la presteza que pudo, vn contra-fuego, si bien no fue tan general el remedio, que no muriesse quemado vn Español, y algunos Indios de carga.

Libre Limpias de aquel conflicto, y vencida con afan la Serania, à pocos dias de viage se hallò en el Valle de Fosca, primer Pueblo de los dominios de el Sympa de Bogotá, cuyas Pro-

vincias (aviendo subido con Exercito desde Santa Marta) avia dos años que tenia conquistadas Don Gonçalo Ximenez de Quesada, Theniente General del Adelantado de Canaria Don Pedro Fernandez de Lugo; y aunque los Indios de aquel Valle dieron noticia à Limpias de hallarse otros Españoles en la tierra, lo tuvo por imposible; hasta que passando à Pasca hallò alli al Capitan Lazaro Fonte, à quien tenia desterrado el General Quesada, por despique de algunos disgustillos que avian corrido entre los dos; y enterado de que otros avian tenido la dicha de llegar primero à gozar las conveniencias de desfrutar aquel Reyno, esperò à que se acercase Fedreman, que con el resto de el Exercito venia en su seguimiento, en cuyo intermedio hubo tiempo para que Lazaro Fonte avisasse à Santa Fè; de que no recibió poca alteracion Quesada, por ser en coyuntura que se hallaba cuidadoso con la noticia de que Don Sebastian de Benalcazar, Capitan de el Marquès Don Francisco Pizarro, despues de aver poblado à Quito, y Popayàn, en prosecucion de sus conquistas se iba acercando por el Valle de Neiba à Bogotá, y recelaba temeroso no se vniessen los dos Generales en su daño para lançarlo del Reyno, que tenia ya descubierto; queriendo aprovecharse de el

fruto de sus trabajos : sospecha que no le salió vana , pues con efecto intentaron executar lo que Quesada temia, pretendiendo cada vno , que el Reyno de Bogotá era comprehendido en la demarcacion de sus conquistas; pasando tan adelante el punto de esta discordia, que se vió obligado Quesada à tratar de defender con las armas lo que havia ganado, y descubierto con ellas; pero interviniendo à mediar esta diferencia los Ecclesiasticos , que asistían à los tres Generales , los huvieron de convenir en que quedasse suspenso la materia hasta que el Emperador determinasse à qual de los tres tocaba la posesion , y el dominio ; y que en el interin la gente de Fedreman, y Benalcazar se vniesse à la de Quesada , para poblar aquel Reyno , gozando todos las honras, y conveniencias de Conquistadores de èl , sin diferencia en la accion para pretender los premios.

Con estas condiciones , y quatro mil pesos de oro , que se le dieron à Fedreman , considerando pobre , quedó sossegado aquel disturbio , que avia llegado à lance de parar en rompimiento de vna discordia civil ; y mediado el año de treinta y nueve entró Fedreman en Santa Fé, con grande aplauso de la gente de Quesada, despues de tres años gastados en el viage desde que salió de el Cabo de la Vela con

cuatrocientos hombres , de los quales, aun con aversele agregado en el camino los sesenta de Alderete , y los quinze de Aguilón, solo metió en el Reyno treinta Cavallos, y ciento y treinta y tres Infantes , aviendo perecido los demás con el rigor de tan penosa jornada.

Determinados los tres Generales à passar juntos à España, así para que el Emperador declarasse el punto de su litigio , como à solicitar cada vno el premio de sus servicios, labraron Bergantines para baxar por el rio de la Magdalena à Cartagena ; y embarcados alli para la Europa, llegaron con felicidad à la Corte; donde entre los afanes de pretendiente , y sin sabores de algunos pleytos que le movieron los Belgares, acabó la vida Fedreman, cuya memoria merece ser celebrada entre la de los Heroes mas plausibles de su tiempo ; su naturaleza fué de vn Lugar de el círculo de Suecia , en Alemania la Alta; su presencia hermosa , y agraciada; el rostro blanco , y el pelo roxo ; afable con liberalidad , y apacible con agrado : sus hazañas , y singular valor le adquirieron mucha fama en pocos años ; y aunque el desafecto de sus emulos atribuyó su generosidad de animo à soberbia , su inclinacion à las armas , à inquietud ; y su cortesano trato à maxima cautelosa ; no ay duda , que fueron muy singulares las prendas

das con que lo adornò naturaleza; y à no averse dexado llevar con tanto exceso de el deseo inmoderado de mandar independiente, no huviera hallado defecto que notarle la mas curiosa atencion.

CAPITULO IX.

SALE DE CORO LOPE

Montalvo: prende en Barquisimeto al Capitan Reynoso; y siguiendo à Fedreman entra en el nuevo Reyno: alborotanse los Sapanas, y sobre su pacificación se originan discordias.

QUando salió de Coro Fedreman, despues que bolviò de el Cabo de la Vela, dexò encargado à Lope Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, è intimo amigo suyo, procurasse socorrerle, yendo en su seguimiento con el mayor numero de gente, que pudiesse adquirir su actividad, y diligencia; y Montalvo viendo el empeño à que se hallaba obligada su amistad, para dar satisfaccion à la confianza que de el avia hecho Fedreman, algunos meses despues de su partida salió de Coro con quarenta hombres bien armados, y atravesando la Serrania de Carora, y Valle de el Tocuyo, llegó à Barquisimeto, haziendo alli alto mientras passa-

ban las aguas de el Invierno, para proseguir despues su viage por los Llanos; y en interin que quedaba acuartelado, aunque las operaciones de el Governador Antonio Cedeño no tocan à nuestra Historia; sin embargo, para claridad de lo que vamos refiriendo, es necessario apuntar algunas de ellas; y assi es de advertir, que como llegassen à la Audiencia de Santo Domingo repetidas quejas de las continuadas violencias de su obrar, deseando aplicar remedio à tanto desafuero, despachò al Licenciado Frias, su Fiscal, para que procediendo contra Cedeño, lo remitiesse preso à Santo Domingo; pero como vn abismo llama à otro, y de vn yerro se originan muchos, para dorar Cedeño sus deliros les añadió por realce vn desafuero, pues olvidado de las obligaciones de su sangre, atropellando el respeto, y veneracion debida à Ministro de representacion tan suprema, sin querer obedecer las providiones de la Audiencia, lo puso en rigurosas prisiones, despojandolo con ignominia de todo quanto llevaba; y temeroso de el castigo que merecia tal arrojio, llevandose preso al Fiscal, se metiò la tierra adentro, con el pretexto de proseguir en sus conquistas, donde le cogiò la muerte; pues en el partido de Tiznados, la violencia de vn veneno, que le diò vna criada suya, puso fin à sus temeridades, y à su vida.

Muer,

Muerto Cedeño, los Soldados de su Campo queriendo llevar adelante la jornada, por la esperanza que tenia de dár con las riquezas de el río Meta, nombraron por Cabos para que los governassen à Pedro de Reynoso, hijo de el Señor de Autillo, en Castilla la Vieja; y à Diego de Lofada, hijo de el Señor de Rio-Negro, en el Reyno de Galicia; pero despues sobreviniendo entre los dos algunas diferencias, por motivos, que no haze à nuestro assunto el referirlos, se dividió la gente en dos Esquadras, y la una, gobernada de Diego de Lofada, dió la buelta à Maracapaná, de donde avian salido, pasando de allí Lofada à Coro, para darnos bastante materia à nuestra Historia, como verèmos en el contexto de ella: y la otra, acaudillada de Pedro de Reynoso, fue à dar à Barquisimeto, donde estaba aquartelado Lope Montalvo de Lugo, quien lo recibió amigablemente por entonces; pero sabiendo despues la muerte de Cedeño, y los accidentes de aquel viage, prendió à Reynoso, y quitandole la gente que llevaba, lo despachò à Coro, y de allí à Santo Domingo, donde el respeto de su sangre, y la recomendacion de su nobleza, fueron los mejores valedores para salir bien de algunos cargos, que le movió la voz Fiscal de aquella Audiencia; y declarado por libre, casò en

aquella Ciudad con una señora muy ilustre, dexando (despues de muchos años que vivió) vinculada su memoria à la posteridad en sucesion dilatada.

Lope Montalvo viendo aumentada su Compañia con la gente que le quitò à Reynoso, luego que se soslegaron las aguas salió de Barquisimeto, y siguiendo las huellas de Fedreman, despues de padecidas bastantes miserias, y trabajos, à fines de el año de treinta y nueve entrò en la Ciudad de Santa Fè con ochenta hombres (à tiempo que yà Fedreman se avia embarcado para España) donde, assi por la calidad de su persona, como por la circunstancia de socorro tan importante como el que introduxo en aquel Reyno en coyuntura que necesitaban de èl, fuè recibido con regozijo, y singular alegria de todos los Conquistadores; y muy en particular de Fernan-Perez de Quesada, que por ausencia de su hermano Don Gonzalo governaba aquellas Provincias por entonces; y como su talento, su prudencia, y su valor lo hazian amable en qualquier parte, se supo grangear tanta estimacion, y credito en aquel Reyno, que con aceptacion de todos sus vezinos llegó despues à governarlo, en lugar de su primo el Adelantado D. Alonso Luis de Lugo; pero como de las parcialidades que este Cavallero, con su violento proceder,

dexò formadas en Santa Fè entre los Caiquetios , y los Quesadas , se originaron tantas discordias , comisiones , y pesquisas; tocòle à Lope Montalvo parte en el padecer , solo por averlo hecho la naturaleza deudo de el Adelantado , cuyas desazones le obligaron à que buscando su quietud , se retirasse à España à gozar de vn Mayorazgo que tenia en Salamanca, donde murió, defengañado con los varios semblantes que le mostrò la fortuna.

En el Capitulo septimo dexamos dicho como luego que llegó à Coro Jorge Spira avia passado à la Isla de Santo Domingo, dexando el gobierno de la Provincia à Juan de Villegas; y como con brevedad feneciesse las dependencias, que iba à ajustar con los Agentes de los Belçares , diò la buelta à Coro en ocasion que los Indios Saparas, que habitaban en la Barra de la Laguna de Mataraybo, avian dado muerte à algunos Españoles, con demonstraciones claras de querer sacudir el yugo de la obediencia en que vivian sujetos; y deseando Spira ocurrir à castigar este movimiento , antes que tomasse fuerza la demasia , determinò executar por su persona la diligencia , sobre que se ofrecieron grandes alborotos , y disturbios en la Ciudad ; porque los Soldados, llevando à mal el militar debaxo de la conducta de yn

Estrangero , y à quien miraban con horror , y poca fee , por las desgracias succedidas en la jornada de los Choques , favorecidos de el Doctor Navarro , que los ayudaba con su autoridad , y sus consejos , se escusaron de seguir à Spira , representandole, que de no darles Cabo Español que los mandasse , estaban resueltos à perder antes las vidas , que salir de Coro : y aunque à los principios el señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas fuè de el mismo parecer , patrocinando tambien à los Soldados, despues, instado de las suplicas , y ruegos de el Governador , mudò dictamen , sacando la cara à su favor con tanto empeño , que predicando vn dia en la Iglesia , dixo, que era grande maldad , y desacato , que teniendo en aquella Ciudad Governador buscasen Governador , y que teniendo Rey buscasen Rey ; con otras palabras semejantes , que manifestaron bien lo vnido que se hallaba con Spira, y la facilidad con que por darle gusto avia mudado de opinion; pero los Soldados irritados mas con las picantes palabras de el Sermón , se cerraron de calidad , que no hubo forma de sacarlos de su primer proposito ; y como la representacion de el Doctor Navarro era tan atendida, que se llevaba el sequito de todos los vezinos; viendo el Governador que era quien con publicas demonstraciones fomen-

taba los Soldados , no quiso exponerse à lance de vn rompimiento, en que pudiesse quedar desayrado su puesto , y su autoridad ; y asì , valiendose de la prudencia para dar expediente à aquel empeño , tomó por medio el pretexto de fingirse enfermo , y con este motivo encargò la diligencia à Alonso de Navas, nombrandole por Cabo para el castigo , y reduccion de los Saporas ; quedando de esta suerte sossegada por entonces aquella inquietud, que llegó à dar tanto cuidado , aunque no pudieron remediarse las malas consecuencias , que de ello resultaron , como veremos despues.

CAPITULO X.

CONSEGUIDO EL CASTIGO de los Saporas , tira Navas con los Soldados la buelta de Cubagua : va el Doctor Navarro à detenerlos : prendenlo los Soldados , y se lo llevan consigo à Cumana: muere Jorge Spira, y govierna Villegas la Provincia.

Despachado por el Governador el titulo de Capitán à Alonso de Navas , emperzò à levantar gente para poner por obra la diligencia que se avia fiado à su cuidado ; y como su nombramiento ayia sido tan

à gusto , y satisfaccion de todos , à porfia se le ofrecian los Soldados para acompañarle en aquel caso ; pero no queriendo llevar mas gente , que la que le pareció ser necesaria , escogió cien hombres, los que discurrió mas apropiado , y con ellos salió de Coro en busca de los Saporas , à quienes con facilidad desbarató en dos encuentros , cogiendo à los mas culpados en el movimiento de su intentado rebellion , que presos , con buenas guardas remitió al Governador.

Fenecida con tanta brevedad la expedicion , como los Soldados se hallaban disgustados con el dominio Aleman, cuyo gobierno aborrecian, por el poco provecho que lograban de militar en sus Vanderas ; viendose al presente en libertad quisieron lograr la ocasion de huir el cuerpo à sujecion tan pesada ; y resueltos à no bolver mas à Coro , determinaron tirar para Cumana , para passarse à la Isla de Cubagua , donde por las muchas perlas que se sacaban entonces , ocurría mayor numero de gente , que à las demás partes de la Costa ; y poniendo por obra su proposito , empezaron à caminar con animo de entrar por la Serrania , dexando à la parte de el Norte la Ciudad para salir al Tocuyo , y de alli por el desembocadero , atravesando los Llanos , passar à Cumana ;

mana; pero algunos de los Soldados, arrepentidos de resolucion tan temeraria, pareciendoles, que emprender vn viage tan dilatado, aun quando se llegasse à conseguir, avia de ser à costa de innumerables afanes, sin que los compañeros los sintiesen se huyeron vna noche, y por caminos extraviados dieron la buelta à Coro, avisando al Governador de todo lo que pasaba; de que sentidos Spira, y el señor Obispo, clamaban, prorumpiendo en quejas, con palabras muy descomedidas contra el Doctor Navarro, cargándole la culpa de todo lo sucedido, por aver sido causa con su proteccion, y empeño, para que aquella pacificacion se huviesse encargado à Navas; dando motivo para que los Soldados tuviessen coyuntura de executar aquel atrevimiento, dexando la Ciudad desproveida, y expuesta à la violencia de vna invasion enemiga; y como à esto se añadiesen las protestas de los Factores, y Aliados de los Belçares, por el menoscabo, y pérdidas que podia padecer su Compania, se viò tan apurado el Doctor Navarro, que por librarse de la calumnia, que todos le imputaban, y sossegar aquella publica conmocion que avia formado contra el sentimiento, se ofreciò à ir en persona à reducir los Soldados, y bolverlos à traer à la Ciudad; y para ello,

juntando sesenta hombres bien armados, tomò el camino de la Costa hasta el Puerto de la Borburata, y por alli saliò à Barquisimeto, para atajarles el passo antes que se metiessen en los Llanos; y como Navas, y su gente caminaban à pie, y por tierras asperas, hubo tiempo para que Navarro llegasse primero, y se pudiesse à esperarlos en vna Poblacion de Indios Axaguas; pero los Soldados sabiendo en el Tocuyo que estava alli Navarro, torcieron el camino, y por vn lado se entraron en los Llanos por el desembocadero de Buraure, sin paràr hasta las orillas de el rio Pao.

Pocos dias despues llegò à saber Navarro su passada, y tirando à largas jornadas en su alcance, gobernandose por las noticias que iba adquiriendo de los Indios, hubo de dar con ellos en el Pao, donde todavia se hallaban detenidos; y reprehendiendoles con asperas palabras el delito cometido en desercion tan iniqua, les afeò la ingratitude con que avian correspondido à su fineza, pues aviendo el sacado la cara à defenderlos, contra el dictamen de Spira, y de el señor Obispo, daban motivo con aquella resolucion intempestiva à que todos le atribuyessen (con razon) la culpa de su fuga.

Pero satisfaciendo los Soldados à este cargo, le respon-

dieron con la veneracion debida à su persona, que el desamparar la Provincia no era efecto de deslealtad, pues como vassallos amantissimos de el Rey deseaban perder la vida en su servicio; pero que el punto de buenos Españoles no les permitia passar por la ignominia de vivir sujetos al tyrano gobierno de los Belçares, teniendo expuestas las vidas, y las honras al advitrio violento de vn dominio Estrangero; y que assi, mientras las cosas de Coro corriessen con aquel temperamento que tenían entonces, no se cansasse en persuadirlos, porque seria en vano qualquiera diligencia que intentasse para moverlos de la firme determinacion en que se hallaban de no quedar en la Provincia; que harto sentian huviesse tomado el trabajo de venir à buscarlos, por ser preciso quedasse desayrado en aquel lance, y ellos mortificados de no poder dar gusto en la ocasion à quien siempre avian venerado por padre, y reconocido por amparo.

No le pareció bien à Navarro la respuesta, y sentimiento de aquella terquedad; bolvió à replicarles con enojo, tratassen de disponerse para bolver à Coro, porque de resistir à su mandato, haria que concediesse à la fuerza, lo que negaban al ruego. Reportaronse con esto los Soldados, y callando dieron à enten-

der estaban promptos à seguirle, por ocultar con aquel fingimiento su intencion, valiendose de el disimulo, para que descuidandose Navarro pudiesse tener logro mas seguro lo que tenían pensado; y conociendo que su Capitan Navas, obligado de las razones de Navarro, estaba en animo de bolver à Coro, no quisieron consultar con el su determinacion; antes privandolo de el puesto, sin que lo llegara à entender, con gran secreto nombraron entre todos por Caudillo à vno, llamado Pancorbo, y con su parecer aquella noche, estando el Doctor Navarro sin aquel recato, y vigilancia, que debiera prevenir, segun la ocasion en que se hallaba, dieron de repente sobre el, y cogiendolo descuidado, le quitaron las armas, y cavallos, pagando con aquel vltraje la culpa de su confianza.

Sentidissimo quedó Navarro con el escozor de burla tan pesada; y viendose desarmado, y expuesto à la discrecion de los Soldados, se valió de la humildad para dorar su desayre, pidiendoles con encarecimiento, atendiesse à la representacion de su persona, para no permitir quedasse avergonçado con la infamia de semejante despojo; y que en satisfaccion de los buenos officios, que siempre avia interpuesto en su defensa, le restituyessen sus armas, y cavallos.

llos para bolverse à Coro; pero los Soldados desvanecidos con la aktivèz que les ocasionaba el buen suceso, sin hazer caso de las humildes representaciones de Navarro, le respondieron, que algunos éavillos le darian, para que pudiesse con su gente passar seguro entre los Indios, y que sin esperar de ellos otra cosa, ni gastar el tiempo en persuadirlos, se bolviessse luego, pues guardando el respeto que debian à su persona, no intentaban que experimentase detencion, ni padeciesse molestia: resolution, que conocida por Navarro, no teniendo cara para bolver à Coro à ser blanco de los enojos de Spira, y assumpto de la irritacion de todos, determinò passar con los Soldados à Cubagua, de que quedaron ellos muy contentos, considerando llevaban por compañero en su fortuna al que avian tenido por contrario en su opinion; yaunque toda la gente de Navarro quiso seguir el mismo rumbo, no lo consintieron los Soldados, por el recelo que les causò la novedad de movimiento tan extraño, temiendo alguna traycion, disimulada en los disfraces de vna voluntad fingida; y admitiendo solo quatro, los mas afectos à Navarro, despacharon à Coro los demás con tres cavillos, y algunas armas que les dieron para su defensa; y ellos en prosecucion de su derrota, entrándose

por los Llanos, sin mas guia que el tino de vna demarcacion imaginaria, al cabo de algunos meses, en que padecieron bastantes penalidades, y miserias, llegaron à Cumana, y de alli passaron à la Isla de Cubagua, que era el fin à que siempre avia aspirado el ansia de sus deseos.

Ya en este tiempo era passada gran parte del año de quarenta, en el qual el dia doze de Junio murió en Coro el Governador Jorge de Spira, dexando encargado el Gobierno de la Provincia al Capitan Juan de Villegas, que à la sazón era Alcalde Mayor de la Ciudad, para que lo tuviesse à su cuidado, hasta tanto que la Audien-
cia provyesse la vacante; y teniendo el Doctor Navarro esta noticia en Cubagua, aunque siempre avia hecho el animo de no bolver mas à Coro; pareciendole que mudado el teatro con la muerte de Spira avrian tomado otro semblante las materias, y podria, sin embarazo, fenecer las comisiones que avian quedado suspensas; se embarcò en vna Piragua, y llegando en pocos dias de navegacion à Coro, sin atender à otra cosa procurò finalizar con brevedad quanto tenia à su cuidado, retirandose despues à la quietud de su casa en la Ciudad de Santo Domingo, donde tenia haciendas muy quan-

riosas, sin necessitar de comisiones para vivir con descanso.

CAPITULO XI.

NOMBRA LA Audiencia por Governador al señor Obispo Bastidas : entra Pedro de Limpias à la Laguna de Maracaybo ; y sale Phelipe de Vre à descubrir el Dorado.

SAbida en Santo Domingo la muerte de Jorge Spira, nombrò luego la Audiencia por Governador interino al señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas ; y por su Theniente General para las cosas de la guerra, y nuevos descubrimientos, à Phelipe de Vre, Cavallero Aleman, pariente muy cercano de los Belçares, mancebo de poca edad, pero de mucha prudencia, cuyos despachos remitidos con brevedad à Coro, fue recibido el señor Obispo al exercicio de su nuevo empleo el dia siete de Diciembre de el mismo año de quarenta, empezando desde luego à disponer las cosas de la Provincia, con mas respeto à las atenciones de el Baston, que à las obligaciones de el Baculo, pues dexandose llevar de aquella constelacion que corria entonces, de querer todos los Mi-

nistros en las Indias aspirar al renombre de Conquistadores; luego que tomò su possession despachò à la Isla Española por gente, armas, y cavallos, para poner en planta las Militares empresas, que tenia premeditadas; y hallandose faltar de medios para satisfacer el costo preciso de su conduccion, embiò à Pedro de Limpias (que mal hallado en el nuevo Reyno, donde entrò con Fedreman, se avia buuelto à la querencia de Coro) con vna Esquadra de Soldados à la Laguna de Maracaybo, para con el precio de los Indios que se cogiessen dar cumplimiento à las deudas, que para el apresto se avian contraido en la Española.

Ya era por el año de quarenta y vno quando Pedro de Limpias llegó à Maracaybo, y como practico antiguo de toda su Laguna, dispuso la expedicion de suerte, que con facilidad aprisionò quinientas piezas, entre varones, niños, y mugeres, que conducidas à Coro, y entregadas al señor Obispo, passaron por la desdicha de vna triste esclavitud, pues vendiendolas à diferentes Mercaderes, hizo que la libertad de aquellos miserables sirviessse de satisfaccion à los empeños, que sin necesidad contraxo por las vanidades de su antojo; y animado con el buen suceso de operacion tan inhumana, como indigna de

que la executasse vn Prelado, tratò luego de disponer, que su Theniente General Phelipe de Vrrre saliesse à nuevas conquistas, à que instaban mucho algunos de los que fueron con Spira, persuadidos à que podrian lograr mejor fortuna con la experiencia de los yerros cometidos en la primera jornada, pues siempre atribuyeron sus fatalidades à defaciertos, originados de la mala direccion de Spira; y como Pedro de Limpas por su parte fomentasse la materia, assegurando por ciertas las noticias que avia adquirido quando entrò con Fedreman al nuevo Reyno de vnas opulentas Provincias, que demoraban àzia la parte del Sur, fue facil disponer lo necessario, y mover los animos para la entrada; de fuerde, que en breves dias se hallò Phelipe de Vrrre prevenido de vn todo para ciento y treinta hombres, que le seguian voluntarios, à cargo de los Capitanes Bartholomè Belçar, Sebastian de Amelqua, y Martin de Artiaga, con los quales salìo de Coro por el mes de Junio del mismo año de quarenta y vno, llevando por Maestre de Campo à Pedro de Limpas; quien para hacer mas plausible, y apetecido aquel descubrimiento, empezó à intitular las Provincias, que avia de conquistar, con el rumboso nombre de el Dorado: apelativo, que el año de treinta y seis, es-

rando en Quito, inventaron los Soldados de Don Sebastian de Benalcazar, por la fantastica relacion que les diò vn Indio de vn poderoso Reyno, que por la parte de los Llanos caia àzia el Oriente, ò por disposicion diabolica (que es lo mas cierto) para que esparcido despues por toda la America, fuesse causa de tantas muertes, è infelidades como ha llorado la Nacion Española en quantos, llevados de la fama de estas mentidas Provincias, han intentado buscar sus fingidas riquezas.

Aviendo, pues, salido Phelipe de Vrrre de la Ciudad de Coro, por ser viage mas acomodado tomò el camino por la Costa de la Mar, passando las cinquenta leguas que ay hasta el Puerto de la Borburata; y de alli, atravesando la corta distancia que se interpone de Serrania, salìo al mismo sitio, donde despues se fundò (y oy permanece) la Ciudad de la Valencia, de donde buscando el desemboadero de Barquisimeto entrò en los Llanos, siguiendo siempre los mismos passos que llevò Fedreman en su jornada, hasta dar con el Pueblo, que este llamò de la Fragua, y Jorge Spira de nuestra Señora, en la Provincia de Maruachare, donde le pareciò preciso el alojarse por algun tiempo, assi por dexar quebrantar las aguas de el Invierno, como por informarse, y adqui-

adquirir con fundamento alguna luz , ò noticia de las tierras que buscaba ; y como para este efecto , con diferentes preguntas , executasse entre los Indios las diligencias posibles , huvo de saber con claridad como pocos dias antes (llevado de el mismo fin) avia passado por alli Hernan-Perez de Quesada con docientos y cinquenta hombres , y porcion considerable de cavallos ; porque engañado tambien de la ponderacion , y circunstancias con que los Soldados de Benalcazar pintaban en el nuevo Reyno los tesoros , y excellencias de su mentido Dorado , abandonò la felicidad , y conveniencias que gozaba , gobernando sus Provincias en ausencia de su hermano Don Gonçalo , por seguir la incertidumbre de vna dudosa esperança : inadvertencia , que quando no tuvo remedio le diò à conocer su desengaño , pues derrotado , y perdido , estimò , por particular favor de su fortuna , el poder salir à la Ciudad de Pasto en la governacion de Popayàn , despues de consumidos dos años en excessivos trabajos , sin conseguir otro fruto , que aver comprado à precio de su constancia las veras de vn escarmiento.

Esta noticia de averle ganado Hernan-Perez por la mano causò en Phelipe de Vrrre tan confusos pensamientos , que no

se le ofrecia medio à la imaginacion en que no hallasse algun tropiezo su discurso ; pues si se resolvia à seguir la misma derrota de Hernan-Perez , consideraba , que llevandole la delantera con tan superior numero de gente , aun en caso que la fortuna le deparasse algun poderoso Reyno , siempre avia de gozar las ventajas de primero , quedando èl , y los suyos defraudados de el premio de sus fatigas , y atenidos solo à las cortas conveniencias , que les quiesiesen dar como à auxiliares.

Por otra parte discurria , que exponerse Hernan-Perez à la contingencia de vna conquista dudosa , desamparando tan opulentas Provincias como las que governaba , no era accion que permitia la prudencia , si no fuera llevando noticias ciertas , que le asiansassen vna esperança segura de descubrir mayor Reyno ; cuya capacidad no podia ser tan limitada , que faltasse lugar para que èl , y su gente , sin servir de embarazo à la de Hernan-Perez , pudiesen quedar aprovechados : dictamen , que comunicado con los otros Capitanes principales de su Campo , les pareciò à todos tan seguro , que se determinaron à seguirlo ; y sin aguardar à mas , porque en la tardança no consistiesse el peligro , empezaron à marchar , llevando por guia siempre los rastros que avia dexado Hernan-

Perez; y aunque no faltaron algunos inconvenientes, que pudieran averles retardado en el camino, se dieron tal prisa en atropellarlos, que con brevedad llegaron à dar vista à la Provincia de Papamene, cuya situacion empieza à las espaldas de Timana, en la governacion de Neiba.

En vno de los Pueblos de esta Provincia se alojò por algunos dias Phelipe de Vire; y como entre sus vecinos hallasse vn Indio, que segun la madurez de sus acciones, sosiego de sus palabras, y gravedad de su persona, manifestaba ser de gente illustre; procurò informarse de el muy por extenso, sobre las conveniencias que buscaba en aquel viage que seguia; y satisfaciendo el barbaro à sus preguntas con aquella ingenuidad que es propria de vn pecho noble, le advirtiò el error que cometia en seguir el rumbo que llevaba, pues no mudando de dictamen, encontraria por alli su perdicion en manos de su temeridad, como la avian ya experimentado los otros Españoles, que avian passado primero, por ser todas aquellas comarcas Países inhabitables, agenos de humana huella, por lo aspero de sus montañas, y destemplança de su clima; pero que si tomando su consejo quisiessse bolver atràs, hallaria lo que deseaba, pues el se ofrecia à acompañarlo hasta

dexarlo introducido en vnas tieras muy ricas, pobladas de mucha gente, y abundantes de oro, y plata; para lo qual era necessario caminar desde aquel sitio, llevando siempre la cara al nacimiento de el Sol, hasta dar con la Ciudad de Macatoa, fundada sobre las riveras de el celebrado rio Guayuares; y en prueba de la verdad en que fundaba su oferta, enseñò à Phelipe de Vire vnas mançanas, ò nisperos de oro, que dixo aver traído vn hermano suyo, que avia venido de ella.

No fueron bastantes las circunstancias, que acreditaban esta relacion de verdadera, para que Phelipe de Vire variasse el tenaz proposito de seguir las pisadas de Hernan-Perez, persuadido à que en esto consistia el logro de sus aumentos, y que otra qualquiera derrota que tomasse era despreciar, sin fundamento, la dicha que le ofrecia su fortuna; y asì, sin hazer caso de las advertencias de el Indio, ni de los pareceres de muchos de sus Soldados, que se inclinaban à seguirlo, dexalo el Campo entrado ya el año de quarenta y dos, y empezò à marchar por los rastros que avia dexado Hernan-Perez, llevando consigo al Indio, que le acompañò gustoso por espacio de ocho dias; pero viendo que ni lo inaccesible de las montañas, lo caudaloso de los rios, ni lo continuado de los

remedales , y pantanos defen-
gañaban à Phelipe de Urre , pa-
ra que conociese la verdad con
que le avian informado , y que
de proseguir por el camino que
llevaba era entregarse sin re-
medio al defaistrado fin de vna
muerte lastimosa, que amenaza-
ba à todos : dexandolos descui-
dar se puso en huída vna noche,
y se bolvió para su Pueblo, com-
padecido al ver la ceguedad con
que se querian perder aquellos
hombres por su gusto.

CAPITULO XII.

PROSIGUE URRE EN

*su descubrimiento : gobiernan
la Provincia Diego de Boyca, y
Enrique Rembolt: passa Ville-
gas à Maracapana , y nombra
la Audiencia por Go-
vernador al Licen-
ciado Frias.*

LA inopinada fuga de aquel
Indio à vista de las pena-
lidades , y falta de salud , que
por lo desapacible de el terreno,
y lo nocibo de su temperamen-
to , àvian experimentado en el
termino corto de ocho dias , fue
de tan general desconfuelo , que
prorrumpiendo en queexas los
Soldados, para defahogar su sen-
timiento , ponderaban con pu-
blicitad el defacierto de aver
menospreciado los consejos, y an-
ticipadas prevenciones de aquel

Indio , sin atender à las conve-
niencias , que se pudieran lograr ;
buscando aquellas Provincias
que asseguraba su oferta ; pero
aunque estas voces, ayudadas de
el comun desabrimiento con que
se hallaban todos, llegaron à no-
ticia de Phelipe de Urre , nada
fuè bastante para que dexasse el
obstinado teson en que avia da-
do de seguir las pisadas de Her-
nan Perez , pues parece que ne-
gando su fuerça à la razon , bus-
caba de proposito su ruína , hasta
que los continuados trabajos,
enfermedades , y muertes , que
por instantes se le iban aumen-
tando , y las repetidas adverten-
cias con que le aconsejaban los
mas cuerdos , huvieron de redu-
cirlo à torcer el camino sobre la
mano izquierda àzia el Sueste,
dexando el que llevaba Hernan-
Perez siempre al Sur , por cuyo
rumbo à pocos dias de jornada
llegaron à descubrir vna punta
de Sierra alta, que por prolonga-
da distancia se entraba en los
Llanos, (à quien llamaron la pun-
ta de los Pardaos) y considerada
à la primera vista , les pareció
distinta cordillera de la que avian
seguido desde Barquisimero: cir-
cunstancia, que les movió à apre-
surar el passo para reconocerla
mas de cerca , teniendo yà por
conseguido el logro de sus inten-
tos , por ser vna de las noticias
que llevaban para el descubri-
miento de su fingido Dorado, te-
ner su situacion esta Provincia al

pie de otra Serranía , en el todo separada de la que caminando al Sur avia siempre servido de Norte en las entradas , que se avian hecho en los Llanos ; pero estas alegres esperanças que avia formado el deseo , se marchitaron en flor à la luz de el desengaño , pues conocieron despues con evidencia ser aquella punta ramo de la misma cordillera , que siempre avian traído à la vista en su jornada.

Yà era esto à tiempo que empezaba el Invierno à inundar con sus aguas las campañas , y huyendo las incomodidades de aquel terreno baxo , hallandose impossibilitados por entonces de poder bolver atràs , tomaron por partido repechar la punta de los Pardaos , para alojarse en ella hasta que entrasse el Verano ; pero como el distrito era poco habitado , y por esta razon falto de bastimentos , fue tan grande la necesidad que padecieron de ellos , que llegaron à extremo de perecer , pues el mayor sustento que tal vez podian por dicha adquirir , era vn bollo de maiz , que puesto à la boca de vn hormiguero , hasta que se cubria de hormigas , lo iban amassando con ellas repetidas vezes , hasta que llegaba à componerse de mas hormigas , que massa ; teniendo este grossero alimento por el unico remedio para mantener la vida. Y como aun esto no llegaban à conseguirlo todos , huvo

muchos , que apretados de la hambre no dexaron asquerosa sabandija de quantas produce la tierra con que no procurassen remediarla ; de que resultò hincharse algunos , caerseles à otros los cabellos , barbas , y cejas ; y finalmente , llenos todos de pestíferos tumores , y vlceras venenosas , convertirse aquel afligido Esquadron en vn teatro de miserias , y vn hospital de desdichas ; hasta que minoradas las aguas , huyendo Phelipe de Urre de tanta infelicidad como avia experimentado , por la obstinacion de su mal consejo , diò la buelta por diferente camino del que avia llevado (aunque con mayores trabajos , por la mucha gente enferma que tenia) en demanda de el Pueblo de nuestra Señora , donde llegó à principios de el año de quarenta y tres , aviendo consumido vn año entero desde que salió de el en seguimiento de Quesada ; y donde lo dexaremos por aora , mientras damos noticia de lo que por este tiempo sucedia en Coro.

Por Junio del año de quarenta y vno , que fue quando salió Phelipe de Urre de la Ciudad de Coro , dexamos en ella al señor Obispo Bastidas embuelto en los aplausos de Capitan General de la Provincia : exercicio à que lo inclinaba lo generoso de su bizarro espiritu , y ocupacion , que le durò hasta principios de el de quarenta y dos , en que aviendo-

Gil Gonz.
Tea. Eccl.
tom. 1.

lo promovido su Magestad al Obispado de Puerto-Rico (y por su ascenso presentado para esta Diócesis al Doctor Don Miguel Geronimo Ballesteros, Dean que era de la Cathedral de Cartagena) le fue preciso embarcarse para su nueva Iglesia, dexando encargado el gobierno Militar, y Politico à Diego de Boyca, Comendador del Orden de Christo, hijo de padres Portugueses, aunque nacido en Castilla, Cavallero de grandes prendas, y singular expediente para qualquier negocio; à quien la Audiencia de Santo Domingo, teniendo presente la calidad de su persona, confirmò despues en el empleo, aprobando el nombramiento hecho por el señor Bastidas; si bien antes de el año despachò nuevo titulo de Gobernador interino à Enrique Rembolt, de Nacion Alemán, que asistia en Coro por Factor de la Compañia de los Belçares, para cuya mudança varían las opiniones, sobre los motivos, que obligaron à la Audiencia. El Chronista Herrera dize, que por averse huído Boyca à la Provincia de Honduras, temeroso de algunos delitos, cometidos en el gobierno, y el Provincial Fray Pedro Simon assegura, que por averlo empleado la Audiencia en ocupaciones de mayor consequencia; y siendo ambas opiniones apoyadas de Autores de tanto credito, no aviendo hallado instrumento autentico de aquel tiem-

po, que favorezca à alguna de ellas, suspendo el juicio, quedandome neutral entre las dos, para que el Lector siga la que le pareciere mas conforme, pues como quiera que ello fuese, no ay duda que en lugar de Boyca entrò à gobernar la Provincia Enrique Rembolt por fines de el año de quarenta y dos, en ocasion, que así por las pocas conveniencias, que gozaban los vezinos, como por la mucha gente que se avia consumido en tan repetidas, como infructuosas jornadas, originado todo de la mala disposicion, y gobierno de los Alemanes, se hallaba la Ciudad de Coro tan destruida, y falta de moradores, que los pocos que le avian quedado, viendo la mala forma que tenian de mantenerla, trataban de despoblarla, retirando sus familias à las Provincias vecinas.

A esta resolucion se opuso siempre Juan de Villegas, conociendo, que de llegar à efecto resolucion tan intempestiva, era abandonar con descredito lo que hasta alli se avia mantenido con valor; pues desamparar vna Provincia tan principal, erecta yà en Obispado, y donde quitado el violento, y ambicioso gobierno de los Alemanes, se podian lograr las comodidades, que ofrecia lo fertil de su terreno, era vna accion tan fea, è irregular, que nunca podria librarse de la nota de culpable; y advirtiéndolo el re-

Herr. Dec.
7. l. 10. &
16.

Fr. Pedro
Sim. nor. 5.
cap. 4.

medio para sossegar los animos de los que intentaban semejante novedad , se determinò à passar personalmente à Cubagua, y Cumana à buscar gente que traer à Coro de la mucha que en aquellas partes andaba en aquel tiempo entretenida en el trato inhumano de cautivar Indios, para venderlos por esclavos : dictamen , que aviendolo comunicado con Rembolt, le pareció acertado ; pero para mayor facilidad de la materia , ruvo por conveniente executasse el viage en compañía de Diego de Losada, quien yà por entonces tenia su residencia en Coro , donde se avia avicinado, despues que separado de el Capitan Reynoso con la muerte de el Governador Cedeño, diò buelta à Maracapaná con la gente que le seguia, como dexamos apuntado en el Capitulo nono de este Libro , pues como persona practica , y de conocida autoridad en aquellas Provincias, por aver militado en ellas de Cabo Superior, seria bastante su respeto para conseguirlo todo ; y así, dandoles igual poder , y comission à entrambos (con veinte hombres que les sirviessen de escolta , entre los quales iba el Contador Diego Ruiz Vallejo) los despachò à executar aquella diligencia , en cuyo logro tenian puesta la esperança para su vnico remedio.

Ya era por el mes de Março de el año de quarenta y tres

quando Villegas, y Losada salieron de Coro, encaminando el viage por la Costa hasta el Puerto de la Borburata, y pasada la Serania se entraron por los Llanos, dexando que admirar à nuestros tiempos la resolucion, y valor de aquellos hombres , pues atravesaron mas de docientas leguas de camino , tan pobladas de barbaras Naciones , y diferentes peligros , que aun el dia de oy se hazen impracticables al corazon mas atrevido ; pero vencidos todos los embarazos con el teson, y el sufrimiento, huvieron de llegar à Cumana, donde Villegas, viandode de particular comission, que llevaba de Rembolt , tratò con las Justicias de Cubagua se declarassen los limites hasta donde llegaba la jurisdiccion de esta Provincia , mediante à que el Emperador en la capitulacion hecha con los Belçares les tenia concedido desde Maracapaná, hasta el Cabo de la Vela , cuyos despachos vistos, y reconocidos, se hallò estar comprehendido aquel distrito en lo perteneciente à la governacion de Venezuela , y con este motivo , en virtud de la facultad , que Villegas llevaba de Rembolt , tomò la possession de el por ante Andrés de Andino, Escrivano de Cubagua , empezando desde luego à exercer jurisdiccion Civil, y Criminal , como Justicia mayor de aquel Partido , mediante el titulo que para en tal caso le

le avia dado el Governador.

Concluida tan à favor esta materia, trataron luego de poner por obra lo principal que llevaban à su cuidado, y avia sido la causa de su viage, en que hubo poco que hazer; porque como la gente desperdigada que asistia en aquellas Costas era mucha, y la veneracion, que se avian adquirido los que lo solicitaban era tanta, fue facil en breve tiempo juntar noventa y seis hombres, vnos movidos de el respeto, à que no pudieron escusarse, y otros llevados de la esperança que los animaba de mejorar de fortuna, con los quales, y ciento y diez y siete cavallos se bolvieron para Coro. Pero como la independenciam en el mandar sea vn punto tan apete-cido, y delicado, que à la mas leve accion que la perturbe no ay talento que no falsee, ni prudencia que no peligre; siendo igual la autoridad, y dominio en Villegas, y Lofada, no pudieron avenirse en el gobierno de aquella corta Esquadra de Soldados sin que se originasse alguna emulacion entre los dos, que empezando por sentimientos secretos, passò à disgustos conocidos hasta llegar à disturbios declarados; con tal resson de ambas partes, que la enemistad concebida en este caso les durò despues toda la vida; de que se causaron inquietudes bien perjudiciales en la Proyincia, assi

por averse estendido la discordia entre parciales, y amigos, como por aver procurado cada vno de los dos abatir por todos medios la parte de su contrario.

Iguals efectos, nacidos de semejante causa, se experimentaban al mismo tiempo en Coro; porque aviendo muerto el Governador Enrique Rembolt, y dexado el Gobierno à cargo de los Alcaldes Ordinarios, Bernardino Marcio, y Juan de Bonilla, cada vno pagado de su dictamen, con resoluciones en-contradas empezaron à disponer las cosas à su modo, con tal confusion, que lo que el vno mandaba, el otro contradecia; y no sabiendo los vecinos à qual debian obedecer, se reduxo la Ciudad à tan monstruoso desorden, que solo se veian en ella injusticias, sobornos, y violencias, à que sin miedo, ni temor avian soltado la rienda los Alcaldes.

En este desconcierto se hallaba aquella afligida Republica, quando por el mes de Septiembre del año de quarenta y quatro llegaron à ella Villegas, y Lofada con el socorro que traian de Cubagua, y Cumana; y, ò fuese por el recelo que les causò à los Alcaldes la autoridad, y respeto de estos Cavalleros, ò por el temor que avian concebido con la noticia que ya tenian, de que la Audiencia de Santo Domingo, enterada de sus excessos, avia

nombrado por Governador de la Provincia, para que aplicasse el castigo que merecian sus delitos, al Licenciado Frias, su Fiscal; no teniendose por seguros, con la desconfianza de su mal obrar, se huyeron vna noche con tal secreto, y prevencion, que jamàs se supo de ellos, ni la parte donde fueron à parar, quedando la Ciudad, por este medio, libre de aquellos males presentes, para entrar padeciendo los que verèmos despues.

CAPITULO XIII.

LLEGA JUAN DE CARAVAJAL à Coro, falsea las Provisiones de la Audiencia, è introducefe à Governador: sale Phelipe de Vrre de el Pueblo de nuestra Señora, y llega à dár vista à Macatoa.

ANtes que el Fiscal Frias se pudiesse disponer para salir de Santo Domingo llegó à aquella Ciudad la noticia de la fuga que avian hecho los Alcaldes de Coro; y pareciendole con esta novedad, que ya para el remedio no era tan necessaria su presencia, teniendo à su cuidado algunas comisiones, que le avia conferido la Audiencia para la Isla de Cubagua; tuvo por mas conveniente passar primero à fenecerlas, para despues, libre

de aquel embarazo, entrar de asiento al goze de su Gobierno; y poniendo por obra esta resolution, se embarcò para Cubagua, embiando à Coro à Juan de Caravajal, (y no Francisco, como lo han llamado algunos.) Relator de la misma Audiencia, à quien traia por su Theniente General, para que tomando la possession en su nombre, governasse la Provincia mientras duraba su ausencia.

Con esta orden, y alguna prevencion de gente, armas, y cavallos, se hizo Caravajal à la vela al mismo tiempo que Frias, pero sobreviniendole en la travesia algunos vientos contrarios, sin poder coger à Coro, hubo de desembarcar à principios de el año de quarenta y cinco en el Puerto de Paraguana, algunas leguas mas à sotavento, adonde con la noticia de su llegada passò luego Juan de Villegas à recibirlo, assi por cumplir con la atencion, y urbanidad que merecia la representacion de su puesto, como porque hallandose ya empeñado à cara descubierta en la enemistad con Diego de Losada, quiso ser el primero en el obsequio para gran gear la gracia de Caravajal, y à su sombra (teniendolo de su parte) lograr quantos tiros pudiesse disponer el desafecto para destruir à Losada, como lo consiguió su sagacidad mañosa, porque ha-

hallando disposicion en el animo traydor de Caravajal, tuvo lugar de impresionarle quanto le dictò su emulacion para descomponer à su contrario, de fuerte, que llegado à Coro, como iba revestido de los apasionados informes de Villegas, pudo cuidado en observar los mas minimos movimientos de Lofada; y conociendo que por lo respectivo de su persona, lo ahabie de su condicion, y lo cortesano de su trato era bien quisto en la Ciudad, gozando particular dominio en la voluntad de todos, recelò, como cauteloso, que hombre de semejantes prendas no convenia tenerlo presente à sus designios, por el embarazo que podria poner su autoridad à las tyrànias, que pensaba executar su alevosia; pero no atreviendose à romper sin causa con Lofada, para tener pretexto que (à lo menos en lo aparente) calificasse por justa qualquiera resolucion, que emprendiesse su temeridad, le dispuso con malicia algunos lances en que pudiesse tropezar precipitado; pero Lofada, conociendo el fin à que tiraba su intento depravado, governandose por aquella prudencia superior con que le dotò el Cielo, tomò por ocasion algunas aparentes conveniencias, que en otra parte le ofrecian los accidentes de el tiempo; y con este motivo, antes que llegasse el caso de expe-

rimentar algun ajamiento en su persona, desamparò la Provincia, quitandose de el riesgo, para ver desde lexos los efectos de aquella tempestad, que amenazaba en Coro.

Libre Caravajal de sus recelos con la ausencia de Lofada, empezò à poner en planta las maximas que tenia premeditadas en su idèa, dando principio à ellas con vna maldad, que solo la pudiera aver forjado su atrevimiento, pues tratando de levantar gente para entrar à poblar en el Valle de el Tocuyo, para que los Soldados le siguiesen con mas obediencia, ò mejor gana, falsè las Provisiones de la Audiencia, y quitando en ellas el nombramiento que tenia de Theniente General, lo hizo de Governador, aunque con tan poca destreza, que conociendo muchos el engaño, se opusieron à su recibimiento, alegando la falsedad de los despachos; pero siendo mas el numero de los que tenian su parte, y calificaban el titulo de verdadero, fue en virtud de el recibido por Governador de la Provincia; y como tal nombrò luego por su Theniente General à Juan de Villegas, à quien se le siguieron despues por esta causa bastantes pesadumbres, y cuidados, como adelante verèmos.

Puesto Caravajal en posesion de su Gobierno, tratò con mas empeño de juntar gente pa-

ra efectuar su entrada, valiéndose de violencias, y rigores para obligar à los mas que le siguiessen; de que exasperados muchos de los vecinos, y en particular los que se hallaban en conocimiento de ser instruso su Gobierno, queriendo antes vivir entre las fieras, que estàr sujetos al advitrio de vn tyrano, se huyeron de la Ciudad, y acogieron en los montes; pero buscados con diligencia de su enojo, en los que pudo aver à las manos executò crueles castigos su vengança: causa para que los demas, ò temerosos, ò advertidos se ofreciessen à seguirle voluntarios, juntando de esta suerte hasta docientos hombres proveídos en abundancia de todo lo necessario, porque cuidadosamente no dexò en la Ciudad cavallo, ni arma que no llevasse consigo, para que el Fiscal Frias, quando viniessse de Cubagua, se hallasse tan impossibilitado, que no pudiesse entrar en su alcance, para aplicar remedio à sus excessos.

Con esta disposicion partiò Caravajal de Coro, y atravesada la Serrania de Carora, saliò con su Campo al Valle de el Tocuyo, donde tomò su alojamiento muy de espacio, y lo hallarèmos despues, por sernos ya preciso para la encatenacion de los successos buscar à Phelipe de Vre, à quien dexamos en el Pueblo de nuestra Señora tan

deseoso de bolver à buscar las tierras de que le diò razon el Indio de Papamene, que sin temor de los imponderables trabajos, y desdichas que avia padecido en su descubrimiento, no obstante hallarse con muy poca gente, por la mucha que le avian consumido la hambre, y las enfermedades en viage tan dilatado, se determinò à no dar passo atràs hasta perder la vida en la demanda; pero para poder seguirla con algun fundamento, que le diessse esperança de lograrla, todo el tiempo que le fue preciso detenerse en aquel sitio, mientras sus Soldados conseguian algun descanso de las passadas fatigadas, y alguna convalecencia de los achaques presentes, no cessò en hacer exactas diligencias por ver si avia entre los Pueblos confinantes algunos Indios que conformassen con la noticia que le diò el de Papamene: materia en que anduvo afortunado, pues hallò muchos que conviniendo en las circunstancias de la mismas relacion, solo variaron en el nombre de la Nacion que habitaba aquellas ricas Provincias, pues estos llamaban Ditaguas à los que el otro avia intitulado Omeguas; pero no haciendo reparo Phelipe de Vre en la leve diferencia de los nombres, luego que se lo permitiò la entrada de el Verano, dexando en el Pueblo de nuestra Señora

hora algunos Soldados de los sanos, que escoltassen los enfermos, con solo quarenta hombres que le pudieron seguir, y las guias que le parecieron necesarias, salió otra vez en demanda de la punta de los Pardaos, puesta siempre la mira en buscar la Ciudad de Macatoa (que era el fin à que anhelaban sus ansias) por ser la seña mas fixa que llevaba para dàr con los Omeguas, cuyo deseo le hizo no perdonar diligencia, que pudiesse conducir à su buen logro, pues aunque por lo desapacible de el País fueron muy singulares las Poblaciones que encontró, procurò siempre informarse de los Indios, que pudo aver à las manos, de todas aquellas particularidades, que le parecieron precisas para la mayor certeza en su derrota.

Respondiendole à todo conforme imaginaba su deseo, animandolo à la empresa de conquistar los Omeguas, por discurrir (aunque barbaros) avia llegado la ocasion de vengar, por mano agena, los agravios que tenian recibidos de los nuestros todas las Naciones de los Llanos, pues siendo tan corto el numero de Soldados que componian aquel pequeño Esquadron, y tan acreditada entre todos la valentia, y altivez de los Omeguas, lo mismo seria llegar à saludar sus Pro-

vincias, que sacrificar las vidas al filo de sus macanas.

Este discurso le fue de gran conveniencia a Phelipe de Vire, porque los Indios, por ver quanto antes lograda su maliciosa intencion, lo conduxeron por caminos tan abiertos, y veredas tan trilladas, que sin dificultad que sirviessse de tropiezo llegò à las margenes de el caudaloso Guayaure, cuyas profundas corrientes no dan lugar à esguazarlo, sino en Canoas, ò à nado; pero siempre con el riesgo de batallar con sus aguas. Y aviendose rancheado en sus orillas con el desconuelo de no saber àzia què parte quedaba la Ciudad de Macatoa, tuvo la fortuna de hallarse en breve libre de el desabrimiento que le daba este cuidado, por aver aprisionado vn Indio, que poco mas abaxo estaba mariscando solo en las playas de aquel rio; quien despues de fosegado el susto que le diò la novedad de ver gentes tan estrañas, libre de aquel primer miedo que concibiò su temor, satisfaciendo con semblante alegre à diferentes preguntas que le hizieron, expresó, que à poca distancia de el rio arriba encontrarian la Ciudad; pero que necesitaban de Canoas para conseguir su transito.

Entonces Phelipe de Vire, aprovechandose de la do-

tilidad que manifestaba en sus palabras aquel Indio, le dió algunas cuentas de vidrio, cascabeles, y otras menudencias de Castilla, y le pidió fuesse à Macatoa, y de su parte le dixesse al Señor de ella, que con aquellos Soldados se hallaba alli para passar à otras Provincias que estaban mas adelante, en cuya busca venia; y que descando su alianza, solicitaba lo tuviesse por amigo, para favorecerlo como à su confederado, sin que sus tierras, ni vassallos pade-

ciessen hostilidad alguna de su gente, como conoceria despues con evidencia, experimentando en su comunicación la lisura de su trato. Dió muestras el Indio de aceptar con gusto la embaxada, y metiéndose en vna mala Barquerilla, en que apenas cabia el solo, fiado en el brazear de el canalete tomó la lengua de el agua, y arriba à dar cumplimiento, con empeño, al encargo que le avian hecho con agrado.





LIBRO TERCERO

DE LA CONQUISTA , Y POBLACION

DE LA PROVINCIA

DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

*ENTRA PHELIPE DE VRRE EN MACATOA,
y con el favor de su Cacique descubre los Omeguas: que-
da herido en el primer encuentro , y con un modo
estrño lo cura Diego de
Montes.*



Ra el Indio prisionero vecino de vna Aldea cercana à Macatoa, y pagado de la afabilidad, y regalos con que lo tratò Phelipe de Vrre, quiso corresponderle agradecido, executando con promptitud lo que le avia encargado; y supo hazer tan bien la diligencia, ponderando tanto el agasajo, y agrado de los nuestros, que se determinò el Cacique à aceptar la amistad que le ofrecian, embiando el dia siguiente à vn hijo suyo con cinco Canoas grandes, y noventa Gandules, pa-

ra que visitando en su nombre à Phelipe de Vrre, lo conduxese à la Ciudad para hospedarlo en ella. Era poco despues de aver amanecido quando se descubrieron desde el alojamiento las Canoas, que favorecidas de la corriente, y ayudadas de la voga, navegaban por el rio abaxo; y aunque los nuestros (por hallarse prevenidos para qualquier accidente) luego que les dieron vista se pusieron en armas los Indios, sin concebir recelo de aquella demonstracion, ni estrñar la novedad de hallar con apariencias de guerra à quien buscaban de paz, saltaron en tierra, preguntando por el Cabo de

de aquella gente estrangera; y enterados de que era Phelipe de Vire en quien residia el dominio, echandole los brazos el hijo de el Cacique, con entereza en el animo, y gravedad en el semblante, es comun tradicion que le hablò de esta manera.

Con vno de los moradores de estas riveras embiasteis ayer à saludar à mi padre, que es el Señor de Macatoa, haciendole saber vuestra venida à estos Países, y ofreciendole vuestra amistad, y pacifico tratamiento à sus vassallos; no siendo otros vuestros intentos (segun le dais à entender) que informaros de las Naciones que habitan à la parte de cierta Serrania, que demora à razonable distancia de este rio, en cuya busca venis desde la remota habitacion de vuestro clima, con promessa de serle agradecido con buena correspondencia, en caso que os encamine à las tierras que buscáis; y hallandose mi padre obligado de vuestra atencion, reconociendo por vuestras palabras ser muy diferentes vuestras obras de lo que algunos señores confidentes le avian dado à entender, pues afirmaban que erades hombres crueles, y feroces, enemigos de la paz, y movedores de la guerra; me embia de su parte à saludaros, y deciros gusta de aceptar vuestra amistad, y hacer, no solamente el informe que

pedis, sino tambien ayudaros con todo lo necessario, dandoos seguras guias que os encaminen al Reyno de los Omeguas: tambien os ruega mi padre, os sirvais de passar à la Ciudad, donde pueda mas bien comunicaros, y regraciar la amistad, que con amor le ofreceis, à cuyo fin os remite estas Canoas, y estos vassallos à que os transporten en ellas à la otra vanda de este rio, sobre cuyas barrancas cerca de aqui tenemos nuestra vivienda.

Agradecido, y prudente respondiò Phelipe de Vire à esta embaxada, sirviendo Pedro de Limpas de razonable Interprete para poderse explicar; pero cautelando no traxesse disfrazada alguna oculta traycion, resolviò, con parecer de sus Cabos, no aceptar la oferta por entòces, ni atravesar el rio en tan pocas Canoas, por no exponerse al riesgo de passarlo divididos; y asì, valiendose de escusas cortesanas, por disfrazar su recelo, despidiò al hijo de el Cacique, pidiendole bolviessse à donde estaba su padre, y le expressasse el afecto con que estimaba las veras de su atencion; pero que para lograr el deseo que tenia de gozar sin dilacion el fruto de su amistad, se sirviessse de remitirle otro dia las embarcaciones suficientes, para que passando todos juntos, pudiesen conseguir con brevedad, en el gusto de comunicarle, la

con-

conveniencia que esperaban de el favor de su hospedage. Pero entendida esta respuesta por el animo generoso del mancebo, no quiso convenir en lo que se le proponia; y quedandose en el alojamiento con los nuestros, despachò vna Barquera à Macatoa, que brevemente diò la buelta con otras ocho Canoas, para que remediada la falta, no quedasse excusa en el passage, ni la pudiera tener Phelipe de Urte, à vista de accion tan noble, y operacion tan bizarra; y así, libre de rezelos, porque los Indios no atribuyessen à temor lo que avia sido cautela, hubo de embarcar su gente aquella tarde, llevando à nado los cavallos, que guiaban desde las Canoas con aladeras; pero atravesado el rio, pareciendole avria tiempo para poder entrar con dia en la Ciudad, se quedó aquartelado en sus barrancas, despidiendo hasta por la mañana al hijo de el Cazique, que bien apesarado de que se huviesse detenido en aquel sitio, diò la buelta à Macatoa, para dar quenta à su padre de la cercania en que quedaban yà los forasteros, à quienes el dia siguiente bien temprano embiò en hombros de cinquenta Indios porcion considerable de pescados, maiz, cazabe, y carne de venado, para que tomasen vn refresco antes que se pudiesen en camino: socorro, que les infundiò nuevos alientos para marchar con mejor brio à la Ciudad,

Esta se componia de hasta ochocientos vezinos, de casas bien formadas, en sitio muy alegre; sus calles anchas, tiradas, y parejas; sus edificios, aunque en la fabrica grosseros, en la disposicion gallardos, pues hechos en igual proporcion vnos con otros, quedaban à la vista muy ayrados, sirviendole de adorno, y hermosura el asseo, y limpieza de sus calles, pues no se encontraba en todas ellas yerba, piedra, ni embarazo, que pudiesse servir à los ojos de tropiezo. Quando entrò en la Ciudad Phelipe de Urte la hallò desocupada de todos sus vezinos, pues porque tuviesse mejor conveniencia en su hospedage, se avian retirado como vn tiro de arcabuz sobre las mismas orillas de el rio, dexandole las casas proveidas de quantos generos de bastimentos tiene para su sustento el uso, y costumbre de los Indios; portandose estos con tal vrbánidad, y con disposicion tan ordenada en sus acciones, que admirados los nuestros de ver aquellas'politicas, tan agenas en la rudeza de vna Nacion barbara, preguntaron al Cazique la causa que tenian para executarlas, y con especialidad el motivo de aver desembarazado la Ciudad, quando bastaban quatro casas para alojarse todos; à que satisfizo diciendo: que hallandose sus vassallos en el reconocimiento de la superioridad, y ventajas con que la naturaleza avia

adornado à los Españoles , les avia parecido desacato el quedarse en la Ciudad para que habitasen juntos , quando por todas razones solo merecian el servirlos.

Era este Cazique hombre (al parecer) de quarenta años , en la estatura mediano , en el trato agradable , en la condicion noble , y en el discurso claro ; de miembros bien proporcionados , el rostro delgado , y la nariz aguilena ; los Indios que le rendian vassallage se llamaban Guayupes en su Idioma , generalmente de cuerpos bien dispuestos , medidos en sus acciones , en el hablar reposados , y en el natural muy dociles : prendas , que dieron disposicion à Phelipe de Vrrre para poder informarse de quanto deseaba saber para su intento. Y viendo que las noticias que le daban correspondian en todo à las que tenian anteriores , pues le asseguraban con certeza , que à la falda de cierta Serrania , que se divisaba de aquel Pueblo en tiempo claro , habitaban en opulentas Poblaciones los Omeguas , Nacion muy poderosa , por la abundancia de oro que producia la tierra en diferentes minerales del contorno ; tratò de salir de Macatoa , por dar quanto antes glorioso fin à aquel descubrimiento ; y aunque el Cazique por su parte procurò disuadirlo de el empeño , teniendo su resolucion por temeraria , pues siendo tan

pocos los Soldados que llevaba (por valerosos que fuesen) avian de quedar por despojo de la multitud de sus contrarios ; hallandolo tenaz en su dictamen , y resuelto à ponerse à todo riesgo en brazos de la fortuna , le diò para que lo conduxessen los Indios que le pidiò , y el avio necesidad para el tiempo de nueve dias , que podria tardar hasta otra Ciudad amiga , cuyo Cazique era su confederado , à quien lo recomendò con tanto empeño , que aficionado à los nuestros por las relaciones de el amigo , los recibió con amor , y hospedò con gran regalo ; aunque la novedad de aquella gente peregrina , lo singular de las armas , y lo extraño de los cavallos , lo tenian tan admirado , que no avia objeto à la vista que no le fuesse vn assombro.

La aficion que este Cazique cobrò à Phelipe de Vrrre , y sus Soldados , aumentada con la comunicacion , y trato de aquellos pocos dias que estuvieron en su Pueblo , le hazian temer las desdichas , que avian de sobrevenirles , si llevando adelante la inconsideracion de su arrojò querian passar al Reyno de los Omeguas , por saber la abundancia de gente belicosa que mantenia en sus Provincias , exercitada siempre en las Campañas , assi por las continuas guerras que tenian con sus vezinos , como por las discordias civiles en que los traia embueltos de

de ordinario su demasiada opulencia ; consideracion , que le movia à procurar divertirlos de el intento , representandoles ser mas temeridad , que valentia, querer provocar (siendo tan pocos) à vna Nacion en quien sobrefalia tanto el valor , como la muchedumbre ; y que teniendo en sus tierras animales quasi tan grandes como los cavallos (que debian de ser carneros de los que ay en el Perú) les seria facil el montar tambien en ellos para hacer oposicion à los pocos que llevaban, y quitarles el recurso de batallar con ventaja ; pero como al passo que el Cazique ponderaba estas dificultades , expresaba tambien la suma riqueza que tenian en plata , y oro , ningun peligro se les ponía por delante, à vista de los tesoros de que se juzgaban y à dueños : gran fuerza la que tiene la codicia en el corazon humano ! pues à la mas minima esperança de interès no ay trabajo que lo asuste , ni riesgo que lo acobarde ; ni ay desdicha que no sufra, ni pena que no tolere.

Viendo, pues, el Cazique, que no obstante las evidentes razones de su representacion estaban determinados à proseguir el empeño , y no dar passo atrás sin aver visto la cara à los Omeguas ; llevado de la aficion , que avia cobrado à los nuestros , no quiso desampararlos , ni fiar el acierto de su viage à otra conducta , que

la suya ; y así , asistido de algunos Indios que le acompañaban, los fue guiando por caminos bien abiertos , aunque despoblados, por espacio de cinco dias que tardaron hasta llegar à vna Aldea de poco mas de cinquenta casas , que dixo el Cazique servian para recogerse los que guardaban las sementeras de los Omeguas ; y debia de ser así , porque algunos Indios , que andaban esparcidos por el campo, apenas reconocieron la gente forastera se fueron retirando , con passo apresurado, àzia la Aldea.

Hallabanse los nuestros à este tiempo en vn sitio elevado, y tendiendo la vista à todas partes , à poca distancia descubrieron vna Poblacion de tan estraña grandeza , que aunque estaban bien cerca , no pudieron discurrir hasta donde llegaba la poblada extension de aquella maquina : tenia las calles derechas , los edificios muy juntos , y sobrefalia entre todos vno de sobervia fabrica , que segun la relacion que les dió el Cazique amigo, era el Palacio del Señor de la Ciudad , que se llamaba Quarica ; y le servia juntamente de habitacion à su persona , y de Templo à muchos Dioses , que tenia de oro mazizos.

Puestos yà los nuestros à vista de los Omeguas se les despidió el Cazique , por parecerle no era ya necesaria su asistencia ; pero por vltima demonstracion

de su amistad , aconsejó à Phelipe de Vrre procurasse aprisionar aquellos Indios que se avian refugiado al abrigo de la Aldea, antes que tocando al arma diessen aviso à la Ciudad. Estaban à cavallo à la sazón Phelipe de Vrre, y otros que le acompañaban , y teniendo por accertado el dictamen , aplicaron el azicate à los hijares , y cortieron para la Aldea ; pero los Indios, con mas velocidad en la fuga frustraron su diligencia , pues se pusieron en salvo antes que pudiesen aprisionar à ninguno ; solo Vrre , por ir en vn cavallo muy ligero , llegó à alcançar à vn Gandul, que procuraba escaparse con vna lança en la mano ; pero viendose atropellar de la violencia de el cavallo , quiso librarse de el riesgo con hazer rostro al peligro ; y bolviendo la cara para Vrre , le despidió la lança con tal fuerça, que passandole el sayo de armas, lo atravesò con ella por entre las costillas , que caen debaxo de el brazo derecho , y prosiguiendo en su fuga se metió en la Poblacion, dando lugar à Vrre para que bueltas las riendas al cavallo , con el dolor de la herida, se incorporasse con los demás compañeros , que turbados à la novedad de tan desgraciado accidente , no accertaban à resolver lo que avian de executar.

No se hallaba menos confuso el Cazique amigo , que desceando experimentar el valor de

los Españoles , avia estado à la mira de el suceso ; y pareciendole aquel desastre castigobien merecido à la arrogancia con que avian menospreciado sus consejos , recelaba temeroso, que irritada con el aviso toda la Nacion de los Omeguas avia de cargar sobre ellos antes que tuviesse tiempo para poder retirarse : discurso , que acreditò la experiencia , pues en breve se empezaron à oír confusos alaridos , que mezclados con el estruendo de los tambores , y el resonar de los forutos , llenaban de horror el ayre , pues parecia que se conjuraba el mundo entero contra aquella corta Esquadra de Españoles ; pero sobrevino la noche à tan buen tiempo , que deruvo el passo à los Omeguas , y diò lugar , para que poniendo en vna hamaca à Phelipe de Vrre , caminassen con él à passo tan largo , que à la noche de el día siguiente llegaron al Pueblo del Cazique amigo, donde trataron de buscar forma para curarle la herida.

De esta diligencia se hizo cargo vn Soldado , natural de Madrid , llamado Diego de Montes , que despues entrò con el General Diego de Losada à la Conquista , y Poblacion de esta Ciudad de Caracas, y en edad decrepita murió vezino de la del Tucuio : hombre tan singular, y de tan raras habilidades, que así por ellas , como por su respectiva ancianidad , adornada de grandes

experiencias, y superior talento, llegó à conseguir el renombre de Venerable: apelativo con que fue conocido, y tratado en toda esta Provincia, grandandose tal estimacion en ella, que sus palabras se llegaron à apreciar como si fueran Oráculos.

Determinado, pues, este Soldado (aunque no entendia de Cirugia) à curar à Phelipe de Vrrre, como la herida era entre las costillas, y no avia tientes para reconocer si estaba superior à las telas deel corazon, ò las avia lastimado; discurrió vn modo tan singular como temerario para salir de esta duda; y fue, que con beneplacito del Cacique cogió vn Indio, el mas anciano del Pueblo, (que debia de ser esclavo) y montandolo à cavallo con el mismo sayo de armas que tenia Vrrre, hizo que otro Indio por la misma rotura lo hiriese con vna lança, semejante à las que vsaban los Omeguas: prueba, que le costò la vida al miserable, pues abriendolo despues para hazer la anotomia, de que necesitaba para assegurar su cura, hallò, que sin lastimar las relas avia sido la herida superior; y libre, con esta experiencia, de la duda, rompiendole mas con vn cuchillo, para que quedasse manifiesta la herida, le hizo ciertos lavatorios con agua de arrayan, y otros compuestos, que fueron bastantes, para que mecién-

dolo de vna parte para otra expeliessse la sangre que se le avia quaxado dentro, dexandolo en disposicion, que quedò sano del todo en pocos dias, con notable admiracion del Cacique, y demás Indios, que abortos ponderaban el sufrimiento, y valor con que el paciente tolerò los martyrios de la cura.

CAPITULO II.

SIGUEN LOS OMEGUAS con poderoso Exercito à Phelipe de Vrrre, y Pedro de Limpias los vence en batalla: retiranse los nuestros al Pueblo de nuestra Señora, y toman de alli la buelta de el Toco.

NO se les ocultò à los Omeguas la retirada de los nuestros, aun en medio de la obscuridad con que se cerrò la noche; pero por dar tiempo à la mejor disposicion de su Exercito dilataron su salida hasta el romper de el Alva, que al ronco son de sus caracoles, y fortutos, en bien formados Esquadrões, que se componian de quince mil combatientes, empezaron à marchar en su alcance con tanta celeridad, que no fueron sentidos hasta llegar dos leguas antes de el Pueblo de el Cacique amigo; quien

teniendo la noticia por algunos
vassallos suyos, que asistían en
sus labranças, dió aviso à Phe-
lipe de Virre del riesgo que ame-
nazaba à todos con la cercanía
de tan pujante enemigo; pero co-
mo él con el dolor de la herida
no estaba para montar à cavallo,
ni poder cuidar de nada, encar-
gó la disposicion de todo à su
Maestre de Campo Pedro de
Limpías, hombre bien afortu-
nado, y practico en las guerras
de las Indias, el qual ordenan-
do su gente con el concierto, y
brevedad que le dictó su expe-
riencia, y el aprieto requeria;
salio al encuentro à los Ome-
guas, que en bien dispuestas
Esquadras, coronados de pena-
chos, entre diversidad de vande-
ras, se venian acercando por vn
dilatado campo, muy acomoda-
do para poderse aprovechar de
los Cavallos, que aunque pocos,
dieron principio à la batalla, lo-
grando, con daño de los contra-
rios, las ventajas que ofrecia la
conveniencia de el sitio, pues
descompuestas con su ferocidad
las primeras filas de el Exercito
enemigo, tuvieron lugar los In-
fantes, gobernados de Bartholo-
mè Belçar, para hazer mas san-
grienta la refriega; porque sien-
do este emulo de Limpías en el
valor, obró aquel día en su com-
petencia maravillas, y à su imi-
tacion los demás Soldados, que
conociendo era necessario echar
el resto al esfuerzo para salir de

el aprieto en que los tenia pres-
ta la multitud de tanto batba-
ro, convirtieron en rayos las es-
padas; de suerte, que aunque
los Indios, como valientes guer-
reros, procuraron mantenerse
en el combate, no pudiendo re-
sistir el impetu con que aquellos
treinta y nueve Españoles atro-
pellaban sus mas lucidas Esqua-
dras, se empezaron à retirar à
los principios con orden; pero
despues conociendo que à los
nuestros en lugar de quebran-
tarles el animo la continuada fa-
tiga de el guerrear les daba nue-
vos alientos para mostrarse in-
vencibles, con atropellada fu-
ga desampararon la campaña,
dexandola sembrada de cuer-
pos, y de penachos, sin que
de nuestra parte se padeciesse
otro daño, que aver quedado
herido del golpe de vna lança el
Capitan Martin de Aritaga.

Esta fue la celebrada batalla
de los Omeguas, en que la Na-
cion Española manifestó los qui-
lates de su valor, y la fuerza de
su fortuna, pues siempre será
memorable en las edades futu-
ras ver derrotado vn Exercito
de quinze mil combatientes de
vna Nacion belicosa por el cor-
to numero de treinta y nueve
Españoles, y ellos consumidos,
y postrados al continuado reson
de tan repetidos trabajos co-
mo avian padecido en su di-
latado viage: accion en reali-
dad de tan superior esfera,
que

que por mucho que la pluma quisiera remontarse en su alabanza, siempre quedara corto el mayor hyperbole para su ponderacion; y que à no asegurarla por verdadera la antigua tradicion de este suceso, y los autenticos instrumentos de aquel tiempo, pudiera quedarse erupulosa la mas facil credulidad para el asenso; pero los descuidos de aquel siglo, en que à vista de la espada no tenia lugar la pluma, ocultaron de fuerte la memoria de estos insignes Varones, privandolos de la gloria, que debia darles la fama; que por mucho que ha trabajado mi sollicitud para dar à luz sus nombres, sacandolos de el olvido en que han estado hasta aora, solo ha podido descubrir eatorce de ellos, que son los ya nombrados, Pedro de Limpias, Bartholomè Belçar, Diego de Montes, y Martin Artiaga, Diego de Paradas, Alonso Pacheco, Juan de Guevara, Sancho Brizño, el Contador Antonio Naveros, el Tesorero Gonçalo de los Rios, Luis de Leon, Juan de Badillo, Damian de el Barrio, y el Chantre Don Juan Frutos de Tudela, à quien la falta que entonces avia en Coro de Operarios debió de dar motivo para dedicarse à servir de Capellan; sino es ya que la relaxacion de aquella edad le concediesse permiso para alistarse por Soldado, pues siendo cierto

que se halló en esta jornada, solo una de estas dos causas pudo conducirlo à esta, saltando à la precisa residència de su Coro, y à la inescusable asistencia de su Iglesia.

Convalecido Phelipe de Vire de su herida, pocos dias despues de conseguida esta victoria determinò, con parecer de sus Capitanes, dar la buelta à Macatoa, y de alli al Pueblo de N. Señora, en busca de los Soldados que avia dexado enfermos, para con el dictamen de todos resolver lo que debia executar sobre la conquista de tan poderoso Reyno como el que avia descubierta; no pareciendole acertado empenarse en negocio de tanta consequencia con tan poca gente como la que tenia entonces; y aunque de esta resolucion manifestò gran sentimiento el Cacique amigo, por lo bien hallado que estaba con la compania de sus huéspedes, de cuyo trato, y familiaridad esperaba quedar aprovechado, aprendiendo aquellas politicas, y modo de vivir, que avia observado en ellos; sin embargo, animado con la promessa de que avian de bolver breve, huvo de convenir en la determinacion del viaje, dandoles el bastimento, y avio necesario, conguias que los conduxessen hasta dexarlos en Macatoa; pero huyendose estas al mejor tiempo, dexarò à los nuestros precisados à caminar à rino, solo

solo con la esperança de que marchando siempre àzia el Poniente no podian errar el rio Guaybare, cuyas corrientes mas arriba, ò mas abaxo los avian de llevar à Macatoa, como les sucediò, pues encontrando con sus aguas por la parte superior à la Ciudad, reconocido el parage, segun la demarcacion que pudieron formar de el sitio en que se hallaban; despachò Phelipe de Vrrre à Pedro de Limpias con algunos Soldados para que fuesse à Macatoa, y le buscase Canoas: diligencia, que executada por Limpias con presteza, facilitò el transporte, pues bolviò el dia siguiente con Embarcaciones baltantes para todos, en que aviendose conducido à la otra vanda, sin accidente que les retardasse el viage, prosiguieron hasta llegar al Pueblo de nuestra Señora, despues de tres meses que avian salido de el para este descubrimiento.

Singular fue el regocijo que recibieron los enfermos con la relacion bien ponderada que daban los compañeros de las grandezas, y tesoros de el Reyno de los Omeguas, quedando ynos, y otros persuadidos à que su felicidad les avia dado la dicha de descubrir el Dorado, en cuya busca avian salido de Coro, atribuyendo à favor de la fortuna aver ellos conseguido lo que sin logro avian pretendido tantos: Pero si les preguntàramos la razon que tenian para decir,

que aquella Provincia era el Dorado? no ay duda que no supieran explicar la causa de su discurso, pues siendo este vn nombre imaginario, fundado en pura chimera, qualquiera Conquistador que en otra parte de la America descubriessse otra Provincia poderosa pudiera afirmar tambien, que era el Dorado, sin aver mas razon de congruencia para yno, que para otro; pero sin embargo, no podemos negar, que justamente se hallaban desvanecidos los Soldados de Phelipe de Vrrre con el descubrimiento que avian hecho, pues tuvieron esfuerço aquellos hom- para tolerar quatro años de imponderables desdichas, hambres, y necesidades, atravesando tan diferentes, y dilatadas Provincias como ay desde Coro al rio de las Amazonas, pues à poca distancia de sus margenes (segun la mas comun opinion) tienen su assiento los Omeguas; y no ay duda, que este Reyno descubierto por Vrrre fue el mismo de quien tuvo noticia Francisco de Orellana, quando el año de quatroenta y vno despachado por Gonçalo Pizarro (que se hallaba en el descubrimiento de la Canela) navegando por este rio supo en la Provincia de Machifav- vo, que à pocas leguas la tierra dentro tenia su residencia vn gran Señor, poderoso en vassallos, y riquezas, llamado Omegua; pero Orellana desprecio su

descubrimiento, llevado de aquellas maximas con que aviendo faltado al parentesco, y amistad, que le debia à Pizarro, procuraba quanto antes salir al mar de el Norte para passar à España; y Phelipe de Vrrre lo malogrò, perdiendo la vida en la crueldad de vn tyrano (como verèmos breve) por las discordias, y parcialidades que introduxo la desvnion en sus Soldados, siendo el origen de ellas las que corrian entre Pedro de Limpías, y Bartholomè Belçar, sobre las disposiciones Militares, pues siendo emulos declarados, y el vno Theniente-General, y el otro Maestre de Campo, no se ofrecia ocasion, por leve que fuesse, entre los dos, que no paràsse en disgusto; de que sentido Pedro de Limpías, por el empeño con que Vrrre, como payfano, y pariente favorecia en todo à su contrario, faltando à las obligaciones de su sangre, deseaba oportunidad para vengarse de ellos, fraguando (aunque fuesse à costa de su credito) la perdicion de entrambos; y para poder lograrla sin recelo, se le vino à las manos la ocasion por los cabellos, porque disputada entre todos en el Pueblo de nuestra Señora la resolucion que debian tomar sobre la Conquista de los Omeguas, aunque sobre la materia hubo diferentes pareceres, se tuvo por el mas acertado bolver à Coro para reformarse de mas gente, pues intentar con la

poca que tenian la sujecion de vn Reyno tan poblado, donde por lo distante se consideraban impossibles los socorros, era exponerse à la contingencia de malograrlo todo, y perder con la precipitacion lo que estaba seguro con la espera.

Hallò con esto Pedro de Limpías la coyuntura que deseaba para executar su alevosia; y valiendose de quanta afectacion pudo fingir el dissimulo, aprobò por el mas conveniente aquel dictamen, ofreciendose à passar personalmente à Coro, como le diessen veinte hombres para su escolta, y con la mayor brevedad que permitiessse el tiempo dar la buelta con la gente, armas, y cavallos, que le parecia serian precisos para dar expediente à la Conquista que tenian entre las manos.

Pareciòle bien à Phelipe de Vrrre la propuesta, pues por aquel medio, sin fatigar su Campo, ni desacomodarse de aquel Pueblo donde se hallaba con viveres suficientes para su manutencion, conseguia el socorro de que necesitaba para proseguir su empresa; y sin sospechar la malicia que ocultaba el corazon de Limpías, lo despachò à Coro, quedando muy agradecido à la fineza de su oferta; si bien pocos dias despues cayò en la quenta de su yerro, y arrepentido de averse fiado de vn hombre à quien tenia quexoso por los disgustos

passados, empezó à recelar, que puesto en Coro, no solo avia de faltar à socorrerlo con lo que avia prometido, pero le avia de hazer quanto mal tercio pudiese para desacreditarle la Conquista: y no hallando otro remedio para atajar el daño que temia, levantò su Campo de el Pueblo de nuestra Señora, y doblando las jornadas, tirò en su alcance: pero Limpias previniendo lo que podia suceder, se diò tanta prisa à caminar, que quando Vire llegó à Barquisimeto ya avia dias que èl estaba en el Tocuyo, donde aviendose encontrado con el intruso Gobernador Juan de Carvajal, procurò, valiendose de el favor de Juan de Villegas, introducirse en su gracia, como lo consiguió; logrando por este medio la ocasion de culpar, y deslucir todas las acciones de Vire, exagerando el mal gobierno con que se avia portado en la jornada, por seguir, contra el dictamen de todos sus Soldados, las pisadas de Hernan-Perez, y la imprudencia con que à lo mejor de el tiempo se avia retirado, abandonando la Conquista de los Omeguas, à la qual procurò inclinar el bullicioso espiritu de Carvajal, representandole la honra, y utilidad que le podia resultar de ella, pues se hallaba con bastante numero de gente para poderla emprender: propuesta, que siendo muy conforme à su natural inquieto,

y ambicioso, aceptò de buena gana, y la huviera executado à no aversele embarazado las novedades que sucedieron despues.

CAPITULO III.

ALTERCAN SOBRE el gobierno Vire, y Carvajal: prende este à el otro con engaño: cortale alebrosamente la cabeza; y funda despues la Ciudad de el Tocuyo.

Luego que Phelipe de Vire llegó, en seguimiento de Limpias, al desembocadero de Barquisimeto supo por relacion de algunos Indios Ladinos, como en el Valle de el Tocuyo se hallaba aquartelado vn Capitan, llamado Carvajal, con otros muchos Españoles que le acompañaban; y como Phelipe de Vire por entonces no pudiesse discutir, qué gente fuesse aquella que tenia tan inmediata, obrando con el recato de Capitan prevenido, hizo alto en Barquisimeto, sin querer passar mas adelante, hasta informarse por extento de lo que debia observar, para disponer sus cosas con mayor seguridad; pero como estaban tan cercanos los dos Campos, no corrieron muchos dias sin que comunicandose los vnos Soldados con los otros, se llegasse à manifestar la intencion de los dos

dos Cabos; de que resultò assegurarle cada vno en su quartel con dobladas centinelas, y observante vigilancia; porque Carvajal, fiado en el falso titulo de que se avia valido para apoderarse de el gobierno, pretendia que Phelipe de Urre, entregandole la gente que traia como à Capitan General de la Provincia, quedasse sujeto à su obediencia. Y Urre, que no ignoraba la subrepcion de el despacho en que eltrivaba la pretension de su contrario, alegaba la nulidad de su recibimiento, afiançandose, en que siendo el Theniente-General, legitimamente nombrado por la Audiencia, no podia prevalecer Gobernador intruso contra la certeza de vn titulo verdadero, en cuya virtud se hallaba en possession de el gobierno de las armas, segun las disposiciones prevenidas por su Alteza.

No dexaba Pedro de Limpias por su parte de atizar quanto podia aquella llama, cuyo incendio temian todos avia de cobrar tal fuerça, que abrafasse la Provincia en rompimientos civiles; pues llevado de el desafecto concebido en su passion contra aquellos Cavalleros Alemanes, aconsejaba à Carvajal prendiessè à Phelipe de Urre, assegurando la fuerça de su razon en el violento derecho de las armas, pues se hallaba con triplicado numero de gente del que tenia su contrario; pero Carvajal, como

hombre astuto, nunca le pareció acertado aventurar las ventajas de su partido à la incertidumbre de vn encuentro, y siempre tuvo por mejor valerle de sagazes dissimulos para sacar à Phelipe de Urre con engaño de la seguridad de su quartel, à parte donde faltandole el resguardo de sus Soldados, pudiesse sin peligro aprehenderlo: designio, que aviendolo entendido algunos amigos de Urre, que estaban con Carvajal, se lo avisaron luego, previniendole viviesse con cuidado, sin dar lugar à que lograse la cautela que intentaba la malicia de su contrario; pero sin embargo fue tanta la sagacidad, y maña de aquel animo raynado, que tuvo forma para persuadir à Urre, remitiessè la question à Juezes arbitros, que viendo las Provisiones de vno, y otro, declarassen à quien pertenecia el gobierno de los dos; y para asegurarlo mas de la sinceridad con que deseaba la paz, y correspondencia de ambos, le propuso por segundo medio para que se acabasse la discordia: que caso que no gustasse de poner la materia en manos de terceros, por via de compromiso, seria mejor que de conformidad governassen juntos la Provincia, y viniendo la gente que tenian, fuesen de compañía à conquistar, y poblar lo que dexaba descubierto en los Omeguas.

Era Urre de vn natural tan do-

docil, y sencillo, que no obstante la prevencion que le tenian hecha sus amigos, se dexò llevar de las astucias con que tiraba Carvajal à engañarlo; y dando ascenso al ultimo partido, sin recelar el fraude que encerraba la propuesta, bien contra el parecer de sus mas confidentes, y allegados, dexando el alojamiento que tenia en Barquisimeto, pasó con toda su gente à la rancheria de el Tocuyo, donde Carvajal, para dar aparente disfráz à sus intentos, con fingidas demonstraciones de amistad, lo recibió con apariencias de alegría, previniendole para el hospedage quantos cortejos pudo inventar el dissimulo; pero breve conociò Urre el engaño en que lo avia metido su facilidad, y empeñado su confianza, pues sin darle Carvajal parte en el gobierno, (como le avia prometido) ni hazer caso de su persona para nada, solo trataba de buscar ocasion en que poder prenderlo sin tumulto; de que avisado Urre, arrepentido de averse puesto con tanta inconsideracion en manos de su enemigo, andaba siempre sobre aviso, acompañado de sus mas confidentes, y allegados, hasta que Carvajal, deseando acabar de vna vez con tanto fingimiento, lo combidò à comer vn dia à su casa, con animo de executar la prision, que tenia premeditada, entre los regozijos de el banquete: y aunque Urre conociò

bien el peligro que se le prevenia en el cortejo; no obstante, fiado en la bizzaria de su valor, y en el numeroso sequito de sus amigos, fue al combite, dexando prevenidos à Bartholomè Belçar, y à los mas de su faccion, estuviesen con cuidado para entrar à socorrerlo al menor rumor que oyessen. Y como Carvajal, noticioso de esta advertencia, no se atreviese à hazer demonstracion alguna en lo que tenia tratado executar; animado Phelipe de Urre con el temor que conociò en su contrario, despues de acabada la comida le dixo: vivia ya en conocimiento de los engaños con que lo avia tratado, pues faltandole à todo lo prometido, solo experimentaba los efectos de vna violencia continuada, à cuyo repato le era preciso ocurrir; y pues en la falsedad de su doble trato no tenia ya que esperar, solo pretendia lo dexasse ir à Coro con su gente, para passar de alli à Santo Domingo à dar quenta à la Real Audiencia de todo lo sucedido.

Alborotòse Carvajal con la propuesta, y levantandose de la silla, con acciones descompuestas, y la voz algo alterada, le respondiò: tenia licencia para irse donde quisiessse; pero que no pensasse en llevar gente consigo, ni tuviesse atrevimiento para intitularse Capitan General, ni aun Theniente de aquella Governacion, pues en ella no avia

mas jurisdiccion, que la que en él residia, mediante las provisiones despachadas por la Audiencia; à que replicando Vtre, se fueron travando de palabras, hasta llegar à meter mano à las espadas, apellidando cada qual favor al Rey, à cuyas voces acudieron luego los parciales de vno, y otro; pero aviendose declarado muchos de los de Carvajal à favor de Vtre, quedò tan ventajoso su partido, que pudo, sin embarazo, aver puesto fin à la competencia con la muerte, ò prision de su enemigo: mas llevado de la generosidad de su noble animo, solo se contentò (para su perdicion) con despojarlo de todas las armas, y cavallos que tenia, y dexandolo en su rancheria avergonçado, se retirò con los Soldados de su sequito al Valle de Quibor, seis leguas distante de el Tocuyo.

No desmayò Carvajal con la desgracia de tan adverso suceso; antes machinando nuevas trazas para poder tomar vengança de la afrenta recibida, despachò à su Theniente General Juan de Villegas, à Melchor Gurbel, y à vn Clerigo, llamado Toribio Ruiz, que le servia de Capellan, al alojamiento de Vtre, para que exagerandole la enormidad de el delito en que avia incurrido, por aver desarmado con violencia à vn Governador de la Provincia, cuya autoridad debia siempre venerarse en respec-

tuoso obsequio de lo que representaba, procurassen (ofreciendose à servir de medianeros) reducir la materia à conciertos de amistad, para que quedando en buena correspondencia, con olvido de todo lo passado, se acabassen de vna vez tantos disgustos: diligencia en que no dificultiendo los terceros pudiera aver malicia, sin sospechar lo que ocultaba el traydor animo de Carvajal; pusieron tanto esfuerso, interponiendo ruegos, promessas, y partidos, que obligaron al corazon sencillo de Vtre à que debaxo de ciertas capitulaciones, que por ambas partes se firmaron ante vn Escribano, restituyesse las armas, y cavallos que avia quitado à Carvajal; y que desistiendo por entonces de la accion que pretendia al Gobierno, passasse con los que le quisiessen seguir à Coro, para de alli executar el viage, que deseaba hazer à Santo Domingo à dar cuenta à la Audiencia de el estado en que dexaba los progressos de su conquista. Pero apenas Carvajal se viò con armas, y desecho el partido de su contrario, en confianza de la concordia estipulada, quando empezó à marchar en sus alcances con tanta celeridad, que à pocas jornadas lo descubrió alojado sobre las barrancas de vna de las quebradas, que corren por las montañas de Coro.

No se alborotò Phelipe de Vtre

Vrre aunque viò à Carvajal con gente armada, porque con fingido agrado, disimulando su depravada intencion, llegó manifestando en el semblante apariencias de vna perfecta amistad hasta que apeandose de los caballos, como cogió a los Alemanes descuidados, con facilidad prendió à Phelipe de Vrre, à Bartholomè Belçar, al Capitan Palencia, y à Romero, y sin permitir mas termino à aquella infauista tragedia, que el que pedia la crueldad de su corazon cobarde, mandò à vn negro que llevaba les amarrasse las manos, y con vn machete fuesse cortando las cabezas de aquellos nobles Varones; y como el instrumento tenia embotados los filos con la continuacion de aver servido en otros exercicios mas grosseros, con prolongado martyrio acabaron la vida aquellos desdichados, mas à las repeticiones de el golpe, que al corte de la cuchilla, sin que en el barbaro corazon de aquella fiera hiciesen la mas leve impresion para la lastima las crueles circunstancias de tan tyrano suplicio; antes si, complaciendose con Limpias, y Sebastian de Armaceca, mientras duraba la execucion de tan villana insolencia celebraba, por passatiempo, las naturales fatigas que padecian aquellos infelices con las ansias de el morir.

Este fue el fin lastimoso de

el General Phelipe de Vrre, digno por cierto de mejor fortuna. En la Ciudad de Spira, en las Provincias de Alemania, tuvo su nacimiento, y llevado de el ardor de sus juveniles años pasó à la America, donde manifestó siempre los quilates de su prudencia, y valor; y como estos sobresalieron en todas ocasiones à la sombra de el parentesco que tenia con los Belçares, dictaron motivo para que la Audiencia de Santo Domingo le nombrasse por Theniente General de el señor Bastidas; los deseos de el aplauso, mas que el ansia de las riquezas, lo empeñaron en el descubrimiento de el Dorado, donde el yerro cometido en seguir con tenacidad las pisadas de Hernan-Perez le hizo malograr la gloria, que le prevenia su dicha. Ningun Capitan de quantos militaron en las Indias ensangrentò menos la espada, pues aviendo atravesado mas Provincias que otro alguno en el dilatado viage de quatro años, solo movió su moderacion la guerra, quando no hallò otro remedio para conseguir la paz. El descubrimiento de el Reyno de los Omeguas, en cuya busca (aunque en balde) han trabajado despues tantos, huviera hecho sin duda gloriosa la memoria de su nombre, si la vengança infame de Pedro de Limpias, y la crueldad traydora de Carvajal, no le huvieran con-

violencia anticipado la muerte en lo mas florido de sus años, pues cortaron el hilo de su vida à los treinta y quatro no cavales de su edad, quedando sepultadas con el lastimoso suceso de su desgracia las noticias mas claras de aquel opulento Reyno, pues hasta oy se ignora la parte donde està su situacion.

Fenecida la tragedia de Phelipe de Vire, diò luego Carvajal la buelta al Valle de el Tocuyo, donde perdiendo el temor à Dios, y la verguença al mundo, soltò, sin rebozo, ni cautela, la rienda à sus crueldades, pues sin mas motivo que su gusto, tomándolo por pretexto leves causas, era raro el dia que no ahorcaba vno, ò dos de los que avian sido parciales de Phelipe de Vire, sin que huviesse persona que se atreviesse à irle à la mano, para que se abstuviesse en la repeticion de tanto desafuero, por no experimentar los terribles efectos de su enojo; pues siendo el Factor Pedro de San Martin el sugeto de su mayor confianza, porque vn dia à solas, como amigo, le advirtiò lo mal que hazia en execucion de tan sangrientos castigos, faltò poco para mandarlo ahorcar, y à buen partido, fulminandole causa de traydor, lo remitiò con vn par de grillos preso à Coro.

En estos, y otros semejantes exercicios, hijos de su remedia-
ridad desenfrenada, se entretuvo

Carvajal, hasta que por fines de el año de quarenta y cinco, à instancias de los hombres principales que tenia en su Campo, determinò poblar vna Ciudad en el mismo parage en que tenia su rancheria, por las grandes conveniencias que para ello ofrecia el distrito; y formada la traza de las calles, para executar la planta hizo desmontar todo el bosque que ocupaba la capacidad de el sitio, reservando solo por blason de su crueldad vna hermosa, y copada ceiba, cuyas ramas, sirviendole de horca, avian sido teatro de sus injusticias; sin discurrir, que como otro Aman, dexaba en ella el patibulo para su muerte, y el instrumento para su afrenta; y despues de celebradas las demas disposiciones, que en tal caso se acostumbra, el dia siete de Diciembre del mismo año quarenta y cinco hizo la fundacion de la Ciudad, intitulado la nuestra Señora de la Concepcion de el Tocuyo, cuyos primeros vecinos, y pobladores fueron, Diego Ruiz Vallejo, Estevan Matheos, Damian de el Barrio, Juan de Guevara, Juan de Quinceozes de la Llana, Luis de Narvaez, Gonçalo de los Rios, Sancho de el Villar, Christobal de Aguirre, el Licenciado Hernan-Perez de la Muela, Alonso de Campos, Christobal Lopez, Juan Sanchez Moreno, Juan de Antellano, Antonio de el Barrio,

Ciudad de el Tocuyo.

rio , Domingo del Barrio, Thomè de Ledesma , Amador Montero , Christobal Ruiz, Diego de Montes, Gonzalo Manuel de Ayala , Diego de Morales , Bartholomè Garcia , Francisco Sanchez, Juan de Villegas, Francisco de Villegas, Luis de Castro, Diego de Ortega, Francisco de Vergara , Blàs Martin, Alonso Martin, Juan de Salamanca , Melchor Gurbel , Leonardo Gurbel su hijo, Diego de Escorcha, Diego de Leyba, Juan Matheos, Bernardo de Madrid, Francisco de Madrid, Bartholomè Suarez , Juan de Cisneros, Juan Cataño , Vasco de Mosquera , Gonçalo Martel, Pedro Hernandez , Juan Muñoz, Pedro Alvarez, Luis Tani de Miranda, Juan de Tordecillas, Hernando Alonso , Toribio Ruiz, Francisco Muñoz, Francisco Lopez de Triana , Juan Roldan, Pedro de Limpías , Christobal Rodriguez, Sebastian de Almarcha, Alvaro Vaez , y Francisco de San Juan; de los quales nombrò Carvajal por primeros Regidores à Damian de el Barrio, Juan de Guevara , Alonso de Campos , y Bartholomè Garcia; por Alguacil Mayor à Luis de Narvaez , que juntos luego en Cabildo, para dar en todo forma à la nueva Ciudad, eligieron por Alcaldes à Estevan Matheos , y à Juan de Antillano.

Tiene su asiento esta Ciudad en vn hermoso Valle, à quien

dà nombre el rio Tocuyo , que lo fecunda con sus aguas siempre cristalinas, delgadas, y gustosas; su temperamento es templado , aunque mas toca en calido, que en frio; su comarca abundante , y su terreno fertil; produce mucho trigo, algodon, azucar, maiz, y otras semillas; cogenle muchas frutas, assi criollas , como estrangeras , y en particular ricas mançanas, y muy fragrantés rosas; sus pastos son muy adequados para ganado cabrio , en que es imponderable el multiplico , de cuyas pieles benefician muchos , y buenos cordovanes , que sirven de mercancia à sus moradores; la Ciudad al presente es habitada de ciento y treinta vecinos, y entre ellos algunos de familias muy illustres, assi descendientes de los primeros pobladores , como agregados despues; además de la Iglesia Parrochial mantiene dos Conventos de Religiosos , vno del Orden de San Francisco , y otro de Santo Domingo , aunque ambos de corto numero.

Los que ponen la fundacion de esta Ciudad en el año de quarenta y siete hecha por el Governador Juan de Tolosa, no ay duda que le quitan sin razon dos años de antigüedad , por la mala relacion con que escribieron , pues constando lo que llevamos referido por los mismos Autos de su Poblacion , y por el repartimiento de encomiendas hecho

Fr. Pedro
Sim. y. no.
cap. 14.
Pie. trahit
lib. 2. c. 2.

hecho por Carvajal entre los vezinos pobladores, no ay fundamento alguno para la opinion contraria.

CAPITULO IV.

LLEGA EL LICENCIADO Frias à Coro : quita el Emperador à los Belçares la administracion de la Provincia, y viene à gobernarla el Licenciado Tolosa : prende à Carvajal, y por sentencia suya muere ahorcado.

LAs infolencias, y desafueros de Carvajal fueron de calidad, que no pudiendo contenerse la fama de ellos dentro de los limites de la Provincia, con facilidad llegaron las noticias à la Isla de Cubagua, donde se hallaba el Licenciado Frias entendiendo en las Comisiones que le avia encargado la Audiencia; y enterado del mal proceder de su Theniente General, con el deseo de aplicar quanto antes el remedio à semejante daño, procurò abreviar todo lo possible las diligencias que tenia à su cuidado; y fenecidas, passò à Coro por principios de el año de quarenta y seis, llevando en su compania à Diego de Losada, que retirado en Cubagua desde los primeros lances que tuvo con Carvajal en Coro, avia estado à la mira pa-

ra ver el incendio desde lejos; pero como Carvajal con la viveza de su genio, previniendo este futuro accidente, se avia llevado quantas armas, y cavallos avia en Coro, hallò Frias tan desproveida la Ciudad de vn todo, que le fue preciso detenerse algunos dias, mientras buscaba forma de prevenirse de suerte, que pudiesse passar con seguridad al Tocuyo, porque rezeloso de los atrevimientos de Carvajal, no se atrevia à entrar en busca suya sin llevar gente armada, con que poderle hazer oposicion, en caso que intentasse alguna resistencia.

En este intermedio llegó à Coro el Licenciado Juan Perez de Tolosa, natural de la Ciudad de Segovia, Cavallero muy prudente, y gran Letrado, à quien el Emperador embiò por Governador, y Capitan General de la Provincia, por aver privado de la administracion de ella à los Belçares, mediante las repetidas quejas, y noticias con que su Magestad se hallaba de los irreparables daños, tyranias, y desordenes, introducidos con el gobierno Alemàn, que fueron tantos, que con justa razon dieron motivo para que el señor Don Fray Bartholomè de las Casas en su Libro de la Destruccion de las Indias, llamasse à esta Provincia infeliz, y desgraciada; y lo fue sin duda, pues si no huviera padecido la desdicha de aver estado aquellos diez y ocho años su-

jeta al dominio Estrangero, fue-
 ra vna de las mas opulentas que
 tuviera la America; porque en
 lo dilatado de su distrito, lo fer-
 til de su terreno, lo benigno de
 su clima, lo abundante de sus
 aguas, ni en la conveniencia de
 sus Puertos ay otra que la iguale,
 y en la multitud innumerable de
 Indios que la habitaban hizo
 ventaja à muchas, aun de las mas
 pobladas; pero como los Alema-
 nes la vieron sin amor, conside-
 randola como vna cosa prestada,
 ni atendieron à su conservacion,
 ni procuraron su aumento, pues
 solo tiraron à aprovecharse mien-
 tras duraba la ocasion, sin repa-
 rar en que los medios de que se
 valian para desfrutarla fuesen, ò
 no, los mas eficazes para des-
 truirlos; pues sin hacer asiento en
 parte alguna, ni poblar en tan
 hermosos Países como descubrie-
 ron, llevandolo todo à sangre, y
 fuego, no dexaron cosa que co-
 mo fieras desatadas no assolaron;
 y como el interès principal de su
 ganancia lo tenia afiançado su
 codicia en la esclavitud de los mi-
 serables Indios, fueron por milla-
 res los que sacaron para vender à
 los Mercaderes que ocurrían à
 Coro, con el cebo de tan infame
 trato; de que resultò despoblarse
 lo mas de la Provincia, porque
 los Indios, huyendo de padezer
 las violencias que experimenta-
 ban en semejantes tyranías, por
 assegurar la vida, y la libertad,
 desampararon sus Pueblos, y se

fieron retirando à lo interior de
 los Llanos, donde se han queda-
 do hasta el dia de oy; perdiendo
 por esta causa tantos vassallos el
 Rey, y tantas almas la Iglesia.

La noticia de estos procedi-
 mientos, y otros, que por su enor-
 midad (con cuidado) dexa en si-
 lencio la pluma, fue el motivo
 que tuvo el Emperador para pri-
 var à los Belçares, y embiar por
 Governador al Licenciado Tolo-
 sa; quien luego que llegó à Co-
 ro, informado de las operacio-
 nes de Carvajal, así por relacion
 que le hizo Frias, como por la
 que le daban diferentes personas,
 que cada dia venían huyendo los
 rigores de su proceder tyrano,
 determinò passar quanto antes al
 Tucuyo, para atajar los passos
 de aquel hombre, aplicandole
 el castigo que merecian sus mal-
 dades; y para ello, valiendose de
 la misma prevencion que para el
 mismo efecto tenia dispuesto
 Frias, y de alguna gente de la
 que en su compañía avia venido
 de España, salió de Coro, dispo-
 niendo el viage con tal prestet-
 za, y secreto, que sin ser sentido,
 ni tenerse noticia alguna en el
 Tucuyo, amaneciò vna mañana
 sobre los ranchos de la nueva
 Ciudad, y cercando la casa de
 Carvajal, lo puso luego en pri-
 siones, passando por la misma
 fortuna su Theniente General
 Juan de Villegas.

Executada esta diligencia
 con tan buena disposicion, para
 sof-

sosegar los animos de los parciales que pudiera tener Carvajal, antes que entre ellos se pudiesse originar alguna alteracion por verlo preso, juntò Tolosa todos los vezinos de la Ciudad en las casas que avia escogido para su morada; y despues de averles manifestado las Provisiones, y Titulos que traia de Governador, y Capitan General de la Provincia, y los despachos particulares de el Emperador contra los Belçares, con agradables razones, tan prudentes como discretas, les diò à entender los motivos que avia tenido para prender à Carvajal, y à su Theniente, à quienes oirìa en justicia, aplicandoles de su parte quanto permitiesen los enfanches de la gracia; porque su animo solo era atender al comun sosiego, procurando (en quanto pudiesse) la mayor vtilidad, y conveniencia de los vezinos: de que quedaron todos tan pagados, estimando la afabilidad, y buenos modos de Tolosa, que con general aplauso, sin que se reconociesse en alguno la mas leve señal de displicencia, fue recibido al uso de sus puestos; pero sin embargo, no obstante la aceptacion con que Tolosa reconociò avia sido admitido en el Tocuyo, se hallaba bastantemente cuidadoso, temiendo alguna oposicion, ò movimiento de el Capitan Juan de Ocampo, à quien Carvajal pocos dias antes avia embiado cò sesenta hombres

de sus mas confidentes, y allegados, à descubrir los Valles de Vmucaro; y para salir con brevedad de este rezelo, despachò en busca suya à Diego de Losada con alguna gente de guerra, y testimonio de las Provisiones de el Cesar, para que haziendoselas saber, le notificasse de su parte, diessse luego la buelta à la Ciudad: diligencia en que tuvo poco que hazer la actitud de Losada; porque siendo Cavallero el Juan de Ocampo, con la lealtad que pedia su sangre, en vista de los despachos diò luego la obediencia à Tolosa, reconociendolo por su Governador sin repugnancia alguna; y celebrando todos la dicha de verse libres de la opresion que padecian con la tyrania de Carvajal, y violento gobierno de los Belçares, volvieron otra vez para el Tocuyo.

Compuesto todo tan à gusto de Tolosa, mediante la buena forma con que lo dispuso su prudencia; luego q se viò en la quietra possesion de su gobierno, tratò de substanciar la causa de los presos; y aviendola seguido con grande espera por todos los terminos que dispone el Derecho, como quiera que contra el Capitan Juan de Villegas no resultò cargo alguno; antes si constò de la sumaria no aver tenido intervencion en los precipitados excessos de Carvajal, (que como hijos de aquel natural indomito, no huvò consejo que pudiera

contenerlos) por Sentencia, que pronunciò en veinte y cinco de Septiembre del mismo año de quarenta y seis, lo declaró por libre; y para darle satisfaccion de el agravio que pudo aver padecido en la prision, informado de la calidad, y prendas de el sujeto, lo nombrò por su Theniente General; adquiriendo por este medio en la comun aceptacion tantos aplausos Tolosa, como creditos Villegas.

Muy diferente fue el fin que tuvieron los sucessos de Carvajal, porque siendo sus delitos tan enormes, y su proceder tan desreglado, fueron tales las atrocidades que se le justificaron, que se viò obligado Tolosa à condenarlo à muerte, mandando: que despues de arrastrado por las calles mas publicas de la Ciudad, fuesse ahorcado en la misma ceyba, que avia sido teatro de sus injusticias; y aunque por parte de el reo se apelò para el Consejo, y por la de algunos Cavalleros se interpusieron ruegos, estuvo Tolosa tan firme en su resolucion, que atropellando por todo, executò la sentencia; pagando Carvajal con vna vida, que perdiò con razon, tantas como el avia quitado sin ella: y fue particularidad muy reparable, que desde el instante que murió en la ceyba, siendo hasta entonces vn arbol muy frondoso, se empezó à marchitar, hasta secarse, con tanta brevedad, que sirvió de ad-

miracion su ruina, si antes avia sido assombro su hermosura.

CAPITULO V.

*SALE ALONSO PEREZ
à descubrir las Sierras Nevadas: atraviesa el rio de Apure,
y llega à las Lomas de
el Viento, y Valle
de Cucuta.*

FEnecida la tragedia de Carvajal, tratò Tolosa de dar asiento, y nueva forma para el gobierno, y permanencia de la Ciudad, que hallò recien fundada; y como lo principal en que avia de consistir su conservacion, y aumento era en las Encomiendas de los Indios, para assegurarlas en los vezinos que las posesian, y que no quedasse puerta abierta, para que la inconsideracion de algun Governador imprudente pudiesse en alguntiempo privarlos de aquella corta utilidad, que gozaban por vnico premio de sus servicios, y trabajos; conociendo la nulidad que padecia el repartimiento hecho por Carvajal, por falta de jurisdiccion, pues siendo Governador intruso no avia tenido autoridad para formarlo, declaró por vacas todas las Encomiendas, y sin inmutar en cosa alguna, con integridad singular las bolvió à proveer en los mismos que las tenian antes, despachandoles

nue-

nuevos títulos para su seguridad, y mayor firmeza; y aunque agradecidos los vecinos à la limpieza de su obrar, le suplicaron con instancia se adjudicasse para si los Indios de el Valle de Cubiro, que avian sido de Carvajal, solo pudieron conseguir de su modestia tomasse en repartimiento (por satisfacer à sus ruegos) algunas pocas familias, y las demás, con general aclamacion de todos, las diò à Diego de Lofada, que fue la vnica remuneracion que debìò aquel Cavallero à esta Provincia, quando la continuada carèa de sus servicios, en la comun estimacion de todos, lo graduò siempre por digno de los mayores premios.

De esta diligencia resultò quedar el Governador Tolosa en el conocimiento de que avia muchos Españoles sin conveniencia en el Tocuyo, porque siendo las Encomiendas pocas no podian ser bastantes para acomodarse todos; y deseando buscar forma para el remedio de los que avian quedado sin parte en el repartimiento de los Indios, dispuso que su hermano Alonso Perez de Tolosa saliesse con cien hombres à descubrir las Sierras Nevadas, (à cuya falda se poblò despues la Ciudad de Merida) que por su elevada eminencia avian sido siempre divisadas à mano izquierda en todas las entradas que se avian hecho à los Llanos; y era fama, segun la

relacion de algunos Indios, cerraban en si grandes riquezas, cuyo descubrimiento no ay duda fue el motivo principal de esta jornada; aunque otros la quisieron atribuir à buscar camino para passar ganados desde el Tocuyo al nuevo Reyno, por dictamen de Christobal Rodriguez, que como vno de los que avian entrado allà con Fedrieman sabia la gran utilidad, que podia resultar de este comercio; y con efecto èl fue el primero que consiguió despues introducirlo en Santa Fè, quedando bien aprovechado con su advitrio.

Pero al fin, sease por el vn motivo, ò por el otro, dispuesto todo lo necessario saliò Alonso Perez de el Tocuyo por principios de Febrero del año de quatroenta y siete, llevando por su Maestre de Campo à Diego de Lofada, cuyo parecer, por orden expreso del Governador, se avia de seguir en todo quanto se pudiera ofrecer en la jornada; y encaminando su derrota por el mismo rio de el Tocuyo arriba, despues de aver gastado algunos dias en sus margenes, atravesada la Serrania, que por alli le demoraba àzia el Oeste, saliò al rio Guanaguanare, que por aquella parte corre con el nombre de Zazaribacoa; y entrando por los Llanos caminò por ellos hasta la misma falda de las Sierras Nevadas, con intencion de trasmontar sus cumbres para

Hh

bus

buscar de la otra parte los tesoros, que asseguraba la fama de sus riquezas; pero como los mas tenian puesta la mira en irse acercando al nuevo Reyno, buscando caminos mas tratables para introducir ganados, contradixeron la opinion de Alonso Perez, tomando por pretexto lo inaccesible de la misma Serrania, cuya fragosidad, ayudada de las nieves, hazia impracticable el passage, con el riesgo de perecer en el yelo de sus paramos: circunstancias, que bien consideradas, obligaron à seguir el camino por los Llanos, hasta llegar à las riveras de Apure, sobre cuyas barrancas se detuvo Tolosa algunos dias, en los quales, animados los Indios de la comarca al ver el corto numero de que se componia aquella Esquadra de Españoles, respecto de las que avian pasado por alli en otras ocasiones, determinaron probar ventura para lançarlos de su tierra con las armas; y juntos, en bien formados batallones, dieron de sobresalto vna mañana al romper de el Alva sobre el alojamiento de los nuestros, que ignorantes de semejante movimiento, estaban entregados al sueño descuidados; pero bolviendo en si con el estruendo, sin que tuviesse lugar la turbacion en aquel lance, cogierò con presteza los cavallos, y echando mano à las armas, rompiéron por entre las barbaras Esqua-

dras, que descompuestas à los primeros encuentros, con pérdida de sus mas valientes guerreros, dexaron el Campo, y la victoria en manos de los nuestros; aunque no à tan poca costa, que no muriesse vn Soldado, y quedassè heridos mas de veinte.

Aviendose detenido Alonso Perez, despues de la refriega, solo el tiempo que fue preciso para curar los heridos, bolvió à buscar la Serrania, entrando por las cabezeras de el mismo rio de Apure, discutiendo que por aquella parte (al parecer menos fragosa) podria ofrecer el passo mas tratable; hasta que apretado de la necesidad que padecia de bastimentos, despachò à buscarlos al Capitan Romero con quarenta hombres, que à poca diligencia, en vna quiebra que hazia la cordillera, encontrò con vna mediana Poblacion, cuyos vecinos puestos en arma con razonable defensa, embatazaron por gran rato la entrada de los nuestros; pero aunque hitieron de peligro en el combate al Capitan Romero, y à otros quatro Soldados, è hicieron de su parte quanto supò el valor para la resistencia, no pudieron librarse de passar por la mala fortuna de vencidos, pues quedaron todos los mas aprisionados, y el Pueblo entregado al saco, robando, y destruyendo los Soldados quanto les dictò su antojo.

Con la presa de Indios, maíz, mantas de algodón, y raíces comestibles, siguieron el mismo río, y à pocas leguas de camino, sobre la opuesta rivera dieron con otro Lugarcillo de Indios Tovoros, que à la primera vista hicieron muestras de quererse defender, ostentando muchas armas desde las barrancas de el río; pero advirtiéndolo con que los cavallos se arrojaban à la corriente para passar en su busca, desampararon el sitio, poniéndose en huida, y dexando la Poblacion al advirtorio de los nuestros, para que pasasse luego por los rigores de el saco. Pero no contentándose con lo que hallaron en ella, dos de los Soldados, tan atrevidos como codiciosos, se entraron por la montaña, por ver si su diligencia les deparaba à la mano algo de lo que en tales ocasiones suele ocultar el miedo, ò la prevención; y dando en vna emboscada donde los Indios estaban retirados, perdió el vno luego la vida en pago de su codicia, y el otro huviera pasado por la misma desventura, à no averse aprovechado de la ligereza que le dió el temor, y el susto para ponerse en salvo, corriendo presuroso hasta ampararse del Pueblo; donde sentido Alonso Perez de la desgracia sucedida, le huviera dado garrote, à no averse interpuesto de por medio la intervencion de algunos Capitanes,

à cuyo ruego le conmutò el castigo en otras penas.

De este Pueblo de los Tovoros prosiguió Tolosa su jornada siempre por el mismo río de Apure, hasta llegar à la boca de otro que se le junta, no menos caudaloso, por el qual, dexando à Apure, encaminò su viage, buscando el Valle, que oy llaman de Santiago, (donde despues se poblò la Villa de San Christobal entre las Ciudades de Pamplona, y Merida) cuyos moradores, con la noticia de que llegaba gente forastera à sus umbrales, baxaron por el río vna jornada, con animo de aprovecharse de vna angostura, que formaba el Valle entre dos cerros, para embarazarle la entrada con las armas; pero absortos con la novedad, al ver el trage, y disposicion de los Españoles, y la grande ligereza, y brio de los cavallos, se pasmaron de suerte, que no acertaban à valerse de los arcos para la ofensa, ni de los pies para la fuga; hasta que acometidos de los nuestros, con la muerte de vnos, y las heridas de otros, se huvieron de resolver à retirarse, abandonando todo el Valle à discrecion de los Soldados, que sin perder el tiempo metieron à saco las primeras Poblaciones que encontraron, donde alojados aquella noche, tuvieron noticia el dia siguiente, de que en el Valle arriba avia otro Pueblo de numerosa vecindad (que

(que fue el que llamaron despues de las Aviamas los que poblaron la Villa de San Christobal;) y partiendo en subusca con presteza, pasó por la misma fortuna de los otros: sin que bastasse el no aver hecho oposicion alguna sus vecinos, para que dexasse la crueldad de executar algunas muertes en los que solo atendian à huir para salvar la vida.

Recogido el pillage de este Pueblo, y atravesado el rio de San Christobal, fue à dár Alonso Perez à la Poblacion, donde al presente està edificado el Templo de la Milagrosa Imagen de nuestra Señora de Tariba, cuyos naturales con temor anticipado avian recogido sus muebles, y familias à la cumbre de vn elevado monte, pensando hallar en èl seguridad para su susto; pero seguidos por el rastro, aunque con trabajo en la subida, fueron descubiertos por los nuestros, para acreditar lo que vale la desesperacion en vn aprieto, pues puestos en defensa hicieron tal resistencia, que salió muy costoso el vencimiento, quedando muertos seis cavallos, y mal herido Alonso Perez, con otros de sus Soldados, sin conseguir otro fruto de la victoria, que el corto despojo de quatro alhajas inutiles: causa, para que desconsolidos al ver las pocas muestras que encontraban de las riquezas que les avia prometido su deseo, desamparassen el Va-

lle de Santiago, con la esperanza de hallar mejor fortuna en otra parte; y atravesadas las Lomas de el Viento por la Poblacion de Capacho, salieron al gran Valle de Cucuta, cèlebre criadero de las mejores mulas, que oy produce el nuevo Reyno, y donde con verdad se puede assegurar, que todo el monte es oregano, pues apenas se hallará otra planta en lo dilatarado de su fertil, y calido terreno.

CAPITULO VI.

ENTRA JUAN DE VILLEGAS al descubrimiento de Tacarigua: toma la posesion de su Laguna, y da la buelta al Tocuyo: muere el Governador Tolosa, y Alonso Perez prosigue su jornada.

Despues que Alonso Perez salió del Tocuyo al descubrimiento de las Sierras Nevadas, deseando el Governador Tolosa hazer celebrado su Gobierno con nuevas Poblaciones, y Conquistas, y animado con la esperanza de descubrir algunas minas de oro, de que se avian hallado muestras en las entradas que diferentes vezes se avian hecho por el Puerto de la Borburata, dió orden à su Theniente General Juan de Villegas, para que llevando ochenta hom-
bles

bres à su satisfaccion , atravesado el Valle de Barquisimeto , fuesse costeando la Serrania àzia el Oriente , hasta salir à la Provincia , y Laguna de Tacarigua , en cuya jurisdiccion poblasse vna Ciudad en la parte que le pareciesse mas conveniente , para que sirviesse de sujecion à la comarca ; y en su cumplimiento , hechas las prevenciones necessarias , salio Juan de Villegas de el Tocuyo por Septiembre de el mismo año de quarenta y siete , llevando en su compania à Luis Narbaez , Pedro Alvarez , Veedor de la Real hacienda , Pablo Suarez , Alguacil Mayor de el Campo , Juan Dominguez , Gonçalo de los Rios , Sancho Brizeño , Hernando de el Rio , Juan Ximenez , Christobal Lopez , Estevan Martinez , Juan de Zamora , Miguel Muñoz , Pedro Gonçalez , Antonio Sarmiento , Juan Sanchez Choque , Luis Gonçalez de Rivera , Bartholomè Nuñez , Juan Sanchez Moreno , Pedro de Gamiez , Alvaro Vaez , Juan de Escalante , Diego de Escorcha , Antonio Cortès , Pedro Suarez , Alonso Vela Leon , Rodrigo Castaño , Juan Diaz Marillan , Jorge Turpi , Vicente Diaz , Francisco de San Juan , y otros , hasta el numero de ochenta , con los quales faldeando la Serrania por la orilla de los Llanos , siempre al Leste , llegò à reconocer las riberas de la gran Laguna de Tacarigua , hermoso Lago , que en vn

ameno Valle , à sesenta leguas de el Tocuyo , y à veinte de Caracas , retirado siete del mar la tierra à dentro , ocupa catorce de longitud de Leste à Oeste , y seis de latitud de Norte à Sur , tan profundo , que à corta distancia de sus orillas no ay sonda que le descubra el fondo de sus aguas ; sus margenes en toda su circunferencia son alegres , vistosos , y deleytables , pobladas de frescas arboledas , y de varia multitud de diversas aves , adornan su hermosura algunas Islas , y entre ellas dos , que tienen mas de legua y media de vogeio , abundantes todas de baquiras , paugies , guacharacas , patos , y otras diferentes especies para el entretenimiento de la caza.

Formase el monstruoso cuerpo de este lago de las aguas de catorce rios , que continuamente le estan tributando sus corrientes ; crianse en el vnas hojas anchas sobre el agua , que con las raizes se van entretexiendo vnas con otras , y con las hojarasca de los arboles , la tierra , y palazon que traen los rios con sus crecientes , y avenidas se van incorporando poco à poco , y crecen de manera , que se forma vn conjunto de dos , y de tres baras de gruesso , y mas de treinta , ò quarenta de largo , tan firme , y vnido vno con otro , que en la superficie se crian arboles pequeños , y à vezes algo grandes , segun la disposicion de la materia ;

y agitadas del viento à todas partes, parecen à la vista Islas: movibles de aquel pielago, ò fluctuantes pensiles de aquel mar, hasta que al continuado movimiento de las hondas, y al fuerte combatir de la refaca se deshaze aquella trabazon, en que consisten, y quedan desbaratados, à manera de las que segun refiere Plinio en su natural Historia, se forman de la misma suerte en el mar Septentrional, y en el País de Artois, segun Botero en sus Relaciones de el Mundo.

Plin. lib. 2.
cap. 27.

Bot. Rel.
vni. lib. 1.

Luego que Villegas llegó al Valle de Tacarigua (de quien tomó el nombre de la Laguna) desconfuso de poblar en él, por las conveniencias que ofrecia la disposicion de el sitio, aprehendió la posesion juridica por ante Francisco de San Juan, Escrivano Publico, en veinte y quatro de Diziembre de el mismo año de quarenta y siete; pero despues no hallando rastro de las minas de oro que buscaba, (y era el fin principal à que se avia encaminado la jornada) aunque para su descubrimiento avia rebuelto toda la comarca Hernando Alonso, Juan Ximenez, y Juan Sanchez Moreno, Mineros, que para el efecto llevaba en su compañía, mudò de intento, y desamparando la Laguna, y Valle, que tanto le avia agradado, atravesò la corta Serrania de siete leguas, y baxò à la Borburata en la Costa de la mar, donde le pareció mas

acertado el poblarfe, asì por lograr la hermosura de aquel Puerto, capáz con delahogo para mas de cien Navios, seguro de todos vientos, y tan fondable, que con planchas pueden descargar en tierra, como por aver hallado en las quebradas de el contorno algunos granos de oro tan fino, que passaba de veinte y tres quilates en su ensayo: causa, para que animados todos con la esperança de la riqueza que prometia aquel principio, se determinasse, por parecer comun, à executar la poblacion en aquel Puerto; y poniendolo por obra, en virtud de la facultad que Villegas llevaba del Governador Tolosa, en veinte y quatro de Febrero de el año de quarenta y ocho, despues de aver tomado la posesion juridica por ante el Escrivano Francisco de San Juan, proveyò el Auto de la fundacion de la Ciudad, à quien intitulò, nuestra Señora de la Concepcion de la Borburata.

1548

Mientras Villegas se exercitaba en estas cosas, recibió Tolosa prorrogacion de otros tres años mas en el Gobierno: merced, que le concedió el Emperador, en atencion à los creditos de su buen obrar; y animado con la honra de semejante favor, dexando dispuestas lo mejor que pudo las cosas de el Tocuyo, salió para el Cabo de la Vela à la averiguacion de algunos fraudes, executados en el quinto de las

per-

perlas, y tomar residencia à los Ministros de aquel Pueblo, mediante comission que para vno, y otro le remitiò el Consejo. Pero como en esta vida no ay felicidad estable, ni dicha tan segura, que no tenga por sombra vna desgracia; quando mas favorecido se hallaba Tolosa, prometiendo los acrecentamientos con que le galanteaba risueña la fortuna, cortò el hilo à sus esperançaslo intempestivo de vna muerte acelerada, pues caminando para el Cabo de la Vela perdiò en vn despoblado la vida, al rigor de vna aguda fiebre; quedando junta con el cadaver sepultada en aquel desierto su memoria, pues hasta oy se ignora la parte donde tuvieron descanso sus zenizas: lastimoso fin en Varon tan venerable! quando su literatura, desinterès, rectitud, y singular prudencia fueron prendas, que merecieron el logro de mejor fortuna.

Esta novedad fue causa de que por entonces quedasse sin efecto la poblacion que intentaba Villegas en la Borburata, por que aviendo recibido aviso que le hizieron sus amigos de la muerte de Tolosa, y la noticia de que al tiempo que salia para el Cabo de la Vela le avia dexado comedido el Gobierno de toda la Provincia, durante su ausencia, le pareciò conveniente passar quanto antes al Tocuyo, para atajar con su presencia qualquier mo-

vimiento que se pudiera intentar en perjuizio de aquella delegacion, en cuya virtud pretendia mantenerse en el Gobierno hasta tanto que la Audiencia determinasse otra cosa: y asì, dexandolo todo por la mano, sin passar à mas diligencia en la fundacion de la Ciudad que avia empezado, desamparò la Borburata, y caminò con tal presteza, que el dia diez y nueve de Março entrò con todo su Campo en el Tocuyo, donde, aunque por parte de los Alcaldes de aquella Ciudad, y la de Coro, con bastante fundamento, se moviò la question sobre el Gobierno, alegando tocarles à cada vno en su jurisdiccion durante la vacante, por no ser suficiente el titulo en que afiançaba Villegas su derecho; sin embargo como su sequito era grande, y la parcialidad de sus amigos numerosa, con razon, ò sin ella, interviniendo el consentimiento de los dos Cabildos, se quedó apoderado de el Gobierno.

Bien ageno de todas estas cosas se hallaba Alonso Perez en el Valle de Cucuta, donde luego que lo sintieron entrar sus naturales, desamparando sus bugios, se retiraron à vna casa fuerte, guarnecida de doble palizada, y sembrada à trechos de troneras, para el disparo de su flecheria, (que sin duda les debia de servir de receptraculo en las ordinarias guerras, que tenian vnos con otros) à cuyo abrigo se portaron

con tan rigurosa resistencia, que aunque los acometiò en ella Alonso Perez, con muerte de tres Soldados, y algunos cavallos, se viò obligado à desistir de el combate, y passar sin detenerse hasta el rio Zulia; y aviendolo esguazado, se fue entrando por el territorio de los Indios Motilones, hasta penetrar la Serrania en que habitaban los Carates à las espaldas de la Ciudad de Ocaña, por la vanda del Norte, en cuyo rumbo, además de lo aspero, y despoblado de la tierra, padeciò tanta necesidad con la falta de bastimentos, que caminadas ya siete jornadas, se viò precisado à retroceder, bolviendo otra vez al Valle de Cucuta, donde reforçado con la abundancia de sus viveres, y descanso de algunos dias, determinò seguir nueva derrota el Valle abaxo en demanda de la Laguna de Maracaybo, por donde salió à la junta que llaman de los tres rios, (por vnirse al desembocar junto à la misma Laguna) à cuya vista, llevando siempre sus aguas à mano izquierda, fue caminando para el Leste; y aunque à costa de diferentes reencuentros, por la oposicion que hallò en los moradores de sus orillas, hubo de salir à los Llanos, que llaman de San Pedro, (no muy distantes de la parte donde se fundò después la Ciudad de Gibraltar) asfiento de los Indios Babures, Nación afable, y poco belicosa,

pues todos los instrumentos de su guerra eran vnas cerbatanas con que disparaban à soplos vnas flechillas pequeñas, tocadas de cierta yerva, de virtud tan singular, que al que llegaban à herir con ellas dexaban al instante como muerto, privado de sentido por dos, ò tres horas, que era el tiempo de que ellos necesitaban para ponerse en salvo sin peligro; y passado aquel termino, bolvian los heridos à su acuerdo, quedando sin otra lesion, ni daño; y así, con poco embarazo de esta Nación pusilanime, prosiguiò su marcha por los Llanos, rogeando siempre la Laguna para bolverse al Tocuyo; pero quando mas empeñado seguia por esta senda su camino, se hallò atajado de vna cienega, ò estero, que comunicando sus aguas con las de la Laguna, entraba hasta la Serrania con mas de media legua de laétitud por la parte mas angosta, tan fondable, y cenagosa, que por mas diligencias que hizo para buscarle vado, no fue possible hallarle forma para esguazarlo, pues aunque se detuvo seis meses en sus playas, por ver si con la fuerza de el Verano, se minoraban sus aguas, se mantuvieron siempre tan en vn ser, que perdida la esperança de poder lograr su tránsito, hubo de determinar bolverse por los mismos passos que avia entrado à buscar socorro à Cucuta: Valle, en cuya fertilidad

dad parece le tenia depositada la fortuna el alivio de sus desdichas, y el asilo de sus trabajos.

CAPITULO VII.

FUNDA PEDRO ALVAREZ la Ciudad de Borburata de orden de Villegas, y Alonso Perez prosigue su jornada hasta dar buelta al Tocuyo.

DEsembarazado Villegas de el empeño en que lo puso la pretension del Gobierno, luego que fenecida la question con los Alcaldes se hallò en la quieta possessiõ de su dominio, porque no quedasse malogrado el fruto de su trabajo en la jornada que avia hecho al descubrimiento de Tacarigua, biviò la mira à efectuar la poblacion, que en el Puerto de la Borburata interrumpiò el año antecedente la acceleracion con que diò buelta al Tocuyo, y para ello, entrado ya el año de quarenta y nueve, embiò por Capitan Poblador à el Veedor Pedro Alvarez con sesenta hombres, entre quienes iban Alonso Pacheco, Alonso Diaz Moreno, Vicente Diaz, Sebastian Ruiz, Francisco de Madrid, Andrés Hernandez, Pablo Suarez, Juan de Escalante, Luis Gonzalez de Rivera, Alonso Vela Leon,

Pedro Gamez, Juan de Zamora, Francisco de San Juan, Antonio Sarmiento, y otros, que desconfios de gozar las conveniencias que prometia la nueva Ciudad, determinaron avecindarse en ella; y llegados sin dificultad al Puerto de la Borburata, debaxo de el Auto de fundacion, y demás diligencias judiciales, que el año antecedente avia formado Villegas; en veinte y seis de Mayo de el de quarenta y nueve dieron principio à su poblacion, y nombrados Regidores, que lo fueron Francisco de Madrid, Alonso Pacheco, Juan de Escalante, y Alonso Vela Leon, eligieron por primeros Alcaldes Ordinarios à Vicente Diaz, y Alonso Diaz Moreno; pero aunque esta Ciudad en sus principios diò esperanças de grande crecimiento, assi por las muchas personas de suposicion que se avecindaron en ella, como por la facilidad con que en el trato de su Puerto, y algun oro que daban las quebradas, adquirian aumento los caudales: La continuacion con que los Pyratas dieron en molestarla, por estar situada à la lumbré de el agua, y sin algun reparo para su defensa, fue causa para que sus vecinos, por verse libres de sustos tan repetidos, la fuesen desamparando poco à poco, hasta que el año de sesenta y ocho, governando la Provincia Don Pedro Ponce de Leon, la avan-

Ciudad de
Borburata,

donaron del todo, dexandola despoblada, sin que bastassen las diligencias de el Governador para embarazar su ruina.

La que amenazaba à su Campo tenia desconsolado à Alonso Perez, viendose tan perseguido de las desgracias, que no intentaba salida en que no hallasse vn estorvo; y resuelto ya à bolverse para Cucuta, despachò por delante à la ligera al Capitan Pedro de Limpas con veinte y quatro compañeros, para que fuesse à dar cuenta al Governador su hermano, de que bolvia derrotado, sin fruto alguno, de su infeliz jornada; y aunque al tercero dia, despues que se apartò de Alonso Perez, en vn reencuentro que tuvo con los Indios le mataron cinco hombres, con los restantes, à costa de imponderables trabajos, hubo de proseguir hasta llegar al Tucuyo.

No los padeciò menores en su retirada Alonso Perez, pues por la mucha gente enferma que llevaba le era preciso caminar à passo lento, con tanta necesidad de bastimentos, que en distancia de diez leguas dexò veinte y quatro Soldados muertos de hambre: aprieto, que le obligò à dexar el camino que seguia, y coger à mano izquierda por tierras altas, y montuosas, no holladas de otros Españoles hasta entonces, por si acaso entre su aspereza le deparaba la

suerte algunas sementeras con que remediar su falta; y como cierto dia encontrasse vna pequeña Aldea de seis, ò siete casas, pretendiendo los Soldados buscar en ellas algun alivio à sus males, hallaron tal resistencia en sus pocos moradores, que no pudiendo (por la gran flaqueza que tenían) mantener por mucho tiempo el combate, dexaron la porfia de acometerlas, y pasaron à saquear otro bugio, que estaba algo apartado de las casas, y segun la provision de maiz, carne asada, y raizes, que avia en èl, debia de ser almacén comun de aquella Aldea; pero los Indios animados con aver salido bien de la oposicion primera, cargaron sobre los Españoles, (que desordenados solo trataban de recoger el bastimento que podian) y del primer encuentro mataron dos, è hirieron seis, y huviera pasado à mas el daño, si bueltos en si al recuerdo de su peligro no huvieran convertido en fuerças su flaqueza, para acometerlos juntos en vn cuerpo, con tal brio, que bolviendo los barbaros la espalda, dexaron desamparadas las casas, y el almacén, donde recobrados en algo aquellos cuerpos rendidos, pudieron tomar esfuerço para caminar con menos pena, hasta llegar tercera vez à Cucuta, socorro de sus necesidades, y alivio de sus miserias.

Convalecidos con la abundan-

dancia de viveres en aquel hermoso Valle, bolvieron à dar la buelta para las Lomas de el Viento, hasta salir al Valle de Santiago, y por la angostura de su rio à las riveras de Apure, cuyas corrientes siguieron hasta meterse entre el, y el de Zarare, à las margenes de otro pequeño, que llaman Oro, donde treinta de los Soldados que seguian à Alonso Perez, mal satisfechos de las pocas conveniencias de el Tocuyo, le pidieron licencia para passarse al nuevo Reyno: demanda en que convino, así por hallarse ya en parte donde necesitaba de poca escolta para su seguridad, como por parecerle era bastante numero para vencer las dificultades de el camino, y poder conseguir su intento sin peligro; y aviendoles nombrado por Cabo para que los gobernasse à Pedro Alonso de los Hoyos, despedidos de los demás compañeros tomaron la derrota, saldeando la cordillera, hasta llegar al rio de Casanare, (que tiene su nacimiento à las espaldas de los Indios Chitas, ò Cocuyes) cuyas corrientes fueron siguiendo, gobernandose por los panes de sal, y mantas de algodón que iban encontrando, (frutos conocidos de la tierra que buscaban) hasta dar en las Poblaciones de los Indios Laches, pertenecientes à la jurisdiccion de Tunja, à tiempo que Don Pedro de Yrúa se hallaba

levantando gente para la Conquista de los Indios Chitareros; y alistandole en sus Vánderas fueron de los que à la conducta de tan célebre Caudillo, consiguieron sujetar aquella Nación guerrera, y poblar la Ciudad de Pamplona, donde Pedro Alonso de los Hoyos se avecindò, y fue Encomendero, quedando desde entonces descubierto camino para poder passar con conveniencia desde el Tocuyo à Santa Fè, por donde con grande interès de esta Provincia, y conocida vtilidad de el nuevo Reyno, se introduxeron considerables porciones de ganado, que logrando crecidos multiplicos en la fertilidad de sus dehesas, causaron la abundancia de que oy gozan.

Pocos dias despues debaverse apurado Pedro Alonso, levanto su Campo Alonso Perez de las riveras de el Oro, caminando por el Apure abaxo, hasta salir à lo llano, donde socorrido con mediana porcion de bastimentos, que le dieron algunos Indios Caiquetios, que le salieron de paz, pudo proseguir en su derrota hasta los rios que llaman de Barinas, donde aviendo hecho alto para descansar un poco de las fatigas de tan molesto viage, cobró nuevo aliento para poder dàr fin à su jornada, y entrar en el Tocuyo por Enero de el año de cinquenta, despues de aver gastado dos años y medio

medio de trabajos en su infeliz descubrimiento, y desgraciada Conquista.

CAPITULO VIII.

DESCUBRENSE LAS Minas de San Phelipe: funda Villegas la Ciudad de Barquisimeto: levántase el Negro Miguel, y se corona: sale en su busca Diego de Losada, y lo vence, y mata en una batalla.

HAllabase por aquel tiempo en el Tucuyo considerabilísimo numero de gente, así por la que salió derrotada con Alonso Pérez de Tolosa, como por la mucha que avia ocurrido de otras partes: causa, para que algunas personas principales tratassen con empeño de que se dispusiese nueva entrada à los Omeguas, para perficionar con su conquista el infausto descubrimiento de aquel Reyno, hecho por Phelipe de Vrrre; pero como la comprehension, adquirida de su mucha experiencia, le avia enseñado al Governador Juan de Villegas, que de semejantes armamentos dimanaba la ruína miserable en que se hallaba la Provincia, pues consumida en ellos la gente, armas, y cavallos, sin conseguir otro fruto, que malograr el tiempo sin provecho, se avia perdido la oca-

sion de ir la poblando; nunca quiso consentir en pretension tan nociva, pareciendole mas conveniente fundar algunas Ciudades, en cuya vezindad se afiançasse el lustre, y permanencia de la tierra; mas como los desordenes antecedentes la tenían puesta en extremo de rematada miseria, era preciso buscar primero alguna conveniencia, cuya utilidad moviesse à los Pobladores para avezindarse en ella; y esta no podia ser otra por entonces, que el descubrimiento de algunas minas de oro, de que se tenía noticia, comprobada con las muestras, que así en polvo, como en joyas, se avia hallado entre los Indios; y siendo esta diligencia al cuidado de Damian de el Barrio, entrado el año de cinquenta y vno lo despachò Villegas con bastante escolta de Soldados à la Provincia de Nitgua, (que demora al Leste de el Tucuyo, entre Barquisimeto, y Tacarigua) donde era opinion comun estaban los Veneros principales; y aunque à los principios salieron vanas las catas que diò en diferentes partes, al cabo de algunos dias hubo de encontrar con vna veta razonable en las riveras de el Buria, de que diò luego aviso à Villegas, remitiendole muestras de el metal, cuya noticia fue de él tan celebrada, que sin dilacion passò à reconocer personalmente la calidad de la mina; y pareciendole no sería bien

bien despreciarla (por las buenas esperanças que ofrecia) mientras no se hallassen otras de mayor consequencia, y entidad, se determinò à poblarla, para trabajar en ella en forma, intitulandola, el Real de Minas de San Phelipe de Buria, debaxo de cuyo nombre se registraron sus quintos todo el tiempo que durò su beneficio.

Animado Villegas con el buen suceso de su diligencia, y advirtiendo la comodidad de aver entre el Tocuyo, y el mineral descubierto porcion del Indio bastante, para que repartidos en Encomiendas pudiesen mantener vn Pueblo de Españoles; mediado el año de cinquenta y dos fundò en el Valle de Barquisimeto (tantas vezes repetido en esta Historia) la Ciudad de la Nueva Segovia, por dexar vinculado en ella el nombre de su Patria; fueron sus primeros vezinos Diego de Lofada, Estevan Matheos, de quien asì en aquella Ciudad, como en otras de la Provincia, ay lustrosa descendencia; Diego Garcia de Paredes, hijo tanto en el valor, como en la sangre de el otro, cuyas hazañas fueron asombro de Italia; Damian de el Barrio, progenitor de nobilissimas familias; Pedro de el Barrio su hijo, Luis de Narvaez, Gonçalo Martel, Juan de Quincecos de la Llana, Francisco de Villegas, Melchor Guruel, Aleman de Nacion, Christobal

de Antillano, Francisco Lopez de Triana, Diego Garcia, Hernando de Madrid, Francisco Sanchez de Santa Olaya, Pedro Suarez de el Castillo, Balco Mosquera, Gonçalo de los Rios, Bartholomè de Herminilla, Pedro Hernandez, Pedro Suarez, Christobal Lopez, Diego de Ortega, Estevan Martin, Juan de Zamora, Juan Hidalgo, Pedro Gonçalez, Juan Garcia, Sebastian Gonçalez de Arevalo, Francisco Sanchez de Utrera, Christobal Gomez, Diego Brabo, Diego de la Fuente, Francisco Thomas, Pedro Viltre, de Nacion Aleman, Sancho Brizeño, Jorge de Paz, Diego Matheos, Pedro Matheos, Jorge Lahs, Francisco Graterol, y otros, de los quales nombrò Villegas por Regidores à Gonçalo Martel de Ayala, Francisco Lopez de Triana, Christobal de Antillano, Diego Garcia de Paredes, Hernando de Madrid, y Francisco Sanchez de Santa Olaya; y por Escrivano de Cabildo à Juan de Quincecos de la Llana, que juntos luego en su Ayuntamiento, eligieron por primeros Alcaldes Ordinarios à Diego de Lofada, y Damian de el Barrio; y por Procurador General à Pedro Suarez de el Castillo.

El sitio donde Villegas hizo la fundacion de esta Ciudad fue donde oy llaman el Texar; pero experimentados despues por sus vezinos algunos inconvenientes

en tiempo de el Governador Mançanedo , la mudaron à la parte en que al presente permanece , doze leguas al Leste de el Tucuyo , en vnas sabanas altas , alegres , y descombradas , de temperamento sano , aunque algo calido ; su Cielo hermoso , pero sus aguas malas , gruesas , y desabridas : tendrà ciento y cinquenta vezinos que la habitan , antes mas que menos , y entre ellos Cavalleros de ilustres , y conocidas prosapias : sus naturales son de agudos , y claros entendimientos , cortesanos con politica , y afables con urbanidad : pudieran ser muy ricos , si supieran aprovecharse en los caudales , por las gruesas haciendas de cacao , que tienen en sus Valles , à cuyo trato ocurren muchos forasteros , y Mercaderes de las Provincias vezinas ; pero la continuacion de su desprecio es causa de que siempre se hallen empeñados : goza esta Ciudad el titulo de muy Noble , y Leal con que la honrò la Magestad de Phelipe Segundo el año de quinientos y noventa y dos , cuya merced confirmò el señor Don Carlos Segundo el de seiscientos y ochenta y siete ; y se gloria con razon de contar entre sus hijos al Ilustrissimo señor Don Fray Gaspar de Villarreal , Arçobispo de las Charcas , lustre hontoso de su Patria , y honor esclarecido de la America ; además de su Iglesia Parroquial en que administran dos Curas ,

sustenta vn Convento de el Orden de San Francisco con quatro , ò seis Religiosos , y vn Hospital , donde la caridad de los vezinos se exercita en la piadosa asistencia de los enfermos.

No eran de tan poco provecho las Minas de San Phelipe para los vezinos de la Nueva Ciudad de Segovia , que no fuesen experimentando con ellas aumento conocido en sus caudales , y animados con el interès que yà gozaban , tuvieron disposicion para poner mas de ochenta Negros esclavos , que acompañados de algunos Indios de las Encomiendas , trabajassen en el beneficio de los metales al cuidado de los Mineros Españoles , que con titulo de Mayordomos asistían à la labor ; y como cierto dia , yà por el año de cinquenta y tres , vno de estos Mineros quisiese castigar vn Negro , llamado Miguel , esclavo de Pedro de el Barrio , tan Ladino en la lengua Castellana , como refabiado en sus maldades , viendo que lo querian amarrar para azorarlo , huyendo el rigor de aquel suplicio , arrebatò vna espada , que acaso encontrò à la mano , y procurando con ella defenderse , armò tal alboroto , que tuvo lugar entre la confusion de coger la puerta , y retirandose al monte salia de noche , y comunicandose à escondidas con los demás Negros , que trabajaban en las minas , procuraba persuadirlos à

que

que sacudiendo el yugo de la esclavitud, restaurasen la libertad de que los tenia despojados la tyrania Española; y aunque los mas, despreciando las instancias de tan mal consejo, proseguian en su trabajo, sin darle por entendidos, pudo tanto la continuacion de su persuasiva instancia, que reduxo hasta veinte de ellos à que le siguiessen en su fuga, con los quales diò vna noche de repente sobre el Real de las Minas, y matando con el furor de el primer impetu algunos de los Mineros, aprisionò los demàs, para que fuesse mas prolongado su martyrio, pues quitò la vida con cruelísimos tormentos à todos aquellos de quien èl, y sus compañeros (ò por averlos azotado, ò por otros motivos) se hallaban ofendidos, y à los otros diò luego libertad, quedando tan sobervio, y arrogante, que les mandò fuesse à la Ciudad, y de su parte advirtiesse à los vezinos, le aguardassen prevenidos, porque esperaba en breve passar à coronar con la muerte de todos su victoria; y queria fuesse mas plausible, con la gloria de averlos avisado.

A la fama de este suceso, y à las continuas persuasiones con que Miguel instaba à los demàs Negros, è Indios Ladinos le siguiessen, esperando conseguir la libertad à la sombra de su fortuna, se le fueron agregando poco à poco todos los mas que tra-

bajaban en las Minas, de fuerre, que se hallò en breve con ciento y ochenta compañeros, con los quales se retirò a lo mas interior de la montaña, y en el sitio que le pareciò mas apropiado, debaxo de fuertes palizadas, y trincheras, edificò vn Pueblo razonable, para establecer en èl su tyrania, donde viendose temido, y respetado de su gente, mudò la sujecion en vassallage, haziendose aclamar por Rey, y coronar por Reyna à vna Negra, llamada Guiomar, en quien tenia vn hijo pequeño, que porque tambien entrasse en parte de aquella Monarchia fantastica, y fuesse personage de la farca, fue luego jurado por Principe heredero de los delirios de el padre; y desvanecido Miguel con los aplausos de la Magestad, para que la ostentacion de el porte correspondiesse con la autoridad de el puesto, formò Casa Real que le siguiesse, criando todos aquellos Oficiales, y Ministros, que tenia noticia servian los Palacios de los Reyes; y porque su jurisdiccion no quedasse ceñida solo al dominio temporal, nombrò tambien Obispo, escogiendo para la Dignidad à vno de los Negros, que le pareciò el mas digno, y que en la realidad tenia derecho à pretenderla, y lo mas andado para conseguirla, pues por sus muchas letradurias, quando trabajaba en las Minas, lo llamaban todos el

Canonigo : quien luego que se viò electo , atendiendo como buen Pastor al bien espiritual de su Negro rebaño , levató Iglesia , en que celebraba todos los días Missa de Pontifical , y predicaba à sus ovejas los defectos que le dictaba su incapacidad , y producía su ignorancia.

Dispuesto por Miguél todo lo que le pareció mas necesario para el mejor gobierno de su nueva Republica , y prevenido de arcos , y flechas para los Indios , y de lanças , que labró de los almocafres para los Negros , con algunas espadas , que pudo recoger su diligencia , por no gastar el tiempo solo en las delicias de su Corte , sacò su gente à Campaña , y animandola con vna exhortacion muy dilatada , para que llevando adelante lo que tenían principiado , asegurassen con el valor la libertad perdida , marchò para la Nueva Segovia con fixa esperança de destruirla , sin mas orden Militar en sus Esquadras , que fiar los aciertos de su empresa à los horrores de vna noche obscura , entre cuyas tinieblas , llegando à la Ciudad sin ser sentido , la acometió à vn tiempo por dos partes , pegando fuego à diferentes casas ; y aunque en la confusion de aquel assalto repentino mataron à vn Sacerdote , llamado Toribio Ruiz , y otros dos , ò tres vecinos , los demás que pudieron con la priessa prevenirse , echan-

do mano à las armas , juntos en vn cuerpo hasta en numero de quarenta , hizieron cara à los Negros , embistiendoles con tanta resolucion , que matando à algunos , è hiriendo à muchos , los obligaron à bolver con apresurado passo las espaldas , hasta que amparados al abrigo de vn cercano monte hizieron alto , y reparamos los nuestros con recato , no quisieron passar mas adelante , por no exponerse à contingencia de malograr la victoria con algun accidente no pensado en el engaño de alguna emboscada prevenida.

Jamàs se persuadieron los vezinos de la Nueva Segovia à que el atrevimiento de Miguél passasse à tanto , que tuviesse osadia de acometer la Ciudad , aunque lo avia prometido , y el no aver hecho caso de su amenaza fue la causa para que los cogiesse descuidados ; pero desengañados yà con la experiencia , conocieron era preciso acudir con tiempo al castigo para extinguir aquella rebelion , antes que con la tardança se hiziesse impracticable el remedio ; y no arreviendose à executarlo por sí solos , luego que amaneciò dieron aviso al Tucuyo de lo sucedido aquella noche , y de el riesgo que amenazaba à todos , para que embiandoles socorro pudiesen con mas seguridad salir en alcance de los Negros : demanda à que correspondieron con tanta

puntualidad los de el Tocuyo, que juntando sin dilacion la gente que se hallaba en la Ciudad, la despacharon cometida à Diego de Lofada, à quien por su mucha experiencia Militar, y conocido valor, nombraron tambien los de la nueva Segovia por Cabo de la luy a, è incorporando vna con otra, salio tan aceleradamente siguiendo el rastro de los Negros, que antes que Miguèl tuviesse noticia de su entrada se hallò sobre las palizadas de su Pueblo.

No desmayaron los Negros aunque se vieron acometidos de repente, pues siguiendo à su Rey, que con la voz, y el exemplo los animaba à la defenfa, hizieron bien dudoso el vencimiento, por el teson con que peleaban obstinados, hasta que rendido Miguèl al golpe de dos heridas, acabò con su muerte el valor de sus Soldados, pues perdido el aliento al verse sin Caudillo, empezaron à retirarse temerosos, dando lugar à los nuestros, para que matando à vnos, y aprisionando à otros, pusiesse fin con el desvarato de todos à aquella sublevacion, que tanto llegò à temerse, por averla despreciado en sus principios; y terminando en tragedia las que fueron Magestades de farca, bolvieron la Reyna Guionar, y el Principe su hijo à experimentar en su antigua esclavitud las mudanças de su varia fortuna, pues se hallaron en la cadena abatidos, quando se juzgaban en el trono elevados,

CAPITULO IX.

LEVANTANSE LOS Indios Giraharas: viene por Governador el Licenciado Villacinda; y aunque procura sujetarlos, no lo consigue: entra Alonso Diaz à Tacarigua, y funda la Ciudad de Valencia.

FEncida la rebelion de los Negros con la muerte de su Rey Miguèl, bien pensaron los vezinos de la nueva Segovia quedarle sin embarazo que les pudiesse estorvar el beneficio de sus Minas, en cuyo interès tenian afiançada la conveniència para su manutencion; pero no bien se extinguiò aquel fuego, quando brotò otra llama, cuyo incendio por setenta y quatro años continuos, con repetidas muertes, insultos, y calamidades, abrasò la Provincia de calidad, que impossibilitada à los principios la labor, y perdida despues con el tiempo la memoria de la parte donde estaban los Veneros, quedaron hasta el dia de oy privados de la utilidad de sus metales; originandose esta desventura de la inquietud de los Indios Giraharas, Nacion tan valiente, como altiva, que tenia su habitacion en la Provincia de Nirgua, inmediata al asiento de las Minas, que movidos de el exem-

plar nocibo de los Negros , ò temerosos de que la riqueza que buscaban los Españoles se avia de conseguir à costa de su personal trabajo , tomaron con tanto empeño el embatazar la ocasion , que podia ser motivo de su servidumbre , que convocandose armados , dieron repetidos asaltos à las Minas , de suerte , que amedrentada la gente que asistia à su beneficio , no atreviendose à mantener mas el Real , lo desampararon de vna vez , retirandose à vivir à la Ciudad , aunque con el desconuelo de ser inevitable la pobreza que avia de seguirse à todos ; hasta que por el año de cincoenta y quatro llegó à Coro el Licenciado Villacinda , Governador nombrado por la Princesa Doña Juana , que por ausencia de el Emperador , su padre , gobernaba à España ; y aviendose determinado alli muy pocos dias , pasó al Tocuyo , y Nueva Segovia , donde informado por sus vecinos de lo sucedido con Miguel , y de el presente peligro en que se hallaban con el alçamiento de los Indios , determinò , con parecer de ambos Cabildos , que para el prompto remedio de aquel daño , y que pudiesen labrar se las Minas con seguro , se poblasse en ellas vna Villa de Españoles , pues avia bastante distrito para su jurisdiccion , sin perjudicar los terminos concedidos à la Nueva Segovia , repartiendo entre las personas que se avezindassen en ella

los Indios encomendados , que estaban en el contorno , para cuyo efecto hicieron dexacion de ellos los dueños propietarios , que los gozaban en feudo.

Determinada , pues , por conveniente esta resolucion , nombrò el Governador por Cabo para que la executasse al Capitan Diego de Montes , hombre celebre en aquellos tiempos , assi por su grande experiencia Militar , como por el raro conocimiento que tenia de las yervas saludables , y particular gracia con que curaba las heridas de flechas envenenadas , aplicando los anridoros segun reconocia la qualidad de los tosigos : prendas , que vnidas con otras muy singulares que lo adornaban , le adquirieron despues el nombre de Venerable , como tenemos yà referido en otra parte ; y armado con quarenta hombres escogidos , encaminò su marcha al rio de Buria , ahorcando , y empalando en el camino quantos Indios pudo coger de los rebeldes , assi por vengar las muertes , que avian hecho en algunos Españoles , como por atemorizar el País con el rigor , para que à vista del castigo pudiesse tener lugar el escarmiento ; hasta que reconocida la comarca , y examinado el terreno , buscando el sitio mas acomodado para hazer la poblacion , le pareció el mas apropiado à las riberas de vn rio , que muy cercano à las Minas corria , atravesando por la hermosura de vn vistoso

palmar, donde, en conformidad del orden que llevaba, fundò vna Villa, que intitulò de las Palmas; pero engañado con la vana presumpcion de su confianza, y persuadido à que los Indios Giraharas no tendrian atrevimiento para intentar novedades, con mas anticipacion de la que requeria el estado de la nueva Villa para asegurar su permanencia, la dexò encomendada à los Alcaldes, y se bolviò para el Tocuyo; y como en su compañía salieron tambien algunos, que eran vezinos de la nueva Segovia, y bolvian para sus casas, fueron tan pocos los que quedaron, que teniendo noticia poco despues de que los Indios trataban de acometerlos en la misma poblacion, no atreviendose à esperarlos, por la mala disposicion con que se hallaban para su defensa, avandonaron la Villa, retirandose todos à la nueva Segovia.

Este accidente fue de grande desconuelo para el Governador Villacinda, por ver con tanta facilidad frustrada toda su aplicacion, y diligencia, y malograda la esperança que siempre tuvo, de que sujetos los Indios con la fundacion de aquella Villa, bolveria à quedar corriente el beneficio de las Minas; pero como faltando estas se hallaban los vezinos sin remedio, por no tener otra cosa de que poder mantenerse, el año siguiente de cinquenta y cinco dispusieron segunda entrada, para

la pacificacion de los rebeldes, al cargo de Diego de Paradas, natural del Almendralejo en la Estremadura, vno de los treinta y nueve Españoles, que acompañaron à Phelipe de Utré en la memorable batalla que tuvo con los Omeguas; quien con treinta y cinco hombres bien armados salió de la Nueva Segovia à poner en execucion la diligencia; y aviendo corrido primero todo el País enemigo, haziendo diferentes castigos en los Indios, persuadido tambien como Diego de Montes à que seria bastante aquella demonstracion, para que temerosos los rebeldes no intentassen bolver à tomar las armas, poblò segunda vez la Villa, quitandola el titulo de las Palmas, y poniendola el de Nirgua, por averla fundado à las riberas del rio de este nombre, de quien le toma toda la Provincia; pero aunque mudò de sitio para su poblacion, no mejorò de fortuna para su consistencia, pues solo pudieren permanecer en ella sus vezinos el tiempo que durò la estacion apacible de el Verano; porque logrando los Indios despues la ocasion de las continuas aguas del Invierno, cuya molestia embarazaba à los Españoles para poder salir à cortar la tierra, y buscar bastimentos para su manutencion, bloquearon la Villa, acometiendola sin cessar à todas horas, de suerte, que aunque procuraron sus moradores defenderla con valor, viendo era imposible

faltos de viveres, contra el porfia-
do teson de tan molesto enemigo,
abandonaron la Villa, dexandola
despoblada.

Noticioso al mismo tiempo el
Governador Villacinda de la abú-
dancia de Indios que avia en la
comarca de la Laguna de Taca-
rigua, y la conveniencia que ofre-
cia la hermosura, y fertilidad de
su terreno para poder poblar en
ella vna Ciudad, y animado aun
mas con la esperança de que suje-
to, y reducido aquel contorno
podria servir de escala para em-
prender con mas facilidad la Con-
quista de los Caracas, que inten-
taba executar; juntò el mayor nu-
mero que pudo de Soldados de
las tres Ciudades de Coro, Tocu-
yo, y nueva Segovia, y nombran-
do por Cabo à Alonso Diaz Mo-
reno, vezino que entonces era de
la Borburata, lo despachò con
orden de que poblasse vna Ciu-
dad en las cercanias de la Lagu-
na: diligencia en que puso tanto
cuidado Alonso Diaz, que aun-
que los Indios procuraron estor-
varla à fuerça de sus armas, ven-
cidos siempre, y desvaratados por
el valor de Alonso Diaz, dieron
lugar à que atravesada la Provin-
cia, y reconocido el mejor sitio,
fundasse el mismo año de cin-
quenta y cinco la Ciudad de la
nueva Valencia de el Rey en vn
hermoso llano, à siete leguas dis-
tante del Puerto de la Borburata,
y poco mas de media de la Lagu-
na de Tacarigua, donde se con-

Ciudad de
Valencia.

serva hasta oy con vna Iglesia
Parròquial, rica de rentas, por la
gruessá parte que le toca del no-
veno y medio de los Diezmos, y
vn Convento del Orden de San
Francisco, con situacion muy
corta aun para la manutencion de
dos, ò tres Religiosos: Pudiera ser
Ciudad muy opulenta, por las
muchas conveniencias de que go-
za, si no hùviera padecido el in-
fortunio de averla quemado vnos
Corsarios Franceses, que el año
de seiscientos y setenta y siete en-
traron à saquearla, y si la cercania
de la Ciudad de Caracas no la hu-
viera arrastrado mucha parte de
lo mas granado de su vezindad:
contratiempos, que juntos con la
suma inutilidad, y poca aplicacion
de sus moradores, son causa fun-
damental de la gran diminucion
que experimenta.

CAPITULO X.

*TIENE NOTICIA FRAN-
cisco Faxardo de la Provincia
de Caracas, è intenta su descu-
brimiento: entra en los Guicás
Diego Garcia de Paredes,
y puebla la Ciudad de
Truxillo.*

Vivia por este tiempo en la
Isla de la Margarita (de
donde era natural) Francisco Fa-
xardo, hijo de vn hombre noble,
de su mismo nombre, y apellido,
y de Doña Isabel, India Cacica
de

de la Nacion Guaiqueri ; era Doña Isabèl nieta de vn Cazique, llamado Charayma, del Valle de Maya en la Provincia de Caracas, nombre con que (por vna Nacion asì llamada, que habitaba parte de su Costa) fue conocida desde el principio de su descubrimiento aquella parte de tierra, que con veinte leguas de latitud de Norte à Sur, ocupa quarenta de longitud, corriendo desde la Borburata para el Leste, comprehendida en los limites de la Governacion de Venezuela; era habitada esta Provincia en aquel tiempo de innumerable multitud de Barbaros de las Naciones Caracas, Tarmas, Taramaynas, Chagaragatos, Teques, Meregotos, Mariches, Arvacos, y Quiriquires, que poblaban separados la hermosa capacidad de su distancia. Y como Francisco Faxardo en distintas ocasiones oyese ponderar à Doña Isabèl, su madre, (por la tradicion que tenia de sus abuelos) asì esta diversidad de Naciones, como la fertilidad del terreno, la benignidad del clima, lo apacible del temperamento, la riqueza de las quebradas, y las demás excelencias singulares con que adornò naturaleza esta Provincia; siendo èl hombre de espiritus elevados, de vn corazon magnanimo, y de vna sagacidad imponderable, diò en discurrir, que le abria puerta la ocasion para colocarlo en superior fortuna, si llegando à descubrirla conseguia

la dicha de poblarla. Comunicò sus deseos con Doña Isabèl, su madre; y aunque, como muger prudente conociò las dificultades que traia consigo resolucion tan temeraria, sin embargo, movida con la esperança de los ascensos de el hijo, no solo aptò el dictamen, pero le inltò à que quanto antes executasse su intento.

Determinado, pues, Faxardo à poner en planta sus deseos, quiso conseguir con maña, lo que por sus cortos medios no le era posible con la fuerça; y animado de la propiedad con que hablaba todas las lenguas de la Costa, dexando las resultas de el suceso por quenta de la fortuna, saliò de la Margarita por el mes de Abril de el año de cinquenta y cinco en dos Piraguas, llevando en su compaña à Alonso Carreño, Juan Carreño, y Pedro Fernandez, todos tres naturales de la misma Isla, (los dos primeros hermanos suyos de madre) y con veinte Indios, vassallos de Doña Isabèl, y algunos pocos rescates, atravesò la corta distancia que ay de la Margarita à Tierra-Firme, y costeando la Provincia de Cumana, doblado el Cabo de Codera, llegò à tomar Puerto al rio de Chuspa, primer parage de la tierra que buscaba para su descubrimiento.

Con la noticia de su arribo, movidos de la novedad, por ver la gente Estrangera, baxaron luego à la Playa acompañados de cien

Indios, los Caziques Sacama, y Niscoto, Señores de aquel País, à quienes Faxardo, hablandoles en su idioma con aquella gracia natural de que le avia dotado el Cielo, les diò à entender, que el motivo de su viage era solo el deseo de su amistad, y la conveniencia de ajustar con ellos trato, si para poderlo hazer le permitiessen licencia. Aficionados se mostraron los Caziques al cariñoso agrado con que les habló Faxardo, y dándole seguridad para el desembarque, saltò en tierra con la cautela que pedia la ocasion en que se hallaba, donde rescataando algunas joyas, y chagualas de oro, hamacas, y bastimentos, fue tratado de sus huéspedes por espacio de tres dias con amor, y regalo, dexando con la comunicacion afiançada para adelante la amistad; y hecha despues la misma diligencia con el Cazique Guaymaquare, que vivia dos leguas mas abaxo, passò en busca de Naiguata, el mas poderoso Señor, que habitaba aquellas Costas, tio de Doña Isabèl su madre, porque era hijo de un hermano de su abuelo Charayma, en quien hallò Faxardo el mismo agasajo, y hospedage, que avia experimentado en los demàs; y despues que con el trato de algunos dias tenia la comunicacion engendranda familiaridad entre los dos, reconociendo Faxardo, que las muestras que descubria en la tierra correspondian en todo à las noticias que lo

avian empenado en su descubrimiento, pareciendole yà tiempo de poner en practica la maxima en que fundaba el conseguirlo, se declaró por Naiguata, descubriendole quien era: causa, para que assi el Cazique, como los demàs Indios, por razon de el parentesco le cobrasen tal amor, que dueño de la voluntad de todos, no se disponia cosa en los Pueblos, que no fuesse medida por las reglas de su advitrio; y valiendose de esta ocasion, como era de genio pròpito, y entendimiento muy vivo, tuvo arte para trabar correspondencia, y amistad con los Caziques, que habitaban la tierra adentro de la otra parte de la Serania, por cuyo medio se hizo capáz con entera comprehension de quanto encerraba, y contenia toda la Provincia en sí, hasta que pareciendole avia yà conseguido en este viage todo lo que necesitaba para el mas acertado logro de sus maximas, bien aprovechado con el interès de los rescates, y con harto sentimiento de los Indios, diò la buelta à la Margarita, aviendo consumido en este descubrimiento lo restante de el año de cinquenta y cinco; y entrado el de cinquenta y seis murió en la nueva Segovia el Governador Villacinda, dexando el Govierno à los Alcaldes Ordinarios de las Ciudades, para que lo administrassen cada qual en la jurisdiccion de sus distritos.

Luego que falleciò Villacinda,

da, con la noticia que tenían los de el Tocuyo de la Provincia de los Cuicas, que demora al Poniente de su Ciudad, y se estiende por mas de treinta leguas de tierra toda doblada, corriente de Norte à Sur desde las Sierras de Merida, que llaman los Páramos de Serrada, para la Ciudad de Carora, trataron de aplicar todos los medios posibles para sujetarla, movidos de los intereses, que esperaban adquirir con su conquista; porque aviendo entrado en ella el año de quarenta y nueve el Contador Diego Ruiz Vallejo de orden de Juan de Villegas à descubrir vnas Minas de oro, que se dezia aver en el Valle de Bocono, reconociò ser Provincia pingue, fertil de todo genero de frutos, y muy abundante de algodón, que era lo que por entonces aperecian mas los de el Tocuyo, por averse aplicado à la labor de los lienços de este genero, que texidos con primor, les servian de mercancia para traficarlos à otras partes donde tenían expendio, y estimacion.

Aprobada por los Alcaldes la determinacion de esta Conquista, encomendaron la empresa à Diego Garcia de Paredes, hijo natural de el otro, que con sus arrestos asombrò el mundo, quien huyendo de los incendios en que se abrasaba el Pirù con las alteraciones de Gonçalo Pizarro, se avia retirado à esta Governacion, queriendo mas perder el premio

de lo que avia servido en aquel Reyno, que ponerse à contingencia de que peligrasse su lealtad entre los alborotos de el Paysano, à quien estimaba como amigo, y amaba como à parente; y llevados para la jornada setenta Infantes, y vna dozena de Cavallos, con bastante numero de Indios Yanaconas, salió de el Tocuyo, y marchò para los Cuicas, cuya Provincia atravesò siempre al Poniente, buscando sitio acomodado para poder poblarle, sin que en la docilidad de aquella Nacion pacifica encontrasse oposicion, que pudiesse embarazar el progreso de su marcha, hasta llegar à descubrir la populosa poblacion de Escuque, situada en vn lugar eminente a las vertientes de el caudaloso rio de Motatán, (que naciendo en la cumbre de los Páramos de Merida, corre à incorporar sus aguas con las de la gran Laguna de Maracaybo) donde pareciendole à Paredes parage acomodado, por las conveniencias de el sitio, fundò el mismo año de cinquenta y seis la Ciudad de Truxillo, honrando su nueva poblacion con el nombre de la que veneraba por madre en la Estremadura; y aviendole nombrado Justicia, y Regimiento para la ordinaria administracion de su govierno, y repartidos los Indios de Encomiendas entre sus Pobladores, se bolviò para el Tocuyo à dar quenta de lo que dexaba obrado.

Ciudad de Truxillo.

Con

Con la ausencia de Paredes, saltos de Superior, y de respeto algunos mozos, que avian quedado avezindados en la nueva Ciudad, dexandose llevar de la inclinacion juvenil de sus pocos años, empezaron à abusar de la pacífica naturaleza de los Indios, y corriendo desvaratados tras el torpe apetito de sus malos deseos, no contentos con robarles el corto omenage de sus pobres alhajas, passaron sin recato, ni temor a la obscenidad de aprovecharse de sus hijas, y mugeres, con tan poco miramiento, que no reulaban executar operaciones tan feas, aunque fuesse à la vista de los mismos ofendidos; y como no ay paciencia à quien no irrite la sinrazon de vn agravio, no pudiendo sufrir los Indios los que experimentaban repetidos, trocando la mansedumbre de su natural pacifico en vn furor mas que barbaro, tomaron las armas vna tarde para buscar vengança à sus ofensas, y mataron quantos Españoles pudieron encontrar divertidos en los entretenimientos de su lascivia escandalosa; passando luego con numerosas tropas, que tenian prevenidas de toda la Provincia, à poner estrecho cerco à la Ciudad, (que avia dexado Paredes ceñida con vn fuerte palenque de maderos) reduciendo à sus vezinos à tan conocido aprieto, que si no acudiera à socorrerlos con alguna gente de refresco el mismo Don Diego Garcia de Paredes (à quien

avian avisado desde el principio de esta revolucion) sin duda con-
 siguieran los Indios el intento de que no quedasse Español vivo; pero desvaratados los Barbaros con su llegada, aunque se vieron obligados à levantar el sitio, no fue bastante el descalabro que tuvieron en sus Tropas para que perdies-
 sen el corage, ni disminuyesse el rencor que avian cobrado contra la sinrazon Española, pues refor-
 çados de nuevos Esquadrones, sin que los acobardasse el temor de los muchos que motian, bolvie-
 ron à repetir los assaltos con tan posada obstinacion, que hallandose yà Paredes con diez Infantes
 menos, y otros muchos heridos, tuvo por imposible poderse man-
 tener contra la fuerza de vna ino-
 cencia ofendida; y mas quando
 procurando reducirlos à concor-
 dia, con olvido de lo passado, no
 proponia medio para la paz, que
 no fuesse en los Indios nuevo in-
 centivo para continuar la guerra:
 y assi, dexando la pacificacion de
 aquella Provincia para otra oca-
 sion mas oportuna, valiendose de
 el silencio de la noche, y de la tra-
 za de dexar muchas lumbres en-
 cendidas, y algunos perros amar-
 rados, para que oyendoles ladiar
 no conocies-
 sen los Indios la reti-
 rada, desamparò la Ciudad, con
 gran porcion de ganados, que
 avian introducido los Españoles,
 assi para su sustento, como para
 el multiplico; y cogiendo la mar-
 cha à passo largo, sin que lo sin-
 ties-

1557. tiesen los Indios, se bolvió para el Tocuyo yá en dias del año de cinquenta y siete.

CAPITULO XI.

NOMBRA LA AUDIENCIA
*por Gobernador à Gutierrez de la Peña : entra Diego Romero à los Giraharas : buel-
 ve Faxardo à los Caracas : funda el Pueblo del Rosario,
 y despues lo desam-
 para.*

S Abida en Santo Domingo la muerte del Licenciado Villacinda, nombrò luego la Audiencia en su lugar por Gobernador interino à Gutierrez de la Peña; quien aviendo llegado à Coro muy à los principios del año de cinquenta y siete, recibido al exercicio de su empleo, pasó sin detenerse à la Ciudad del Tocuyo, donde con la noticia de su arribo ocurrieron los vezinos de la nueva Segovia à solicitar remedio para la restauracion de sus Minas de San Phelipe de Buria, sin cuyo beneficio era imposible mantenerse, por no tener otra grangeria con que poder sustentarse; y hecha su representacion al Gobernador, deseando este concurrir por su parte à utilidad tan comun, despachò con cinquenta hombres à Diego Romero, para que aterrorizando à los Indios Giraharas con los castigos que pu-

diessè obrar en ellos, poblasse otra vez la Villa, y à la sombra de este resguardo bolviessè à quedar corriente la labor de los metales.

Hizolo así Romero, y trasgada la Provincia, executando en los Indios quantas hostilidades le permitiò la ocasion, teniendo por mas seguro el parage mas cercano para la fundacion de la Villa, la poblò en el mismo Real, que avia sido de las Minas, con nombre de Villa-Rica; pero despues, aviendo reconocido algunas incomodidades en la mala disposicion del sitio, en tiempo del Gobernador Pablo Collado la mudaron à las orillas de el rio de Nirgua, con nombre de la nueva Xeréz, donde solo pudo permanecer hasta el año de sesenta y ocho, en que obligados sus vezinos de las hostilidades, y daños que recibian de los Indios, se vieron obligados à despoblarla; y aunque el año siguiente de sesenta y nueve de orden del Gobernador Don Pedro Ponce de Leon la bolvió à reedificar Juan de Mora, experimentò en su poca consistencia los mismos contratiempos de su mala fortuna; hasta que el año de seiscientos y veinte y ocho (como referirèmos en la Segunda Parte de esta Historia) con general exterminio de la Nacion Girahara, la poblò el Gobernador D. Juan de Meneses y Padilla en la parte donde oy permanece, con el nombre de nuestra Señora de la Victoria del Prado de Talavera.

Dexamos à Francisco Faxardo en la Isla de la Margarita de buelta del primer viage que hizo à la Costa de Caracas; y aunque animado con el buen principio que tuvo en su descubrimiento, deleyò bolver quanto antes à proseguirlo: como sus fuerças eran pocas para empreſſa tan ardua como la que pretendia, le fue preciso detenerſe, buscando forma para la prevencion de algunas cosas necessarias à la seguridad de sus intentos, hasta el año de cinquenta y ſiete, en que ſaliò ſegunda vez de la Margarita, trayendo conſigo à Doña Iſabel, ſu madre, como prenda en quien tenia aſiançada la eſperança de ſu dicha en las maximas de ſu idèa; y acompañado de ſus dos hermanos Juan Carreño, y Alonſo Carreño, de Pedro Fernandez, Martin de Jaen, Frinçisco de Caceres, y Cortès Richo, eſte de Nacion Portuguès, y los otros naturales todos de la Margarita; cien Indios Guayquerries, vaſſallos de ſu madre; algunas armas, y reſcates, que fue quanto pudo prevenir con el limitado poſſible de ſus cortos medios, atriavesò à la tierra firme, ſi bien conſiderando que era muy poco el numero de gente que traia para poder poblar como deſcaba, ſin querer paſſar por entonces à la Costa de Caracas, ſe quedò en el puerto de Piritu, treinta leguas mas à Barlovento, de cuyo territorio eran Caciques dos Indios, yà Chriſtianos, que aſcio-

nados à la Nacion Eſpañola, aſſiſtiendo en la Isla de Cubagua al trato de las perlas, avian recibido el Bautiſmo, y ſe llamaban Don Alonſo Coyegua, y D. Juan Cavallo, con quienes tenia Faxardo eſtrecha correſpondencia, y amiſtad, y con el motivo de viſitarlos quiſo hazer eſcala en aquel Puerto, donde gozando del regalo con que lo ſeſtejaron los Caciques ſe detuvo algunos dias, logrando por eſte medio adquirir otros cinco compañeros, que fueron Juan de San Juan, de nacion Vizcayno, Abraham de Eſſe, Flamenco, Francisco de Robles, Juan de Burgos, y Gaſpar Thomàs, que por accidentes del mar, derrotados de Maracapana, llegaron en vna Pyragua à aquella Costa.

Viendose yà Faxardo con onze Eſpañoles que le ſeguián, determinados à no deſampararlo en qualquier lance de ſu fortuna, cobrò nuevo aliento para proseguir en la reſolucion de la Conquiſta, que tenia premeditada, y por no dilatar mas el emprenderla, ſaliò de Piritu, llevando conſigo al Cacique D. Juan Cavallo, que con cien Indios de ſus vaſſallos quiſo moſtrar la fineza de ſu amiſtad acompañandole; y doblado el Cabo de Codera, llegó à tomar tierra vn poco mas à Soravento del Puerto de Chuſpa, en el ſitio que llaman el Panecillo, donde con la noticia de ſu arribo concurrieron luego à viſitarle los Caciques Payſana, y Guaymaquare, y otros

otros circunvezinos de la Costa; porque era tal el dominio que avia adquirido Faxardo sobre todos, así por la gracia natural de conciliar voluntades con que le avia adornado el Cielo, como por la perfeccion con que hablaba qualquier lengua de los Indios, y lo principal por los respetos de su madre, à quien veneraban por Cacica de su Nacion, que donde quiera que èl estava no se movia cosa entre los Indios, que no fuesse à la disposicion de su alvedrio; y como en esta ocasion llevaba à Doña Isabel consigo, creció tanto el amor con su presencia, que luego que la vieron los Caciques la pidieron con instancia, se quedasse à vivir con ellos, ofreciendola, para obligarla mas, todo el Valle del Panecillo, para que pudiesse tener en èl sus labranças, y asistencia.

Este era el fin à que siempre avia tirado Faxardo en sus discursos, y la maxima en que tenia fundada la esperança de conseguir sus intentos, y viendola yà lograda conforme la avia pensado, aceptò sin repugnancia la oferta de los Caciques; pero como èl se avia introducido en este descubrimiento por sí solo, sin tener mas jurisdiccion, que la que se avia adquirido de su propia autoridad; hallandose yà en estado que le precisaba à poblar, para afiançar en aquel principio los medios de su Conquista, no se atrevió à passar mas adelante sin tener el consen-

timiento del Governador de esta Provincia, à quien (por estar entre los limites de su distrito) tocaba el concederle el permiso, y darle la facultad; y así para conseguirlo, dexando en el Panecillo entretenida su gente en levantar algunas casas de paja en que poder alojarse, se metió en vna Pyragua con solos dos compañeros, y algunos Indios de boga, y tiró la Costa abaxo, navegando las quarenta leguas que ay hasta el Puerto de la Borburata, à cuya jurisdiccion pertenecia por entonces toda aquella Costa, por ser la Ciudad que estava poblada mas à Barlovento en esta Governacion; y aviendo dado quenta à su Cabildo de lo que dexaba obrado, pasó à buscar al Governador Gutierrez de la Peña, à quien hallò en el Tocuyo, y comunicada con èl su pretension, tuvo tan buena fortuna en su despacho, que consiguió le diese titulo, para que en su nombre pudiesse gobernar toda la Costa, desde la Borburata, hasta Maracapana, con poder, y facultad para poblar todas las Villas, y Lugares, que le pareciesen convenientes, para assegurar mejor lo que fuesse conquistando.

Satisfecho Faxardo de aver negociado con el Governador quanto pudo imaginar el deseo, volvió para la Borburata, y de allí al Panecillo, en demanda de su gente, que cuidadosa con su ausencia, vivia con temor de su tardança; y hallando perfeccionadas las ca-

las, que dexò puestas en obra al tiempo de su partida, en virtud de los poderes que traia de Gutierrez de la Peña, luego que llegò fundò una Villa en la misma rancheria, con título del Rosario, si bien con tan poco numero de vezinos, como el tenia de Soldados; pero aunque esta poblacion à los principios fue muy del agrado de los Indios, por la aficion que con el trato avian cobrado à los nuestros, despues empezando à experimentar algunas bejaciones en el violento proceder de los Soldados, empezò tambien à resfriarse aquel amor con que avian deseado tener en su compañía à Faxardo; y creciendo las molestias con descaro al passo que los Indios las toleraban con disimulo, llegaron à apurar tanto el sufrimiento, que arrepentidos de aver buscado por su mano los daños que padecian con la amistad Española, se resolvieron à remediar con las armas el yerro de su imprudencia: Y aunque en la Junta que hizieron los Caciques para disponer el modo, fue de parecer Guaymaquare, que antes de llegar à rompimiento se usasse de los medios que permite la cordura, pues siendo el fin librarle de la opresion que padecian, podia lograrse el intento, sin que fuesse necessaria la violencia, requiriendo à Faxardo en amistad desamparasse la Villa, y se retirasse à la Margarita con su gente, pues aviendola poblado con consentimieto de ellos,

se quexaria con razon, de que faltandole à la fee prometida en el permiso, se hallaba acometido de las armas antes de saber la causa que obligaba à tal mudança; sin embargo el Cacique Payfana, ò por ser de natural mas altivo, ò porque se sentia el mas agraviado de la mala correspondencia de los nuestros, sin admitir lugar para la espera determinò se passasse luego à la vengança; sobre que altercandò Guaymaquare por defender su opinion, se llegaron à travar de suerte, que echando mano à las macanas huviera de paràr en desafío, si el Señor de Carvao no entràra de por medio à componerlos.

No se le ocultò à Faxardo la Junta de los Caciques, ni la resolucion que avian tomado (persuadidos de Payfana) de lançarlo à fuerça de armas, porque Guaymaquare haziendo punto de conservar su amistad, le avisò luego de todo, para que disponiendose à la defensa, se hallasse prevenido en la expugnacion que le esperaba; y assi, sin perder tiempo en los reparos, retirandose lo mas que pudo àzia la orilla del mar para tener seguras las espaldas en el flujo, y refluxo de sus olas, fortaleciò el recinto de su Pueblo, cercandolo con dobles estacadas; y fiando la Centinela à buenas Guardias, esperò el acometimiento de los Indios, que capitaneados de la arrogancia de Payfana, no tardaron muchos dias sin ama-

necer vna mañana à vista de la Villa ; y entre el estruendo de aquella vozeria , que vsan en semejantes ocasiones , lo mismo fue llegar , que acometerla con tanto denuedo , y desahogo , que intentaron rendir las palizadas ; pero aunque pocos , tenia Faxardo tan bien dispuestos sus Soldados , y repartidos los Indios , así Guayqueries , que traxo de la Margarita , como Piritus , que le dió Don Juan Cavallo , que abrigados de la estacada , y sirviendoles de troneras las juntas de los maderos , los vnos con las espadas , y los otros con las flechas hizieron tan considerable mortandad en las Tropas de Payfana , que se vió obligado à desistir de el asalto ; pero como el odio concebido contra los nuestros ardía implacable en el corazon de aquel Barbaro , no fue bastante el menoscabo de sus huestes para que mitigasse su violencia ; antes enfurecido mas por la defensa , trató de apretar el sitio para rendir la Villa por asedio , valiendose al mismo tiempo de la traycion de emponçonar las aguas de vnos pozos , donde bebían los cercados , para que faltos de aquel recurso tan preciso , no les quedasse esperança en que afiançar el escape.

Bien quisiera Faxardo , à vista de tanto riesgo , desamparar la Villa , y retirarse ; pero como precisamente lo avia de executar por el mar , se halló impossibilitado de poderlo practicar por falta de Em-

barcaciones , pues maltratadas sus Pyraguas de los rigores de el Sol , y humedad de las mareas , necesitaban de vna carena de firme para poder navegar ; y así , en el interin que conseguia componerlas , por no estár ocioso con las armas , y quebrantar vn poco la altivéz de el Enemigo , determinó acometerlos en su mismo alojamiento , fiando à los accidentes de vn encuentro los sucesos de su fortuna ; y dexando dentro de los reparos de su fortificacion solos veinte Indios para el seguro , y escolta de Doña Isabél , su madre , dividió la demás gente en dos Esquadras , vna que avia de gobernar él , compuesta de sus once compañeros , y los Indios Piritus de el Cacique Don Juan Cavallo ; y la otra solo de los Guayqueries de la Margarita , capitaneados de Diego Guerra , Indio valiente , y arriesgado , salió de el recinto de sus palizadas en el silencio de vna noche obscura à tan buena coyuntura , y ocasion tan acomodada , que hallando dormido todo el Campo de Payfana , tuvieron lugar cada Esquadra por su parte de ensangrentar bien las manos , poniendo en confusion , y desvarato el Exercito Enemigo , pues aunque recobrados los Indios de el susto que causó la mortandad de aquel primer abance , se portaron tan valerosamente , que obligaron à Faxardo à retirarse à la Villa ; quedaron tan quebrantados con la muerte de sus mas valientes

guerreros, que no atreviendose Payfana à esperar segundo acometimiento, levatò el sitio aquella misma noche, poniendo en salvo las reliquias de su Exercito deshecho.

Libre Faxardo de el aprieto en que se avia visto con el cerco, tratò de componer quanto antes sus Pyraguas para retirarse à la Margarita, así por dár lugar à que passasse aquella tempestad, y conmocion furiosa de los Indios, y poder despues en tiempo mas oportuno proseguir en su Conquista, como porque aviendose inficionado las aguas de los pozos con el veneno que les echò Payfana, eran muchas las enfermedades que la corrupcion avia causado en su gente, de que morian repentinamente algunos de los Guayqueries, y Piritus, siendole lo mas sensible aver fallecido tambien de el mismo modo su madre Doña Isabèl, pèrdida para Faxardo de considerable consecuencia, por ser en coyuntura tan virgente: motivos, que juntos todos, le obligaban à accelefar con mas priessa su partida; pero estando para executarla, recibìò vna embaxada de Payfana, en que manifestando arrepentimiento de lo obrado, le pedia licencia para venirlo à ver, y concedida libremente por Faxardo, sin que precediesse mas seguridad, que la confianza en su palabra, entrò en la Villa, acompañado de otros sesenta Gandules, à tiempo que el

Cacique Guaymaquare embiò à prevenir à Faxardo estuviessè con cuidado, sin fiarse de la simulacion, y cautela de Payfana, porque el fin à que tiraba con aquellos fingimientos solo era à buscar oportunidad para matarlo; cuyo aviso alterò tanto à Faxardo, que sin aguardar à mas prendiò à Payfana, y todos sus compañeros, y sin otra justificacion, que la que dictò su colera, saltando à la publica fee de su palabra, lo ahorcò de la cumbrera de la casa, pasando por el rigor de semejante injusticia otros diez Indios, los que le parecieron mas principales de los que traxo consigo: accion indigna de vn corazon magnanimos! y que amancillò mucho la fama de Faxardo, pues para tan cruel violencia nunca pudo hallar razon que passasse por disculpa; y teniendo aquel castigo por bastante satisfaccion para su enojo, poniendo en libertad los demás Indios que tenia aprisionados, recogìò su gente à las Pyraguas, y dandose à la vela, bolviò à la Margarita por fines de el año de cinquenta y ocho, y quasi al mismo tiempo muriò en Coro el señor Obispo Don Miguèl Geronimo Ballesteros, en cuyo lugar presentò su Magestad para esta Sede al señor Don Fray Pedro de Agreda, Religioso Dominico, siendo Cathedratico en el Colegio de San Gregorio de Valladolid; y aunque su venida à esta Provincia se dilatò hasta el año

1558,

Gil. Gons.
The. Ech

de sesenta, nos ha parecido anticipar la noticia en el año de su presentacion, por si acaso despues no huviere oportunidad de referirla.

CAPITULO XII.

PUEBLA FRANCISCO
Ruiz en los Cuicas à Miravèl:
viene por Governador Pablo
Collado: restituye la Conquista
à Diego de Paredes, quien
reedifica la Ciudad
de Truxillo.

ENterado el Governador Gu-
 tierrez de la Peña de lo suce-
 dido en la Provincia de los Cui-
 cas, y de las causas que procedie-
 ron para la desolacion de la nueva
 Truxillo, al mismo tiempo que
 se hallaba informado de la gran
 fertilidad de aquel terreno, la
 abundancia de naturales que lo
 habitaban, y el mucho jugo que
 se podia sacar de País tan pingue,
 tuvo por acertado no dexar de la-
 mano su Conquista, à que insta-
 ban con esfuerço los de el Tocu-
 yo, por el interès que se prometian
 de la saca de algodón para la fa-
 brica de lienços, que avian to-
 mado por grangeria para su trato;
 pero como quiera que entre el
 Governador, y Diego Garcia de
 Paredes avia avido en otros tiem-
 pos alguna enemistad, y oposi-
 cion, de que aun duraban calien-
 tes las cenizas, determinado à que

se bolvièsse à hazer segunda en-
 trada, no quiso encomendarla
 à Paredes, y con publico desayre
 de las prendas, y servicios de vn
 hombre de tantos meritos, nom-
 brò por Cabo à Francisco Ruiz,
 vezino del Tocuyo; quien llevan-
 do en su compaña à Alonso Pa-
 checo, Francisco Grateròl, Bar-
 tholomè Escoto, Alonso Andrea de
 Ledesma, Thomè de Ledesma, su
 hermano, Sancho Brizeño, Gonça-
 lo Ossorio, Francisco Infante, Fran-
 cisco de la Baltida, Geronimo de
 Carmona, Gaspar Cornieles, Die-
 go de la Peña, Juan de Segovia,
 Lucas Mexia, Agustín de la Pe-
 ña, Pedro Gomez Carrillo, Luis
 de Villegas, Juan de Aguirre,
 Francisco Ruiz, Juan de Bacna,
 Francisco Moreno, Gaspar de Li-
 zana, Lope de Encira, Luis de
 Castro, Juan Benitez, Francisco
 Teràn, Andrès de San Juan, Vi-
 cente Riveros, Juan de Miranda,
 Rodrigo Castaño, Francisco Xa-
 rana, Pedro Garcia Carrasco, Luis
 Quebradas, Juan de Bonilla, Her-
 nan Velazquez, Francisco Pala-
 cios, Pedro Gonçalez de Santa
 Cruz, Juan de Miranda, Estevan
 de Viana, Gregorio Garcia, y
 otros, hasta el numero de ochenta,
 los mas de los que avian entra-
 do con Paredes, tomò la buelta de
 los Cuicas, penetrando su Provin-
 cia hasta el Valle de Bocono, don-
 de hizo alto, con fin de compo-
 ner las armas, y labrar escaupiles,
 por aver reconocido la inquietud
 que su entrada avia causado en los

Indios, y la altivèz con que se hallaban despues que obligaron à Paredes à despoblar à Truxillo.

Al mismo tiempo que Francisco Ruiz saliò del Tocuyo à esta Conquista, saliò tambien de la Ciudad de Merida (recien poblada por Juan Suarez) Juan Maldonado, encomendada de la misma Provincia de los Cuicas, y atravesadas las Sierras Nevadas con la fatiga que le fue precisa para tolerar sus yelos, llegò al vltimo Valle de el País, que ocupan los Timotes, donde aquartelò su gente, y dexandola en sitio acomodado, passò solo con veinte hombres à descubrir las tierras que corren para el Norte, por cuyo rumbo vino à dar por principios de el año de cinquenta y nueve al Valle de Bocono, donde estaba Francisco Ruiz acosado con su Campo; y como à pocos passos encontrasse con dos de sus Soldados, que se divertian cazando, informado de la gente que era, y de donde avian salido, les mandò dixessen à su Capitan desamparasse luego la Provincia, y buscasse otra parte en que poblar, por pertenecer aquella à la jurisdicció de su Conquista: embaxada de que recibì muy poca alteracion Francisco Ruiz, pues haziendo poco caso de las brabatas de Maldonado, remitiò su despique à otro recado; y aunque se fueron travando de palabras, hasta llegar à desafiarse, considerada la materia con mas maduro acuerdo

de ambas partes, patò la polvarada en que Maldonado se retirò al Valle donde avia dexado su Campo aquartelado, y Francisco Ruiz con el suyo fue à la poblacion de Escuque, donde Paredes avia fundado à Truxillo; y aunque hasta entonces no avia tenido intencion de poblar en aquel parage, picado por las palabras desatentas de Maldonado, determinò reedificar la Ciudad, como lo hizo, si bien por no conformarse con la primera fundacion, le quitò el nombre de Truxillo, y la intitulò Miravèl, nombrando Alcaldes, y Regidores, y repartiendo los Indios de Encomienda entre los vezinos pobladores; de que agraviado Maldonado, atribuyendo semejante operacion (executada à su vista) à menosprecio de su valor, y desayre de su punto, bolviò segunda vez à repiquetearse con Francisco Ruiz, interviniendo de ambas partes recados tan desatentos, y palabras tan picantes, que llegaron à extremo de perderse; pero metiendo la mano à componerlos las personas mas bien intencionadas de ambos Campos, tomaron por acuerdo, que Maldonado se bolviessse à Merida, asentando por terminos de su Conquista todo el País de los Timotes; y Francisco Ruiz se quedasse en Miravèl, comprendiendo dentro de la suya las tierras, y Provincia de los Cuicas; y de esta suerte quedaron divididas las jurisdicciones de las dos

dos Audiencias de Santo Domingo, y Santa Fe, esta à la parte de el Sur, y aquella à la de el Norte: diferencia, que hasta entonces no se avia podido componer, pues avian corrido sin que alguna de las dos supiese hasta donde llegaban los terminos de su distrito.

Bien descuidado quedò Francisco Ruiz con esta disposicion, no discurriendo pudiesse ofrecerse accidente, que perturbasse la quieta possession en que se hallaba de su nueva Miravèl, quando por el mismo año de cinquenta y nueve llegó al Tocuyo el Licenciado Pablo Collado, proveído por el Rey en el Gobierno, y Capitanía General de la Provincia, en lugar de el Licenciado Villacinda; y como à Diego Garcia de Paredes le avia herido en lo mas vivo de el sentimiento el desayre que le hizo Gutierrez de la Peña, quitandole la Conquista de los Cuicas, ocurriò luego ante el nuevo Gobernador à manifestar su agravio; y atendida la demanda por Pablo Collado con el conocimiento de la razon que le asistia en la expresion de su queja, revocò los poderes dados à Francisco Ruiz, y despachò nuevo título à Paredes, con orden para que reconocido por Cabo Superior de la gente que estaba en Miravèl, pudiesse reedificar, ò poblar en la parte que tuviesse por mejor, haziendo nueva eleccion de Regimiento, y Justicia.

Con esta facultad, y algunos Soldados de su sequito, salio Paredes de el Tocuyo, y llegado à Miravèl manifestò su comission en el Cabildo, donde recibido sin dificultad al exercicio de su empleo, la primera diligencia que hizo en virtud de los poderes que llevaba, fue, restituir à la Ciudad el nombre primitivo de Truxillo, si bien le durò poco por entonces, porque reconocidas con brevedad las incomodidades de continuadas lluvias, repetidas tormentas de truenos, y relampagos, y la mucha humedad de aquel contorno, conseguida licencia del Gobernador para mejorar el sitio, mudò la Poblacion à la cabecera de vno de los Valles, que corren à las riveras de el rio de Bocono, por estar en el centro de los Cuicas, y poder con mas comodidad atender à su Conquista; pero fue tan desgraciada esta Ciudad en sus principios, que sin hallar sus pobladores lugar que les agradasse para su existencia, anduvo muchos años, como Ciudad portatil, experimentando mil mudanças, pues aunque este de Bocono pareciò el mas apropiado por entonces, aviendo algunos dias, despues que se fundaron en el, originados ciertos disgustos entre el Gobernador Pablo Collado, y Diego de Paredes, este, ò sentido, ò receloso, declinò jurisdiccion, y dexando esta Provincia, se pasó à vivir à Merida: accidente, que

fue la total ruina de Truxillo, pues apenas faltò el respeto de Paredes, quando divididos en parcialidades sus vezinos, se empezaron à consumir en discordias; y separados en vandos, vnos querian permaneciesse la Ciudad en aquel sitio, y otros, que la mudassen à otra parte; y siendo los de esta opinion mas poderosos en tiempo que governò la Provincia el Licenciado Bernal, desconfiguieron el permiso para la transmigracion que pretendian, y à pesar de los de el contrario dictamen mudaron la Poblacion à vna sabana, que llamaban de los Truenos, (por vna tempestad que en ella padeciò Juan Maldonado) à las orillas del rio de Moratàn, donde no pudiendo conseguir logro de las sementeras, por la gran plaga de hormigas que las destruia, ni multiplicò en los ganados, por el menoscabo que ocasionaban los tigres, no les fue posible permanecer muchos dias, y de su propria autoridad, sin consentimiento ni permiso de el Governador, cargaron con la Ciudad à otro lugar mas incomodado, quatro leguas mas abaxo de el mismo rio, en el centro de vna montaña tan aspera, humeda, y poblada de mosquitos, hormigas, tigres, y otras sabandijas, que perseguidos de tanta calamidad, blasfemaban de sus discordias, por aver sido la causa para padecer desdichas: siendo lo mas sensible entre la multitud de sus trabajos, aver

dado en vn temperamento tan nocibo, que perdiendo la salud, descoloridos, y hipatos, representaban à la vltima, mas forma de hospital, que de Republica.

Y aunque con el conocimiento de sus yerros ocurrieron à representar sus miserias à Don Pedro Ponce de Leon, que sucediò en el Gobierno al Licenciado Bernaldez, ò fuesse porque experimentassen el castigo de su liviandad en la trabajosa tarèa de sus fatigas, ò por otros ocultos motivos que tuviesse, nunca quiso conve nir en concederle licencia para mudarse à otra parte, hasta que muerto Don Pedro, logrando la ocasion de su vacante, se passaron seis leguas mas al Leste al Valle de Pampan, donde tampoco pudieron permanecer, por ser la tierra muy humeda, y muy calida en extremo; y assi el año de quinientos y setenta, cansados yà de tanto peregrinar, deseando tomar asiento fixo para poder descansar, y que se acabassen las discor dias, que los avian puesto en tal estado, tomaron por Abogada, y Patrona de la Ciudad à nuestra Señora de la Paz, è hicieron la vltima mudança al sitio en que oy permanecen, que es vn Valle de temperamento sano, y muy templado; y corre de Norte à Sur quasi vna legua; pero de Leste à Oeste tan angosto, que solo dà capacidad para dos calles hasta la mitad de la Ciudad, donde estrechandose algo mas, solo per-

mite corra la restante en vna; y parece les sirvió la proteccion que buscaron en el amparo de la Virgen Santissima de la Paz para su comun quietud, pues fenecidos los disturbios que tanto los molestaron, se ha mantenido aquella Republica hasta los tiempos presentes con tan general sosiego, y vnion entre los vezinos, que solo por cumplimiento necesitan de Justicia; pues en igual conformidad vnos con otros, ni saben lo que es litigio, ni conocen la discordia; y deben tal beneficio al benigno influxo de su Cielo, que basta saber, que vno ha nacido en Truxillo, para que en la comun estimacion sea reputado por de afable natural, de noble trato, y de vna intencion sana, y sin malicia.

Determinados, pues, à mantener la Ciudad en aquel Valle, empezaron à fabricar costosas casas, vnas de piedra de silleria, y otras de ladrillo, y tapia; y llevados de aquella vanidad con que los hombres procuran eternizar su fama para la posteridad, adornaron las portadas de vistosos Escudos con sus Armas, vinculando la memoria de el lustre de su nobleza; y pusieron tal cuidado en el aumento, y forma de su nueva poblacion, que llegó con brevedad à ser vna Ciudad muy opulenta, por el mucho trato de sus frutos, principalmente de el cacao, à cuya labor se dedicaron sus vezinos, plantando en los Valles de

Pocò quantiosas arboledas de este genero, que conducido por la Laguna de Maracaybo à Gibraltar, los haziapoderosos, por las grandes porciones de plata, que producía su retorno; pero trocada despues la felicidad en contratiempos, experimentò esta Ciudad tales desdichas, que à fuerça de sus muchos infortunios, apenas conserva oy la sombra de lo que fue, pues perdidas las arboledas de cacao con las inúdaciones de el rio, quedó sin trato, ni comercio, faltándole el nervio principal que producía su riqueza: trabajo à quien siguiò la desgracia de saquearla el año de seiscientos y setenta y ocho el Pyrata Francès Monsiur Gramon, con tanta inhumanidad, que sin que le movièssè à compasion lo sumptuoso de sus fabricas, quemò los edificios, reduciendo à cenizas su hermosura; pero no obstante es habitada al presente de mas de trecientos vezinos, muchos de ellos de notoria calidad, y conocida nobleza, y entre ellos vn Mayorazgo, que goza la Familia de los Cavalleros Cobarruvias, descendientes de Gaspar Cornieles, vno de sus Pobladores.

Mantiene vna Iglesia Parroquial, asistida de dos Curas Rectores; dos Conventos de Religiosos, vno del Orden de Santo Domingo, y el otro de San Francisco, con vn Templo à lo moderno de vistosa, y galana arquitectura; vna Ermita de nuestra Señora de Chiquinquira, donde està funda-

do vn Hospital; y vn Monasterio de Monjas Dominicadas, sujetas al Ordinario, que siendo vn Erario de virtudes, es vn primor de curiosidades, por las muchas que fabrican sus Religiosas, con especialidad en costuras, y labores de pita: es Lugar muy regalado, y abundante, por la gran fertilidad de su comarca, y los muchos Indios que tiene en su distrito; produce trigo en abundancia, cevada, maiz, algodón, garbanços, y otras semillas; labrase mucho, y regalado azúcar, de que se fabrican exquisitas conservas; danse hermosísimos repollos, lechugas, y demás verduras todo el año; todas las frutas de la America, y muchas de las de la Europa, como son manzanas, membrillos, granadas, higos, y vbas; cria en sus pastos muy buenos carneros, mucho ganado de cerda, gallinas, pabos, y otras aves, sin que le falte cosa de quanto se puede apetecer para el regalo; pero en medio de tantas conveniencias padece vn defaecto grande esta Ciudad, que algunos atribuyen à sus aguas, y yo soy de essa opinion, y es criarse en las gargantas de sus habitantes, principalmente en las mugeres, inchazones, ò paperas, con tanta generalidad, que es rara la persona que se ve sin ellas, y algunas

tan crecidas, y disformes,
que causa horror el
mirarlas.

CAPITULO XIII.

*BUELVE FAXARDO
à la Costa de Caracas, y con
ayuda de el Governador funda
el Collado: descubre las
Minas de los Teques: prende-
lo Pedro de Miranda, y buelue
despues dado por
libre.*

NO se flosségaba Faxardo en la Margarita, puesta siempre la mira en la Conquista de Caracas, à que lo arrebatava lo generoso de su elevado espíritu, ò lo inclinaba la fuerza de su maligna estrella, pues sin que bastasen à contenerle el pensamiento los cortos medios con que se hallaba para poder aspirar à fin tan grande, ni los embarazos que le ponía con sus malos sucesos la fortuna, todo era discutir formas, y buscar trazas con que poder bolver à proseguir su intento; mas como lo limitado de el caudal no le ayudaba, solo tuvo lugar su diligencia para aprestar doscientos Indios, de los que avian sido vassallos de su madre, y juntar once Españoles, que fueron Lazaro Vazquez de Roxas, natural de Salamanca, de quien ay oy illustre descendencia, Juan Jorge de Quiñones, natural de la Margarita, Cortès Richo, Portuguès, Gaspar Thomàs, Martin de Jaen, Juan de San Juan, Hernando

Martin, Andrès Gonzalez, Luis de Orijas, Juan Hernandez Truxillo, y Alonso Faxardo, natural de Coro, hijo de el Capitan Juan de Guevara el viejo, con los quales, y algunos abalorios, y rescates, atravesò tercera vez à tierra firme; pero con el recelo de ser mal recibido de los Indios, por los disgustos passados, pues aun duraba fresca la memoria de la violenta muerte de Payfana, sin llegar à los Puertos de el Panecillo, y Chuspa, passò la Costa abaxo en busca de su amigo Guaymaquare, à quien hallò en Carvao, tan constante en su amistad, como lo avia estado siempre; pero como à Faxardo le avia enseñado ya la experiencia lo poco que podia fiar de la mudable voluntad de aquellos barbaros, mientras no se hallasse con bastante fuerza de gente, à cuya sombra pudiesse mantener el amor con el respeto, no quiso detenerse en aquel Valle; antes para assegurarle de vna vez, y entrar con mayor fundamento en la Conquista, tomò vna resolution tan temeraria, como fue con solo cinco de sus compañeros passar la Serrania, y atravesar por tierra las quarenta leguas que ay de por medio hasta salir à la Valencia, assi por reconocer con este viage lo que contenia en si la Provincia, y hacerse capáz de todo, sin necessitar de informe ageno, como por empeñar al Governador Pablo Collado en

que le diese alguna gente con que poder entrar poblando, que era el vnico recurso que le quedaba ya para fundar su esperanza.

Harto sintió Guaymaquare ver empeñado à Faxardo en esta determinacion tan arrojada, pues aviendo de passar por tierras, que poblaban tan diferentes Naciones, era evidente el peligro à que exponia su persona; pero aunque procurò disuadirlo, representando le el riesgo, como Faxardo le tenia tomado el pulso à su fortuna, y conocia por experiencia la gracia natural con que sus palabras sabian grangear benevolencia en los Indios, desprecio los temores que le proponia el Cacique, y acompañado solo de Juan Jorge de Quinones, Lazaro Vazquez, Cortès Richo, Martin de Jaen, y Juan Fernandez Truxillo, dexando el resto de su gente al abrigo de Guaymaquare, salió de Carvao para Valencia, sin hallar dificultad en el camino, que pudiesse servirle de embarazo, hasta llegar à los altos de las Lagunetas, desde donde, corriendo por todas aquellas lomas, y quebradas, que baxan para el rio Tuy, tenian su habitacion los Indios Arbacos, Nacion altiva, y guerrera; cuyo Cacique, llamado Terepayma, teniendo por atrevimiento la entrada de aquellos pocos Españoles en su tierra, les salió al encuentro con algunas Vandas de Flecheros, para quitarles la vida; pe-

ro era tan vehemente la eficacia en las razones de Faxardo, y tan natural el dominio, que su voz adquiria sobre los Indios, yà fuese por oculta simpatia, ò por el respecto con que todos veneraban à Doña Isabèl, su madre, que lo mismo fue hablarle Faxardo en su lengua Arbaca, y decirle hijo de quien era, que convertir el Cacique todo su furor en mansedumbre, tratandolo con tanta amistad, y agrado, que lo baxò acompañando hasta dexarlo seguro en las sabanas de Guaracurima, de donde vencidos ya los inconvenientes de el camino, pudo entrar con facilidad en la Valencia.

A esta sazón se hallaba en el Tocuyo el Governador Pablo Collado, à quien Faxardo diò luego aviso de su llegada, poniendo en planta la pretension de su fomento, para proseguir en la Conquista, que tenia premeditada; y como el logro de esta empresa resultaba en honra, y conveniencia de Collado, pues siendo en la jurisdiccion de su distrito, no solo hacia glorioso en ella su Gobierno, pero entraba tambien à la mayor parte en el provecho, no fue menester mucha diligencia para que tomase por su cuenta el ayudarlo; y así, luego que recibió el aviso de Faxardo le remitió treinta hombres, que fueron los que pudo juntar en el Tocuyo, y título de Theniente General, con poderes muy am-

plios, para que en virtud de ellos pudiese conquistar, poblar, y repartir las Encomiendas en la forma que mejor le pareciesse.

Conseguidos con tanta facilidad despachos tan favorables à la intencion de Faxardo, no quiso perder tiempo, ni detenerse mas en la Valencia; y entrado el año de sesenta, aunque muy en sus principios, con prevencion bastante de ganado bacuno, y otras cosas necesarias para el mejor expediente en su Conquista, y alivio de sus Soldados, bolvió para Caracas, con intencion fixa de dexar de camino aseguradas las espaldas en la amistad, y estrecha correspondencia, que pensaba ajustar con Terepaima, para tener siempre por sus tierras abierta la puerta à los socorros que le pudiesen venir de la Valencia: diligencia en que anduvo tan afortunado, que pudo à poca costa conseguirla, porque aviendole salido el Cacique al encuentro al subir la loma de las Cuevas, Faxardo con aquel agrado natural, que era propio en sus acciones para grangear voluntades, le presentó vna baca de las que traía consigo, dexando con esta corta demonstracion tan agradecido al bárbaro, que asegurado de su amistad, pudo sin recelo penetrar por la Provincia, hasta llegar al Valle de Gayre, llamado así entre los Indios, por vn hermoso rio de este nombre, que cortandolo de Poniente à Oriente, lo

Año de
1560.

ro era tan vehemente la eficacia en las razones de Faxardo, y tan natural el dominio, que su voz adquiria sobre los Indios, ya fuese por oculta simpatia, o por el respecto con que todos veneraban a Doña Isabel, su madre, que lo mismo fue hablarle Faxardo en su lengua Arbaca, y decirle hijo de quien era, que convertir el Cacique todo su furor en mansedumbre, tratandolo con tanta amistad, y agrado, que lo baxò acompañando hasta dexarlo seguro en las sabanas de Guaracarima, de donde vencidos ya los inconvenientes de el camino, pudo entrar con facilidad en la Valencia.

A esta sazón se hallaba en el Tocuyo el Governador Pablo Collado, a quien Faxardo diò luego aviso de su llegada, poniendo en planta la pretension de su fomento, para proseguir en la Conquista, que tenia premeditada; y como el logro de esta empresa resultaba en honra, y conveniencia de Collado, pues siendo en la jurisdiccion de su distrito, no solo hacia glorioso en ella su Gobierno, pero entraba tambien a la mayor parte en el provecho, no fue menester mucha diligencia para que tomase por su cuenta el ayudarlo; y así, luego que recibió el aviso de Faxardo le remitió treinta hombres, que fueron los que pudo juntar en el Tocuyo, y título de Theniente General, con poderes muy am-

plios, para que en virtud de ellos pudiesse conquistar, poblar, y repartir las Encomiendas en la forma que mejor le pareciesse.

Conseguidos con tanta facilidad despachos tan favorables a la intencion de Faxardo, no quiso perder tiempo, ni detenerse mas en la Valencia; y entrado el año de sesenta, aunque muy en sus principios, con prevencion bastante de ganado bacuno, y otras cosas necesarias para el mejor expediente en su Conquista, y alivio de sus Soldados, bolvió para Caracas, con intencion fixa de dexar de camino aseguradas las espaldas en la amistad, y estrecha correspondencia, que pensaba ajustar con Terépayma, para tener siempre por sus tierras abierta la puerta a los socorros que le pudiesen venir de la Valencia: diligencia en que anduvo tan afortunado, que pudo a poca costa conseguirlo, porque aviendole salido el Cacique al encuentro al subir la loma de las Cucúfas, Faxardo con aquel agrado natural, que era propio en sus acciones para grangear voluntades, le presentó una boca de las que traía consigo, dexando con esta corta demonstracion tan agradecido al barbaro, que asegurado de su amistad, pudo sin recelo penetrar por la Provincia, hasta llegar al Valle de Gayre, llamado así entre los Indios, por un hermoso rio de este nombre, que cortandolo de Poniente a Oriente, lo

atcan

atraviaba con sus corrientes, y fecunda con sus aguas, a quien Faxardo intitulò desde entonces, el Valle de San Francisco, (y es donde oy está fundada la Ciudad de Caracas) sitio, en que por ser acomodado para el multiplico por sus paltos, dexò puesto en forma de hato todo el ganado bacuno, con alguna gente de la que traía de servicio, para que lo cuidassen, y asistiessen; y asentada paz, y confederacion amistosa con los Indios Teques, Taramaynas, y Chagaragatos, que vivian en su circunferencia, baxò a la Costa de el Mar a buscar los compañeros que avia dexado encomendados al Cacique Guaymaquare, con los cuales, y los demás que traxo de Valencia, fundò una Villa en el Puerto de Caravalleda, (dos leguas a Barlovento de donde oy está poblada la Guayra) que por lisonjear al Governador con darle el título de su mismo nombre, la llamó el Collado.

Villa de el Collado.

Puestos Regidores, y nombrados Alcaldes (que lo fueron Lazaro Vazquez, y Martin de Jaen) para el gobierno de la nueva Villa, diò Faxardo la buelta pocos dias despues al Valle de San Francisco, con el ansia de descubrir algunas minas de oro, pues por las muestras que avia hallado entre los Indios era evidente que lo producía el terreno; y aunque a los principios salieron vanos para el efecto quantos medios aplicò su diligencia, pudo

tanto su actividad, que al fin, para su daño, hubo de dar con ellas, descubriendo en el partido de los Indios Teques (seis leguas al Suroeste del Valle de San Francisco, y catorce de el Collado al mismo rumbo) diferentes veneros de oro corrido, de subida estimacion por sus quilates, y razonable conveniencia por su rendimiento.

Bien ageno Faxardo de que formaba instrumentos para su ruina en los medios que disponia para su aplauso, diò luego aviso al Governador, embiandole para comprobacion la muestra de los metales, que fue lo mismo, que incitar contra si la emulacion, para que despertasse le codicia en el animo ambicioso de Collado, pues sentidos, o embidiosos algunos vecinos de el Tocuyo de los buenos sucesos de Faxardo, instaron al Governador para que le revocasse los poderes, y le quitasse la Conquista, representandole sería mas acertado poner en ella otra persona, que siendo de su confianza, pudiesse por su mano entrar a la parte en la labor de las minas, para lograr la ocasion de quedar mas bien aprovechado, y no fiarse de Faxardo, de quien no podia tener satisfaccion, por ser un hombre, cuyas acciones antes debian premeditarse con recato, pues el respeto, y amor con que lo veneraban los Indios, y el dominio general que tenia adquirido entre ellos, eran motivos para cautelar no in-

ten

tentasse su animo sagaz alguna novedad irreparable.

Estos recelos, apadrinados con el interès de la propia conveniencia, hicieron tal impresion en el Governador, que lin reparar en la sinrazon con que agravaba el credito de Faxardo, le revocò los titulos, y poderes que le tenia dados antes, y nombrò por su Theniente, para que prosiguiesse en la conquista de Caracas, à Pedro de Miranda, vecino de el Tocuyo, quien luego que llegò à la Villa de el Collado prendiò à Faxardo, y con Guardias lo remitiò à la Borburata; pero como èl llevaba consigo à su inocencia, y en realidad no resultaba otro cargo contra su obrar, que aquella aparente ficcion que avian formado sus emulos, para que el beneficio de las Minas corriessse por otra mano, que era el fin à que tiraban todos; aviendo pasado al Tocuyo à representar su agravio, convencido el Governador de la razon, y justicia que le asistia, se viò obligado à declararlo por libre; y como lo justificado de su queixa pedia satisfaccion de el desayre padecido, para acallararlo con algun titulo honroso, le nombrò por Justicia Mayor de la Villa de el Collado, dexando lo demàs de la Provincia à la disposicion de Pedro de Miranda.

Con estos despachos, al parecer favorables, bolviò Faxardo al Collado à tiempo que Miran-

da con veinte y cinco Soldados, y algunos Negros esclavos, saliò para los Teques à reconocer las Minas, y hallando ser de mas consecuencia, y rendimiento aun de lo que Faxardo avia expresado, se quedò con los Negros à labrarlas, embiando à Luis de Ceijas con los veinte y cinco Soldados, para que recorriessse la Provincia, entrando por los Mariches, Nacion, que dividida en numerosos Pueblos, habitaba en aquel tiempo desde donde acaba el Valle de San Francisco, corriendo para el Oriente por diez leguas de distancia; pero apenas Ceijas huvo pisado los vinbrales de la primera Poblacion quando se hallò acometido de el Cacique Sunaguto, que con valientes Esquadras de Flecheros lo cercò por todas partes, poniendolo en tal aprieto, que fue menester todo el esfuerço de su gente para llegar à ganar vnas barrancas, à cuyo abrigo aseguradas las espaldas, pudieron defenderse hasta la noche, que suspendiendo los Indios la pelèa, dieron lugar à Ceijas para componer vn pequeño verso de metal, que avia llevado consigo, y cargandolo, quanto permitiò el cañon, de valas, y piedras menudas, lo acertò para la parte por donde discurriò podrian bolver à acometer los enemigos: disposicion en que consultiò la seguridad de todos, pues à las primeras luces de el dia, con barbara con-

fulsion, y de tropèl se fueron acercando los Indios à renovar la refriega; y Ceijas dexandolos empeñar, por no malograr el tiro, quando le pareció tiempo oportuno mandò disparar el verso, que hallando bastante blanco en aquella multitud desordenada, tuvo bien la polvora en que demostrar los efectos de su furia, pues quedaron muertos de aquel golpe el Cacique Sunaguto, y otros muchos; de que atemorizados los Indios, discurriendo que violencia tan repentina dimanaba sin duda de causa mas superior, se echaron en el suelo sin aliento, dexando poco que hazer à los nuestros para ponerlos en huida, porque al primer acometimiento de sus armas, los que no encontraron con la muerte, tuvieron por partido mas seguro encomendarse à la fuga.

Bien conociò Ceijas, no obstante la felicidad de este suceso, que avia valor en los Mariches para hazerle oposicion, y que hallandose con tan poca gente como la que tenia, empeñarse en passar mas adelante era imprudencia conocida, quando à los primeros pasos se avia visto en tan conocido aprieto: consideration, que bien premeditada, le obligò à retroceder para las Minas, à tiempo que hallò à Pedro de Miranda cercado de mil temores, porque los Indios Teques con manifestas señales daban indicios evidentes de aspirar à alguna solevacion decla-

rada, à que los persuadia la alciava condicion de su Cacique Guaycaypuro; y no atreviendose à esperarla, por no experimentar los efectos del rompimiento que temia, luego que llegò Ceijas desamparò las Minas, y con porcion considerable de oro en polvo se retirò al Collado, y dexando encomendada la Provincia al cuidado de Faxardo, se embarcò para la Borburata, con el pretexto de passar al Tocuyo à dar quenta al Gobernador de todo lo sucedido.

CAPITULO XIV.

ENTRA JUAN RODRIGUEZ en Caracas de orden de el Gobernador: rompe la guerra Guaycaypuro, y mata toda la gente de las Minas: vence Don Julian de Mendoza à los Taramaynas en batalla; y Juan Rodriguez puebla la Villa de San Francisco.

ENTERado el Gobernador Pablo Collado, por la relacion que le diò Pedro de Miranda, de la riqueza de las Minas descubiertas por Faxardo, la multitud de naturales de diversas Naciones, y demàs circunstancias, que hazian opulenta, y apeteçible la Provincia de Caracas, determinò con mas empeño tratar de su Conquista, y Poblacion; y como

quiera que lo principal de que necesitaba para materia tan ardua era persona de experiencia, y de valor à quien poder encomendarla, se la traxo à las manos la ocasion, como pudiera imaginarla el deseo, por hallarse en el Tocuyo en aquel tiempo Juan Rodriguez Suarez, natural de Estremadura, vezino de la Ciudad de Pamplona, en el nuevo Reyno de Granada, à quien, aviendo sido Capitan Poblador de la Ciudad de Merida, la malicia embidiosa de sus emulos le formò tales capitulos sobre las circunstancias de aquella fundacion, que preso en la carcel de la Ciudad de Santa Fè, y sentenciado por su Real Audiencia à degollar, para librarle de el rigor de vn Tribunal apassionado le fuè preciso con el favor de sus amigos, quebrantar la carcel, y venirle huyendo à esta Provincia, donde amparado de Diego de Paredes, antiguo compañero de sus fortunas, (à quien encontrò en el Valle de Bocono al tiempo que poblaba alli la Ciudad de Truxillo) tuvo lugar para passar con cartas suyas de recomendacion al Tocuyo; y siendo las prendas que adornaban à este Cavallero de superior hierarquia, por la continuada experiencia de diferentes Conquistas, en que siempre avia militado con credito, hallò en el Pablo Collado lo que avia menester para su intento, pues en la eleccion de semejante

Caudillo llevaba assegurados los aciertos.

Nombrado, pues, Juan Rodriguez por Theniente de la Provincia de Caracas, salió del Tocuyo con treinta y cinco hombres que le diò el Governador, y sin que se le ofreciesse accidente en el camino, atravesada la loma de los Arbacos entrò en los Teques, de donde despachò luego al Collado, avisando à Faxardo de su llegada, y de los poderes que traia, para que enterado de todo, se ayudassen con buena correspondencia el vno al otro, dirigiendo sus acciones à vn mismo fin: atencion à que correspondiò Faxardo, embiandole luego alguna gente de refuerzo, por la noticia que tenia de los movimientos con que andaba el Cacique Cuaycaypuro, de cuyo natural altivo esperaba con brevedad algun rompimiento declarado: discurso, que acreditò de verdadero la experiencia, porque desvanecido el Barbaro de aver hecho desamparar las Minas à Miranda, pareciò le sería facil atemorizar à Juan Rodriguez para que hiziesse lo mismo, porque no tenia conocimiento toda via de el hombre con quien lidiaba, hasta que los escarmientos lo vinieron à dexar desengañado; pues no aviendo sido bastantes los agasijos, ni persuasiones de Juan Rodriguez, para que sossegando su inquietud mantuviesse la paz ajustada con Faxardo, fue preciso valerle de las

las armas para contener su orgullo , con tan favorable fortuna en los sucesos , que aviendo el Cacique acometido cinco veces con numerosas Esquadras de Guerreros à despoblar las Minas , quedó siempre desvaratado en los encuentros , con lamentable estrago de sus Tropas , y pérdida de sus mas valientes Gandules , à cuyo espanto postrada la altivèz de Guaycaypuro , pidió rendido pazes , que le concedió gustoso Juan Rodriguez , con la gloria de que su nombre quedasse formidable entre los Indios.

Sossegada de esta suerte la rebelion de los Teques , no discurrió Juan Rodriguez pudiera haver traycion en el animo alevoso de Guaycaypuro , y fiandose mas de lo que debia en las afectadas sumisiones con que el Barbaro procuraba desmentir los rencores que conservaba en el pecho , poblò las Minas de gente de servicio para labrar los metales ; y dexando en ellas tres hijos pequeños , que avia traído del Reyno ; sacò sus Soldados à campaña , con animo de dár vna buelta à la Provincia , hasta salir à la Costa à encontrarse con Faxardo ; à cuyo fin , entrandose por la Nacion de los Indios Quiriquires , à las riberas de Tacata , corrió por las orillas del Tuy , y territorio de los Mariches , sin hallar oposicion en parte alguna , porque los Indios , rendidos à la fama de su nombre , le iban dando la obediencia , su-

jetando la cerviz entre admiracion , y espanto.

Mas como el animo traydor de Gaycaypuro solo deseaba ocasion para lograr su vengança , luego que viò distante à Juan Rodriguez , y las Minas desamparadas de defensa , por no aver quedado mas que la gente desarmada , juntò quinientos Indios de los de su mayor satisfaccion , y dando sobre la rancheria en el silencio de vna noche , pasó todos sus moradores à cuchillo , entrando tambien en la desgracia los hijos de Juan Rodriguez , sin que la inculpable inocencia de aquellas tiernas criaturas hallasse con-
miseracion en la barbara crueldad de aquel tyrano , pues solo pudo librarse de su saña vn Indio , à quien diò lugar su diligencia para coger el monte entre la confusion de aquel conflicto , y huyendo por caminos extraviados , al cabo de doze dias se vino à encontrar con Juan Rodriguez , à tiempo que saliendo de los Mariches entraba en el Valle de San Francisco ; y como de lo desfigurado de su rostro , y turbacion con que venia , sacasse indicios de alguna desventura , parando el cavallo , le preguntò : hijo , qué ha sucedido en los Teques ? à que el Indio le respondió , bañado en lagrimas , y prorrumpiendo en sollozos : Señor , tus hijos son muertos , y quantos dexaste en las Minas , solo yo pude escapar para traer el aviso de tan triste
nue

nueva; Guaycaypuro, señor, es quien lo ha hecho, èl fue el Autor de esta maldad: à cuya noticia combatido el corazon de Juan Rodríguez, entre el sentimiento de la muerte de sus dos hijos, y el deseo de la vengança, brotando llamas de enojo, y echando mano à la barba, con el dolor de su pena, dixo: Hà Guaycaypuro, Guaycaypuro, con quantas ventajas te has vengado! pero no serè yo Juan Rodríguez, si tu no me la pagares; y dando priessa à sus Soldados para que caminasen, marchò por el Valle arriba, hasta llegar à el hato que avia fundado Faxardo con las bacas, que traxo del Tocuyo, donde pensando hazer alto para resolver con madurez, encontró nuevo motivo para mayor confusion, pues hallò las casas reducidas à cenizas, muerta toda la gente que alli asistia de servicio, destrozados los cuerpos por el Campo, y la mayor parte de el ganado atravesado à flechazos; porque Paramaconi, Cacique de los Indios Taramaynas, instado de Guaycaypuro, para que por su parte cooperasse à lançar los Españoles de la Provincia, luego que tuvo la notia de el destrozo de los Teques, baxò al Valle de San Francisco, y cogiendo la gente descuidada, diò principio à su levantamiento, manifestando su impiedad con aquella accion tan inhumana.

De premissas tan evidentes, coligiò luego Juan Rodríguez la guerra que le esperaba, pues declararle los Indios con aquel atrevimiento era cierta señal de alguna general conjuracion de las Naciones, à cuyo reparo era preciso ocurrir, acometiendolas con tiempo, antes que se juntasen en vn cuerpo, para que cogiendolas divididas, con el castigo de vnas pudiesse tener lugar el escarmiento en las otras; pero deseando comunicar la materia con Faxardo antes de empeñarse en ella, dexò su gente en el Valle à cargo de Don Julian de Mendoza, y con solos dos Infantes que le hizieron compañía salió para el Collado; mas no avia pasado media hora despues de su partida, quando se dexò ver el Cacique Paramaconi, que con seiscientos Flecheros baxaba por el Abra de Catia para el hato.

Hallabanse los nuestros à la sazon recogiendo el ganado que avia quedado vivo para meterlo en los corrales, y reconociendo tan cerca al Enemigo, se pusieron en arma para buscar su defensa, tomando los mismos corrales por abrigo para guardar las espaldas; Don Julian de Mendoza, Anton de Albornoz, Fraga, Pallares, y Castillo, que estaban à cavallo, cogieron la delantera con animo de atropellar, rompiendo con las lanças por el Esquadron contrario; pero aunque lo intentaron al tiempo

Batalla de
los Tara-
maynas.

po que los Indios con innumerable multitud de flechas dieron principio à la batalla, fue con sucesso tan adverso, que estuvieron en contingencia de perderse todos, si los Infantes con valor no huvieran llegado à socorrerlos, porque huyendo los Indios con destreza los cuerpos al bote de las lanças, tuvieron lugar de darle dos flechazos en las manos à Anton de Albornoz, que lo dexaron inutil para manejar la lança, y quitandole à Pallares la que llevaba, atravesaron con ella por los pechos al cavallo en que iba Fraga, de cuya herida murió luego: quedaban solos Castillo, y Don Julian de Mendoza; pero este atormentado de el golpe de vna macana, cayó tambien en el suelo sin sentido: causa, para que la batalla se encendiesse con mas ardimiento de ambas partes, porque Alonso Faxardo, y Juan Ramirez al ver à Don Julian en peligro de ser muerto, dexando el abrigo de los corrales, se entraron con las espadas en la mano por el Esquadrón Enemigo à socorrerlo, y haciendo los demás à su imitacion lo mismo, los Españoles por defender à su Capitan, y los Indios por llevarsele, se empeñaron vnos, y otros con notable valor en la refriega; pero llegandole à Paramaconi nuevas Esquadras de refresco, libre ya Don Julian, se fueron los nuestros retirando à buscar por resguardo los corrales, y los Indios cantando la vic-

toria, cargaron sobre ellos tan de golpe, que oprimido el ganado por todas partes, no pudiendo mantenerse dentro de los corrales, rompió la palizada por vn lado, y saliendo de tropel atropelló los Indios, hiriendo à vnos, y derrivando à otros: accidente, que hizo mudar semblante à la fortuna, pues animada entonces nuestra gente al ver la confusion de el enemigo, bolvió con nuevo esfuérço sobre aquella barbara muchedumbre, acometiendola con furia tan espantosa, que en breve tiempo reconoció Paramaconi su perdicion en el mortal estrago de sus Tropas; y tocando à recoger sus caracoles, retiró para el rincón de Catia su Exercito vencido.

Avia conseguido Juan Ramirez en los últimos lances de este encuentro la gloria de restaurar la lança que los Indios quitaron à Pallares, atravesando por los pechos de vna estocada à vn Gandul, que con notable bizarría hazia primores con ella; y deseando ver si entre los muchos muertos que avian quedado en el campo (por las señas que le observó) conocia el cadaver de aquel Indio, salió con otros Soldados, luego que se retiró Paramaconi, à reconocer el sitio en que se dió la batalla; y estando en esta diligencia divertidos, se levantó de entre los muertos vn Indio, y sentandose en el suelo, por no poderse poner en pie, à

causa de està con las dos piernas quebradas , los empezò à llamar , para que se llegassen donde estaba ; acercòse Juan Ramirez , movido de la curiosidad , à preguntarle , què era lo que queria ? y el barbaro , mostrando aun mas desesperacion , que fortaleza , le respondió , solo mataros ; y pues el impedimento con que estoy no me dà lugar para buscaros , yà que os preciais de tan valientes llegaos à pelear conmigo , que vn Indio solo soy , que os desafia ; y diciendo esto apretò el arco à vna flecha con tan buena punteria , que clavandòsela en la frente à vno de los Soldados lo dexò muy mal herido ; y como para castigar su atrevimiento mandasse Juan Ramirez à dos Indios amigos , vassallos de Guaymaquare , que llegassen à matarlo , anduvo el barbaro tan prompto , que atezando bien el arco , y disparando dos flechas , le atravesò entrambos muslos , y al otro se la metiò por vn lado , partiendole el corazon : offadia , que irritò à vn Soldado (llamado Castillo) de los que estaban presentes , y echandòse vn sayo de armas , para mayor seguridad , sobre el que llevaba puesto , embistiò con èl para matarlo à estocadas ; pero antes de poderlo executar , haciendo el Indio firme sobre el arco para mantener el cuerpo , le tirò tantos flechazos , que à no averse prevenido con el resguardo de llevar las armas dobles le huviera costado

caro el querer vengar duelos agenos ; pero al fin , metiendole la espada por los pechos , le huvo de quitar la vida ; siendo tal el coraje de aquel barbaro , que al verse en los vltimos alientos , asiendo por los filos de la espada con las manos , procurò coger entre los brazos à su homicida , para vengar , ahogandolo , su muerte .

Receloso se hallaba D. Julian despues de la batalla , porque aviendo quedado con la gente fatigada , y mucha herida , temia no bolviessse Paramaconi segunda vez à buscarlo ; y no atreviendose à mantener en aquel sitio , aquella misma noche , cargando los heridos en hamacas , levantò el Campo , y marchò para el Collado ; pero à poca distancia de camino se encontró con Juan Rodríguez , que noticioso del acometimiento de los Taramaynas , sin aver tenido lugar , ni aun para hablar con Faxardo , bolvia à socorrer à Mendoza , y à hallarse presente à qualquier lance ; y teniendo muy à mal la retirada , assi por la altivèz que podria criar en los Indios , como por la reputacion que se perdia en desamparar el puestto , los hizo retroceder al Valle de San Francisco , donde , para que los Indios conociessen el poco temor que les tenia , y quan lexos estava de acobardarse quien tomaba de asistente su asistencia , luego que llegó poblò vna Villa , que intitulò de San Francisco (manteniendo el nombre de su mismo Valle) en el

proprio sitio que avia estado el hato de ganado, (que es donde ahora està fundada la Ciudad de San- tiago) y repartida la tierra en los vecinos, nombrados Alcaldes, y Regidores, tratò con mas empeño de sujetar con las armas los Caciques alterados de el contorno.

No obstante passaron algunos dias sin que pudiesse lograr el venir con los Indios à las manos, por- que retirados à las quebradas des- pues de la batalla, no se avia de- xado ver alguno en todo el Vallè: novedad, que teniendo cuidadoso à Juan Rodriguez, con el deseo de descubrir la causa montò à cavallo vna mañana, junto con Juan Jorge de Quiñones, hombre de valor, y gran ginete, y llevan- do otros ocho Infantes consigo, subió por la loma que està de la otra vanda de el arroyo Carvata, hasta llegar à lo mas alto de su cumbre: alcançòlos à ver desde su retiro el Cacique Paramaconi, y acompañado de otro Indio llama- do Toconai, de quien debia de tener saristaccion para el empeño, por vna media ladera repechò la loma para salirles al encuentro; venian los dos con los careaxes al hóbno, en la vna mano los arcos, y en la otra vnas fuertes lanças, he- chas de palma, en hastadas en las puntas dos medias espadas, que les avia embiado Guaycaypuro de las que cogió en las Minas; y de las penacheras de diversas plumas con que adornaban las cabezas, traían pendientes vna piel de Ti-

gre, que les colgaba por la espal- da, ò para demostrar mayor fierre- za, ò para hazer ostentacion de mayor gala.

De esta suerte ganada por vn lado la cumbre de la loma, salie- ron de buelta encontrada sobre Juan Rodriguez, y Juan Jorge, que como caminaban à cavallo se avian adelantado mucho trecho à los Infantes; y puestos a corta dis- tancia de los dos, con bizarra re- solucion, y gentil brio, dixo el Paramaconi: aunque venis à ca- vallo à pelear, como cobardes con ventaja, yo soy Paramaconi, que solo balto para castigar vuestra soberbia, y pues estamos solos en campaña, ahora es tiempo de que probemos con las armas el valor de cada vno: no pudieron sufrir mas los dos Españoles la altivèz, y atrevimiento de aquel barbaro, pero aunque con presteza aguiza- ron los cavallos para atravesarlos con las lanças, con mucha mayor los Indios, puesta la rodilla en tier- ra fixaron los recatones de las su- yas en el suelo, para recibirlos con las puntas al dar el choque, como quien espera vn toro: disposicion, que advertida por los ginetes, por- que no les hiriesen los cavallos torcieron por vn lado la carrera, passando de largo sin tocarles; mas los Indios soltando al instante las lanças de las manos, pegaron de los arcos con tanta promptitud, que antes que acabassen la carre- ra, les tenian ya clavadas dos fle- chas por las espaldas sobre los sa-
yos

yos de armas que llevaban puef-
tos; y aunque picados Juan Ro-
driguez, y Juan lorge, haciendo
ya reputacion de aquel empeño,
por segunda, y tercera vez bolvie-
ron sobre ellos à media rienda,
llevando para mas seguridad deel
golpe tendidas las lanças sobre el
brazo izquierdo, hallaron siempre
en los Indios tal ligereza en mane-
jar sus armas, con tan buen com-
pàs de pies, que valiendose quasi
à vn mismo tiempo de los arcos, y
las lanças, dexando frustrada la
diligencia de los dos ginetes, quan-
do parecia amenazaban con las
vnas, executaban la herida con las
otras; hasta que llegando los ocho
Infantes, que se avian quedado
atràs, no atreviendose los Indios
à mantener el combate con tan-
tos, se fueron retirando poco à po-
co, divididos cada vno por su par-
te, porque Paramaconi se entrò
por vna ceja de montaña, dispa-
rando antes quantas flechas le
avian quedado en la aljava, y To-
conoay cogiò la media ladera para
baxar à la quebrada; pero corriòle
la suerte muy contraria, porque

viendo que Juan lorge partia tras
de el à rienda suelta, hizo alto en
la ladera, bolviendo el rostro à es-
perarlo, y al tiempo que iba à exe-
cutar el golpe lo aliò con tanta
fuerça por la lança, que recono-
ciendo luan lorge que se la quita-
ba de la mano sin remedio, por no
passar por el desayre de perderla,
se arrojò tras ella de el cavallo, ca-
yendo abrazado con el barbaro, y
sacàdo vna daga, que llevaba pen-
diente à la cintura, le quitò la vida
à puñaladas, dexandolo à sus pies
muerto, pero no rendido. Bien
quisiera luan Rodriguez que que-
dara completa la victoria, entran-
do por la montaña tras Parama-
coni, para matarlo tambien; pero
se hallaba tan fatigado de vn fle-
chazo, que passandole el sayo de
armas, le picò en vna tetilla;
que à instancias de los compañe-
ros huvo de bolverse al Pueblo,
donde lo dexarèmos por agora;
mientras se cura de la herida, refi-
riendo en el interin otras co-

sas, que sucedieron por
este tiempo en la
Provincia,



LIBRO CUARTO
DE LA CONQUISTA , Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
CAPITULO PRIMERO.

*L L E G A A C O R O E L S E Ñ O R O B I S P O
Don Fray Pedro de Agreda : và Sancho Brizeño à España
por Procurador de la Provincia : y el Tyrano
Lope de Aguirre llega à la
Margarita.*



N el Capitulo undecimo del Libro antecedente dexamos dicho como por muerte de el señor Obispo Ballesteros presentò su Magestad para esta Iglesia al señor Don Fray Pedro de Agreda , Religioso del Orden de Predicadores; quien por el año de sesenta en que vamos llegò à Coro , y tomada la possession de su Obispado , lo hallò tan falto de Ministros para la predicacion del Evangelio , y conversion de los Indios,

que aun en los Pueblos inmediatos à las Ciudades, si no eran algunos que avian bautizado sus mismos encomenderos , los demás por falta de Operarios aun se conservaban Gentiles : inconveniente à que deseando ocurrir aquel zeloso Prelado con la aplicacion de algun remedio para daño tan sensible , no hallando otro por entonces , que dedicarse à repartir por su propia mano el Pan de la Doctrina à sus ovejas , salió de Coro , y recorriendo todos los Pueblos de la comarca , hasta las Serranías de Carora, predicando , catequizando , y bautizando

do como Parrocho particular de cada vno , fue imponderable el fruto que cogió su trabajo de aquella mies que sazónaba: por falta de beneficio perdía la Iglesia en ella tan abundantes cosechas para sus graneros ; y aviendo de esta suerte satisfecho en quanto pudo à la obligacion de su oficio Pastoral , se retirò à la Ciudad , y reconociendo que algunos hijos de la Provincia, aunque deseaban dedicarse al estado Eclesiastico , no podian lograr la dicha de conseguirlo por su total ignorancia , y no aver quien les enseñasse , ni aun los primeros rudimentos de Grammatica , se dedicò à formar Estudios , y leer personalmente Latinidad à todos quantos quisieron oirla , por ver si por este medio conseguia , que aprovechados algunos , quedassen en aptitud para poder ordenarlos , y remediar en algun modo la falta que tenia de Sacerdotes , pues llegó esta à ser tan grande en aquel tiempo , que sucedió morir el Cura de la Ciudad de Truxillo , y no aviendo en toda la Provincia otro que poner en su lugar , llegando la Quaresma fue preciso , que el señor Obispo escribiesse al Cura de la Ciudad de Merida , por ser la mas inmediata , aunque de agena Diocesis , pidiéndole , que en acabando de confessar sus Feligreses , tomasse el trabajo de pasar à Truxillo , para que aquellos vezinos tuviessen el consuelo de cumplir con el

annual precepto.

Esta necesidad tan urgente , junta con el deseo de solicitar algunas pretensiones favorables à la mayor conservacion de la Provincia , obligò à que los Cabildos de ella determinassen embiar persona à España , que con el caracter de Procurador General de las Ciudades impetrasse de su Magestad los puntos , que reducidos à instruccion , se avian discurrido por mas convenientes à la utilidad comun ; para cuyo efecto , por el parecer de todos fue nombrado Sancho Brizeño , vezino que era entonces de la Ciudad de Truxillo , persona de graduacion , autoridad , y talento , y de bastante actividad para el manejo de semejantes negocios ; quien aceptados los poderes , aviendose embarcado en Coro , con prospero viage llegó à España , y puestas en pretension las dependencias que llevaba à su cuidado , consiguió despacho favorable en las mas de ellas , pues à pedimento suyo concedió su Magestad permiso , para que todos los años pudiesse venir al Puerto de la Borbura vn Navio de registro por cuenta de los vezinos , pagando solo la mitad de los derechos pertenecientes al importe de su carga , asì en la entrada , como en la salida : gracia , que estuvo corriente mucho tiempo , gozando de este beneficio la Provincia , pues aun por algunos años despues que se despoblò la Borbura ,

ta se continuò la venida de este Navio al Puerto de la Guayra; pero, ò por inutilidad, ò por descuido, se dexò perder este permiso, que era de tanta conveniencia para todos.

Configuriò tambien facultad libre, para que se introduxessen sin derechos dozientas piezas de Esclavos, que repartidas entre los vezinos, sirviessen en la labor de las Minas, y cultivo de los campos; y para remediar la falta que se padecia de Sacerdotes, se despacharon cédulas, encargando à los Provinciales de Santo Domingo, y San Francisco de la Isla Española, embiasen Religiosos de sus Ordenes, que con su zelo acostumbrado tomassen por su cuenta la conversion de los Indios; si bien me parece que por algunos respectos no tuvo efecto por entonces su venida, aunque la solicitò el señor Obispo con empeño.

Uno de los puntos principales que contenia la instruccion que se diò à Sancho Brizeño, fue, para que solicitasse declaracion sobre la forma en que debia quedar el gobierno de la Provincia, quando sucediesse morir el Gobernador, para que en lo venidero se escusassen las competencias, y disturbios, que se experimentaron en las vacantes de Juan Perez de Tolosa y Villacinda, entre el Theniente General, y los Alcaldes, pretendiendo cada vno adjudicarse el dominio por ra-

zon de su exercicio; sobre cuyo particular, mediante las representaciones de Brizeño, se diò la providencia que contiene esta Cédula.

EL REY. Por quanto Sancho Brizeño, en nombre de las Ciudades, y Villas de la Provincia de Venezuela, me ha hecho relacion, que muchas vezes acaece estar la dicha Provincia sin Gobernador, por fallecer los que lo eran por provision nuestra, durante el termino de su Governacion, conio avia acaecido con los Licenciados Tolosa, y Villacinda, à cuya causa padecian detrimento, y estaban sin Justicia los vezinos, y naturales de aquella tierra: Y me suplicò en el dicho nombre, mandasse, que quando acaeciesse caso semejante de morir el Gobernador que huviesse, antes de nos aver proveido otro en su lugar, governassen los Alcaldes Ordinarios cada vno en su jurisdiccion, ò como la mi merced fuesse, è yo acatando lo susodicho, helo auido por bien: por ende por la presente declaramos, y mandamos, que cada, y quando que acaeciере fallecer el nuestro Gobernador de la dicha Provincia de Venezuela, antes de aver Nos proveido otro en su lugar gobiernen en cada vna de las Ciudades, y Villas de ella los Alcaldes Ordinarios, que en los tales Pueblos huviere, entre tanto que por Nos se provee otro Gobernador, que por esta nuestra Cédula damos poder, y facultad

tad à cada vno de los dichos Alcaldes Ordinarios en su puesto, que tengan la dicha Governacion durante el dicho tiempo. Fecha en Toledo à ocho dias de el mes de Diziembre de mil quinientos y sesenta años. Y O E L R E Y. Por mandado de su Magestad, Francisco de Erafo.

Esta Cedula fue el origen de que dimanò despues el honroso Privilegio , que goza la Ciudad de Caracas de gobernar sus Alcaldes en lo Politico, y Militar toda la Provincia entera , quando por muerte , ò ausencia del propietario ay vacante en el Gobierno , porque aunque en su virtud siempre que se ofreciò la ocasion (despues de conseguida) gobernaron los Alcaldes de todas las Ciudades cada vno en su distrito, fue solo entre tanto que la Audiencia de Santo Domingo nombraba Gobernador interino, hasta que el año de seiscientos y setenta y cinco , aviendo muerto el Gobernador Don Francisco Davila Orejon , embiò la Audiencia en su lugar al Licenciado Don Juan de Padilla Guardiola y Guzman, vno de sus Oidores ; y presentado en el Cabildo de la Ciudad de Caracas con sus despachos, y titulos , los Alcaldes Ordinarios, que entonces eran Don Manuel Phelipe de Tovar , Cavallero del Orden de Santiago , y Don Domingo Galindo y Zayas , vnidos con los demàs Capitulares, no quisieron recibirlo al exercicio de su

empleo ; alegando , que segun aquella clausula de la Cedula referida , en que dize su Magestad: Gobiernen en cada vna de las Ciudades, y Villas los Alcaldes Ordinarios que en los tales Pueblos huviere , entre tanto que por Nos se provee otro Gobernador : no tenia la Audiencia autoridad para nombrar interinos, y que debian ellos mantenerse en el Gobierno hasta tanto que viniessè el propietario, nombrado por el Consejo; à quien primitivamente tocaba la provision: punto sobre que se originaron las competencias, y disgustos, que referirèmos en la Segunda Parte de esta Historia, obligando al Cabildo à que sobre este particular embiasse à España por su Procurador General à Don Juan de Arechederra , vno de sus Regidores; quien supo disponer tan bien su pretension en la Corte , que consiguiò declarassè su Magestad por bien hecho lo obrado por el Cabildo; y que por Cedula de diez y ocho de Septiembre del año de seiscientos y setenta y seis concediessè el nuevo Privilegio , para que siempre por qualquier accidente que llegue à aver vacante en el Gobierno , los Alcaldes de la Ciudad de Caracas (con los mismos honores, y prerrogativas, que gozan los propietarios) gobiernen toda la Provincia entera , sin que el Presidente , ni Audiencia de Santo Domingo puedan , con ningun pretexto , ni motivo, nombrar

Gobernadores interinos : singular honra , y privilegio ! sin exemplar en la America , que podemos decir con realidad se debe à Sancho Brizeño , pues fue su solitud quien puso los fundamentos , sobre que se fundò despues este edificio .

Libre ya Juan Rodriguez de la molestia de su herida , sacò su gente à campaña , deseando desahogar con la vengança el sentimiento que le atormentaba el pecho por la muerte lastimosa de sus hijos ; y entrandose por los Teques en busca de Guaycayputo , principal autor de sus agravios , aunque en diferentes encuentros que tuvo con los Indios consiguió quedar siempre victorioso , nunca pudo adquirir noticia de la parte en que se ocultaba el Cacique su enemigo , porque temeroso , y recatado huì a las ocasiones de poner su persona en contingencia , esperando solo oportunidad para conseguir à lo seguro (mediante alguna traycion) dar la muerte à Juan Rodriguez para salir de recelos .

En este estado se hallaba la Provincia , quando por el año de sesenta y vno se tocò al arma en todos los Puertos de su Costa , por aver llegado à la Isla de la Margarita con su Armada el tyrano Lope de Aguirre ; para cuya inteligencia es de advertir , que gobernando los Reynos de el Peru el Marquès de Cañete Don Andrés Hurtado de Mendoza el año de

cinquenta y nueve , ò fuesse por la noticia que dieron vnos Indios Brasiles que aportaron à aquel Reyno de las poderosas Provincias de los Oméguas , (que sin duda eran las mismas que descubrió Phelipe de Vtre) ò porque (segun discurrieron algunos Politicos entonces) el Marquès como buen Estadista , valiendose de el pretexto de esta nueva conquista , quiso por este medio purgar el Reyno de los humores corruptos de tanta gente perdida como avia quedado en el por rezagos de los levantamientos , y alteraciones de Gonçalo Pizarro , Francisco Hernandez Girón , y Don Sebastian de Castilla , ò porque en realidad concurrieron ambas causas juntas para inclinar la voluntad de el Marquès , el se determinò à descubrir , y conquistar aquellas opulentas Provincias , donde publicaba la fama tan abundantes riquezas .

Hallavase à la sazón en Lima el General Pedro de Vrsua , de Nacion Navarro , quien con la grandeza de sus heroicos hechos en lo florido de sus pocos años avia adquirido por la America estimacion , y aplausos à su nombre , pues en las Conquistas de el nuevo Reyno , sugetos con sus ar-

Piedrahíta
lib. 11. cap.
5. y. 8.

de la en la Provincia de Santa Marta: solo con doze compañeros que le seguian en la celebre batalla de los passos de Rodrigo, atropelló la Potencia altiva de la Nacion Tayrona, reputada hasta alli por invencible: en Panama, derrota- dos los Negros de los Palenques con el teson de su constancia, y preso su Rey Bayano, confesaron con el escarmiento, que brios de semejante hombre no eran para probados dos vezes; constavale à el Marqués las prendas de este Cavallero, y por pagar en algo sus servicios, lo nombrò por General para este descubrimiento, dandole titulo de Governador de los Omeguas, y Dorado, debaxo de cuyo apelativo se avia de comprehender todo lo que conquistasse.

Juntos, pues, para esta expedicion quatrocientos hombres, bien prevenidos de lucidas armas de fuego, quarenta cavallos, y sobrado numero de gente de servicio en Bergantines, que para el efecto tenia labrados en el rio de los Motilones, salió Vrsua à dar principio à su jornada por fines de Septiembre del año de quinientos y sesenta; pero como entre los Soldados que llevaba iban muchos de aquellos que el Virrey avia tirado à echar de el Reyno, temiendo la inquietud de sus naturales bulliciosos, entre quienes sobresalian Lope de Aguirre, Lorenzo de Salduendo, Juan Alonso de la Valdera, Christobal de

Chaves, Alonso de Villena, Alonso de Montoya, y otros, siendo hombres acostumbrados à motines, insolencias, y tumultos, empezaron desde luego à machinar conspiraciones, procurando con enredos, y con chismes malquistar las operaciones de Vrsua, para grangearle quexosos, y hazer aborrecible su gobierno; en que se supieron dar tan buena maña, que atraidos por este medio otros algunos à su sequito, y comunicada su intencion con Don Fernando de Guzman, hijo de vn Ventiquatro de Sevilla, à quien hicieron complice, con promessa de nombrarlo por Cabo de el Exercito; despues de navegadas setecientas leguas por el rio Marañon (llamado hasta entonces de Orellana) en vn Pueblecillo de la Provincia de Machifaró mataron vna noche alevosamente à puñaladas al Governador Pedro de Vrsua, y à su Theniente General Don Juan de Vargas: y apoderados de las armas, sin que la confusion de el mismo caso diese lugar à los demàs para oponerles en nada, entregaron el gobierno superior de aquel Exercito à Don Fernando de Guzman, y nombraron por Maestre de Campo à Lope de Aguirre, quien perdiendo el temor à Dios, la obediencia al Rey, y la verguença al mundo, en vna informacion que hicieron para justificar su alevosia, puso en su firma, Lope de Aguirre, Traydor, persuadiendo

Castell.
Eleg. de Va-
ron. Ilust.
part. 1. fol.
172.

à los demás con demostracion tan fea, y exortaciones dictadas de su mala inclinacion; y pervertirlo natural, à que mudando el fin de su jornada, diessen la buelta al Perú para apoderarse de aquel Reyno: infamia en que convinieron todos, vnos por voluntad, y otros por miedo; y desnaturalizandose de los Reynos de Castilla, juraron por Principe de el Perú à Don Fernando de Guzman; pero como el animo de Aguirre nõ era rendir adoraciones à otro, sino establecer su tyrania, espaldeado del sequito de mas de ochenta hombres, que tenia à su devocion, por ser de sus mismas costumbres, y jaèz, passados algunos dias hizo quitar la vida à puñaladas à Lorenzo de Salduendo, Doña Inès de Atiença, Gonçalo Duarte, Alonso de Montoya, Miguèl Bodebo, Miguèl Serrano, Balthasar Cortès, y al Licenciado Alonso de Henao, Capellan de el Exercito, terminando por entonces aquella triste tragedia con dárle también muerte atroz à su Principe Don Fernando, aviendo tres meses y medio, que engañado de los consejos de Aguirre, y arrastrado de su ambicion, representaba el papel de Magestad en la Farfa que compuso la tyrania para el teatro de aquel Reyno.

Libre Aguirre con esto de que nadie pudiesse hazer oposicion à sus designios, y amedrentados todos con las repetidas crueldades de aquel monstruo, se

declarò por cabeza de aquel Exercito confuso, intitulandose, fuerte Caudillo de la Nacion Maraõna: nombre, que puso à sus Soldados, y al rio (llamado hasta entonces de Orellana, ò Amazonas) por los enredos, y marañas que en el fraguò su maldad; y determinado à llevar adelante la intencion de dárle la buelta al Perú, con la esperança de que agregandosele muchos de los compañeros, que avian quedado por allà, podria con facilidad tyranizar aquel Reyno; prosiguiò navegando por el rio, hasta salir con furioso temporal al Mar de el Norte, dexando antes executadas las inhumanidades que largamente refiere el Provincial Fray Pedro Simon en la sexta noticia de sus Conquistas de Tierra-firme, donde podrá el curioso informarse por extenso de todo lo sucedido en esta lastimosa jornada, pues para la claridad de nuestra Historia basta saber, que reconocidas las aguas de el Oceano, enderezò Aguirre su derrota à la Isla de la Margarita, cuya tierra llegò à avistar à los diez y siete dias de navegacion trabajosa, mas por falta de bastimentos, que por tormentas de el mar; y divididos los Bergantines con vn temporal que les diò al coger el Puerto, el de Lope de Aguirre fue à ancorar à vna encenada, que llamaban Paraguache, y oy es conocida por el Puerto de el Traydor, quatro leguas distante de el de Mompatare, que es el principal surgidero de

de la Isla, y el de su Maestre de Campo Martin Perez à otro, retirado dos leguas mas al Norte, donde por no perder aquella fiera la barbara costumbre de derramar sangre humana, antes de saltar en tierra hizo dar garrote à Diego de Alcaráz, y à Gonçalo Giral de Fuentes, sin dexarlos siquiera confessar, por mas que aquellos desdichados clamaban con lagrimas, y ruegos, pidiendo aquel alivio por vltimo consuelo en su desgracia.

CAPITULO II.

PRENDE AGUIRRE

al Governador de la Margavita: roba las Caxas Reales: saquea la Ciudad; y quita la vida con crueldad à algunos de sus Soldados.

VFano Aguirre con las inhumanas operaciones de su crueldad, saltò luego en tierra aquella tarde (que fue de vn Lunes à veinte de Julio de el año de sessenta y vno) acompañado de algunos pocos de sus mas amigos, dexando el resto de sus Soldados escondido debaxo de cubierta; y deseando tener toda su gente junta para qualquier accidente, despachò à vn Fulano Rodriguez al Puerto donde avia surgido su Maestre de Campo, con orden, para que aquella misma noche

marchasse con presteza à incorporarse con el, y que en el camino diessse garrote à Sancho Pizarro, à quien tenia por sospechoso, y poco afecto à sus acciones; y como el animo alevoso de aquel hombre era apoderarse de la Isla con engaño, embiò à Diego Tirado al mismo tiempo à dar cuenta de su llegada al Governador Don Juan de Villandrando, y pedirle los mandasse socorrer con bastimentos, por ser gente que con mucha falta de ellos venia derrotada de el Perú.

A la curiosa novedad de esta noticia se movieron algunos vecinos de la Ciudad à passar luego à ver los forasteros, con quienes supo Aguirre disimular tanto su traycion, refiriendoles los varios acaecimientos de su viage en peregrinacion tan dilatada, y ponderandoles la extrema necesidad que padecia, cuya vrgencia le avia obligado à llegar à buscar bastimentos à aquella Isla para remediar su falta, y passar sin detenerse à Nombre de Dios, para bolver al Perú, que condolidos de lo bien que supo pintarles sus trabajos, y afliccion, hicieron matar dos bacas, y se las dieron, embiando à las estancias vecinas à buscar todo el cazave, y carne que se hallasse para socorrer aquellos hombres, que se consideraban perdidos: piedad à que se mostrò Aguirre con tales apariencias de obligado, que no solo con abundancia de palabras, pero aun con obras, fingiò corres-

ponder agradecido, pues à vno de los vezinos, llamado Gaspar Hernandez, le presentò vna copa de plata dorada grande, y vna capa de grana, guarnecida de passamanos de oro.

Esta liberalidad artificiosa fue el cebo que puso aquel tyrano para lograr el lance, que tenia discurrido su malicia, pues satisfechos de el agasajo Gaspar Hernandez, y sus compañeros, determinaron quedarse con èl aquella noche, dando aviso al Governador de todo lo sucedido, y de las muchas riquezas, que manifestaba traer aquella gente del Perú, cuyo animo, segun avian reconocido, solo era comprar matalotages, sin reparar en los precios, para proseguir su viage. Recibida esta noticia por el Governador, obrò al instante sus acostumbres efectos la codicia, pues pareciendole buena ocasion para quedar aprovechado con la parte que le podria tocar de aquel tesoro, tan indiscreta como imprudentemente, acompañado solo de el Alcalde Manuel Rodriguez, de vn Regidor, Andrés de Salamanca, y de otros quatro vezinos principales, salió de la Ciudad poco despues de media noche para el Puerto donde estaba Aguirre, y llegando allà al amanecer, lo recibió el tyrano con tales acatamientos, y sumisiones serviles, que hasta el estrivo le tuvo al apearse de el cavallo; à que correspondiò el

Governador con la vrbánidad, y atencion, que es propria de vn Cavallero, prometiendole su amparo, su casa, y su persona, para quanto se le pudiera ofrecer en aquella Isla: cumplimientos en que gastaron vn rato de buena conversacion, estando todos en pie; hasta que Aguirre, pareciendole yà tiempo de descubrir su traycion, usando de grandes cortesias, y rendimientos, le dixo al Governador: Señor mio, los Soldados de el Perú como son tan militares, y curiosos en las jornadas de Indias, mas se precian de traer consigo buenas armas, que preciosos vestidos, aunque siempre los tienen sobrados, solo por bien parecer; y asì suplican à V.m.d. y yo de mi parte se lo ruego, les oè licencia para saltar todos en tierra, y sacar sus arcabuzes, que podrà ser ferien algunos à estos señores vezinos.

El Governador, no previniendo las cautelosas malicias del tyrano, le respondiò con mucho agrado, saltasen en hora buena, que para èl seria rato muy gustoso lograr la ocasion de verlos. Concedido este permiso, passò Aguirre al Bergantin, y llamando à sus Soldados, que todavia se mantenian escondidos debaxo de la Escotilla, les dixo: Ea, Marañones, aguzad vuestras armas, y limpiad los arcabuzes, porque yà teneis licencia del Governador para que salteis en tierra; y aun- que èl no os la huviera dado, vos

forros os la tomàrais ; con lo qual salieron sobre cubierta , disparando los arcabuzes para hazer salva al Governador ; quien entrando yà en sospecha al ver tanta gente armada , procurò apartarse vn poco à comunicar con sus vezinos el recelo que tenia , y el empeño en q̃ se hallaban , para buscarle remedio ; pero fue à tiempo tan crudo , que no tuvieron lugar para lograr el recurso , porque Aguirre echando su gente en tierra , y cogiendoles los passos , se fue para la parte donde estaban , y con estilo bien diferente del que avia vsado hasta alli les dixo : Señores , nosotros vamos para el Perú , donde de ordinario ay guerras , y alborotos ; y porque pareciendoles à vuestras mercedes , que nosotros no irèmas con los pensamientos de servir al Rey , nos han de poner estorvo en nuestro viage , conviene dexten vuestras mercedes las armas , pues es cierto , que de otra suerte nõ nos han de hazer tan buen hospedage como quisièramos ; y pues esto no tiene otro remedio , sean todos presos.

Abstorto se quedó el Governador al oir semejante desacato , y turbado con la consideracion del riesgo en que lo avia metido su imprudencia , diziendo : què es esto ? què es esto ? se fue retirando algunos passos , metiendo mano à la espada , para intentar defenderse ; pero poniendole los traydores à los pechos algunas partefanias , y arcabuzes , con acuerdo

mas prudente huvo de darse à prision , entregando las armas al tyrano , que gozoso con aver logrado el lance , montò luego en el cavallo , que fue de el Governador , à quien mas por mofa , que por lastima , hizo subir à las ancas , y marchando para la Ciudad su Campo en forma de batalla , à poco trecho del camino encontrò con su Maestre de Campo Martin Perez , que con la gente del otro Bergantin venia à incorporarse con el , dexando yà dando garrote à Sancho Pizarro , en cumplimiento de lo que le avia mandado Aguirre : juntos assi todos los traydores , celebrando con fiesta , y regozijo la felicidad con que se iban disponiendo sus maldades , llegaron à la Ciudad , que ignorante de la tempestad que descargaba sobre ella , se hallaba descuidada , gozando de el reposo en que la tenia la ceguedad de su necia confiança , y apellidando : libertad , libertad , viva Lope de Aguirre , ent raron corriendo por las calles hasta ocupar la Fortaleza , que escogieron para su habitacion por mas segura.

Puesto alli en prisiones el Governador , y los demàs vezinos que traxeron del Puerto , como de lo que mas se preciaba aquel tyrano era de la deslealtad que professaba para con el Rey su inobediencia , lo primero que puso por obra su descaro fue ir à las casas que servian de Caxa Real , y sin tener paciencia para pedir las

llaves , echò las puertas abaxo , rasgò los Libros , rompiò las arcas , y sacò porcion considerable de oro , y perlas de lo procedido de los Quintos de las Pesquerias de Cubagua , que estaban en aquel tiempo en el aumento de su mayor grandeza ; à cuya imitacion los demàs Soldados , divididos en cuadrillas , fueron metiendo à saco la Ciudad , cometiendo los insultos , è insolencias , que se puede discurrir en la intencion depravada de aquella gente perdida ; y para que no quedasse alguno sin experimentar la opresion de sus violencias , publicò vando Aguirre à son de cajas aquella misma tarde , para que todos los vezinos de la Isla se recogiesen luego à la Ciudad , con pena de la vida , è hiziesen manifestacion de las armas , y caudales que tuviessen ; en que anduvieron tan sumamente desgraciados , que aunque quisieron algunos valerse de la ocultacion para lograr el escape , no pudieron conseguirlo , por el rigor con que por todos lados se les mostrò contraria la fortuna , pues quiso su adversa suerte , que algunos hombres vagamundos de los que vivian en la misma Isla , aficionados à la libèrrad que veian en los Soldados de Aguirre , y al desahogo con que cometian los robos , y desafueros , sin recelo ni temor , pareciendoles gustosa aquella vida sin rienda , se vnieron con el tyrano , assentando plaza para militar en sus vanderas ; y co-

mo practicos de la Isla , y ladrones de la misma casa , haziendo gavilla con los demàs traydores , no quedò estancia donde no los llevassen , ni retiro que no les descubriesen , manifestandoles quanto los miserables vezinos avian podido esconder ; de fuerte , que fueron causa aquellos hombres malvados de los mayores trabajos , que padeciò aquella triste Ciudad.

Hallavase por entonces en la Costa de Maracapanà el Padre Fray Francisco de Montefinos , Provincial del Orden de Santo Domingo de la Isla Española , asistiendo à la conversion de aquellos Indios , que con orden particular le avia encomendado el Rey ; tenia consigo vn Navio de razonable porte , bien prevenido , y artillado ; y no ocultandosele al tyrano esta noticia , aviò con toda presteza vno de sus Bergantines , y metiendole dentro diez y ocho hombres , y por Cabo à Pedro de Monguia , lo despachò con orden , para que le aprefassen el Navio , y se lo llevassen à la Margarita ; pero Monguia , y los demàs companeros , aprovechando tan oportuna ocasion para assegurar sus vidas , y librarse de la violenta sujecion de aquel tyrano , llegados al Puerto de Maracapanà determinaron quedarse con el Padre Provincial , à quien descubrieron la verdad de todo lo que passaba , y dieron quenta de las crueldades , y robos , que queda-

daba executando Aguirre en la Margarita, à quien obligados de el temor, por no poder remediarlo de otra suerte, avian seguido hasta alli. Recibiòlos el Provincial con agassajo, pero como hombre prudente, no atreviendose à fiar de sus razones, y recelando alguna traycion oculta en aquella mudança repentina, les quitò à todos las armas, por quedar assegurado para qualquier contingencia; y embarcando toda la gente que tenia, junto con los Marañoses, se hizo à la vela, con determinacion de dar aviso en los Puertos de la Borburata, y Santo Domingo, para que los hallasse prevenidos el tyrano en caso que llegasse per alli, y de camino pasar por la Margarita, por si lograba coyuntura para favorecer en algo à sus vezinos.

Luego que Aguirre despachò à Pedro de Munguia, teniendo por indefectible la presa de el Navio, mandò disponer los bastimentos, para que estando todo prevenido, al tiempo que se lo traxessen pudiesse sin dilacion embarcarse para proseguir su viage, porque deseaba con ansia llegar quanto antes à Nombre de Dios, para passar al Perú; y porque en el interin no se le olvidasse la barbara costumbre de derramar sangre humana, con que se alimentaba el corazon de aquella fiera, sin mas motivo que vn chisme hizo ahorcar à Enriquez de Orellana, Capitan de su Municion, sin dexarlo con-

fessar, aunque el pobre lo pedia en causa, para que algunos de sus Soldados, conociendo la poca seguridad con que vivian, pues à la mas leve ocasion tenian expuestas las gargantas al cuchillo, determinassen abandonar su Compañia, aunque fuesse aventurando la vida à la incertidumbre del suceso; y resueltos à seguir este dictamen Fràncisco Vazquez, Gonzalo de Zuñiga, Juan de Villatoro, y Luis Sanchez de el Castillo, en lo mas silencioso de la noche se huyeron de la Ciudad, con animo de ocultarse entre los montes, buscando abrigo en las fieras, por no lidiar con vn monstruo; pero sabida su fuga por Aguirre, se enfureciò de calidad, que como hombre privado de sentido, bramando de corage echaba espumarajos por la boca; y porque la fuga de estos no sirviessse de exemplo para los otros, mandò à los vezinos de la Ciudad se los buscassen, y traxessen, aunque estuviesen debaxo de la tierra, pues de no parecer aquellos quatro Soldados avian de pagar todos con la vida, para aplacar la fuerza de su enojo; y como con menor causa sabia aquel tyrano hazer verdaderas sus promessas, fue bastante su temor, para que los vezinos por su parte, y el Governador (aunque estaba preso) por la suya hiziesen tales diligencias, rebolviendo la Isla toda, que huvieron de descubrir à Juan de Villatoro, y à Luis Sanchez de el Castillo,

y traídos à la presencia de Aguirre, sin permitir espera los ardores de su colera, los hizo luego ahorcar en el Rollo de la plaza, diciendoles mil oprobrios mientras duraba la execucion de el castigo, para aumentarles mas con el agravio las angustias de el suplicio; y fue tal la desvergüenza de aquel corazon empedernido, que despues de muertos les hizo poner vnos catteles, que decian: han ahorcado à estos hombres por leales servidores de el Rey de Castilla: fatalidad de que escaparon Francisco Vazquez, y Gonçalo de Zuñiga, por aver sido su precaucion tan cautelosa al esconderse, que burlaron con el secreto las crueles amenazas, y sollicitas diligencias de el tyrano.

CAPITULO III.

MANDA MATAR Aguirre al Capitan Turriaga, y da garrote al Governador: quita la vida à su Maestre de Campo: llega à la Margarita el Provincial con su Navio, y sin hazer efecto se retira.

A Un no avia Aguirre acabado de executar estas maldades, quando empezó de nuevo su recelo à vacilar confuso entre temores, originados de que uno de sus Capitanes, llamado

Juande Turriaga, siendo de natural afable, y cariñoso, tenia aceptación, y sequito entre los Soldados pobres, porque con liberalidad franqueaba su mesa à todos, y como la accion mas comedida tenia visos de sospechosa en la delicadez de su conciencia depravada, diò en maliciar, que aquel agrado de Turriaga era fingido, solo à fin de grangear amigos para hazerle oposicion; y sin otro fundamento, que el leve de este discurso, determinò matarlo, encomendando la execucion à su Maestre de Campo Martin Perez, quien con algunos Soldados de su sequito se fue vna noche à la posada de Turriaga, à tiempo que cenando con muchos de sus huéspedes continuos, se hallaba bien ageno de la traycion, que le avia dispuesto Aguirre, y viendo entrar à Martin Perez se levantò de la mesa à recibirle con toda cortesania, como à su Maestre de Campo; pero apenas le quitò el sombrero para hablarle, quando embistiendole todos, vnos con lanças, y otros con las espadas, le dieron tantas heridas, que rebolcandose en su sangre, perdiò al instante la vida; y como en todo eran irregulares las acciones de aquel tyrano, aviendo hecho matar à aquel hombre tan sin causa, el dia siguiente, mostrando gran sentimiento de su muerte, (como si en ella no huviera tenido intervencion) lo mandò enterrar con pompa funeral, asistiendolo el al

entierro, llevando tras el cadaver todas sus Esquadras enlutadas, y arrastrando las Vanderas al son de los atambores destemplados.

En estas bizarrías, como suyas, se hallaba Aguirre entretenido, quando despues de aver el Provincial partido de Maracapaná con su Navio, y dado aviso en Cumana, el Collado, y la Borburata, se llegó a descubrir desde la Margarita, que navegando de Mar en fuera venia en demanda de su Puerto; y discurriendo el tyrano, que Monguia, executado su orden, se lo traia apressado, alegre con su vista trataba ya de disponer su partida; pero breve convirtió en desesperacion su regocijo, por aver arribado al Pueblo vna Pyragua en que iba vn Negro de Maracapaná, que le dió cuenta de todo, expressandole como Monguia, y sus compañeros voluntariamente se avian entregado al Provincial; de que recibió Aguirre tanto enojo, que prorrumpiendo en blasfemias contra Dios, y amenazas contra los pobres vecinos, juraba lleno de colera, que avia de passar á cuchillo toda la gente de la Isla, y regar con su sangre la Ciudad, sin dexar en ella piedra sobre piedra, para que al recuerdo de sus ruinas se conservasse la memoria de su furor.

Íbase ya en esto acercando el Navio para tierra, y por la derrota que traia conocieron con claridad venia á surgir á yn para-

ge, que llaman Punta de Piedras, cinco leguas distante de el Puerto de Monpatare, (que es el principal de la Isla) y recelando el tyrano no intentasse el Provincial saltar en tierra con su gente, empezó á disponer la que le pareció bastante de la suya para salirle al encuentro; pero antes de ejecutarlo, porque no quedassen sin efecto sus amenazas, mandó á su Alguacil Francisco de Carrion fuese á la Fortaleza, y diesse garrote al Governador Don Juan de Villandrando, á el Alcalde Manuel Rodriguez, á el Alguacil Mayor Don Cosme de Leon, á el Regidor Caceres, y á Juan Rodriguez, criado de el Governador: diligencia, que no dilató mucho el Carrion, pues llevando consigo algunos Negros, y cordeles para instrumentos de el suplicio, baxó á vna sala subterranea de el Castillo donde estaban los presos, y les notificó la amarga sentencia de su muerte; y aunque á los principios, absortos al oír semejante tyranía, no se podian persuadir á la certeza de tan grande desventura, conociendo despues que iba de veras, y que no tenia remedio, trataron de aprovechar el poco tiempo que permitia la priessa que les daban aquellos crueles Ministros, y pidiendo á Dios misericordia con repetidos Actos de Contricion, entregaron las gargantas al dogal, y á los Verdugos la vida.

Este fue el lastimoso parade-

ro de Don Juan de Villandrando en lo mas florido de su edad lozana, pues no llegaba à quarenta años, quando su confiança inadvertida lo conduxo à la desdicha de fin tan lamentable; su cuerpo cubierto con vna estera, y junto con los demás dexò Carrion en la misma Sala, donde estuvo hasta poco despues de media noche, que hizo llamar Aguirre à sus Soldados, y dandoles quenta de los motivos que tuvo su crueldad para cometer aquella infamia, à la luz de algunas hachas, que mandò encender para el efecto, les mostrò los yà disformes cadaveres, procurando persuadirlos con la misma atrocidad de aquel delito, sobre los demás que tenian cometidos, à que perdiessen la esperanza de conseguir perdon de el Rey en ningun tiempo, solo à fin de que obstinados con el temor de el castigo, se precipitassen mas en la rebelion que tenian comenzada; y no atreviendose à desampararlo, poder èl à la sombra de sus Maraiones, conservar u tyrania.

Fenecido el acto de tan horrible espectáculo, mandò luego Aguirre abrir dos sepulturas en la misma sala donde enterraron los cuerpos, y porque los demás vecinos participassen tambien de la afficcion, y de el susto, hizo que en aquella hora (que serian ya las dos de la mañana) los recogiesen todos con sus mugeres, e hijos dentro de la Fortaleza, donde,

aunque ignoraban la muerte de el Governador (por aver puesta Aguirre gran cuidado en que se les ocultasse) combatidos de mil temores esperaban las suyas por instantes, passando entre desconfuelos, y congoxas el resto de la noche, hasta que al amanecer, dexando Aguirre encomendada la Fortaleza, y los presos à su Maestre de Campo Martin Perez, tomò la marcha con ochenta Arcabuzeros para Punta de Piedras, donde avia surgido el Provincial: mas poco antes de llegar al Puerto, teniendo noticia de que levado el Navio navegaba puesta la proa para Monpatate, diò aceleradamente la buelta à la Ciudad, con el recelo de que su ausencia no fuesse causa de alguna novedad irreparable.

Tenia Aguirre entre sus Capitanes vno llamado Christobal Garcia, que antes avia sido Galafate, y este, ò por enemistad que professaba al Maestre de Campo Martin Perez, ò porque las mas vezes permite la Divina providencia, que los tyranos sean el mejor cuchillo vnos para otros, luego que Aguirre bolviò de Punta de Piedras, dando color à su malicia con el celo de su lealtad, le dixo muy en secreto tuviesse cuidado con su vida, porque su Maestre de Campo, vnido con otros de los Soldados, determinaba quitarsela en la primera coyuntura que les ofreciera el tiempo, para levantar-

se con todo, y retirarse à Francia, à cuyo fin estaban convocados; y en celebracion de lo tratado entre ellos, gozando aquel dia de la ocasion de su ausencia, mientras fue à Punta de Piedras, avian tenido vn cèlebre banquete entre los conjurados, con brindis, y trompetas, que aviendo sido publico, fue facil certificarse Aguirre de la verdad de el combite, aunque no de la intencion; y como à esto se agregasse aver sabido tambien, que el mismo dia estando en la plaza de la Ciudad algunos Soldados en rueda, se moviò conversacion entre ellos sobre quien podria gobernarlos en caso que faltasse Aguirre, y hallandose presente Martin Perez, dixo: Cavalleros aqui estoy yo, que servirè à todos, y harè lo que soy obligado, si faltare el viejo: circunstancias, que juntas vnas con otras le parecieron bastantes al tyrano para quitarle la vida, y embiandolo à llamar con el pretexto de comunicar con el algùn negocio, diò orden à vn Fulano de Chaves, muchacho en la edad, pero redomado en las costumbres, y à otros de su ralea, para que luego que entrasse el Martin Perez en la Fortaleza le diessen de puñaladas, en que anduvieron tan prompts, que apenas puso los pies en el alojamiento, quando Chaves por detras, y los otros por los lados, le dieron tantas, y tan penetrantes heridas, y cuchilladas, que echan-

do los intestinos, y sessos por diferentes partes de el cuerpo, cayò muerto pidiendo confesion; y como el desdichado, entre las agonias de el morir, procurasse evitar su desventura, y huyendo de vn lado à otro, y los homicidas por acabarlo de vna vez corriesen tras el furiosos, fue tal el alboroto que formaron dentro de la Fortaleza, que los afligidos vezinos como se hallaban presos, llenos de confusion, y sobresalto, llegaron à discurrir era yà el ultimo lance de sus vidas, y buscando con la turbacion algun remedio para librarlas, sin reparar en el evidente riesgo de su precipitacion, vn Domingo Lopez, Pedro de Angulo, y Maria de Truxillo, muger de Francisco de Rivera, se arrojaron por las almenas de la Fortaleza con tan buena fortuna, que con aver caído de bien alto sin recibir daño alguno, tuvieron lugar para correr, y esconderse entre vnos cardonales; que les sirvieron de asylo para asegurarse en ellos la libertad, y las vidas.

Vno de los principales complices en la conjuracion de Martin Perez, segun la relacion de Christobal Garcia, era Anton Llamoso, à quien Aguirre avia nombrado en lugar de Enriquez de Orellana por Capitan de la Municion; y viendolo passar el tyrano por alli cerca, tan poco desconfiando de la muerte de el Maestro de Campo, que aun estaban los

agresores con las armas en las manos, le dixo: Tambien me dicen, hijo mio, que vos erades vno de los de la liga contra mi; pues como? esta era la amittad? A este cargo empezò à satisfacer Anton Llamoso, protestando con mil juramentos, y blasfemias ser testimonio de sus emulos para ponerlo mal con el; y pareciendole por las demonstraciones de Aguirre, que no daba mucho assenso à sus palabras, quiso comprobar con obras su inocencia, y con vna furia, ministrada de algun espiritu diabolico, se arrojò sobre el cadaver de Martin Perez, que tendido en el suelo hecho pedazos, causaba horror el mirarlo; y diciendo: à este traydor, que queria cometer semejante maldad, beberle la sangre, empezò à chuparle los sesos por las heridas que lo partian la cabeza, con la rabia que pudiera vn alano cebarse en vna res muerta, quedando Aguirre satisfecho de su fidelidad con accion tan inhumana, y los presentes absortos al ver la barbara impiedad de aquel demonio.

Dexamos el Navio de el Provincial navegando de Punta de Piedras para el Puerto de Mompatare, y aunque en distancia tan corta, retardado con la fuerza de las corrientes, y algunos vientos contrarios, no pudo llegar à tomar tierra hasta passados dos dias, que empavesado de flamulas, vanderas, y gallardetes, amaneciò dando fondo algo distante el mar à

fuera, recelando el daño que le pudiera hazer la Artilleria; y prevenido Aguirre à la defensa, salìo de la fortaleza, llevando consigo cinco falcones de bronce, y vn tiro de fruslera bien cargados, para embarazar con ellos el desembarque, que pudiera intentar el Provincial, y con la gente que le pareciò seria bastante marchò para la playa, à tiempo que yà los de el Navio en algunas Pyraguas, y Canoas venian à saltar en tierra; pero reconociendo el mal recibimiento con que los esperaba Aguirre, haciendo alto sobre los remos, se quedaron en distancia, donde sin alcançar las valas se podian oir vnos à otros, y supliendo las lenguas lo que avian de hazer las manos, parò todo el aparato en dezirles à los traydores mil injurias, à que correspondieron ellos con otros tantos oprobrios, y quedando todos satisfechos de aver desahogado su colera sin riesgo, y tan à lo seguro, la gente de el Provincial bolviò al Navio, y la de Aguirre à la Ciudad, tan vfano este con el buen suceso de aquella guerra aparente, que luego que llegò à la Fortaleza le escriviò vna carta al Provincial, como dictada de quien no tuvo en su vida otro exercicio, que domar potros, y mulas, que era en lo que gastaba el tiempo en el Perú, cuyo tenor (aunque passe por prolixidad) es el siguiente.

Muy magnifico, y Reverendo Señor, mas quisiera hazer à V. P. el

recibimiento con ranos, y flores, que con arcabuzes, y tiros de Artilleria, por adernos dicho aqui muchas personas ser mas que generoso en todo; y cierto por las obras hemos visto oy en este dia ser mas de lo que nos decian, por ser tan amigo de las armas, y exercicio militar, como lo es V. P. y assi vemos, que la virtud, honra, y nobleza alcançaron nuestros mayores con la espada en la mano. Yo no niego, ni todos estos señores que aqui están, que salimos de el Perú para el rio Marañon à descubrir, y poblar, de ellos cojos, de ellos sanos, de ellos mancos; y por los muchos trabajos que hemos padecido en el Perú, à hallar tierra por miserable que fuera, para ampararnos en ella, y para dár descanso à estos tristes cuerpos, que están con mas costuras que ropas de Romeros, hubieramos poblado en ella: mas la falta de lo que digo, y con los muchos trabajos que hemos padecido, hazemos quenta que vivimos de gracia, segun el rio, el mar, y hambre nos han amenazado con la muerte; y assi, los que vinieren contra nosotros hagan quenta que vienen à pelear con los espíritus de los hombres muertos; y los Soldados de V. P. nos llaman traydores, debelos castigar, que no digan tal cosa, por que acometer à Don Phelipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos, y de grande animo, porque si nosotros tuvieramos algunos oficios ruines, dieramos orden à la vida; mas por nuestros ados no sabemos sino hazer pelotas, y amolar lanças, que es la moneda que por acá corre; si ay por allà necesidad de estos menudos, todavia lo proveeremos; hazer entender.

à V. P. lo mucho que el Perú nos debe, y la mucha razon que tenemos para hazer lo que hazemos, creo será imposible; à este efecto no diré aqui nada de ello, mañana, placiendo à Dios, embiaré à V. P. todos los traslados de los Autos que entre nosotros se han hecho, estando cada vno en su libertad como estaban; y esto digolo en pensar, que descargo pienfan dár effos señores que ay están, que juraron à Don Fernando de Guzman por su Rey, y se desnaturalizaron de los Reynos de España, y se amotinaron, y alçaron con vn Pueblo, y vsurparon la Justicia, y los desarmaron à ellos, y à otros muchos particulares, y les robaron las haciendas, y entre los demás Alonso Arias, Sargento de Don Fernando, y Rodrigo Gutierrez, su Gentil-hombre; de effotros señores no ay para que hazer quenta, porque es chafalonía; aunque de Arias tampoco la hiziera, si no fuera extremado Oficial de hazer jarcias; Rodrigo Gutierrez cierto hombre de bien es, si siempre no mirase al suelo, insignia de gran traydor, pues si acaso ay ha aportado vn Gonçalo de Zuñiga, padre de Sevilla, cecijunto, tengale V. P. por vn gran chocarrero, y sus mañas son estas: El se hallò con Alvaro de Hoyon en Popayan en la rebellion, y alzamiento contra su Magestad, y al tiempo que iban à pelear dexò à su Capitan, y se huyò, y ya que se escapò de ellos se hallò en el Perú en la Ciudad de Piura con Silva en vn motin, y robò la Caxa de el Rey, y mataron la Justicia, y assimismo se le huyò; hombre, que mientras ay que comer es diligente, y al tiempo de la pe-

sea siempre huya, aunque sus firmas no pueden buir; de solo un hombre me pesa que no esté aquí, y es Salguero, porque teníamos necesidad de él, para que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien; a mi buen amigo Martin Bruno, à Anton Perez, y Andrés Diaz les beso las manos; à Monguía, y à Artiaga Dios los perdone, porque si estudiaran vivos tengo por imposible negarme, cuya muerte, ó vida suplico à V. P. me haga saber, aunque tambien queríamos que todos fuésemos juntos, siendo V. P. nuestro Patriarca, porque despues de creer en Dios, el que no es mas que otro, no vale nada, y no vaya V. P. à Santo Domingo, porque tenemos por cierto que le han de despoſseer de el trono en que está; y en lo de la respuesta suplico à V. P. me escriba, y tratémos bien, y ande la guerra, porque à los traydores Dios les dara pena, y à los leales el Rey los restituira, aunque hasta aora no vemos ba resucitado ninguno el Rey, ni sana heridas, ni da vidas. Nuestro Señor la muy magnífica, y Reverenda persona de V. P. guarde, y en gran dignidad acreciente. De esta Fortaleza de la Margarita besa la mano de V. P. su servidor Lope de Aguirre.

Esta fue la discreta carta de el tyrano, que remitida con vnos Indios en vna Pyragua, llegó à manos de el Provincial; quien cumpliendo con las obligaciones de su estado, no obstante el conocimiento en que se hallaba de el poco fruto que podia esperar su buen deseo en la obstinada perfi-

dia de aquel hombre, à quien parece avia Dios dexado de su mano, con el motivo de dar respuesta à su carta, procuró por escrito persuadirlo à que dexando el errado camino que llevaba, se reduxesse à la obediencia que debia à quien por naturaleza era su Rey; y en caso que su ciega obstinacion no le diesse lugar à tomar medio tan justo, atendiesse como Christiano à la veneracion de los Templos, y à la honra de las mugeres, y que por el amor de aquel Señor, que le avia de pedir estrecha cuenta, se cansasse ya de bañar la espada en tanta sangre inocente como avia derramado su crueldad en aquella isla infeliz. Esta respuesta remitió el Provincial con los mismos Indios que le llevaron la carta de Aguirre, y sin aguardar à mas levò las anclas, y dandose à la vela tomó la buelta de Santo Domingo à dar aviso de las operaciones de el tyrano, quedando hasta oy entre los Estadistas graduada su resolucion por imprudente, pues aviendo parado su aparato en solo hazer ostentacion de su Navio, fue causa su llegada à la Margarita, para que irritada aquella fiera quitasse la vida al Gobernador, y à los demás vecinos: tyrania, que quizás no huviera executado, à no temerse de el favor que pudiesen dar al Provincial

estando vi-

vos.

CAPITULO IV.

SALE PEDRO ALONSO

Galeas huyendo de la Margarita : aborrea el tyrano à Ana de Roxas ; y executadas otras crueldades desampara la Isla.

TAn poca fue la operacion que hicieron las piadosas persuasiones de el Provincial en el corazon indomito de Aguirre, que antes parece convirtió en veneno su malicia el saludable antidoto de sus sanos consejos, pues como si saliera de represa la inundacion de sus iras, el mismo dia que recibió la carta hizo ahorcar en el Rollo de la plaza à dos de sus Soldados, sin mas delito, que averlos hallado recostados en la playa à la sombra de vnos cardones, y aver hecho juizio su desconfiança, de que el estàr allí de aquella suerte era esperar ocasion para passarse al Navio: injusticia, que acompañò con otra crueldad mayor, pues sin otro motivo que su gusto mandò dar garrote à Martin Diaz de Almendariz, primo-hermano de el Governador Pedro de Visua, à quien con admiracion de todos avia traído desde el Marañon, (aunque desarmado, y como preso) conservandole la vida; y determinado à dextarlo en aquella Isla, le re-

nia dada licencia para que asistiese en vna estancia, donde, sin hazer agravio à nadie, vivia el miserable retirado desde que Aguirre llegó à la Margarita; pero cansado ya, ò arrepentido de aver usado con èl tanta piedad, embiò los verdugos à la estancia à que le diesse garrote; y como estos para adular al tyrano procuraban por su parte hazer mas horrosas las crueldades, executaron la muerte sin dexarlo confessar, aunque se hallaba presente vn Religioso Dominico, de quien pretendia recibir aquel consuelo.

Perdida la esperança de conseguir el Navio de el Provincial, en que avia discurrido Aguirre executar su partida, tratò de que con toda brevedad se acabasse de perfeccionar vna Embarcacion; que tenia en el hastillero el Governador Don Juan de Villandrando, pues en ella, y otros dos Barcos razonables que le avian quedado de los que sacò de el Marañon, podria con conveniencia acomodar toda su gente para navegar con desahogo; y en el interin que se fenecia la fabrica, entre las prevenciones que dispuso para su avio, mandò hazer vnas Vanderas de tafetan negro, sembradas de espadas roxas, porque fuesse à vn mismo tiempo insignias de su malicia, y publicas señales de su impiedad, manifestando en la divisa, y el color los estragos, y muertes, que te-

nia

nia por blason su tyranía, y con gentil desacato, y desvergüenza las hizo ben'ecir publicamente el día de la Assumpcion de nuestra Señora con la celebridad de vna Missa muy Solemne, como si à la sombra de aquellos infames Estandartes huviera de conseguir algunos triumphos la Iglesia; y hecha la bendicion las entregò à sus Capitanes, encargandoles la perseverancia con que debian mantener la guerra, para llevar à delante la inobediencia, y rebellion que tenia comenzada contra el Rey, à cuyo fin les era licito cometer quantos insultos, y robos ofreciessse la ocasion, pues todo lo permitia el honroso exercicio en que se hallaban; pero no obstante el consentimiento de libertad tan amplia como la que Aguirre daba à sus Soldados, para que con la aficion de aquella vida desgarrada se mantuviessen firmes en seguirlo, y no lo desamparassen, como quiera que entre ellos avia algunos que à mas no poder, y solo violentados de el temor, mantenian su Compania, no fueron bastantes las cautelosas prevenciones del tyrano, para que ellos dexassen de hazer su diligencia, solicitando qualquiera coyuntura para ponerse en salvo.

Era vno de estos Pedro Alonso Galeas, natural del Almendralejo en la Estremadura, Capitan que avia sido de Infanteria quando governaba aquella gente el General Pedro de Vísua; y deter-

minado à buscar forma para pasarse à Tierra-firme, antes que el tyrano saliesse de la isla, con el secreto que requeria la materia para asegurar su vida, se concertò con dos Indios, naturales de la Margarita, de los que llaman Guayquerries, disponiendo con ellos le labrasen vna Pyragua, y la tuviessen escondida en vna caleta, que formaba el mar cerca de vna montaña, poco mas de media legua distante de la Ciudad: diligencia, que executada con recato, facilitò los primeros passos de su fuga; pero para poder conseguir esta, y tener tiempo de escapar sin que lo echassen menos, le fue preciso valerse de vna traza, la mas aguda que por entonces pudo discurrir la indultria.

Tenia Aguirre vn cavallo de color castaño, que avia reservado para sí de los despojos de Don Juan de Villandrando; era de natural brioso, hermosa presencia, galana huella, y muy violento en la carrera; y siendo Pedro Alonso de los mejores ginetes de su tiempo, gustaba mucho el tyrano de que montasse en él, por gozar de los primores que le hazia obrar en el passeio: montò vna tarde como lo acostumbraba siempre, y con cuidado fuele desde el principio atacando la rienda mas de lo que solia para encenderle el brio; de suerte, que quando llegó à la plaza don te le esperaba Aguirre, iba tan enfurecido, que reventando de corage era su ca-

pacidad poco ambito para desahogar su colera, y viendolo Aguirre tan bizarro con la hermolura de su mismo brio, le mandò pasar carrera, que era à lo que tiraba Pedro Alonso para entablar su maxima; y assi, batiendole luego los hijares, le soltò la rienda, aguijandolo de proposito, para que empeñado en la carrera, no parasse en mas de quatro quadras de distancia, teniendo lugar con esto de atribuir à defecto de el cavallo, por poca sujecion al freno, lo que en realidad era disposicion de su cuidado para lograr su traza; y continuando de esta suerte en montar todas las tardes, cada dia le iba alargando vn poco mas la carrera, de calidad, que por entretenimiento concurrían yà muchos à ver la precipitacion de aquel cavallo desbocado, porque Pedro Alonso, llevando adelante su fingimiento, solia coger tan dilatada la carrera, que saliendu al campo no bolvia en vna hora à la Ciudad, hasta que pareciendole ya tiempo de executar su fuga, previniendo primero los dos Indios Guayqueries para que lo esperassen en la Playa, montò, como lo acostumbraba, en el cavallo, y apretandole bien los acicates, no parò hasta llegar à la caleta, donde tenia escondida la Pyragua, y metiendose en ella con los Indios, empezò à navegar à todo remo, para atravesar à Tierra-firme, logrando el tiempo de asegurarse mientras du-

raba el engaño, porque Aguirre, discutiendo que seria lo mismo que los dias antecedentes, no le diò cuidado la tardanza, hasta que viendo que avian pasado tres horas, yno bolvia à la Ciudad, temeroso de alguna desgracia, que pudiera averle sucedido, embiò algunos Soldados à buscarlo, y siguiendole el rastro por las huellas, hallaron el cavallo amarrado à vn tronco en la caleta, con otras evidentes señales de su fuga.

Burlada de esta suerte la malicia de el tyrano por la astucia sagaz de Pedro Alonso, tuvo lugar este de atravesar sin fusto à Tierra-firme, y dexandose ir la Costa abaxo hasta el Puerto de Cumanagoto, encontró alli à Francisco Faxardo, que noticioso de lo que passaba en la Margarita, avia salido de el Collado con animo de procurar à todo trance desvaratar al tyrano, como lo huviera conseguido, à no estorvarse lo la antigua emulacion con que Alonso Cobos, Theniente de Cumaná, procurò siempre deslucir lo heroyco de sus acciones, pues valiendose de el pretexto de que sin licencia suya sacaba los Indios de la jurisdiccion de su distrito, embiò vn Cabo con gente armada para que lo prendiessen, à tiempo que Faxardo se hallaba disponiendo el embarque de quinientos Indios, que le daban para la expedicion que pretendia los dos Caciques, sus amigos, Don

Alon-

Alonso Coyegua, y Don Juan Cavallo; pero avisandole vn Indio, que llegò de Cumana, lo que avia dispuesto Cobos, por escusar competencias, y disgustos, encaminando primero à Pedro Alonso para la Borburata, sin aguardar à mas, con solos sesenta Indios, que tenia embarcados, se diò à la vela, puesta la proa para la Margarita.

Notables fueron los extremos que hizo Aguirre quando conociò la chança que le avia armado el dissimulado de Pedro Alonso; y para que de vna vez paràssen en desesperacion sus sentimientos, quiso la mala suerte que el dia siguiente se le huyesse otro Soldado, llamado Alonso de Villena, que era vno de los de su mayor confiança, y complice principal en sus mayores delitos: golpe, que le llegò muy à el alma, por ver que lo desamparaban yà los mas amigos; y no pudiendo vengarse en quien fue causa de su enojo, por no aver sido bastantes las diligencias que hizo para hallarlo, mandò matar à Francisco Dominguez, y à Diego de Loaisa, solo porque eran camaradas de Villena; y con vna infernal saña, propia de aquel corazon endemoniado, hizo ahorcar en el Rollito de la plaza à vna señora principal de la Ciudad, llamada Ana de Roxas, tomando por pretexto para crueldad tan inhumana, el que avia sido sabidora de la fuga de Villena; y convirtiendo aque-

lla tyrania en fiesta, y passatiempo los traydores, quando la querian ahorcar entrò vna Esquadra de ellos con sus arcabuzes en la plaza, y estando à medio morir la pusieron por blanco de sus tiros, disparando sobre ella de mampuesto à vista de su infame General, que con aplauso celebraba los aciertos de quien con mejor punteria partia la cabeza, ò corazon de aquella illustre Matrona.

Era casada esta señora con vn Noble Montañes, llamado Diego Gomez de Ampuero, hombre viejo, tullido, y muy enfermo, que à la sazón estaba retirado en el campo en vna estancia suya, acompañado de vn Religioso Sacerdote del Orden de Santo Domingo; y pareciendole à Aguirre que tambien avria tenido parte en la fuga de Villena, para que entrasse tambien en cuenta de su despique, mandò à Pedro de Paniagua, su Barrachel de campaña, que le fuesse à dar garrote, en que anduvo tan puntual, que no solo quitò la vida al pobre viejo, sino tambien al Religioso, sin mas orden que su propia autoridad, y discurrir quedaria Aguirre mas gustoso, mientras el se mostraba mas tyrano, como le sucediò, pues complaciendose el traydor con la perpetracion de el sacrilegio, le sirviò aquel de incentivo para cometer otro mas terrible.

Afistia en la Ciudad vn Religio-

ligioso del mismo Orden Dominico (cuyo nombre no he podido averiguar) Varon de aprobadas costumbres , y de inculpable vida , con quien Aguirre , mas por cumplimiento , que por devocion , quiso confesarse vn dia ; y como el santo Sacerdote , con el conocimiento de su mal proposito , atendiendo , sin recelo , ni temor , solo à cumplir con la obligacion exacta de su Oficio , le negasse la absolucion , reprehendiendole con entereza lo execrable de sus maldades , le cobrò tan mortal odio , que determinò matarlo ; pero como la fuerza de la virtud es tanta , aun con ser aquel vn hombre desfalmado , y sin temor à Dios , ni al mundo , le tuvo siempre atadas las manos el respeto que causaba la presencia de aquel Sacerdote Venerable , hasta que pareciendole aquella ocasion acomodada para salir de el cuidado , le dixo à Paniagua : Vos traeis la mano hecha à matar Frayles , hazedme gusto de matarme este otro , para que otra vez no sea tan escrupuloso ; no hubo menester el Barrachel que se lo rogassen mucho , pues al instante partiò à poner por obra lo que le encargaba Aguirre , y encontrando al Religioso que salia de la Iglesia , lo cogiò por la mano , y metiendolo en el zaguan de vna casa , le notificò la sentencia de su muerte , que oyò el santo Varon con gran constancia , pues hincandose

de rodillas , sin la mas minima perturbacion en el animo , empezò à rezar el Psalmo *Miserere mei Deus* ; pero antes que lo acabasse , no sufriendo tanta espera la prieta de aquel Verdugo infernal , le puso los cordeles por la boca , y empezò à darle garrote por detrás con tanta fuerza , que se la rompiò , è hizo pedazes ; mas viendo que no moria con el inhumano rigor de tal tormento , le baxò el cordel à la garganta , apretando hasta quitarle la vida , para que passasse à coronarse por Martyr , en premio de aver sabido cumplir con la obligacion de Confessor.

Compuestas ya , y prevenidas las Embarcaciones (despues de aver mandado ahorcar à Simon de Sumorostro , y à Ana de Chaves) se hallaba Aguirre en visperas de su partida , quando aportò Francisco Faxardo à la Margarita , y saltando en tierra con los sesenta Indios Flecheros , que cogiò en Cumanagoto , se emboscò en vn montecillo bien cercano à la Ciudad , con resolucion de dar vn tiro à la fortuna , y ver si ayudado de los vecinos podia conseguir la dicha de derrotar al tyrano ; pero aunque lo intentò su valor , y buscò la ocasion su diligencia , no pudo tener efecto su deseo , porque receloso Aguirre de la mudable fee de sus Soldados , y temiendo no lo desamparassen algunos , fiados en el abrigo que les ofrecia Faxar-

do, cerrò las puertas de la Fortaleza, dexandolos todos dentro, y como se hallaba yà inmediato à su partida, apresurò quanto pudo el embarcarse, con tanto miedo, y recato, que para averlo de hazer rompiò vn portillo alto en la Muralla, que caía sobre el mar, y poniendo en el vna escalera iban baxando à embarcarse los Soldados vno à vno, estando el à la mira haziendo guardia con sus mas confidentes, y allegados; y como Alonso Rodriguez, su Almirante, y amigo de los del alma, le advirtiese en esta ocasion, que se apartasse vn poco de la playa, porque no le mojasse la revetazon del mar, como si fuera algun agravio la advertencia, se encendió el tyrano en tan grande ira, que metiendo mano à la espada, le cortò el brazo de vna cuchillada; y no satisfecho su enojo aun todavia, lo mandò matar alli à estocadas, para que por despedida quedasse en aquella playa este testimonio mas de su crueldad; y al fin embarcados todos, y llevandose consigo al Licenciado Pedro de Contreras, Cura, y Vicario de la Margarita, se diò à la vela el tyrano en las tres Fustas que tenia prevenidas, dexando malogrados los honrados intentos de Faxardo, por aver llegado tarde, pues no ay duda, que si huviera sido su arribo anticipado con mas tiempo, lograra su resolucion la felicidad de vna cumplida victoria.

Estas fueron las operaciones

del tyrano en aquella Isla desdichada, y si la pluma huviera de expressar por menor todos sus desafueros, no huviera corazon para sufrir crueldades, ni ojos para llorar lastimas, pues fueron tales los insultos, robos, y atrocidades, que cometìò aquella fiera, que con estàr entonces la Isla en la mayor exaltacion de su opulencia con la pesqueria de sus perlas, fueron bastantes los quarenta dias de su asistencia en ella para dexarla tan destruida, que en muchos años despues non pudieron sus vezinos conseguir el reparo de sus ruinas.

CAPITULO V.

LL E G A AGUIRRE A la Borburata: saquea la Ciudad, y passa a la Valencia: pide el Governador socorro à Merida, y previenese para la defensa.

Aunque siempre avia sido la fixa resolucion de Aguirre encaminar su derrota à Nombre de Dios para passar del Perú à Panamá, luego que sulìò al mar le hizo variar el dictamen la consideracion, de que aviendo el Provincial dado aviso de su arribo à la Margarita en todos los Puertos de la Costa, le seria difícil conseguir el transito por la parte que tenia premeditada, estando yà prevenidos; y assi, mudando rumbo à la

dertota, mandò poner la proa à la Borburata, con animo de atravesar esta Provincia, y el nuevo Reyno, para entrar al Perú por Popayá, sin reparar en que huyendo vn inconveniente imaginado, emprendia vn imposible impracticable; pero como la Divina Justicia tenia yà determinado darle breve el castigo à sus maldades, permitió, que ciego con la confusión de su mal discurso intentasse semejante desatino, para que à los primeros passos de su viage pagasse con la vida las muchas que avia quitado su crueldad.

Puesta, pues, la proa para la Borburata, empezó à navegar con gran trabajo, así por la poca practica de los Pilotos que llevaba, como por las muchas calmas, que le sobrevinieron en aquella corta travesía: causa para que su impaciencia, y natural endemoniado, al ver la dilacion que padecía, prorrumpiesse (como siempre acostumbraba) en mil blasphemias contra Dios, y su bendita Madre, pues vnas vezes, alzando los ojos al Cielo, dezia: Dios, si algun bien me aveis de hazer, aora lo quiero, y la Gloria guardadla para vuestros Santos; otras, con ira mas que diabolica dezia: que Dios era vn novelero, pues aviendolo favorecido hasta alli, yà lo desamparaba, por ayudar à sus contrarios; y à este tono ensartaba otro mar de disparates, tan horribles, y sacrilegos, que aun con ser gente tan desalmada

sus Soldados, quedaban escandalizados al oírlos; pero al fin, dando espera la bondad Divina para los arrepentimientos de aquel hombre, permitió, que passados ocho dias de navegacion llegasse el dia siete de Septiembre à tomar Puerto en la Borburata, cuyos vezinos al descubrir las Embarcaciones, conociendo por las señas ser las que esperaban de el tyrano, por no hallarse con fuerzas suficientes para hazerle resistencia, se retiraron à los montes con sus familias, y muebles, y con presteza despacharon aviso al Governador Pablo Collado, que à la sazón estaba en el Tocuyo.

Con esta noticia tratò luego el Governador de prevenirse para buscar la defensa; mas como el encogimiento de su espiritu no era para disponer estas materias, ni le permitia empeñarse en funciones militares, à que no estaba acostumbrado, como agenas de su profesion togada, nombrò por General à su antecesor Gutierrez de la Peña, (que se avia avezinado en el Tocuyo) à quien entregò el Gobierno de las armas, para que corriessen por su quenta todas las disposiciones de la guerra, y haziendo llamamiento de toda la gente que tenia en la Provincia, para que concurriessse à la nueva Segovia, donde se avia de formar la masa de el Exercito, despachò tambien à Merida, pidiendo à Pedro Brabo de Molina, Justicia mayor de aquella Ciudad, viniel-

nieste à socorrerlo , por hallarse yà con el Enemigo à los vmbrales , y con pocas fuerças para hazerle oposicion ; y juntamente escrivìo à Diego Garcia de Paredes , (que como dexamos dicho , por algunos sinlabores que tuvo con Collado despues que poblò à Truxillo se avia retirado à Merida) rogandole no lo desamparasse en lance tan apretado , pues como Cavallero debia anteponer el Real servicio al disgusto de sus propios sentimientos , para cuyo reparo estaba prompto à darle la satisfaccion que mas gustasse.

No necesitaba Paredes de esta suplica para cumplir con las obligaciones de su sangre , pues abandonando conveniencias , è intereses supo siempre su valor acreditar de fina su lealtad ; y asì , luego que recibìo la carta del Governador , (mientras Pedro Brabo disponia la gente que avia de llevar consigo para el socorro) con catorce camaradas de su sequito partiò para el Tocuyo , donde estimando Collado tanto la promptitud , como la fineza , le pidiò perdón de los disgustos passados , y rogò , que en la ocasion presente lo favoreciesse , sirviendose de admitir el Baston de Maestre de Campo , yà que la vrgencia de tan repentino aprieto lo avia obligado à nombrar por General à Gutierrez de la Peña : eleccion , que no huviera hecho si tuviera presente su persona , pues de justicia era acreedor à la preferencia de aquel pue-

ro ; y como Paredes solo tenia puesta la mira al servicio de su Rey , sin atender à otros puntos , que dicta la vanidad , aceptò sin repugnancia , ofreciendose à perder la vida , ò salir bien del empeño.

Puesto Aguirre en la Borburata , saltò luego en tierra con su gente media legua distante de la Ciudad , y sin permitir se le apartasse de alli ninguno de sus Soldados , se quedò acuartelado en la playa aquella noche , persuadido quizà à que podria como en la Margarita coger à los vezinos con engaño ; pero viendo que amanecia el dia siguiente , y que no venian à visitarlo (aviendo ptimero hecho matar à vn Portuguès , llamado Antonio de Faria , solo porque al descubrir el Puerto preguntò , si aquella era Isla , ò Tierra firme) despachò à la Ciudad vna Esquadra compuesta de sus mas amigos , para que reconociesen el estado en que se hallaban , ò la intencion que tenian sus moradores ; pero llegados al Pueblo , como todos se avian retirado , buscando seguridad en las montañas , estaba tan desamparado , y yermo , que solo encontraron en èl à Francisco Martin , vno de los que con el Capitan Munguia se avian quedado con el Provincial en Maracapaná , que atrastrado de su mala inclinacion , y depravadas costumbres , bolvia à buscar la vida licenciosa de los Soldados de Aguirre : fineza , que le agrade-

ció el tyrano; estimando la perseverancia en su amistad tanto, como la noticia que le dió de estár por aquellos contornos otros de sus compañeros, à quienes deseando Aguirre reducir otra vez à su obediencia, les escribió vna carta llena de ofrecimientos, y favores, y dandosela à Francisco Martin, acompañada de vn buen vestido, y otros regalos de precio, lo despachó para que se los buscasse, encargandole mucho hiziesse la diligencia con empeño, pero no fueron bastantes las que puso su cuidado para poder descubrirlos, porque cautelando prevenidos el evidente riesgo de sus vidas, se ocultaron de calidad, que defengañando Francisco Martin de poderlos encontrar, se volvió à la Borburata.

Malograda de esta suerte la esperanza que tuvo Aguirre de recoger otra vez sus Marañones, aviendo convertido en cenizas sus tres Embarcaciones, y otra de vnos Mercaderes, que estaba anclada en el Puerto, trató de passar à la Valencia para ir ganando tierra en el dilatado viage, que emprendia su inconsideracion temeraria; y para poderlo hazer con alguna conveniencia, embió dos, ó tres Tropas de soldados à buscar por las estancias vezinas algunas cavalgaduras para la conduccion de los carruages: diligencia con que solo pudo conseguir hasta veinte, ó treinta yeguas Serreras, pero à tan costoso precio, que los mas de

los Soldados volvieron muy mal heridos de las puas envenenadas, que por disposicion de los vezinos tenian sembradas los Indios por todas las veredas, y caminos; de que recibió el tyrano tanta alteracion, y sentimiento, que luego empezó, como solia, à echar blasfemias contra Dios; y para desahogar su infernal rabia mandó publicar por las calles de la Ciudad guerra cruel à sangre, y fuego contra el Rey de Castilla, y sus vasallos: y si le preguntáramos à este hombre, en qué fuerças fundaba su atrevimiento esta locura? halláramos, que todo su poder se reducía à ciento y cinquenta hombres no cabales, y seis tiros de fruslera; vn macho, y tres cavallos, que era todo el aparato con que penaba su mal juicio avassallar las Indias; à cuya resolucion no quedaba otra salida, que ponderar los despeños à que se precipita vn hombre à quien Dios tiene dexado de su mano.

Como la Ciudad avia quedado despoblada con el retiro de todos sus vezinos, no quisieron los Soldados de Aguirre passar sin aprovecharse en el trabajo; y assi, repartidos en quadrillas salieron por todas partes al pillage, rastreando por los montes quanto pudo ocultar la prevencion; en que anduvieron tan solícitos, que no dexaron quebrada, ni arcabuco que no trastornasse su codicia. Una quadrilla de estas, remontrándose algo mas q. las otras por vna

fenda mal hollada, vino à parar à vnos bugios, distantes de el Pueblo quatro leguas, donde estaba retirado vn Benito de Chaves, (que à la sazón era Alcalde de la Borburata) con su muger, y vna hija, casada con Don Iulian de Mendoza, que tambien se hallaba alli ya de buelta del Valle de San Francisco, donde lo dexamos acompañando à Iuan Rodriguez; y despues de aver robado quanto toparon à mano, sin hazer daño à las mugeres dieron la buelta à la Ciudad, llevando solo al tal Benito de Chaves, por lo que podia importar tenerlo Aguirre en su poder para qualquier contingente, y à vn Amador Montero, à quien tratò bien, y regalò el tyrano, por parecerle en la cara vn retrato de su padre.

Al mismo tiempo cogieron otros Soldados à vn Mercader, llamado Pedro Nuñez, y llevando lo tambien à la presençia de Aguirre, le preguntò el tyrano, què causa avian tenido los vecinos para retirarse? y respondiendole, que por el mucho miedo que tenian; replicò Aguirre le dixesse con verdad, què se decia de èl, y de sus compañeros? y aunque temeroso de lo que podia suceder, procurò escusarse de responder à la pregunta: fueron tantas las instancias que le hicieron, que el miserable, entre confuso, y turbado, huvo de decir: Señor, todos tienen à su merced, y à los que le acom-

pañan por vnos crueles Lutranos: palabras, que encendieron à Aguirre en tanta cólera, que quitandose de la cabeza la celada, amago à tirarle con ella, diciendole: Barbaro, necio, no sois mas majadero que esso? y aunque por entonces no pafso à mas el enojo, no tardò mucho despues sin que tomasse vengança de el agravio, porque vno de los Soldados, buscando que robar como los otros, acertò acafo à encontrar vna botija de azeytunas, que tenia enterrada el Pedro Nuñez, y escondidos en ella algunos tejos de oro; y como con la noticia de el hurto ocurriessse ante Aguirre pidiendo restitucion de su despojo, porque negò el delincuente, y no probò la calumnia Pedro Nuñez, lo mandò ahorcar luego al instante, para que todos conociessen lo que miraba por la buena opinion de sus Soldados; de los quales, vno llamado Juan Perez, estando algo achacoso, se salió à divertir al campo aquella tarde, y encontrandolo Aguirre casualmente sentado à las orillas de vn arroyo, le dixo: què hazeis por aqui Perez? à que le respondió: Señor, ando farto de salud, y por buscar algun alivio me estoy entreteniendò viendo correr esta agua, replicòle Aguirre: pues segun esso no podreis seguir esta jornada, y así será bueno que os quedeis, porque yo no hago nada con enfermos; como vuestra merced man-

dare, respondió el Soldado; y pasando de largo Aguirre sin hablarle otra palabra, se fue à su casa, de donde embiò luego sus Ministros para que lo llevassen preso, y sin que bastasse la interposicion, ni el ruego de sus amigos, lo mandò ahorcar, escusandose con decir, que no podia perdonar la vida al que era tibio en la guerra.

Ya en esto avia llegado el tiempo de estàr todo prevenido para salir de la Borburata, y pasar à la Valencia, (que como en otro lugar tenèmos dicho ay siete leguas de distancia de vna parte à otra) y pareciendole buena ocasion para escaparse à Pedro Arias de Almeida, y à Diego de Alarcon, Soldados de los de Aguirre, discurriendo que con la revolucion de el viage no harian mucha diligencia por buscarlos, se huyeron de la Ciudad aquella noche; pero sabiendolo el tyrano, mandò luego traer presas à la muger, y à la hija del Alcalde Benito de Chaves, y llamandolo à èl à su presencia, le dixo: Vos sois Alcalde, y practico de la tierra, y donde quiera que estuvieren mis Soldados aveis de saber de ellos, andad à buscarlos, y traedmelos, porque de no hacerlo asì me he de llevar al Perú vuestra hija, y vuestra muger, y dexandolo en el Pueblo para que hiciera lo que le tenia mandado, empezò à marchar para Valencia, llevandose consigo las

mugeres; però à poca distancia de camino alcançò à ver desde el repecho de la cuesta vna Pyragua, que con algunos Españoles navegaba para el Puerto, y dando priessa à su gente para trasmonarla, porque no fuesse vista desde el Mar, hizo alto de la otra vanda de la cumbre, y dexandola encargada à Juan de Aguirre, su confidente, y amigo de toda satisfaccion, con veinte y cinco Arcabuzeros bolviò à baxar para la Borburata, con animo de apresar la gente de la Pyragua, para saber sus intentos; però llegado à la Ciudad, solo sirviò su diligencia, de que asì èl, como los mas de sus Soldados, apurasen tanto vna pipa de vino que encontraron, que todos quedaron embriagados menos Juan de Rosales, Pedro de Acosta, y Jorge de Rodas, que no aviendo querido probarlo con cuidado, tuvieron lugar, logrando la ocasion de aquel desorden, para escenderse en el monte, y dexar la infame compañía de el tyrano.

Mientras Aguirre estaba divertido con el vino se abtafaban sus Soldados en la cuesta faltos de agua; y como para remediar la ardiente sed que padecian se remontassen algunos por aquella Serrania buscando algun refrigerio, fueron à dar à vnos bugios, que ocultaba la ramazon de vna montaña, donde entre otros trastes que encontraron hallaron vna capa, que luego conocieron todos

todos era de Rodrigo Gutierrez, vno de los que con Munguia se quedaron en Maracapana: tenia la capa vna capilla, y en ella estaba vna probança hecha à favor de su dueño ante la Iusticia de la Borburata; siendo vno de los testigos, y el que mas culpaba à Lope de Aguirre, acriminando sus acciones, aquel Francisco Martin, que bolvió à buscar su compañía luego que llegó à la Borburata; y leyendo su dicho Juan de Aguirre, ciego de colera al ver lo que decia contra el tyrano, se fue para el Francisco Martin, que estaba alli presente, y le dió de puñaladas, mandando lo acabassen de matar otros Soldados à balazos, entre quienes vno llamado Arana, de industria, ò por accidente, disparando el arcabuz atravesò con la bala à Anton Garcia, (otro de los Marañoses) y dió el muerto en tierra, sobre que se trabò tal alboroto entre los amigos de ambas partes, los vnos culpando la accion por maliciosa, y los otros defendiendola por impensada, que aunque el Arana procurò sossegarlos con decir, que lo avia muerto de proposito, porque se avia querido huir aquella noche, y que lo tendria por bien hecho el General; viendo que nada bastaba para aquietar à los amigos de el muerto, tuvo por mejor acuerdo baxar à la Borburata, donde informado Aguirre de las rebeluciones de su Campo, subió con

toda priessa à componerlas, antes que passasse à mas el alboroto.

Sossegado todo con la presencia de Aguirre, el dia siguiente prosiguió su marcha para baxar à la Valencia; pero con tales trabajos por lo impracticable del camino, que ni las bestias, como poco acostumbradas à la carga, podian repechar lo agrio de su aspereza, ni los Soldados, rendidos con el peso de las armas, y bagages, que llevaban à cuestas, podian tolerar tan prolongada fatiga, pues era necessario en muchas partes passar en hombros la artilleria, para vencer la fragosidad de aquellos riscos; y aunque Aguirre procuraba animarlos con su exemplo, echando siempre mano à la carga de mas peso, sin embargo fueron necesarios seis dias de camino para la corta distancia de siete leguas, de cuyo afan, ayudado de los calores de el Sol, y ardimientos de su colera, se le destemplò à Aguirre la salud de suerte, que postradas las fuerças con la congoxa de ver los malos principios que llevaba la jornada que emprendia, fue preciso cargarlo en vna hamaca, por no poderse ya tener en pie, y fatigado con el desfibrimiento de el achaque, pedia à sus Marañoses le quitassen la vida por alivio; pero al fin, aunque agravado de la enfermedad, llegó à notable aprieto, empezó à mejorar luego que entrò en Valen-

lencia, cuyos vecinos, desamparando la Ciudad, se recogieron con sus familias à las Islas que tiene la Laguna de Tacarigua, donde estuvieron retirados, sin que los Soldados de Aguirre, por falta de Canoas, pudiesen hazer diligencia por bulcarlos: prevencion, que irritò el natural ardiente de el tyrano, para que dixesse mil oprobrios, è injurias contra todos, tratandolos de cobardes, barbaros, y pusilanimos, pues no avia avido Indio, ni Español de aquella tierra, que se vniesse à su compañía para seguir el exercicio noble de la guerra, practica da desde el origen del mundo entre los quatro Elementos, entre los hombres mas celebrados de el mundo, y aun entre los mismos Angeles en el Cielo; y con este motivo decia tales disparates, y proposiciones tan horribles, que atormentaba los oídos de sus mismos compañeros, siendo otros tales como el.

CAPITULO VI.

SALE JUAN RODRIGUEZ de la Villa de San Francisco para oponerse al tyrano, y muere peleando con los Indios: mata Aguirre à algunos de sus Soldados, y se prebiente para salir de Valencia.

DExamos à Juan Rodriguez Suarez empenado en la

vengança, que solicitaba tomar su sentimiento por los agravios con que le avia ofendido la simulada traycion de Guaycaypuro; y como en la lealtad de su nobleza tuvo siempre el primer lugar el servicio de su Rey, sabiendo que Lope de Aguirre avia llegado à la Borburata, dexando por la mano la satisfaccion de sus propios sentimientos, determinò sacrificar su vida al riesgo de vna temeridad, por dar la muerte al tyrano; para lo qual consultada la materia con la resolucion de su valor invencible, salió de la nueva Poblacion de San Francisco solo con seis compañeros, de quienes tenia confiança su experiencia, bien prevenidos de armas, è industriados de la forma con que se avian de gobernar para lograr el intento. No se le oculto este viage à Guaycaypuro, que observando siempre los pasos de su enemigo por medio de sus Espias, se hallaba noticioso de todos sus movimientos, y desde luego le diò por cortada la cabeza en los filos de semejante arroyo, pues teniendo por lograda la ocasion que avia deseado, para acabar de vna vez con su contrario, convocò al Cacique Terepayma, para que saliendole al encuentro con las Tropas de sus Arbacos, al passar por la loma de su nombre tuviesse el lugar (siguiendole las huellas) de acometerle por las espaldas con sus Teques.

Y aunque Terepayma, constante siempre en la amistad que estipuló con Faxardo, reusó à los principios meter prenda en la conjuración, persuadido al fin de las instancias de Guaycaypuro hubo de convenir en entrar à la parte en la maldad. Ignorante de estos tratados Juan Rodriguez, salió (como diximos) del Pueblo de San Francisco, y aviendo hecho noche en el rio de San Pedro, el dia siguiente al transmontar la montaña, que llaman las Lagunetas, halló toda la loma coronada de Esquadrões, y penachos, con que la tenia ocupada Terepayma para embarazarle el passo, à tiempo que Guaycaypuro, siguiendolo desde el rio, le tenia ya cogidas las espaldas, y viendose acometer por todas partes de multitud tan numerosa de enemigos, reconociendo en sus compañeros resolución, y esfuerço para vencer, ó morir, rompió por las Esquadras contrarias, executando en cada amago vna muerte, y en cada golpe vn estrago; pero como los Indios eran muchos, y repetian sin cessar el continuo disparo de sus flechas, no pudieron mantener por largo tiempo el combate, porque cubiertos de saetas los escudos, y escaulpiles, sin que tuviessen parte desembarazada que pudiesse servir de blanco à nuevos tiros, les fué preciso retirarse al abrigo de vn peñon que estaba en el camino, para à su sombra asegurar siquiera las espaldas, donde,

aunque los Indios bolvieron à embestirles, pudieron con algun desahogo defenderse, peleando con valor, hasta que dió treguas la noche; pero como los Barbaros juzgaban ya asegurado el recimiento, porque no se escapassen los Españoles, favorecidos de la obscuridad, cercaron todo el peñon de candeladas, y con gritos, tambores, y forutos los estuvieron velando, obligandoles con el cuidado à que passassen en pie toda la noche, sin atreverse à recostar vn rato, para dar algun descanso à aquellos cuerpos rendidos.

Llegada con este trabajo la mañana, renovaron los Indios su porfia, procurando con mas empeño entrar por fuerza al peñon, pero les salió el atrevimiento tan costoso, que quantos lo intentaron pagaron con la vida su osadía, de suerte, que temerosos con la experiencia del daño que recibian fueron aflojando en el combate, contentandose con mantener el sitio desde lexos, dando lugar con su retiro, para que los siete Españoles pudiesen tomar algun aliento en su fatiga, hasta que entrada la tarde montó Juan Rodriguez à cavallo, y dexando quatro de sus compañeros para que guardassen el peñon, salió con los otros dos solo à ver si podia lograr la suerte de quitar la vida à Guaycaypero, aunque perdiessse la suya en la demanda; pero le ayudó tan poco la fortuna, que no

pudo descubrirlo, aunque por distintas partes rompió el Esquadron contrario, llevandose nueve, ó diez Indios de encuentro con los mortales golpes de su lanza; y pasara à mas la fuerza de aquel brazo invencible, si el vèr el cavallo desangrado por diferentes heridas (à tiempo que Terepayma cogiendo vna ladeta le iba à cerrar el passo con sus Tropas) no le huviera obligado à retirarse, buscando abrigo en el peñon, que era el asylo en que por entonces asseguraban las vidas; pero como de estar allí metidos no conseguian otro remedio, que dilatar la muerte vn poco mas, pues quando pudieran librarse de los Indios, era imposible dexar de perecer al rigor de enemigo tan fuerte como la hambre, determinaron, que vno de los siete, con el silencio de la noche, se arriesgasse à passar à la Valencia à dar aviso del aprieto en que se hallaban, para que los socorriesen, y los demàs, amaneciendo el dia, prosiguiesen abriendo camino con la espada, à la contingencia, ó de escapar afortunados, ó de morir infelizes.

Nombrado, pues, por voto de los compañeros para el viage de Valencia Alonso Faxardo, hijo de Juan de Guevara el viejo, avido en el primer matrimonio que tuvo en Coro, favorecido de la obscuridad salió de el peñon sin ser sentido, y caminando el resto de la noche, porque no lo descubriesen con el dia, se emboscò

al ir amaneciendo en vn montecillo, que està à vn lado de la loma; pero anduvo tan desgraciado, que sin que el lo reparasse se avia venido tras el vn perro que avia criado, cuya lealdad fue entonces causa de su desventura, por que ladrando al passar vnos Indios por allí, manifestó con sus latidos el retiro donde se ocultaba el dueño, para que buscandolos Barbaros, le quitassen tyranamente la vida.

Juan Rodriguez, y los cinco compañeros, mediante lo que avian determinado, desampararon el peñon al despuntar el Alva, para seguir su viage, y resueltos à portarse de calidad, que conociesen los contrarios la ventaja con que pelea vn valor desesperado, embistieron como leones, hiriendo, y despedazando à quantos procuraban oponerse al furor de sus espadas; pero para que esfuerzo tan malogrado? si cercados de la barbara multitud de aquella canalla infiel, el mayor remedio que esperaban consistia ya en la certidumbre de la muerte que temian, pues rendidos los cuerpos alcanfancio, fatigados con la sed, y debilitados de la hambre (por aver dos dias ya que no comian) no podian obrar los brazos lo que influia el corazon; y así, desmayando los cinco poco à poco, atravesados por mil partes à flechazos, fueron rindiendo la vida separados vnos de otros en el teatro infeliz de aquella loma, que-

quedando solo Juan Rodriguez, cuyo aliento, acreditado siempre de invencible, fue en aquella ocasion mas formidable, pues supliendo por todos los compañeros, prosiguió manteniendo la peléa con resolucion tã gallarda, que muertos mas de cinquenta Indios à sus manos, le pedian los otros por merced, ò admirados de su valor, ò temerosos de su ardimiento, se fuesse, y los dexasse, pues tenia el Campo por suyo; pero el, ò pareciendole lo obrado corta satisfaccion para su enojo, ò haziendolo punto de no quedar con vida donde la avian perdido sus amigos, aunque llegó à verse libre de peligros y à en lo vltimo de la loma, por averlo dexado ir los Indios sin seguirlo, enagenado con la colera bolvió otra vez para arriba, buscando nueva ocasion para desahogar con la muerte de sus contrarios los ardores que le inflamaban el pecho; pero no pudiendose mantener mas tiempo en el cavallo, por la gran debilidad que padecia con la falta de alimento, se desmontó, sentandose en el suelo para tomar algun aliento, y descansar vn rato, donde oprimido de la congoxa, y sofocado de la fatiga, y la sed, se quedó muerto, sin que tuviesse en su cuerpo ni vna herida; siendo tal el miedo que le cobraron los Indios, que aun con ver yerto el cadaver, no se atrevian à llegarle, temiendo que estaba vivo, hasta que certificados de su muerte, lo

despojaron del vestido, y dividiendo el cuerpo en pedazos, lo repartieron entre todos, llevando cada qual su parte, por señal, ò trofeo de la victoria.

Así terminó la vida Juan Rodriguez Suarez, cuya memoria será siempre temida entre los Indios, por el respeto que se supo adquirir con su valor, y su espada. En la Ciudad de Merida, en la Provincia de Estremadura, tuvo su nacimiento, y llevado de los ardimientos de su brio pasó à la America, donde encartado en la categoría de los Conquistadores del nuevo Reyno de Granada, tuvo la estimacion, que le adquirieron sus famosos hechos; y avezindado en la Ciudad de Pamplona, consiguió en repartimiento, como Poblador, vna de las mejores Encomiendas de su distrito; señalado despues por el Cabildo para el descubrimiento de las Sierras Nevadas, y Conquista de los Timotes, executó su encargo con acierto; y para honrar su Conquista con la memoria de su Patria, fundó la Ciudad de Merida de los Cavalleros, en que grançó tanta gloria, que picado el desafecto de sus emulos, tuvo motivo la envidia para sindicar sus mas heroicas acciones, poniendolo en estado, de que sentenciado à degollar por la Audiencia de Santa Fe, le fue preciso, con el favor de sus amigos, quebrantar la cárcel, y passarse huyendo à esta Provincia, (por asegurar la vida de los rigores

res de vn Juez apasionado, y del poder de vna emulacion conjurada) donde llegò à ser tan temido de los Indios, que en el tiempo que se exercitò en las Conquistas de Caracàs, para passar alguno sin recelo de vna parte à otra no necesitaba de mas salvo conducto, que pedirle prestada vna capa de grana que tenia, y vsaba de continuo, porque en conociendola los Indios, era tal el respeto con que la veneraba su temor, que no avia mas seguro passaporte que su vista, cuya confianza lo empeñò en aquella temeridad, que le costò la vida.

Mientras sucedia la desgracia de muerte de Juan Rodriguez gastaba el tiempo la gente de el tyrano en destruir los ganados de los vezinos de Valencia, y prevéniese de cavalgaduras para la conduccion de sus carruages; y porque no quedasse parte alguna sin memoria de las crueldades de Aguirre, hizo matar à vno de sus Soldados, llamado Gonçalo de Torres, solo porque se apartò de la Ciudad como vn tiro de piedra à coger vnas papayas; à que se añaadiò aver el Alcalde Chaves hecho tan exactas diligencias por buscar los dos Soldados que se le huyeron à Aguirre en la Borburata, que por mas que procuraron ocultarse, huvo de descubrirlos su cuidado, y puestos en vna collarera de fierro, los entregò à Don Julian de Mendoza, su yerno, para que sirviendo de Alguacil, se los

llevasse al tyrano, y recibiesse por premio à su muger, y su suegra; y como en el camino el vno de ellos, llamado Pedro Arias, cortado de animo, y sin aliento, con la consideracion del lastimoso fin que le esperaba, se echasse en el suelo diziendo, que lo matassen, porque no podia passar de alli, anduvo tan inhumano el Don Julian, que le respondiò sin empaño, ni verguença: para mi toda la quenta es vna, porque en llevando vuestra cabeza cumplo con mi obligacion, y desembaynando la espada sin piedad, se la empezò à cortar: chança, que pareciendole al Arias muy pesada, pues grangeaba vna muerte de contado, por escusar la que estiba en contingencia, huvo de conseguir con ruegos, y promessa de que se esforçaria para passar adelante, el que suspendiesse la execucion ya començada, aunque lo dexò bien lastimado con vna raznable herida en el pescuezo, y llegados à Valencia anduvo el Arias tan afortunado, que lo perdonò el tyrano, por ser buen escrivano, y necessitar de el para que le sirviesse de Secretario: indulto, que no consiguió su compañero Diego de Alarcon, pues al instante lo mandò hazer quaitos, llevandolo arrastrando por las calles, cò vn pregon, que dezia: Esta es la justicia, que manda hazer Lope de Aguirre, fuerte Candillo de la noble gente Marañonia, à este hombre, por leal servidor de el Rey de Casti-

tilla. Y executada la sentencia pusieron la cabeza en el Rollo de la Plaza, donde viendola el tyrano, le decia con gran risa, y por donayre: *Ai estàs, amigo Alarcon; como no viene el Rey de Castilla à resucitaros?*

De padecer semejante desventura se librò, por su buena diligencia, Rodrigo Gutierrez, el dueño de aquella capa en que se hallò la informacion, que le costò tan cara à Francisco Martin, porq̃ aprehendido tãbien por el Alcalde Chaves, (que se avia dedicado à ser Esvirro del tyrano) le diò luego aviso para que embiasse por el: maldad, que aviendola entendido Gutierrez, supo desvanecerla con su maña, pues tuvo actividad para quitarse los grillos con que lo avia asegurado, y bolverse à huir otra vez; de suerte, que quando llegó Francisco de Carrion, à quien embiaba Aguirre con prevencion de Soldados para que se lo traxesse, se hallò burlada la intencion infame de el Alcalde: falta, que procurò remediar con otra mayor vileza, pues por congraciarse con el tyrano le diò noticia por extenso de todas las prevenciones que disponia el Governador para hazerle resistencia, y los socorros que esperaba por instantes de Merida, y Santa Fè, de que no recibió Aguirre mucho gusto, aunque se mostrò agradecido à la fineza de el aviso; y por no dar lugar à que con la dilacion tuviessen tiempo de mayores dis-

posiciones para embarazarle el passo, tratò con toda brevedad de salir de la València, dando permiso entonces al Cura de la Margarita Pedro de Contreras, para que se bolviessse à su casa, con calidad, que primero le prestasse juramento de que remitiria al Rey Don Phelipe Segundo vna carta, que le entregò para el efecto; y aunque el buen Sacerdote resistiò à los principios el hacerse cargo de comission semejante, despues huvò de venir en ello, atropellando inconvenientes, por verse libre de la tyrana opresion de aquella fiera.

CAPITULO VII.

REFIERESE LA carta que escribió Aguirre para el Rey: sale de la València el tyrano, y llega à Barquisimeto.

Aunque la carta que Lope de Aguirre entregò al Padre Contreras para que remitiesse al Rey no merecia en realidad se hiciesse mencion de ella en ningun tiempo, sin embargo, para comprobacion de los desatinos, y locuras de aquel hombre, nos ha parecido referirla, y porque el Lector se divierta vn rato con la discrecion de su buena nota, como dictada al fin de vn do-

mador de mulas, su tenor era el siguiente.

REY PHELIPE, natural Español, hijo de Carlos Invencible, Lope de Aguirre, tu muy minimo vassallo, Christiano viejo, de medianos padres, y en mi prosperidad hijo-dalgo, natural Bascongado en esse Reyno de España, y en la Villa de Oñate vecino, passé en mi mocedad el Mar Oceano à las partes de el Perú, por valer mas con la lança en las manos, y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; assimismo, en veinte y quatro años te he hecho muchos servicios en el Perú en conquista de Indios, y poblar Pueblos en tu servicio, especial en batallas, y reencuentros, que ha avido en tu nombre, siempre conforme à mis fuerças, sin importunar à tus Oficiales por paga, ni socorro, como parecerà por tus Reales libros: Bien creo, Christiano Rey, y Señor, aunque parame, y mis compañeros tan ingrato à tan buenos servicios como has recibido de nosotros; aunque tambien creo te engañan los que te escriven de esta tierra, como estas tan lejos; avisote, Rey, y Señor, lo que cumple à toda justicia, y reñitud para tan buenos vassallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir mas las crueldades que usan estos tus Oidores, Virreyes, y Governadores, he salido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres despues diré) de tu obediencia, y desnaturalizados de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la mas cruel guerra, que nuestra gente pudiere sustentar; y esto creed, Rey, y Señor, nos ha hecho el

no poder sufrir los grandes apremios, y castigos, que nos dan estos tus Ministros, que por remediar sus bijos, y criados nos han usurpado nuestra fama, vida, y honra; que lastima! O Rey, el mal tratamiento que se nos ha hecho; y asfi, manco de mi pier-na derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el Valle de Coquimbo con el Mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu Voz, y Apellido contra Francisco Hernandez Girón, rebelde à tu servicio, como yo, y mis compañeros al presente lo somos, y seremos hasta la muerte, porque en esta tierra tenemos tus perdones por de menos credito, que los libros de Martin Lutero, pues tu Virrey el Marqués de Cañete, malo, luxurioso, ambicioso, y tyrano, aborreciò à Martin de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Thomas Vazquez, Conquistador de el Perú, y al triste de Alonso Diaz, que trabajò mas en el descubrimiento de el Perú, que los Exploradores de Moy-ses, y à Piedrahita, buen Capitan, que rompiò muchas batallas en tu servicio, y aun en Pucaba ellos te dieron la victoria, porque sino se passaran, oy fuera Francisco Hernandez Señor de el Perú; y no tengas en mucho el servicio que tus Oidores te escribieron que te han hecho, porque es muy grande fabula, sino que llaman servicio advertte gastado ochocientos mil pesos de tu Real Caxa, para sus vicios, y maldades: castigalos como ellos son.

Mira, mira, Rey Español, no seas ingrato à tus vassallos, pues estando tu Padre el Emperador en los Reynos de Castilla sin ninguna zoro-

bra, te han dado, à costa de su sangre, tantos Reynos, y Señorios, como tienes en estas partes; y mira, Señor, que no puedes llevar, con titulo de Rey justo, ningun interès de estas partes, donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ellas trabajaron sean gratificados: como por cierto tengo, que van pocos Reyes al Cielo, porque creo fuerades peores que Luzbel, segun teneis la ambicion, sed, y hambre de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo, ni bago caso de vosotros, pues os llamais siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco, y vuestro gobierno es ayre; à Dios bago solemne voto yo, y mis docientos Arcabuceros Maraiones, hijos-dalgo, de no te dexar Ministro tuyo à vida, porque ya se hasta donde alcanza su poder.

El dia de oy nos ballamos los mas bienaventurados de los nacidos, por estar, como estamos, en estas partes de las Indias teniendo la Fè, y Mandamientos de Dios enteros sin corrupcion, y manteniendo todo lo que la Iglesia Romana predica; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martyrio por los Mandamientos de Dios; à la salida que hicimos de el rio de las Amazonas, que se llama Maraion, venimos à vna Isla, que se llama la Margarita, y vimos vnas relaciones que venian de España de la grande maquina que ay de Luteranos, que nos pusieron grande temor, y espanto, pues aqui en nuestra compaña buvo vno, llamado Monteverde, y yo lo mandè bazer pedazos, los ados daran la pena à los cuerpos; pero donde nosotros

estuvieremos creed, Excelentissimo Rey, cumple que todos vivan perfectamente en la Fè de Christo; principalmente es tan grande la disolucion de los Frayles en esta tierra, que conviene que venga sobre ella el castigo, porque no ay alguno que presuma menos que de Gobernador: Mui, Rey, no los creas lo que te dixerem, pues las lagrimas que allà echan delante de tu Real persona es para venir acá à mandar; si quisiores saber la vida que por acá tienen, es en merca luttas, procurar, y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos, enemigos de los pobres, ambiciosos, sobervios, y glotonos; de manera, que por minimo que sea vn Frayle pretende mandar todas estas tierras; pon remedio, Rey y Señor, porque de estas cosas, y malos exemplos no està imprimida la Fè en los naturales; y mas te digo, que si esta disolucion de estos Frayles no la quitas, no faltaran escandalos, aunque yo, y mis compañeros, por la gran razon que tenemos, ayamos determinado morir; y esto, y otras cosas pasadas, tu Rey tienes la culpa, por no darte de tus vassallos, y no miras lo mucho que les debes; que si tu no miras por ellos, y te descuidas con estos tus Oidores, nunca se acertará en el gobierno; y no ay para que presentar testigos mas que decirte, como estos tus Oidores tiene cada vno quatro mil pesos de renta, y ocho mil de ayuda de costa, y al cabo de tres años tiene cada vno setenta mil pesos borros, y posesiones, y heredamientos, y con todo esso si se contentassen con sei virte como hombres, menos mal, y trabajo seria

seria nuestro; pero por nuestros pecados quieren que los adoremos como à Nabucho Denosor: cosa insufrible; y no porque yo, como hombre lastimado, y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros, viejos, y cansados en lo mismo, te he de dexar de avisar, que nunca fies en estos Letrados tu Real conciencia, que no cumple à tu servicio descuidarte con ellos, que se les dà el tiempo en casar sus hijos, y no entienden en otra cosa, y su refrian es entre ellos muy comun: esto es à tuerto, y derecho.

Pues los Frayles à ningun Indio pobre quieren predicar, y estan aposentados en los mejores repartimientos; la vida que tienen es muy aspera, porque cada vno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas vna docena de morzas, y otros tantos muchachos que les van à pescar, matar perdizes, y traer frutas; en Fè de Christiano te juro, Rey, y Señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra, que te ha de venir azote del Cielo; y esto digo por avisarte la verdad, aunque yo, y mis compañeros no queremos, ni esperamos de ti misericordia; ay! ay! qué lastima tan grande! que el Emperador tu padre conquistasse con la fuerza la suprema Germania, y gastasse tanta moneda, llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, y que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, si quiera para matarnos la hambre; sabes qué vemos, Excelentissimo Rey, y Señor, que conquistaste à Alemania con armas, y Alemania ha conquistado à España con vicios, de que acá nos han quitados, muy contentos con

maíz, y agua, solo por estar apartados de esta mala ironia.

Anden las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron; mas en ningun tiempo, ni por adversidad que nos venga, dexaremos de ser obedientes, y sujetos à los Mandamientos de la Santa Iglesia de Roma: No podemos creer, Excelente Rey, y Señor, que tu seas cruel para tan buenos vassallos como en estas partes tienes, sino que estos tus malos Oidores, y Ministros lo deben de hazer sin tu consentimiento; digolo, porque en la Ciudad de los Reyes, dos leguas junta à la Mar, se descubrió vna Laguna; donde se cria algun pescado, que Dios permitió fuesse asì, y estos tus malos Oidores, para aprovecharse del pescado para sus regalos, y vicios, la arriendan en tu nombre; dandonos à entender, como si fuèsemos inhabiles, que es por tu consentimiento; si ello es asì, dexanos pescar algun pescado si quiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de quatrocientos pesos, que es la cantidad porque se arrienda, pues, Esclarecido Rey, no pedimos en Cordova, ni en Valladolid este Patrimonio: duelete, Señor, de alimentar à los pobres, cansados con los frutos, y reynos de esta tierra; y mira, que Dios para todos es igual Justicia, Premio, Paraíso, è Infierno.

El año de cinquenta y nueve el Marquès de Cañete diò la jornada de el rio de las Amazonas à Pedro de Vrsua, Navarro, ò por mejor decir, Francès; tardò en hazer Navios hasta el año de sesenta en la Provincia de los

Motilonés, aunque estos Navios, por ser hechos en tierra lloviosa, al tiempo de echarlos al agua se nos quebraron, hizimos Balsas, y nos echamos por el rio abaxo, dexando nuestros cavalllos, y haciendas; luego navegamos los mas poderosos rios de el Perú de manera, que nos vimos en vn Golfo dulce; caminamos de primera faz trecientas leguas, fué este mal Governador, perverso, ambicioso, y miserable, que no lo pudimos sufrir, y assi lo matamos con muerte cierta, y bien breve; luego à vn mançebo, Cavallero de Sevilla, que se llamaba Don Fernando de Guzman, alçamos por nuestro Rey, y lo juramentamos como à tu Real persona, como parece por las firmas de todos aquellos que nos hallamos: à mi me nombraron por su Maestre de Campo, y por que no consentí en sus insultos, y maldades me quisieron matar; yo maté al nuevo Rey, al Capitan de su Guardia, y Theniente General, à quatro Capitanes, à su Mayordomo, à su Capellan, Clerigo de Missa, à una muger, à vn Comendador de Rodas, à vn Almirante, dos Alferes, y à otros cinco, ò seis criados suyos, y con intencion de llevar la guerra adelante, y morir en ella, por las muchas crueldades que tus Ministros usan con nosotros: de nuevo nombré Capitanes, y Sargentos, y me quisieron matar, y los aborqué todos; caminando nuestra derrota, passando todas estas malas venturas, tardamos hasta la boca del rio mas de once meses y medio, y caminamos mas de cien jornadas, anduvimos mas de mil y quinientas leguas: tiene el rio mas de mil leguas de agua dulce, muchas partes

despobladas, y sin gente, como su Magestad verá por vna relacion, que hemos hecho verdadera: sabe Dios como nos escapamos de este lago temeroso. Avisote, Rey, no consientas se haga ninguna Armada de España para este rio tan mal afortunado; y Dios te guarde, Rey Excelente, muchos años.

Esta fue la carta que Lope de Aguirre entregò al Cura de la Margarita para que la remitiesse al Rey, cuyo contexto es la prueba mas evidente de lo rustico de su natural grossero, y de los desfachatos à que llegó la desvergüenza, y descaro de aquel bruto, cuyas operaciones parece iban siendo cada dia mas temerarias, pues determinado ya à salir de la Valencia (despues de aver estado en ella quince dias) la noche antes de su partida mandò dár garrote à Benito Diaz, Francisco de Lora, y Antonio Zigarra, al vno, porque avia dicho tenia vn pariente en el nuevo Reyno, y à los otros dos, por parecerle andaban tibios en la guerra: crueldad, que acompañò con otra mas enorme, pues porque à la mañana al tiempo de la partida alcançò à ver vn Soldado, llamado Saagun, con vn Rosario en la mano, le quitò la vida à puñaladas, diciendo, que sus Soldados avian de ser de calidad, que agenos de toda devocion, si fuese necesario jugassen el alma à los dados con el demonio, sin andar gastando el tiempo en rezos, ni pataratas, que solo servian de

acobardar los animos, haciendo inútiles los hombres para el noble exercicio de las armas, con otros disparates à este tono, propios de su corazon blasfemo; y con esta buena despedida salió para Barquismeto por el camino derecho, que corta la Serranía de Nirgua, habitacion entonces de los Indios Giraharas.

Quando Aguirre llegó à la Borburata estaba en la Valencia Pedro Alonso Galeas, el que con la industria de fingir el cavallo desbocado se le huyó en la Margarita, y así por el recelo de no caer en sus manos, como por hallarse al lado del Governador, para servir con su persona en ocasion tan precisa; luego que tuvo la noticia de aver saltado en tierra el tyrano salió él para Barquismeto en compañía de Gomez de Silva, Cavallero Portugués, (de quien ay oy ilustre descendencia en la Provincia) que aviendo sido Page de lança de Don Francisco Cautino, Conde de Redondo, en la ocasion de aquel socorro memorable, que introduxeron los Portugueses en Arsila, y despues Page de el Rey Don Juan el Tercero de Portugal, huyendo de las diligencias con que lo buscaban para tomar vengança los parientes de otro Cavallero, à quien (estando en Lisboa) matò en vn desafío, vino à parar à estas partes, y se hallaba en la ocasion presente en la Valencia, y llevado del pundonor de su hidalguia,

con el mismo deseo de Pedro Alonso formaron juntos el viage para Barquismeto.

Al mismo tiempo el Governador Pablo Collado, con el aviso que le dieron los vecinos de la Borburata de quedar ya Lope de Aguirre en aquel Puerto, avia despachado desde el Tocuyo à Francisco Infante, para que enterandose de los designios que traía el tyrano, y el numero cierto de la gente que componia su Campo, bolviessse con brevedad à darle cuenta de todo; pero encontrando en el camino à Pedro Alonso, y à Gomez de Silva, que le dieron relacion muy por extenso, tuvo por escusado el proseguir adelante; y por gran gear tiempo, con la anticipacion de la noticia, se bolvió con ellos al Tocuyo, donde conociendo el Governador que ya era preciso tratar de la defensa con mas veras, pues no avia duda en que la intencion de Aguirre era passar por la Provincia al nuevo Reyno; confuso con los temores, que le causaba su corazon pusilanime, entregò todo el Govierno à Gutierrez de la Peña, à quien tenia antes nombrado por Capitan General, para que dispusiesse las materias conforme le pareciesse que seria mas conveniente.

Hallabanse ya en el Tocuyo ciento y cinquenta hombres, que à los llamamientos de el Governador avian concurrido de las de-

mas

màs Ciudades; y aunque entre todos solo avia dos arcabuzes, el vno de Geronimo Alemàn, y el otro de Francisco Maldonado de Almen-
 dariz; sin embargo, prevenidos los demàs de lanças, y adargas hechas de cuero crudo, asseguraba en ellos la victoria Gutierrez de la Peña, por el valor, y militar experiencia que tenia reconocido en todos; à que le ayudaba mucho la ventaja de hallarse con bastante numero de gente de à cavallo: y mientras, con el embarazo de algunas prevenciones necesarias, se detuvo en el Tocuyo, caminaba Aguirre por las Serranias de Nirgua con bastantes incomodidades, por la aspereza del terreno, y reson continuado de las lluvias: contratiépos, que desenfrenando su impaciencia, daban motivo à su sacrilega lengua para abortar mil blasfemias, pues mirando para el Cielo solia decir: Què piensa Dios, que porque llueva no tengo de ir al Perú? pues muy engañado està, que he de ir, aunque Dios no quiera; y supuesto que no me puedo salvar, pues vivo estoy ardiendo en los infiernos, he de executar tales crueldades, que suene mi nombre por la redondèz de la tierra: Otras vezes animando à sus Soldados les decia, que por temor del infierno no dexassen de hazer quanto les pidiesse el apetito, pues con solo creer en Dios bastaba para salvarse; y otras cosas tan semejantes à estas, que solo pu-

diera propalarlas aquel monstruo infernal, indigno de ser Christiano.

Divertido con tan devotos exercicios marchaba Aguirre por aquellas Serranias, quando diez de sus Soldados, sin aver comunicado su intento vnos con otros, cada vno de por si lograron la ocasion de apartarse de su infame compaña, emboscandose, sin que los echassen menos, por las malezas de aquellos arcabucos: burla, que irritò tanto al tyrano, que maldiciendo su fortuna, ponderaba con extremo la infamia de sus Maraiones, pues lo desampararon al mejor tiempo, dexandolo abandonado en la fuerça de su mayor conflicto; pero al fin, aunque oprimido con estos descon-
 fuelos, y cargado de mil temores en que lo traia embuelto el remordimiento de su mala conciencia, hubo de llegar al rio del Yaracui, y Valle de las Damas, donde sintiendolo las Centinelas, que tenian puestas los de Barquisimeto, partieron para la Ciudad tocando al arma; y como los vecinos se hallaban sin prevencion para poder defenderse, porque Gutierrez de la Peña aun no avia llegado con la gente que se juntaba en el Tocuyo, desampararon la Ciudad, embiando aviso al Governador de la cercania en que quedaba el tyrano, à cuyo rebato despachò Gutierrez de la Peña à su Maestre de Campo Diego Garcia de Paredes con quin-

quince hombres de à cavallo, para que observasse de mas cerca los movimientos de Aguirre, mientras el, con el resto de la gente, salia en su seguimiento para Barquismeto, àzia adonde, receloso con la desconfiança que tenia de la poca fidelidad de sus Soldados, caminaba el tyrano por vna montaña, cuya aspereza solo permitia vna senda tan angosta, que apenas era capaz de que por ella marchassen vno à vno los Soldados, por la qual llegó tambien à empeñarse de buelta encontrada Diego Garcia de Paredes con sus quinze de à cavallo; y quando mas agenos de encontrarse iban los vnos, y los otros, se llegaron à descubrir tan de repente, que turbados los nuestros con el susto, y embarazados con la ramazon de la montaña, por dar priessa à retirarse dexaron en el camino dos, ò tres de las lanças que llevaban, y otras tantas caperuzas, ò zeladas, que usaban en aquel tiempo, hechas de lienço de la tierra, colchadas con algodón, de figura ridicula, y estraña, que cogiendolas Aguirre, fueron motivo para que mostrando, como siempre, representasse à los suyos lo medrados que se hallaban los que servian al Rey en las conquistas, pues traian por adorno, ò por defenfa tan indecentes alhajas.

No parò el Maestre de Campo en su veloz retirada hasta salir à lo raso de vna sabana lim-

pia, que estaba poco antes de entrar en la montaña, donde pretendia formar alguna emboscada, para hazer algún daño al enemigo; pero marchando Aguirre sin detenerse en su alcance toda la noche, favorecido de la Luna bolvió à encontrar en la sabana con Paredes, antes que huviesse dispuesto la emboscada, obligandolo con su presteza, no pensada, à que sin parar à passo largo llegasse à Barquismeto el dia siguiente, donde hallò ya al General Gutierrez de la Peña, y con ferido entre los dos lo que debian hazer en aquel caso, les pareció mas conveniente no esperar al tyrano en la Ciudad, porque no teniendo armas de fuego, y consistiendo toda su fuerça en los cavallos, y lanças, era mucha la ventaja con que podria Aguirre ofenderlos, si amparado de el recinto de las casas tiraba con sus mosquetes de mampuesto; y assi, dexando defembarazada la Ciudad, se retiraron todos à las barrancas de el rio, con animo de mantenerse en ellas alojados, para lograr à la vista las coyunturas de el tiempo.

En el interin Aguirre llegó à dar vista à la Ciudad, y puesta su gente en Esquadron, formò de sus mas confidentes la Banguardia, con orden de que al Infante que se apartasse tres passos de los demàs, lo matasse luego el compañero; y marchando de esta fuerte desplegadas las Vanderas,

y tendidos los Estandartes , al es-
truendo de repetidas salvas de
mosqueteria entrò en Barquisi-
meto el dia veinte y dos de Octu-
bre del año de sesenta y vno, y es-
cogiendo para su alojamiento las
casas de Damian del Barrio , se
aquartelò en ellas , por la seguri-
dad que le ofrecia el estar cercadas
de vna muralla de adobes, que co-
ronada de almenas cogia toda la
quadra.

CAPITULO VIII.

LLEGA PEDRO BRABO
*con alguna gente de Merida
al socorro: escribe Aguirre al
Governador una carta: dãnse
vista los dos Campos , y des-
pues de algunas esca-
ramuzas se re-
tiran.*

AL tiempo que Gutierrez de
la Peña desamparò la Ciu-
dad retirandose à las barrancas del
rio, se apartò por vn camino es-
traviado Diego Garcia de Paredes
con ocho compañeros à cavallo,
y cogiendole la buelta , sin que lo
sintiesse el tyrano, diò sobre su re-
raguardia quando iba entrando à
la Ciudad, con tan bizarro denu-
do , que le quitò quatro vestias
cargadas de alguna ropa, polvora,
y otras municiones, sin recibir da-
ño alguno ; de cuyo feliz princi-
pio quedaron tan contentos los
Soldados , que teniendo por

anuncio de muy dichosos progres-
sos , se quedaron sobre las barran-
cas para estàr mas à la mira de
las operaciones de Aguirre ; pero
el encerrado en el quartel que es-
cogió para su alojamiento, no in-
tentò novedad alguna hasta el dia
siguiente sobre tarde, que licenciò
à sus Maraiones para que meties-
sen à saco la Ciudad : diligencia,
que solo sirviò para que hállesen
por las casas diferentes cedulas de
perdon à todos los que abando-
nassen al tyrano, las quales, firma-
das del Governador , avia dexado
esparcidas Gutierrez de la Peña al
tiempo de retirarse , y vna carta
para Aguirre, en que le exortaba
bolviessse al servicio de su Rey, con
quien le seria buen tercero, remi-
tiendolo à sus piadosos pies ; y en
caso de no venir en tan honesto
partido, librasen el derecho de las
armas enbarallar cuerpo à cuerpo,
para que se declaràsse entre los dos
la victoria , sin derramar tanta
sangre.

Pesado golpe fue el hallazgo
de estas cedulas para el sobresalto
con que vivia Aguirre , raceloso
siempre de la poca fidelidad de sus
Soldados, pues temia que lo avian
de desamparar al mejor tiempo;
pero disimulando quanto pudo,
los juntò à todos en su casa , para
darles à entender con vn razona-
miento dilatado el veneno que lle-
vaban escondido aquellas cedulas
para los que se creyessen deligero,
pues se debian acordar , para no
fiarse en palabras , que sus obos,

y muertes excedian en numero, y calidad à quantas en España, y en las Indias avian cometido otros traydores, para cuyo perdon era fiador muy fallido vn Governador de caperuzas, pues quando el Rey, sin saltar à la justicia, pudiera perdonar tales delitos, bastaba el sentimiento de los parientes, y amigos de los muertos para traerlos siempre perseguidos; ademas, que el baldon continuo de traydores en todas partes los avia de tener siempre afrentados, y por remate de sus desventuras vendrian à experimentar lo que Thomàs Vazquez, y Juan de Piedrayta, à quienes quitò las cabezas el Licenciado Gasca en el Perú, sin que les valiesesen sus anteriores servicios, ni los perdones, en que vivian confiados.

Concluido este razonamiento, que segun pareció despues hizo poca operacion en sus Soldados, mandò quemar algunas casas que podrian servir de abrigo à sus contrarios, de cuyo incendio, por malicia, ò por descuido participò tambien la Iglesia, que siendo de paja, tuvo poco que hazer el fuego para consumirla; si bien Aguirre, al ver que se quemaba, por dar algunas muestras de Christiano, hizo sacar las Imagenes, y adornos que avian quedado en ella, porque no entrassen tambien à la parte en el incendio. Entre tanto que esto sucedia en Barquisimeto, se estaba en el Tocuyo el Governador Pablo Colla-

do padeciendo algunos achaques de espantos, y temores, con que lo atormentaba su corazon cobarde; pero llegando de Merida el Capitan Pedro Brabo de Molina con veinte cavallos de socorro, y viendo que la cortedad de su apocado espiritu lo tenia tan amedrentado, que no se hallaba en animo de ponerse en parte donde lo viesse el tyrano, le representò la nota à que exponia su opinion, si faltando à las obligaciones de supuesto, no asistia personalmente à dar aliento à sus Soldados en ocasion tan precisa como la que tenia entre manos; y aunque à los principios, con el motivo de sus achaques, procurò escusarse de padecer en el estrepito de las armas los sustos à que no estaba acostumbra da su complexion pacifica, sin embargo, à repetidas instancias de Pedro Brabo, hubo de convenir en que haria quanto pudiesse por esforçarse para passar en su compaña al Campo Real; y dandole las gracias por la promptitud con que avia venido à socorrerle, lo nombrò por su Theniente General: exercicio, que aceptò, contra el comun parecer de sus Soldados, porque hallandose Justicia Mayor de la Ciudad de Merida, tuvieron por desprecio el que su Capitan con aquel titulo se sometiese à la jurisdiccion de vn Governador extraño, pudiendo militar separado debaxo de su vandera, como Cabo auxiliar, que venia de otro distrito.

Determinado Pablo Collado (aunque muy de mala gana) à hallarle presente en todas las disposiciones de la guerra, salió aquella misma tarde de el Tocuyo con Pedro Brabo , y mas de sesenta hombres que avian concurrido, así de los de Merida , como de otras partes de la Governacion, y caminando toda la noche para Barquisimeto à juntarse con Gutierrez de la Peña , al ir amaneciendo encontraron vn Correo con vna carta de Aguirre para el Governador, que por ver su contenido hizieron alto para leerla, y hallaron que dezia de esta manera:

Muy magnifico Señor, entre otros papeles que de V. md. en este Pueblo se han hallado, estaba vna carta suya à mi dirigida, con mas ofrecimientos, y preambulos, que Estrellas ay en el Cielo; y para conmigo, y mis compañeros no avia necesidad de q̃ se tomasse este trabajo, pues se yo hasta donde llega su ciencia; y en lo que toca à hazerme mercedes, y favorecerme con el Rey, fue superfluo lo que V. md. me ofrece, pues bien se yo que su privança no llega al primer nublado; y si el Rey de España huviera de passar por la lid que entre V. md. y yo se hiziera, yo lo aceptara, y aun diera à V. md. las armas aventajadas; mas todos los tengo por ardidés de los que usa con sus Cavallos, que ganaron, y poblaron esta tierra, para que V. md. con sus nominados les viniera à robar su sudor, con titulo de que viene à hazer justicia, y la justicia que se les haze es inquirir, como conquistaron la tierra, para por es-

ta via hazerles guerra; la merced que de V. md. quiero, es, que no carémos de tentarnos las corazas, pues sabe V. md. lo poco que en ello puede ganar, porque mis compañeros se han dado tan poco por sus perdones, quanto es razon, y tienen propuesto de vender las vidas bien vendidas; yo no pretendo en esta tierra mas de que por mi dinero me provean de algunas cavalgaduras, y de otras cosas, que demás de pagarias muy bien, se reservara V. md. su Governacion, y Pueblos de ella de hartos daños que yo, y mis compañeros le harémos, si por otra via nos quisieren llevar; por que en las muestras que en la tierra hemos visto nos han puesto alas, y espuelas para no parar en ella; que por unas caperuzas, y lanças, q̃ por huir vnos Soldados de V. md. dexaron en el camino, hemos visto quan medrados estan los demás; y bolviendo à la carta, no ay para que V. md. diga que andamos fuera del servicio de el Rey, por que pretender yo, y mis compañeros hazer por las armas lo que hizieron nuestros antepassados, no es ir contra el Rey, porque al que nos hiziere las obras le tendrémos por señor, y al que no, no le conozeamos, y así ha muchos dias que nos desnaturalizamos de España, y negamos al Rey de ella, si es que alguna obligacion teniamos de servirle, y así hizimos nuestro Rey, al qual obedecemos, y como vassallos de otro Señor bien podemos hazer guerra contra quien hemos jurado de hazerla, sin incurrir en ninguna nota de las que por allá se nos ponen; y concluyendo en todo, digo, que como V. md. y sus Republicanos nos hizieren la vezindad, que así les ha-

remos las obras, y que si nos buscaren aqui nos hallaran las manos en la masa, y mientras mas ayna nos dieren el avio, que le suplico me den, con mas brevedad nos iremos de esta tierra. No me ofrezco al servicio de V. md. porque lo tendra por fingido ofrecimiento. Nuestro Señor la muy magnífica persona de V. md. guarde. Su servidor Lope de Aguirre.

Este era el contenido de la carta, que acabada de leer en publico por el mismo Governador, lo dexò tan compungido, que derramando lagrimas, dixo: ojala que el suceso de esta guerra se dexara entre mi, y Aguirre, que quizá quedara yo con la victoria; mas pues Dios lo ordena así, demosle gracias por todo, pues nuestros pecados deben de ser causa de que hasta aqui lleguen las centellas del Perú, para darnos estos disgustos, y ponernos en estos aprietos; y dezia esto con tales suspiros, y demostraciones de sentimiento, que manifestando bien su animo timido, diò ocasion à todos los circunstantes para que mofando con irrision su cobardía, prosiguiesen con el entretenimiento de agudos, y picantes dichos lo que restaba del camino, hasta que poco despues del medio dia llegaron à las barrancas del rio, donde estaba alojado con el Campo Real Gutierrez de la Peña, que alegre con tan buen locorro, desde luego tuvo por fixo el vencimiento, ayudando mucho para alentar los Soldados la voz que entrò esparcien-

do Pedro Brabo, de que traía consigo docientos hombres, fuera de otros quinientos que avian venido de Santa Fè, y quedaban ya en Merida, capitaneados de vn señor Oidor de aquella Audiencia: novedad, que publicada por cierta entre la gente de guerra, llegó luego, acreditada por verdadera, à noticia del tyrano, porque aquella misma noche se huyó del Campo Real vn Negro, y passandose al alojamiento de Aguirre, le diò quenta de la venida del Governador, y de los docientos hombres de socorro que avia traído Pedro Brabo, de que quedaron tan desatinados los Marañones, teniendo por infalible su perdicion à vista de poder tan superior, que resolvieron muchos à no perder la ocasion de passarse al Campo Real, para gozar el indulto que les ofrecia el Governador.

Los primeros que lograron el poner en execucion este deseo fueron, Juan Rangel, y Francisco Guerrero, que hallando forma para salir secretamente con sus armas, tuvieron lugar de llegar à la presencia de Gutierrez de la Peña, asegurandole, que sin otra diligencia que la de estarle à la mira, conseguiria con brevedad desvaratar al tyrano, por no aver en su Campo cinquenta hombres que le siguiesen con gusto, y estar los demás determinados à abandonar su partido: advertencia en que siempre avia instado Pedro Alonso Galcas, como quien tenia tan-

teados los corazones de los Soldados de Aguirre ; pero sin embargo el mismo dia quisieron Pedro Brabo , y el Maestre de Campo Paredes dar vna vista al Enemigo, y saliendo de el alojamiento con quatroenta de à cavallo, entre quienes iban Hernando Serrada , Pedro Gavilla, Garcia Valero, Francisco Infante, y Gomez de Silva, llegaron à ponerse en parte donde pudiesen ser oídos de los Marañoses, à quienes dando voces aseguraron de nuevo el perdon que les tenian prometido si desamparassen al tyrano antes que las armas llegassen à rompimiento ; y como advirtiesen entonces , que algunas Indias de las de el servicio de Aguirre estaban en el rio lavando ropa, baxaron à la deshilada sin ser vistos el Maestre de Campo Paredes, y Pedro Brabo, con otros diez companeros, y cogiendolos de repente, sin que lo pudiesen impedir los Marañoses las pusieron à la grupa, y cargando la ropa que tenian, volvieron à subir la batranca.

Bien coligido Aguirre de este lance el mal temperamento que iban tomando sus cosas, y como de estar encerrado en las cercas su quartel solo conseguia dar tiempo à sus Soldados, para que con la consideracion del riesgo que les amenazaba buscasen el seguro que el Governador les prometia, quiso probar ventura con las armas, por ver si à la felicidad de algun suceso favorable mejo-

raba el semblante su fortuna, y lo graba ventajas su partido ; para lo qual mandò, que Christobal Garcia, y Roberto de Sufaya, con sesenta Arcabuzeros diesen sobre el Campo Real aquella noche, y executado el daño que pudiesen, tomasen la retirada al ir apuntando el dia ; pero errando los Marañoses el camino sin poder atinar con el sitio en que alojaban los nuestros, vino à encontrar con ellos casualmente el Capitan Romero, que con algunos vezinos de la Villa de Nirgua iba en socorro de el Governador ; y conociendo por las demostraciones que era gente del tyrano, hizo piernas al cavallo hasta llegar al Campo Real, tocando al arma : alboroto, que obligò à Gutierrez de la Peña à disponer sus Tropas à aquella hora, y mantenerse en forma de batalla, hasta que al rayar el Alva empezó à marchar, determinado à presentar la batalla al Enemigo ; pero conociendo su determinacion los Marañoses, se fueron retirando para su alojamiento con buen orden, hasta que amparados de vn matorral espeso, que hallaron en el camino, (donde no podian llegar los cavallos, por el embarazo de vnas barrancas que tenia por delante) hizieron alto, volviendo la frente à defenderse.

Lope de Aguirre noticioso de el aprieto en que quedaban los suyos, montando en vn cavallo niorcillo que tenia, partiò con el resto de su gente à socorrerlos, y

animados con su llegada, hizieron demostracion de querer acometer à nuestro Campo; pero reconociendo Gutierrez de la Peña, que mientras el Enemigo estuviessse amparado de aquel sitio, gozaba de conocida ventaja para el combate, empezó à retirarse, escusando por su parte la refriega; y empenado Aguirre en seguirlo, diò lugar para que vna Manga de Cavalleria de nuestra parte ocupasse los matorrales, para que no pudiesse bolver à aprovecharse de su abrigo: estratagemas, que conocida por Aguirre, aunque tarde, procurò remediarla, poniendo su gente en orden para atacar la batalla, con la prevencion de separar cinquenta Arcabuzeros que estuviesssen promptos para ocurrir à la necesidad del mayor aprieto; pero aunque con repetidas cargas continuaron en disparar su arcabuzeria, tirando de mampuesto à distancia muy corta, fue cosa muy particular, y reparable, que sin hazer daño alguno se quedaban las balas aplanadas sobre los sayos de armas, y piel de los cavallos; quando con solos cinco arcabuzes que avia en el Campo Real mal prevenidos, à los primeros tiros quedaron heridos algunos Maraiones, y muerto el cavallo morcillo del tyrano, de que recibì tal sentimiento, que bramando con la colera, baldonaba à sus Soldados, diciendoles se avergòzassen de que vnos baqueros, con zamarras de ovejas, le hu-

viesssen muerto el cavallo, y herido su gente, sin que ellos tuviesssen habilidad para derribar à alguno.

Andaba à la sazón escaramuzando en vna yegua à vista de los nuestros Diego Tirado, Capitán de Cavallos de el tyrano, y vno de sus mas amigos, y pareciendole buena ocasion aquella para mejorar partido, dando vna arremetida algo mas larga, se pasó al Campo Real, y queriendo à su imitacion hazer lo mismo Francisco Cavallero, anduvo tan desgraciado, que haziendole piernas al cavallo para seguir à Tirado, se le cortò de suerte, que no bastò su diligencia para hazerle dar vn passo; teniendo lugar Aguirre para bolverlo à incorporar entre los suyos, y conocer por estas demostraciones lo poco que podia fiar en la simulada lealtad de sus Soldados, pues se veia yà desamparar hasta de los mas amigos, y así, no teniendose por seguro en la campaña, se empezó à retirar con aceleracion, hasta encerrarse en las cercas de su alojamiento, donde al ir entrando los Maraiones, vno de ellos, llamado Gaspar Diaz, de Nacion Portuguès, queriendo hazer ostentacion de la fineza que le professaba à Aguirre, hiriò con vna partefana à Francisco Cavallero, el qual pretendiò passarse al Campo Real, diciendo al executar el golpe, muera este traydor; pero como yà el tyrano no se hallaba en estado de perder vn hom-

bre tal qual fuesse , no solo embrazò el que lo acabassen de matar , pero moltrando sentimiento de la accion de Gaspar Diaz ; mandò curar à Cavallero , poniendo todo cuidado en su asistencia.

CAPITULO IX.

*INTENTA AGUIRRE
bolverse à la Borburata : des-
ampàrarlo sus Marañones,
passandose à el Campo Real,
y muerto por orden de Pare-
des , le cortan la cabe-
za , y hazen
quartos.*

Luego que Aguirre se viò à su parecer assegurado en el fuertecillo , que le servia de quartel , no pudiendo olvidar el sentimiento de lo mal que avian obrado sus Soldados aquel dia , bolviò de nuevo à reprehenderlos su poca resolucion , llamandolos cobardes , y de animos mugeriles , pues teniendo en las armas ventajas tan conocidas , se avian dexado vltrajarse de sus contrarios , sin aver hecho en su desquite operacion que fuesse de importancia ; y passando de vn extremo à otro su cruel animo , estuvo determinado à dar garrote à los que le parecia andaban con tibieza en su servicio , que reducidos à nomina para la execucion de el suplicio , passaban de cinquenta los proscriptos ; pero comunicando su intencion con

algunos de sus amigos , escandalizados de atrocidad tan enorme , lo huvieron de disuadir de tan iniquo dictamen , representandole podria ser que engañado con las apariencias del recelo quitasse la vida à algunos de los que le eran mas afectos , pues tenia reciente el exemplar de Diego Tirado , à quien siempre avia tenido por vno de sus mayores amigos , y en la ocasion lo avia experimentado el mas ingrato ; y era factible que los que juzgaba remissos en su asistencia , en llegando la precisa fuesen los mas prompts à morir en su defensa , bastò el consejo para suspender las muertes , mas no parà que dexasse de defarmarlos por asseguararse de la sospecha que avia formado contra ellos ; y considerando que segun las dificultades que encontraba era imposible por aquel camino conseguir el viage que pretendia para el Perú , se resolviò à dar buelta à la Borburata , y embarcandose como pudiesse , buscar otra derrota que facilitasse mas el fin à que aspiraba su anhelo.

No ignoraba Gutierrez de la Peña estos designios por las noticias que le daban sus Espias de los descòsuelos en que fluctuaban las desconfianças de Aguirre , y procurando aumentarcelos con estar siempre à la vista , tenia puestos de continuo quarenta cavallos sobre el alojamiento de el tyrano , para que observando sus movimientos , le embarazassen tam-
bien

bien la conduccion de los viveres: diligencia, que executada con cuidado aprovechò de suerte, que reducidos los Marañoses al extremo de vna necesidad apretada, despues de averse valido de los perros, y cavallos para mitigar los rigores de la hambre que padecian, no pudiendo tolerar la falta de bastimentos, empezaron à desunirse poco à poco, y conforme lograban la ocasion de vno en vno, y dos en dos, se fueron muchos passando al Campo Real: contratiempo, que hiriendo en lo mas vivo de el sentimiento de Aguirre, procurò remediarlo con mandar salir à la campaña vna Esquadra compuesta de aquellos Soldados en quienes tenia assegurada la correspondencia de su mayor confianza, para que con los arcabuzes hiciesen desviar los quarenta cavallos que avia puesto Gutierrez de la Peña en el asedio de su alojamiento, cuya asistencia, y tesson era el origen de su mayor aprieto.

Amparados de las paredes de vna Ermita (para resguardarse del choque de los cavallos) empezaron los Marañoses à disparar sus arcabuzes à tiempo que divertido el Capitan Pedro Brabo, reprehendia la ligereza con que sus Soldados infamaban de palabra à los contrarios, llamandoles traydores; y como vn mestizo Maraños, llamado Juan de Lezcano, advirtiesse este descuido, le metiò la punteria con golpe tan acer-

tado, que dandole al cavallo por la frente, lo derribò muerto en tierra; de que gozosos los de Aguirre, por ser el primer tiro que lograban, celebraron con repetidos aplausos la nueva felicidad de aquel suceso; pero socorrido Pedro Brabo con otro cavallo por los suyos, parò la desgracia solo en los amagos de el sulto, si bien, escarmentado de el peligro, tuvo por conveniente retirarse vn poco con su gente à parte donde no perdiessse de vista el alojamiento de el tyrano, para estar inmediato à embarazar la tornabuelta, que pretendia Aguirre hazer à la Borburata, para embarcarse otra vez: determinacion, que llegó à poner por obra, aviendo antes quitado las armas à todos aquellos de quienes tenia desconfianza su temor; pero llegado el veinte y siete de Octubre, vispera de los Apóstoles San Simon, y Judas, que tenia Dios diputado para castigo de las maldades de Aguirre, y que en el terminasen con su muerte las insolencias de aquel monstruo, dispuesto yà todo para la partida, al empezar à marchar, sentidos los desarmados de la afrenta con que los trataba Aguirre, se escusaron de seguirle, representandole, que llevarlos de aquella suerte sin defensa era sacrificarlos voluntariamente à sus contrarios, pues hallandolos sin armas no les quedaba que hazer para matarlos; además, que era sobrada mengua de vn Caudillo, que se preciaba de

valeroso , bolver la espada al empeno , por no tener animo para hazer cara al peligro : palabras , que proferidas con aquella entereza , y desahogo à que obliga el justo escozor de vn sentimiento , fueron motivo para que Aguirre, recelando principios de algun motin en que peligrase la obediencia à su respeto , tomase por acuerdo bolverles à dár las armas , pidiendoles perdón del yerro que avia cometido su ignorancia ; y como algunos, sintiendose todavia agraviados del desayre , reusassen el admitirlas, llegó à tanto abatimiento la vileza de su cobarde altivez, que se humanò à rogarles con empeno le hiciessen el favor de recibirlas.

Con el alboroto , y confusion que ocasionaron estas alteraciones andaba todo rebuelto, y puesto en gran desorden el Campo del tyrano , quando con la noticia que tuvieron de su partida llegaron sobre el alojamiento Diego Garcia de Paredes, y Pedro Brabo con buena copia de gente de à cavallo , à cuya oposicion , procurando no se llevassen, como la vez passada, alguna gente de el servicio de los Marañoses , que à la sazón estaba en el rio, despachò Aguirre à Juan Geronimo de Espinola con quince Arcabuzeros para que la defendiessen, haciendole alto hasta que bolviessen à recogerse al quartel ; pero Espinola , y

sus compañeros , luego que se vieron en franquia , apresurando el passo , y diciendo en voces altas : Viva el Rey , Cavalleros, se passaron al Campo Real , incorporandose con la Tropa de Paredes: accidente , en que estrivò la total ruina de el tyrano, porque los demàs Marañoses que estaban fuera del alojamiento, animados con el exemplar de Espinola, no quisieron ser los vltimos en afiançar la seguridad de su partido , y à vista del mismo Aguirre, diciendo : Viva el Rey, que à servirlo venimos , se passaron à los nuestrs : resolucion, que siguieron despues todos los otros, dexando al tyrano solo con Anton Llamoso , que aviendo jurado muchas vezes le seria fiel amigo en vida, y muerte, quiso cumplir su palabra , manteniendole lealtad en el lance mas adverso de su fortuna.

El Maestre de Campo entonces, viendose ya con la victoria en las manos , despachò aviso al Governador, para que marchando con el resto de la gente viniese à coger el fruto de sus sobresaltos, y afficciones , mientras Aguirre, conociendo la inconstancia de su contraria suerte , vacilaba confuso con el temor de el desastrado fin à que lo avia precipitado su rebellion , y tyrania ; y advirtiendole que solo le acompañaba Anton Llamoso, descaído de animo , y con la voz turbada, le dixo : que por

què no iba tambien à gozar de los perdones de el Rey; à que le respondiò , constante en su amistad, queria , muriendo à su lado, cumplir lo que le tenia ofrecido; y sin replicarle el tyrano otra palabra se entrò para vn aposento, donde estava vna hija suya , que avia traído de el Perú , acompañada de otra muger , natural de Molina de Aragon, à quien llamaban la Torralva , y poseído de el demonio, queriendo cerrar el numero de sus crueldades con la mas atroz, que pudo caber en la extolidèz de vna fiera , calada la cuerda à su arcabuz , la dixo , se encomendasse à Dios, porque la queria matar, para librarla de la afrenta de que la llamassen despues, hija de vn traydor; y aunque la Torralva, asyda del arcabuz , pretendiò con ruegos disuadirlo de maldad rã execrable , inflexible en la resolution de tan infame proposito soltò de la mano el arcabuz , y sacado la daga de la cinta la quitò la vida à puñaladas.

Cometida atrocidad tan enorme , bolviò à salir para àfuera à tiempo que ya la gente del Campo Real , apoderada de el alojamiento, entraba por las puertas de la sala , à cuya vista turbado , y sin aliento para nada , se arrimò como vn triste à vna barbacoa, que estava en vn rincon del aposento, y viendolo de aquella forma vn Fulano de Ledesma, Espadero del Tocuyo , bolvien-

do la cara à hablar con el Maestre de Campo , le dixo : Señor, aqui tengo tendido al tyrano ; à que respondiò Aguirre : no me rindo yo à tan grandes bellacos como vos; y conociendo à Paredes por la insignia de su puesto, sin poder ya articular bien la voz, por el desmayo de su espiritu , le dixo : Señor Maestre de Campo, suplico à vuestra merced, que pues es Cavallero de tiempo para oirme , porque tengo negocios que comunicar muy de importancia al servicio del Rey ; y como Paredes se inclinasse à condescender con la suplica, suspendiendo la execucion de su muerte hasta que llegasse el Governador , recelosos los Marañones del peligro que les amenazaba si Aguirre descubria las maldades que todos avian obrado en la jornada , le persuadieron con instancia , no malograssè con la dilacion el tiempo, quando podia de vna vez assegurar la victoria con la muerte de aquel hombre ; y pareciendole bien este consejo, diò permiso à los mismos Marañones para que lo matassen luego.

Entonces Juan de Chaves, y Christobal Galindo , encarandole los arcabuzes, se los dispararon à los pechos , aunque Chaves, cogiendolo al soslayo , errò el golpe , y diò en vn brazo con la bala : defecto , que conociò Aguirre desde que calò la cuerda, pues al observar la forma con que hazia la punteria, dixo, mal tiro;

tiros, pero al disparar Galindo, que le partiò el corazon, diciendo, este si que es bueno, cayò muerto en tierra; y otro de los Marañones, llamado Custodio Hernandez, le cortò luego la cabeza, y cogiendola por los cabellos (que los tenia bien largos) saliò con ella en la mano à recibir al Governador, mientras el Maestre de Campo Diego Garcia de Paredes, tremondeando sobre las almenas de la cerca las vencidas vanderas de el tyrano, publicaba con alegres demonltraciones la victoria, aunque el Governador Pablo Collado, mostrando sentimiento de que huviesse muerto à Aguirre sin su orden, recibì con sequedad, y displicencia los aplausos; pero disimulando quanto pudo, por no tener ya remedio, mandò hazer quartos el cadaver, y ponerlo en los caminos; la cabeza, por memoria, diò à la gente que vino de el Tocuyo, donde puesta en vna jaula de hierro permaneciò muchos años en el rollo de la plaza; la mano izquierda tocò à los vecinos de Valencia; y la derecha entregò al Capitan Pedro Brabo, para que llevasse à Merida; pero despues vnos, y otros, considerando la inutilidad de tan infames alhajas, se las dieron à los perros, por librarle de la molestia que causaban al olfato.

El General Gutierrez de la Peña hizo prenda de las vande-

ras de el tyrano, alegando ser despojo perteneciente à su puesto, segun la disposicion de las leyes de Milicia, y las tuvo despues su estimacion en tan singular aprecio, que consiguiò facultad de el Rey Phelipe Segundo para poderlas añadir por blason al escudo de sus Armas, como las usan oy sus descendientes: Inerced, que junta con el titulo que se le diò de Mariscal de esta Provincia, y de Regidor perpetuo de todas las Ciudades que la componen, fue premio en que quedo vinculada à la posteridad la memoria de lo que mereciò en el agrado Real este servicio.

Asi acabò la temeraria tyrania de Lope de Aguirre, cuya rebellion, segun los aparatos con que empezó en los principios, tuvo puestas en cuidado todas las Provincias de America; pero desecha, como hemos visto, mas à industrias de la maña, que à poderes de la fuerza, celebraron con aplauso las demàs la gloria que consiguiò Venezuela. En la Villa de Oñate, de la Provincia de Guipuzcoa, tuve Aguirre su indigno nacimiento, para deslustrar con sus obras la lealtad antigua de Nacion tan noble, y aunque hijo de padres de median estado, debì à la naturaleza el ser hidalgo; su persona fue siempre à la vista despreciable, por ser mal encarado, muy pequeño de cuerpo, flaco de car-

nes, grande hablador, bullicioso, y charlatan; en compañía ninguno mas temerario, ni solo mas cobarde; de animo siempre inquieto, amigo de sediciones, y alborotos; y así, en mas de veinte años que vivió en el Perú, aunque su exercicio era domar potros, y hazer cavallos, no hubo levantamiento, ni morin en que no tuviesse prenda, y en el de Don Sebastian de Castilla, quando en las Charcas mataron al General Pedro Alfonso de Inojosa, fue de los mas culpados, y como tal condenado à muerte por el Mariscal Alonso de Alvarado, aunque su diligencia en esconderse frustrò la execucion de su castigo, y para conseguir despues perdon de este delicto se alistò por Soldado en el Campo Real, que formò la Audiencia de Lima contra Francisco Hernandez Giròn, y entonces fue quando en el Valle de Cochabamba lo hirieron en vna pierna, de que quedò siempre lisiado; fue de natural tan rebelto, y tremendo, que por sus alborotos estuvo desterrado por Justicia de las mas Ciudades de el Perú, y en la del Cuzco llegò à lãçe, que se vido en terminos de morir ahorcado, siendo conocido en todas partes por el nombre de Aguirre el loco, hasta que saliendo con Vrsua à la Conquista de los Omeguas formò su rebelion, para que à costa de tanta sangre como derramò inhumano, quedasse eterna la

memoria de su barbara impietad, acreditandose de fiera entre los hombres.

CAPITULO X.

PIDE FAXARDO socorro al Governador: embia este à Luis de Narvaez con cien hombres, y mueren todos en el camino à manos de los Arbacos.

VAnaglorioso el Cacique Guaycaypuro de aver logrado tan à gusto la muerte de Juan Rodriguez, y empeñado Terepayma en llevar adelante la traycion en que lo avia metido su deslealtad, trataron de conmovier todas las demàs Naciones de la Provincia de Caracas, para que haciendo causa comun los intereses de su fin particular, diesen armados sobre los Pueblos de San Francisco, y el Collado, concurriendo cada vna por su parte à la restauracion de la libertad, que imaginaban perdida; pero corriendo entre muchos la solitud de esta conjura, no pudo ser tan secreta, que no llegasse à penetrarla Francisco Faxardo, que de buelta de la Margarita se hallaba ya en el Pueblo de San Francisco; y aunque, valiendose de los medios de su natural agrado, procurò sossegar la alteracion que conocia en los Caciques,

vien-

viendo que nada bastaba para aquietarlos, pues crecian por instantes los movimientos que recibia en los Indios, determinò dar cuenta al Governador del aprieto en que se hallaba, para que procurasse quanto antes socorrerlo con la gente que pudiesse; para cuya diligencia se valiò de vn Juan Alonso, vecino del Collado, hombre practico, y de resolucion para qualquier empeño, à quien despachò en vna Pyragua al Puerto de la Borburata, para que passando al Tocuyo, informasse al Governador el estado en que quedaba, esperando por horas el general levantamiento de los Indios.

Estaba en Barquisimeto Pablo Collado quando llegó Juan Alonso, (que fue pocos dias después de la muerte del tyrano) y enterado del peligro que amenazaba a Faxardo, alistò con brevedad cien hombres para embiarle de socorro, los mas de ellos de los Marañones, que avian quedado desperdigados con el desbarato de Aguirre; y para que à la conducta de vn experimentado Capitan se efectuasse mejor la diligencia, pretendiò recomendarla al Maestre de Campo Diego Garcia de Paredes; pero como los muchos servicios de aquel Cavallero avia dias que clamaban por la folicitacion del premio, con el motivo de passar personalmente à la Corte à pretenderlo, se embarcò para Castilla (en com-

pania de Gutierrez de la Peña) sin admitir el encargo que le hazia el Governador : causa, para que Collado, por abreviar quanto antes el socorro, nombrasse en su lugar por Capitan para la conduccion de aquella gente à Luis de Narbaez, hombre noble, natural de la Ciudad de Antequera en la Andalucia, que à la sazón era Alguacil Mayor del Tocuyo; quien prevenido de todo lo necesario, con bastante carruage, y sobrado numero de gente de servicio, salió de Barquisimeto por principios de Enero de el año de sesenta y dos; pero con tanto descuido, y tan mala forma en la disposicion de su marcha, que llegando à encumbrar la loma de Terepayma, donde murió Juan Rodriguez, siendo la parte donde necesitaba de mayor vigilancia su recato, por ser el centro de la Nacion Arbaca, esminaba por ella tan confiado, y que por librarse de el peso de las armas, las llevaban liadas los soldados sobre las bestias del yugo de desorden, que conocido por los Indios Meregotos (que de las sabanas de Gubrocarima, y villas del rio de Aragua, donde tenian su habitacion, avian subido à la Serrania, llamados por los Arbacos para componer à su defensa) queriendo llevarse la gloria de que se debiese à su socorro el vencimiento, ocuparon con sus Esquadras el alto, que oy llamaban las Moltazas, y a donados de di-

Año de
1562.

visas, y penachos, esperaron à que llegasse Narbaez; quien al ver ocupado el passo con aquella multitud, dexandose llevar de la templança, quando la ocasion pedia vna resolucion arrojada, se puso muy de espacio à requerirles con la paz, protestandoles corriessen por su quenta los daños que ocasionasse la guerra, de cuyo requerimiento, haciendo irritacion los Indios con algazaras, y gritos, remitieron à las armas la respuesta; y valiendose à vn tiempo de flechas, y de macanas contra los desprevénidos Españoles, los pusieron en tan desordenada confusion, que aunque Narbaez, como hombre de valor, procurò entonces enmen- dar con su esfuerço los yerros de su descuido, fue à tiempo que ya no tuvo remedio su reparo, pues herido de muerte à los primeros encuentros, y atravesado por mil partes à flechazos, cayò del caballo en tierra, donde atropellado de los Indios perdiò lastimosamente la vida, en castigo de su poca prevencion.

A este tiempo los Arbacos, que hasta alli avian estado à la mira de lo que obraban las Tropas auxiliares de los Meregotos, viendo el desbarato en que se hallaban los nuestros, desfilando sus Esquadrones para tener tambien prenda en la victoria, atacaron por su parte la batalla, y como nuestra gente, turbada con el desaliento que le causò la muer-

te de Narbaez, no pudiesse resistir la fuerça de tanto barbaro, diò lugar con su desmayo para que aquella canalla embrabecida executasse sin piedad los rigores de su saña, pues llevandose quanto encontraban por delante al filo de las macanas, hicieron estrago tan lamentable en aquellos miserables Españoles, que sin perdonar vida, ni aun de la gente de servicio, los passaron todos à cuchillo, quedando solo, para testigos de aquella triste tragedia, Juan Serrano, Pedro Garcia Camacho, y Francisco Freyre, que entre la confusion de tantamuerte tuvieron lugar para escaparse, y metiendose por los montes, al cabo de cinco dias fueron à salir los dos primeros al Pueblo de San Francisco, donde estaba Faxardo esperando por instantes el socorro; pero enterado con la noticia que le dieron de la desgraciada muerte de Narbaez, y general destrozo de su Campo, perdiò en el todo la esperança de poderse mantener contra la opugnacion de vn enemigo victorioso; y considerando, que divididas en San Francisco, y el Collado las pocas fuerças que tenia, era exponer ambos Pueblos al evidente riesgo de su ruina, tuvo por mas evidente abandonar voluntariamente el vno, que no perderlos entrambos; y antes que los Indios, en prosecucion de la victoria, viniessen à sitiario, despoblò el de San Francisco, retirandose con toda

toda la gente vnida à fortalecerse en el Collado.

El otro Soldado Francisco Freyre, huyendo con la turbacion de aquel conflicto, acertò à coger el mismo camino por donde avian venido, y bolvia para Valencia; pero como à poco tiempo de su fuga encontrasse con algunas Tropas de Indios, que le tenian cogido el passo, con el deseo de salvar la vida, sin reparar en la temeridad que executaba su miedo, se arrojò de vn precipicio tan pendiente, que oy causa horror el mirarlo, dexando perpetuada la memoria de su desesperacion en aquel sitio, pues es comunmente llamado el Salto de Freyre, aunque corrupto por la vulgaridad el vocablo, lo llaman todos ya, el Salto del Frayle; pero anduvo tan afortunado en la caída, que con ser bien grande la distancia que ay desde la eminencia al Valle, no recibió otra lesion, que quedar algun tiempo sin sentido, hasta que buuelto en sí, y recuperado del susto, pudo, caminando por vna quebrada abaxo, salir (aunque con alguna penalidad) à las orillas de el Tuy, donde tuvo otro contratiempo su desgracia, pues encontrandose con vnos Indios Meregoros, que iban para la Serrania, se hallò metido en lance de mayor aprieto; y no ocurriendole otro remedio por entonces, que valerse de la humildad, y sumision para escapar la vida, hincandose de ros-

dillas, con lagrimas, y exclamaciones les empezò à pedir no, lo matassen, pensando moverlos à piedad con sus plegarias; pero como la misericordia sea virtud poco conocida entre estos barbaros, no haciendo mucho caso de sus ruegos, le tiraron algunos golpes de macana: chança, que teniendo el Freyre por pesada, pareciòle mejor mudar de medio, y metiendo mano à vna mala espadilla que llevaba, embistiò con los Indios con tan valiente brio, que à pocos lances dexò heridos tres, ò quatro de los que mas le molestaban, y temerosos los demàs, tuvieron por partido mas seguro dexarle el passo franco, y retirarse, dándole lugar, para que sin otro accidente, al cabo de algunos dias llegasse à Barquisimeto, con la noticia del infeliz suceso de Narbaez, para contristacion general de la Provincia; atribuyendo todos la desgracia de aquella infausta jornada à castigo conocido de la Justicia Divina, para que pereciendo con tan desastrado fin los Matañones, sirviessse de escarmiento tan merecido premio à sus maldades.



CAPITULO XI.

EMBIAR LA AUDIENCIA al Licenciado Bernaldes à averiguar los excessos de Collado: remitelo preso à España, y queda governando en su lugar: sitia Guaycaypuro el Collado, y Faxardo lo desampara.

Despues que el Governador Pablo Collado, con la muerte del tyrano Aguirre, se hallò libre de las afflicciones en que lo tuvo puesto su espíritu apocado, ò fuesse porque la felicidad de aquel suceso le infundió con desvanecimiento alguna soberbia mal fundada, ò porque sentido de las mortificaciones, que por entonces tolerò en el desprecio con que le trataban sus subditos, quisièse con la mano de Superior dar satisfaccion à su desquite, empezò à vsar con los vecinos tales sequedades, y asperezas, que estrañando la novedad, à que no estaban acostumbrados, por ser muy diferentes las atenciones que antes experimentaban en la docilidad de su natural afable, se le fueron originando emulos, y declarando quexosos; y passando adelante las destemplanças de Collado, se vieron obligados à recurrir à la Audiencia de Santo Domingo à

representar sus agravios à la sombra de algunos cargos, y capitulos, que le formò el desafecto, sobre la mala disposicion de su gobierno, que aunque en la realidad eran de poca substancia, yno estaban del todo comprobados, fueron bastantes para que la Audiencia tomasse resolucion de embiar, para que los averiguasse, al Licenciado Bernaldes, de profesion Letrado, à quien llamaban comunmente, Ojo de Plata, por vno que traía de este metal, para llenar el hueco de otro que le faltaba; y llegado al Tocuyo por Agosto de el año de sesentay dos, como quiera que en la comission que se le diò traía la clausula ordinaria, de que hallando culpado al reo lo remitiesse preso à España, resumiendo en sí el gobierno, fue preciso se dispusiesen las cosas de calidad, que no quedasse la clausula infructuosa; y asì, à poca diligencia de los Capitulantes, dando por probados los delitos que le imputaban, declaró à Collado por suspenso del gobierno, y adjudicandose el Baston lo remitió preso à España.

En tanto que esto passaba en el Tocuyo, estaba Faxardo en el Collado sin dexar las armas de la mano, por los continuos aprietos en que lo ponian los Indios, que sobervios con la rota de Narbaez, oy despoblacion de San Francisco, à instancias de Guaycaypuro avian hecho empeno de no dexar Español en la Provin-

cia, à cuyo general movimiento pudo resistir Faxardo algunos dias, ayudado de Guaycamacuto, y demás Caciques de la Costa, que firmes en su amistad no avian querido meter prenda en la conjura; pero pudo tanto la astucia de Guaycaypuro, que valiendole de la triaca para introducir el veneno, dispuso la perdicion de Faxardo por los medios en que asseguraba su mayor confianza, pues pervirtiendo al Cacique Guaycamacuto con molestas persuasiones, lo reduxo à que faltasse à la fidelidad al mejor tiempo; y arrimandose à la parte de la liga, sin que Faxardo lo entendiesse, tuvo lugar para con el seguro de amistad disponer à su salvo la traycion. Tenian los Españoles fabricado dentro de el Pueblo vn fuerte de madera, à cuya sombra mantenian con valor su resistencia, sin que los Indios pudiesen lograr ventaja en los asaltos; y discurriendo forma Guaycaypuro para sacarlos à pelear fuera de aquel abrigo, en que consistia toda su defensa, retirò todas sus Tropas, dando à entender con dissimulo, que no queria ya guerra con Faxardo, y dexando passar algunos dias, amaneciò vna mañana con su gente à vista de la Poblacion de Guaycamacuto, (disposicion, que tenian con gran secreto, por lamentada entre los dos) fingiendo venia à moverle guerra, por la amistad que professaba con Faxardo.

Distaba la Poblacion vna legua, con poca diferencia, de el Collado, y afectando el Guaycamacuto mil temores (dexando antes dispuesta en el camino vna emboscada) partiò luego en busca de Faxardo, y con quanta simulacion supo formar su malicia, le dixo: por aver sido tu amigo me vienen à destruir los Indios Teques, veslòs alli estan sobre mi Pueblo, con animo de talar mis sembraderas, y poner fuego à mis casas, pues yo te he ayudado para defenderte de ellos, ayudame aora con tu gente para librarme del daño, que por tu amistad me viene.

Pareciòle à Faxardo tenia razon en lo que pedia el Cacique, y resuelto à favorecerlo con empeño, lo despidiò, encargandole tuviesse su gente prevenida para quando llegasse Juan Jorge de Quiñones, à quien con treinta Infantes, y tres hombres de à cavallo embiaria luego en su socorro.

No deseaba el barbaro otra cosa, y buelto à su Pueblo con presteza, reforçò la emboscada, que avia dexado dispuesta en el camino, nombrando por Cabo de ella à vn Indio valeroso, llamado Pararian, y èl con otra considerable porcion de Indios se emboscò mas adelante, quedando sobrefaliente Guaycaypuro para embestir con sus Teques en llegando la ocasion. Bien ageno de prevencion tan traydora

salìo Juan Jorge con su gente de el Collado; y aunque al entrar en la montaña reconociò al instante (como practico) el engaño que encubria, solo sirviò su advertencia de que no lo cogieslen descuidado, pues sin tener tiempo para mas que mandar cargar los arcabuzes con dos balas, se hallò acometido por todas partes de innumerable multitud de flechas; à que correspondieron sus Soldados con tal brio, que travandose fuertemente la batalla, se llenò en breve de horror, y sangre la montaña; pero como los Indios eran muchos (pues passaban de cinco mil los Combatientes) fue preciso que los nuestros, para poder defenderse, dexando las armas de fuego echassen mano à las espadas, que convertidas en rayos corrian por las gargantas de aquella canalla infiel, mientras Juan Jorge con los tres compañeros de à cavallo, haciendo prodigios con las lanças, procuraba atropellar las enemigas Esquadras; pero para què fin arresto tan superior? si por cada Indio que moria substituian ciento en su lugar, quando los nuestros, rendidos con la fatiga, y cansancio de mas de tres horas de pelea, necesitaban ya de todas las ensanchas de el valor para poder mantenerse.

En este estado se hallaban aquellos treinta y tres Españoles quando reforçados los espíritus à persuasiones de Juan Jorge, bol-

vieron con mas esfuërço à renovar la pelea, por ver si à fuerça de brazos podian salir à la playa, que era la vnica esperança que tenian para lograr con alguna seguridad la retirada, cogiendo por abrigo la reventazon de el Mar para guardar los costados: diligencia, que conseguida con trabajo, sirviò solo para mayor tormento, por que cargando de refresco Guaycaypuro, al ver que se escapaban los nuestros, se encendiò de ambas partes con mas desesperacion la refriega; y como en el fervor mas ardiente de el combate descubriessse Juan Jorge à Pararian, que con vna guayca en la mano animaba los suyos al vencimiento, queriendo humillar su altivez con el castigo, hizo piernas al cavallo para atravesarlo con la lança; pero anduvo tan desgraciado, que tropezando el cavallo en vnas piedras, cayò con èl en el suelo, donde, sin poderlo remediar, logrò el Pararian la ocasion de su vengança, pues le quitò la vida atravesandole el vientre con la guayca: desgracia, que huviera sido la ruina de los demas, si à este tiempo no llegara Faxardo, que noticioso del aprieto en què se hallaban los suyos, salìo de el Collado con el resto de la gente à socorrerlos, à cuya sombra pudieron conseguir la retirada, hasta ampararse del fuerte que tenian hecho en el Pueblo; si bien no fue con tan poca pérdida, que no costasse la vida à

once Soldados, y el quedar bien heridos los demás.

No se dió por satisfecha aun todavía la soberbia altivez de Guaycaypuro con aver logrado tan à su gusto la traycion en que metió à Guaycamacuto, y haciendo nuevas levas, así de sus vasallos, como de las demás Naciones de la liga, para reclutar sus Tropas, por aver perdido en la batalla mas de setecientos Gaudules, las aumentó al numero de siete mil Combatientes, y con ellos, resuelto à no desistir de la empresa hasta alcançar por entero la victoria, puso sitio regular sobre el Collado, reduciendolo à tan rigoroso asedio, que desesperado Faxardo de poderse mantener, hallandose falto de bastimentos, y sin esperanza alguna de socorro, antes que la necesidad llegasse à extremo que se impossibilitasse el remedio determinò desamparar el Pueblo, y retirarse, por no ser sus fuerças suficientes para resistir tan formidable potencia como la que avia convocado Guaycaypuro, y embarcando su gente en algunas Pyraguas, y Canoas, que tenia surtas en el Puerto, vnos se fueron para la Borburata, y èl con los mas se retiró à la Margarita; pero antes de executarlo, como tenia atravesado en el corazon el sentimiento de ver malogrados sus afanes, con la intencion de reforçarle quanto antes para bolver à restaurar lo perdido, y tomar

vengança de las trayciones con que lo tenia ofendido Guaycaypuro, obligó à que con juramento le prometiesen sus Soldados le acompañarian en qualquier tiempo que intentasse bolver à conquistar la Provincia.

CAPITULO XII.

MATAN LOS INDIOS de Caracas à Diego Garcia de Paredes: viene por Gobernador Don Alonso Mancanedo, y por su muerte buelve à gobernar el Licenciado Bernaldes.

EMbarcados para Castilla (como referimos en el Capitulo décimo de este Libro) el General Gutierrez de la Peña, y el Maestre de Campo Diego Garcia de Paredes, con felicidad, y viaje prospero llegaron à la Corte, y como los grandes servicios de vno, y otro eran notorios, necesitron de muy poco favor para ser bien atendidos, pues à corta diligencia lograron la fortuna de quedar premiados, honrando su Magestad à Gutierrez de la Peña con el titulo de Mariscal de esta Provincia, y de Regidor perpetuo de todas las Ciudades que la componen, con otras mercedes particulares, que aunque no fueron de tanta hojarasca en la apariencia, fueron de mas utilidad

dad en la substancia; y à Diego Garcia de Paredes con el Gobierno, y Capitanía General de la Provincia de Popayan.

Conseguidos tan favorables despachos, bolvieron à salir juntos de España, embarcandose por principios de el año de sesenta y tres en vn Navio que venia para la Borburata, y navegando con felicidad para la America, quiso la adversa suerte (para que tuviese cabimiento la desgracia) que al reconocer la tierra recalase la Embarcacion sobre el Puerto de Catia, tres leguas à sotavento de el parage donde estuvo fundada la Poblacion de el Collado; y acordandose Diego Garcia de Paredes de que al tiempo que se partiò para España avia salido de el Tocuyo, con el socorro que venia para Faxardo, Luis de Narbæz, con quien profesò siempre vna amistad muy estrecha, ignorante de su muerte, y lo demàs sucedido con el general levantamiento de los Indios, mandò ancorar el Navio, para lograr de passo la ocasion de adquirir noticias de el amigo.

Era Cacique de aquel Valle vn Indio llamado Guanauguta, acerrimo enemigo de la Nacion Española, y como tal de los que mas ayudaron à Guaycaypuro para lançar à Faxardo, y viendo surta la Embarcacion en su mismo Puerto, machinò luego vna traycion su alevosia, pues emboscando docientos Indios de los mas

valerosos de su Pueblo en los arcabucos mas cercanos, empezó desde la playa à llamar la gente de el Navio, tremoleando al ayre vna yandera blanca, à cuya seña engañado Diego Garcia de Paredes, con la presumpcion de que sin duda estaba alli Narbæz, ò algunos de sus Soldados, mandò echar la lancha al agua, y acompañado solamente de quatro Cavalleros Extremeños, que traia consigo, y seis Marineros para el remo, saltò en tierra, donde recibido de el Cacique con quanto agassajo pudo afectar el fingimiento, tuvo lugar para preguntarle luego por Narbæz; y el barbaro, para assegurar su intento, y tener mas como da oportunidad para lograrlo, le respondió con engaño, diciendole, estaba en el Pueblo de San Francisco, y que si gustaba embiaria vn Indio à avisarle, para que viniese à verle, sirviendose en el interin de subir à la Poblacion à divertirse, pues siendo tan corta la distancia, seria muy poco el tiempo que tardaria la respuesta.

Creyòlo Paredes confiado, y aceptò el combite inadvertido; mas apenas avia llegado à las casafas quando entre la esplendidez de vn sumptuoso banquete, que le tenian prevenido, conociò en la turbacion de los Indios que le asistían la malicia que ocultaba la urbanidad del festejo, y comunicando su sospecha à los demàs compañeros, tratò de retirarse à la

la playa para bolverse à embarcar; pero los otros, como poco prácticos en las cosas de las Indias, atribuyeron à temeridad la desconfianza de Paredes, obligandolo à que sin hazer caso de lo mismo que temia, atropellasse imprudentemente los riesgos que imaginaba, pues divertidos todos entre los regocijos del combite, dieron lugar à los Indios, para que saliendo de la emboscada embistiesen con ellos, cogiendolos descuidados; y aunque Paredes, con aquel antiguo atdimiento de su valor acostumbrado, animando à los compañeros echò el resto de la desesperacion para buscar la defensa, (pues segun refiere Fray Pedro Simon matò mas de ochenta por sus manos) como los enèmeros eran muchos nada bastò, para que todos dexassen de pagar con las vidas la necesidad de su confianza inadvertida, pues solo pudo escapar vn Marinero, que aunque seguido de los Indios, y herido con algunos flechazos, tuvo la fortuna de llegar à la playa, y echandose à nado coger el batèl, que los estaba esperando sobre remos, para que bolviendo al Navio refiriesse, como testigo de vista, las circunstancias de aquella desgracia lamentable, que fue para los compañeros mas sensible, quando poco despues de sucedida alcançaron à ver, que los Indios en la playa, ò por vengança, ò por escarnio, empalando aque-

llos robles cadaveres, y suspenoiéndolos en alto, tenían por entretenimiento hazerlos blanco de sus crueles saetas; pero no pudiendo por entonces remediarlo, se hizieron à la vela, por librarle de la mortificacion de ver con sus mismos ojos los actos tan lamentables de aquella triste tragedia.

De esta manera acabò el Governador Diego Garcia de Paredes, cuyas hazañas en las Indias siempre lo acreditaron por grande, pues se preciò en todas ocasiones de tan hijo en el valor, como en la sangre, de aquel celebre Español de su proprio nombre, cuyos arreitos fueron assombro de Italia. En la Ciudad de Truxillo de la noble Estremadura, tuvo su nacimiento, è inclinado desde su tierna edad al exercicio de la guerra, dexò la Milicia de la Europa, en que pudiera con las singulares ocurrencias de aquel siglo aver acrecentado à menos riesgo su fortuna, por seguir à los Pizarros, como parientes, y amigos, en las Conquistas de America, donde, porque no peligrasse su lealtad, abandonò las conveniencias, que en el Perú le avian grangeado sus meritos, pues viendo à Gonçalo Pizarro embuelto en aquellas vulgares aclamaciones de defensor de la Patria, que despues lo precipitaron à su ruina, recelò las contingencias à que podia quedar expuesta su opinion con las inquietudes del Payfano; y menospre-

ciando los premios à que eran acreedores sus servicios, se pasó anticipadamente al nuevo Reyno, y de allí à esta Provincia, donde conquistados los Indios Cuicas, dexò vinculada la memoria de su Patria con la fundacion de la nueva Truxillo. En el desbarato del tyrano Aguirre tuvo la mayor parte su asistencia, y quando franca la Real mano empezaba à comunicarle sus favores, atajò la muerte los pasos à su dicha con el accidente infeliz de vna desgracia.

Pocos dias despues de sucedida la muerte de Diego Garcia de Paredes llegò à Coro Don Alonso de Manzanedo, proveido por el Rey en el Gobierno, y Capitanía General de la Provincia en lugar del Licenciado Pablo Collado; y aviendo abierto el juicio de residencia contra el Licenciado Bernaldes, su antecesor, como quiera que la afabilidad de su natural cortesano le tenia adquirida la dicha de bien quisto en el corto tiempo que le durò el empleo, hubo menester muy poco para quedar con lucimiento, pues declarado por libre con vna sentencia muy honrosa, cargado de estimaciones se bolviò à la Isla Española, donde estaba avecinado, à gozar con quietud del retiro de su casa; pero como la experiencia de su obrar tenia acreditado su talento, dentro de breves dias fue preciso le buscasen otra vez con mas empeño las honras;

porque siendo el Don Alonso de Manzanedo hombre de crecida edad, y de salud muy quebrada, con la mudança del temperamento, y fatiga de los cuidados se le fueron acrecentando los achaques de suerte, que postrando se luego en vna cama, murió por Febrero del año de sesenta y quatro, dexando el gobierno à los Alcaldes, en virtud de lo determinado por la Cedula que consiguió Sancho Brizeño; pero noticiosa la Audiencia de la muerte de Manzanedo, à pedimento de todas las Ciudades de la Provincia bolviò à nombrar por Governador interino al Licenciado Bernaldes, que agradecido à la buena voluntad que conocia en los vezinos, se embarcò gustoso para Coro, donde los aplausos de su recibimiento fueron la mas calificada aprobacion de su obra, antecedente.

CAPITULO XIII.

BUELVE FAXARDO à intentar la Conquista de Caracas: prendelo con engaño Alonso Cobos, y alevosamente le quita la vida: entra el Governador Bernaldes hasta Guaracarima, y sin passar adelante se retira.

NO fueron bastantes los repetidos contratiempos de Faxardo, ni el averse visto obliga-
do

do por dos vezes à desamparar la Provincia de Caracas, para que perdiessse el animo, ni desmayasse en aquel firme proposito, que siempre tuvo de conseguir su conquista; y assi desde el instante que llegò à la Margarita, despues de despoblado el Collado, empezó à tratar con mas empeño que antes de juntar fuerças, y buscar medios para bolver à restaurar lo perdido, y tomar satisfaccion de los agravios con que lo tenia ofendido la indomable altivèz de Guaycaypuro; y como con las expediciones anteriores avia yà adquirido credito, y grangeado singular estimacion para con todos, fuele facil, ayudado de los amigos, disponer con brevedad lo necessario para su tercer jornada; de suerte, que hallandose por principios del año de sesenta y quatro con ciento y treinta hombres, algunos cavallos, porcion de ganado bacuno, y cantidad considerable de armas, y municiones, fue despachando sus Soldados, y prevencion de pertrechos à tierra-firme, con orden para que le esperassen en el rio de Bordones, vna legua poco mas à Sotavento de Cumana, donde pensaba formar la massa de su Exercito; y quando le pareció tiempo, por no tener yà que hazer, pasó à incorporarse con su gente, para dár principio à los movimientos de su marcha.

Era en la ocasion Justicia Mayor de Cumana Alonso Co-

bos, declarado enemigo de Faxardo; sin mas motivo, que la emulacion de verlo acreditado con la fama que le avian adquirido sus conquistas, y sabiendo que estaba en el rio de Bordones, assi por satisfacer los rencores de su embidia, como por parecerle, que quitado el embarazo de Faxardo podria con facilidad hazerse dueño de toda la prevencion de su armamento, y conquistando con èl la Provincia de Caracas apropiarse los aplausos, que sentia ver en su emulo, machinò la mas enorme maldad, que pudo caber en pecho humano; pues resuelto à matar à Faxardo por el modo que pudiesse, se valiò de vna reconciliacion fingida, para formar vna traycion verdadera; y embiandole diferentes recados cortesanos con la en hora buena de su llegada, tratò por mano de vn Marcos Gomez, amigo de Faxardo, que passasse à verse con èl à Cumana, para que comunicandose personalmente los dos, quedasse mas assegurada la amistad; y aunque Faxardo à los principios (quizà por los latidos con que fiel le avisaba el corazon, no atreviendose à fiar de vna amistad reconciliada) procurò elusarle, tomando por pretexto la precisa aceleracion de su partida. Fueron tales las instancias, promessas, y precauciones con que assegurò Alonso Cobos la sinceridad de su buen trato, que obligado Faxardo à

tanto ruego , huvo de passar à Cumana guiado de su mala Estrella , para que lograse Cobos la maldad que tenia premeditada, pues recibendolo en su casa con apariencias de agrado , lo tuvo divertido en conversacion hasta la noche , que pareciendole à Faxardo era yà tiempo para bolverse à Bordones , al tratar de despedirse salieron de vn aposento algunos criados , y amigos , que tenia Cobos prevenidos con vnos grillos para ponerle; y como Faxardo se defendiessè à no dexarse prender , le dixo Cobos : V. md. no se alborote, que todo esto no es mas que vn cumplimiento para tapar la boca à algunas queexas , y no quiero que el Pueblo entienda , que porque somos amigos embarazo la justicia; dexese V. md. prender , que dentro de vna hora esterà libre.

Engañado Faxardo con la simulacion traydora de aquellas falsas palabras, consintió en la prision para su daño, pues luego que le pusieron los grillos , y le quitaron las armas , aun no teniendolo Cobos de aquella suerte por seguro , lo hizo meter en vn cepo, y sin mas prueba , ni forma , que el atropellamiento de su passion vengativa , tomándole la confesion por ante vn Escrivano , llamado Hernando Lopez , aquella misma noche le dió vista de los cargos para que se defendiessè, con termino de media hora , atribuyendole por delitos lo que la

estimacion comun (y con razon) le celebraba por meritos , pues le acriminò como culpas los singulares servicios hechos en las repetidas entradas à la conquista de Caracas ; y sin aguardar à mas, passada la media hora lo sentenciò à muerte de horca , mandando , que para el suplicio lo sacasen arrastrando à la cola de vn cavallo.

Aborto quedò Faxardo al oir la notificacion de sentencia tan iniqua , pues ni pudo obrar mayor violencia el rigor , ni discurrir mas horrible sinrazon la tyrania ; y viendo que ni se le admitia la apelacion que interpuso , ni hallaba recurso humano para remedio de semejante injusticia , tratò de buscar forma para avisar à sus Soldados , que avia dexado en Bordones , pues no le quedaba otra esperança , que recurrir à las armas , para librarle con la fuerza de aquel atropellamiento , que usaba con èl la alevosia ; pero recelando Cobos lo mismo que imaginaba Faxardo , acelerò la execucion de la sentencia , y antes que se supiessè en el Pueblo lo que tenia forjado su maldad, mandò le diessen garrote en el mismo cepo, que le servia de prision ; y como Faxardo se defendiessè con las manos , sin consentir que llegasen à ponerle los cordeles , pudo tanto en Cobos la passion , vnida con la crueldad , que levantandose furioso de vna silla en que estaba sentado, dixo : Es possible que para

para matar vna gallina hemos de tener tanto en que entender y cogiendo el mismo con sus manos vna foga le hizo vn lazo corredizo, y como si enlazàra algun toro se lo hechò desde lexos vna, y otra vez, hasta que haciendo presa en la garganta lo sujetò contra el suelo, para que llegando los demás lo acabassen de matar, dándole con vna tabla en la cabeza, hasta hacerfela pedazos; y no satisfecho aúntodavía el rencor de Cobos con accion tan inhumana, por dár mas complacencia à su vengança hizo sacar por la mañana el cadaver arrastrando à la cola de vn cavallo, y colgarlo en la horca por los pies: espectáculo, que dexò atonita la gente de Cumana, y abominando todos à vna voz la maldad execrable de aquel hombre, en cuya comparacion, què tigre no fue piadoso: y què fiera no fue humana!

Asi terminò los lances de su fortuna el Capitan Francisco Faxardo, en quien compitieron à porfia el valor, y la desgracia: sus pensamientos elevados, con ser vn pobre mestizo desvalido, y sin caudal, (si bien de nacimiento noble) fueron bastantes à insertarlo en el numero de los Conquistadores de las Indias, pues llevado de la generosidad de su espíritu emprendiò solo, y sin medios vna materia tan ardua como la Conquista de los Caracas, que consiguiò con industria, y mantuvo con teson, atropellan-

do con valor, y tolerando con sufrimiento las dificultades, y contratiempos, que le dispuso contraria la fortuna, hasta llegar à merecer por lo heroyco de sus hechos, que la Magestad de el Rey Phelipe Segundo le honrasse con titulo de Don, (circunstancia tan apreciable en aquel tiempo, como abatida en el nuestro) y con el Gobierno perpetuo de todo lo que poblasse: mercedes de que no pudo gozar por aver llegado los despachos despues de sucedida la lamentable tragedia de su muerte, la qual sabida por sus Soldados en Bordenes, aunque à los principios, movidos con el fervor del senimiento, intentaron passar à Cumana para tomar satisfaccion con la vengança, como se hallaron sin Cabeza que los governasse, para disponer la execucion, divididos en diversos pareceres se les fue enfriando la colera de suerte, que desvnido el armamento cada vno tirò por su camino, sin atender à otra cosa, que à buscar cada qual su conveniencia.

Mas finos anduvieron con Faxardo los vecinos de la Margarita, (donde era en extremo amado por el natural agrado de su trato) pues luego que tuvieron la noticia de su infeliz desgracia, sintiendo por comun agravio de todos la injusta muerte del Payfano, deseando aplicar remedio à insolencia tan enorme, y que la maldad de Cobos no quedasse sin

castigo, capitaneados de Pedro de Viedma, Justicia Mayor de aquella Isla, atravesaron en Pyraguas con gran secreto à tierra firme, y entrando sin ser sentidos con el silencio de la noche en Cumana, prendieron à Alonso Cobos, y se lo llebaron à la Margarita, donde substanciada la causa, y comprovado el delito, por mandato de la Real Audiencia de Santo Domingo, (à quien remitieron los Autos) despues de arrastrado por las calles, murió ahorcado, y hecho quartos, para que quedasse exemplo del castigo donde estaba la memoria de su infame delito.

Deshecho el armamento de Faxardo con su muerte, y malograda la esperança que se tenia por aquel medio de que se bolviessse à restaurar lo perdido en la Provincia de Caracas, tratò el Governador Bernaldes de tomar con empeño, y por su propria persona su Conquista, por parecerle no convenia à su reputacion el que en su tiempo se dexasse desfamparado por descuido, lo que en el de sus antecessores se avia adquirido con trabajo; y prevenidos cien hombres, que fueron los que pudo juntar en todas las Ciudades del distrito, salió de el Tocuyo en compañía del Mariscal Gutierrez de la Peña, à quien por su militar experiencia nombrò por General, para que corriessse por su cuenta toda la disposicion de la jornada; mas como

estando presente el Governador era preciso que no obstante residiesse en el toda la autoridad, desde luego se empezò à reconocer el inconveniente de no poder el Mariscal disponer las cosas conforme le parecian convenir, porque el Governador, como poco practico, pretendia entablar la Conquista, con requerimientos, y protestas, à que no assentia el Mariscal, con el conocimiento de que la altivez con que se hallaban los Indios estaba ya en estado, que solo requeria valerse del rigor para domarla; de cuya contrariedad en los dictámenes pronosticaron todos el poco efecto que podian esperar de la jornada; à que se agregó, para que el baticinio falliesse verdadero, que llegados à las sabanas de Guaracarima hallaron toda la tierra puesta en armas, porque los Arbacos, y Meregotos, con la noticia que tuvieron de que el Governador en persona entraba con gente armada en sus Países, llamaron en su ayuda à los Indios Quiriquires, sus confinantes, y amigos; y subiendo estos por las orillas del Tuy hasta el rio de Tyquire, fueron tantos los Gandules que de vnas Naciones, y otras se juntaron, que ocupados todos los altos, y montañas, no se descubria parte en los contornos, que no la poblassen sus penachos, à cuya vista empezaron à acobardarse los nuestros; y aunque à persuasiones del Mariscal huvieron de empeñarse à

entrar por vn Valle angosto, que forma dos Serranias corriendo el Tuy por enmedio, (à quien llamaron entonces el Valle del miedo) solo sirvió para que reconociendo con mas claridad la oposicion que hallaban en los Indios, se aumentasse mas en todos el temor, de fuerte, que sin atreverse à passar mas adelante, determinaron, por parecer comun, retirarse à las sabanas de Guaracarima, y esperar alli à que se juntasse mas numero de gente, por ser muy poca la que llevaban para poder conseguir la Conquista que emprendian.

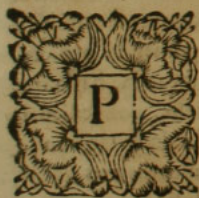
Executada, pues, la retirada, el Gobernador con el desco de hazer quanto antes la recluta para reforçar su Campo, acompañado del Mariscal se bolvió para el Tocuyo, dexando el resto de los Soldados en Guaracarima à cargo de Francisco de Madrid, à quien nombrò por Cabo superior, para que los gobernasse mientras duraba su ausencia; pero aunque el Mariscal por su parte, y el Gobernador por la suya, passando personalmente à todas las Ciudades de la Provincia, aplicaron

quanta sollicitud pudo discurrir la diligencia mas exacta, avia cobrado tan mal credito la Conquista de Caracas con el continuado curso de sus desgracias, que no pudieron hallar hombre que quisiessse exponerse al riesgo de padecerlas; y como por esta causa se dilatasse el socorro mas de lo que avia prometido la esperança, hallandose Francisco de Madrid bastante-mente apretado con los repetidos acometimientos de los Indios, y con las desconfianças que padecia su gente, se viò obligado à dexas en su lugar à Antonio Rodriguez Galan, y passar personalmente al Tocuyo à reconocer el estado que tenian las disposiciones del Gobernador para proseguir en la Conquista; pero desengañado en breve con la mala forma que hallò en todo, se bolvió à Guaracarima con orden de el Gobernador, para que se retirassen los Soldados, poniendo por entonces fin à la jornada, hasta que el tiempo diessse conveniencia para poderla intentar con fundamentos mas solidos.



LIBRO QUINTO
DE LA CONQUISTA , Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA.
CAPITULO PRIMERO.

GOBIERNA LA PROVINCIA DON PEDRO PONCE de Leon : determina executar la Conquista de Caracas , y nombra por General de ella à Diego de Losada : sale este de el Tocuyo , y llega con su Exercito al Valle de Mariara.



PASSADO poco mas de vn año despues que el Governador Pablo Bernaldes se retirò al Valle de Guaracarima con su Exercito acobardado , estando en el Tocuyo à fines del año de sesenta y cinco determinò bolver à hazer segunda entrada à la Provincia de Caracas, por ver si hallaba con mas favorable semblante à la fortuna , y publicada la jornada, nombrò por General de ella à Diego de Losada,

vecino del Tocuyo, persona en quien concurrían , además de la nobleza heredada, las prendas de valor , y experiencia adquirida en las muchas funciones militares en que se avia hallado , así siendo Maestre de Campo del Governador Cedeño, como asistiendo por Cabo principal en diferentes Conquistas , manifestando en todas ocasiones los valerosos alientos de su noble espíritu , como hemos referido en diferentes partes de esta Historia ; y aunque como prudente procurò excusarse con el motivo de su poca salud , recelando la contin-

gencia à que exponia su opinion, empenando el credito donde avian perdido la vida. Capitanes tan experimentados como Juan Rodriguez, Luis de Narbaez, y Diego Garcia de Paredes; el Governador conociendo que en la eleccion de tal Caudillo llevaba afiançados los aciertos de su buen deseo, le obligò con ofertas, y agasajos à que aceptando el nombramiento, tomasse por su cuenta el desempeño.

A este tiempo llegò de España por Governador de la Provincia Don Pedro Ponce de Leon, Rama Ilustre de la Casa de Arcos, Cavallero de mucha experiencia, y gran talento, que avia sido Alcayde de Conil, y de las Almadranas, y se avia exercitado en otros empleos correspondientes à su noble sangre; traia Don Pedro apretados ordenes del Rey, para que con todo esfuerço procurasse conquistar la Provincia de Caracas, y hallandose por su antecessor corridas ya las primeras lineas à este intento, confirmò el nombramiento de General à Diego de Losada, dandole nuevos poderes para poblar, y repartir Encomiendas; y para empenarlo mas, con la confianza que hacia de su persona, le entregò, para que militassen debaxo de su mano tres hijos que traia consigo, llamados Don Francisco, Don Rodrigo, y Don Pedro; à cuya demostracion, como el exemplo del Superior es el impulso

mas eficaz para los subditos, ocurrieron de toda la Provincia los vecinos mas principales à alistarse por Soldados.

Hallabase en la ocasion en el Tocuyo el Capitan Juan de Salas, vecino de la Margarita, è intimo amigo de Losada, y viendolo empenado en empresa de tanta reputacion, se ofreciò à acompañarlo en la jornada, dando primero buelta à aquella Isla para traer consigo cien Indios Guayqueries, de los que avian entrado con Faxardo, considerando, que como practicos de la Provincia podrian servir de mucho à sus designios para facilitar del todo sus intentos; y quedando acordado entre los dos el tiempo en que se avian de juntar en la Borburata, se partiò à poner por obra su promessa, dexando à Losada muy gozoso, por la felicidad que prometian tan favorables principios.

Todo el año de sesenta y seis gastò Losada en buscar armas, solicitar pertrechos, y proveerse de las demás municiones necessarias para el mejor apresto de su Exercito; y à principios de Enero de el de sesenta y siete saliò del Tocuyo con su gente, y recogiendo de camino la que renia prevenida en Barquisimeto, passò à la Villa Rica, que despues se llamò Ciudad de Nirgua, donde con toros, cañas, torneos, y otros regocijos Militares, celebrò con los Cavalleros de su Campo el dia

veinte de Enero la Fiesta de San Sebastian, escogiendolo por Patron, y Abogado contra el mortifero veneno de las flechas: accidente de que tomò principio la costumbre que oy observa la Ciudad de Caracas de celebrar todos los años en su Cathedral la Fiesta de este Glorioso Martyr, manteniendo (aunque con tibieza) las memorias de el beneficio en los cortos obsequios que tributa à su culto.

Fenecidos los entretenimientos de la celebridad referida, despachò Lofada su Campo à cargo de Francisco Maldonado, à quien nombrò por Caudillo, con orden de que marchasse con el hasta Valencia, y que en el Valle de Guacara le esperasse, mientras el, acompañado de Pedro Alonso Galeas, y Francisco Infante, passaba à la Borburata en busca de Juan de Salas, por ser ya cumplido el termino en que avia quedado de venir con los cien Indios Guayqueries à incorporarse con el; pero no hallandolo en el Puerto, ni noticia alguna de su arribo, (aunque lo estuvo esperando quinze dias) determinò dár la buelta en demanda de su gente, que cuidadosa de su tardança avia passado hasta el Valle de Mariara, donde por disponer la prevencion de algunos sayos de armas, y otras cosas de que necesitaba, se detuvo ocho dias, en los quales passò muestra à su Exercito, y hallò constaba de

ciento y cinquenta hombres, los veinte de à cavallo, de quienes era Capitan Don Francisco Ponçe, hijo del Governador; cinquenta Arcabuzeros, y ochenta Rodeleros, todos bien apercebidos de las armas necessarias; ochocientas personas de servicio, docientas bestias de carga, porcion de ganado de cerda, y quatro mil carneros, de los quales diò los mil y quinientos à su costa Alonso Diaz Moreno, Théniente de Governador, que entonces era de la Ciudad de Valencia.

Gozoso quedò Lofada al ver la buena prevencion con que se hallaba para la execucion de su Conquista; y considerando que el aguardar à Juan de Salas era malograr la oportunidad que le ofrecia el tiempo favorable, levantò el Campo, dando principio à su marcha; y mientras la và siguiendo me parece no serà desagradable, ni fuera de proposito el refetir los nombres de los ciento y cinquenta compañeros, que le asistieron para lograr su empresa, siquiera porque sus descendientes deban à la solitud de vn extraño, lo que por tantos años ha tenido (sin razon) olvidado su descuido.

Fueron, pues, los Conquistadores que entraron con Lofada los siguientes: Don Francisco, Don Rodrigo, y Don Pedro Ponçe, hijos del Governador; Gonzalo Ossorio, sobrino de Lofada;

Gabriel de Avila, Alferez Mayor del Campo; Francisco Maldonado de Almendariz, natural del Reyno de Navarra; Francisco Infante, natural de Toledo, Sebastian Diaz, de San Lucar de Barrameda, Diego de Paradas, del Almendralejo, Agustin de Ancona, Vassallo de la Iglesia, natural de la Marca, Pedro Alonso Galeas, de el Almendralejo, Francisco Gudiél, de la Villa de Santa Olaya, en el Arçobispado de Toledo, Alonso Andrea de Ledesma, Thomè de Ledesma, su hermano, Francisco de Madrid, natural de Villa-Castin, Bartholomè de Almao, Sancho de el Villar, Christobal Gomez, Miguel de Santa Cruz, Juan de Gamez, Martin Fernandez de Antequera, Marcos Gomez de Cascajales, Christobal Cobos, hijo de Alonso Cobos el que matò à Faxardo, Diego de Montes, natural de Madrid, Francisco Sanchez de Cordova, Martin de Gamez, Pedro de Montemayor, Don Julian de Mendoza, Miguèl Diaz, natural de Ronda, Andrès Perez, Rodrigo del Rio, Rodrigo Alonso, Francisco Ruiz, Pedro Rafael, Juan Gallegos, Pedro Cabrera, Christobal Gil, Alonso Ortiz, Escribano del Exercito, Alonso de Salcedo, Juan Alvarez, Vicente Diaz, Pedro Matheos, Antonio Rodriguez, Francisco Roman Coscorrilla, Martin Alfonso, Alòso de Leon, Alonso Ruiz Ballejo, natural de Coro, Melchor Galle-

go, Juan Cataño, Gonçalo Rodriguez, Bartholomè Rodriguez, Christobal de Lofada, natural de Lugo, Francisco de Vides, Estevan Martin, Diego de Antillano, Pedro Garcia Camacho, Domingo Balthasar, Gonçalo Clavijo, Miguèl Fernandez, Baltasar Fernandez, su hermano, Gregorio Ruiz, Juan Serrano, Diego de Henares, Juan Ramos Barriga, Simon Giraldo, Lope de Benavides, Juan Fernandez de Leon, Alonso Gil, Juan de San Juan, Duarte de Acosta, Damian del Barrio, natural de Coro, Gaspar Thomàs, Andrès de San Juan, Juan Fernandez Truxillo, Pedro Garcia de Avila, Melchor Hernandez, Alonso de Valençuela, Domingo Giral, Pedro Serrata, Juan Garcia Casado, Juan Sanchez, Fernando de la Cerda, Pablo Bernaldes, Pedro Alvarez Franco, Antonio de Acosta, Juan Bautista Melgar, Sebastian Romo, Juan de Burgos, Francisco Marquez, Alonso Viñas, Andrès Hernandez, Francisco Agorreta, Antonio Perez Africano, natural de Oràn, Gaspar Pinto, Diego Mendez, Juan Catalàn, Alonso Quintano, Geronimo de Tovar, Juan Garcia Calado, Francisco Guerrero, Francisco Roman, Gonçalo Perez, Pedro Hernaldos, Andrès Gonçalez, Gregorio Gil, Francisco Rodriguez, Manuel Lopez, Francisco Perez, Francisco de Saucedo, Juan de Angulo, Francisco de Antequera, Antonio Perez

Rodriguez, Gregorio Rodriguez, Maesse Francisco Genovès, Francisco Tirado, Antonio Olias, Melchor de Lofada, Geronimo de la Párra, Juan de la Parra, su hermano, Justo de Cea, Pedro Maldonado, Abraham de Cea, Francisco de Neyra, Francisco Romero, Manuel Gomez, Geronimo de Ochoa, Bernavè Castaldo, Maesse Bernal Italiano, y Juan Suarez, à quien llamaban el Gaytero. Estos son los que de la confusion del olvido ha podido sacar à luz mi diligencia, sin que de los restantes aya dexado el tiempo, ni aun sombras de su memoria.

CAPITULO II.

ARRIBA A LA COSTA de Caracas vn Navio de España, y los Indios matan la gente que venia en él: prosigue Lofada su marcha, y llega al Sitio de Marquez.

AL tiempo que Lofada pasaba muestra à su Exercito en el Valle de Mariara navegaba por la Costa de Caracas vn Navio con quarenta hombres, que cargado de mercaderias iba de España para Cartagena, y seguido de los Corsarios Franceses, por asegurarse del peligro que le amenazaba diò en manos de la desdicha, que no prevenia, pues huyendo por no ser apesado, se acogió al Puerto de Guaycamacu-

to, donde engañados los pasajeros de la falsa amistad que es mostraron los Indios, saltaron en tierra, sin recelar la traycion que podia ocultar su disimulo: facilidad, que llorò en breve su desgracia, pues acometidos de repente por todas partes de las Esquadras, que tenia prevenidas la infidelidad de aquellos barbaros, perecieron todos à manos de su indiscreta confiança; y vfanos los Indios con el buen logro de su maldad, pasaron à aprovecharse del despojo por premio de su traycion, y sacando lo que pudieron de la carga, pusieron fuego al Navio, que convertido en cenizas acompañò la infaulta tragedia de sus dueños, quedando en poder de aquellos barbaros, entre algunas alhajas de precio que despues hallò Lofada, vnas Mitrás, vn Caliz, y otros Ornamentos Pontificales, que llevaban para el señor Don Fray Domingo de Santo Thomàs, Obispo que entonces era de la Provincia de Charcas.

En el Capitulo antecedente dexamos à Lofada, que levantando su Campo del Valle de Mariara caminaba en prosecucion de su conquista; y aviendo llegado en tres dias de marcha à la entrada del Valle del miedo, principio de la tierra que buscaba, hallandose yà à las puertas del peligro, previniendose como Christiano para las contingencias del riesgo, hizo confessar toda su gente con dos

dos Sacerdotes que llevaba en su compañía, llamados, el vno Blas de la Puente, y el otro Balthasar Garcia, Freyle del Orden de San Juan; y para que à las diligencias de Catholico acompañassen las disposiciones de Soldado, embiò con treinta hombres à Pedro Garcia Camacho, (vno de los tres, que como referimos en el Libro antecedente escaparon de la rota de Narbaez) para que procurando coger algunos Indios pudiesen tener noticia de la disposicion en que se hallaban, è informarse del estado, y fuerças de la Provincia; pero los tenia tan recatados la cautela, que sin que bastassen las diligencias que hizo para cumplir con el orden, diò la buelta al cabo de tres dias, sin aver podido lograr lo que deseaba.

Pero apenas avia llegado al Campo quando por todas partes se descubrieron diferentes Esquadras, que sin llegar à tiro, con su acostumbrada vocería desafiaban à los nuestros, haciendo desde lexos alarde de su fiereza: novedad, que obligò à Lofada à passar la noche con cuidado, fiando las Centinelas de los primeros Cabos de su Exercito; y el dia siguiente, tomando à su cuidado la Banguardia de su Esquadron en compañía de su Alferes Gabriel de Avila, y de Francisco Infante, encomendada la Retaguardia à Don Francisco Ponce, Pedro Alonso Galeas, y Diego de Paradás, empezò à subir la loma de

Terepayman, (que oy llaman Cuesta de las Cucuizas) llevando toda su gente con las armas en la mano, por el recato que pedia la inmediacion del Enemigo: prevencion, que fue bien necesaria, pues al llegar à vn arcabuco, que estaba en la mediania, resonaron por las montañas vecinas los caracoles, y fufutos con que los Indios provocaban al rompimiento, à cuyo estruendo alborotado el ganado de cerda, que traian los nuestros, con precipitada fuga echò à correr por el monte, causando algun desorden en la marcha las diligencias que hicieron para recogerlo; y valiendose los Indios de la ocasion de este accidente, con diluvio de flechas, que embarazaban el ayre, rompieron la batalla, travandose vn sangriento combate de ambas partes, hasta que reconociendo el daño que recibian de nuestros arcabuces, con el estrago de algunos muertos, y heridos, tocaron à recoger sus Esquadrone, dexando el passo libre, para que vencido el arcabuco, saliesse nuestro Campo à vnas sabanas limpias, que avia en lo alto de la loma, donde por ser yà tarde, y estàr la gente fatigada, determinò Lofada quedarle aquartelado, logrando la conveniencia de vna aguada, que se descubria en la ceja de vn montecillo, que salia de vna ladera.

Aquella noche, sin que lo supiera el General, salieron del alojamiento Francisco Maldona-

do, Pedro Garcia Camacho, Juan de Burgos, Francisco Marquez, y vn Negro, llamado Juan, Portuguès, con animo de coger vnas gallinas, y patos, que se alcançaban à ver en vnas casas, que se descubrian cerca del Real en vn Vallecito, que se formaba al pie de la montaña; avianlas puesto alli los Indios de cuidado, y emboscados aguardaban la ocasion de lograr el lance como lo avian discurrido; y llegados à las casas, Francisco Maldonado, para hacer espaldas à los compañeros, ocupò vn altillo, que dominaba el Valle, con vna escopeta en las manos, mientras los otros, ignorantes del engaño, que avian dispuesto la traycion se ocupaban en recoger las gallinas; pero los Indios viendo en las manos el logro que avia formado su ardid, salieron de la emboscada con acometimiento tan repentino, que antes que pudiesse tener lugar la resistencia cayò muerto Francisco Marquez, partida la cabeza al golpe de vna macana; y herido Burgos en el rostro, y atravesado de vna flecha por los lomos Pedro Garcia Camacho, tomaron à buen partido la fuga, por no perder todos la vida en la demanda, pues aunque Francisco Maldonado disparò sobre los Indios repetidas vezes su escopeta, solo sirviò de aviso para el socorro; porque ignorante Losada de lo que avia pasado, oyendo la repeticion de los tiros de escopeta ma-

dò à Francisco Infante, que con Estevan Martin, Francisco Sanchez de Cordova, Soldados de à cavallo, y otros diez hombres de à pie, fuesse à inquirir la causa de aquella novedad no imaginada, y encaminados à la parte donde sonaba el alboroto, llegaron à tiempo que pudieron hacer alto à los que huían para assegurar la retirada, è informados de que quedaba muerto Marquez, haciendo pundonor su bizarría de no dexar el cadaver en poder de aquellos barbaros, prosiguieron hasta el Valle; y renovando la pelea à costa de alguna sangre, con muerte del cavallo de Francisco Infante, consiguieron restaurar el cuerpo del compañero, para que la piedad de aquella accion dexasse acreditados para siempre los quilates de su valor, y puntos de su nobleza, pues echandose à cuestras, entraron con el triunfantes en el Real, donde le dieron sepultura, quedando eternizada la memoria de su nombre con el suceso de su desgracia, pues hasta hoy se llama aquel parage

el Sitio de Mar-

quez.

*** **

CAPITULO III.

*PROSIGUE LO SADA
con su marcha : desbarata en
batalla à Guaycaypuro , y llega
con su campo al Valle
de la Pascua.*

EL dia siguiente desalojó Losada de aquel puesto, y encomendando la Retaguardia à Diego de Paradas, dio orden à Pedro Alonso Galeas, para que con doce Infantes fuesse sobreabundante del Exercito, para ocurrir al socorro en la parte que maspidiesse el aprieto, y de esta suerte, aunque con algunos Indios à la vista, marchò, sin novedad que le embarazasse el passo, hasta que llegando al sitio, que fue teatro infeliz de la rota de Narbaez, (de cuya lamentable desgracia renovò sentimientos el dolor al ver por aquellos campos inséputos los huesos de los que le acompañaron en su fatalidad) los Indios, ò fiados en la conveniencia que les ofrecia la angostura del parage para acometer à lo seguro, ò animados con la esperança de que aviendo sido siempre infautos a quel lugar para los Españoles, debian de estàr en èl depositados sin duda sus estragos, atacaron la Retaguardia, pegando primero fuego à la sabana, para que entre los rigores del cuchillo, y las voracidades del incendio tuviesse la

muerte duplicados los instrumentos de que valerse para el aumento de sus triunfos, al tiempo que Losada empeñado con su gente en la estrechura, sin poder socorrer à los suyos, se vido en contingencias de perderse, pues combatido por todas partes de los horrores del fuego, y precipicios del sitio, no bolvia à parte la cara que no encontrasse vn peligro; pero Diego de Paradas, haciendo alto con los que le acompañaban, bolvió el rostro al Enemigo, y disparando sin cessar los arcabuces por espacio de dos horas, mantuvo firmemente el combate, resistiendo con valor el impetu de los barbaros, que entre las confusiones del humo repetian con ligereza las cargas de flecheria; teniendo lugar Losada con esta diversion para poder salir à campo abierto, y dár orden à Paradas para que procurasse retirarse con la mejor disposicion que permitiesse el empeño en que se hallaba: resolucion, que executò con la prudencia, y arte, que como à Maestro antiguo en la Milicia le tenia enseñada la experiencia, dexando antes armada vna emboscada en vn montecillo, que avia à mano izquierda del camino, por si los Indios profiguiesse à embarazarle la marcha: disposicion, que le salió acertada, pues empeñados en conseguir la victoria, que reputaban por cierta, viendo su retirada passaron adelante sin reparo; pe-
ro

ro al llegar al lugar que ocultaba la emboscada, (ò temerosos, ò advertidos) hicieron alto con recelo del daño que promeria, acercandose solos tres Gandules, que con gentil denuedo, caladas las flechas en los arcos, hicieron frente à la emboscada, apuntando al monte que la encubria: los nuestros entonces conociendo por las demostraciones de los Indios que yà estaban sentidos, por no perder la ocasion les salieron embistiendo con tal resolucion, que Alonso Ruiz Vallejo de vn revés le cortò el arco, flecha, y brazo à vno de ellos, que despues matò à esto cadás; y haciendo Juan de la Patra lo mismo con otro, que le tocò de parte, quedaron tan amedrentados los demás, que se fueron retirando, desfilando sus Esquadras por vna ladera abaxo.

Hallabase à la vista Juan Serrano, y batiendo los hijares à vn cavallo quatrálvo, abierro de frente, y de color castaño, muy attendado, y brioso, en que se hallaba montado, partiò trasellos, llevandose de encuentro al bote de la lança el primer barbaro que se puso por blanco de su enojo, aunque con tanto riesgo, que le valió para no precipitarse la gran destreza del ginete, y sujecion al freno del cavallo, pues llamandole la rienda al executar el golpe, como corria cuesta abaxo quedò balanuando el bruto entre el paràr, y el caer; pero ayudado de su aliento, haciendo firme

en los brazos quebrò la fuerça à la violencia con que corría despedido, dexando à su dueño libre de la fatiga, y del susto.

Retirados los Indios, Losada por dár alivio à su gente fatigada con los trabajos de aquel dia, huvio de quedarse aquella noche à la entrada de vnas montañuelas, que llaman las Lagunillas, aunque no pudo lograr el descanso que deseaba, por que los Indios, aprovechandose de la obscuridad, salieron de las quebradas donde se avian ocultado, y valiendose de vna ridicula estratagema, que les dictò su invencion, se vistieron de la misma paja de la sabana, y como esta, por ser Verano, estaba seca, y crecida, sin que pudieran ser vistos se llegaban hasta el mismo alojamiento, y disparaban sus flechas, con notable daño de la gente de servicio; que como mas desprevenida era la mas maltratada, hallandose por instantes, sin saber por donde, heridos, sin que pudiesse el discurso prevenir el origen de aquel daño, hasta que Diego de Henares, subiendose en vn arbol, y tendiendo la vista à todas partes con cuidado, huvio de descubrir la maxima al movimiento que traian aquellos bultos de paja, y calandole la cuerda al arcabuz, poniendo la punteria al vno de ellos, lo derribò muerto al golpe de la bala; de que escarmentados los demás tuvieron por mejor el retirarse, sin continuar la inventiva.

Avia Lofada hasta entonces hallado oposicion solo en los Indios Arbacos, que eran los que habitaban aquellas Serranías, porque la presteza con que executò su entrada no avia dado lugar à que se juntassen las demás Naciones que poblaban la Provincia para embarazarle el passo; pero llegado el dia de la Encarnacion à veinte y cinco de Março, (que cayò aquel año en Lunes Santo) al baxar al rio de San Pedro, jurisdiccion ya de los Indios Teques, se le ofreciò à la vista la mas hermosa perspectiva, que pudo tener Marte en sus campañas, pues coronados todos los contornos de vanderas, y penachos, se hallò con mas de diez mil Indios, acaudillados de el Cacique Guaycaypuro, que al batir de sus tambores, y resonar de sus fotutos le presentaban alixivos la batalla.

Hizo alto Lofada con su gente, considerando el riesgo en que se hallaba, para determinar con consulta de sus Cabos lo que debia executar; y como en semejantes accidentes repentinos suele el terror panico negar jurisdicciones al valor, no saltaron personas de las mas condecoradas del Exército, que poseidas del susto, y olvidadas de su nobleza, atropellando el pundonor votassen la retirada, ponderando las contingencias de perderse si se exponian à el lance de vna batalla con fuerzas tan desiguales; pero Lofada,

en cuyo corazon magnanimo jamàs hallò acogidas el temor, despreciando la desconfianza de los suyos, manifestò la resolucion en que se hallaba de abrirse el camino con la espada por las Esquadras Enemigas, queriendo mas aventurar la vida en brazos de la temeridad con nombre de atrojado, que afiançar la seguridad en la retirada con visos de cobarde, y asì, animando à los suyos, mas con el exemplo, que con palabras, se dispuso al combate; y hallando oportunidad para empezar la batalla, alçò la voz apellidando à Santiago, à cuyo nombre esforçados los ginetes, batiendo los hijares de los cavallos armados, rompieron por la Banguardia, donde los mas valientes Gandules, cubiertos de penachos, y pavesas ostentaban su constancia expuestos à la oposicion del primer choque; pero aunque intentaron resistir el impetu con que furiosos acometian los cavallos, se hallaron atropellados, quando se imaginaban invencibles, y olvidados de las armas para su defensa, solo se valieron de la confusion para la fuga.

Reta asì, y descompuesta la Banguardia, tuvieron ocasion oportuna los Infantes para emplear à su salvo los aceros en los desnudos cuerpos que por el campo rodaban; todo era estrago, sangre, y furor, no menos acrecentado de los ginetes, que vnidos

Batalla de
San Pedro

no perdonaban vida al terrible golpe de sus lanças; pero este impetu de los cavallos, que no pudieron resistir en la Banguardia donde peleaban los Teques, sostuvo tan valerosamente el Batallón de los Tarmas, y Mariches, animados de sus Cabos, que dió lugar para que las hileras descompuestas se pudiesen ordenar, descargando à vn mismo tiempo tanta multitud de flechas, dardos, y piedras, que cubrian el Cielo al dispararlas, y embarazaban la tierra al despedirlas.

Asi guerreaban valerosos los Españoles, y temerarios los Indios con dudoso Marte, quando Don Francisco Ponce, seguido de Pedro Alonso Galeas, Francisco Infante, Sebastian Diaz, Alonso Andrea, Francisco Sanchez de Cordova, Juan Serrano, Pedro Garcia Camacho, Juan de Gamiz, y Diego de Paradas, subiendo por la cuchilla de vna loma cogieron à los Indios las espaldas, y renovando con esta ventaja la batalla, se començò de nuevo la refriega con tanta obstinacion, y tal corage, que quanto mayores estragos executaba el furor en aquellos barbaros, con tanta mayor furia, y mas enojo se metian por las espadas, y lanças, sin temor de la muerte, que encontraban en los templados aceros; siendo tanta la lluvia de piedras, y flechas que disparaban, que nuestros Españoles rotos yà, y falseados los escudos, y atormen-

tados los brazos, y demàs partes del cuerpo con la repeticion de tanto golpe, con dificultad podian mantener el peso del combate, siendo tan patente el cansancio, y quebranto en que se hallaban, que lo manifestaba bien el desfaliento con que jugaban las armas; pero Losada encendido de aquella colera Española con que estaba enseñado à quedar siempre victorioso, buelto à los suyos los animaba, diciendo: Aora, valerosos Españoles, es el tiempo de conseguir los triunfos que nos ofrece la victoria que tenemos en las manos, vengando en estos barbaros la sangre de nuestra Nacion, vertida por ellos tantas veces, à cuyas voces bolviendo en sí de el desmayo en que se hallaban con el recuerdo de los agravios passados, sin acordarse de las fatigas presentes, intrèpidos renovaron la pelea, haciendo tal estrago en los contrarios, que solo se miraban por el campo arroyos de sangre en que nadaban los destrozados cadaveres.

Diòse por perdido Guaycaypuro al ver el daño lamentable de sus huestes; y temiendo la total ruina que amenazaba à sus Tropas tocò à recoger sus caracoles, y dexando el sitio sembrado de cuerpos, y de penachos, se retirò presuroso, assegurando las reliquias de su Exercito vencido. Señalaronse este dia en singulares hazañas el invencible Diego de Pa-

Paradas, que como amenazaba cerca la fatalidad de su ocaſo centellearon con mas brio las luces de ſu valor; Francisco de Vides, Martin Fernandez, Juan de la Parra, Pedro Alonſo Galeas, y Francisco Infante, quien ſe vido en terminos de perder la vida, porque tropezando el cavallo en lo mas ardiente de la batalla, cayò en vn hoyo, cogiendolo debaxo, donde huviera perecido à no ſocorrerlo Don Francisco Ponce, y Alonſo Viñas, que ſe hallaron inmediatos, ſacandolo del peligro, y ſin embargo quedò eſtropeado de vna pierna, de que padeciò despues por muchos dias.

Retirado Guaycaypuro con ſu Exercito deſhecho, no quiſo Loſada quedarſe en aquel parage, aunque lo neceſſitaba la fatiga, y canſancio de ſu gente, porque experimentado en la ventaja con que le acometian los Indios en aquellas Serranias deſcaba ſalir quanto antes à tierra llana, y aſi, marchando dos leguas mas adelante llegò à hacer alto al Pueblo del Cacique Macarao, en la parte donde juntandòſe el rio de San Pedro con el Guayre tiene principio, corriendo àzia el Poniente, el Valle de Juan Jorge, llamado aſi deſde que Faxardo en ſu primera entrada encomendò los Indios que lo habitaban à aquel cèlebre Varon, tan compañero ſuyo en las Conquiſtas, como lo fue en las deſgracias.

Hallavanſe los Indios de Macarao quando llegò Loſada con las ſementeras en flor, y temiendo no ſe las talaffen los Eſpañoles, no quiſieron auſentarſe de ſu Pueblo, tomando por mas acertado acuerdo valerſe del rendimiento para eſcuſarſe del daño; y como no ay entendimiento, por barbaro que ſea, à quien no enſeñe urbanidades la conveniencia propia, recibieron à nueſtra gente con quantas ſumiſiones pudo inventar el artificio: no ignoraba Loſada el fin à que tiraba aquella paz tan repentina, pero aprovechandòſe de la ocaſion que le ofrecia el proprio diſſimulo de los Indios, les diò à entender el guſto que tenia de que depueſtas las armas experimentaſſen las conveniencias, que traia conſigo ſu amidad, quando ſu entrada en la Provincia no era para hacer daño à quien no provocafſe ſu enojo con la guerra; y para prueba de ſu buena intencion no conſintió ſe les hicieſſe hoſtilidad alguna en ſus caſas, ni ſembrados, por vér ſi à fuerça de beneficios podia grangear amigos, domeſticando la barbara altivèz de aquella gente.

No quiſo Loſada gozar mas de aquella noche del hoſpedage de aquel Pueblo, y al amanecer del dia ſiguiente proſiguiò ſu marcha en demanda del Valle de San Francisco, donde llevaba pueſta la mira de poblarse; y aunque ſe hallaba diſtante de èl, ſolo

tres leguas siguiendo el rio abajo las corrientes del Guayre, no quiso llevar este camino por no exponerse al riesgo de las emboscadas que recelaba, por la conveniencia que para ellas ofrecian los cañaverales de sus márgenes; y así, cogiendo à mano derecha por los Pueblos del Cacique Cuatriquao, salió à vn Valle tan alegre como fértil, que bañado de las corrientes del rio Turmero, y abundante de bastimentos, le ofrecia acomodada conveniencia para passar en èl lo que restaba de la Semana Santa, y dias de Pascua, como lo executò; por cuya causa mantiene hasta oy el nombre de Valle de la Pascua, perdiendo el de Cortès, que tenia antes, por averlo encomendado Faxardo à Cortès Bicho, vn Portuguès, que le acompañò en todas las entradas de su fatal Conquista.

CAPITULO IV.

MATAN LOS INDIOS à Diego de Paradas; llega Lofada al Valle de San Francisco, procura escusar la guerra, buscando por todos medios la paz, pero no la consigue.

PASADOS los dias de Pascua sin que los Indios huviesen intentado acometimiento alguno, contentandose solo con la demostracion de andar en quadri-

llas por los cerros inmediatos al alojamiento, prorumpiendo en amenazas contra los nuestros, Miercoles tres de Abril del año de sesenta y siete levantò Lofada su Campo para passar al Valle de San Francisco, de donde se hallaba solo à distancia de vna legua, dexando orden primero à Diego de Paradas, para que con veinte y cinco hombres escogidos se emboscasse en vn cañaveral cercano al sitio donde avian estado aquartelados, por si pudiesse aver algunos Indios à las manos, para poder por este medio entablar paz con los Caciques, valiendose de los prisioneros para ajustar por su mano los tratados: accidente, que descaba Lofada con ahinco, por el conocimiento en que se hallaba de lo costosa que le avia de ser la guerra: para sujetar con ella multitud an indomable.

Emboscado Diego de Paradas, al cabo de vna hora que avria partido Lofada entraron por el cañaveral ochenta Indios de los Teques, sin que fuesen sentidos de los nuestros hasta llegar al mismo parage que ocultaba la emboscada, donde los Soldados por coger algunos de ellos, y los barbaros por defenderse, se travò vna refriega, que pudiera passar plaza de batalla, supliendo la desesperacion en los vnos, lo que aventajaba el arte Militar en los otros. Hallabase à la sazón Diego de Paradas algo apartado de su

su gente el monte adentro , obligado de vna evaquacion corporal , y oyendo el rumor de la pelea, llevado de aquel ardiente espíritu con que estaba acostumbrado à ser siempre el primero en los combates , montò à cavallo, echandose en los hombros el sayo de armas , sin que la priessa que le daba el deseo de socorrer à los suyos le permitiesse lugar para abrocharse el pecho : fatal descuido , que le costò la vida : pues calando la flecha à el arco vno de aquellos barbaros , disparò con tal destreza , que lo dexò herido de muerte , atravesandole el costado ; pero inflamados con la faeta los vltimos alientos de su brio, terciando la lança al brazo , y haciendo piernas al cavallo, acometiò furioso à su homicida, derrivandole muerto al primer golpe ; y aunque intentò proseguir en su vengança , postradas ya las fuerças con la mucha sangre que vertia , y oprimido de el dolor vehemente de la herida , se desmontò de el cavallo , sentandose en el suelo para coger con el descanso algun aliento, mientras los compañeros , bramando con el enojo , y sentimiento , convertidas en rayos las espadas , hacian pedazos aquellos cuerpos desnudos , sin darle por satisfechos los impulsos de su ira hasta passarlos todos à cuchillo , pues solo quedò libre de su saña vn mancebo de poco mas de veinte años , llamado Guayauta , à quien perdo-

naron la vida, pagados de su valor , porque despues de aver hecho maravillas en su defensa, quedando en singular batalla con Gonçalo Rodriguez, lo traxo tan apurado, que à no averlo socorrido los demás huviera muerto à sus manos , pues huyendole el cuerpo con destreza à las tretas de la espada, sin darle tiempo à que lo pudiesse herir, le soltó al arco tres flechas, que clavandose las en el rostro, con la sangre, y la fatiga lo tenian fuera de sí, mostrandose el Gandul tan arrebatado en su desesperacion, que aurocurriendo los demás Españoles à la defensa de Rodriguez, intentò hazerles rostro , manteniendo la tela contra todos, y con dificultad consiguieron el rendirlo, pues estimando en mas la libertad, que la vida, ciego con la colera, y enojo pedia que lo matassen ; y mantuvo despues tan firme el sentimiento de averse entregado vivo, que aunque Losada, aviendole hecho curar las heridas que sacò de la refriega (dandole algunos rescates de regalo) lo despidiò para que se bolviessse, no quiso en mas de vn año dexar la compañía de los nuestros, dando por motivo la verguença que tenia de parecer con vida delante de los suyos, quando sus compañeros avian tenido la gloria de perderla por la libertad, y por la Patria : indicio claro de su alto espíritu , digno por cierto de animar cuerpo mas noble.

Terminada la vengança con la mortandad executada, (en que no podemos negar tuvo mucha parte la crueldad) acudieron los compañeros à Diego de Paradas, que rendido à la violencia de la herida, y postrados los espíritus con la evacuacion de la sangre, se hallaba en los vltimos alientos de la vida, y aplicandole aquellos preservativos que pudo permitir la incomodidad de aquella urgencia, echandose lo acuestas entre todos, partieron con presteza en alcance de Lofada, à quien, ignorante del suceso, hallaron ya en el Valle de San Francisco, donde aunque intentò la Cirujia hazer ostentacion de los primeros de su arte, nada bastò para que al sexto dia dexasse de perder la vida, con sentimiento general de todos, y muy particular de Diego de Lofada, por aver sido antiguo compañero en sus fortunas: fue natural del Almendralejo en la Estremadura, Cavallero notorio por su sangre, y à quien debe esta Provincia gran parte de su conquista, pues obrando siempre con el valor correspondiente à su nobleza heredada, no hubo expedicion Militar en su tiempo à que no concurriese, mereciendo entre todos sus compañeros los aplausos de primero en qualquier lance; acompañò à Phelipe de Yrre en el descubrimiento de los Omeguas, siendo vno de los treinta y nueve Varones memorables que derrotaron el Exercito

numeroso de quinze mil Combatientes de aquella Nacion guerrera; y quando la fortuna podia ofrecer descanso à sus fatigas con el premio debido à sus hazañas, malogrò sus esperanças vn acaso, pues le previno la muerte su desgracia en los accidentes fatales de vn descuido.

Despues de aver Lofada descansado con su gente diez dias en el Valle de San Francisco, llevado de el dictamen que siempre tuvo de hazer las diligencias posibles para conseguir su Conquista por los suaves medios de la paz, antes de valerse de los rigores de la guerra, en que fue singular este cèlebre Caudillo, pues jamás desembaynò la espada, que no fuesse en los vltimos lances de el aprieto; despachò à Juan de Gamez con treinta hombres, para que corriendo el Valle abaxo procurasse aver algunos Indios à las manos, por cuyo medio pudiesse manifestar à los Caciques su deseo; y aviendo caminado como vna legua del alojamiento, llegò al Pueblo del Cacique Chacao, (Encomienda que fue despues de Francisco Maldonado) que hallò desamparado de todos sus vecinos, pero bien proveído de bastimentos; y mientras divertidos procuraban juntar quantos podian para conducirlos al Exercito, alcanzaron à ver por la sabana inmediata al Pueblo algunos Indios, è Indias, que preturosos se retiraban. buscando
abri-

abrigo à su temor en la profundidad de vna quebrada, y partiendo en su alcance (à costa de vna leve resistencia) consiguieron aprisionar algunos, y entre ellos al mismo principal Chacao: ocasion en que manifestó la experiencia aver la naturaleza criado tambien Hercules en la America, en quienes obrando desde la cuna los impulsos de el valor, como calidad intrínseca del alma, tuvieron por juguetes de la niñez acciones, que en hombres muy esforçados se atribuyeran à efectos de vna temeridad arrojada.

Hallabase à corta distancia de la quebrada vn Indiecillo de ocho à nueve años de edad, y viendo que entre las personas que aprisionaban padecia los ultrajes de cautiva vna hermanita suya, impelido del amor, ò arrebatado del brio, poniendo primero en salvo otro hermanillo pequeño, que tenia en los brazos, armandose de arco, y flechas, salió al encuentro à los nuestros, pareciendole bastaba el ardimiento que le influia el corazon para poner en libertad à la inocente hermana, y con gentil denuedo, y resolución imponderable, con la voz, y con las obras manifestaba su enojo, pues prorrumpiendo en oprobrios, que le dictò el sentimiento, y echando mano à las armas, disparò todas las flechas que embarazaban la aljava, hiriendo (aunque levemente) dos

Soldados; Juan de Gamez, admirado de operacion tan agena de la edad de aquel muchacho, mandò que no le tirassen, desearon averlo à las manos sin que recibiesse daño; y porque no se escapasse, valiendose de la fuga, cercandolo por todas partes, diò orden à sus Soldados, que lo cogiesen en brazos; pero el rapaz, ageno de turbacion, y ostentando los espíritus que avia entendido su colera, aun intentò defenderse, valiendose de el arco que le quedaba en las manos, hasta que rendido con el cansancio se confesò vencido; mas por la fatiga que le asistia, que por el valor que le faltaba.

Buelto Juan de Gamez al Real con el Cacique Chacao, y demás prisioneros que avia cogido en su entrada, informado Losada de las acciones del muchacho, aficionado à su aliento, despues de averlo agasajado con caricias, y regalado con dadas, procurò reducirlo à que se quedasse en su compañía, pero nunca quiso el Indiecillo assentir à tal propuesta, instando siempre por la libertad de la hermana para bolverse à su Pueblo; y como el animo de Losada era executar la pacificacion de la Provincia, reduciendola al yugo del vassallaje por los medios de amistad, sin que los Indios experimentassen violencia en los modos de su trato, pareciendole buena ocasion la presente, para que conociesen que

que sus obras convenian con sus palabras, y con el deseo de que perdiendo el miedo al rigor que temian, se aficionassen del agrado que no esperaban, no solo dió libertad al Indiecillo, entregandole la hermana, pero regalando al Cacique Chacao, y dandole toda la gente prisionera de su Pueblo, lo despidió magnanimo, pidiendole solo en recompensa de su libertad la correspondencia firme de una amistad verdadera, à que prometió el barbaro assistir con la lealtad que es propia de un animo agradecido; pero como Infiel, solo mantuvo la memoria del beneficio mientras la necesitó fingir su disimulo para restaurar la libertad perdida, pues apenas salió del alojamiento de Lofada quando, para manifestar la traycion que ocultaba en su alevoso pecho, flechó quantos cavallos encontró desmandados en el campo, y continuando con mayor demostracion su rebeldia, desamparó su Poblacion, retirandose con todos sus vassallos à las Serranias mas inmediatas, desde donde al mas minimo descuido de los nuestros, lograba la ocasion su alebrosia, pues no se apartaba de el alojamiento persona de servicio, ò Indio amigo, que no perdiessse la vida al tiro

de su traycion.

CAPITULO V.

ENTRA LOSADA A LA Provincia de los Mariches, y antes de sujetarla dà la buelta al Valle de San Francisco à socorrer à los suyos.

DEfengañado Lofada de lo poco que aprovechaban los medios pacíficos de que se avia valido para sujetar la Provincia, determinó proseguir en su Conquista por el camino inescusable de la guerra, y para ello, dexando el resto de su Campo à cargo de Francisco Maldonado, con solos ochenta hombres salió en busca de los Mariches, à confirmaba esta Nacion con el Valle de San Francisco, por la parte del Oriente, ocupando diez leguas de tierras altas, y dobladas, de un temperamento templado, numerosa entonces, y dividida en diferentes Pueblos que habitaba, y oy tan totalmente destruida, que solo ha quedado el nombre que mantiene la Provincia, para que en las cenizas de su ruina acuerde à la memoria lo que fue.

Partido Lofada con sus ochenta hombres, aviendo caminado tres leguas el Valle abajo, llegó al primer Pueblo de la Nacion que buscaba; pero noticiosos los Indios anticipadamente

de

de su entrada, lo avian desamparado, dexando en el sola vn vieja, que por invtil, ò impedida no pudo seguir la retirada: accidente, que diò nombre à aquel País, pues por la leve circunstancia de este caso se llama hasta oy la Quebrada de la Vieja el sitio donde estuvo el Pueblo, que despues Christobal Gil, siendo su Encomendero, mudò à la rinconada de Petare, donde al presente se conserva.

Luego que los Indios desde la Serrania donde se avian acogido alcançaron à ver à nuestra gente apoderada de sus casas, con aquella voceria, hija de su barbaridad, con que suelen desfogar los ardimientos de su colera, empezaron à prorrumpir en amenazas, y oprobrios contra los nuestros; y mostrando desde lo alto vnas camissas blancas, les decian, adonde vais miserables? bolveos, bolveos, que los Indios Taramaynas han muerto à vuestros compañeros, que dexasteis en el Valle, veis aqui sus camissas, que nos las embiaron de regalo, para que hagamos lo proprio con vosotros, y si no os vais de nuestro Pueblo, morireis à nuestras manos.

Era Losada Soldado antiguo de la Milicia Indiana, y como tal muy practico en todas las cautelas de los Indios, y asì, sin hazer caso de la noticia que le daban, profiguiò su entrada à lo interior de la Provincia, dexando parte de sus

Soldados escondidos dentro de las mismas casas, para que al bolver los Indios à su Pueblo les hiciessen perder el orgullo que tenian, castigando con rigor su atrevimiento: disposicion, que se logrò al instante, pues apenas huvò salido Losada quando baxaron al Pueblo diez Gandules, que cogidos de repente en la emboscada, aunque intentaron defenderse con valentia, perdieron todos la vida con temeridad; y dexando palpitando entre su sangre los miserables cadaveres, pareciendoles bastante demostracion para el escarmiento de los otros lo que dexaban obrado, profiguieron en alcance de Losada, à quien encontraron breve, por la gran fatiga con que caminaba, pues hallando cerradas las veredas con hueslos, maderos, y cortaduras, que avia dispuesto la industria de los Indios para embazarar la entrada, no daba passo en que no hallasse vn estorvo, ò no encontrasse vn peligro: causa, para que en la corta distancia de quatro leguas consumiesse el tiempo de tres dias, que tardò en llegar à dar vista al Pueblo de el Cacique Aricabacuto, fundado de la otra vanda de vna quebrada muy honda, que se ofrecia por delante, guarnecida de dos peñones altos, y peynados, en que como lugar mas acomodado para la ofensa se avià fortalecido el Cacique con mil Indios de los mas valientes, y esforçados que cono-

CAPITULO VI.

*EMBIÁ LOSADA A
Don Rodrigo Ponce à buscar
bastimentos à los Tarmas:
vence la batalla de la
Quebrada, y se
retira.*

Aunque con la retirada de los Indios gozaron nuestros Españoles de algun alivio, descanzando de la molesta fatiga de las armas, se hallaban bien afligidos por experimentarfe cada dia mas rigorosa la falta de bastimentos, à causa de aver los Indios talado todas las sementeras inmediatas, para hacer mas cruel la guerra con la hostilidad de la hambre; y siendo preciso ocurrir al remedio de necesidad tan urgente, embiò Losada à Don Rodrigo Ponce con quarenta Soldados de à pie, quatro hombres de à cavallo, y bastante numero de Indios de servicio, para que corriendo las Poblaciones de los Tarmas, y Taramaynas, (que habitaban à la parte del Poniente en las Serranias que corren sobre el Mar) juntasse los bastimentos posibles para socorro de el Campo.

Partido Don Rodrigo con su gente, llegó à la mediania de vna loma, de donde descubrió en las vegas que formaba vna quebrada algunas sementeras, que

abundantes de maiz, yuca, y otras raizes, le ofrecian con facilidad, lo que buscaba con ansia, y logrando ocasion tan oportuna, diò orden à sus Soldados, para que baxando à la quebrada recogiesen con presteza, lo que solicitaban con ahinco, quedandose el con los quatro de à cavallo en vn alto de la loma à guardarles las espaldas, à tiempo que por la ladera de vna cuchilla salieron cinco Gandules, que coronados de penachos, y embarnizados de vija, armados de arcos, y flechas, con bizarra resolucion provocaron à combate à los cinco de à cavallo.

Estaba entre los Gandules vno, que llamaban Carapayca, Taramayna de Nacion, y teniendo este por desayre de su valor el pelear con la ventaja q le daba la ladera, dõde no podian llegar los ginetes, por ser el sitio arriesgado al manejo de los cavallos, despreciando su seguridad por manifestar su valencia, salió à lo raso de la loma haciendo cara à los cinco; y vista por Don Rodrigo su arrogancia, hizo piernas al cavallo para atravesarlo con la lança, à cuya demostracion el Carapayca, echando atrás el pie derecho, y calando al arco vna flecha, disparò con tal violencia, que la clavò en la celada, à tiempo que executando el golpe Don Rodrigo, le pasó la muñeca del brazo izquierdo, metiendole la cuchilla por dentro de las dos canillas: pe-

to el barbaro encendido de furor, y bramando de coraje, echando mano à la lança tirò de ella con tal furia, que aunque Don Rodrigo aplicò todo su esfuèrço à defenderla, viendo que el Carapayca se lo llevaba tras si, sacandolo de la silla, tuvo por mejor partido el ceder à la violencia, dexandose en las manos; de que vanaglorioso el gentil quedò haciendo ostentacion de su victoria, enarbolando la lança como despojo del triunfo.

Entre tanto no tenian poco que hazer los compañeros, pues acosados por todas partes de mas de trecientos Gandules (que ocupando las cuchillas de la loma avian ocurrido à la refriega) eran tan repetidas las cargas de flecheria, que viendose en parte donde no podian valerse de los cavallos, por lo deslizable que eran las laderas, tomaron por acuerdo el retirarse al abrigo de los Infantes, que se hallaban en las vegas de la quebrada cogiendo los bastimentos, y juntos en vn cuerpo, porque los Indios no se gloriaffen vfanos con la altivèz de aver quitado la lança à Don Rodrigo, y quedar dueños de el Campo, bolvieron à subir la loma arriba à restaurar algo de la opinion perdida; pero el Carapayca, que como Caudillo capitaneaba las barbaras Esquadràs, astuto, y cauteloso, sin aguardar el combate desamparò la loma, fingiendo retirarse acobardado; de que

fatisfechos los nuestros, sin proseguir en su alcance, engañados con la maxima comun de hazer la puente de plata al enemigo que huye, dieron la buelta à la quebrada, y asegurando los bastimentos recogidos, tomaron la marcha para el Valle de San Francisco, gozofos con el socorro que llevaban para alivio de la necesidad que padecian; mas como la retirada de Carapayca avia sido operacion nacida de militar estratagemas, y no efecto producido de cobardia, aumentando de mas Tropas, que por instantes le llegaban de refresco, como practico del País, y acostumbrado à pisar las malezas de aquel sitio, tomando por sendero vna ladera, se descolgò à la quebrada, sin ser visto de los nuestros, hasta que aviendoles cogido las espaldas, atacò de repente la batalla, poniendo en confusion la Retaguardia.

Don Rodrigo viendose acometer quando menos lo esperaba, hizo alto con su gente, bolviendo la cara al enemigo; pero este, sagaz, y prevenido, apenas diò la primer carga de flecheria quando dividiendo en Mangas su Esquadron, ocupò por todas partes la quebrada, y faldas de la loma, para que con la diversion fuesse mas formidable el encuentro que intentaba, lograndolo à la sombra de la confusion que pretendia: disposicion, que obligò à los nuestros à que divididos

Batalla de
la Quebrada,

en Esquadras tambien peleassen separados , para oponerse à la multitud que los acometia , trayendo de esta suerte en diferentes partes la batalla.

Hallavase Francisco Infante , con otros dos de à cavallo , guardando las espaldas à los Soldados de à pie , y descubriendo cerca vna quadrilla de Indios , que baxaba de refresco , seguido de los que le acompañaban los acometió resuelto , haciendolos retirar la loma arriba ; pero siguiendo el alcance , divertido con el ardor de la pelea , sin ver por donde iba , quando bolvió en sí se hallò atacado entre vnas altas barrancas , que agenas de humana huella , negaban el passo à la salida , al tiempo que acobardados algunos de los Soldados , no pudiendo sostener el impetu de los barbaros , ni la multitud de las flechas que disparaban , empezaron à retirarse temerosos àzia la parte donde se hallaba Francisco Infante , acogido por no poder salir à socorrer à los suyos ; y viendo entre los que huían à Alonso Ruiz Vallejo , (que despues fue vecino Encomendero de Barquisimeto) hijo natural del Contador Diego Ruiz Vallejo , avido en vna India de las Cayquetias de Coro , arrebatado de colera le dixo : Hà Indio ! como huyes , infamando la sangre de tu padre ? Si eres hijo de Diego Ruiz Vallejo , no heredas de él el ser cobarde.

Es muy poderoso el pundo-

nor en quien tiene buena sangre , y asì , oyendose injuriar Alonso Ruiz , inflamado el corazon al recuerdo de las obligaciones de el padre , bolvió en sí de aquel temor que violentaba su espiritu , y embrazando la rodela , y echando mano à la espada , determinado à morir para soldar su opinion , baxaba ciego de enojo en busca de los contrarios ; quando encontrando en la loma à Carapayca , que con la lança de Don Rodrigo en las manos andaba infundiendo aliento à sus Esquadras , pareciéndole buena ocasion para lavar con su sangre la mancha de su descredito , sin esperar à valerse de la espada , por desahogar quanto antes el incendio que le atormentaba el pecho , se abrazò con él para quitarle la lança , y luchando el barbaro por defenderla , asydo el vno del otro se precipitaron juntos por vna barranca abaxo , hasta caer à la quebrada , donde ocurriendo otros veinte Indios à ayudar à Carapayca , sin perder el aliento Alonso Ruiz , aunque atormentado de la calda , se defendia valeroso ; pero hecha yà pedazos la rodela à los golpes de las macanas , y hallandose con tres heridas penetrantes , huviera desmayado en el combate à no ser socorrido de dos Indios amigos , llamado el vno Juan , criado de Diego de Montes , y el otro Diego , Cayquetio de Nacion , (que avian venido desde Barquisimeto con los nuestros) que es-

grimiendo el vno vn estoque, y jugando el otro vna lanca, se portaron con tal brio, que dexando muertos ocho de los contrarios, hicieron retirar à los demás, sacando de el aprieto à Alonso Ruiz, en ocasion, que desamparado el Campo de los barbaros por todas partes, se cantaba por nuestra la victoria, teniendo lugar con este buen suceso para dar la buelta al Valle de San Francisco, llevando los bastimentos, que tanto afan les costaron.

CAPITULO VII.

FUNDA LOSADA LA Ciudad de Caracas, y dase cuenta de el estado à que ha llegado su crecimiento.

Aunque Losada avia estado siempre en animo de no poblar hasta tener pacificada la Provincia, conociendo, por la obstinacion que experimentaba en los Indios, lo dilatada que iba su Conquista para poder con mas comodidad, y conveniencia conseguirla, y tener en qualquier adverso accidente segura la retirada, se resolvió à fundar vna Ciudad en el Valle de San Francisco, à quien intitulò, Santiago de Leon de Caracas, para que en las clausulas de este nombre quedasse la memoria de el suyo, el de el Gobernador, y la Provincia;

y hechas las diligencias que en semejantes actos se acostumbra, señalado sitio para la Iglesia, y repartidos solares à los vecinos, nombrò por Regidores à Lope de Benavides, Bartholomè de Almas, Martin Fernandez de Antequera, y Sancho de el Villar, que juntos en Cabildo, eligieron por primeros Alcaldes à Gonçalo de Ossorio, sobrino de Losada, y à Francisco Infante.

El dia en que Losada executò esta funcion es tan ignorado en lo presente, que no han bastado mis diligencias para averiguarlo con certeza, pues ni ay persona anciana que lo sepa, ni Archivo antiguo que lo diga; y quando pensè hallar en los Libros de Cabildo expressa con claridad esta circunstancia, aviendolos reconocido con cuidado los encontrè tan diminutos, y saltos de las noticias de aquellos primeros años, que los papeles mas antiguos que contienen son del tiempo que governò Don Juan Pimentel: descuido ponderable, y omision singular en fundacion tan moderna! El Maestro Gil Gonçalez (discurso que governandose por el titulo de la Ciudad) asegura fue su fundacion dia de Santiago; pero no dudo erraria el dia quien con tanta claridad errò en el año, pues pone esta fundacion hecha el de quinientos y treinta: cosa tan irregular, y sin fundamento, que dudo el que pudo tener Autor tan

Text
Eclat

clasico para escribir tal despropósito; y así, dexando esta circunstancia en la incertidumbre que hasta aquí, pues no ay instrumento que la aclare, passaremos à dar noticia de el estado à que ha llegado esta Ciudad de Caracas.

En vn hermoso Valle, tan fertil como alegre, y tan ameno como deleytable, que de Poniente à Oriente se dilata por quatro leguas de longitud, y pocas de media de latitud, en diez grados y medio de altura Septentrional, al pie de vnas altas Sierras, que con distancia de cinco leguas la dividen de el Mar en el recinto que forman quatro rios, que porque no le faltasse circunstancia para acreditarla Paraíso, la cercan por todas partes, sin padecer sustos de que la aneguen. Tiene su situacion la Ciudad de Caracas en vn temperamento tan de el Cielo, que sin competencia es el mejor de quantos tiene la America, pues además de ser muy saludable, parece que lo escogió la Primavera para su habitacion continua, pues en igual templança todo el año, ni el frio molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos de el Estio fatigan, ni los rigores de el Invierno afligen: sus aguas son muchas, claras, y delgadas, pues los quatro rios que la rodean, à competencia la ofrecen sus cristales, brindando al apetito en su regalo, pues sin reconocer violencias de el Verano, en el mayor rigor de la Canicula mantienen su frescu-

ra, passando en el Diciembre à mas que frias: sus calles son anchas, largas, y derechas, con salida, y correspondencia en igual proporcion à todas partes; y como estan pendientes, y empedradas, ni mantienen polvo, ni consienten lodos: sus edificios los mas son baxos, por recelo de dos temblores, algunos de ladrillo, y lo comun de tapias, pero bien dispuestos, y repartidos en su fabrica: las casas son tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines, y huertas, que regadas con diferentes azequias, que cruzan la Ciudad, saliendo encañadas de el rio Catuche, producen tanta variedad de flores, que admira su abundancia todo el año: hermosas sean las quatro Plazas, las tres medianas, y la principal bien grande, y en proporcion quadrada.

Fuera de la innumerable multitud de Negros, y Mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos Españoles, y entre ellos dos titulos de Castilla que la ilustran, y otros muchos Cavalleros de conocidas prosapias, que la ennoblecen: sus Criollos son de agudos, y prompts ingenios, corteses, afables, y politicos; hablan la lengua Castellana con perfeccion, sin aquellos refabios con que la vician en los mas Puertos de las Indias; y por lo benévolo de el Clima son de ayrosos cuerpos, y gallardas disposiciones, sin que se halle alguno contrahecho, ni con

fealdad disforme, siendo en general de espíritus bizarras, y corrazones briosos, y tan inclinados à todo lo que es política, que hasta los Negros (siendo Criollos) se desdenan de no saber leer, y escribir; y en lo que mas se extreman es en el agasajo con que tratan à la gente forastera, siendo el agrado con que la reciben atractivo con que la detienen, pues el que llegó à estar dos meses en Caracas, no acierta despues à salir de ella: las mugeres son hermosas con recato, y afables con señorio, tratandose con tal honestidad, y tan gran recogimiento, que de milagro entre la gente ordinaria se ve alguna de cara blanca de vivir escandaloso, y essa suele ser venida de otras partes, recibiendo por castigo de su defecto el ultraje, y desprecio con que la tratan las otras.

Tiene para lustre suya Iglesia Cathedral desde el año de setecientos y treinta y siete, en que el señor Obispo Don Juan Lopez Aburto de la Mata la trasladò de la Ciudad de Coro, donde estaba antes; es dedicada al Apostol Santiago: su fabrica se forma en cinco Naves, cuya techumbre carga sobre pilares de ladrillo, con arcos de lo mismo; y aunque cada Nave de por sí es algo angosta, todas juntas disponen vna obra muy vistosa en proporcion simetrica: el Presbyterio es de boveda, y forma en el crucero con los primores de la arquitectu-

ra à lo moderno vna medianaranja bien ayrosa.

Fuera de las cinco Naves adornan su edificio quatro Capillas de particulares Patronatos, que vnidas al lado de la Epistola, forman otra Nave separada, la vna dedicada à la Trinidad Santissima, que labiò, y dotò el Prevedor Pedro Jaspe de Montenegro, natural del Reyno de Galicia, y Regidor que fue en esta Ciudad: en otra se venera el Portento de los Milagros San Nicolás de Bari, colocado en ella à impulsos de la ardiente devocion que le profesò Doña Melchora Ana de Tobar, viuda de Don Juan de Aseanio y Guerra, Cavallero de el Orden de Santiago: la de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza dotò, y mandò fabricar el Bachiller Don Joseph Melero, Dean que fue de esta Cathedral; y la de nuestra Señora del Populo, fundación de el Ilustrissimo señor Obispo Don Diego de Baños y Soto-Mayor, que la dotò en nueve mil y trecentos pesos, y renta annua de vn Capellan que la sirve: descansan en ella las cenizas de tan venerable Prelado, donde su Estatua, hincada de rodillas al lado de el Evangelio, mantiene la memoria de su piadoso zelo: su fabrica de boveda, con todas las galas que permite el arte, aviendo muerto su Ilustrissima antes de acabarla, perfeccionò el Autor de esta Historia, por averle sucedido en el Patronato de ella, como sobrino suyo.

A los lados de la puerta principal, que cae à la Plaza, en la que mira al Norte se levantò vna elevada torre, que sustenta diez campanas de voces muy sonoras; y en el que mira al Sur se estiende sobre el Altozano la Capilla de el Apostol San Pedro, fabricada à expensas de su Ilustre Cofradia, tan desahogada, y capáz, que separada, por si sola pudiera passar por Iglesia en otra parte, segun el ambito que ocupa, y sirve juntamente de Sagrario à los Curas para la administracion de la Parrochia.

La renta Episcopal, que es la quarta parte de los Diezmos, no baxa de diez mil pesos, y segun el valor de los frutos suele subir à doze, y à catorce; la Capitular se reparte en quatro Dignidades, y quatro Canongias, con la suprimida para la Inquisicion (de las quales vna es de merced, y dos de oposicion) llevando el Dean à razon de docientos, Arcediano, Chantre, y Tesorero de ciento y cinquenta, y los Canonicos de ciento y treinta, sin las Capellanias, y Manuales, que son muy considerables; tiene para la administracion de los Sacramentos dos Curas-Rectores, y para el servicio de la Iglesia vn Sacristan Mayor, dos menores, y ocho Monacillos, diez Capellanias de Choro, las seis que instituye la ereccion, dos que se añadieron despues, y dos, que dexò dotadas con renta de docientos y veinte y

seis pesos cada vna el Alferrez Pedro de Paredes, Mayordomo que fue muchos años de su Fabrica; vn So-Chantre, Maestro de Capilla, Organista, Secretario de Cabil-do, Pertiguero, Apuntador, y otros Ministros; celebranse los Oficios Divinos con gran puntualidad, asèò, y ostentacion, sirviendose de muchos, y ricos Ternos de telas, y damascos, y alhajas de plata, que tiene en abundancia para el lustre de sus funciones; y entre otras prefeas de estimacion sobrefalen en el valor dos riquissimas Custodias de pedreria, que no las tiene mejores ninguna Iglesia de las Indias.

Para la administracion de la Feligresia tiene tres Ayudas de Parrochia, la vna dedicada à nuestra Señora de Altagracia, en que està fundada vna piadosa Cofradia de los Mulatos, que cuidan del adorno, y asistencia de la Iglesia con particular asèò, y devocion, esmerandose con gran fervor en la ostentacion con que celebran sus fiestas; otra à San Pablo primer Ermitaño, que es juntamente Hospital, donde se cura de todas enfermedades, con renta muy suficiente para la necessaria asistencia de los enfermos, procedida así del noveno y medio, que por la ereccion del Obispado percibe de los Diezmos, como de diferentes reditos, y tributos que tiene impues-

Esta Iglesia fabricò la Ciudad el año de quinientos y ochenta, en ocasion, que hallandose afligida con vna rigorosa peste de viruelas, y sarampion, que consumió mas de la mitad de los Indios de la Provincia, escogió por Patrono, para remedio del daño que padecia, al Glorioso Protó-Eremita, y cessando el contagio por beneficio de su intercession, la Republica agradecida quiso perpetuar su reconocimiento, dedicando este Templo al culto de su Bienhechor; y en memoria de este favor recibido de su Patrocinio, asiste todos los años el Cabildo à celebrarle su fiesta el dia quince de Enero; despues, aviendose arruinado este edificio, lo reedificaron, dándole mayor capacidad, y adornándolo de vna hermosa torre, el Depo sitario General Domingo de Vera, y su hermano Don Diego de Adame, vecinos principales, y viznietos del Conquistador Sebastian Diaz, y de Mariana Rodriguez de Ortega, su muger; esta colocada en esta Iglesia vna Copia Milagrosa de nuestra Señora de Copacavana, de cuya misericordia experimenta esta Ciudad singulares maravillas, siendo el Refugio de sus aflicciones, y el Amparo de sus necesidades, principalmente en dilatandose las lluvias, pues lo mismo es ocurrir à buscar el consuelo en su piedad, que desatarse las nubes en dilubios de agua; el modo ra-

ro con que esta Soberana Imagen fue traída de el Perú referirèmos en llegando el año de su colocacion.

La Ayudá de Parrochia de nuestra Señora de la Candelaria, extra muros de la Ciudad, es fabrica moderna; edificaronla el año de setecientos y ocho los Isleños, naturales de las Islas de Canaria, ayudados del fervoroso zelo, y piadosa aplicacion del Licenciado Pedro de Vicuña, venerable Sacerdote, donde concurren à manifestar en la Copia la devocion que professan à la que venèran por Patrona en la Isla de Tenerife.

El Hospital de la Charidad, donde se curan mugeres enfermas, sirviendo tambien de reclusion à las que por escandalosas necessita de castigo su liviandad, mandò fundar, y dotò con renta suficiente Doña Maria Marin de Narbaez, señora rica, y virtuosa, que aviendo vivido siempre sin tomar estado, convirtiò toda su hacienda en el beneficio comun de obra tan pia.

La Religion de Santo Domingo, que fue la primera que honró con su asistencia esta Ciudad, mantiene vn Convento con quarenta Religiosos de ordinario, perteneciente à la Provincia de Santa Cruz de la Española, la mas antigua de las Indias: venèrase en su Iglesia la Milagrosissima Imagen de nuestra Señora de el Rosario, dadiba de la Magestad

rad del señor Don Phelipe Segundo, y atractivo de la devocion de todos los vecinos, que la reconocen por eficaz Patrona contra la violencia de los temblores.

La Religion de San Francisco sustenta cinquenta Religiosos, que como Serafines con su Regular Observancia, asèo de su Templo, y sequela continuada de su Choro, son la edificacion de la Republica: tienen en su Convento por prendas de su mayor Tesoro vn pedazo de Lignum Crucis, con que lo entriqueciò el Governador Don Martin de Robles Villafañate, y vna Imagen de nuestra Señora de la Soledad de tan perfecta escultura, que iguala à la de la Victoria, que se venèra en Madrid; roba los corazones su ternura, y mueve à compuncion solo el mirarla.

La de nuestra Señora de las Mercedes fundò el año de seiscientos y treinta y ocho en sitio muy retirado de lo principal de la Ciudad; fue su Patron el General Rui Fernandez de Fuenmayor, Governador de la Provincia, de cuyo honroso titulo goza oy su nieto Don Rui Fernandez de Fuenmayor y Tobar; pero como lo extraviado de el lugar traia consigo muchas incomodidades para los Religiosos, se vieron obligados el año de seiscientos y ochenta y vno à desamparar su fundacion primera, mudandose à parte mas cercana, donde la

corredad de las tentas que gozan ha sido causa de que estèn tin las conveniencias que la Republica desea, por la devocion que les professa; pero sin embargo mantiene diez y seis Religiosos, con vn hermoso Templo, el mejor de la Ciudad, asì por lo garvoso de su planta, como por los buenos fundamentos de su fabrica.

Para la educacion de la juventud tiene vn Colegio Seminario debaxo de la proteccion de Santa Rosa de Lima, que empezò à fundar en la Plaza mayor el año de seiscientos y sesenta y quatro el Ilustrissimo señor Don Fray Antonio Gonzalez de Acuña; y despues lo acabò, y puso en perfeccion el Ilustrissimo señor Obispo Don Diego de Baños, tio de el Autor: su fabrica es de alto con viviendas muy desahogadas, y classes muy capaces para la leccion de cinco Cathedras que en èl se cursan, las dos de Theologia, vna de Philosophia, y dos de Gramatica, donde cultivados los ingenios, como por naturaleza son claros, y agudos, se erian supuestos muy cabales, asì en lo Escolastico, y Moral, como en lo Expositivo.

Pero la joya mas preciosa que adorna esta Ciudad, y de que puede vanagloriarse con razon, teniendola por prenda de su mayor felicidad, es el Convento de Monjas de la Concepcion, Vergel de perfecciones, y Cigarral de virtudes: no ay cosa en èl, que no sea

sea santidad, y todo exala fragran-
cias de Cielo; dotaronlo, apli-
cando toda su hazienda para su
fabrica, y congrua, Doña Juana
de Villela, natural de Palos en el
Condado de Niebla, viuda del
Capitan Lorenzo Martinez, na-
tural de Villa-Castin, vecino En-
comendero que fue de esta Ciu-
dad, y Doña Mariana de Villela,
su hija, viuda de el Regidor Bar-
tholomè de Masabel, el año de
seiscientos y diez y siete, aunque,
por los accidentes que referirè-
mos en llegando al año de su fun-
dacion, se dilatò esta hasta el de
seiscientos y treinta y siete, en
que siendo su primera Abadesa
Doña Isabèl de Tiedra, (que de
Religiosa de el Convento de San-
ta Clara de la Ciudad de Santo
Domingo vino por Maestra, y
Hortelana de este nuevo Plantel)
vispera de la Concepcion les puso
la clausura el señor Obispo D. Juan
Lopez Aburto de la Mata, dando
el Habito à las primeras Azucenas,
que se consagraron à Dios en su
recogimiento; estas fueron, Do-
ña Mariana de Villela, su Funda-
dora, y como tal, por nombra-
miento suyo Doña Francisca Vi-
llela, Doña Ana Villela, Doña
Maria Villela, Doña Maria de
Ponte Doña Juana de Ponte,
Doña Luzia de Ponte, sobrinas
suyas, Maria de Vrquijo, Doña
Inès de Villavicencio, y Doña El-
vira de Villavicencio: mantienen
al presente sesenta y dos Angeles
en otras tantas Religiosas de velo

negro, que en continuas Vigili-
as, y mortificaciones viven tan en
Dios, y ajenas de lo que es mun-
do, que à qualquiera hora de la
noche que se passè por las puertas
de su Iglesia se oyen los ecos de
sus asperas penitencias, y los tier-
nos suspiros con que claman al
Cielo desde el Choro.

Ademàs de los Templos re-
feridos tiene esta Ciudad dos Er-
mitas: la que comunmente lla-
man San Mauricio, aunque su
advocaciò legitima es de S. Sebast-
tian, la edificò Lofada luego que
poblò esta Ciudad, en cumpli-
miento de el voto que hizo al
Santo Martyr estando en la Villa
Rica, quando venia à su Conquis-
ta, escogiendo por Patrono con-
tra el veneno de las flechas; des-
pues el año de quinientos y seten-
ta y quatro, padeciendo esta Ciu-
dad vna cruel plaga de langosta,
escogì por Abogado contra su
voracidad à San Mauricio, y le
edificò vna Iglesia, la qual el año
de quinientos y setenta y nueve se
quemò por vn descuido; y avien-
do por esta causa (en interin que
se reparaba el Templo) colocado
à San Mauricio en la Iglesia de
San Sebastian, perdiò su advoca-
cion legitima, llamandola el Pue-
blo desde entonces (sin razon)
San Mauricio. De esta Iglesia hizo
donacion la Ciudad en el Cabildo
celebrado à treinta de Junio de el
año de seiscientos y ocho à la Re-
ligion de Santo Domingo, à pe-
dimento de su Provincial Fray

Jacinto de Saona, para que mudasse à ella el Convento de su Orden, y por aver los Religiosos variado de dictamen no tuvo efecto la donacion; despues el año de seiscientos y sesenta y siete, en Cabildo celebrado à catorce de Março, se les concedió à los Negros, Hermanos de la Cofradia de San Juan Bautista (que cuidan de ella al presente con mucha asistencia, y devocion) reservando la Ciudad en sí el Patronato de ella, y con calidad que mantuviesse la advocacion de San Sebastian, y San Mauricio, y quedassen colocados los dos Gloriosos Martyres en el Altar Mayor, como tutelares, y dueños de la Iglesia; assiste à ella todos los años el Cabildo el dia veinte y dos de Septiembre à celebrar fiesta à San Mauricio.

La de Santa Rosalia de Palermo edificò el Ilustrissimo señor Obispo Don Diego de Baños y Soto-Mayor, señalando por Patrona, con dia colendo, à esta Peregrina Ermitaña el año de seiscientos y noventa y seis, para que en las circunstancias de esta demostracion quedasse vinculada la gratitud de esta Ciudad al favor que recibió de su amparo, librandose por su intercession de vna cruel peste de vomitos negros, que padeciò diez y seis meses continuos: celebrase fiesta todos los años en la Cathedral el dia quatro de Septiembre, que dexò dotado su Ilustrissimo Fundador, de cuya pia memoria, y de las

demás que instituyó aquel Prelado venerable, es Patrono el Autor de esta Historia, como sobrino suyo.

CAPITULO VIII.

CONTINUASE LA materia de el passado: viene Juan de Salas de la Margarita en ayuda de Losada, y saquean los Ingleses la Ciudad de Coro.

GOviernase en lo temporal la Ciudad de Caracas por vn Gobernador, y Capitan General, que lo es de toda la Provincia, nombrado por el Rey por tiempo de cinco años, que juntamente goza la administracion de el Patronato Real, y en virtud de ella presenta todos los Curatos, y Beneficios de el Obispado, siendo el que tiene el primer lugar de credito, y conveniencias entre todos los Gobiernos de las Indias: para la distribucion ordinaria de Justicia tiene dos Alcaldes, que elige todos los años el Cabildo, los quales, por merced concedida por la Magestad de el señor Don Carlos Segundo en Madrid à diez y ocho de Septiembre de el año de seiscientos y setenta y seis gozan el singular, y honroso privilegio de gobernar por sí toda la Provincia, y exercer la Capitanía General de ella siempre que por qualquier accidente huviere

vacante en el Gobierno, hasta tanto que su Magestad la provea en propiedad, sin que la Audiencia, ni el Presidente de Santo Domingo puedan nombrar Gobernador interino en ningun caso, ni con ningun pretexto: su Cabildo se compone de doce Regimientos, fuera de los quatro Oficios principales de Alferez Mayor, Alguacil Mayor, Provincial de la Hermandad, y Depositario General: empleos, que siempre ocupan los Cavalleros mas illustres de la Republica, autorizando con su nobleza, y respeto los actos publicos, que son propios de Ciudad. Esta tiene por Armas en campo de plata vn Leon, de color pardo, puesto en pie, teniendo entre los brazos vna venera de oro con la Cruz roxa de Santiago, y por timbre vn Coronel de cinco puntas de oro; concediòselas el señor Don Felipe Segundo por su Real Cedula, despachada en San Lorenzo à quatro de Septiembre de el año de quinientos y noventa y vno, à pedimento de Simon de Volivar, Procurador General de esta Ciudad en Corte, y el primero Regidor perpetuo de ella.

Su comarca fertil, y abundante de quanto se puede apetecer para el regalo: produce excelentes verduras de quantas especies ay con abundancia, y todo el año frutas, quantas conoce por naturales suyas la America, y muchas que ha trasplantado la

curiosidad desde la Eùropa, granadas excelentes, sazoados membrillos, mançanas, higos, vbas, limas, limones, melones, y zandias, tan perfectas todas en el gusto, como si no tuvieran nada de Estrangeras, pues las haze en el terreno como si fueran proprias: labrase azucar mucha, y de buen temple, de que se hacen exquisitas, y regaladas conservas; sus cosechas rinden à centenares por fanegas; sus pastos multiplican à millares los ganados; y añadiendo à las excelencias referidas la frecuencia de su trato, la continuacion de su comercio con la Nueva-España, Islas de Canaria, y de Barlovento, y otras partes, para donde se trafican porciones considerables de cacao, tabaco corambre, brasilete, y otras mercaderias; son partes que constituyen vn todo para hacer celebrada esta Ciudad, y vna de las mejores entre las que componen el dilatado Imperio de la America.

Pocos dias despues de aver poblado Losada llegó de la Isla Margarita el Capitan Juan de Salas, en cumplimiento de lo que avian capitulado los dos en el Tocuyo, pues aunque por algunos accidentes que lo retardaron no pudo concurrir al tiempo determinado para hallarse en la primera entrada, no quiso dexar de cumplir lo prometido, conociendo que su venida sería en qualquiera ocasion muy estimada: fineza, que agradeceió Losada, así por

por ver la buena correspondencia del amigo, como por la importancia de el socorro, que consistía de quatro Pyraguas cargadas de baltimentos, (bien necesarios, por la falta que de ellos padecian) quinze hombres Españoles, entre quienes venian Andrés Machado, Melchor Lopez, y Lazaro Vazquez, Soldado antiguo de estas Conquistas, por aver sido vno de los que acompañaron à Faxardo, y cinquenta Indios Guayqueries, que sirvieron con gran valor, y lealtad en quanto se ofreció despues.

Al venir Salas de la Margarita sucedió, que Melchor Lopez, que gobernaba como Cabovna Pyragua, tuvo maña, y disposicion para aprisionar à vno de los Caciques de la Costa, llamado Guaypata, fingiendose Mercader, que venia à buscar rescates; y aunque despues de conocido el engaño ofrecia por su libertad quanto tenia, no quiso Melchor Lopez aceptar el interès, por hacer el cotejo de entregarlo à Lofada, por si acaso pudiesse servir de algo à sus intentos: galanteria, que salió tan acertada, que de ella se originaron los primeros movimientos de la pacificacion; pues llegado el Cacique à la presencia de Lofada, valiendose de aquel agrado, que era natural en sus acciones, despues de averlo puesto en libertad le pidió solicitasse con los demás Caciques lo admitiesen por amigo, sin dár

lugar à que prosiguiendo con la guerra les obligasse à conceder à las armas, lo que negaban al ruego; de que agradecido el Guaypata, bolvió al cabo de ocho dias con otros dos Caciques de la Costa, à quienes conmovió su persuasion, para que dando gustosos la obediencia, jurassen paz con Lofada, que manuvieron despues firmes, sin vilos de deslealtad.

Al tiempo que passaba lo referido en la Conquista de Caracas se hallaban en la Ciudad de Coro el Governador Don Pedro Ponce de Leon, y el señor Obispo Don Fray Pedro de Agreda, y llegada la noche de el dia siete de Septiembre surgió, sin ser sentido, en el Puerto vn Navio de Corsarios Ingleses, y echando la gente en tierra, al romper el Alva el dia siguiente acometió a la Ciudad, que hallandose desprevenida entre las confusiones de vn asalto repentino, no pudieron sus vecinos valerse de otra defensa, que la que permitió el susto, afiançando con la fuga su seguridad, y aun esta fue necesario executarla con tal pricisa, que obligò à sacar cargado al señor Obispo, y esconderlo en el retiro de vn monte, porque no quedasse expuesta su persona, y dignidad à los desacatos de aquella canalla infiel, que apoderada de la misera Ciudad, no satisfecha su rabia con las hostilidades de el saqueo, cometiò su barbara insolencia,

en los Vasos Sagrados, è Imágenes de la Cathedral los sacrilegios que acostumbra la heretica perfidia; y queriendo poner fuego à los edificios, para que las cenizas de el incendio fuesen los mejores testigos de su impiedad, redimieron los miserables vecinos la vejacion de su ruina à costa de tres mil pesos, que pudieron juntar entre todos de lo que avian escapado al retirarse; con que satisfecha en parte la codicia de los Corsarios, despues de aver estado en tierra quatro dias se hicieron à la vela, dexando tan destruida la Ciudad, que en muchos años despues no pudo bolver à lo que era antes.

CAPITULO IX.

ACOMETEN LOS
Indios à la Ciudad de Caracas:
sale Losada al encuentro, y
con facilidad los
desbarata.

DEsconfiado Guaycaypuro de lo mal que le avia terciado la suerte con Losada, se mantenía retirado esperando la ocasión para valerse de los auxilios del tiempo, à cuya sombra se prometia poder lograr la vengança que maquinaba en su pecho; pero viendo que Losada, con la poblacion que avia dispuesto, llevaba su asistencia muy de espacio, y que aquello era titar à sugetar la Provincia con el fuego lento de vna guerra dilatada, fue

tan eficaz en aquel barbaro la consideracion de este recelo, que apurando la espera al sufrimiento aquel animo indomable, acostumbrado à mantener la libertad con los riesgos de su sangre, culpaba la tibieza con que hasta alli avia procedido su descuido; y determinado à sacudir el yugo, que temia, antes que apretasen las coyundas que esperaba, empezó à conmovier los Caciques, y concitar las Naciones, para que como interesados en la comun defensa, acudiesen con sus armas à restaurar la libertad, que imaginaban perdida, por aver llegado el caso en que era necesario que obrasse la resolucion, ayudada de el poder; mas como la determinacion avia de ser entre muchos, aunque fue grande la eficacia con que instaba Guaycaypuro, no fue posible el convenirse tan breve, que no huviesse llegado antes el año de sesenta y ocho, en cuyos principios, ajustado yà entre todos el llevar la materia à fuerça de armas, determinaron, que para cierto dia, con el mayor numero de Tropas que pudiesse alistar cada Cacique, concurriesen todos los interesados en el sitio de Maracaypana, (que es vna sabana alta al pie de la Serrania inmediata à la Ciudad) y echando el resto à la desesperacion, acometer à Losada, fiando à el lance de vna batalla los buenos successos que esperaban de su valor, y fortuna.

Llegado, pues, el dia determina-

minado, vinieron de la Costa, y Serranías intermedias, segun lo capitulado, los Caciques Nanguatá, Uripatá, Guaycamacuto, Anarigua, Mamacuri, (que fue el primero que despues diò la obediencia à Lofada) Querequemare, Señor de Torre-quemada, Prepocunate, Araguayre, y Guaraugurá, el que matò en Catia à Diego García de Paredes, con siete mil Indios de pelea, que llevaron entre todos; de los Mariches concurrieron Aricabacuto, y Aramaypuro con tres mil Flecheros de su Nacion, incorporados en sus vanderas los Caciques Chacao, y Baruta con la gente de sus Pueblos. Guaycaypuro, que como Capitan General avia de gobernar todo el Exercito, conducia dos mil Guerreros, escogidos entre los mas valientes de sus Teques, à quienes en el camino se agregaron otros dos mil Gandules de los Tarmas, que acaudillaban los Caciques Paramaconi, Vrimaure, y Parnamacay; pero estas dos Naciones no pudieron llegar à el sitio señalado à vnirse con las demás por vna casualidad bien impensada, en que consistiò librarse la Ciudad de tempestad tan horrible, como la que amenazaba en conjuracion tan formidable.

Ignorante Lofada de todo esto, por no aver tenido noticia alguna de lo que maquinaba Guaycaypuro, avia despachado aquella madrugada à Pedro Alonso Ga-

leas con sesenta hombres, para que corriendo las lomas, y quebradas de los Tarmas, juntasse la mayor porcion de bastimentos que pudiesse, y los traxesse à la Ciudad. Caminaba Pedro Alonso con su gente à executar puntual su diligencia, quando à las ocho de la mañana encontraron con el los Indios Teques, que vnidos ya con los Tarmas, marchaban presurosos para hallarse en el asalto; pero al ver los Españoles en parte que no esperaban, discutiendo que su coligacion estaba ya descubierta, pues les salian armados al encuentro, quando pensaban hallarlos en la Ciudad desprevenidos, algo atemorizados se empezaron à dividir en Mingas por los cerros.

Pedro Alonso por su parte, ignorando tambien el fin à que se encaminaba aquel formado Exercito de barbaros, se hallò confuso sin acertar en buen rato à resolverse entre acometerlos anticipado, ò esperarlos prevenido, hasta que aprovechandose de aquella antigua experiencia que tenia adquirida en las Conquistas de el Perú, se portò con tal destreza, que sin quererse empeñar en batalla declarada, con diferentes acometimientos, y furtidas, logrando las ocasiones en que reconocia poderlas executar con ventaja, (como si supiera lo que importaba por entònces divertir aquellas Tropas) las detuvo entretenidas todo el dia, sin permir-

tirles dâr passo adelante , hasta que llegada la noche, con el susto de lo que avia sucedido à los demàs Conjurados , se retiraron confusos à el abrigo de sus Pueblos.

Las demàs Naciones convocadas, que juntas en Maracapana aguardaban la venida de los Teques , y Tarmas para dar el assalto à la Ciudad , viendo que era passado el medio dia , y no llegaban , sin acertar à discurrir la causa de su tardança , empezaron à desfmayar , desconfiando de el suceso, por saltarles Guaycaypuro, quien, por lo acreditado de su valor, y opinoin adquirida de Soldado , avia en todo de dar la disposicion para lograr el acierto; y teniendo su falta por presagio de alguna fatalidad , empezaron à desvnirfe los Caciques, retirandose algunos con sus Tropas, sin atreverse à proseguir en la empresa, que miraban ya con desconfiança ; pero los otros , teniendo por descredito el desisttir de aquel lance en que tenian empeñada la opinion , moviendo sus Esquadrones se fueron acercando à la Ciudad.

Hallabase Losada à la ocasion en cama algo indispuesto, y dandole noticia de la multitud de barbaros que venian marchando à la Ciudad , con aquel sosiego natural que siempre tuvo, sin alterarse en nada, se empezó à vesttir , mandando que le ensillassen en cavallo ; y quando le pareció

tiempo acomodado salió de la Ciudad , llevando en su compaña de los ginetes à Gabriel de Avila, Francisco Maldonado, Antonio Perez, (Soldado antiguo de las guerras de Africa, y que se avia hallado con el Emperador en la expugnaciõ de Tunez) Francisco Sanchez de Cordova , Sebastian Diaz, Alonso Andrea, y Juan de Gamez, y de los Infantes à Miguèl de Santa Cruz , Juan Gallego, Juan de San Juan, Alonso Ruiz Vallejo, Gaspar Pinto, y otros, hasta el numero de treinta, dexando à los demàs en guarda de las casas , para que los Indios con la confusion no las quemassen , y apellidando à Santiago acometiò al enemigo en la sabana , abriendose camino con las lanças , que en aquella confusa muchedumbre , ni erraban golpe , ni perdonaban vida , quando los Infantes por su parte, embrazando las rodela, y esgrimiendo los azeros , empezaron à dividir aquellos cuerpos desnudos , que embarazados con su misma multitud , poniendose en desorden, se fueron retirando, atropellandose vnos à otros por assegurar las vidas , de suerte, que en breve espacio solo quedò en la campaña, para vender bien la suya, vn Indio, llamado Tiuna , natural de Curucuti , quien con vna media espada, enhaltada en vna guayca, desafiaba con repetidas voces à Losada.

Hallabase cerca de el Francisco

Batalla de Maracapana.

cisco Maldonado, y no pudiendo sufrir su atrevimiento, hizo piernas al cavallo, llevando la lança baxa al embestirle; pero al executar el golpe le huyó el Indio el cuerpo con tal arte, que pasó la carrera de largo sin tocarle, y sin darle tiempo à rebolver el cavallo le tirò con la media espada vn botè tan violento, que passandole las armas, y atravesandole vn muslo, lo derribò de el cavallo, y assegundandole con otro antes que le levantasè, le diò otra herida en vn brazo. Juan Gallegos, Gaspar Pinto, y Juan de San Juan, viendo el aprieto en que estaba Maldonado, y recelando no lo mataasè aquel barbaro, llegaron con presteza à socorrerlo; pero el Tiuna, sin desmayar en su aliento, antes mas sobervio en su ossadía, se mostrò tan valeroso, que haciendo cara à los tres, empezò à jugar la guayaca con tan linda ligereza, compases, y movimientos, que sin que le pudieran ofender, hiriò en la frente à Juan Gallegos, privandole de sentido; y haciendo demostracion de acometer à Gaspar Pinto, descargò el golpe en Juan de San Juan, atravesandole vn brazo, que le hizo soltar la espada; y passàra mas adelante en maltratarlos (segun la traza llevaba) si no llegàra por detràs, sin que el Tiuna lo advirtiesse, vn Indio de los amigos, criado de Francisco de Madrid, quien le disparò vna flecha, que entró

dole por la espalda, le atravesò el corazon, de que cayò luego muerto, dexandoles à los tres, en parte de recompensa de las heridas recibidas, vn idolillo de oro de el largor de vn gеме, que traía pendiente al cuello, y vnos brazaletes de lo mismo, y llevando que contar de el arresto de aquel barbaro, dieron la buelta à la Ciudad acompañando à Lofada, que sin seguir el alcance de aquel deshecho Esquadron, tuvo por mejor el retirarse à dar descanso à su gente, contentandose con la facilidad que avia tenido en deshacer aquella conjuracion tan poderosa, sin ponerse à contingencia de algun adverso accidente.

CAPITULO X.

DESPUEBLASE LA CIUDAD de Borburata: funda Lofada la de Caravalleda, y sale despues à reconocer la tierra.

LAs descomodidades que experimentaban los vecinos de la Borburata con lo poco saludable de el País, y los continuos sustos que padecian de las invasiones de Corsarios, por la poca defensa de su Puerto, los tenia tan descontentos, y deseosos de mudar su vecindad, que aunque el Governador Don Pedro Ponce, teniendo noticia de la intencion

cion con que se hallaban les avia prohibido con penas, y amenazas el que la executassen; mediado el año de sesenta y ocho se determinaron à desamparar la Ciudad, y dexandola despoblada se passaron vnos à vivir à Valencia, y otros, que fueron los mas, en Pyraguas, y Canoas se vinieron à Caracas à incorporar con Lofada; quien hallandose con el aumento de fuerças que le causò este socorro, y el que de la Margarita le avia conducido Juan de Salas, conociendo que para la conservacion, y crecimiento de su nueva Ciudad de Santiago era preciso, y conveniente hazer otra Poblacion en las orillas de el Mar, que sirviendo de Puerto, y abrigo à las Embarcaciones del Comercio, facilitasse las conveniencias de el Trato, de que avian de resultar los interesses para su mayor aumento, se determinò à ponerla en planta, y buscando el sitio mas acomodado para su fundacion, baxò personalmente à la Costa, llevando consigo sesenta hombres; yavièdo assentado pazes con los Caciques Mamacuri, Guaycamacuto, y los demàs circunvecinos, (que escarmentados de la rota recibida se la ofrecieron voluntarios) pareciendole el lugar mas apropiado el mismo donde Faxardo tuvo fundado el Collado, distante siete leguas de la Ciudad de Santiago, el dia ocho de Septiembre del año de quinientos y sesenta y

ocho poblò en el vna Ciudad, que intitulò nuestra Señora de Caravalleda, y señalando treinta vecinos que avian de quedar en ella, nombrò por Regidores à Gaspar Pinto, Duarte de Acosta, Alonso de Valençuela, y Lazaro Vazquez, que juntos en Cabildo, eligieron por primeros Alcaldes Ordinarios à Andrès Machado; y à Agustín de Ancona; pero esta Ciudad, que con tan buenos principios prometiò grandes aumentos, con firmes esperanças de vna segura consistencia, fue bastante para que se despoblasse vna violenta sinrazon con que el Governador Don Luis de Roxas quiso mortificar à sus vecinos, malogrando los buenos fundamentos con que avia empezado Poblacion tan necessaria, pues huyendo sus moradores de el rigor de vn absoluto poder, tomaron por partido abandonarla, retirandose con sus familias, como verèmos despues.

Poblada la Ciudad de Caravalleda, y dispuestas por Lofada aquellas cosas precisas para su conservacion, diò la buelta à la Ciudad de Santiago, donde considerando ser ya tiempo de que tuviessem alguna remuneracion de sus trabajos los que con tanto afan, y peligro le avian acompañado en su Conquista, determinò repartir las Encomiendas, vsando de los poderes que tenia del Governador Don Pedro Ponce; pero como quiera que para dis-

Ciudad
Caravalleda

poner materia de tan grande consecuencia era preciso tener conocimiento, y noticia individual de todas las parcialidades, y Caciques que las gobernaban, con el numero de gente de que se componian, para que la aplicacion de los repartimientos fuese correspondiente à los meritos de cada vno, quiso primero reconocer toda la tierra, haciendo los apun- tamientos de ella en la mejor forma que le permitiese el tiempo, y para ello salió con setenta hom- bres, empezando por la Provin- cia de los Teques, en cuyo dis- trito hizo alto en la loma, que llamo de los Cavallos, por los muchos que los Indios le mata- ron en ella, valiendose de vna traza que les dió su perfidia.

Vivia en aquel contorno el Cacique Anequemocane, y fin- giendose ostigado de las incomodidades de la guerra, y deseo- so de las conveniencias de la paz, embiaba todos los dias algunos de sus vassallos con diferentes re- galos comestibles à Losada, y con este pretexto entraban en el alojamiento sin reparo, dexando las armas escondidas; pero en sa- liendo, si hallaban ocasion de que los Españoles no los vies- sen, flechaban quantos cavallos en- contraban passeando por el cam- po, executandolo con tan dis- creto disimulo, que se passaron seis dias sin que llegasse à maliciar- se su traycion, hasta que cayendo en ella, no quiso Losada dexar

sin castigo esta maldad, y para poder lograrlo dispuso vna em- boscada en la parte mas cercana al lugar de los forrages.

El dia siguiente vino en tra- ge disfrazado el mismo Cacique Anequemocane, acompañado de otros ocho, cargados de galli- nas, aguacates, y batatas, y aviendo cumplido con las cere- monias de el regalo, sin que Losada se diese por entendido de la traycion de su obrar, salieron de el alojamiento muy confiados, y al llegar al sitio donde estaban los cavallos, viendo que no parecia persona alguna por alli, empeza- ron à flecharlos; pero los de la em- boscada, que estaban à la mira prevenidos, apenas conocieron la intencion de su mal animo sa- lieron acometiendolos, y confu- so Anequemocane al ver descu- bierta su maldad, no hallò otro remedio que la fuga, con velo- cidad tan presurosa, que aunque corriendo tras de el, Juan Cata- lán le dió vna cuchillada que le partiò el casco, sacandole vn pe- dazo: no fue bastante embarazo para que dexasse de escaparse, si bien se le quedò toda la vida muy en la cabeza este suceso, pues con la señal, y casco menso sirvió despues muchos años à Lazaro Bazquez, à quien se lo repartiò Losada en Encomienda.

Los otros ocho compañeros, siguiendo el exemplar de su Ca- cique, se metieron por el monte, tan cortados de su misma turba-

tion, que sin acertar à huir pensaron ocultarse, subiendo en los arboles; pero descubiertos por los nuestros fue tal su obstinacion, que sin quererse rendir, aunque les aseguraban las vidas, se valieron de las flechas, disparando desde arriba quantas traian en la aljaba, con animo tan sobervio, y corazon tan protervo, que aviendoseles acabado todas las que renian, se arrancaban del cuerpo con desesperacion las sacras que los Indios de el servicio les tiraban desde abaxo, y armandolas en los arcos, con los pedazos de carne asydos en los harpones, las bolvian à disparar contra sus dueños, hasta que indignados los Españoles al ver barbaridad tan temeraria, los derribaron muertos à balazos, y empalando los despues, los dexaron puestos en la loma para escarmiento, y terror de los demás.

CAPITULO XI.

PROSIGUE LOSADA
su reconocimiento: llega al sitio de Salamanca: atraviesa la Provincia de los Mariches, y dà la vuelta à la Ciudad.

Despues de aver estado Losada ocho dias en la loma de los Cavallos, levantò su campo con animo de reconocer toda la Provincia de los Teques, y avien-

do caminado todo el dia, llegó à hacer noche à otra loma alta, y limpia de montañas, poblada de diferentes caserías, que hallò desamparadas de sus dueños, de vna de las quales era natural aquel Indio Guayauta, que (como referimos en el Capitulo quarto de este Libro) aprisionaron los Españoles en la refriega en que murió Diego de Paredes, quien aviendo estado en compañía de Losada mas de vn año, con licencia suya avia dado buelta à sus Países, llevando tan arraigado à el corazon el odio contra los nuestros, que sin aver sido poderosa la comunicacion, con los agassajos, y buen trato que avia experimentado en ellos, para apagar el incendio de su vengativo pecho, luego que tuvo la noticia de que Losada se encaminaba à su Pueblo, valiendose de ardides Militares, que como ladrón de casa avia observado en los nuestros, sabiendo que lo primero avia de buscar el agua, retirò todos los Indios al secreto de vna emboscada, que dispuso en las margenes de vn arroyo, que corria por la falda de vna loma; y como nuestra gente con el cansancio, y calor avia llegado sedienta, Alonso Quintano, Pedro Serrato, y Diego Mendez, que iban de los delanteros, sin esperar à los otros, llevados de la fatiga que padecian con la sed, ocurrieron al arroyo, descuidados de el mal que les esperaba, y experiment-

perimentaron luego, pues atra-
velados, Serrato con vna flecha
por los pechos, y Mendez por
las entrañas con otra, cayeron
muertos, rabiando con la fuerza
de el veneno; Alonso Quintano
viendose en aquel peligro, aconse-
jado de la necesidad en que se
hallaba, hincò la rodilla en tier-
ra, y encogiendo el cuerpo
quanto pudo, se abroqueló de vna
rodela que llevaba, ofreciendola
por blanco à aquel diluvio de fle-
chas, que disparaban sobre el, has-
ta que llegando los demás à so-
correrlo, se retiraron los indios,
dexando libre el arroyo.

Sentidísimo quedò Losada
con la desgracia sucedida en la
muerte de sus Soldados, y para
tomar alguna satisfaccion de su
vengança, mandò aquella misma
noche à Geronimo de Tobar, que
con quarenta hombres se embos-
casse en la encrucijada que for-
maban dos caminos que baxaban
de la loma, disponiendo la gente
con tal arte, que cogiendo la
frente de todas quatro veredas,
ocupasse el passo de qualquiera
de ellos por donde los indios in-
tentassen hacer su acometimien-
to: executò Tobar su diligencia,
y al romper el Alva al dia siguiente
se empezaron à descubrir como
quinientos Gandules, que baxa-
ban por vno de los caminos que
venian à parar en la emboscada;
de que gozossos los nuestros
(ocultandose quanto les fue pos-
sible para no ser descubier-

tos) los dexaron empeñar para
assegurarlos bien; y viendo que
hasta cinquenta de ellos estaban
yà metidos en parte que no po-
dian escapar, dando Tobar la
señal de acometer, los salieron
embistiendo con resolucion tan
repentina, que solo librò la vi-
da, por su mucha ligereza, vn
Cacique, llamado Popuete, lle-
vando para memoria de el suce-
so partido vn hombre de vna
cuchilada que le diò Miguel de
Santa Cruz, quedando los qua-
renta y nueve hechos pedazos,
para asombro de los otros, que
absortos con el fatal destrozo de
los compañeros, aunque al prin-
cipio intentaron defenderse con
osadía, despues se retiraron con
temor.

Satisfecho Losada con esta
demostracion para el castigo, no
quiso detenerse mas en aquel lu-
gar, por no perder el tiempo,
de que necesitaba para proseguir
el reconocimiento que tenia en-
tre manos; y así, atravesando el
parage, à quien Juan Rodriguez
puso por nombre Salamanca, y
el Valle de los Locos, salió à vnos
Pueblos, que llamó los Esta-
queros, (por las muchas estacas,
y puas envenenadas de que esta-
ban sembrados los caminos) y
aunque todos los hallò desampa-
rados, avia sido tan atropellado,
y reciente el retiro de sus vecinos,
que sin tener lugar para poner en
cobro lo corto de sus alhajas,
avian dexado las casas al arbitrio
de

de los huespedes; y como en vna de ellas entrassen ocho de los nuestros al pillage, y encontrassen vna olla, que llena de batatas, y pedazos de carne estaba puesta al fuego, por no malograr la conveniencia de el banquete que hallaban prevenido, se sentaron con gran brio à satisfacer sus buenas ganas, saboreandose en la olla, como pudieran en el manjar mas bien guisado, hasta que metiendo vno la mano sacò vnos dedos con vnâs, y vn pellejo, con vna oreja pendiente, y conociendo por las señas que era lo que avian comido carne humana, fue tal el asco, y horror que concibieron, que con mil ansias, y trasudores bolvian à lançar con fatiga, lo que avian gustado con ganas.

Llevaba Lofada entre sus Soldados vno, llamado Francisco Guerrero, natural de Baeza, en la Andalucia, de mas de sesenta años de edad, hombre cèlebre en los acaecimientos raros de su varia fortuna: avia estado cautivo en Constantinopla veinte y tres años, donde oprimido con los trabajos de su esclavitud, pensando hallar remedio à su desdicha, renegó de la Fè, y despues arrepentido, buscando alivio à los desconsuelos con que lo martyrizaba la conciencia, en compañía de otros Christianos en las Playas de Calcedonia se levantò con vna Galeota de Turcos, y valiendose de la perfeccion con que hablaba la lengua Arabiga, y fin-

giendo iba de viage à Navarino; palsò sin ser conocido por los Dardanelos, saliendo à navegar al Archipelago; y encaminando su derrota à Italia, se reconciliò en Roma con la Iglesia; llorando arrepentido su pecado: aviafe hallado en la expugnacion de Rodas, y en el formidable sitio de Viena, ganando sueldo en los Exercitos de el Turco Solimán, como Soldado suyo, hombre tan afortunado, que siendo assi que jamás vsò de arma defensiva, ni de mas prevencion para el resguardo de su persona, que vn sayo de raja viejo, aviendo asistido en diferentes batallas, y reencuentros en el Asia, en la Europa, y en la America, nunca fue herido, sino fue en vna ocasion, que andando en estas Conquistas le hizo vestir Diego de Montes por fuerça vn sayo de armas; y esse dia le dieron vn flechazo en vna pierna, de que quedò valdado para siempre.

Este Francisco Guerrero, aviendo Lofada dexado el País de los Estaqueros para entrar en la Provincia de los Mariches, à el passar por el Pueblo de el Cacique Tapiaracay, que estaba como los demás despoblado, viendole en vna casa algunas gallinas, (sin que lo echassen menos los compañeros) con animo de cogerlas, acompañado solamente de vn Indio Ladino que le servia, se quedò en ella rancheado muy de espacio, passando los demás sin

sin detenerse al Valle de Noroguto.

Los Indios que retirados en el monte estaban à la mira, advirtiéndole que aquel Español quedaba solo en el Pueblo, tuvieron luego la presa por segura, y para lograrla sin recelo, salieron mas de docientos, con animo determinado de aprisionarlo vivo; el Francisco Guerrero llevaba vna escopeta, y vn fino pistolete, y sin perder el animo empezó à retirarse, haciendo cara à los Indios con las dos armas de fuego, disparando la vna, mientras el Indio le cargaba la otra, y de esta fuerte, sin dexar que los barbaros se le pusiessen cerca, aviéndole muerto à cinco de ellos, tuvo lugar para ponerse en salvo, llegando aquella noche à Noroguto, con admiracion de todos los Soldados, que aviéndole conocido que faltaba en el alojamiento, lo juzgaban muerto; y saliendo Lofada de este Valle sin que le sucediesse otro accidente, atravesando la Provincia de la Nacion de Mariche, diò la buelta à la Ciudad, despues de treinta y dos dias gastados en la jornada.

CA-

CAPITULO XII.

DETERMINA LOSADA

prender à Guaycaypuro : embia à Francisco Infante para que lo execute : retirase el barbaro, y pierda la vida peleando.

BIen desconsolado se hallaba Lofada despues que diò la buelta à la Ciudad, por aver reconocido (segun la dureza, y rebeidia que experimentò en los Indios en la entrada que avia hecho) quan en los principios se hallaba su Conquista, despues de año y medio que avia trabajado en ella, sin que en los espacios de su consideracion se le ofreciessen medios de que poderse valer para conseguirla, pues si intentaba los de la amistad, solicitando paz con los Caciques, le avian enseñado los accidentes preteritos, que no tenia mas consistencia su firmeza, que la que trae consigo la variedad de vna naturaleza inconstante; y si proseguia los de la guerra, hallaba por experiencia ser tan impracticables sus operaciones, que hacian muy dilatados, y contingentes sus fines, pues ayudando-se los Indios de las fragosidades de el País, era imposible reducirlos à sujecion, por la facilidad con que huyendo el cuerpo, à los encuentros, se retiraban à los

Bbbb

mon-

montes cautelosos , quando en sus Pueblos los buscaban los nuestros prevenidos , haciendo solo cara en la ocasion que conocian poder lograrla con ventaja.

Era la vnica causa de su obstinacion el Cacique Guaycaypuro : gloriabase este barbaro de aver sido bastante su valor para lançar de la Provincia à Francisco Faxardo , obligandolo à despoblar las dos Ciudades que tenia en ellas fundadas : contaba entre sus triunfos por mas cèlebre el tefon con que mantuvo la guerra, resistiendo vn Capitan de tanto nombre como Juan Rodriguez Suarez , hasta hacerle perder la vida en la demanda : jactabase sobervio de la rota que diò à Luis de Narbaez , y el lamentable estrago que executò en su gente quando en la loma de Terepayma quedò toda por despojo del filo de su macana ; y aunque con Lofada le avia corrido adversa la fortuna, esperaba en los acasos de el tiempo , que le ofreciese su melena la ocasion para quedar victorioso ; y como el continuado curso de sus hazañas avia elevado à este Cacique à aquel grado de estimacion tan superior , que à su arbitrio se movian obedientes todas las Naciones vecinas , teniales encargada la perseverancia en la defenfa, ofreciendoles su amparo para mantener la libertad contra el dominio Español , assegurandoles no faltaria

coyuntura en que pudiesse su esfuerzo (como lo avia hecho otras vezes) acreditarse de invencible.

No ignoraba Lofada estos designios , y considerando que en tanto que viviese Guaycaypuro tenia mil dificultades la Conquista , se determinò à quitar de por medio este embarazo, procurado (aunque lo aventurasse todo) averlo à las manos muerto , ò vivo ; pero para justificar mejor su accion, procediò contra el por via juridica , haciendole proceso de todos sus delitos , muertes, y rebeldias , (si se puede dar tal nòbre à los efectos de vna natural defenfa) y despachando mandamiento de prision , encomendò la diligencia à Francisco Infante , (que por eleccion de el Cabildo proseguia en este año siendo Alcalde) quien con guias fieles , y seguras , que lo conduxessen al parage en que se ocultaba Guaycaypuro , saliò de la Ciudad con ochenta hombres vna tarde al ponerse el Sol , y caminando hasta la media noche , por aver cinco leguas de distancia , llegò à ocupar el alto de vna Sierra , à cuya falda estaba el Pueblo que buscaba, y servia de retiro à Guaycaypuro , en la qual , pareciendole preciso assegurar la retirada para qualquier accidente , se quedò Francisco Infante con veinte y cinco hombres de reserva , entregando los demàs à Sancho de el Villar , Soldado experimentado,

y de valor , para que baxasse al Pueblo à executar la prision antes que fuesen sentidos.

Era grande la fama que corria de las muchas riquezas que ocultaba Guaycaypuro, y, ò fué- se por el ansia de no ser los postre- ros al pillage , ò porque siendo lance de tanto empeño en el que estaban descaba cada vno man- ifestar las veras de su aliento, empezaron à baxar con talporfia, que procuraba cada qual ser el primero ; pero adelantandose Hernando de la Cerda , Fran- cisco Sanchez de Cordova, Mel- chor Gallegos , Bartholomè Ro- driguez, y Juan de Gamez, con- ducidos de las guias llegaron à la puerta de la casa donde estaba Guaycaypuro; mas oyendo den- tro ruido , y alboroto , señal de que eran sentidos , sin atreverse à entrar, esperaron à que llegasen los demás , y juntos, por assegu- rar la presa, vnos cercaron la casa, y otros acometieron à ocuparla; pero Guaycaypuro con aquella ferocidad de animo que siempre tuvo para menospreciar los peli- gros , jugando vn estoque de sie- te quartas , que avia sido de Juan Rodriguez , y ayudado de veinte y dos Flecheros, que tenia confi- go , defendiò la entrada de tal fuerte , que quantos intentaron emprenderla bolvieron para atràs muy mal heridos.

Ya à este tiempo, à las voces, y rumor de la pelèa alborotado todo el Pueblo , ocurrian los In-

dios à socorrer à su Cacique, me- nospreciando las vidas , pues es- grimiendo sus macanas se entra- ban por las espadas, donde los mas perecian: todo era lamentos, bra- midos , y confusion ; esta origi- nada de las tinieblas , y horrores de la noche ; y aquellos causados de las mugeres que huian , y los hombres que peleaban , hasta que cansados los nuestros de ver la defensa de aquel barbaro, echa- ron vna bomba de fuego sobre la casa, con que se empezó à abrasar por todas partes; y viendo Guay- caypuro, que de mantenerse den- tro era preciso perecer entre las voracidades de el incendio , tuvo por mejor morir entre sus enemi- gos ; y llegando à la puerta con el estoque en las manos , embis- tiò con Juan de Gamez , à quien atravesò vn brazo, sacandole el estoque por el hombro; y echan- do llamas de enojo aquel corazon altivo, dixo: Hà, Españoles cobar- des ! porque os falta el valor para rendirme os valeis de el fuego para vencerme : yo soy Guaycay- puro à quien buscáis , y quien nunca tuvo miedo à vuestra Na- cion sobervia ; pero pues ya la fortuna me ha puesto en lance en que no me aprovecha el es- fuerço para defenderme , aqui me teneis , matadme , para que con mi muerte os veais libres de el temor, que siempre os ha cau- sado Guaycaypuro ; y saliendo para afuera , tirando con el esto- que à todas partes , se arrojò de- fesi-

esperado en medio de las espadas que manejaban los nuestros, donde perdió la vida temerario, con repetidas estocadas que le dieron, acompañándole en la misma infelicidad de su fortuna los veinte y dos Gandules que le avian asistido à su defensa.

Este fue el paradero de el Cacique Guaycaypuro, à quien la dicha de sus continuadas victorias subió à la cumbre de sus mayores aplausos para desampararlo al mejor tiempo, pues le previno el fin de vna muerte lastimosa, quando pensaba tener à su disposicion la rueda de su fortuna: barbaro verdaderamente de espiritu guerrero, y en quien concurrieron à porfia las calidades de vn Capitan famoso, tan afortunado en sus acciones, que parece tenia à su advitrio la felicidad de los sucessos: su nombre fue siempre tan formidable à sus contrarios, que aun despues de muerto parecia infundia temores su presencia, pues possidos los nuestros de vna sombra repentina, al ver su elado cadaver, (con aver conseguido la victoria) se pusieron en desorden, retirandose atropellados, hasta llegar à incorporarse con Francisco Infante en lo alto de la loma, de donde recobrados de el susto,

dieron la buelta à
la Ciudad.

CAPITULO XIII.

INTENTAN LOS Mariches, con el pretexto de vna paz fingida, assaltar la Ciudad de Santiago: descubrese su traycion, y mueren empalados los complices de el delito.

PAssados algunos dias despues de la muerte de el Cacique Guaycayputo, sin que en todos ellos, ni de paz, ni de guerra se huviesse dexado ver algun Indio en la Ciudad, entrado ya el año de sesenta y nueve, sabiendo los Mariches que Losada avia hecho el repartimiento de los Pueblos, señalando à cada parcialidad su Encomendero, à quien acudiesen con los servicios, y demoras, pareciòles buena ocasion para dár algun desahogo à su vengança, valiendose de el pretexto de dár la obediencia, y reconocer vassallaje à sus nuevos dueños, y con este motivo poder con mas conveniencia, y dissimulo lograr su intento depravado à la sombra de vna sumision afectada, y à bueltas de vna paz fingida; para lo qual, juntandose hasta quinientos Gandules, los mas esforcados de su Nacion, se vinieron à la Ciudad separados en quadri-llas, (por no hacerse sospechosos) y entrandose por las casas con aquellos rendimientos que vsa

Año
1569.



vn animo alevoso , para paliar su traycion manifestaron à los Españoles el desseo que tenian de verse libres de las hostilidades de la guerra , y gozar los beneficios de la paz , que tanto amaban: motivo , que obligaba à cada vno à solicitar el conocer la persona à quien avia de servir , para empezar desde luego à tratarla como à dueño.

Era el animo de aquellos barbaros (segun constò del processo que se fulminò contra ellos) asegurar à los nuestros con la familiaridad de su asistencia , y en viendolos descuidados , procurar esconderles vna noche las armas , y frenos de los cavallos , para que cogiendolos desprevenidos , no hallassen resistencia en el acometimiento que avian de intentar; pero , ò fuesse porque estando la determinacion entre muchos no pudo durar oculta , ò porque en realidad nunca tuvo esta conjura mas fundamento , que el que le diò la sospecha , ayudada de los recelos que causaba en los vecinos el ver tanta gente junta , empezó à correr la voz de el riesgo que amenazaba; y como en semejantes ocasiones aun las conjeturas imaginadas passan plaza de evidencias innegables , cogió tal cuerpo la noticia , que en las acciones mas casuales de los Indios hallaban circunstancias para confirmarla por muy cierta; y deseando atajar el daño antes que llegasse à efecto lo que temian , ocur-

rieron à Losada para que aplicasse el remedio , castigando la traycion , que juzgaban evidente: mas Losada que no ignoraba la emulacion que padecian sus acciones entre algunos de los suyos , conociendo la poca justificacion que tenia la materia , pues solo se fundaba en las débiles apariencias que avia formado el temor , gobernandose con aquella prudencia , nacida de su experiencia , no quiso meterse en ella , y huyendo por todos lados el cuerpo à la censura , diò comission à los Alcaldes Ordinarios , para que procediesse à la averiguacion por via juridica.

Eranlo en aquel año Don Pedro Ponce de Leon , y Martin Fernandez de Antequera , y examinados testigos , tomadas las declaraciones , y ajustada la Sumaria (con verdad , ò sin ella , porque esto quedó siempre en opiniones) resultò justificarse el delito , y passar à poner en prision veinte y tres Caciques , y Capitanes , que parecieron ser los mas culpados , los quales , sin mas terminos , defensas , ni descargos , fueron condenados luego à muerte , cuya execucion corriò tan por cuenta de la crueldad , que parece que en este caso se olvidaron nuestros Españoles de las obligaciones de Catholicos , y de los sentimientos de humanos , pues faltando à los respetos de la piedad , entregará aquellos miserables à los Indios amigos , y de el servi-

cio, para que los quitassen las vidas à su arbitrio; y ellos, como barbaros vengativos, y crueles, intentaron vn genero de muerte tan atroz, que solo pudiera su brutalidad averla discurrido, pues metiendoles por las partes inferiores maderos gruesos, con puntas muy agudas, partiendoles los intestinos, y atravesándoles las entrañas, se los sacaban por el cerebro: martyrio, que sin mostrar flaqueza alguna en el animo, sufrieron con gran valor, y tolerancia, clamando al Cielo bolviessse por la inocencia de su causa, pues no avia dado motivo la sinceridad de su proceder para pasar por el tormento de suplicio tan horrible.

Sucedio en esta ocasion vn caso, digno por cierto de que gravandose en marmoles se eternizasse su memoria en los Archivos del tiempo, para norma de la lealtad, y exemplo de lo que puede el amor en el pecho de vn vasallo: era vno de los veinte y tres destinados à la muerte vn Cacique, llamado Chicuramay, y sabiendo Quaricurian, vn Indio vasallo suyo, que lo llevaban ya al patibulo, con intrepidez bizarra, y resolucion mas que magnanima, quiso hacer demonstracion de los limites: hasta donde puede llegar la fuerza de la fineza, pues saliendoles al encuentro à los Verdugos, les dixo: Deteneos, y no por yerro vuestro quiteis la vida à vn inocente; à

vosotros os han mandado matar à Chicuramay, y como no teneis conocimiento de las personas, engañados aveis aprisionado à quien no tiene culpa alguna, ni se llama de essa suerte: Yo soy Chicuramay, quien cometio el delito que decís, y pues à voces lo confieso, dadme à mi la muerte que merezco, y poned en libertad à quien no ha dado motivo para que en el se execute; y de esta suerte, sacrificando su vida por librar la de su Principe, se ofrecio gustoso al suplicio, poniendose en manos de los que lo avian de executar, que ignorantes de el engaño, pensando que era verdad lo que decia, lo empalaron como à los otros, dexando libre à Chicuramay, para que con los demás Indios de su Nacion, que avian venido à la Ciudad, huyendo de su desdicha, se retirasse à las montañas, donde las consideraciones de su pena fuesen mas tolerables, teniendo por consuelo vivir en parte en que no oyessen, ni aun mentar el nombre de Españoles, contra cuya opresion, ni armados hallaban defensa, ni rendidos encontraban alivio.

(*) (X) (*) (*) (X) (*)

(?) (?) * * * (?) (?)

(X) (X)

CAPITULO XIV.

REVOCA EL GOVERNADOR, por quejas de Francisco Infante, los poderes que tenia dados à Lofada: desampara este la Conquista de Caracas, y muere en el Tocuyo.

Siempre ha sido reputado por muy difícil entre los Políticos el Arte de gobernar; y quando no tuvieramos tantas experiencias que acreditassen por evidente esta verdad, nos ofrece nuestra Historia vn exemplar en Diego de Lofada para comprobacion de su certeza, pues aunque sus acciones, gobernadas con las reglas de su natural prudencia, jamás excedieron los limites de vna moderacion justificada, no pudieron ser tan agradables à todos, que se librasen de la emulacion de algunos, principalmente de la de Francisco Infante, con quien desde los principios de la Conquista empezó à tener algunos desabrimientos, que empezando por quejas particulares, y secretas, interviniendo despues chismes, y cuentos, se fueron aumentando de fuerçe, que llegaron à parar en sentimientos declarados; y como en el repartimiento de las Encomiendas cada qual de los Conquistadores esperasse la mas pingue, por parecerle que sus meri-

tos eran acreedores de justicia à la mejor conveniencia, no pudo ser el tantèo, y regulacion que hizo Lofada tan à satisfaccion de todos, que no quedassen muchos quexolos, sintiendose agraviados en la graduacion de el premio: sin labor, que hallando apoyo en el fomento de Francisco Infante, cobrò tal cuerpo, que prorumpiendo en publicas demostraciones de sentimiento, divididos los vecinos en parcialidades, se convittió la Ciudad en enemistades, y discordias.

Bien conocia Francisco Infante que su sèquito no podia prevalecer mientras Lofada se hallasse con el caracter de Superior, pues el quererle hacer oposicion declarada era exponerse èl, y los suyos à la contingencia de padecer la vejacion de vn continuado desayre; y assi, para quitar este embarazo, consultada la materia con los amigos de su mayor confiança, tomó vna resolucion bien temeraria, pues determinado à capitular ante el Governador las operaciones de Lofada, sin reparar en los inconvenientes, y riesgos tan manifestos de aver de atravesar la loma de Terepayma, poblada de tanto barbaro, acompañado solo de el Cura Balthasar Garcia, de Domingo Giral, y Francisco Romàn Coscorillo, Soldados de resolucion, y de valor, al anohecer de cierto dia salió de la Ciudad, y caminando con el secreto possible para no ser

ser sentido de los Indios, llegó à entrar por la montaña, que llaman las Lagunillas, donde con la obscuridad de la noche, aumentada de las tinieblas que formaban las sombras de los arboles, perdiendo el tino en la senda que seguian, se hallò metido en vn laberinto, cercado de confusiones, sin poder acertar con el camino por quantas partes buscaba; y viendose afligido, por el peligro evidente de su vida, si llegaba à amanecer antes de passar la loma, pidió favor à los Cielos, encomendandose à la Virgen Santissima, (de quien se confesaba devoto) à tiempo, que, ò socorrido de el milagro, ò ayudado de la casualidad, se le puso por delante, como à distancia de quinze pasos, vn ave de la hechura, y similitud de vn pato grande, que esparciendo de sì vna luz resplandeciente como vna hacha, le manifestó la vereda que ignoraba, guiandolo hasta sacarlo fuera de el riesgo de la montaña.

Prodigio, que no obstante hallarse acreditado con la antigua tradicion de este suceso, y comprobado con la relacion que daban los Indios de aver en aquel sitio vna especie de paxaros nocturnos, à quien adornò Naturaleza con la propiedad de despedir de sì rayos de luces, como quiera que siendo el dia de oy aquel parage camino tan traginado, y passagero, no ha auido en estos tiempos persona alguna que los

aya visto: cumplo con la obligacion de Historiador en referirlo, dexando libre el juicio de el Lector para el assenso, aunque à mi no me hace dificultad alguna el creerlo, pues vemos la misma propiedad en las lucernas, ò cucuyes, (como llamamos en las Indias) y avrà veinte años vide en esta Ciudad vn madero, que con vna creciente arrojò el rio Guayre à sus orillas, que de noche, ò puesto de dia en parte obscura, como si estuviera ardiendo en llamas, despedia de sì los resplandores; y poniendo la providencia esta virtud en lo vejetable, por què no la podrá aver puesto en lo sensitivo?

Hallandose Francisco Infante, y sus compañeros fuera de la montaña, y libres de la congoxa que les causaba su detencion, se dieron tanta prisa à caminar, huyendo de el peligro que les amenazaba en la tardança, que al empezar à rayar las primeras luces de el dia se hallaron en las orillas de el rio Tuy, donde siendo sentidos de los Indios Arbaicos, baxaron en su alcance de la loma hasta sesenta Gandules, pareciendoles, que siendo quatro los Españoles, podrian con facilidad cogerlos vivos; pero Infante, por no mostrar asomros de flaqueza en ocasion tan urgente, bolviendo el rostro al Esquadron, èl, y Francisco Romàn pararon los cavallos, aguardando à que llegassen cerca para poder embes-

tiros; Domingo Giral, queriendo hallarse mas desahogado, y dueño de sus acciones, se desmontò de el suyo para pelear à pie sin embarazo, y en esta disposicion, quando les pareciò tiempo oportuno rompieron por los Arbacos, ayudandose los tres vnos à otros, con tal destreza, y promptitud, que en breve rato, dexando muertos diez y siete, hicieron retirar à los demàs por los cañaverales de los margenes de el rio; y aunque Domingo Giral, como se hallaba à pie, quiso seguirlos, desistiò de su intento al primer passo, assi por aver dado en vn atolladero donde por salir dexò los alpargates, como porque llamado de los compañeros le fue preciso ocurrir à socorrerlos, pues se hallaban atajados de otra porcion de barbaros, que les acometian por las espaldas.

Conociendo entonces Francisco Infante, por las demostraciones de vn Gandul que sobrefalia entre todos, adornada la cabeza de vna corona de plumas, que era el que los acaudillaba, puso toda su diligencia en buscar ocasion para matarlo, por considerar que en aquel lance era el vnico medio para salvar las vidas: discurso, que le saliò bien acatado, pues aviendo tenido fortuna de encontrarlo, y darle con la lança por los pechos, apenas cayò muerto en el suelo quando formando los Indios vna confusa Nozeria cargaron con el cuerpo,

y se pusieron en huida, dexando el campo libre à nuestros caminantes, para que pudiesen salir à las sabanas de Guaracarima, de donde sin embarazo passaron à Barquisimeto à dar sus queexas al Governador Don Pedro Ponce, y como estas las dictaba la passion, y enemistad concebida en Francisco Infante contra Lofada, subieron tan de punto las calumnias, que las acciones mas prudentes, y justificadas passaron plaza de delitos muy enormes, que ponderados con eficacia de Francisco Infante, y apoyados con desafecto del Cura Balthasar Garcia, obligaron al Governador à tomar vna resolucion tan intempestiva, y arrojada, que puso las cosas de Caracas en contingencia de perderse, pues sin mas motivo que dar credito à vna relacion apasionada, revocò los poderes que tenia dados à Lofada, y privandolo de el puesto de su Lugar-Theniente, despachò nuevo titulo, para que governasse en su lugar, y prosiguiesse la Conquista, à su hijo Don Francisco Ponce, que se hallaba en la Ciudad de Santiago.

Muy de lusto cogiò à Lofada semejante novedad, porque jamàs se persuadiò à que la continuacion de sus servicios, ni la claridad de su illustre sangre avian de ser tan poco atendidas del Governador, que permitiesse llegasse à efecto la intencion con que sus emulos tiraban à lastimarle en lo

sensible de el crédito, y vivo de el pundonor; pero experimentando el golpe de su adversa fortuna quando menos lo esperaba, dando quantas enfachas pudo al sufrimiento, obedeció el despacho, y entregado el Bafarron à Don Francisco Ponce, salió de la Provincia de Caracas acompañado de todos los mas Conquistadores de su sequito, que por no militar debaxo de otra mano, ni aprobar con su consentimiento el agravio hecho à su General, desampararon la Conquista, retirandole à vivir à las demás Ciudades de la Governacion: accidente, que dexò tan debilitadas las fuerças de las dos nuevas Ciudades de Santiago, y Caravalleda, que estuvieron à punto de despoblarse, como huviera sucedido à no introducirles el socorro, que referirèmos despues.

No quiso Lofada por entonces verse con el Governador, por no ponerse en contingècia de que el ardimiento de su justa quexa propassasse los terminos de el respeto, que se debe à vn Superior; y así, sin entrar en Barquisimeto pasó de largo à su antigua asistencia de el Tocuyo, donde pensaba, retirado, templar el sinfabor de su disgusto; pero como à la limà sorda de vn sentimiento no ay corazon, por grande que sea, que no desfallezca, pudo tanto la consideracion de su desayre, sobre la mala correspondencia de sus muchos servicios, que postra-

das las fuerças de el animo, consumido de melancolias, y tristezas, perdió en breve tiempo la vida, con general desconsuelo haffra de sus enemigos, pues jamás pudo la ciega emulacion de sus contrarios negar aquel conjunto de prendas que lo hicieron siempre amable.

Fue natural del Reyno de Galicia, Cavallero muy illustre, hijo segundo de el Señor de Rio-Negro, de gallarda disposicion, y amable trato, muy reportado, y medido en sus acciones, de vna conversacion muy agradable, y naturalmente cortesano: propiedades, que le granpearon siempre la dicha de bien quisto. Quando pasó à la America diò las primeras muestras de su valor en las Conquistas de Paria, y Maratapana, donde fue Maestre de Campo del Governador Antonio Cedeño; y muerto este à las violencias de vn veneno en aquella jornada que emprendió para el descubrimiento de el rio Meta, por eleccion de todos los Soldados de el Exercito fue nombrado en compañía de Pedro de Reynoso, hijo de el Señor de Autillo, para que los governasse, fiando de su prudencia los aciertos de que necesitaban en empeño de aquel porte; y buuelto despues à Maracapana pasó à esta Provincia, donde tuvo la estimacion, que merecieron sus señalados servicios, pues no huyo funcion en su tiempo à
que

que no asistiessse, manifestando en todas su singular talento; con Alonso Perez de Tolosa entrò por Maestre de Campo al descubrimiento de las Sierras Nevadas, y lomas de el Viento; contra la rebelion de el Negro Miguel fue nombrado por General de los Cabildos, y se debió à su valor la rota de su Exercito, y muerte de aquel tyrano; en la Conquista de Caracas, y poblacion de sus Ciudades, no sè si debió mas à su fortuna, ò à su infelicidad, pues si aquella le diò la gloria de conseguir lo que no pudieron otros Capitanes de gran nombre, esta le

dispuso de sus mismos triunfos la emulacion, que diò motivo à su muerte, con la violenta resolucion de vn Superior imprudente.

Quasi al mismo tiempo que falleció Losada en el Tocuyo murió tambien en Barquisimeto el Governador Don Pedro Ponce de Leon de vna disenteria, dexando el gobierno à los Alcaldes Ordinarios, à cada vno en su distrito, en el interin que la Audiencia de Santo Domingo daba otra dis-

posicion mas conveniente.





LIBRO SEXTO

DE LA CONQUISTA , Y POBLACION

DE LA PROVINCIA

DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

CAPITULA DON PEDRO DE SILVA LA CON-
quista de el Dorado : llega con su Armada al Puerto de la
Borburata , y intenta su descubrimiento por
los Llanos.



PARA INTE-
 ligencia , y
 claridad de los
 sucesos que se
 figuen al hilo
 de nuestra His-
 toria es neces-

fario advertir, que el año de quinientos y sesenta y seis, aviendo salido de las Chachapoyas en el Reyno de el Perú el Capitan Martin de Proveda con alguna gente armada al descubrimiento de nuevas Conquistas, passada la cordillera de los Andes , y entrado en el piélago inmenso de los Llanos , llevando su derrota siempre al Norte , fueron tantos

los infortunios , y contratiempos que padeciò de hambres , enfermedades, y trabajos , que muerta la mayor parte de sus Soldados, por no perecer en aquellos desiertos intratables , mudando el rumbo à el Poniente para buscar las Serranías , vino à salir por San Juan de los Llanos à la Ciudad de Santa Fè, sin mas fruto de su jornada , que aver adquirido noticias de algunos Indios que encontrò , de que caminando mas al Norte por el mismo viage que llevaba, hallaria Provincias muy pobladas, y tan ricas, que todo el omenage de las casas era labrado de oro, con otras mil grandezas,

y mentiras, que aquellos salvages de los Llanos, por echarlos quanto antes de sus tierras, les supieron fingir para engañarlos.

Llegado Proveda à Santa Fè, y esparcidas por èl, y sus Soldados las voces de estas Provincias, con aquellas circunstancias que fuele la ponderacion en tales casos, fue tal el movimiento que causaron, teniendo todos por fijo aver llegado la hora de descubrirse el Dorado, que desde luego, ambicioso de mas fama de la que avia adquirido en los descubrimientos de el nuevo Reyno el Adelantado Don Gonçalo Ximenez de Quesada, capituló con la Audiencia de Santa Fè la Conquista, y Poblacion de tierras tan opulentas como exageraban todos, cuya empresa, y los imponderables trabajos que en ella padeció el Adelantado (sin otro fruto, que quedar destruido) dexamos de referir, por no ser materia perteneciente al assumpto de esta Historia.

Era vno de los Soldados que acompañaron à Poveda en este descubrimiento Don Pedro Malaver de Silva, Cavallero Estremeno, natural de Xeréz, y casado en Chachapoyas, hombre rico de caudal, de corazon altivo, y espíritus elevados; y pareciendole (con las noticias adquiridas en los Llanos) que tenia ya en posesion aquellas grandes riquezas, que para ruina de la Nacion Española fingió la desventura con

este apetecido nombre de el Dorado, con deseo de eternizar su fama se determinò el año de quinientos y sesenta y ocho à passar à Castilla, y solicitar de el Rey, le hiciesse merced de esta Conquista à que le inclinò su maligna estrella, para que perdiendo la vida en manos de su infelicidad, dexasse exemplo en sus desdichas de lo poco que aprovecha el valor à vn corazon por grande que sea, quando lo han cogido por su quenta las desgracias.

Puesto Don Pedro en la Corte, patrocinado de el favor de Don Diego de Cordova consiguió con facilidad su pretension, dandole el Rey en adelantamiento la Conquista de los Omeguas, Omaguas, y Quinaco, en distancia de trecentas leguas, con nombre de la nueva Estremadura; el Gobierno por dos vidas de todo lo que poblasse, veinte y cinco leguas en quadro, con los Indios que comprehendiesen dentro, en la parte que escogiese de su Gobierno: la Vata de Alguacil Mayor de la Chancilleria (si en algun tiempo se fundasse) perpetua en su casa; y otras muchas mercedes honorificas, y de conveniencia, de que se le despacharon titulos en Aranjuez à quince de Mayo del mismo año de sesenta y ocho.

Y porque el mismo dia se avian dado despachos à Don Diego Fernandez de Cerpa para

la Conquista de la Guayana, y Guara, con otras trecientas leguas de jurisdiccion, que avian de correr con nombre de la nueva Andalucía, por quitar las diferencias, y disturbios que podian originarse entre estos dos Generales sobre los terminos de sus Governaciones, hizo declaracion el Consejo, para que las trecientas leguas concedidas à Don Diego de Cerpa empezassen desde la Boca de los Dragos, subiendo por el rio Orinoco para el Sur, y donde estas acabassen tuviessen su principio las de Don Pedro de Silva.

Compuesta de esta suerte la diferencia que pudiera moverse entre los dos, trataron de hazer levas, y levantar gente para sus descubrimientos, Cerpa en Castilla, y Don Pedro de Silva en la Estremadura, y en la Mancha, con tan buen suceso, que dentro de pocos dias se hallò Don Pedro con seiscientos hombres escogidos, muchos de gente noble, y principal, y entre ellos dos hermanos, naturales de Alcantara, el vno llamado Alonso Brabo Hidalgo, que avia sido criado del Principe Rui-Gomez, à quien hizo Don Pedro su Maestro de Campo; y el otro Diego Brabo Hidalgo, hombres ricos, y acomodados, que viendo à Don Pedro salto de medios para los precisos gastos de su avio, le prestaron mil ducados, à pagar en mejor fortuna, con los quales,

y otras cantidades que recogió entre los Soldados, pudo disponer lo necesario para el mejor expediente de su apresto.

Prevenidos, y yà de partida, se hallaban en Sevilla los dos Generales quando llegó à aquella Ciudad la primera noticia de el levantamiento de los Moriscos de Granada, y Don Pedro, sin esperar à la segunda, recelando no le quitassen la gente para necesidad tan apretada, la hizo embarcar con brevedad, y con ella se baxò para San Lucar: diligencia, que por no averla Cerpa prevenido, se le siguiò la molestia de que le embargassen la suya, obligandole à passar à la Corte, en que se retardò mas de tres meses, solicitando despacho para que se la bolviessen; y Don Pedro, sin embarazo alguno, en dos Navios que tenia prevenidos en San Lucar se diò à la vela el dia diez y nueve de Março de este año en que vamos de sesenta y nueve, y llegando con buen tiempo à la Isla de Tenerife, se hallò precisado à comprar otro Navio en el Puerto de Santa Cruz para desahogar su gente, por lo estrecha, y mal acomodada que venia en las dos Embarcaciones, y poder con mas conveniencia proseguir su derrota, como lo executò ya à mediado de el mes de Abril, surgiendo con felicidad por fines de Mayo en la Isla Margarita, donde en vno de los dias que se detuvo juntò los Capitanes, y Cabos principales de su Armada

mada à Consejo de Guerra à la sombra de vnas ceibas, que estaban en la plaza, cõcurtiendo tambien (llamados por Don Pedro) los vecinos mas autorizados de la Isla; y aviendoles propuesto el fin à que se encaminaba su armamento, y pedidoles, que como hombres pràcticos, y experimentados le aconsejasen la parte por donde con mas conveniencia podria dâr principio à su Conquista, fueron todos de parecer lo hiciefse por Maracapana, donde à la sazón avia vn Pueblezuelo de Españoles, que le podria servir de abrigo para dexar en èl sin riesgo las mugeres que traia consigo, y proveerse à poca costa de ganados, y bestias para la conduccion de su bagage.

Era Don Pedro sobradamente tenaz en el dictamen que llevaba à concebir, (defecto que le costò la vida) y aviendo siempre hecho el animo à empezar su descubrimiento entrando por la Borburata, y llanos de esta Provincia, no le agradò el consejo de los de la Margarita, y así, poniendose en pie al oirlo, manifestando su displicencia en el semblante, dixo: Vuestras mercedes me aconsejan esso, no porque sea lo que me conviene, sino por lograr la ocasion de venderme sus ganados, y bastimentos; à que respondiò vno de los vecinos, llamado Salas, hombre anciano de mas de setenta años: Nosotros solo buscamos la comodidad de

vuestras mercedes, que la nueva no nos ha de venir de ai, pues sin essa hemos sustentado vuestras familias honradamente desde que conquistamos estas tierras; y si no nos cree, el tiempo le harà experimentar esta verdad muy à su costa; y bolviendo la cara à los Capitanes de Don Pedro, que estaban alli presentes, echando mano de vna venerable barba que tenia, les dixo: Para estas canas que se han de perder todos vuestras mercedes si siguen el parecer de su General; y saliendo de la Junta todos los de la Margarita, dexaron solo à Don Pedro con su Maestre de Campo, y Capitanes, que empeñados à reducirlo, le empezaron à persuadir, tomassè el consejo que le daban aquellos hombres cargados de experiencia en semejantes materias; y mas quando se conocia ser fundado en razon, y conveniencia, pues dexando en Maracapana las mugeres, y los niños, podria sin estos embarazos empezar mas à gusto su Conquista; pero estuvo Don Pedro tan inflexible en la resolucion de hazer su entrada por la Borburata, que exasperado el Maestre de Campo, le dixo: No sè yo si estos señores Capitanes, y Soldados querran poner sus vidas, y personas en tan evidente riesgo, solo por dar gusto à V señoria; à que respondiò Don Pedro colerico, y alterado: Si vuestra merced lo teme tanto, yo le doy licencia para que se que-

quede, y à todos los demás que no quifieren seguirme, que espi-ritus cobardes, mas embarazan, que acompañan.

Aceptada por el Maestre de Campo la licencia, y por otros ciento y cinquenta Soldados, que adivinando los fatales fines que prometia terquedad tan invencible se quedaron tambien en la Margarita, Don Pedro se hizo à la vela el dia siguiente, y con tiempo favorable llegó à la Borburata, de donde despachò los Navios para España, passando èl con su gente à la Valencia, en cuyo breve transito de siete leguas conoció todos, por las incomodidades presentes, las adversidades futuras; y tan descontentos de la jornada, como mal satisfechos de la aspera condicion de Don Pedro, empezaron à desvnirse, tirando vnos para Barquisimero, y el Tocuyo, y escondiendose otros en las estancias de los vecinos de Valencia, principalmente los que se hallaban con carga de muger, y chusma de hijos, que con voluntad los admitian, y ocultaban los vecinos, movidos de compasion, al ver aquellas inocentes criaturas sacrificadas al cuchillo de el hambre, y necesidad.

El Maestre de Campo Alonso Brabo, y su hermano Diego Brabo, que como diximos se avian quedado en la Margarita, à los seis dias despues que salió de ella Don Pedro, acompañados de algunos de los Soldados que los quisieron

seguir, se embarcaron en vn Navio que iba para Cartagena, y tocando de camino en la Borburata, hallaron gran cantidad de ropa de Castilla, y botijas de vino, que avia dexado alli Don Pedro, con treinta Soldados en su guarda, y por no perder ocasion tan oportuna, para hacerse pago de los mil ducados que le prestaron en España cogieron las botijas de vino, que les pareció serian bastantes para la satisfaccion del importe de su deuda, y llevandose tambien algunos de los Soldados que avian quedado de guarda, prosiguieron su viage à Cartagena.

Los que permanecieron en el Puerto avisaron luego à Don Pedro de el extravio de su hacienda; quien sentido de la burla que le avia armado Alonso Brabo, baxò à la Borburata, y haciendo informacion juridica de el caso, sentenciò à los dos hermanos à muerte en rebeldia, desahogando con esta demostracion mas que aparante los bochornos que avia encendido su colera; y haciendo transportar à la Valencia las mercaderias que le avian quedado alli, tratò de abreviar quanto antes su partida, viendo que por momentos se le disminuía el numero de su gente, pues aviendo sacado de España seiscientos hombres, se hallaba ya con ciento y quarenta solamente, con los quales salió de la Valencia à dos de Julio de el año de sesenta y nueve

nueve; entrandose por los Llanos, donde lo buscaremos después.

CAPITULO II.

ENTRA GARCI-GONÇALEZ con ochenta hombres de socorro à la Ciudad de Santiago: vienen los Caribes sobre Caravalleda, y hallando resistencia se retiran con pérdida.

Hallavanse las dos Ciudades de Santiago de Leon, y Caravalleda recién fundadas en la Provincia de Caracas quando Don Pedro de Silva llegó à la Borburata con su Armada en los últimos lances de el peligro à que las avia expuesto la discordia originada entre sus vecinos, pues como referimos en el Libro antecedente, sentidos todos los de la parcialidad de Diego de Losada de el agravio que le avia hecho el Governador en revocarle los poderes por las quejas de Francisco Infante, se salieron con el de la Provincia, desamparando su Conquista; y como estos eran los mas, fueron tan pocos los que quedaron en ella, que en continuado trabajo, sin dexar las armas de las manos, apenas se podian mantener dentro de el recinto de sus Poblaciones, por el temor con que los molestaban los In-

dios; y teniendo noticia los Alcaldes Ordinarios de las dos Ciudades (à cuyo cargo estaba el gobierno de ellas por la muerte de el Governador Don Pedro Ponce) de la mucha gente que de la Armada de Don Pedro de Silva avia quedado esparcida por la Valencia, y sus contornos, y que entre ella estaba el Capitan Garci-Gonçalez de Silva, sobrino de Don Pedro, persona noble, de valor, y de mucha autoridad para con todos, que disgustado con el tio, por la aspereza de su natural insufrible, no avia querido seguirle, aunque venia por su Alferrez, le escribieron con Juan Serrano, (à quien despacharon para esta diligencia) representandole la necesidad extrema en que se hallaban, y el gran servicio que haria à Dios, y al Rey, si juntando la mas gente que pudiesse de la que avia venido con su tio, entrasse à socorrerlos, por estar ya en terminos tan apretados, que les seria preciso abandonar lo conquistado, por no poder mantenerse.

Deceaba Garci-Gonçalez que su suerte le ofreciese ocasion en que poder manifestar su bizarría, y hazer alarde de aquel espíritu invencible, que mantenía en el pecho; y como la fortuna le tenía destinada esta Provincia para teatro en que representasse las mayores hazañas su valor, desde luego se determinó à la empresa, tomando el socorro por su quenta, fiado en el respeto, y amor

con que sabía por experiencia le miraban todos los que avian sido Soldados de su rio: concepto en que no padeció engaño su confianza, pues publicada su intención, se le ofrecieron à seguirle ochenta hombres, todos Estremenos, y los mas hijos de la Ciudad de Merida, su Patria, con los quales marchò luego para el Valle de Mariara, donde le estaba esperando Gabriel de Avila, que de orden de los Alcaldes de la Ciudad de Santiago avia salido con quinze hombres de à cavallo para venirle acompañando, y proliguendo juntos desde allí, sin novedad que dè materia à nuestra Historia entraron en Caracas, donde los dexaremos por aora.

En el intermedio de la salida de Gabriel de Avila à combayar este socorro, recalaron sobre la Costa de Barlovento de Caravalleda catorce Pyraguas de Indios Carives de la Isla de Granada, que con su acostumbrada fiereza, hija de su misma barbaridad, venian destruyendo à sangre, y fuego quanto encontraban delante, saciando su bestial apetito con la carne de los miserables Indios, que pudieron aprehender en los Puertos: era su principal intención dár assalto à la Ciudad de Caravalleda, y aunque los pocos Españoles de que se componia en aquel tiempo, por medio de algunos Indios amigos, tuvieron noticia de el

mal que les amenazaba con la inmediacion de los Carives, no quisieron dár credito al aviso, y solo se contentaron con poner aquella noche vna Centinela, algo apartada de el Pueblo, para que observasse si avia alguna novedad en los contornos, en cuya prevencion, aunque tan leve, consistió por entonces su remedio.

Avian los Carives echado en tierra aquella noche trecientos Gandules, para que al romper el Alba diessen el assalto à la Ciudad, al mismo tiempo que las Pyraguas hiciesen el acometimiento por el Puerto, y viniendo marchando à executar su intento los huvo de sentir la Centinela, pero yà tan inmediatos, que sin tener otro remedio, valiendose de las voces que le pudo permitir el susto, entrò por la Ciudad tocando al arma à tiempo que yà por todas partes resonaba el rumor de la guassabara, à cuyo estruendo los Españoles, conociendo (aunque tarde) su descuido, echaron mano à las armas para hacer rostro al peligro, y aprovechandose de la confusion con que los barbaros se divertian al pillage, y hacer prisionera alguna gente de el servicio, tuvieron lugar para juntarse en Esquadron hasta veinte hombres, que eran quantos avia en la Ciudad, y echando el resto al valor, embistieron con los Carives, llevandose al filo de las espadas quantas vidas encontraba

su resolución , à que ayudò con mas que varonil esfuerço vna muger , llamada Leonor de Cáceres , que renovando la memoria de Thomiris , y Cenovia , embrazando vna rodela , y esgrimiendo vna macana , que quitò de las manos à vn Carive , hacia en la comun defenfa maravillas.

Dieronse por perdidos los Indios à vista de oposicion tan temeraria , y reconociendo muertos yà sus mas valientes guerreros , empezaron à retirarse àzia la playa al abrigo de sus Pyraguas , à tiempo que entre la confusión de los que huian alcançò Gaspar Thomàs à conocer vna señora , muger de Duarte de Acosta , que cautiva entre los brazos de vn barbaro , pedia favor à los Cielos , y calando al pecho vn arcabuz , sin mas punteria que la que governò el acaso , disparò con tal fortuna , que partiendole la cabeza al barbaro , le hizo soltar con la vida la inocente presa que llevaba : era este Indio vno de sus Caciques principales , y su muerte acabò de declarar por entero la victoria , pues acogiendo-se con acelerada fuga à las Pyraguas , se hicieron à toda boga el mar à fuera , desquitando su brabeza en los miserables Indios que avian aprisionado en la Costa , pues matandolos para celebridad de sus festines , y borracheras , se los fueron comiendo por aquellas playas , con la brutalidad que acostumbra aquella Nacion

extolida , dando lugar en vna de ellas la embriaguez con que se hallaban , para que se les pudiesse escapar , y venirse à la Ciudad (donde despues vivió avecindado algunos años) vn Español , llamado Benito Calvo , que tenian cautivo avia siete años , aviendolo aprisionado en la Isla Dominica de vna Saetia de vn Pedro Mendez , que avia bazado en sus Costas.

CAPITULO III.

LLEGA DON DIEGO de Cerpa à los Cumanagotos: puebla la Ciudad de los Caballeros: intenta dàr principio à su Conquista, y muere à manos de los Indios con la mayor parte de su gente.

DExamos à Don Diego Fernandez de Cerpa detenido en Madrid solicitando la restitucion de la gente que le avian embargado en Sevilla , para ocurrir al levantamiento de los Moriscos de Granada ; y aunque à costa de tres meses de dilacion , que gastò en la solicitud de este negocio , aviendo conseguido despacho para que se la bolviessen , baxò à la Andalucia , y recogidos con presteza sus Soldados , se diò à la vela en tres Embarcaciones , que tenia prevenidas en el Puerto de San Lucar , con las quales por fines

finis de el año de sesenta y nueve llegó à dar fondo en la Costa de los Cumanagotos, Nacion en aquel tiempo tan guerrera, como numerosa, y que siendo comprehendida en los terminos de su capitulacion la avia escogido por primer assumpto de sus armas, para dar principio por ella à sus Conquistas, huyendo de los riesgos à que exponia su Armada, si entrando por la Boca de los Dragos las huviesse de emprender por el Orinoco arriba.

Traia Don Diego consigo quatrocientos hombres escogidos, y entre ellos muchos Cavallos, y Soldados de los que avian militado en la Europa en las famosas ocasiones de aquel tiempo, y como le acompañaba alguna chusma de mugeres, y muchachos, asì por desahogarse de este embarazo en la inescusable fatiga de las marchas, como por dexar en la Costa assegurada la puerta à los socorros, por comun parecer de todo el Campo poblò luego en la boca de el rio Salado vna Ciudad, à quien intitulò Santiago de los Cavallos, y dexando en ella las mugeres, y niños, con los vezinos necesarios para su manutencion, y su defensa, salió à campaña con el resto de su gente, con animo de atravesar la Provincia siempre al Sur, hasta descubrir por aquel rumbo las aguas de el Orinoco.

Avian estado los Indios à la mira desde que Don Diego mojó

las anclas en su playa, observando los movimientos de los nuestros para descubrir los fines à que se encaminaban todas aquellas disposiciones de su Armada; y advirtiendo la poblacion que tenían hecha, y que dividida la gente trataban de penetrar la tierra à dentro, dieron por segura la ocasion para derrotar los forasteros, y dexar libre el País de la opresion violenta de sus huespedes. A este fin llamaron en su ayuda con presteza à la Nacion Chacotapa, su confinante, y amiga, y juntos de vnos, y de otros mas de diez mil Combatientes, dexaron empeñar à Don Diego por lo cerrado de vna montaña baxa, hasta salir al sitio, que llaman Comoroquao, (tres jornadas distante de la Costa) donde cogiendolo fatigado con la molestia de la marcha, lo ardiendo de el terreno, y la rabiosa sed que padecian los Soldados, por no aver agua en todo aquel distrito, lo atacaron con valerosa resolucion por todas partes; y aunque Don Diego, acordandose de su sangre, y de el empeño en que lo avia metido su fortuna, procurò acreditar su valor en ocasion tan vrgente, anduvo tan desgraciado, que tropezando à los primeros lances el cavallo, lo derribò en el suelo; y aunque su Sargento Mayor Martin de Ayala (que con el mismo empleo avia servido en las guerras de Lombardia, y de el Piamonte)

acudiò luego à socorrerlo , solo sirviò su diligencia para que fuese mayor su desventura , pues muertos ambos à manos de los Indios , y turbados los demàs con la inopinada confusion de tal desgracia , quedaron todos expuestos al golpe de las macanas , sin que hallasse defensa el desconcierto para poderse librar de la barbara crueldad de aquel gentio , que embrabecido al ver el desbarato de los nuestros , ni conocia à la piedad , ni daba lugar à la clemencia , pues en menos de media hora quedaron por despojo de sus manos ciento y ochenta y seis Españoles , que tendidos en el campo , acompañaron à su General en la desgracia , para dexar con su sangre à lo futuro rubricada la memoria infeliz de este suceso.

Quatro dias despues de la muerte de Don Diego , y de la lamentable rota de su Campo llegaron con la noticia à la nueva Ciudad de Santiago de los Caballeros los pocos que pudieron escapar de la refriega , pero tan heridos , y postrados , que murieron en breve los mas de ellos: governaba la Ciudad Guillermo Loreto , à quien se la avia dexado Don Diego encomendada ; y discurriendo como Soldado , que los Indios en prosecucion de la victoria avian tambien de atacarla , tratò de prevenirse para sufrir el asedio , ò resistir el asalto , à que no diò mucho lugar la

priessa acelerada de los Indios ; porque el dia siguiente amanecieron sobre la Poblacion sus Esquadrones.

Hallavase Loreto salto de bastimentos , y de vn todo ; pero empenado el valor en la defensa , acreditò con las obras , lo que puede en tales ocasiones la constancia , pues no contento con resistir catorce dias el ardimiento con que peleaban los barbaros , sacò su gente fuera de las palizadas para buscar al Enemigo en la campaña , à tiempo que llegó de la Margarita el Capitan Francisco de Caceres con algunas Pyraguas , y gente de socorro , con cuya ayuda consiguiò atemorizar algo à los Indios , para que afloxasen vn poco en el combate ; pero reconociendo que con la muerte de Don Diego era imposible , ni mantener la Ciudad , ni llevar adelante la Conquista , se resolviò à desampararla voluntario , antes que la necesidad le obligasse à abandonarla con descredito ; y embarcando en las Pyraguas las mugeres , niños , y gente de servicio , haciendoles escolta con los Soldados por la playa , se retirò , marchando à Cumana.

Este fue el paradero que tuvo Don Diego Fernandez de Cerpa en su jornada à que lo empenò la vanagloria , y el deseo de hazer su nombre eterno , y memorable con las acciones que pensò executar en sus Conquistas , pues hallandose vecino rico en

Cartagena, t rocò las conveniencias que gozaba en la quietud de su retiro por los afanes, gastos, y cuidados con que destruyò su casa para còprar con ellos la muerte lastimosa que hemos visto, dexandole à su hijo Don Garcia vinculada por herencia su desgracia, pues queriendo llevar adelante las capitulaciones de su padre, consumió, sin provecho, en diferentes entradas, y armamentos las quantiosas rentas, y tributos, que como à su Encomendero le rendian las grandes Poblaciones de Turuaco, y Cipacua, hasta que perseguido de los contratiempos de su fortuna perdiò tambien la vida en la demanda.

CAPITULO IV.

SALE GARCÍ-GONZÁLEZ en busca de Paramaconi: nombra la Audiencia por Gobernador interino à Juan de Chaves, y los Indios de Mamo matan à Don Julian de Mendoza.

Libre la Ciudad de Santiago de los temores en que la tenían los Indios, y animados sus vecinos con el socorro que introduxo Garcí-González de Silva, trataron luego de salir à tomar satisfaccion de los aprietos que avian padecido en aquel tiempo; y siendo Paramaconi Cacique de

los Taramaynas, de quien tenían recibidas mas ofensas, por ser quien con mas hostilidades se avia esmerado en molestarlos, determinaron fuesse el primero que experimentasse en el castigo los efectos de su despique, à cuyo fin, cometida la expedicion por los Alcaldes Ordinarios al mismo Garcí-González, (para que à la fineza del socorro se agregasse el deberle tambien el delquite à los agravios) salió con treinta hombres de la Ciudad al ponerse el Sol, por no ser visto, ni sentido de los Indios, y llevando por guia à vn muchacho de once à doce años de edad, Taramayna de Nacion, caminaron hasta llegar poco despues de media noche à los Pueblos de Guaremayfen, Parnamacay, y Propocunate, que estaban inmediatos vnos à otros, en ocasion que los Indios, entretenidos con bayles, y regocijos, en Junta general de los Caciques consultaban al demonio por mano de sus Mohanes, pidiendole consejo sobre la forma que debian observar para portarse con los Españoles; pero advertido Garcí-González por el muchacho que lo guiava de que Paramaconi, con el recelo de que los nuestros lo avian de buscar de noche, (sin querer concurrir à aquellas juntas) dormia retirado en el centro de vna montaña, que se miraba alli en frente, deseando solo assegurar la persona de el Cacique, cogiendolo muerto,

to, ò vivo, mandò marchar adelante, sin detenerse à hazer hostilidad alguna en aquellos Pueblos, aunque pudiera lograrla facilmente, aprovechando la ocasion de sus divertimientos, y descuido.

Tenia el barbaro formado su retiro en lo mas fragoso de aquella montaña inculta, con disposicion tan prevenida, que fabricada la casa en vn llano sobre lo pendiente de vna ladera, se mandaba à vn tiempo por dos puertas, vna que miraba àzia la cumbre de el monte, y otra, que con vnos despeñaderos de por medio caia à lo profundo de vn Valle, para tener siempre por vna parte, ò por otra asegurado el escape, en caso que lo buscasen; y llegados Garci-Gonçalez, y su gente al centro de la montaña, aunque con mucho trabajo por lo aspero de los riscos, y cerrado de los arboles, descubrieron la casa, à tiempo que Paramaconi, sintiendo el ruido, con vna macana en la mano ocurriò à la puerta de el despeñadero para poner en salvo por alli quatro mugeres que tenia consigo, mientras otros seis Gandules, armados de arcos, y flechas, hacian cara por la otra puerta para divertir los nuestros.

Pero Garci-Gonçalez advertido, dexando sus Soldados batallando con los Gandules, cogiò la buelta à la casa para cerrar el passo à la ladera; y siendo en

ocasion que iba saliendo el Cacique, al encontrarse con el le tirò vn tajo con la espada; mas reparandolo el barbaro en los tercios vltimos de la macana, tuvo lugar para metersele dentro, y darle con las manos tan fuerte golpe en los pechos, que falseando toda la fortaleza de Garci-Gonçalez, fue dando tras pies, hasta caer de espaldas en el suelo; entonces Paramaconi, sin atender à otra cosa, que à poner en seguro sus mugeres, aprovechandose de aquel accidente favorable, las escondiò por el monte, y sin esperar à que pudiesse ponerse en pie su contrario, con resolucion desesperada se dexò caer por el despeñadero al Valle; pero levantandose Garci-Gonçalez con presteza, ò ignorante de la profundidad de el precipicio, ò arrebatado de el incendio de su colera, sin reparar en la incòsiderada temeridad que executaba el valor, se arrojò de la ladera con la espada en la mano tras el barbaro; y aunque bastantemente atormentado con los golpes que recibì rodando por las peñas, como al llegar abaxo hallasse à Paramaconi, que armado con la macana le esperaba prevenido, sin tener lugar, ni aun para tomar aliento en su fatiga, le fue preciso entrar desde luego en el combate, donde echando cada qual el resto por quedar superior à su enemigo, vnas veces usando de las armas, y otras valiendose de los brazos, hicie-

hicieron bien trabajosa la porfia, hasta que Garci-Gonçalez, logrando como diestro los movimientos de el Cacique, pudo llegar à herirlo, metiendole la espada por el vazio derecho; Paramaconi entonces, bramando con el sentimiento de la herida, soltò en el suelo la macana, y abrazandose con Garci-Gonçalez intentò oprimirlo para quitarle la vida entre los brazos; pero conociendo que aunque le sobraba el corage para emprenderlo, le faltaban las fuerças para conseguirlo, por la mucha sangre que vertia de la herida, se desviò luego, procurando retirarse à la montaña, por no morir à vista de su contrario; mas no lo pudo hazer tan à su salvo, que no le alcançasse antes vn tajo, que le tirò Garci-Gonçalez con tal fuerça, que partiendole el hombro izquierdo, y corriendo la espada por la espalda, se la abrió hasta la cintura, à cuyo golpe desmayado el Cacique, cayò en el suelo como muerto, y juzgandolo por tal Garci-Gonçalez, sin hazer mas caso de èl lo dexò alli, procurando solo buscar forma para bolver à subir à la ladera.

Pero era tan pendiente el precipicio por donde se avia arrojado, que le huviera sido casi imposible el assenso, à no favorecerlo sus Soldados, que echandolo menos despues de muertos los seis Gandules que defendian la entrada de la casa, y conocien-

dolo por las voces con que pedia socorro desde el Valle, dieron disposicion para sacarlo de aquella profundidad en que se hallaba metido; y como el fin de su jornada solo se avia dirigido à castigar los atrevimientos de Paramaconi, teniendolo ya por muerto, trataron sin dilacion de bolverse à la Ciudad, donde reforçando el engaño la voz comun de los Indios, y el recato que tuvo el Cacique en ocultarse mientras convalecia de las heridas, corriò su muerte por tan fixa, que nadie llegò à dudarla, hasta que passado poco mas de vn año, acompañado de alguna gente principal de su Nacion Taramayana, se entrò vna mañana en la Ciudad pidiendo paz, y ofreciendo la obediencia, que mantuvo despues con gran fidelidad hasta su muerte, y tanto amor, y amistad para con Garci-Gonçalez, (aficionado al valor con que se portò con èl) que quantas vezes se le ofrecia venir à la Ciudad era fixo en su casa el hospedage, conservando siempre la memoria de su campal desahio, al passo que le duraron las señales de sus heridas, pues le podia caber vn brazo en el hueco que le quedò de la que recibió en las espaldas.

A este mismo tiempo con poca diferencia llegò à la Provincia Juan de Chaves, natural de la Ciudad de Truxillo en la Estremadura, y vecino de la de Santo Domingo en la Isla Española,

ñola, à quien la Real Audiencia proveyò por Governador interino en lugar de Don Pedro Ponce de Leon; y resignado à tener en Coro su asistencia, nombrò por su Lugar-Theniente en la Ciudad de Santiago à Bartholomè Garcia, suegro de el Capitan Juan de Guevara, y hierno de Juan Quaresma de Melo, primer Regidor que fue de Coro, por particular merced de el Emperador Carlos Quinto, y à pocos dias de aver entrado este Cavallero en el exercicio de su puesto sucediò la muerte desgraciada de Don Julian de Mendoza, cuya execucion tuvo principio en el sentimiento que formaron los Caciques Paramacay, Prepocunate, y los demás de el Valle de Mamo, (llamado por otro nombre el Valle de las Huayabas) por averles embiado à decir Don Julian tratassen de venir à trabajarle en sus labranças, porque era su Encomendero.

Advertencia, que recibieron tan mal los que por su naturaleza estaban acostumbrados à mandar, y no à servir, que desde luego, sintiendose ofendidos de la propuesta, determinaron quitarle la vida para satisfaccion de su agravio: A este fin, simulando su intencion con los obsequios de un rendimiento servil, embiaron à la Ciudad algunos Indios, para que en nombre de todos diessen la obediencia à Don Julian; presentandole por primer reconoci-

miento de tributo, y vassallage vnas hamacas, curiosamente tegidas, con otros frutos, y regalos comestibles de la tierra: demonstracion, que teniendola Don Julian por indicio evidente de vna voluntad sincera, sin recelar el engaño se dexò llevar (por su desdicha) de su afectada aparien-
cia, pues pareciendole avia conseguido ya quanto podian desear sus intereses para lograr sus aumentos, pidiò licencia à Bartholomè Garcia para passar à reconocer los Pueblos, y tomar posesion de su Encomienda.

A este efecto salió de la Ciudad, tan confiado en la amistad de los Indios, que solo llevò consigo dos Soldados, mas para su asistencia, que para su compañía; y llegando à la boca por donde desagua al Mar el rio de Mamo hallò todos los Caciques, y principales de el Valle, que le estaban esperando con grandes muestras de alegria, y fingimientos de paz; pero como la intencion era distinta de lo que mostraba el exterior, solo duraron los regocijos con que tiraron à divertirlos mientras Prepocunate tuvo lugar de cogerle à Don Julian las espaldas, y darle por detras con un machete tan fuerte golpe en la cabeza, que se la partiò por la mitad hasta los ojos, dexandolo sin vida à fuerça de inhumanidad tan aleyosa.

Los dos compañeros viendo muerto à Don Julian, y cono-

Hhhh

cien-

ciendo, aunque tarde, el fementido trato de los Indios, no hallaron otro remedio, que apoderarse de vna casa, que estaba à las orillas de el rio, para procurar à su abrigo defenderse, siquiera por entretener por algun tiempo la vida, y dilatar con valor algun rato mas la muerte; pero solo les sirviò la diligencia para experimentar vn fin mas lastimoso, porque los Indios, no pudiendo tolerar la resolucion de su defensa, pegaron fuego à la casa, donde miserablemente perecieron entre la actividad de las llamas, y las molestias de el humo.

El dia siguiente, por boca de los mismos Indios, se tuvo noticia en la Ciudad de esta desgracia, y no pareciendo conveniente dexar aquel atrevimiento sin castigo, embiò luego Bartholomè Garcia à Sancho de el Villar con quarenta hombres para que lo executasse; pero los Indios, recelando lo mismo que sucediò, se avian retirado à vna montaña, llamada Anaocopon, en las cabecezas de el Valle, y fortaleciòse en ella de tal suerte, que aunque Sancho de el Villar procurò con empeño el expugnarla, fue imposible contrastar lo impenetrable de el sitio; y como à la sombra de su aspereza lograbán los barbaros sus acometimientos con ventaja, muertos cinco Españoles, y heridos de peligro Pablo Bernaldes, Pedro Vazquez, y Diego Vizcayno, se hallò obli-

gado Villar à bolverse à la Ciudad, sin mas fruto de su entrada, que aver dado sepultura al cuerpo de Don Julian, que hallò en las orillas de el rio, con las partes genitales cortadas, y metidas en la boca; de que quedaron los Indios tan altivos, que despreciando ya el abrigo de los montes, tuvieron osadia para salir al Valle de San Francisco, y matar alguna gente de servicio, que hallaron por el Campo descuidada: daño à que deseando Bartholomè Garcia aplicar remedio antes que passasse à mas su atrevimiento, bolviò à disponer segunda entrada, nombrando por Cabo de ella à Francisco de Vides; pero experimentando este los mismos contratiempos que Sancho de el Villar, se viò tambien precisado à retirarse à la Ciudad, con pérdida de el bagage, que le ganó Parnamacay en vn encuentro; quedándose los Indios, con la gloria de mantenerse libres de la sujecion Española, quasi à las mismas puertas de la Ciudad de Santiago, hasta que llegado el año de setenta confessaron rendidos, no ser bastantes sus fuerças para oponerse à la fortuna, ò valor de Garci-Gonzalez de Silva; porque como aquel hombre jamás empuñò la espada, que no fuese para quedar vencedor, cometida à su disposicion por el Governador Juan de Chaves la pacificacion de aquel Valle, que se juzgaba ya por imposible, lo mismo fue entrar en el

el con gente armada, que sujetar los Indios la cerviz (con admiracion, y pasmo) al yugo de la obediencia, escarmentados de el daño que recibieron à la primer resistencia que intentaron, pues muerto en la batalla Prepocunate, y mas de trecientos Gandules, no les quedò otro remedio, que valerse de el rendimiento para conseguir la paz, que antes avia menospreciado su perfidia.

CAPITULO V.

PROSIGUE DON PEDRO de Silva en su descubrimiento; y desamparado de sus Soldados se retira à Barquisimeto: passa al Perú, y despues à España; y finalmente muere à manos de los Indios Caribes.

EMpeñado Don Pedro Malaver de Silva en su descubrimiento por los Llanos, fue encaminando su detrota desde que salió de la Valencia siempre al Sur, sin apartarse de la cordillera que llevaba sobre la mano derecha, por gozar la conveniencia de ser las tierras inmediatas à su falda mas enjutas, y libres de atoladeros; pero como por aquel rumbo eran muy singulares las Poblaciones que encontraban, y estas de muy corta vecindad, desde luego empezó à experimentar,

à buelta de otros trabajos, la falta de bastimentos, para comun desconsuelo de su gente; si bien à los principios, con las esperanças de hallar mas adelante las mejoras que se prometian à su fortuna, toleraban con algun sufrimiento sus fatigas; pero advirtiendolo despues, que mientras mas se iban remontando por aquel pielago sin fondo de los Llanos, se multiplicaban con exceso las incomodidades, y miserias, se fueron desmayando, faltandoles à todos el aliento, pues además de ser la tierra inhabitable, llena de tremedales, y anegadizos, de cuyas aguas detenidas, corruptas con el demasiado calor, era imponderable la cantidad de mosquitos, y sabandijas ponçoñosas que los atormentaban, padecian tambien el desabrigo de vna total desnudez; porque siendoles preciso el caminar sin vereda por aquellas sabanas dilatadas, era tanta la aspereza de los pajonales, que como si fueran cuehillos de dos filos, les hacian pedazos los vestidos; de suerte, que se vieron obligados, para resguardar las carnes, à hazer vnos zamartos de pellejos de Benado, que les cubrian los cuerpos hasta abaxo de las rodillas, pues no era suficiente otro remedio para poder defenderse.

Estas penalidades, y trabajos, juntas con el seco natural, y condicion agria de Don Pedro, tenia tan desabridos los Soldados, que no avia vno que de buena gana

gana le siguiesse, recelando todos el poco fruto, que con tan malos principios podian prometerse en la jornada. No ignoraba Don Pedro estos disgustos, pero en lugar de sossegarlos con agrado, los aumentaba cada dia mas con su aspereza; pues dexandose llevar de las melancolias que le causaba la experiencia de sus malos sucessos, diò en negarle à la comunicacion hasta de sus mas amigos, observando vn retiro tan estraño, que llegó à hazerse para con todos intratable.

Cinco meses avia que caminaban de esta suerte, quando, por buscar algun consuelo que sirviesse de alivio à su afliccion, despachò Don Pedro al Capitan Céspedes con treinta hombres, para que adelantandose quarenta, ò cinquenta leguas, reconociesse si por las muestras prometia la tierra alguna esperança en que pudiesen afiançar las mejoras de su descubrimiento; pero aviendo Céspedes rebuelto todos aquellos contornos, sin encontrar otra cosa, que mayor disposicion para nuevas calamidades, y desdichas, despues de veinte y seis dias de trabajos se hallò atajado de vn lago, que dilatandose con prolongada circunferencia, le embarazaba por todas partes el passo; pero aviendo reconocido que su profundidad no era tanta que estorvasse el que se le pudiesse buscar vado, atravesò por ella, llevando en partes el agua à la gar-

ganta; y puesto de la otra vanda, advirtieron algunos de los Soldados, que rompiendo la Laguna por vna abra que hacia la cordillera, desaguaba para la parte de el Poniente: circunstancia, que observada con mas cuidado por vn Mestizo, gran Baquiano de la tierra, que iba en la tropa, y se les avia agregado en la Valencia, les diò motivo para afirmar (haciendo su demarcaciò) que aquellas aguas ibã à salir muy cerca de la Ciudad de Barquisimeto; y como entre todos era comun el deseo de desamparar aquella Conquista tan penosa, ofreciendose el Mestizo à conducirlos por alli hasta ponerlos en salvo, no fue menester mas para que todos clamassen, persuadiendo à Céspedes se lograsse ocasion tan oportuna para assegurar las vidas, que en tan manifesto peligro tenian puestas; sin esperar otro provecho de tantas calamidades, que dar gusto, à costa de su sangre, à las terquedades de Don Pedro.

No deseaba Céspedes otra cosa, que executar lo mismo que le pedian sus Soldados; y assi, conviniendo desde luego sin repugnancia alguna en la propuesta, empezaron à caminar, cortando la Serrania por el rumbo que governaba el Mestizo; si bien antes de emprenderlo les pareciò necesario avisar à Don Pedro de su determinacion, porque no gastasse el tiempo en esperarlos, para cuya diligencia, en la corteza de
vn

vn arbol, que llaman Mahagua, le escribieron vna carta, que contenia estas razones: Señor Gobernador, cansados yà de andar perdidos tanto tiempo, sin esperanza de hallar mejor tierra, ni ventura de la que hasta aqui hemos visto, determinamos salir à morir entre Christianos; V. S. puede hacer lo mismo, siguiendo nuestros passos, pues le vamos sirviendo en abrirle el camino.

Escrita esta carta, se la embiaron con vn Indio Ladino, criado de Céspedes, que por aver quedado su muger sirviendo à Don Pedro, aceptó con gusto la embaxada, y con mucho mayor profiguieron ellos su derrota, aunque con la penalidad de ir faltos de bastimentos, pues caminaban ateniados, para poder sustentarse, à las frutas silvestres que encontraban, y el Mestizo, como practico, conocia por seguras, para comerlas sin riesgo, hasta que encumbrada la Serrania, empezaron à baxar por vnas lomas limpias à vnos profundos Valles, en vno de los quales se ranchearon de espacio, por aver hallado en vn arroyo, que lo atravesaba por medio, tanta abundancia de pescado, que lo cogian sin trabajo con las manos.

Notable fue el sentimiento de Don Pedro quando recibió la carta que le escribieron sus Soldados; y reventando de enojo, con el deseo de castigar su desacato, embió luego tras de ellos con

treinta hombres à Don Luis de Leyva, vno de sus Capitanes, mancebo de pocos años, pero de mucha prudencia, con orden, para que donde quiera que encontrasse à Céspedes lo ahorcasse, y procurando reducir à los demás à su obediencia, se los traxesse consigo: mas como yà estaba declarada contra Don Pedro la fortuna, el medio que pretendió aplicar para el reparo solo sirvió para acelerar su perdicion; porque Don Luis, pareciendole mas acertado el dictamen de Céspedes, que el de su Gobernador, luego que se vió en franquia se determinó à seguirlo, y con otro Indio que despachó para el efecto avisó de su resolucion à Don Pedro, previniendole no se detuviese en esperarlo, porque no llevaba pensamiento de bolver à verlo.

Bien descuidado de semejante novedad se hallaba Céspedes; gozando la conveniencia de el pescado de las orillas de el arroyo, quando vna tarde alcançò à ver à Don Luis, que siguiendose por el rastro de sus trochas, venia baxando por las lomas àzia el mismo Valle en que èl estaba rancheado; y como à la primera vista no era facil distinguir, què gente fuesse, ni los motivos que podría traer en su venida, asseguRANDOSE con la prevencion anticipada para qualquier accidente, puso luego en arma sus Soldados, resuelto à no consentir la mas mi-

nima molestia que se le intentase hacer; pero como la intencion de Don Luis era muy diferente de lo que Céspedes temia, quedó en breve desengañado de lo vano que avia sido su recelo, pues sin hacer caso Don Luis de aquel aparato militar con que lo estaba esperando, luego que entrò al Valle se metiò por los quarteles de Céspedes con su gente desarmada, para que con aquella demostracion tan de confianza conociesse eran vnos mismos los intentos que governaban à entrambos; de que quedaron tan alegres vnos, y otros, celebrando la dicha de verse juntos, que olvidados yà de los trabajos passados, solo trataban de congratularse en los regocijos presentes, teniendo-se por felices en aver tomado la resolucion de desamparar à Don Pedro, pues se hallaban libres de las rispideces de su natural azedo, y de las molestias de su Conquista desgraciada.

Cinco dias avia que descansaba la gente de Don Luis en el arroyo, gozando tambien de la abundancia del pescado, quando, por no perder tiempo, trataron los dos Capitanes de proseguir su viage en buena compañía, governandose en todo por la derrota que avia formado el Mestizo; pero confuso este en la demarcacion, por aver torcido vn poco à mano izquierda, debiendo caminar siempre al Poniente, perdiò el tino de calidad, que avien-

do encumbrado vna alta Serrania, y baxado à vnas llanuras dilatadas, confesò estaba perdido, sin saber la parte en que se hallaba; si bien, por las señales que conocia en la tierra, se afirmaba en que no podia distar mucho de alli Barquisimeto; y decia bien, pues à caminar dos leguas mas por aquel rumbo huvieran salido al mismo camino Real, que vâ de aquella Ciudad para Valencia; pero como yà el Mestizo avia empezado à titubear en la baquia, receloso con su misma desconfianza, no se atreviò à proseguir por donde iba, y torciendo vn poco mas sobre la mano izquierda, vino à salir despues de algunos dias à las orillas de vn pequeño rio, por cuya margen continuaron caminando, sin tener otro alimento para sustentar las vidas, que raíces, y cogollos de visao del que hallaban en las riveras; hasta que vna tarde, quando mas desconsolados los tenia el sentimiento de verse perecer en aquellos despoblados sin remedio, subiendo à pescar por el rio arriba vn Soldado Italiano, llamado Juan Bautista, encontrò detenidas en vn palo que atravesaba la corriente vnas hojas de rabano, y lechugas; y siendo aquellas verduras vn genero que jamás se avia hallado entre los Indios, congeturò luego, que si nunca avia por alli cerca alguna Poblacion Española, de donde venià por el rio abaxo aquellas hojas.

Con

Con esta buena nueva bolvió al instante en busca de los compañeros, que incredulos de tan no esperado acontecimiento, juzgaron à los principios era burla con que queria divertirlos (como solia otras vezes) el alegre genio de Juan Bautista, hasta que viendo las hojas, que llevaba en las manos, quedaron desengañados, conociendo por ellas la evidencia de su dicha; y por no dilatar el descubrirla, dividiendos vnos por vna vanda, y otros por otra, en aquella misma hora empezaron à marchar por el rio arriba, sin dexar cosa que no fuesen escudriñando en sus orillas. Poco mas de dos leguas avrian caminado de esta fuerte, quando los que iban por el lado de la mano derecha dieron con vna vereda ancha, y trillada, y entrandose por ella, à breve rato vinieron à salir à vna sabana, en que estaba poblado vn hato de ganado bacuno de Pedro Velazquez, vecino de Barquisimeto, donde hallando caritativo hospedage en la piedad de su dueño, pudieron reformarse de las calamidades contraídas en peregrinacion tan trabajosa para dividirse despues, como lo hicieron, tirando cada qual por su camino, sin acordarse del desamparo en que quedaba Don Pedro; quien conociendo (aunque tarde) el mal estado à que lo avian reducido las sequedades de su trato, luego que recibió el aviso que le

embrió Don Luis de Leyva, participandole la intencion que llevaba de incorporarse con Céspedes; viendose yà abandonado hasta de aquellos en cuya amistad le parecia tener assegurada la confianza, y que el numero de gente que le avia quedado era muy corto para empeñarse mas en su Conquista, tratò tambien de retirarse, antes que impossibilitado de remedio perdiese la esperança en la salida; y siguiendo las huellas de Céspedes, y Don Luis, aunque con algun espacio, por los muchos enfermos que tenia, entrò en Barquisimeto por el mes de Março de el año de setenta.

Este fue el paradero que tuvo la jornada de Don Pedro Malaver de Silva para el descubrimiento de el Dorado; este el fin de tantos gastos, empeños, y diligencias como empleò aquel Cavallero en pretender su Conquista; y si escatimentado con el conocimiento de lo mal que le corria la suerte huviera tomado el partido de retirarse, pudiera tenerse por feliz, pues escusàra padecer las desdichas que le acarreò su destino, y no huviera dexado motivo al sentimiento para llorar las circunstancias de su lastimosa muerte; pero tenia tan arraygada al corazon la vanagloria de eternizar su fama con la Conquista de el Dorado, y que su nombre igualasse al de Cortès, y Pizarro en los aplausos que los tributaba
el

el mundo, que no bastando à desengañarlo las pérdidas, y contratiempos de esta primera jornada, passados pocos dias despues que llegó à Barquisimeto partió para Chachapoyas, donde estaba avecindado, y vendiendo quanto tenia para juntar dineros, volvió segunda vez à España, pareciendole que con la experiencia de lo sucedido podria lograr el acierto, encaminando por otra parte mas acomodada su Conquista; pero engañòle en todo su desgracia, pues armado nuevamente en San Lucar con vn Navio bien pertrechado, y ciento y setenta hombres, intentò su descubrimiento el año de setenta y quatro por la Costa que corre entre el Marañon, y el Orinoco, donde con lamentable estrago perecieron todos, vnos al rigor de las enfermedades, que les causò la destemplança de la tierra, y otros à manos de los Indios Caribes, entrando en estos Don Pedro, y dos hijas doncellas, que llevaba consigo, que sin duda sacrificarian gustosas la vida en las aras de el honor, por escusar la contingencia de ver ajada su hermosura en la desatencion grosseira de aquella Nacion tan barbara, de cuya fiera solo quedò libre entonces vn Soldado, llamado Juan Martin de Albuja, à quien reservò la Providencia, para que despues se supiesen por su relacion las circunstancias de este caso, pues aviendo quedado

cautivo entre aquellos Infieles, à costa de inexplicables peligros, y trabajos, por varios accidentes de su fortuna, huvo de salir al cabo de diez años à la boca de el rio Esquino, en la Provincia de los Arbacos, Indios pacificos, y que en aquel tiempo tenian trato, y comunicacion con los Españoles de la Margarita, por cuyo medio logró el passar à aquella Isla, y despues à esta Provincia, donde vivió avecindado algunos años, dexando en la Ciudad de Carora ramas de su descendencia, que hasta oy conservan su memoria.

CAPITULO VI.

FUNDA ALONSO Pacheco la Ciudad de Maracaybo: entran Christobal Colon, y Gaspar Pinto à pacificar los Chagarragatos: muere el vno; y el otro, sin hacer efecto, se retira.

TErminando el año de setenta con los acaecimientos referidos en los Capítulos antecedentes, tuvo principio el de setenta y vno con la fundacion de la Ciudad de la nueva Zamora en la Laguna de Maracaybo: expedicion, que desde el año de sesenta y ocho avia encomendado el Governador Don Pedro Ponce de Leon à el Capitan Alonso Pacheco, vezino de la Ciu-

Ciudad de Truxillo; y aunque desde entonces, armando dos Bergantines que fabricò en el sitio de Moporo, empezò à correr las Costas de la Laguna, fue tanta la oposicion que hallò en los Indios Saparos, Quiriquites, Aliles, y Toas, que sin poder ganar palmo de tierra para sujetarlos, necesitò de vna guerra continuada en los tres años que passaron de por medio para averlos de reducir à que diessen la obediencia à fuerça de armas; pero conseguida al fin su pretension el dia veinte de Enero de el año de quinientos y setenta y vno, en el mismo sitio donde Ambrosio de Alfinger tuvo su rancheria à orillas de la Laguna, y seis leguas distante de la Barra, por donde comunica sus aguas con el Mar, poblò la nueva Zamora, à quien comunmente, por el antiguo nombre de todo aquel País, llaman la Ciudad de Maracaybo: està situada en onze grados escasos de altura Septentrional; su temperamento sumamente calido, pero en extremo sano, por ser tan seco, que en veinte leguas de distancia, tirando àzia la Serrania, no se halla mas agua, que la que recoge la industria quando llueve en xahueyes hechos à mano, para mantener con ella los ganados que pastan por aquellas labanas, de donde se origina ser su comarca muy estèril, y solo acomodada para criar ganados, asi bacuno, como cabrio, de que es

notable el multiplico; si bien, como la conveniencia de la Laguna estanta para traginar sin costo, abunda de todo quanto necessita, sin que experimente falta, adquiriendo de otras partes en las Embarcaciones de el Trato los frutos que le niega su terreno, pues ocurren à su Puerto quantos producen las Ciudades de Gibraltar, Merida, Truxillo, Barinas, la Grita, y otras circunvecinas.

El Lugar es rico por el mucho Comercio que mantiene con la Nueva-España, Santo Domingo, Cartagena, Islas de Canaria, y otras Provincias ultramarinas; el Puerto es muy seguro, y acomodado para fabricar Embarcaciones, por la abundancia que se goza de excelentes maderas, y asi continuamente estàn embarazados sus hàstilleros; y si los Españoles supieramos aprovechar las vtilidades que encierra la hermosura de su Laguna, fueran continuados jardines sus margenes, y se huviera poblado vn Reyno en sus orillas; las repetidas invasiones con que la han molestado los Pyratas han sido causa bastante para embarazar su crecimiento, pues à no aver padecido los estragos que con esta ocasion han executado en ella el cuchillo, y el fuego, fuera vna de las buenas Ciudades que tuviera la America; pero sin embargo mantiene oy mas de quinientos vecinos que la habitan; sus edificios, todos de piedra, son alegres, capaces, y

Kkkk

bien

bien dispuestos; la Iglesia Parroquial, de obra moderna, es gallarda en su fabrica, y bien proporcionada en su planta; venerase en ella vna devotal mage de vn Milagroso Crucifixo, à quien los Indios Quiriquires, aviendose levatado contra los Españoles el año de mil y seiscientos, y saqueado, y quemado la Ciudad de Gibraltar, en cuya Iglesia estaba entóces esta Hechura, con sacrilega impiedad hicieron blanco de sus harpones, dándole seis flechazos, cuyas señales se conservan todavia en el Santísimo Bulto; y es tradicion asentada, y muy corriente, que teniendo antes esta Imagen la cara levantada, (por ser de la Espiracion) como lo comprueba el no tener Llaga en el Costado, al clavarle vna de las flechas que le tiraron sobre la Ceja de vn Ojo, inclinò la Cabeza sobre el Pecho, dexandola en aquella postura hasta el dia de oy.

Sustenta aquella Ciudad para su lustre vn Convento de Religiosos del Orden de San Francisco, y vn Hospital debaxo de la proteccion de Santa Ana, y vna Ermita, dedicada à San Juan de Dios, que fabricò el año de seiscientos y ochenta y seis la piadosa devocion del Capitan Juan de Andrade; en lo temporal estuvo sujeta al Governador de esta Provincia hasta el año de seiscientos y setentay ocho, en que à pedimento de sus vecinos se mandò agregar à la Governacion de Merida

de la Grita; y como el ler Puerto de Mar franquea mas vtilidad para las conveniencias, y mas autoridad para la graduacion, trasladaron à ella los Governadores su asistencia desde entonces; quedando por esta causa constituida en Cabeza de Gobierno, y como tal reside tambien en ella el Tribunal de la Contaduria, compuesto de dos Oficiales Reales, proveidos por el Rey; la facilidad con que los Pyratas la saqueaban cada dia, por tener las Barras de la Laguna sin defensa, hizo aplicar remedio para su seguridad, fabricando en ellas tres Castillos, que guarnecidos de Artilleria, y presidados de Milicia, han sido bastante reparo para librarla de vejacion tan continua; quedando con esta diligencia assegurada, y graduado su Gobierno entre los de mas estimacion, y vtilidad de las Indias.

Entre tanto que Alonso Pacheco se entretenia en poblar la nueva Zamora no descansaban los vecinos de la Ciudad de Santiago, atentos siempre à perfeccionar de el todo su Conquista, en que hallaban cada dia mas dificultad, por la obstinada resistencia de los Indios; pero alentados con el buen principio de tener ya reducidas, y sujetas las dos Naciones de Tarmas, y Taramaynas, mediante el valor con que Garcí-Gonzalez obligò à los Caciques Paramaconi, y Parnamacay à que diessen la obediencia,

determinaron poner todo su esfuerzo en sujetar tambien à los Chagaragatos, y Caracas, que habitaban la Serrania, que media entre la Ciudad, y el Mar, para que sin embarazo quedasse obediente, y reducida toda la parte de la Provincia, que mira àzia la Costa; à este fin se vnieron los Cabildos de Caravalleda, y de Santiago, como interesados ambos en la conveniencia de quitar aquel estorvo de por medio para la total seguridad de su Comercio, y tragin; y ajustado el que à vn mismo tiempo saliesse de las dos Ciudades, acometiendo cada vna por su parte, à penetrar la Serrania, que era habitacion de aquellos barbaros, para que divididas las fuerças enemigas en la defensa, facilitasse su misma diversion el vencimiento.

Entrò con la gente de Caravalleda Gaspar Pinto, y Christobal Cobos con la de Santiago, logrando à los primeros passos algunos buenos sucessos, que permitiò el descuido con que se hallaban los Indios; pero recobrados estos de el susto de aquella invasion primera, dieron tanto en que entender à los nuestros, que desesperados de poder conseguir la pacificacion divididos, tuvieron por mejor juntarse, haciendo vn cuerpo de los dos Campos, y con las fuerças vnidas acometer al Cacique Guaymaquare, que retirado de la Costa con quatrocientos

Gandules à lo mas aspero, y frágil de la Serrania, era quien fomentaba desde alli la obstinacion con que peleaban los Indios.

No se le ocultò al Cacique esta determinacion de los nuestros, ò porque le avisaron de ella los Indios amigos que asistían en nuestro Campo, ò porque acertò à prevenirla su discurso con la promptitud de su viveza; y assi, aunque los dos Capitanes, fiados en el silencio de la noche, pensaron disponer el abance de fuerte, que caminando con la obscuridad pudiesse llegar à tiempo que cogiesse à el barbaro desprevenido, lo hallaron tan cuidadoso, que aun no avian pisado los nuestros lo interior de la montaña, quando haciendo señal las Centinelas que tenia por los caminos, empezó à resonar el estruendo de los caracoles con que tocaban por todas partes al arma; entonces Gaspar Pinto, que governaba aquella noche la Banguardia, vièdo malogrado el lace, por la mucha vigilancia de Guaymaquare, sin esperar à q̃ aclarasse el dia aprefurò el passo con su gente, siguiendole Cobos con la suya; y governandose por el mismo mormullo de los Indios, se fueron metiendo por la montaña hasta salir à las casás, que servian al Cacique de retiro, donde apellidando à Santiago, y disparando los arcabuzes, se encendiò entre vnos, y otros la refriega, sin que la obscuridad de la noche, los gritos,

gritos, y confusion de la peléa diessen lugar à que se pudiesse reconocer à quien se inclinaba la victoria, hasta que al rayar el Alva se fueron los Indios retirando; si bien con ventajas tan conocidas, que pudieron aclamar por suyo el vencimiento, pues aunque los nuestros quedaron apoderados de las casas, fue con perdida de diez Soldados que se encontraron muertos, y con la desgracia de aver recibido Gaspar Pinto vna herida en vna pierna, que aunque pareció leve, y de poco cuidado à los principios, debió de ser tan eficaz la actividad de el veneno con que estaba la flecha preparada, que aumentandosele por instantes las fatigas, y recreciendosele por momentos las congoxas, murió dentro de seis horas, cayendosele las carnes à pedazos, y rabiando de dolores: fatalidad, que cortò el hilo à la Conquista, porque Cobos, amedrentado con la muerte del compañero, sin esperar à mas se bolvió para Santiago, y la gente de Caravalleda, à quien tocaba con mas empeño la vengança, viendose sola, y sin Cabo que la gobernasse, tomó la misma resolucion de retirarse, quedandose aquellas Naciones con la misma rebeldia que estaban antes, hasta que después el trato, y comunicacion las fue domesticando, y el tiempo consumiéndolo, pues se aniquilaron de fuerte, que ha muchos años que solo quedò de ellas la me-

moria, sin que se reservasse un individuo.

CAPITULO VII.

LLEGA A CORO EL GOVERNADOR Don Diego de Mazariago: puebla el Capitan Salamanca la Ciudad de Carora; y Pedro Alonso Galeas entra en los Mariches.

S Abida en la Corte la muerte de Don Pedro Ponce de Leon, proveyò el Rey en su lugar para el Gobierno de esta Provincia à Diego de Mazariago, Cavallero, aunque de muy buenas prendas, mas a proposito, por su crecida edad, para gozar el descanso de su casa, que para hacerse cargo del exercicio de semejante empleo; pero sin embargo, aviendose resignado à aceptarlo, se embarcò en el Puerto de San Lucar, y por el mes de Febrero de el año de quinientos y setenta y dos llegó à Coro, donde tomada la posesion de su Gobierno, no pudiendo, por el embarazo de sus muchos años, dar expediente por sí solo à la ocurrencia de negocios que se ofrecian en la Provincia, nombrò por su Theniente General à Diego de Montes, vecino de el Tocuyo; quien usando de la amplia jurisdiccion que le comunicò el Governador para quanto pudiesse ocurrir la tierra aden-

adentro ; diò comission el mismo año de setenta y dos al Capitan Juan de Salamanca, para que entrasse à poblar las Provincias de Curarigua, y Carora, que demòran àzia el Norte, entre la Ciudad de el Tocuyo, y la Laguna de Maracaybo; y como por aquel tiempo avia en la Governacion bastante gente descariada, y sin conveniencia alguna, asì de la que saliò de los Llanos con Don Pedro de Silva, como de la que avia venido à la Conquista de los Cumanagotos con Don Diego Fernandez de Cerpa, con facilidad, publicada la jornada, alistò Salamanca setenta hombres, entre quienes fueron Alonso Gordon, Juan de Gamez, Benito Dominguez, Alonso Marquez, Diego Muñoz, Pedro Francisco, Hernando Martin, Garci-Lopez, Juan Perez, Juan Gonzalez Franco, Juan Estevan, y otros, con los quales saliò de el Tocuyo, y atravesada parte de la Provincia de Curarigua, llegò al sitio de Baraquigua, donde en diez y nueve de Junio de el año de setenta y dos poblò vna Ciudad, que intitulò San Juan Bautista del Portillo de Carora, en vnas sabanas de temperamento calido, y muy sano, pero faltas de agua, porque el rio Morère, que las riega, suele flaquear algunas veces, llegandose à secar de el todo, si el Verano es dilatado.

Crianse en su comarca to-

das especies de ganado, pero con mas abundancia el cabrio, porque los muchos espinos, y cardones que producen las sabanas hacen mas aptoposito el terreno para su multiplico: dase en su jurisdiccion grana tan fina como lo puede ser la de Misteca; balsamos tan odoriferos, que no les hacen ventaja los de Arabia, y otras resinas aromaticas, que tiene aprobadas la experiencia por antidoto admirable para curar heridas, y excelente preservativo para pafmes: su vezindad es corta, mas sin embargo mantiene vna Iglesia Parroquial con dos Curas-Rectores, y vn Sacristan Mayor; vn Convento del Orden de San Francisco con dos, ò tres Religiosos, y vna Ermita, dedicada à San Dionisio Areopagita, que fundaron las mugeres, dotandola de suficiente renta, y grueßas Capellanias. El Provincial Fr. Pedro Simon pone la poblacion de esta Ciudad en el año de setenta, siendo Governador Juan de Chaves; pero constando por los Autos, que proveyò Salamanca para poblarla, lo que tenemos referido, con la vènia debida à la autoridad de Autor tan clasico, no podemos menos que assegurar errò en esto, como en otras muchas cosas: defecto inevitable, en quien para escribir se ha de gobernar por relaciones.

La que tuvo el Governador Mazariego, luego que llegò à Coro, del estado en que se hallaba la

Conquista de Caracas, fue motivo para que deseando con brevedad verla concluida, nombrasse por su Theniente en la Ciudad de Santiago à Francisco Calderon, vezino de la de Santo Domingo, que avia dias asistia en esta Governacion; quien, con el conocimiento de lo que tenia experimentado, tratò luego de poner la fuerza à sujetar la Nacion de los Mariches, que retirados en los montes de su distrito, aborrecian la comunicacion Española desde que Don Pedro Ponce, y Martin Fernandez de Antequera (con razon, ò sin ella, porque siempre quedò en duda la justificacion de su causa) cometieron la atrocidad de mandar empalar à sus Caciques, adquiriendo con aquel atropellamiento tan enorme descredito à su Nacion, y deslucimientos à su fama.

Para esta expedicion nombrò por Cabo à Pedro Alonso Galeas, Soldado practico, y Capitan experimentado en las guerras de las Indias, (como lo ha mostrado en parte el contexto de esta Historia) à quien el año de setenta tuvo el Theniente Bartholomè Garcia encomendada la misma diligencia; pero ofreciendose la entrada que hizo Garcì Gonzalez aquel año al Valle de las Huayabas, no pudo tener efecto por entonces, retardandose la execucion, hasta que animado con el nuevo nombramiento, salió de la Ciudad de Santiago por fi-

nes de el año de setenta y dos con ochenta hombres, de la gente mas granada, llevando en su compania al Cacique Aticabacuto, con algunos Indios de sus vassallos, que como mas interesado en la sujecion de los Mariches, deseaba verlos reducidos à la obediencia Española; porque siendo este Cacique amigo nuestro, y teniendo su Poblacion inmediata al terreno de aquella Nacion ofendida, experimentaba, como mas cercano, en las molestias que recibia, los despiques de su agravio, cuya satisfaccion procuraba conseguir en aquella coyuntura al abrigo de las armas Españolas.

A este fin, aviendose ofrecido voluntario, no solo à seguir à Pedro Alonso, sino à servirle de guia, lo fue conduciendo hasta introducirlo al centro de la Provincia; pero como à los Indios los tenia aterrorizados el horror, no se encontraba Poblacion que no estuviesse desierta, sin hallar con quien poder tratar medios de paz, ni en quien executar hostilidades de guerra, hasta que aviendo salido vna noche Garcì Gonzalez de Silva con treinta hombres, y orden de Pedro Alonso à reconocer vna quebrada, donde por algunas señales, observadas de la curiosidad, se avia llegado à sospechar podria aver alguna chusma recogida, hallò en lo interior de vna montaña, que formaban vnos matorrales en lo

lo profundo de vn Valle, hasta docientas cabezas, entre mugeres, y niños, que los Indios del Pueblo de Guayana, por parecerles parte mas segura, tenian alli retiradas; y procurando aprisionarlas, no pudo ser la diligencia tan prompta, que con la confusion, y el alboroto no se escapassen algunas, y dando aviso à los Indios (que atentos siempre, con el cuidado de lo que podia suceder, asistian no lexos de la quebrada) antes que los nuestros tuviessen tiempo de asegurar la presa, se hallaron acometidos en el Valle de mas de trecientos Gandules, que acaudillados de el Cacique Tamanaco, con el sentimiento de ver cautivas sus mugeres, menospreciando las vidas à la vista de su ofensa, pretendian, à costa de su sangre, estorvar la ocasion de su deshonor.

Era la noche obscura; el sitio, por la profundidad, y matinales que lo cercaban, de todas fuertes incomodo; la desesperacion en los Indios tanta, como el valor en los nuestros; y empeñada la reputacion en vnos, y otros, hicieron tan reñida la refriega, que echando el resto à la porfia, se mantuvieron peleando por espacio de tres horas, hasta que al amanecer, aviendo restaurado los Indios algunas de sus mugeres, sin poderlo estorvar, aunque à costa de noventa y seis Gandules, que quedaron tendidos en el Campo al corte de las

espadas, se fueron retirando por vna ladera arriba, sin que el cansancio, y fatiga con que se hallaban los nuestros diessen lugar para poderlos seguir, pues aunque lo intentò Garci-Gonzalez con aquel esfuerzo, hijo de su mismo aliento, que lo hacia siempre infatigable, contradiciendose los demàs, por estàr muchos heridos, resolviò tambien el retirarse, dando la vuelta con el resto que le quedò de la presa al sitio en que avian dexado à Pedro Alonso, donde agravados de las heridas, murieron el mismo dia Juan Rodriguez, Martin Sanchez, Juan de Viedma, Alonso Palomeque, y Luis Martinez, naturales todos de la Estremadura, y de los que entraron con Garci-Gonzalez à el socorro.

Grande fue el sentimiento de Pedro Alonso por la muerte de sus Soldados, y deseando bolver à encontrar à Tamanaco, para templar con su castigo la pena que le afligia, prosiguiò marchando con todo el Campo hasta llegar à dár vista al Pueblo del principal Tapiaracay, donde los Indios, ofendidos de la lealtad con que el Cacique Aricabacuto favorecia con su asistencia nuestra parte, quisieron, para darle muerte, fingir con disimulo vna traycion; à cuyo fin, aviendose alojado Pedro Alonso al pie de vna ensillada, por donde, con la interposicion de vn arroyo, que corria de por medio, se subia à la

Poblacion, se dexò ver en lo alto de la lometta el Cacique Tapiaracay, acompañado de otros seis, ò ocho Gandules, y simulando con humildes palabras el veneno que ocultaba el corazon, empezò à manifestar los deseos que tenia de sujetarse à la obediencia Española, y librase de los daños inescusables de la guerra: motivo, que le obligaba à venir personalmente à solicitar los amables reposos de la paz; pero que temeroso de el estruendo de nuestras armas no se atrevia à passar à nuestro Campo sin que lo apadrinasse la confianza de alguna persona conocida, y así pedia le embiasen al Cacique Aricabacuto, para poder à su sombra executar, sin recelo, lo que anhelaba con ansia.

Creyò Pedro Alonso con facilidad las palabras de aquel barbaro: yerro sin disculpa en Capitan tan practico! y no hallandose à la fazon Aricabacuto en el alojamiento, por averse quedado divertido en el camino con algunos de sus vassallos en el entretenimiento de cazar Paugies, (accidente en que consistiò por entonces su fortuna) mandò, que vn hijo, vn yerno, y dos cuñados suyos passassen en su lugar, para que assegurado en su compania, pudiesse venir sin temor Tapiaracay; pero como la intencion del barbaro no tiraba à otro fin, que à lograr sin estorvo su vengança, apenas los viò de la otra parte del arroyo, separados

de el abrigo de los nuestros, quando haciendo señal à las Tropas, que tenia prevenidas su traycion, ocultas entre los matorrales, dispararon sobre ellos tantas flechas, con tal brevedad, y ligereza, que antes que los nuestros pudiesen ocurrir à su socorro, atravesados por mil partes, miserablemente avian perdido las vidas, sin dexar à Pedro Alonso otro desquite, que conocer, aunque tarde, las malas consecuencias de su yerro.

Quando Aricabacuto llegò al Real, y supo la lastimosa muerte de sus hijos, hizo tales extremos de sentimiento, que ni avia consuelo que mitigasse su pena, ni consejo, que aplacasse su furor; y arrebatado de colera, por dár algun desahogo à la fatiga, que le oprimia el corazon, intentò, como barbaro, con vn montante en la mano, dár muerte à las inocentes mugeres, y criaturas, que avia aprisionado Garcia Gonzalez del Pueblo de Tamanao: crueldad, que huviera executado su fiereza si Thomè de Ledesma, puesto à cavallo, y con la lança en la mano, no huviera embarazado resolucion tan iniqua; sobre que llegò à travarle vna contienda, que pudo poner en confusion à todo el Campo, por que el Cacique al ver que le estorvaban su vengança, ayudado de sus vassallos, embrazò el montante para tirarle à Ledesma; y este, terciando la lança sobre el bra-

Brazo hizo piernas al cavallo para matarlo con ella, à tiempo que llegò Garci-Gonçalez de Silva, y con su autoridad fofsegò la colera de entrambos, para q no passasse adelante el rompimiento; pero quedò tan alterado Ledesma con el atrevimiento de el Cacique, que bolviendo la cara à los demás Soldados, les dixo: Cavalleros, ya esta jornada no puede paràr en bien, y asì lo mejor es, que dexandola de la mào nos vamos à descansar à nuestras casas: proposicion, que escandalizò de fuerte à Pedro Alonso, que metiendo mano à la espada, y encarando la vista àzia Ledesma, le dixo: El que tuviere ossadìa para intentar bolverse à la Ciudad sin mi licencia fabrè quitarle la vida con los filos de esta espada, ò à violencias de vn garrote; y huviera passado la fuerça de su enojo à demostracion mas agria, si la prudencia de Garci-Gonçalez no huviera metido la mano à componer la materia de fuerte, que fofsegado aquel escandalo que iba empezando à brotar, pudieron proseguir su marcha en buena paz hasta los Asientos de Patima, de donde, governandose por las corrientes de el Guayre, salieron sin embarazo à las orillas de el Tuy, cuyas aguas, sirviendo de lindero à los Mariches, partian jurisdiccion en aquel tiempo con los Indios Quiriquires, que dueños de la contraria rivera, habitaban en dilatado terreno las es-

pesas montañas de sus margenes, sin que en todo aquel espacio encontrasse otra cosa Pedro Alonso, que continuadas señales de los recientes incendios, con que convertidas en cenizas todas las Poblaciones, manifestaban la rebelde obstinacion de aquellos barbaros, que determinados, à instancias de Tamánato, à defender con las armas la libertad que gozaban, (asseguradas en ocultos retiros sus familias) seguan à la deshilada los passos de Pedro Alonso, esperando su confianza los beneficios de el tiempo, y favor de la fortuna, para lograr la ocasion de acometerlo de fuerte, que siendo conocida la ventaja, resultasse seguro el venciimiento.

Bien recelaba Pedro Alonso alguna novedad del general retiro de los Indios; pero resuelto à bolverse à la Ciudad, por hallarse desconfiado de conseguir por entonces la pacificacion que pretendia, tratò de coger la marcha por las mismas riveras de el río Guayre para salir otra vez à los Asientos de Patima; y caminando por sus playas vn Soldado, llamado Tapia, que iba de los delanteros, encontrò tendida sobre la arena vna criatura de ocho à diez meses de edad, à quien sin duda dexò en aquella soledad desamparada la madre, ò porque le servia de estorvo para huir, ò porque violentada la naturaleza en aquel lance, pudo mas el miedo,

que el amor, y la turbacion, que el cariño; y barbaramente cruel, olvidado de las piedad de humano, y de las obligaciones de Catholico, cogiendola por un pie, y diciendo: Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo, la arrojò en medio del rio, donde sumergida entre las hondas, le sirvieron de sepulcro los cristales; y aunque Pedro Alonso, queriendo aplicar castigo à semejante impiedad, le mandò cortar la mano, interviniendo despues la interposicion de algunos, se suspendiò la execucion, quedando solo en amenazas la aplicacion de el remedio; pero como este corria por cuenta de la Justicia Divina, no passaron veinte y quatro horas sin que pagasse con la vida su delito, porque al atravesar el dia siguiendo los nuestros por los cañaverales de el rio; Tamanaco, que oculto entre sus matas con los mas esforçados Gandules de su sequito esperaba solo la ocasion de manifestar su bizarría à impulsos de su valor, saliò de repente con sus Tropas à embarazarle el passo à Pedro Alonso, y travada con esfuerço de ambas partes la batalla, entre el acometer de las espadas, y silvar de las saetas, encendido el corage en vnos, y otros, no avia tiro que no anunciassè vna muerte, ni golpe, que no causassè vn estrago, quedando muerto Tapia à los primeros enristres, partido el corazon con

vna flecha: fatalidad, que atribuida por todos los compañeros à pena de su delito, no dexò de acobardarlos, temiendo no llegassè à ser de participantes el castigo; pero animados de Pedro Alonso, à tiempo que Tamanaco hacia lo mismo con los suyos, sin descaecer en el aliento trocaron en desesperacion la valentia; si bien como à los Indios ayudaba el abrigo de los cañaverales, para pelear à su sombra defendidos, era tanta la diferencia, que los hacia la ventaja incontrastables: circunstancia, que atendida bien por Pedro Alonso, le obligò à buscar remedio para sacar mejora en su partido; para esto mandò à Garcí-González, que con Hernando de la Cerda, Andrés Dominguez, Christoval Rodriguez Chanizo, Sandoval, y otros seis Soldados escogidos, se adelantasse sin que los Indios lo sintieran, y entre los cañaverales formasse vna emboscada; y quando le pareciò, segun el tiempo, que ya Garcí-González avria cumplido con el orden, tocando à recoger empezò à marchar apresurado, con apariencias de retirarse medroso.

Los Indios entonces, persuadidos con el engaño de su ignorancia à que era verdadera aquella simulacion fingida, aclamando la victoria al son de sus caracoles, cargaron sobre los nuestros con mas fuerça para seguir el alcance; pero quando Pedro Alonso

fo los vido ya empeñados sobre la oculta emboscada, bolviendo de repente à hacerles rostro, diò lugar para que Garci-Gonçalez con los suyos les saliesse embistiendo por vn lado: accidente à que no pudiendo resistir la turbacion de verse acometidos, quando se juzgaban victoriosos, les cortò el animo de suerte, que trocando en desmayo el ardimiento, hechos blanco de las cuchillas Españolas, sin tener valor, ni aun para huir, mostraron su confusion en su mismo desaliento; solo Tamanaco, cobrando nuevo brio del inopinado desorden de los suyos, con gallarda resolucion substituià por todos, pues con vna macana en la mano, manteniendo el combate contra tantos à fuerza de vna temeridad despechada, daba muestras de vn corazon invencible; pero como los contrarios eran muchos, no pudo corresponder la perseverancia à lo que queria el espiritu, y rendido el esfuerço con la sobrada fatiga, aviendo muerto por sus manos à Hernando de la Cerda, y à otros dos Soldados, cayò postrado en el suelo, donde apriesionado de los nuestros perdiò la libertad por desgracia, para perder despues, con lastima, la vida, pues sentenciado à muerte por Pedro Alonso, quisieron para la execucion hazer prueba por entretenimiento de el grado à que podia llegar el valor de aquel Cacique; y dispuesto con palizadas

vn aparente anfiteatro, lo metieron en èl, para que lidiassse cuerpo à cuerpo con vn perro de armas de singular braveza, (llamado amigo) que llevaba en su compaña Garci-Gonçalez de Silva, ofreciendole la libertad, y la vida, si con la muerte de el perro conseguia salir de la palestra con victoria.

Gustoso aceptò el barbaro el partido, pareciendole corto triunfo para el esfuerço que alimentaba su brazo; y puesto dentro de el circo con su macana en la mano, esperò con gentil resolucion à que le echassen el perro, teniendo por tan seguro en aquella ocasion el vencimiento, que al verlo venir à acometerle, enarbolando la macana, dixo en su lengua Marichà: Oy moriràs à mis manos, y sabràn los Españoles, que no ay peligro en el mundo que acobarde à Tamanaco; pero engañòle la vana presumpcion de su confianza, pues huyendo el cuerpo el perro al golpe que le descargò con la macana, sin darle lugar à que pudiesse componerse para assegunderle con otro, rebolviò sobre èl con tal ferocidad, que haciendole presa de los pechos, le derrivò en el suelo, y encarnizado con el corage que le engendrò su braveza, sin que bastassen para estorvarlo las diligencias con que el barbaro procuraba defenderse, le separò de el cuerpo la cabeza, sirviendole las garras de cuchillo para fatal inf-

trumento de el deguello; causando horror tan lastimoso espectáculo aun à los mismos que advirtieron la disposicion de semejante suplicio, cuya noticia divulgada con brevedad entre los Indios los atemorizò de suerte, que absortos entre el asombro, y el miedo, por no exponerse à la contingencia de padecer otro tanto, ocurrieron à dar la obediencia à Pedro Alonso; quedando por este medio sujeta la rebeldia de aquella Nacion obstinada.

CAPITULO VIII.

ENTRA GABRIEL DE Avila en los Teques, y puebla el Real de Minas de nuestra Señora : haze Garci-Gonçalez diferentes corre- rias, y sujeta con ellas los Indios de aquel Partido.

CONseguida por Pedro Alonso la pacificacion de los Mariches, restaba para la quietud, y aumento de la Ciudad de Santiago sujetar la Provincia de los Teques, cuya Nacion altiva, conservando todavia las antiguas maximas de su Cacique Guaycaypuro, no solo se mantenia rebelde à la obediencia Española, pero fomentaba à las demàs con sus advitrios, para dificultar por todos lados su Conquista, y así por quitar este embarazo, como

por el provecho que esperaban con el beneficio de las Minas de oro, que descubrió en aquel Partido Francisco Faxardo, y tuvo pobladas Juan Rodriguez, se determinaron los vecinos el año de setenta y tres à procurar su pacificacion à fuerza de armas; y cometida la diligencia à Gabriel de Avila, actual Alcalde Ordinario de aquel año, salió con setenta hombres de la gente mas lucida, porque como el interés era comun, se alistaron los mas principales à porfia, y sin hallar oposicion en los Indios llegó à la antigua casa de las Minas, y Real de nuestra Señora, donde probados los metales, hallando que correspondian en el rendimiento à la fineza de sus vetas, poblò su rancheria para dedicarse de asiento al beneficio; pero cuidadoso por el retiro, y suspension que experimentaba en los Indios, deseando enterarse bien de la disposicion en que se hallaban, y ver la forma que mejor podia tener para portarse con ellos, encomendò à Garci-Gonçalez de Silva (cuyo valor era en todas ocasiones el primero) saliese con treinta hombres à dar vna buelta por las Poblaciones inmediatas; y encaminandose de noche à la del Cacique Conopoyma, que estaba situada en la profundidad que forma el pie de vna eminente roca, à quien llaman el Peñon de los Teques, dexò en lo alto de la loma à Martin Fernandez de Antequera,

y à Agustín de Ancona, hombres de à cavallo, con seis Soldados de à pie, para que le guardassen las espaldas, assegurando con aquella prevencion la retirada, y con el resto de la gente baxò à la Poblacion, que hallò desierta, porque avisados sus moradores de los Indios que trabajaban en las minas de que iban los Españoles à buscarlos, mudaron las mugeres, y chusma de muchachos à otras Poblaciones mas distantes, y todos los varones, capaces de tomar armas, se avian retirado à vnas caferias separadas el Valle abaxo, como tres tiros de escopeta, dexando en la Poblacion dos Indios escondidos, para que les avisassen en sintiendo venir los Españoles.

A estos alcançò à vèr Garcí-Gonçalez al salir por la puerta falsa de vn bugio, y corriendo tras ellos, acompañado de vn Mestizo de el Tocuyo, llamado Araujo, le diò à vno vna estocada, de que cayò luego muerto, y prosiguiendo tras de el otro, que à grandes voces iba llamando à los Indios, lo alcançò en vna sementera de yuca, que estaba en vna ladera, y tirandole vna cuchillada à la cabeza, se la llevò tan de lleno, que le partiò la mitad de el casco, y le echò los sessos fuera; à esta ocasion llegò Francisco Sanchez de Cordova, y juntandose à Garcí-Gonçalez, cogieron los dos vna vereda, que corria de la misma ladera para abaxo, por la

qual al mismo tiempo iban subiéndolos Indios, que aviendo oído las voces que les diò su Centinela, bolvian à procurar con las armas la defensa de su Pueblo; pero como la noche era algo obscura, y el pajonal estaba bastante crecido, no pudieron descubrirse vnos à otros hasta que llegaron à encontrarse cara à cara.

Entonces Garcí-Gonçalez, y Cordova, aunque los Indios eran muchos, y ellos solos, valiendose de la conveniencia que les ofrecia la disposicion de el sitio, pues lo estrecho de la vereda no permitia capacidad sino para que peleassen dos à dos, remitieron el desempeño al corte de las espadas, y embistiendo con los Indios, aviendo muerto luego à los primeros, los demás se fueron atropellando vnos à otros; y como entonces, à las voces que diò Garcí-Gonçalez, y al ruido de la pelea, ocurriessse el resto de nuestra gente, que avia quedado en el Pueblo divertida, hallando à los Indios yà desordenados tuvieron poco que hacer para ponerlos en huída, con muerte de quarenta y dos, que perdieron la vida en la ladera; y siguiendo el alcance hasta las casas que les avian servido de retiro, apoderados de ellas los nuestros, hallaron dentro algunas cotas de maya, espadas, barras de hierro, diferentes piezas de plata labrada, sortijas, y otras alhajas de las que avian robado

quando mataron à Luis de Narbacz , entre las quales conociò luego por suyos Pedro Garcia Camacho vnos borones de oro, guarnecidos de diamantes , que perdiò quando , por favor particular de su fortuna , escapò con la vida de aquella rota miserable en que perecieron todos.

Recogidos con brevedad estos delpojos, y quatro Indios prisioneros, que se hallaron escondidos en las casas, antes de amanecer bolviò Garci-Gonzalez con su gente à subir à lo alto de la loma, donde avia dexado à Martin Fernandez de Antequera con Agustin de Ancona; pero seguido de el Cacique Conopoyma, (que recogidas sus descompuestas Esquadras pretendia tomar satisfaccion de el desbarato que padeciò aquella noche) antes de llegar à la cumbre de la loma se hallò acometido por la Retaguardia con densa nube de flechas, que disparaban los Indios; y aunque el daño que causaron fue muy leve, sin embargo mandò Garci Gonzalez à vno de los Indios que llevaba prisioneros, llamado Sorocayma, dixesse à los demàs, que no tirassen, porque si le herian algun Soldado manifestaria su enojo, haciendolos empalar à todos quatro; pero pudiendo mas en el barbaro la gloria de su Nacion, y el rencor de su vengança, que el aprecio de la vida, burlando de la amenaza, en lugar de executar aquello que le mandaban levan-

tò la voz, animando al Cacique Conopoyma, para que con mas resolucion apretasse la batalla, assegurandole, que eran los nuestros tan pocos, que podia tener por cierto el triunfo, si proseguia con telon en el empeño.

Esto irritò à Garci Gonzalez tanto, que mandò le cortassen vna mano, y lo soltassen, para que de aquella suerte fuesse à aconsejar de mas cerca à Conopoyma; pero el barbaro, sin imutarse en nada al oir la pronunciacion de su sentencia, estendió el brazo con tan gallarda entereza, que aficionado Garci-Gonzalez à su garvo, y desenfado, lo mandò poner en libertad, suspendiendo la execucion, y remitiendo el castigo; pero esta generosidad, tan propia de su nobleza, no tuvo, al juicio de sus Soldados, la general aceptacion que merecia, pues no faltaron dos de ellos, y de los mas principales, (cuyos nombres remitimos al silencio por escusar à sus descendientes el rubor, que podrá causarles la memoria de accion tan indigna, y fea en quien tenia sangre noble) que llevando à mal la moderacion piadosa de su Cabo, no contentos con la civilidad de murmurarla, sin que Garci-Gonzalez lo supiera cogieron à Sorocayma, y le cortaron la mano, sin que les moviesse à compasion el sufrimiento con que tolerò el prolongado rigor de aquel martyrio, pues como si lo practicàran

en

en vn bruto (solo con el fin de atormentarlo) le cortaron el pellejo en redondo à la muñeca, y despues, buscandole la coyuntura, con la punta de vn cuchillo le dividieron la mano, separandola de el brazo: tormento en que mostrò tal constancia, que en el dilatado espacio de sufrirlo, manteniendose inmoble al padecer, ni se le oyò vn ay, ni se le escuchò vn suspiro; antes con singular desembarazo pidió le diessen su mano, despues que se la cortaron, y cogiendola en la otra que le avia quedado entera, sin pronunciar mas palabra se fue muy passo entre passo para donde estaba Conopoyma, à quien manifestó su desventura, y representò su agravio, para que vengasse con las armas la ofensa que avia padecido su lealtad, por cumplir como debia con la obligacion de buen vasallo; pero aterrorizò de fuerte al Cacique la inhumanidad de aquel castigo, que sin atreverse à demostracion alguna, despues de aver estado vn rato suspenso, como abortio en la consideracion de aquel suceso, levantandose entre los Indios vna confusa voceria de halaridos, se fueron retirando por el Valle, haciendo Garci-Gonzalez lo mismo, para el Asiento de Minas, donde avia quedado Gabriel de Avila asistiendo con el resto de su Campo al beneficio de los metales, en cuya saca se experimentaba cada dia mas abundante el rendimiento.

Esto obligaba à los Españoles à desear con mas ahinco la total sujecion de aquellos Indios, así por aprovecharse de ellos para el trabajo, como por gozar sin susto la precisa asistencia en las labores, pues aguardando por instantes las invasiones con que los molestaban los barbaros, era forzoso estàr siempre prevenidos, sin dexar las armas de las manos: à este fin, corriendo la tierra con frecuencia desde el Asiento de Minas, procuraban ostigarlos, por ver si los daños que recibian en sus Poblaciones, y labranças podia ser medio para obligarlos à que aceptassen la paz con que les rogaban; pero tenian tan arreygado à el corazon el odio contra los nuestros, que sin ser bastantes à mitigarlo los incendios que experimentaban, y muertes que padecian, se ostentaban cada vez mas obstinados; hasta que aviendo salido vna noche Garci-Gonzalez con treinta hombres, y dado de repente sobre el Pueblo de el Cacique Acaprapocon, no obstante la valerosa resistencia que interpusieron los Indios para buscar su defensa, consiguió apoderarse de las casas, con presa considerable de mugeres, y muchachos, aunque no à tan poca costa, que no se viesse en evidente peligro de la vida; porque aviendo oido rumor en vn bugio de la Poblacion, entrando à reconocerlo, por ver si avia en el algunos Indios escondidos, le salió al en-

encuentro vn barbaro de presencia agigantada, y fuerças correspondientes à lo que prometia su disforme corpulencia, y enarbolando vna macana le tirò tan fiero golpe à la cabeza, que no obstante aver aplicado por reparo la interposicion de vna rodela de acero, le hizo pedazos la celada que llevaba puesta, dexandolo sin sentido con la violencia de el golpe; pero socorrido à tiempo de Juan Riveros, Ambrosio Hernandez, Andrès Dominguez y Malpartida, tuvo lugar de recobrarle, mientras el barbaro procuraba defenderse de los quatro, que haciendo empeño en castigar su atrevimiento, intentaban pagasse con la vida su osadía; pero burlando de todos la despejada destreza con que el gentil esgrimia contra vnos, y otros la macana, sin que pudieffen ofenderle configuriò la seguridad de retirarse, dexando à Garci-Gonzalez bastantemente picado con el escozor de el golpe recibido; pero recogido al Real de Minas con la presa que avia adquirido aquella noche, hallò en breve motivo suficiente para poder templar su sentimiento, pues reconociendo las Indias que avia llevado cautivas, pareció entre ellas la muger principal de Conopoyma, y dos hijas de el Cacique Acaprapocon, tan queridas de su padre, que eran el objeto total de sus amores: accidente de tan favorables consecuencias, que en el consistió el fin de

aquella guerra, y la absoluta sujecion de aquel partido, pues rendidos al amor los dos Caciques, pudiendo mas en ellos el cariño, que el rebelde telon de su porfia, ocurrieron luego al Real de Minas pidiendo la paz con rendimiento; y experimentando cada dia las conveniencias que gozaban con el buen tratamiento que tenian, la mantuvieron despues con gran fidelidad, hasta que consumidos los mas con el rigor de vna cruel peste de viruelas, las pocas familias que quedaron en sèr, passado el contratiempo de aquella calamidad, desamparando la posesion de su nativo suelo, vnas se agregaron à la Poblacion de el Valle de la Pascua, y las mas se retiraron à vivir à los Valles de Aragua, donde governando esta Provincia Don Francisco de la Hoz Berrio el año de setecientos y diez y siete, el Theniente General Pedro Guztierrez de Lugo las recogió al sitio de la Victoria, en cuyo parage se conservan hasta oy con vna Poblacion muy razonable.

*** **

*** **

CAPITULO IX.

PACIFICA FRANCISCO

Infante los Pueblos de Salamanca: entra Francisco Calderon al Valle de Tacata, y disgustandose con sus Soldados lo priva el Governador de el Tenien-

tazgo.

GRande fue sin duda el trabajo que tuvieron aquellos primeros Conquistadores en la pacificacion de esta Provincia de Caracas, pues siendo habitada de diferentes Naciones, sujetas cada qual à particulares Caciques, independientes vnos de otros en el dominio de sus Pueblos, fue preciso irlos conquistando separados, ganando à fuerça de armas la tierra palmo à palmo. Esta fue la causa porque manteniendose ocho años en vna guerra continuada necesitaron de todo aquel espacio de tiempo para llegar à el fin de sus afanes, y ver perfeccionada su Conquista, pues sin permitir lugar para el descanso, ni quietud para el reposo, anduvieron mudando siempre la guerra de vnas Naciones à otras, hasta lograr la sujecion de todas.

Consseguida, pues, la de los Teques, restaba por aquel lado la de los Quiriquires, sus vecinos, que confinando con ellos por la

vanda del Sueste, estendian sus Poblaciones por las orillas de el Tuy, mas de veinte y cinco leguas, hasta lindar por el Oriente con la Nacion Tumusa, à cuya pacificacion por principios de el año de sesenta y quatro entrò Francisco Infante con sesenta Españoles, y mil Indios de las Naciones amigas, que ansiosos, por militar à la sombra de nuestras Armas, quisieron voluntarios acompañar nuestras Vanderas; y vencida alguna oposicion con que los Naturales quisieron embrazar la entrada en sus confines, consiguió à poca costa apoderarse de diferentes Pueblos, que separados en corta distancia vnos de otros, formaban vn Partido, à quien Juan Rodriguez llamò en su tiempo Provincia de Salamanca, donde admitidos de paz los principales Caciques, quando pensò con tan favorables principios dar con brevedad glorioso fin à su Conquista, se hallò obligado à desampararla, y expuesto à la contingencia de malograrlo todo, porque aviendo adolecido Francisco Infante de vna calentura maligna, se fue comunicando el achaque à sus Soldados de fuerte, que muertos siete de ellos en tres dias, y multiplicandose por instantes los enfermos, pasó à ser contagioso el accidente, siendo general en todos la dolencia; por cuya razon, no atreviendose à fiar de la reciente amistad de aquellos barbaros en ocasion

tan apretada, pues la confianza de verlo impossibilitado para el manejo de las armas pudiera darles motivo para intentar algun atrevimiento, dexando en el mejor modo que pudo assegurada la paz de aquellos Pueblos, se retirò con su gente à la Ciudad, cuyo saludable temperamento, à influxo de su benigno clima, fue el mas eficaz antidoto para que luego restaurassen todos la salud perdida; si bien Francisco Infante quedò tan debilitado con el pestifero rigor de el accidente, que necesitò de muchos meses de convalecencia para poder recobrarle.

Esta fue la causa porque no pudo perfeccionar la pacificacion de aquel partido, que con tan buenos principios avia empezado à conseguir su diligencia, pues aunque inmediatamente se tratò de bolver à proseguirla, hallandose impossibilitado con las referidas subsecuencias de su achaque, la huvo de tomar à su cuidado el Theniente Francisco Calderon, quien con ochenta Soldados Españoles, y mas de seiscientos Indios de las Naciones amigas el mismo año de setenta y quatro bolviò à entrar por los Pueblos de Salamanca, y hallandolos en aquella paz, y obediencia que los dexò Francisco Infante, atravesò al Valle de Tacata, corriendo por las orillas de el Tuy hasta salir à Sucuta, sin que en todo aquel distrito encontrasse quien

le hiciesse oposicion, porque los Indios, aprovechandose de lo frágil de la tierra, avian desamparado sus Pueblos, retirandose à los montes mientras passaba la inundacion de aquella entrada: maxima, que considerada por Francisco Calderon, con madurez advertida le hizo persuadir à que mientras no se poblasse vna Ciudad en el centro de aquel Pais, de donde estando à la mano pudiesen con mas facilidad repetir las salidas, seria ociosa qualquiera diligencia que se intentasse para conseguir la sujecion de aquella Nacion cobarde, pues aviendose de executar desde la Ciudad de Satiago, manifestaba la experiencia la facilidad con que al abrigo de las montañas burlaba la cautelosa astucia de los Indios quantas disposiciones formaba la mas prudente prevencion para el efecto.

Llevado, pues, Francisco Calderon de la fuerza de este dictamen, tratò de poner por obra en la sabana que llaman de Ocumare, à orillas del mismo Tuy, la fundacion de la Ciudad que discurría, por parecerle el sitio mas acomodado para el caso; (como en realidad lo era, por las grandes conveniencias que ofrecia) pero comunicada con sus Soldados la materia, hallò fuerte contradiccion en los mas de ellos, no porque les pareciesse mal la resolucion, pues siempre la tuvieron por precisa, alabando el acerta-

do discurso de su Cabo; pero considerando las circunstancias de la ocasion, y de el tiempo, representaban los inconvenientes que podrían originarse de quedar las fuerças divididas, sin poder socorrerse vnos à otros, pues siendo tan corto el número de Españoles que se hallaba en la Provincia, quedarían con la nueva Poblacion debilitadas las Ciudades de Santiago, y Caravalleda, faltándoles la gente de que necesitaban para poder conservarse, en cuya consideracion era politica más prudente atender por entonces à la manutencion de lo poblado, que no exponerse al riesgo de abandonar lo adquirido, por la vana presumpcion de querer asegurar nuevas Conquistas, quando estas podian dexarse para otra ocasion mas oportuna.

Bien conociò Calderon lo que pesaban las razones de aquella representacion tan bien fundada; pero como la propuesta estaba ya revestida de los visos de el empeño, quiso llevarla adelante, atropellando la opinion de los que la contradecian; sobre que se empezaron à mover algunos sin sabores, bastantes para que despues paràsse todo en disgustos, porque los Soldados, fixos en la resolucion de no consentir que se poblasse en Ocumare, presentaron à Calderon vna protesta juridica, para que desistiesse de su intento; y aunque mediante ella suspendiò la diligencia, sin bol-

ver à tratar mas de la materia llevò tan agriamente la repulsa, que destemplado con el escocor de el sentimiento, empezó à descomponerse de palabras con algunos hombres principales de los que traía en su Campo, y faltando à la prudencia con que debia gobernar su disimulo, pasó à poner en prision à Juan Riveros, Sebastian Diaz, Juan de Gamez, y à otros quatro, pretendiendo hacerles causa por cabezas de motin; que tan antiguo como todo esto es en las Indias passar plaza de delito aun la nias rendida suplica de vn subdito: pues en no condescendiendo ciegamente al antojo irregular de vn superior, no ay reparo que no se atribuya à atrevimiento, ni recurso, que no se gradúe por desacato.

Eran nobles todos los agravados, y sentidos de la ofensa supieron sacar la cara à la satisfaccion de su vltaje, pues luego que dieron la buelta à la Ciudad, fenecida la jornada, despacharon à Coro persona de su confianza, para que en nombre de todos expresasse al Governador la razon con que se hallaban ofendidos, y capitulasse à Calderon sobre los procedimientos de su oficio. Era el Governador hombre prudente, así por la experiencia adquirida con sus años, como por la madurez que le dictaba su juicio, y pareciéndole mal lo obrado por su Theniente, para satisfacer à los vecinos, y sossegar con tiempo la de-

demanda antes que tomasse cuerpo, luego que tuvo la noticia lo privò de el Thenientazgo, embiando poder à los Alcaldes de la Ciudad de Santiago, que lo eran aquel año Francisco Maldonado de Almendariz, y Francisco Carrizo, para que governassen en su nombre; si bien poco despues, antes que acabasse el año, mudò la forma à esta planta, despachando titulo à Carrizo, para q por su persona, y no por razon del exercicio, prosiguiesse solo en el empleo, sin necessitar de la copulativa jurisdiccion de el compañero: mudança, que diò à conocer à Calderon las diferencia de el tiempo, pues empezó à experimentar desde luego, en repetidos desayres, la desgracia de mal quisto, que le causò el desordenado obrar, dictado de su imprudencia.

CAPITULO X.

MATAN LOS INDIOS

de Tacata à Juan Pasqual, y à Diego Sanchez: entra el Theniente Carrizo en aquel Valle; y obrando con rigor, lo dexa mas alterado.

ENtre tanto que corrian los sinsabores, y disgustos que llevamos referidos entre Cal-

deron, y los vecinos, dispuso la desgracia, para comun desastoso siego de todos, por las malas consecuencias, y resultas que se siguieron de el caso, que dos Soldados, llamados Juan Pasqual, y Diego Sanchez, llevados de el interes, que pudieran adquirir por medio de algun rescate, sin recelar el peligro en que los empeñaba su codicia inadvertida, salieron de la Ciudad de Santiago, y sin otra compañía, que la de quatro Indios Teques, que les sirviesse de Interpretes, se entraron por los Pueblos de Salamanca à salir al Valle de Tacata, donde, aunque en los principios fueron bien recibidos de los Indios, despues, ò por la fuerza de su natural inconstancia, ò porque empezaron à experimentar quizá algunas violencias en su trato, determinaron matarlos, valiendose de el seguro con que los tenia divertidos el descuido; pero aunque acometidos de improviso, fue tan gallarda su resolucion al defenderse, que haziendo cara los dos à toda la multitud de aquellos barbaros, huvieran escapado con las vidas, à no averlos oprimido mas la muchedumbre, que el valor de los contrarios, pues apelando à la desesperacion, no hubo diligencia que no intentasse la temeridad, para morir matando, hasta que postrados à la fatiga, y rendidos de el cansancio, sin tener parte en sus cuerpos, que no ocupasse vna flecha,

cha, cayeron muertos en tierra, bañados mas en la sangre enemiga, que aun en la fuya propia.

No se descuidaron entre tanto los quatro Indios Teques, que los avian ido acompañando, pues discurriendo que tambien avian de tener parte en la desgracia, lograron la ocasion mientras duraba el empeño de los otros para ponerse en salvo, y venidos à la Ciudad, dieron noticia de lo sucedido en Tacata, à tiempo que ya Francisco Carrizo exercia solo el Thenientazgo; quien resuelto à que para el escarmiento en los demàs convenia no pasar aquella maldad en disimulo, llevò luego noventa hombres, y con ellos, y algunos Indios amigos entrò en Tacata por principios de el año de setenta y cinco; pero aunque por entonces llegó à ponerse sobre el Valle, haciendo la desecha de que su expedicion se encaminaba à otra parte, para coger despues à los Indios descuidados, torciò la marcha sobre la mano derecha, y dexando à Tacata (como si no fuera el blanco à que miraba su empresa) se entrò por el Valle de el Pao, hasta salir à las orillas de el Guarico, de donde bolviendo con presteza para acometer por las espaldas à Tacata, hallò tan prevenidos à los Indios, que gobernando la Banguardia vna mañana Garci-Gonzalez de Silva, alcançò à descubrir vn Es-

quadron de hasta quinientos Flecheros, que saliendo de vn pajonal, donde estaban en zelada, se iban retirando à vna montaña, para formar mas à lo seguro la emboscada.

Y aunque, con el deseo de acometerlos en lo raso, tocando al arma hizo piernas al cavallo para alcançarlos antes que se abrigassen de el monte, ya no pudo conseguirlo, por averse amparado con tiempo de la espesura que formaba el arcabuco, y solo hallò en la campaña à vn Indio, llamado Yoraco, que engañado de su esfuerço le esperaba calada la flecha al arco, presumiendo ser bastante su valor para oponersele solo; pero embistiendo con el Garci-Gonzalez à todo el correr de su cavallo, le diò tan fiero bote con la lança, que suspendiendolo de el suelo, lo llevò vn breve rato por el ayre; y passando de largo en la carrera, quando pensò que lo dexaba muerto, al bolver despues la cara lo hallò, que puesto en pie se mantenìa peleando con Juan de la Parra, y Diego Mendez, hasta que pasado à estocadas todo el cuerpo perdiò el aliento, y la vida, cayendo muerto en el suelo, sin que de alguna de las heridas (con ser las mas que tenia bien penetrantes) le huviesse salido sangre; y procurando inquirir la causa de aquel secreto, como acaso le quitassen vna sarta de piedras coloradas, que tenia puestas al cuello, al instante em-

pezó à brotar à caños quanta sangre mantenía comprimida en aquel yerto cadaver; manifestando con aquella experiencia la natural virtud de aquellas piedras para restañar la sangre, de cuya propiedad simpática hizo después diferentes pruebas en varias ocasiones Garci-González de Silva, hallándola siempre verdadera à la mas mínima aplicacion de su contacto, de que resultó el aprecio que grangé en su estimacion aquella alhaja, pues la conservó en su poder como tesoro, hasta que el Governador Don Diego de Ossorio, algunos años después, teniendo noticia de la rara virtud de aquellas piedras, se las quitó, con el pretexto de embiárselas por cosa singular al Rey Phelipe II.

Quando el invencible Alfonso de Alburquerque expugnó el emporio de Malaca, haze mencion Juan Barrios en sus Decadas de el Asia, y Damian de Gois en las Chronicas de el Rey Don Manuel de otro collar semejante, compuesto del hueso de vn animal, que se cria en la Isla de Java, que se halló en el cuerpo de vn Malayo, tan conforme en el todo con el nuestro, que si los igualó la naturaleza en la virtud, los acompañó la fortuna en la desgracia, pues si el vno se anegó en el estrecho de Sincapura, embiándolo à Portugal, este otro pareció sumergido à vista de Puerto-Rico, remitiéndolo à Castilla.

Muerto Yomaco, sin que los

Indios por entonces intentassen otra cosa, pasó Carrizo à aquarte-
lar-se aquella noche entre las barrancas que formaba vna quebrada, donde las Centinelas, estando con cuidado, aprisionaron cinco Indios, que puestos à tormento, confessaron venian à explorar la forma en que estaba dispuesto el alojamiento de los nuestros, para poder atacarlos con seguro antes que amaneciese el dia siguiente; y hallando Carrizo en esta declaracion cuerpo bastante para executar vn castigo, que sirviese de terror à los demas, mandó luego dar garrote à quatro de ellos, dexando libre al quinto, que llamaban Manarcima, por ser hermano de vno de los Caciques principales de aquel Valle, y ver si por su interposicion podia assegurar el sosiego de aquellas Naciones alteradas; aunque después manifestó la experiencia la traycion (indigna de vn Español) que se encerraba en esta piedad fingida, pues aviendo despachado à el Manarcima con embaxada, para que de su parte asegurasse à los Caciques, q como le entregassen los culpados en la muerte de Juan Pasqual, y Diego Sanchez, à cuyo castigo solo tiraba su enojo, podian salir sin recelo à hablar con el, para que interviniendo nuevos pactos se volviese à establecer la paz, turbada por la desgracia de aquel accidente no pensado.

Creyeron los Caciques da
pro-

propuesta, y sin recelar podia caber engaño en la sinceridad que prometia, salieron à encontrarse con Carrizo Camaco, y Araguare, que eran los mas principales, acompañados de cien Indios cargados de aquellos bastimentos que producía su País, y exagerando las ansias con que deseaban la paz, y el aborrecimiento con que miraban la guerra, pasaron à disculparse sobre la muerte de los dos Españoles, alegando no avian tenido parte en el delito, por averlo cometido vnos Indios particulares, sin intervencion de los Caciques, los quales, temerosos de el castigo que merecia su maldad, andaban fugitivos por los montes, por cuya causa no podian, aunque quisieran, cumplir con el mandato de entregarlos; pero que en qualquier tiempo que pudiesen averlos à las manos estaban prompts à llevarlos à la Ciudad, para que en la legalidad de aquella demostracion quedasse acreditada su inocencia.

Bien pudiera Carrizo aver admitido estas disculpas, aunque no las tuviera en su sentir por verdaderas, pues bastaba la confianza con que aquellos miserables sepusieron en sus manos, para que obrando la piedad diesse lugar en su pecho al disimulo; pero dexandose llevar de la vengança, y atropellando el salvo conducto en que tenia empeñado el puntador, puso luego en prision à

los Caciques, y procediendo à la averiguacion por via juridica, aviendo resultado de la sumaria que formò con ellos mismos el que los mas de aquellos Indios que estaban presentes, aunque no avian cooperado en la muerte de los Españoles, avian sido participantes de el combite que dispuso la brutalidad de aquellos barbaros para comerse los cuerpos, mandò cortar las orejas, y narizes al Cacique Camaco, y dar garrote à treinta y seis, los que parecieron mas culpados, entrando tambien à la parte en la infelicidad de esta desgracia el Cacique Araguare, que maldiciendo su fortuna, y blasfemando de la infidelidad de el trato doble con que avia obrado Carrizo, rindiò la vida al dogal, pasando por las angustias de el suplicio; y porque Manarcima, ya que avia sido el interlocutor para las vistas, no quedasse sin el premio que merecia su trabajo, le hizo cortar la mano derecha, pagandole con aquella inhumanidad no merecida la buena intencion, que debia ser estimada.

Esta crueldad de Carrizo, executada mas à impulsos de la violencia, que à leyes de la razon, exasperò de suerte à los Indios, que conociendo en la fuerza de su desventura, que ni armados hallaban remedio, ni rendidos encontraban descanso, determinaron por alivio, antes morir con valor en la guerra, que pere-

perecer con engaños en la paz ; y tomando las armas con resolucion desesperada, dieron à entender à Carrizo con las obras los terminos à que llega el despecho de vna Nacion ofendida , pues sin dexarlo fosegar en parte alguna fue tan repetida la molestia de emboscadas , assaltos , y acometimientos con que lo persiguieron , que hallandose desesperado con el teson de la hostilidad tan continuada , tomò por acuerdo desamparar el Valle , y bolverse à la Ciudad , sin aver conseguido otro fruto de su temeridad inadvertida , que dexar amancillada su opinion con el descredito que se siguiò en su fama , è impossibilitada por entonces la pacificacion de aquellos Pueblos rebeldes , que obstinò mas su crueldad.

CAPITULO XI.

ENTRA GARCI-GONÇALEZ al Valle de Tacata; trata con generosidad à los Indios , y consigue por este medio el reducirlos.

MAlograda la reduccion de los Indios de Tacata con las temeridades de Carrizo, como quiera que aquellos Pueblos estaban encomendados en el repartimiento general à Garci-Gonçalez de Silva, para que los

gozasse en feudo , siendo el mas interessado en los atrassos de su pèrdida tratò de aplicar el hombro con empeño à solicitar los medios mas convenientes para poder pacificarlos , à cuyo fin el año siguiente de setenta y seis,aviendo llevado sesenta hombres,entrò con ellos al Valle, determinado con la experiencia adquirida à que enmendasse la clemencia lo que avia errado el rigor ; pero como los Indios,escarmentados de lo passado , no se atrevian à fiar de ofrecimientos, aunque procurò satisfacerlos con buen modo, ofreciendoles la paz, jamàs quisieron hacer cara para admitir la propuesta; antes, resueltos à llevar adelante los progressos de la guerra , nombraron por General de sus Armas al Cacique Parayauta , que era el mas empenado en la defenfa, por aver sido el principal motor para las muertes de Juan Pasqual , y Diego Sanchez ; quien reclutadas sus Tropas , y dispuestas quantas prevenciones le parecieron necesarias para salir con lucimiento de la obligacion en que lo tenia puesto su empeño, haciendo menosprecio de los nuestros , y ostentacion de su delito diò en ponerse todas las mañanas sobre vn peñasco à vista de el alojamiento donde estaba Garci-Gonçalez con su gente , y mostrando desde alli la espada que le avia quitado à Diego Sanchez, decia : Yo soy Parayauta el que matò à vuestros

compañeros, y si no os bolveis presto à la Ciudad tengo de hacer lo mismo con vosotros: bolveos, pobres mal aventurados, que engañados de vuestra soberbia venis buscando la muerte, que os està prevenida en mi macana.

Bien quisiera Garcí-González desde luego castigar la barbaría arrogancia de el Cacique, pero avia de por medio vna quebrada, que estava al pie de el peñasco, cuya profundidad, no dando lugar para poder passar à la otra vanda, sirvió los primeros dias de embarazo à sus deseos, hasta que viendo el desahogo con que aquel Indio continuaba en publicar sus amenazas, determinò buscar forma para armarle con secreto vna emboscada; à este fin salió vna noche de su alojamiento con treinta hombres, y aunque à costa de grandísimo trabajo, por aver sido necesario caminar mas de dos leguas, y romper vn pedazo considerable de montaña para descabezar la quebrada, que le servia de embarazo, consiguió antes de el amanecer poner su gente de la otra vanda, casi à espaldas del mismo peñasco, en parte donde no podia ser vista, y mandando subir en vn arbol à vn Indio Tarma de los que llevó consigo, para que sirviese de atalaya, y avisasse quando viniese el Cacique, se estuvo quedo esperando la ocasion para lograr su emboscada, en que no tuvo lugar de consumir mucho tiempo, pues

à poco rato despues de aver amañecido hizo señla la Vigia de que venia Parayauta con mas de cien Indios que le seguian armados; pero caminaba el barbaro tan soberbio, y orgulloso, que adelantandose de los suyos divertido, se metió solo en la emboscada, sin reparar en Garcí-González, que con la espada en la mano le iba saliendo al encuentro, hasta que bolviendo con casualidad la cara à tiempo que le descargaba el golpe, con gentil desembarazo diò dos, ò tres passos atrás para tener lugar de dispararle vna flecha; pero antes que pudiesse llegar à batir la cuerda al arco se la tenia cortada Garcí-González con vn raso, y assegundandole con otro, le diò vna razonable herida en la cabeza, de que atormentado el Cacique empezó à dar traspies, pidiendo amparo à los suyos.

Entonces los demás Españoles, que estaban en la emboscada, salieron acometiendo à los Indios, que presurosos, al ver herido à su Cacique, ocurrían à la defensa; pero puestos con brevedad en confusion, y desorden, quedaron desbaratados por el valor de los nuestros, passando Parayauta por la fortuna infeliz de prisionero; si bien como encontró con el magnanimo corazon de Garcí-González no tuvo lugar de experimentar los efectos de semejante desgracia, pues usando de la generosidad de aquel espíritu noble, que

le alimentaba el pecho, contra el dictamen de todos sus Soldados, lo puso luego en libertad, haciendole curar primero la herida de la cabeza: accion, que fue bastante à conseguir el mejor exito que se pudiera esperar de aquella guerra, pues agradecido el Cacique à bizarría tan hidalga, combocò à los demás principales de aquel Valle, y persuadiendolos con razones à que dexassen las armas, les obligò su respeto à que rendidos solicitassen la paz, saliendo voluntarios à dár à Garci-Gonzalez la obediencia; quedando por este medio reducidos con tanta facilidad aquellos Pueblos, cuya pacificacion se avia tenido poco antes por muy dudosa: para que se reconozca, que no ay Nacion, por barbara que sea, à quien no obligue la suavidad, al passo que desespere el rigor.

CAPITULO XII.

INTENTAN LOS Indios de Salamanca matar à Francisco Infante, y à Garci-Gonzalez: defiendese este con valor, y libra de la muerte al compañero.

Confiesso, que temeroso (y aun puedo decir que desconfiado,) entro à tratar de la materia, que ha de servir de assumpto à este Capitulo; por ser punto muy sensible, para quien se precia

de verdadero, verse obligado, por la puntualidad que pide la Historia, à referir algunos sucesos, que por lo raro de sus circunstancias pueda quedar en duda su certidumbre, necesitando de el piadoso consentimiento de el Lector para su ascenso; pero hallando el presente acreditado con diferentes instrumentos autenticos, que con la antigüedad de mas de vn siglo aseguran su relacion por evidente, y la asentada tradicion con que de padres à hijos se ha conservado hasta oy en esta Provincia por cosa particular la memoria de este suceso, fuera pasarlo en silencio defraudar injustamente à su dueño de los aplausos que merece accion tan grande, solo por la vana desconfiança que pudiera originar la temida contingencia de vn recelo; pues si las hazañas de Fernando Cortés, y las de Duarte Pacheco las huviera dexado el temor de la incredulidad en el olvido, no huvieran llegado à eternizarse sus nombres con la general aclamacion que los celebra la fama, ni el vno huviera conseguido ser assombro de las Naciones de Oriente, ni el otro la gloria de que sus arrestos ayan sido la admiracion de el mundo; y assi, menospreciando los reparos, que pudieran dár motivo para acobardar la pluma, digo: Que aviendo Garci-Gonzalez de Silva retiradose à la Ciudad, despues de pacificado el Valle de Tacata, (como queda referido en el Capitu-

tulo antecedente) no teniendo por entonces en que exercitar su valor, por hallarse yà sujetas, y reducidas todas las Naciones que componian la Provincia de Caracas, determinò, con la seguridad que prometia la paz de que gozaban, dár vna buelta, por modo de passeio, el año subsecuente de setenta y siete à los Pueblos, que llamaban del Partido de Salamanca, los quales tenia en repartimiento de Encomienda à mèdias con su cuñado Francisco Infante, à cuyo efecto combidado este, y otros dos Soldados Españoles, executaron el viage todos quatro, sin recelar los movimientos que podian originarse en la mudable condicion de aquellos barbaros.

Llegados à Salamanca fueron recibidos de los Indios con muestras singulares de amistad muy verdadera, porque en realidad el buen tratamiento, y afable condicion que siempre avian experimentado en sus dos Encomenderos no merecian otra cosa, que vna correspondencia muy segura, y vna voluntad muy firme; pero como no ay servidumbre tolerable para quien tiene en la memoria que en otro tiempo fue libre, bastò el considerarlos como dueños, para que su comunicacion les fuesse fastidiando poco à poco; y como en algunas ocasiones se juntassen los Caciques à divertir su desventura con el alivio de comunicar ynos con otros los des-

consuelos de su pena, fueron de las mismas conversaciones tomando animo para resolverse à solicitar como pudiesen la restauracion de su libertad perdida.

Y aunque para negocio tan arduo no dexaba de acobardarlos la consideracion de las dificultades que traia consigo la materia que emprendian, fueron tan eficaces las persuasiones, y consejos con que los animaba al rompimiento vna vieja, llamada Apacuane, madre del Cacique Guasema, grande hechicera, y arbolaria, que atropellando por los riesgos que prevenia su temor, quedò determinada entre todos la sublevacion, à que avian de dár principio con la muerte de aquellos quatro Españoles; pero para conseguirla con mas seguridad, y menos susto, les pareciò conveniente suspender la execucion, disimulando su intento hasta que llegasse el tiempo en que estuviessen de proximo para bolverse à la Ciudad.

Vivia Garci-Gonzalez con los otros compañeros en vna casa, que avia hecho fabricar para el efecto en el alto de vn repecho, que formaba la Serrania à distancia moderada de los Pueblos, y llegada la ocasion que deseaba la barbara perfidia de los Indios para lograr su maldad, la noche antecedente al dia en que avian de hacer su viage subieron à la casa hasta docientos Gandules, escogidos entre los que tenian por
mas

mas valientes, dexando promptos à la mira otros dos mil, que avian combocado de toda la comarca, para que ocurriessen à la señal que les diessè el alboroto; y ocultando la traycion premeditada con los serviles rendimientos de vna voluntad fingida, dixeron à Garci-Gonzalez iban à dormir allà, para irle por la mañana acompañando hasta dexarlo en la Ciudad: atencion, que teniendo su confianza por segura, la aceptò desde luego, sin recelo de el daño que podia encubrir la anticipada prevencion de aquel cortejo.

Iban los Indios, al parecer, sin armas, porque no las llevaban manifestas, pero todos prevenidos de haces de paja, y de leña para hacer camas, y fuego con que poder calentarse aquella noche, y entre ellos, con gran recato, llevaban escondidas las macanas, para valerse de ellas à su tiempo, sin que alguno de los quatro Españoles llegasse à penetrar lo que tenia forjado la cautelosa malicia de sus huespedes, antes con gran seguridad se echaron à dormir en sus hamacas; pero los Indios, que con cuidado observaban los movimientos para aprovechar las ocasiones, luego que los sintieron dormidos se apoderaron de las espadas, y demás armas que tenían en la casa, para quitar la esperanza à la defensa, y embistiendo con Francisco Infante, y los otros dos Solda-

des, que estaban mas à la mano, les dieron crueles heridas, à tiempo que Garci-Gonzalez, desesperando con el ruido que formò la barbara confusion de aquel gentio, corrió à buscar su espada, llevando al brazo rebuelta vna frazada, que le avia servido de abrigo aquella noche para dormir en la hamaca; pero como no la hallasse en parte alguna, apelò la necesidad al remedio mas prompto que le permitiò el aprieto, y echando mano de vn leño de los que ardian en el fuego, encendido mas en colera de lo que estaba en llamas el madero, embistiò con sus contrarios, asegurando la vida en la resolution de aquel arresto, pues convertida en furor su valentia, no daba golpe en que no fuesse vna muerte, ni hacia amenaza, que no causasse vna herida; de suerte, que no pudiendo los Indios tolerar la repetida execucion de tanta ofensa, tuvieron por mejor cogerlo à manos, pareciendoles mas facil sujetarlo por medio de la multitud à vna prision, que quitarle la vida à fuerza de armas; pero engañòles la cobarde presumpcion de su confianza, porque si hasta allà avia obrado en Garci-Gonzalez el valor, al ver que se multiplicaba con mayores peligros el aprieto, passò à ser desesperacion, lo que avia sido defensa, pues aviendolo cogido en peso los Indios, y llevandolo cargado, acertò à alcanzar con la mano vu-

azicate, que el dia antecedente avia el mismo colgado de vn clavo en la pared, y cobrando nuevo brio con la ayuda de aquel instrumento debil, fueron tales los golpes, y heridas con que maltrato à los Indios, jugando el azicate à vn lado, y à otro, que se vieron obligados à soltarlo, saliendose de la casa apresurados con atropellamiento tan violento, que no pudiendo caber todos por la puerta, derrivaron con el tropel vn lienço de el baxareque, que servia à la casa de pared.

Entonces Garci-Gonçalez, no contento con aver hecho retirar à sus contrarios, acudiò à desatar vn perro de armas, que aquella noche, porque no hicièsse daño à los Indios (teniendolos por amigos) lo avia mandado amarrar con vna cadena à vn poste; y como si con aquella diligencia huviesse adquirido esfuerço para sujetar vn mundo, armado con la frezada, el azicate, y el perro, saliò à buscar à los Indios, que à poca distancia de la casa se avian quedado parados, y rompiendo por medio de el Esquadron con mas braveza que vn toro, sin que le acobardassen los golpes de las macanas con que le tiraban todos, iba hiriendo con desesperacion à vnos, mientras el perro con corage despedazaba à otros, atravesando de esta suerte ya por vna parte, y ya por otra, dexando en todas las señales de su rabia rubricadas con

sangre de sus contrarios en los destrozos que hacia, hasta que aviendole dado vn macanazo en las espaldas, que le obligò à hincar en tierra ambas rodillas, viendose ya postrado, y sin la ayuda de el perro, porque ya se lo avian muerto, apelò à la prompta viveza de su ingenio, y como si tuviera algunos Soldados prevenidos para que pudieran socorrerle en aquel lance, levantò el grito, diciendo: Ea, amigos, y compañeros, aora es tiempo de acometer à estos perros, para que no se queden sin castigo, à cuyas voces, poseidos los Indios de vn panico terror, sin saber de quien huian, dando confusos halaridos, con precipitada fuga se echaron por vna ladera abaxo.

Libre Garci-Gonçalez de aquel empeño en que lo avia metido su temeridad, bolviò para la casa à buscar à sus tres compañeros, à quienes hasta entonces no avia visto, ni le avia dado lugar la precision del aprieto para saber si estaban muertos, ò vivos, y hallandolos tendidos en el suelo, aunque con vida, reconociò estaban mortales, por las muchas heridas que tenian, pues solo Francisco Infante tenia doze, que siendo algunas de riesgo, causaban todas cuidado, por la abundancia de sangre que vertian; y aunque Garci-Gonçalez, no menos lastimado que los otros, se hallaba tambien con cinco heridas, vna mano hecha pedazos, y

el cuerpo todo acardenalado , y molido de los muchos golpes que le avian dado los Indios , sin embargo , no desmayando su aliento en medio de tantos riesgos , se quitò la camisa , y los calçones blancos que traia puestos , y partiendolos en tiras , fue ligando con ellas como pudo las heridas de Francisco Infante , y los demàs companeros , para ver si contenida la sangre con aquella aplicacion cobraban algun vigor para poder caminar , pues en aquel conjunto de peligros , de que se hallaban cercados , no avia otra esperança en que afiançar el remedio , que intentar la retirada , dexando à la contingencia de el suceso la fortuna de lograrla ; à cuya resolucion determinados todos quatro , salieron de la casa aquella misma noche , con animo de caminar quanto pudiesen , fiados en la conveniencia que les ofrecia la obscuridad para hacerlo con recato ; pero como Francisco Infante se hallaba tan desflaquecido con la falta de la sangre , y postrado al vehemente dolor que le causaban las heridas , apenas avian caminado media legua , quando conociendo era imposible el passar mas adelante , pues sentia que por instantes se le acababa la vida , les pidió à los companeros procurassen asegurar las suyas , prosiguiendo en su camino sin detenerse à esperar , pues aviendo el de morir en breve de vna manera , ù de otra , no se remediaba nada con

que pereciesen todos , solo por acompañarlo , quando valiéndose de el vigor con que se hallaban , apresurando el passo podian conseguir la retirada antes que los Indios los siguiesen.

CAPITULO XIII.

*CARGA GARCI-GON-
çalez sobre sus hombros à
Francisco Infante : camina
con el toda la noche hasta lle-
gar à los Teques , donde am-
parados de los Indios as-
seguran las
vidas.*

ERa Francisco Infante cuñado de Garci-Gonçalez , por estar casados el vno con Beatriz , y el otro con Francisca de Roxas , ambas hijas de Pedro Gomez de Ampuero , y de Ana de Roxas , (à quien por passatiempo mandò ahorcar el tyrano Aguirre en la Margarita) y así por este motivo , como por parecerle à Garci-Gonçalez era descredito de su valor , y desayre de su punto el dexar desamparado el compañero en el rigor de aquel lance , se determinò à la mas bizarra accion , que pudo caber en pecho noble , pues resuelto à perder la vida antes que dexarlo solo , viendo que era imposible el caminar por los repetidos desmayos que le daban , se lo echò sobre los hombros , y atravesando con el por

por aquellas Serranías , con ser el camino bien fragoso se portò con tan singular aliento , que aviendo muerto fatigados de el cansancio , y las heridas los otros dos compañeros , caminando èl mas de tres leguas con Francisco Infante à cuestras , llegò al ir amaneciendo à la quebrada de los Paracotos , ultimo termino de la Nacion Quiriquire , y principio de la habitacion de los Teques.

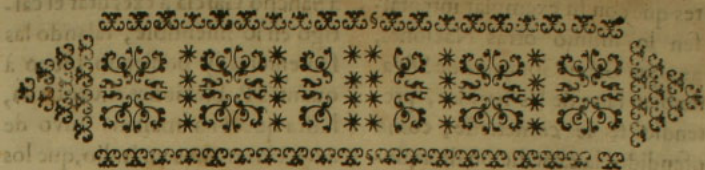
No bien avian desamparado la casa de Salamanca los quatro afligidos Españoles , quando determinados los Indios à acabarlos de matar , bolvieron à buscarlos otra vez ; pero encontrando acaso con el cuerpo del Cacique Guaciquana , à quien Garcí-González avia quitado la vida à golpes de el azicate , concibieron tal assombro al ver de aquella suerte muerto à su Caudillo , que suspensos , mientras el espanto permitió lugar para el consejo , y el sentimiento daba tiempo al desahogo , lo tuvieron aquellos pobres heridos para llegar primero à Paracotos , pues aunque irritados despues determinaron seguirlos para vengar la muerte de el Cacique , aprovechò tanto la ventaja que avian ganado con el tiempo que les dieron para la retirada , que quando los Indios llegaron à assomar por lo alto de la loma , que cae sobre la quebrada , ya estaba Garcí-González asegurado en la orilla de la otra

vanda ; y como los Indios Teques , acerrimos enemigos de los Quiriquires , alcanzaron à descubrir los numerosos Esquadrones de sus contrarios , que venían baxando por la loma , discurriendo (porque ignoraban la causa) que era invasión contra ellos , originada de su enemistad antigua , se dispusieron con presteza à la defensa , y juntos , al estruendo con que tocaron à rebato sus forutos , ocurrieron à la quebrada , para embarazarles el passo con las armas , donde encontrando heridos , desangrados , y mortales aquellos dos Españoles , è informados de la traycion que avia dado motivo à sus desdichas , ruvo tal lugar la clemencia , aun en la agreste condicion de aquellos barbaros , que movidos à piedad , è irritados de el trato doble , y aleve proceder de sus vecinos , tomaron por su cuenta el ampararlos , haciendo honroso empeño de favorecer con bizarría à los que avian maltratado sus contrarios con infamia ; y despues que con gallarda oposicion , y ventaja conocida obligaron à los Quiriquires à que se retirassen corridos , aplicando sus arbolarios la virtud mas activa de los simples que conocia su experiencia , y los antidotos mas eficaces que usaba su medicina à la curacion de las heridas de Francisco Infante , y Garcí-González , que con la agitacion , humedades de la noche , y accidentes de el camino , sobre
aver

aver sido siempre de peligro, se hallaban apostemadas, viceradas, y corruptas, consiguieron asegurarlos de el riesgo, dando lugar la mejoría, para que passados quatro dias, que fueron menester para el descanso, y tomar algun aliento, los pudiesen en hamacas transportar à la Ciudad, donde fueron recibidos con el assombro que requerian las circunstancias de el caso; y este

fue el suceso memorable de el azicate, que hasta oy dura, celebrado en la comun admiracion de esta Provincia por vna de las hazañas mas gloriosas, que executò Garci-Gonzalez entre las muchas que eternizaron su memoria, para aplauso perpetuo de los triunfos, que consiguio en sus Conquistas.





LIBRO SEPTIMO

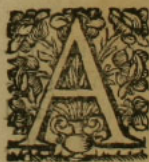
DE LA CONQUISTA , Y POBLACION

DE LA PROVINCIA

DE VENEZUELA.

CAPITULO PRIMERO.

*SUJETA SANCHO GARCIA CON EL CASTIGO
los Pueblos de Salamanca : sale Garci-Gonzalez de Silva
en busca de los Caribes , que amenazaban à Valencia;
y viene Don Juan Pimentel à gobernar
la Provincia.*



AL PASO QUE
fue celebrada en
la Ciudad la ac-
cion de Garci-
Gonzalez , así
por las circun-
stancias que la acreditaron grande
entre las resoluciones de su brio,
como por aver sido motivo para
asegurar las vidas de dos vecinos
tan amados como fueron en su
tiempo el , y Francisco Infante;
causò notable desconsuelo la ino-
pinada sublevacion de aquellos
Pueblos , pues quando se consi-
deraba vencido ya el trabajo , y

conseguido el descanso con la ge-
neral pacificacion de las Naciones,
manifestaba aquella novedad el
desamor, que vivia oculto en los
corazones de los Indios, para bro-
tar en rompimientos siempre que
la ocasion les ofreciese à las ma-
nos su melena.

Governaban por aquel tiem-
po la Ciudad Juan de Gueva-
ra , y Francisco Maldonado, Al-
caldes Ordinarios de aquel año;
por aver passado à Coro el The-
niente Francisco Carrizo, y deter-
minados à castigar con brevedad
el atrevimiento de los Indios, an-

res que con su exemplar intentasen lo mismo otras Naciones, aunque Garci-Gonzalez de Silva, no bien sano de las heridas, pretendió se le cometiesse, como ofendido, la expedicion de aquella entrada, para tomar por su mano satisfaccion de su agravio, no quisieron los Alcaldes convenir en su demanda, por no poner en riesgo conocido su persona, que mal convallecida todavia de los trabajos passados, aun se hallaba con mucha parte de la salud perdida; y nombrando à Sancho Garcia, vecino principal, y de experiencia, salió de la Ciudad con cinquenta Soldados Españoles, y algunos Indios Teques, procurando ocultar su marcha con recato, para no ser sentidos de los Indios; pero ellos prevenidos, teniendo por cierto que su delito avia de provocar la colera Española à procurar el castigo, avian cerrado los caminos con gruesos maderos, y de montes para embazarar el passo; de fuerte, que atajado por todas partes Sancho Garcia, no intentaba buscar vereda para su entrada en que no hallasse vn estorvo, hasta que vencidas las dificultades con trabajo, hubo de llegar al mismo Pueblo donde se fraguò la traycion contra Garci-Gonzalez, el qual hallò desamparado, por averse retirado los Indios à lo mas oculto de las montañas, para esperar assegurados los beneficios que les ofreciesse el tiempo: causa, que movió

à Sancho Garcia à executar el castigo en lo insensible, talando las sementeras, y poniendo fuego à quantas Poblaciones encontraba, hasta que vna mañana hubo de aver à las manos vn Indio, que los Batidores de su Campo hallaron escondido sembrando puas envenenadas en el camino, para que al pisarlas los nuestros quedassen heridos de la oculta traycion de aquel engaño, el qual puesto à tormento declarò, como los Indios, animados con la noticia de que era corto el numero de Españoles que andaban destruyendo aquel Partido, se hallaban determinados à probar fortuna con las armas, buscando oportuna ocasion de acometerlos, para cuya resolucion se avian de juntar aquella noche los Caciques, y Cabos principales en vna quebrada, que à quatro leguas de distancia de aquel sitio ocultaba en su centro vna montaña.

Alegre con esta relacion Sancho Garcia, marchò con su gente luego que anocheció para el parage donde se hacia la junta, llevando al Indio por guia, con promessa de darle libertad, y regalarlo como lo encaminasse de fuerte que pudiesse llegar sin ser sentido à la quebrada, para coger à los Caciques descuidados: oferta, que obligò de calidad al corazon de aquel barbaro, que dexando las veredas principales, lo guiò con tanto acierto por algunos atajos, y rodèos, que poco

co despues de media noche, penetrando la montaña, llegaron à dar vista à la quebrada, donde juntos para la citada conferencia se hallaban ya algunos Caciques, è Indios particulares, que harian por todos numero de quinientas personas; y Sancho Garcia, aprovechando el tiempo, y la ocasion, sin detenerse à mas que apellidar à Santiago acometiò por todas partes à los Indios, que turbados con la confusion de abance tan repentino, no hallaron otro remedio, que poner en la fuga su esperança, retirandose atropellados à el abrigo, que por entonces pudo ofrecerles vna ceja de montaña, que guarnecia la quebrada, donde recobrados de el primer susto intentaron defenderse; pero perseguidos de las repetidas cargas de flecheria con que los molestaban los Teques, nuestros amigos, desampararon el sitio, prosiguiendo con desorden precipitado en la fuga comenzada, sin que fuesen bastantes à detenerlos las voces, y amenazas con que el Cacique Aquareyapa procuraba animarlos à que muriesen peleando; quien viendo lo poco que aprovechaba su diligencia para confortar el desmayo de su gente, quiso dar à entender con arrogancia bastaba solo su valor para oponerse à los nuestros, y haciendo cara con vna macana en la mano à los Soldados, (que ya con la luz de el dia iban siguiendo el alcance) en-

contrò con Antonio de Villegas, à quien acometiò con furia infernal para matarlo; pero reparando el golpe de la macana en el escudo, tuvo lugar para corresponderle con la espada, dandole vn tajo en la cabeza, de que cayò en el suelo atolondrado; mas bolviendo à levantarse sin desmayar, buscò segunda vez à su contrario, travandose entre los dos vna porfiada batalla, hasta que otro Soldado, llamado Figueredo, viendo apurado à Villegas, le diò por detrás al Cacique vna estocada, que le quitò la vida, partiendole el corazon.

Canfado Sancho Garcia de seguir el alcance de los Indios se bolviò à recoger con su gente à la quebrada, donde entre algunos prisioneros que se avian cogido aquella noche, fue luego conocida de todos la India Apaquana, madre de el Cacique Guacima, motora principal de aquel levantamiento, pues à la fuerça de sus consejos, y à la eficàz persuasion de sus razones se resolvieron los Indios à la alevosa traycion que executaron: deliro, que no ignoraban los nuestros, y asì, para su castigo la mandò luego ahorcar Sancho Garcia, dexandola colgada donde la viesèn todos, para que su cadaver moviesse con el horror alescarmiento, ya que su voz persuadiò à la maldad con la eficacia: accion en que consistiò el sosiego total de aquella Nacion rebelde, pues atemorizados

dos los Indios con el suplicio de Apaquana, y quebrantados con la pérdida de mas de docientos Gandules, que perecieron aquella noche en la quebrada, aunque à los principios con el temor se retiraron todos à las Serranias que estàn de la otra parte de el Tuy, bolvieron poco despues à solicitar con rendimiento la paz, que avian menospreciado con arrojo.

Al tiempo que sucedia en la Ciudad de Santiago lo que llevamos referido, se hallaban los vecinos de la Valencia bastante-mente apurados con las continuas invasiones que padecian sus contornos de la barbara crueldad de los Carives, que ansiosos por faciar el brutal apetito de comer carne humana, à que es naturalmente inclinada la fiereza de aquella Nacion extolida, avian salido de las orillas de el Orinoco, donde tienen su habitacion, y atravesando por los Llanos hasta los partidos inmediatos à Valencia, no quedò Pueblo, ni rancheria en su jurisdiccion que no experimentasse los lastimosos efectos de su furia, padeciendo la Ciudad por instantes los sustos de entrar tambien à la parte en estos daños; y no teniendo fuerzas, por su poca vecindad, para oponerse al poder de tan crueles enemigos, ocurriò à dar quenta de sus trabajos al Governador Mazariago, que à la sazón asistia en Coro, para que diese provi-

dencia à su remedio; quien considerando ser la Ciudad de Santiago la que con mas promptitud podia asistir al socorro, embiò orden à Garci-Gonzalez de Silva, para que con la brevedad que requeria aquel aprieto tratasse personalmente de aplicarlo.

Luego que Garci-Gonzalez recibió el despacho del Governador, deseando desempeñar con el acierto la obligacion en que lo tenia puesto la confianza que se hacia de su persona, levò treinta Cavallos, y algunos Indios amigos de los que le avia dado à conocer por mas valerosos la experiencia, y salió de la Ciudad en busca de los Carives, con la noticia que tuvo de que se hallaban rancheados à espaldas de la Laguna, que llaman de Tacarigua; y llegando à las orillas de el rio Tiznaos, (donde por las señales q̄ dexaron se conocia aver estado poco antes alojados) se ofreciò à la vista vn espectáculo, que moviendo à compasión, irritò los animos Españoles à solicitar con mas empeño el castigo que merecia la bruta atrocidad de aquellos barbaros, pues encontraron puestas sobre vnas barbacoas con mucha orden cerca de docientas cabezas, que avian dexado alli los Carives de los Indios que llevaban prisioneros, y en sus borracherias, y festines iban sacrificando, para faciar con sus cuerpos la bestial inclinacion de harrarse de carne humana, cuyo lastimoso ob-

objeto encendió tanto la colera de Garci-González, que sin querer detenerse marchó à largas jornadas en su alcance, siguiéndolos ocho dias por el rastro, hasta que en las orillas de el Guarico hubo de encontrar con ellos, à tiempo que acababan de destruir, y convertir en cenizas vna hermosa Poblacion que adornaba sus riveras, de cuyos vecinos infelices tenian vnos divididos en quartos, otros asados ya para comerlos, y finalmente hecha de todos vna carniceria formidable; pero por mucha priessa que se dió Garci-González à embestirlos, la tuvieron mayor ellos para acogerse à sus Canoas, echandose por el rio abaxo à salir guiados de su corriente al Orinoco, dexando burlada con la prevencion prompta de su fuga toda la diligencia anticipada de los nuestros; si bien para desahogo de la colera, y que no fuesse en valde la jornada, todavia lograron la fortuna de poder apriisionar veinte y seis Indios entre la confusion que tuvieron con la priessa de embarcarse, à los quales mandò luego empalar Garci-González; y perdida la esperança de conseguir por entonces otro fruto en aquella expedicion, se retirò con su gente à la Ciudad.

Avia el Rey ya por este tiempo proveído por Governador, y Capitan General de la Provincia (para que succediesse à Diego de Mazariego) à Don Juan Pimen-

tél, rama à quien el illustre tronco de los Condes de Benavente comunicò los esplendores de nobleza, que vermejeaban en la roxa Insignia de Santiago con que adornaba el pecho, y embarcandose en Cadiz en vn Navio que iba para Carragena, tomò Puerto en Caravalleda por fines de el año de setenta y siete; fue este Cavallero el primer Governador que tomò possession, y tuvo su asistencia en la Ciudad de Santiago, à cuya imitacion todos sus successores, ò llevados de el benigno temperamento de su clima, ò movidos de las conveniencias que ofrece la frecuencia de su trato, han residido en ella, adquiriendo por este medio las prerrogativas de Cabeza de la Provincia, con harto sentimiento de la Ciudad de Coro, que despojada de este honor, que le dió su antigüedad, llora entre las cortedades que padece los vltreses con que la ha tratado el tiempo, y los desprecios con que se ha burlado de ella.

la fortuna.

CAPITULO II.

EMBLA EL GOVERNADOR à Garcí-González à la Conquista de los Cumanagotos : pelèa con ellos en Chacotapa , y Vnare : rompielos en ambas ocasiones, pero no quedan rendidos.

TOmada la possession de su Gobierno por Don Juan Pimentel , empezó desde luego à aplicar todo su cuidado à las disposiciones politicas , y civiles de que necesitaba , como planta nueva , la Ciudad de Santiago para su perfeccion , en que gattò todo el año de setenta y ocho , sin atender por entonces à otra cosa ; y entrado el de setenta y nueve , para assegurar por todos lados la comunicacion , y afiançar la conveniencia comun de los vecinos , tratò de poblar vna Ciudad en parte que sujetasse à los Indios Quiriquires : diligencia , que encomendò à Garcí-González , y embarazaron su efecto los accidentes de el tiempo , pues hallandose ya prompto para salir à ejecutarla con cien hombres Españoles , mas de quatrocientos Indios , y las demás prevenciones necesarias , fue preciso aplicar este armamento à otra expedicion mas urgente , porque los Indios Cumanagotos , altivos con

la rota lamentable que dieron al General Don Diego Fernandez de Cerpa , en que pereciò aquel Cavallero con lo mas florido de la gente que traxò de España à su Conquista , no contentos con defender su libertad , y hazer con el valor su reduccion impracticable , (como lo experimentò Don Garcí de Cerpa , que queriendo proseguir en las capitulaciones de su padre , conociò , bien à su costa , ser tan hijo de Don Diego en las desgracias , como lo fue en la sangre) dieron en salir al Mar à infestar la Navegacion con sus Pyraguas , y encontrando algunos Barcos , que iban de Caravalleda à rescatar perlas à la Margarita (en cuyo trato consistia por entonces el caudal de los vecinos de Santiago) los robaron , matando con inhumana crueldad toda la gente.

Pertenecía aquella Provincia en aquel tiempo à esta Governacion de Venezuela , mediante à estàr comprehendida en el distrito que ay entre Maracapana , y el Cabo de la Vela , que fueron los terminos , y lindes que le señalò el Emperador Carlos Quinto quando la arrendò à los Belçares , y así por esta razon , como por assegurar el Comercio con la Margarita , que tanto importaba à los interesses publicos , sabido por Don Juan Pimentel el desbaratò de los Barcos , tuvo por mas conveniente acudir con tiempo al remedio de aquel daño , que diver-

tir las fuerças en operacion menos precisa, y así mando à Garci-González, que con la gente que tenia prevenida para poblar en los Quiriquires passasse luego à la Conquista de los Cumanagotos.

Era la empresa arriesgada, por los desastres que la avian hecho temida; pero como aquel espíritu guertero de Garci-González aspiraba siempre à lo mas dificultoso, tuvo aquella ocasion por galantè, en que le brindaba lucimientos su fortuna, y aceptandola gustoso, reclutados otros treinta Soldados Españoles, sobre los ciento que tenia prevenidos, diò principio à su jornada el dia seis de Abril de el año de setenta y nueve, governando su derrota por caminos que discurrió mas seguros, aunque los considerò mas dilatados, pues huyendo de que los Cumanagotos tuviesßen noticia de su entrada, dexò la vereda de la Costa, que era la mas conocida, y formando vn medio circulo para los Valles de Aragua, atravesò por los Llanos à entrar por el camino que oy tragan los que van de San Sebastian à la nueva Barcelona, por donde al cabo de veinte dias salió à los Pueblos de el Cacique Querecrepe, à cuya vista aquartelò su Campo à orillas de vna laguna.

Avia pocos dias que era muerto aquel Cacique, (en cuya amistad hallaron siempre gran favor los Españoles) y teniendo no-

ticia sus hijos (que eran tres) de la llegada de Garci-González, salieron el dia siguiente à visitarlo, cargados de vn abundante regalo de las cosas comestibles que producía su País: obsequio à que concurren tambien poco despues el Cacique de los Palenques, el de Barutayma, los de la Laguna de Cariamanà, y Don Juan Cavallo, Señor de los Partidos de Piritu, antiguo amarelado de la Nación Española, y confirmada entre todos la amistad, para assegurar mejor con aquella alianza la Conquista, profiguiò Garci-González en demanda de la Costa, con animo de poblar en el mismo sitio que Don Diego de Cerpa tuvo fundada la Ciudad de Santiago de los Caballeros, que era à orillas de el rio de Guatapanare, por otro nombre, el Salado; pero aviendo salido à las riveras de el Mar muy à sotavento, le fue preciso caminar algunas leguas por la Costa en demanda de el parage que buscaba para hazer su Poblacion; y estando alojado vna tarde en el sitio que llaman las Juntas de Chacopata, llegaron à tomar Puerto alli bien cerca diez y ocho Pyraguas de los Cumanagotos, que en prosecucion de sus insultos avian salido à pyratear al Mar, y aunque al verlas venir para tierra se creyò fuesßen vnas Canoas del Cacique Don Juan Cavallo, en que se conducía parte de nuestro vagage, y se avian quedado atrás,

reconocidas despues con evidencia por Embarcaciones Enemigas, mandò Garcí-González ocupar vna salina, y restinga de monte, que se formaba cerca de la playa de espesos tunales, y guazabaras, para que los Cumanagotos no pudiesen escaparse, y con el resto de la gente acometiò à las Pyraguas, de que se apoderò con brevedad, porque las desampararon los Indios, determinados à sustentar en tierra la batalla, que travada de vna, y otra parte con empeño, se ensangrentò con el rigor de Marte la campaña, durando el combate con tesson, hasta que postrados los Indios, mas con el cansancio, que con el desfallecimiento, favorecidos de la noche tuvieron lugar de retirarse al amparo de los tunales, y guazabaras, con pérdida de ochenta y tres Gandules, que quedaron muertos en la playa.

Quemadas las Pyraguas de los Cumanagotos, pasó Garcí-González adelante hasta llegar al Salado; pero no hallando en todo aquel distrito sitio que le pareciesse acomodado para hazer su Poblacion, determinò, con parecer de los mas principales de su Campo, dar la buelta à fundarla en Querecrepe, para assegurar alli su Plaza de Armas, y poder con mas conveniencia proseguir en la Conquista; pero los Indios, que ofendidos de la rota antecedente buscaban ocasion para el desquite, hallandolo aquartela-

do vna mañana en las riveras de Vnare, dispararon de repente sobre el Real innumerable multitud de flechas, rompiendo el ayre al mismo tiempo las voces, atambores, y vocinas, con que en estruendo confuso hacian ostentacion de el rompimiento, provocando à los nuestros à batalla.

Estaba à la sazón Garcí-González oyendo Misa en su tienda de Campaña, y sin que lo alterasse aquella novedad no prevenida, prosiguiò sin movimiento en la asistencia de tan devoto exercicio, hasta que acabando el Sacerdote, montò à cavallo, y acompañado de Lazaro Vazquez, Martin Alfonso, Duarte Fernandez, y otros, ocurriò à las orillas de el rio donde sonaba el rumor, por estàr los Indios de la otra parte, quedando de por medio entre vnos, y otros todo el cuerpo de sus aguas, que bastantemente crecidas por entonces, no daban vado para poderse esguazar, por cuyo inconveniente estuvieron vn breve rato sin hazer otra cosa, que responder con los arcabuzes al disparo que hacian los Indios con las flechas, hasta que vn lebril de nuestro Campo, empujado con el militar estrepito, se arrojò al rio para embestir con los Indios: circunstancia, que advertida por Garcí-González con reparo, le diò motivo para animar sus Soldados, y diciendoles: Ea, amigos, este animal nos enseña lo que

que debemos hazer en este caso, hizo piernas al cavallo, y con gallarda resolucion se entregò à la corriente para passarla à nado, à cuyo exemplo hicieron lo mismo los demàs, saliendo todos con felicidad à la rivera contraria, donde jugando las lanças, y los Indios esgrimiendo las macanas, se encendiò entre vnos, y otros la batalla, que durò por espacio de tres horas, sin que manifestasse Marte à quien mostraba favorable su semblante.

Batalla de
Vnare.

Eran quarenta y siete los hombres de à cavallo que avian seguido à Garci-Gonzalez en el esguazo de el rio, y los que mantenian el combate contra las Tropas de mas de tres mil Cumangotos, porque el resto de la Infanteria, detenido con el embarazo de la creciente de el rio, no avia podido passar à la otra vanda; pero inflamados los Soldados con la emulacion de ver pelear à los otros, y empeñado à su Capitan en aquel riesgo, dieron tantas bueltas à las orillas de el rio, que huvieron de hallar parte por donde esplayandose sus aguas (aunque con algun trabajo) permitian comodidad para vadearlo; y llegando con deseo de restaurar el tiempo que avian perdido, ensangrentaron las espadas con desesperacion en aquellos cuerpos desnudos, que no pudiendo tolerar el estrago que padecian, empezaron à desmayar en el aliento que avian tenido hasta entonces,

à tiempo que los de à cavallo, animados con el socorro que les diò la Infanteria, bueltas las lanças en rayos, acabaron de desordenar las Esquadras Enemigas, pues descompuestas de el todo, confesaron su vencimiento con la fuga, dexando à los nuestros dueños de la victoria, y de el Campo.

CAPITULO III.

*FUNDA GARCIGON-
galez la Ciudad del Espiritu Santo en Querecrepe: buel-
ve en busca de los Cumana-
gotos: pelea con ellos diferen-
tes vezes, y sin conseguir
su Conquista se
retira.*

SIN mas dilacion que la que fue necessaria para curar algunos Soldados, que quedarò heridos en la batalla, levantò Garci-Gonzalez su Campo de las riveras de Vnare; y llegado à Querecrepe, en conformidad de lo que tenia determinado, poblò luego vna Ciudad, que intitulò de el Espiritu Santo, por aver hecho los Auros para su fundacion en la Octava de Pentecostes; y como su animo solo era, que le sirviesse de Plaza de Armas aquella nueva Poblacion, aunque para la formalidad de su gobierno nombrò en ella Alcaldes, y Regidores, quedò mas con las cir-

constancias de Presidio, que con las apariencias de Republica, pues fabricado con brevedad vn fuerte de maderos para defensa, y abrigo de los vecinos, dexò en el treinta Soldados, à cargo de Juan Fernandez de Leon, à quien nombrò por Cabo, y con todo el resto de la gente bolviò à salir à campaña à solicitar el fin que deseaba su Conquista.

No ignoraban los Cumanagotos el ansia con que los avia de bolver à buscar Garci-Gonzalez; y como las dos rotas anteriores, que avian padecido de sus armas, mas los avia dexado enfurecidos, que amedrentados, observaban sus movimientos con cuidado, esperandolo por todas partes prevenidos; de suerte, que aviendo buuelto los nuestros al rio de Vnare, por la parte que llaman los Palenques, al entrar en la montaña hallaron el camino abierto à mano, tan limpio, y despejado, que se conocia averlo hecho los Indios de proposito, para dar à entender con aquella demostracion el poco temor con que se hallaban: Bien penetrò Garci-Gonzalez, como practico, el fin de aquel artificio, y que prevencion tan bien pensada no podia menos que ocultar algun engaño prevenido, y assi, advirtiendole à sus Soldados caminassen con cuidado, marcharon con las armas en la mano hasta salir à vna sabana pequena, que encerraba en su centro la monta-

ña, y apenas ocuparon su terreno quando por todas partes los Indios, que al abrigo de los arboles esperaban la ocasion, empezaron à descargar nubes de flechas, à que correspondieron los nuestros con repetidas cargas de arcabuzeria; y sin detenerse alli, por ser el sitio peligroso, prosiguieron la marcha por el monte, peleando siempre con los Indios, aunque con algun trabajo, porq̃ como el animo de los barbaros solo avia sido encaminarlos al recinto de aquella corta sabana para cogerlos cercados, de alli para adelante tenian cerradas las veredas, y tapados los caminos de suerte, que fue menester irlos abriendo al passo que iban peleando; pero vencida la penalidad con la constancia que les infundia el valor, huvieron de llegar ya sobre tarde al Pueblo de Utuguane, que hallaron ardiendo en llamas, porque los Indios le avian pegado fuego, para privar à los nuestros de la comodidad que podian tener en el para alojarse.

Era el sitio de aquella Poblacion muy desahogado, por estàr plantada en vn terreno limpio, y aunque falto de agua, por averse apoderado los Indios de vn jaguey, que servia para el abasto de el Pueblo, sin embargo determinò Garci-Gonzalez aquartelarse en el aquella noche, por tener su gente fatiga con el calor, y cansancio de aquel dia: hallabanse
los

los Soldados impacientes con el tormento de la sed que padecian, y no pudiendo tolerar martyrio tan infufrible, quando estaba en sus manos el remedio, apelaron à las armas para buscar con ellas el alivio, y sin recelar los contratiempos que podia ocasionar la obscuridad, al primer tercio de la noche dieron sobre los Indios que guardaban el jaguey, consiguiendo (aunque con bastante resistencia) hacerse dueños de el agua, que adquirieron à costa de alguna sangre, y juntamente cogieron algunos prisioneros, de los quales supieron como los Cumanagotos, fomentados de las armas auxiliares de los Chacotapas, Cores, y Chaymas, Naciones confinantes, que avian llamado en su ayuda, se hallaban à poca distancia de aquel Pueblo con Exercito compuesto de doce mil Combatientes, determinados à mantener con las armas la libertad heredada, y sustentar con su sangre la estimacion adquirida.

Deseaba Garci-Gonzalez reducir la suma de aquella guerra al lance de vna batalla, donde quebrantado el orgullo de aquella Nacion soberbia, perdiessse los brios que le infundia su altivez; y viendo que se le venia à las manos la ocasion para conseguir el fin que avia formado en su idea, marchò el dia siguiente por la mañana, guiado de los prisioneros, en busca de los

Cumanagotos, à quienes à pocas de legua y media de camino encontrò alojados en vna hermosa llanada, que servia de asiento à la Poblacion de el Cacique Cayaurima: Eran (segun se demostraban à la vista) bien numerosas las Tropas Enemigas, y resuelto Garci-Gonzalez à embestirlas, dividiò su gente en dos Esquadras; la vna, en que entraban Juan de Gamez, Geronimo Baquedaño, Rodrigo de Leon, Alonso Camacho, Antonio de Lima, Juan Garcia Carrasco, y otros, reservò à la disposicion de su gobierno esta; y la otra, que se componia de Martin Alfonso, Thomàs Diaz, Juan Sanchez, Hernando Marcello, Hernando Gutierrez, y el resto de sus Soldados, encomendò à Lazaro Vazquez, à fiançando en el valor que experimentaba en sus compañeros el desempeño de aquella resolucion, en que consistia el credito de la Conquista à que aspiraban todos.

Eran las diez de el dia quando Garci-Gonzalez, antes que los Indios tuviessen tiempo de formar sus Esquadrone, atacò la batalla por dos partes, cogiendo en medio el grueso de el Exercito contrario; pero ellos con la mejor forma que pudieron prevenir al uso de su Milicia, formaron dos frentes à su Campo, para recibir con igualdad el acometimiento de los nuestros, y poblando vnos el ayre de saetas, mientras otros

Baralla de
Cayauri-
ma.

otros, con el restallar de las hon-
das al disparo de las piedras, lle-
naban de estruendo la campaña,
hicieron rigorosa la defensa, sin
que el tropel de los cavallos, el
golpe formidable de las lanças,
ni la continua descarga de los ar-
cabuzes, les obligasse à descom-
pouer la planta en que se avian
formado, hasta que passadas ya
mas de dos horas se fueron desfi-
lando poco à poco, retirandose à
el abrigo de la Poblacion de Ca-
yaurima: estratagemas, que con
toda su experiencia Militar no
penetrò Garci-Gonzalez, pues
empeñado en seguir el alcance, se
metiò sin reparo dentro de el Pue-
blo; mas como la retirada de los
Indios encubria vna simulacion
muy prevenida, apenas lo vie-
ron dentro pegaron fuego por to-
das partes à las casas, y saliendo-
se otra vez à la sabana, lo dexaron
cercado entre la confusion, y el
incendio, donde se quemaron seis
Soldados, y alguna gente de ser-
vicio, siendo necessaria toda la
actividad de Garci-Gonzalez, pa-
ra que con miserable estrago no
pereciesen todos.

Este contratiempo, nacido
de el poco reparo de los nuestros,
empezò à engendrar alguna des-
confiança de el exito favorable
que se avian prometido en la
Conquista; pero no obstante, re-
suelto Garci-Gonzalez à prose-
guir en ella, aunque contra la
voluntad de sus Soldados, siguiò
a marcha hasta llegar à las Caba-

ñas de Piritu, perseguido siem-
pre de los Cumanagotos, que
vfanos con el buen sucesso ante-
cedente, no perdian ocasion de
molestarle, acometiendole em-
boscados en quantos passos po-
dian tener comodidad para lo-
grarlo; agregandose à esta mo-
lestia continuada la fatiga de la
ardiente sed que abrasaba à los
Soldados, porque siendo el tem-
peramento en extremo caluroso,
el terreno arido, y seco, y por
consequente escaso de aguas, los
Indios, con malicia anticipada,
avian cegado algunos pozos
donde pudieran hallarla.

Esto obligò à Garci-Gonça-
lez à passar sin detenerse à Chaco-
tapa en busca de vn jaguey, que
llamaban de Ararà, ò Macorian;
y aunque tuvo la fortuna de ha-
llar el agua descubierta para re-
frigerio de su gente, que pere-
cia con la sed, fue à costa de vna
desgracia, pues al atravesar vn
material espeso de mayales, que
avia cerca de la playa, le mataron
los Indios de vn flechazo à Juan
Fernandez Morillo, vno de los
mejores Soldados que llevaba, à
quien el cerazon con presagios
parece avia anticipadamente pre-
venido su desdicha, pues al sa-
lir de Querecrepe dixo à todos
sus amigos, que fixamente sabia
no avia de bolver con vida de
aquella entrada, porque diferen-
tes vezes se le avia puesto en la
imaginacion, que lo avian de
matar en Chacotapa; è instan-
dole

dole sus camaradas à que pidieffe licencia al Capitan para quedarfe, pues avia de andar siempre contristado con la desconfianza de el guero, les respondiò: No permita Dios que por temor de la muerte desampare yo à mis compañeros, ni falte à lo que es de mi obligacion; y la supo cumplir tan bien, que atropellando los anùncios de su muerte, sacrificò por victima la vida en las aras de el valor.

Puesto el Campo Español en Chacotapa, llamò Garcí-Gonçalez à Consejo, sobre la determinacion que debia tomar segun el estado en que se hallaban sus armas; y aunque premeditadas las circunstancias de la falta de bastimentos que padecian, la esterilidad de el terreno que pisaban, y lo fatigado de aquel Campo, con la molestia de marchas tan trabajosas, sobre ser tan corto el numero de gente de que se componia para querer contrastar las fuerças de vn enemigo poderoso, fueron todos de parecer, era lo mas conveniente desisttir de aquella Conquista por entonces, retirandose à Querecrepe, hasta que el tiempo ofrecieffe ocasion mas oportuna para poder proseguirla; sin embargo Garcí-Gonçalez, oponiendose al dictamen de sus Soldados, estraño la proposicion de retirarse, à que no estaba acostumbrado su valor, sin ver el fin de las esperanças, en que empeñaba su opinion; y despre-

ciando los reparos que alegaban para dar fundamento à la propuesta, se determinò à llevar adelante la Conquista: resolucion, que disgustò mucho à los que intervinieron en la Junta, y no faltò quien con alguna alteracion en la voz, y en las acciones le dixesse, que si se hallaba en animo de anteponer su gusto à lo que dictaba la razon, pudiera aver escusado el pedirles parecer, y juntarlos à Consejo; pero quando mas empeñado en su opinion procuraba persuadir à sus Soldados las congruencias de seguirla, vn nuevo accidente le obligò à desisttir de ella, y convenir desde luego en lo que mas repugnaba, porque todos los Indios, que como amigos le asistían por auxiliares, y los que le acompañaban para el servicio de el Campo, ò cansados de las inescusables molestias de la guerra, ò llevados de el temor que avian concebido de los Cumanagotos, se le huyeron vna noche, dexandolo sin guias, y tan impossibilitado para mantenerse en la Conquista, que à impulsos de la necesidad se viò precisado à abandonarla, y bolverse à Querecrepe.

(* ? ✕ ? *) (* ? ✕ ? *)

(? o ?) * * * (? o ?)

(✕) (✕)

CAPITULO IV.

DESPUEBLA GARCÍ-González la Ciudad de el Espíritu Santo: entra en los Quiriquires, donde, aunque la funda de nuevo, no permanece: retirase à Santiago, y padece la Provincia vna gran peste de viruelas.

QUando Garcí-González llegó de retirada à su nueva Ciudad de el Espíritu Santo, hallò en ella vn despacho del Governador Don Juan Pimentel, en que le prevenia, que si la pacificacion de los Cumanagotos no estuviessse en estado de poderse fenecer con brevedad, la desamparasse luego, y despoblando la Ciudad que avia fundado, passasse à conquistar los Quiriquires, aplicando aquel armamento al fin que se destinò primero, porque atendidas las resultas de vna, y otra expedicion, eran mas apreciables las que prometia la facil sujecion de estos, que las que se podian esperar de la dilatada Conquista de los otros; y como en la observancia de este precepto venia inserto lo mismo que apetecian, por el desabrimiento con que miraban ya aquella jornada, à quien avia hecho desagradable la constante resistencia de los Cumanagotos, executaron

sin repugnancia alguna el mandato de el Governador, y despoblando la Ciudad, (aunque debaxo de aquellas protestas que suele vsar el pundonor en estos casos para quedar con ayre) atravesaron por los Tumufas, y Valle de Caucagua à salir à la Provincia de los Quiriquires, en cuya docilidad hallò tan buen recibimiento Garcí-González, que sin necessitar valerse de las armas bolviò à restablecer su desgraciada Ciudad de el Espíritu Santo, poblandola nuevamente en el asiento de vna loma, que cae à las vertientes de el rio Irequao; pero conociendo despues los Indios, que la intencion de los Españoles, segun la Poblacion que avian trazado, era de permanecer en aquel sitio, quedandose à vivir entre ellos, pareciendoles mala su vecindad para perpetua, y haciendo su operacion la desconfiança, convirtieron toda la amistad en rebeldia, con odio tan implacable, que la buena correspondencia, que avian tenido hasta alli, parò en vna guerra declarada, pues à cara descubierta empezaron à practicar quantas hostilidades pudieron discurrir por eficaces para librarse de la pesada carga de los huéspedes, sin perdonar assaltos, ni emboscadas, hasta assaltar sus sementeras ellos mismos, porque no se aprovechassen los Españoles de sus frutos para el sustento.

Esta sublevacion tan general obli-

obligò à Garcí-Gonçalez à sacar sus armas à campaña, y correr todas las quebradas, y retiros donde se acogian los Indios, para darles à entender con el castigo la indignacion à que le avia provocado su perfidia, y restaurar con el rigor, lo que avia malogrado la blandura: diligencia, que practicò con tefon, y consiguió con fortuna, pues consternados los Quiriques à vista de los suplicios, que executò en los mas culpados, pasando à vnos por los tormentos de el dogal, y à otros por la violencia de el cuchillo, pidieron rendidos el perdon, ofreciendo para satisfaccion de su culpa, perpetua sujecion al vassallage, y seguridad constancia en la obediencia; de cuya promessa satisfecho Garcí-Gonçalez, no teniendo por entonces mas que hacer para el seguro de la Ciudad recién fundada, electos Alcaldes, y Regidores, que atendiesen à la conservacion de su govierno, nombrò por su Theniente à su Alferéz Mayor Pedro Gonçalez, y con mas celebridad de la que pedia la ocasion, acompañado solo de sus criados, diò buelta à la Ciudad de Santiago, así por hacer relacion al Governador Don Juan Pimentel de lo que avia obrado en la Conquista, como por pedirle facultad para repartir los Indios entre los Pobladores, pareciendole mas conforme à la razon ordenasse la distribucion de las Encomiendas, quien avia sido testigo de los ser-

vicios de todos, para que correspondiendo à los meritos el premio, ni tuviesse lugar el agravio, ni cabimiento la queixa.

Esta absencia intempestiva de Garcí-Gonçalez fue la ruina total de la nueva Ciudad de el Espíritu Santo, porque faltando su asistencia al mejor tiempo, faltò con ella el respeto, y veneracion, que mantenía en paz, y correspondencia à los vecinos, pues no siendo bastante la autoridad de Pedro Gonçalez para atajar en sus principios algunos movimientos de discordia, diò lugar, para que cobrando cuerpo los disgustos, se fuesen convirtiendo en discusiones; de suerte, que desavenidos, y mal satisfechos vnos de otros, llevados de el ardor de sus pasiones, fueron desamparando la Ciudad, mudandose vnos à vivir à la Valencia, y retirandose otros à Santiago; de calidad, que no atrevien dose los pocos que quedaban à sustentar la Poblacion por miedo de los Indios, la abandonaron de vna vez, dexandola desierta: contratiempo, que sintieron con extremo, así el Governador, como Garcí-Gonçalez, viendo malogrado en vn instante el fruso de sus fatigas, y desvanecida la planta, en que fundaban la gloria de sus aplausos; y aunque, determinados à restaurar lo perdido, trataron de bolver à dar forma para restablecer con mas fundamento la fundacion de su Ciudad desgraciada, quan-

quando mas empeñados se hallaban en aplicar los medios para el logro eficaz de sus intentos, vn nuevo accidente, acaecido en la Provincia por entôces, los embrazò de suerte, que perdida la esperança, les obligò à dexas de lamano la materia, suspendiendo la execucion para ocasion mas oportuna: Y fue el caso, que llegó por este tiempo, que ya era el año de ochenta, al Puerto de Caravalleda vn Navio Portuguès, que venia de arribada de las Costas de Guineá; y no aviendose hecho reparo à los principios de que venia infestado de viruelas, quando se advirtió en el daño fue quando no tuvo remedio, pues siendo achaque que nunca se avia padecido en estas partes, cundió con tal violencia, que encendido el contagio entre los Indios, hizo tan general estrago, que despooblò la Provincia, consumiendo algunas Naciones enteras, sin que de ellas quedasse mas que el nombre, que acordasse despues la memoria de su ruina: fatalidad de las mayores que ha padecido esta Governacion desde su descubrimiento, pues convertida toda en lastimas, y horrores, hasta por los caminos, y quebradas se encontraban los cuerpos muertos à docenas, sin que por todas partes se ofreciesse à la vista otra cosa, que objetos para la compassion, y motivos para el sentimiento; y porque este fuesse mas grande, y llegasse à su mayor aumento el

desconsuelo, sucedió al mismo tiempo la desgracia de morir en Coro el señor Obispo Don Fray Pedro de Agreda, Prelado à todas luces Venerable, y que en veinte años que governò esta Dioçesi supo con su integridad, su mansedumbre, y prudencia conservar la general benevolencia de sus subditos, siendo su natural agrado el imàn con que atraía los corazones de todos: causa, para que fuesse su falta mas llorada, por ser en ocasion que mas necesitaba la Provincia de su vida para alivio de el riguroso mal que la affigia, pues creciendo este por instantes, sin que la diligencia hallasse en las medicinas humanas el remedio, era cada dia con mas violencia su aumento; hasta que entrado el año de ochenta y vno, sin que cessasse la mortandad, ni minorasse el contagio, ocurriò la Ciudad de Santiago à buscar recurso à su trabajo en los socorros Divinos, y votando por su Patron, y Tutelar à San Pablo Primer Ermitaño, fue tan eficaz su proteccion, que milagrosamente desde luego se empezó à experimentar la sanidad; en cuyo agradecimiento, para recuerdo perpetuo de el beneficio recibido, fabricò la Ciudad vn Templo à su memoria, conservando hasta oy la piadosa costumbre de asistir capitularmente todos los años el dia quince de Enero à celebrarle fiesta, y rendirle las gracias en su Iglesia.

158

CAPITULO V.

AMENAZAN LOS CARIVES à la Ciudad de Valencia: sale Garci-Gonzalez en su busca, y hallandolos en el Guarico los derrota.

SOfsegada la tempestad en que se viò sumergida la Provincia con el violento rigor de la epidemia, empezó à respirar de su fatiga; si bien quedó tan quebrantada, y consumida con la falta de los Indios, que sin poder bolver en sí, hasta el dia de oy se conocen los efectos de aquel daño, à que procuraron ocurrir los vecinos por entonces, aplicando los remedios que tuvo por convenientes la providencia Política, en cuyas disposiciones pasado el año de ochenta y dos, y entrado el de ochenta y tres, los hallò Don Luis de Roxas, Cavallero Madrileño, que nombrado para succeder à Don Juan Pimentel en los cargos de Governador, y Capitan General de la Provincia, llegó por el mes de Octubre al Puerto de Caravalleda, y en su compañía el señor Don Fray Juan de Manzanillo, Religioso Dominico, à quien su Magestad desde el año antecedente avia presentado por Obispo en lugar de el señor Don Fray Pedro de Agreda, y fue el primer

Prelado que assentando su residencia en la Ciudad de Santiago, dexò exemplar à los demás para que hiciesen lo proprio, empezandose à fraguar desde aquel tiempo la maquina que se executò despues, y consiguió à los cinquenta y cinco años el señor Don Juan Aburto de la Mata, trasladando la Cathedral de Coro à la Ciudad de Santiago.

Puesto Don Luis de Roxas en la possession de su Gobierno, bolvieron à reverdecen en Garci-Gonzalez los deseos de restaurar con nueva planta su Poblacion perdida; pero aunque el Governador, enterado de la importancia de su pretension, se hallaba determinado à fomentarla, las ocurrencias de el tiempo mudaron las cosas de suerte, que huvieron de tomar otro temperamento muy distinto; porque aviendo los Carives de el Orinoco buuelto à salir à los Llanos à caza de hombres, como pudieran de fieras, destruidas algunas Poblaciones de Indios, que encontraron en los esteros, y caños de los rios, llegaron con sus incendios, y crueldades à infestar las cercanias de la Ciudad de Valencia, que temerosa con la vecindad de tan inhumano enemigo, ocurrió à pedir socorro al Governador, representando su peligro; y como la precision de esta urgencia requeria prompto el remedio, se hallò precisado Don Luis de Roxas à valerle de la ex-

periencia, y valor de Garci-Gonzalez, para que tomase por su cuenta el aplicarlo: confianza, que apreciada con estimación de aquel corazon bizarro, le obligò à deponer sus intereses, sin tratar mas de la Poblacion que pretendia reedificar en los Quiriquires, para assegurar en ella el premio de los afanes que padeciò en su Conquista.

Determinado, pues, Garci-Gonzalez à la expedicion contra los Indios Carives, en lo que avia empenado su misma reputacion, salió de la Ciudad con sesenta Infantes, veinte Cavallos, y cien Indios Arbacos, que conducia à sus ordenes el Cacique Querepana, y encaminandose à los Llanos, tomò la marcha en busca de el rio Guarico, cuyas riveras servian de alojamiento à los Carives, para formar de alli sus invasiones; pero como no sabia la parte fixa donde podria encontrarlos, deseando tener alguna luz anticipada para poder gobernarfe, cogiò la delantera con diez y seis Cavallos, y sesenta Indios Arbacos, dexando orden à Pedro Alvarez Franco, para que con el resto de la gente le fuesse siguiendo por el rastro; y aviendo caminado de esta suerte, llegó el dia siguiente à media noche à las orillas de el Guarico, en ocasion tan oportuna, que à la luz de vna candelada, que ardia en la playa pudo descubrir quatro Carives, que dormian bien descuidados: accidente, que le

franqueò sin trabajo la noticia que deseaba, pues aprisionados los Indios declararon sin apremio, que à quatro leguas de alli, amparados de las barrancas de el rio, tenian su principal alojamiento los Carives, cuyo numero llegaba à seiscientos hombres de armas.

No faltò entre los Soldados quien con esta relacion instasse à que sin dar tiempo à que los Carives los sintiesen passassen aquella misma noche à acometerlos; pero Garci-Gonzalez, que deseaba assegurar el lance, sin que lo malograsse el arrojò de vna resolucion imprudente, despreciando la propuesta, como dictada de vna inconsideracion temeraria, determinò hazer alto en aquel sitio hasta que llegasse el resto de su Campo, que avia quedado atràs; y aviendose incorporado al otro dia, por la diligencia con que Pedro Alvarez Franco acelerò la marcha, luego que entrò la noche, guiados de los Indios prisioneros, partieron todos juntos en busca de los Carives, que ignorantes de que pudiesse aver Españoles por alli, vivian tan descuidados, que el Cacique, y principal Caudillo que gobernaba sus Tropas avia salido aquella madrugada por las orillas de el rio à divertirse cazando; y encontrando de repente con los nuestros, aunque la novedad de aquel accidente no péfado lo dexò algo suspensò por vn rato, echando des-

pues

pues mano à las armas, disparò con gran presteza tres, ò quatro flechas contra Garcí-González, que caminaba delante, y passandole con vna el sayo de armas, le atravesò (aunque al soslayo) por vn muslo, à cuyo golpe enfurecido, batiò los azicates al cavallo, y passandole el pecho con la lança, lo derribò muerto en tierra.

Este principio favorable fue anuncio de la felicidad que coronò el suceso, porque llegando los nuestros à descubrir poco despues la rancheria donde se alojaban los Carives, al ver la cabeza de el Cacique, que puesta en vna lança llevaba vn Soldado enarbolada por trofeo, faltandoles el animo, empezaron à defenderse con tibieza; y aunque las persuasiones con que procuraba alentarlos vn hijo de el difunto à que vengassen la muerte de su padre fueron estimulo, para que acordandose de el valor se fuesen empeñando con mas brio, sucediò, para ruina total de sus Esquadras, que corriendo Garcí-González tras de vn Indio, que sobrepalía entre todos, así en la robustez desmesurada de su cuerpo, como en la destreza con que jugaban las armas, metiò el cavallo las manos en vn hoyo, y con la violencia que llevaba, al tropezar despidiò al ginete de la silla, quedando tan furioso con el espanto que recibìò al caer Garcí-González, que faltandole la sujecion de el freno, no fue pos-

sible detenerlo, y rompiendo por el Esquadron de los Carives, con los relinchos, y corcobos los desordenò de suerte, que tuvieron lugar Damian de el Barrio, Alonso Camacho, Alonso Ruiz, Juan Garcia Carrasco, Andrès González, Alonso Perez de Valencuela, Thomàs González, Francisco de Nava, Flores Rondon, y los demàs Soldados de à cavallo de exercitar bien las lanças, causando estrago miserable en el descòpuesto Esquadron de aquellos barbaros, que divididos en piezas al corte de las espadas con que los Infantes por su parte los perseguian, tambien encarnizados, dexaron sembrada la campaña de horrores, y de cadaveres, pagando con la libertad, ò con la vida los insultos, y crueldades que en las Naciones vecinas tenia executadas su impiedad, pues quitando algunos pocos que tuvieron la fortuna de acogerse à las Canoas, que tenian ancoradas en el rio, los demas, ò passaron por el amargo trance de la muerte, ò experimentaron el trabajo de vna triste esclavitud, à que quedaron condenados para siempre.

CAPITULO VI.

PUEBLA SEBASTIAN

Diaz en los Quiriquires la Ciudad de San Juan de la Paz : atraviesa despues la Serrania , y funda en los Llanos la de San Sebastian de los Reyes.

GLorioso Garci-Gonzalez con la rota de los Carives, diò la buelta à la Ciudad de Santiago à desfrutar en aplausos el premio que merecian sus fatigas; y aunque el Governador Don Luis de Roxas, deseando perfeccionar la Conquista de los Quiriquires, le franqueò desde luego con generosidad el permiso, para que volviesse à restaurar su Poblacion perdida, ò cansado de tan repetidas jornadas, ò porque à la verdad miraba ya con desconfiança aquella expedicion en que tan mal le avia corrido la fortuna, no quiso meterse en ella, pretextando algunos motivos razonables, que acreditassen por legitima su excusa; y como su respeto avia sido el embarazo para que ninguno se atreviesse à sacar la cara à pretenderla, viendo que el se desistia empezaron muchos à solicitarla con empeño, siendo el principal de todos Sebastian Diaz de Alfaro, natural de San Lucar de Barrameda, à

quien se la concediò el Governador, prefiriendolo à los demàs, por la conocida ventaja de sus meritos, y aver sido de los Capitanes que acompañaron al General Diego de Lofada en su Conquista.

Ya era el año de ochenta y quatro quando Sebastian Diaz, acompañado de Matheo Diaz de Alfaro, su hijo, Melchor de San Juan, Juan Fernandez Truxillo, Matheo de Laya, Melchor de Leon, Hernando Gomez, Alonso Garcia Pineda, Diego de Ledesma, Juan Rodriguez Espejo, Bartholomè Sanchez, Frutos Diaz, Gaspar Hernandez, Christobal Suarez, Vicente Galeas, Christobal Quintero, y otras personas conocidas, hasta el numero de ochenta, y llevando por Capellan à vn Clerigo, natural de Badajoz, llamado Alonso Lopez de San Martin, entrò en los Quiriquires, cuya Provincia hallò tan sossegada, manteniendo la sujecion en que la dexò Garci-Gonzalez, que sin experimentar operacion que desdixesse de vna obediencia rendida, fue recibido de los Caciques con demostraciones, y agasajos, que manifestaban sin doblez la sinceridad de su buen animo; y como el fin principal de su jornada era solo à poblar, no aviendo encontrado en los Indios embarazo que pudiesse retardar la execucion, fundò en las orillas de el rio Tuy (quatro leguas mas aba-

Ciudad de
San Juan
de la Paz.

jo de donde junta sus aguas con el Guayre) la Ciudad de San Juan de la Paz, queriendo dexar vinculada en este nombre la memoria de aver logrado su intento sin desembaynar la espada.

Fue cèlebre esta Ciudad en sus principios, prometiendo la prosperidad con que empezó à florecer muy distinto paradero de el que experimentò despues en los desvíos con que la tratò inconstante su fortuna, pues aviéndose descubierto en su jurisdiccion las Minas de Apa, y Carapa de tan opulenta riqueza, que en los dos meses primeros de su beneficio se sacaron quarenta mil castellanos de oro de veinte y tres quintales, se tuvo por sin duda, que el cebo de el interès fuese atractivo para que se aumentasse su vecindad, y creciesse su grandeza; pero aquella felicidad fue vn relampago que se apagò quando empezaba à lucir, porque reconociéndose despues ser el temperamento muy enfermo, por las muchas humedades de el terreno, y embarazar las montañas que la rodeaban à que la bañasse el ayre, à que se añadia ser tan frequentes las aguas, que solia passarse vn mes entero sin ver el Sol, en vn continuo llover, se fueron desabriendo los vecinos; y anteponiendo la salud (que ya lloraban perdida) à las conveniencias que pudieran adquirir en la labor de las Minas, la fueron desamparando con tal priessa, que

antes de los dos años quedò de el todo despoblada, perdiéndose con el transcurso de el tiempo hasta la memoria de el parage donde se sacaba el oro; porque aunque el Governador Sancho de Alquiza el año de mil seiscientos y seis, teniendo noticia de aquella riqueza malograda, tratò de su beneficio, experimentándose los mismos inconvenientes que antes, no se pudo lograr su permanencia, y se dexò de el todo abandonada; dando motivo à muchos, para que algunos años despues consumiesse el tiempo, y el dinero en procurar descubrirla, pero siempre sin provecho, porque nunca pudieron encontrarla, hasta que el año de mil seiscientos y noventa y ocho, governando la Provincia Don Francisco de Berrotarán (Marquès que fue despues de el Valle de Santiago) se dedicò à buscarla con empeño, y guiando-se por el derrotero de algunos nombres, y señales que se hallaron en instrumentos antiguos, hubo de dar con las casas, y otros vestigios de el tiempo en que se sacaba el oro; pero recreciéndose à este Cavallero contradicciones, y pleytos muy reñidos sobre la possession de aquellas tierras donde intentaba poblar-se; para entablar con toda formalidad el beneficio, quedò tan disgustado, que sin proseguir mas adelante dexò suspensa la materia, y malogrado el trabajo, pri-

vandose la Provincia de la utilidad comun à que avia tirado su buen zelo.

Poblada la Ciudad de San Juan de la Paz con tanta felicidad como hemòs dicho, dexò Sebastian Diaz para su manutencion los vecinos que le parecieron necessarios, y con el resto de su gente atravesò la Serrania, que cae à la parte de el Sur, y saliò al pielago inmenso de los Llanos, (cuya longitud, corriendo por mas de quatrocientas leguas, llega à confinar con las opulentas Provincias de el Perú) tierra muy propria, y adecuada para criaciones de ganados, por la substancia de sus pastos, y qualidades de sus aguas, como lo ha mostrado la experiencia en los increíbles multiplicos que se logran: Esta conveniencia, sobre las muchas que ofrecia la fertilidad, y hermosura de aquel País, obligò à Sebastian Diaz à tratar de poblarle en el para gozarlas de asiento; y siendo la determinacion no repugnante al gusto de los Soldados, que aficionados al terreno solicitaban lo proprio, con aprobacion de todos fundò el año de ochenta y quatro la Ciudad de San Sebastian de los Reyes, cuyos primeros Regidores fueron Bartholomè Sanchez, Frutos Diaz, Gaspar Fernandez, y Matheo de Laya; Escrivano de Cabildo, Christobal Suarez; y sus primeros Alcaldes Ordinarios Hernando Gamez, y Diego de Ledesma.

Demora esta Ciudad à la parte de el Sur, distante cinquenta leguas de la Ciudad de Santiago; y aunque asistida de muy corta vecindad, por no averla dado lugar al crecimiento la facilidad con que sus habitantes la han mudado à diferentes partes, huyendo de algunas inconveniencias que embarazan su aumento, sin embargo mantiene su Poblacion, conservando en la expresion de su nombre el recuerdo de lo mucho que debiò à su noble Fundador: cogesse en su distrito el cacao celebrado de Orituco, que tanto apetecen para su regalo los hombres de buen gusto, cuyo trato, con el de algun tabaco que se siembra, y las crias de ganado bacuno à que se han aplicado sus vecinos, son las fianças en que aseguran (aunque con escasez) los medios para su manutencion.

CAPITULO VII.

ENTRA CHRISTOBAL Cobos à la Conquista de los Cumanagotos: puebla la Ciudad de San Christobal; y sentido de Don Luis de Roxas dà la obediencia al Governador de Cumanana.

SObervios los Indios Cumanagotos de aver obligado à Garci-Gonzalez à despoblar la Ciudad.

Ciudad de el Espíritu Santo, y retirarse de toda la jurisdiccion de su Provincia, fueron multiplicando los insultos à que los provocaba su altivèz, fiados en que la continuada felicidad de sus victorias los avia elevado ya (en la comun estimacion) al grado supremo de invencibles; y experimentandose cada dia, con lamentables tragedias, los efectos de esta presumpcion desvanecida, fue preciso que el Governador Don Luis de Roxas aplicasse todo el conato à su remedio.

Avia la Audiencia de Santo Domingo condenado à Christobal Cobos en que sirviesse à su costa en las Conquistas que pudiesen ofrecerse en la Provincia, para satisfacer con este merito las resultas de el delito que cometió su padre en la muerte tan injusta, como atroz, que dió à Francisco Faxardo; y siendo persona à quien la experiencia de sus hechos tenia acreditado por hombre de valor, y buen Soldado, hallò el Governador quanto avia menester en este caso para conseguir su intento; y valiendose de el pretexto de lo determinado por la Audiencia, le mandò tomasse por su cuenta la sujecion, y castigo de los Cumanagotos, ofreciendole ayudarlo con quanto huviesse menester para los precisos gastos de su empeño.

Aceptò luego Cobos la propuesta, y levando ciento y setenta hombres Españoles, y trecien-

tos Indios de la Costa, entrò por el mes de Marzo de el año de ochenta y cinco à pisar los umbrales de aquella Nacion rebelde, y llegando à el rio Salado, cuyas margenes tantas vezes fueron teatro en que à costa de la sangre Española representò sus mas lastimosos sucesos la desdicha, le fallò al encuentro el Cacique Cayaurima con dos mil Gandules de pelèa, que militaban voluntarios à la sombra feliz de sus Vanderas, y rompiendo desde luego la batalla, sin dar tiempo à que los nuestros pudiesen aprovecharse de los puestos ventajosos de el terreno, huviera conseguido el derrotarlos, si Cobos, reconociendo el aprieto en que se hallaba, no huviera obrado aquel dia, disponiendo como Capitan, y peleando como Soldado, pues de esta suerte, aunque à costa de la muerte de Juan Ortiz, y otros cinco, ò seis Infantes, logró el que se retirassen los Indios despues de mas de tres horas de combate, dexandole el passo libre para poder proseguir sin embarazo hasta el jaguey de Macaron.

No desmayò Cayaurima con lo poco favorable de el suceso; antes, teniendo à desayre de su valor la constancia con que pelearon los nuestros, llamò en su ayuda otros Caciques, y reclutando sus Tropas con ocho mil Combatientes que le llegaron de socorro, bolviò otra vez à probar el

sem.

semblante con que lo recibia la fortuna: hallò à Cobos atrinchado en su alojamiento, y prevenido con quatro versos de bronce, que cargados de valas menudas tenia afeitados para la parte por donde se temia le podria acometer el enemigo, y dandoles fuego à tiempo que resueltos los Indios abançaron por alli con animo de apoderarse del quartel, hicieron tal destrozo, que desordenada la muchedumbre, su misma confusion ofrecia blanco seguro para lograr nuevos tiros, hasta que reconociendo Cayaurima el menoscabo que padecian sus Esquadras, empezó à retirarse à parte donde la distancia malograssè el alcance de los versos; y provocando desde alli à los Españoles, los instaba à que dexados los reparos que le servian de defensa, saliessen à mostrar el valor en la campaña.

No reusò Cobos aceptar el desafío, y dividiendo su gente en dos Esquadras, echò la Infanteria por vn lado, y èl con quarenta Cavallos que tenia acometiò por otro, para obligar à los Indios à que acudiendo à dos partes diferentes, formassen dos frentes encontradas: Iban los delanteros junto à Cobos Christobal Mexia de Avila, y Hernando Tello; y como en la destreza con que jugaban las lanças reconocieron los Indios los mas evidentes anuncios de su ruina, bueltos à vna contra ellos, los marcaron por

blanco fixo al tiro de sus saetas de suerte, que no pudiendo resistir los sayos de armas el agudo penetrar de tanta flecha como descargaron sobre los dos ginetes, à los primeros encuentros de el combate cayeron muertos en tierra, acompañando los cavallos en la desgracia la infeliz fortuna de sus dueños: acontecimiento, que reputado por los Indios como premisa cierta de la victoria que esperaban, les diò aliento para empeñarse mas en la pelèa, renovando con mayor estruendo el militar rumor de la guazabara.

Cobos entonces, animando à los suyos mas con el exemplo, que con las palabras, rompiò por el barbaro Esquadron, atravesando con la lança à quantos procuraban estorvarlo; pero como la multitud que acaudillaba Cayaurima era tanta, que contrapesando el esfuerço invencible de los nuestros, no daba lugar à que se conociesse el menoscabo que padecian sus derrotadas Esquadras, llegó à recelar Cobos de el suceso, viendo el desprecio de la vida con que peleaban los barbaros, y la intrepidez con que ofrecian los desnudos cuerpos à los ardientes cortes de el azero.

No con menos confusion se hallaban por su parte los Infantes, pues oprimidos de la muchedumbre de los Indios, aun no tenían desahogo para jugar las espadas; pero como el valor en los

aprie-

aprietos fuele valerse de vna temeridad para lograr vn remedio, viendose ya quasi perdidos, y que los Indios aclamaban con repetidas voces la victoria, fiados Juan de Campos, y Alonso de Grados en las fuerças corporales con que adornò su robustèz naturaleza, atravesaron por medio de el Exercito Enemigo en busca de Cayaurima, y encontrandolo en la frente que hacia oposicion à los Ginetes, se abrazaron con èl, cargandolo entre los dos para llevarlo prisionero: accion, que advertida por Cobos, conociò luego consistia en el buen suceso de ella la felicidad de aquel empeño en que se hallaban todos, y para que no la malograsse algun descuido, haciendoles espaldas con parte de los Cavallos, los fue comboyando, hasta que amparado de el abrigo de el alojamiento quedò asegurado en èl el prisionero.

Con esta novedad mudò su teatro de repente la fortuna, pues temerosos los Indios de el riesgo que corria la vida de su Cacique si proseguian con las armas, desampararon el Campo apresurados, dexando con la fuga malograda la victoria que tenian entre las manos; y deseando aprovecharse de los auxilios de el tiempo para lograr ocasion de poder poner en libertad à Cayaurima, vinieron al alojamiento el diasiguiente ofreciendola obediècia con aquellos rendimiètos que suele afectar cauteloso vn disimulo: Bien co-

nociò Cobos la intencion que gozaba aquel movimiento repentino, y que la paz à que tiraban solo miraba por fin la libertad de el Cacique; pero dexandose llevar de la apariencia, sin dar à entender que penetraba el alma que llevaban sus intentos, quiso tambien fiar al beneficio de el tiempo las mejoras de su partido, y por medio de la amistad (aunque fingida) ver si podia domesticar con la comunicacion, y con el trato la indomable condicion de aquel gentio, à cuyo efecto, poniendo mas cuidado en la guardia, y prision de Cayaurima, asentò las pazes desde luego, y mudando su alojamiento al rio Salado, à poca distancia de la boca por donde desagua al Mar, poblò la Ciudad de San Christobal.

A este tiempo llegò à Cumana por Governador, y Capitan General de la Provincia Rodrigo Nuñez Lobo, y teniendo noticia de la Poblacion que avia hecho Cobos, y el buen estado en que se hallaban los progressos de su Conquista, tomada la possession de su exercicio passò à verse con èl à San Christobal, y comunicandose los dos muy en secreto, resultò de esta diligencia, que Cobos, ò movido de las promesas, y ventajosos partidos que le ofreciò Rodrigo Nuñez, ò por que en realidad (como èl decia) quiso, hallando la ocasion, dedicarse de los sentimientos que

conservaba de Don Luis de Roxas, por averle faltado con los focorros que le prometió al tiempo que lo empenó en su Conquista, negando la fidelidad que debía à su legitimo Governador, dió la obediencia à Rodrigo Nuñez, sometiendo su nueva Poblacion, y todo aquel partido à la jurisdiccion de Cumana: accion, que atendida con desprecio, por no aver hecho caso de ella Don Luis de Roxas, fue el vnico fundamento para que aquella Provincia se quedasse desde entonces desmembrada de esta Governacion, y sujeta à Cumana; por cuya causa, no perteneciendo desde aqui al assumpto de nuestra Historia los sucessos de su Conquista, omitirèmos referir los varios acontecimientos que sobrevinieron despues.

CAPITULO VIII.

DESPUEBLASE LA CIUDAD de Caravalleda: capitulan los vecinos de Santiago à Don Luis de Roxas; y viene Don Diego Ossorio à gobernar la Provincia.

1586. **E**Ntramos ya en el año de ochenta y seis, en que fenecidas todas las expediciones Militares que fueron necesarias para la total Conquista, y pacificacion de la Provincia, quando

los vecinos debian gozar en las conveniencias de el reposo los apetecibles frutos de la paz, que à costa de los desperdicios de su sangre avia llegado à conseguir el infatigable teson de su constancia, empezaron à experimentar por premio de sus fatigas ultrajes, y atropellamientos, hijos de la violencia que produjo vna sinrazon apasionada, dando principio los enconos de vn tema mal fundado à los disgustos, y discordias, que duraron despues por muchos años, con general perturbacion de la Republica.

Governavanse en aquel tiempo las Ciudades de la Provincia por la direccion de quatro Regidores Cadañeros, à quienes por costumbre, ò privilegio tocaba la eleccion de los Alcaldes para la administracion de la Justicia Ordinaria, y llegando el año de ochenta y seis mandò el Governador Don Luis de Roxas à los de Caravalleda, que no hiciesen la eleccion como solian, porque queria el ponerlos de su mano: Los Regidores viendose despojados sin razon de aquella preeminencia, que tocaba à sus Oficios, y en que los debia mantener la posesion en que se hallaban desde que se poblò aquella Ciudad, suplicaron con palabras reverentes, y modestas de el mandato de el Governador, y sin querer admitir al exercicio los que mandò nominados, juntandose à Cabildo el dia primero de Enero eligieron

ron sus Alcaldes como acostumbraban siempre; y como en las Indias no ay accion, por justificacion que sea, que no se califique por delito, y gradúe por deslato, si se opone, aunque sea en sombras, à la mas minima insinuacion de vn Superior, bastò lo executado en este lance para que Don Luis de Roxas, sintiendose agraviado, los declarasse por incurso en las indignaciones de su enojo; y tratando de passar luego al castigo, para desahogar con la vengança los ardimientos de su colera, mandò llevar presos à Santiago à los quatro Regidores que avian hecho oposicion à su dictamen.

Sentidos de esta demonstracion los demàs vecinos de Caravalleda, reputando por agravio comun el desayre que se hazia à sus Regidores, desampararon la Ciudad, mudandose los mas à vivir à la Valencia: transmigraciones, que con facilidad se hacian en aquel tiempo, porque siendo las casas de vivienda vnos bugios de paja, no reparaban los dueños en el poco costo de perderlas: Esta resolucion de los vecinos encendiò mas la colera que ardia en el Governador, y dando nombre de motin declarado à la mudança, procediò à la justificacion de aquel delito, insertando como complices en èl à algunos vecinos de Santiago, atribuyendoles la culpa de que avian tenido parte en el Consejo: fue el prin-

cipal à quien formò este cargo el Capitan Juan de Guevara, persona de autoridad, y que por su nobleza, meritos, y caudal era de los que hacian Cabeza en la Republica; quien viendose calumniado injustamente, padeciendo los ultrajes de vna prision rigurosa en que lo tenia el Governador, tratò de buscar recurso que aliviassse su trabajo, y despicasse su ofensa: mas como para solicitarlo era preciso ocurrir à Tribunal Superior, valiòse de vn Mestizo, llamado Juan de Vrquijo, de quien tenia satisfaccion, por ser de mucha actividad, è inteligencia, à quien despachò con sus poderes à la Corte à representar su quexa, y que en su nombre capitulasse al Governador Don Luis de Roxas, llevando afiançada la calumnia de los cargos que se obligaba à probarle.

Llegò Vrquijo con felicidad à España; pero siendo en ocasion, que por estàr ya Don Luis de Roxas para cumplir el tiempo de su Gobierno, tenia el Rey proveído en su lugar à Don Diego de Ossorio, General de las Gale-
 ras, que entonces se mantenía para guardar la Costa de Santo Domingo, no pudo tener lugar la capitulacion que pretendia; pero admitidos los cargos en el Consejo, se remitiò su averiguacion al Juicio de Residencia, cometiendo esta, y el desagravio de los presos al mismo Don Diego de Ossorio, que ignorante de su pro-
 mo-

1587.

moción, se hallaba en la Isla Española governando sus Galeras, hasta que llegando en su busca à Santo Domingo el mismo Vríquijo, le entregò los despachos de su mano, para que passasse luego à su Go vierno, como lo executò, tomando la posesion por fines de el año de ochenta y siete, en que empezó Don Luis de Roxas à experimentar las mudanças de su fortuna, pues cercado de los sobresaltos de reo, entre los desconsuelos de mal quisto, conociò, aunque tarde, la diferencia que ay de recibir adoraciones como Superior, ò afectar rendimientos como subdito, pues publicada la residencia, como los agraviados eran muchos, y poderosos los emulos, fueron creciendo las demandas, y tomando cuerpo los capitulos; de suerte, que embargados todos los bienes, y puesto en vna prision, padeciò aquel Cavallero las mortificaciones, y desayres, que no merecia su sangre, pues passò à tanto extremo su desdicha, que llegó à pedir limosna para poder sustentarse; de suerte, que movido de compasión el mismo Juan de Guevara, que lo avia capitulado, tomó por su cuenta el defenderlo, asistiéndole con quanto huviese menester para su manutención; y después de fenecido todo el pleyto, con generosidad mas que piadosa, le diò quinientos doblones, para que se fuesse à España: accien por ciento propia

de vn corazon hidalgo, pues siendo el mas agraviado no le embarazaron sus sentimientos para que cbrasse como Noble, y perdonasse como Christiano.

Estas dependencias de Don Luis de Roxas dexaron en la vecindad aquellas resultas, que traen siempre consigo las pesquisas, porque siendo varios los juicios de los hombres, no es facil hallar conformidad en los dictámenes; y como no ay operacion, por mal fundada que sea, que no tenga algun padrino que la apoye, no fueron las de Don Luis de Roxas tan descaminadas, que no lograsen la fortuna de gozar la aprobacion de muchos, que empeñados en defender su opinion, dieron motivo à que se dividiesse en vandos la Republica, originandose parcialidades, y discor dias, que la perturbaron toda; à que se añadió después, para comun disgusto, y mayor daño, la venida de el Licenciado Diego de Leguisan on, à quien la Audiencia de Santo Domingo embiò el año de ochenta y ocho à diferentes comisiones, siendo la principal de todas, sobre el mal tratamiento de los Indios, y averiguar el modo con que se procediò en su Conquista: materia en que hallandose comprehendidos todos los mas de los vecinos, fue consequente passar por la nota de culpados, entrando à la parte en el excelsivo importe de condenaciones, costas, y salarios con que pro-

1588.

CAPITULO IX.

EMBLA LA PROVINCIA à Simon de Bolivar por su Procurador à España: aplicase Don Diego Ossorio à poner en forma las cosas de el Gobierno; y Juan Fernandez de Leon puebla la Ciudad de Guanare.

DEsembarazado Don Diego Ossorio de la residencia de Don Luis de Roxas, (entretenimiento q̄ le diò bastantemente en que entender, por las agrias consecuencias de su resuelta) tratò de renovar la despoblada Ciudad de Caravalleda, por la conveniencia que se seguia à la Provincia de tener aquel Puerto asegurado en la Marina para la carga, y descarga de las Naos, y mas facil expediente en las negociaciones precisas de el Comercio; pero quedaron tan desabridos los vecinos con los disgustos anteriores, que no fueron bastantes todas las diligencias de Ossorio para reducirlos à que bolviesse à poblarse, dando por escusa la poca seguridad con que vivian expuestos à la continua hostilidad de los Piratas, por no tener reparo alguno en aquel sitio para poder defenderse.

Pero siendo preciso mantener Puerto en la Costa para la
Bbbbb con-

procurò aquel Juez aprovechar el tiempo, para que no saliesse inutil el trabajo, estendiendo los terminos de la comision de fuerte, que no hubiera llegado el plazo de acabarse, si la Ciudad, temiendo su destruccion, no huviera tomado el expediente de embiar à Santo Domingo à Juan Riveros, hombre de suposicion, y que avia sido Theniente General de la Provincia, à que representasse los excessos de Leguifamon, y los perjuicios que padecia la vecindad, consumiendose los caudales en los crecidos salarios de comision tan dilatada; à que atendiendo la Real Audiencia de Santo Domingo, en vista de los instrumentos que presentò Riveros para justificar las razones que motivaban su quexa, lo mandò suspender de el exercicio, y que tassados los salarios en la competente cantidad que correspondia à lo actuado, restituyesse à las Partes lo demàs que avia cobrado injustamente: beneficio, que estimò tanto la Ciudad, por verse libre de las vejaciones con que se hallaba oprimida, que para manifestar su agradecimiento à la sollicitud, y diligencia de Riveros, le hizo donacion en sus exidos de las tierras que llaman de el rincon.



Puerto de
la Guayra.

conservació de el Trato Ultramarino, en que consiste todo el ser de la Provincia, abandonado el de Caravalleda escogió Don Diego de Ossorio el de la Guayra (poco mas de vna legua à sotavento) por la conveniencia de estar mas inmediato para el tragin, y comunicacion con la Ciudad de Santiago, de quien dista cinco leguas; y aunque por entonces solo se fabricaron en él vnas bodegas, que sirviesen para assegurar la carga de las Naos, despues poco à poco se fueron levantando algunas casas, y agregandose alli algunos vecinos; de suerte, que con el tiempo ha venido à ser vn razonable Lugar, que coronado de Artilleria, y guarnecido de ciento y treinta Plazas de Presidio, se gobierna por la direccion de vn Castellano, que siendo Cabo Militar de sus fuerças, exercita juntamente la jurisdiccion Ordinaria, como Justicia Mayor que es de aquel Puerto, nombrado por el Governador, y recibido por el Cabildo de la Ciudad de Santiago: aumentos, que debe aquel Lugar à las primeras lineas que tiró para su formacion Don Diego de Ossorio, à cuyo gran talento, y dòn particular de gobernar, se confiesa obligada esta Provincia, pues atendiendo à su lustre, y à su mayor decoro, la perfeccionò por todos lados hasta dexarla entablada en aquella economia politica que oy goza, corrigiendo

los abusos, y enmendando los defectos, que por descuido de sus Pobladores adquirieron las Ciudades con la mal formada planta que se les diò en sus principios.

Para esta reformacion que executò Don Diego de Ossorio era preciso conseguir primero particulares ordenes de el Rey, por lo que miraba à algunos puntos en que no podia advitriar como Governador, por ser materias, que para proceder en ellas necesitaba de facultad especial, y jurisdiccion delegada; pero como el Cabildo de Santiago se hallaba enterado de los buenos deseos de su Governador, fue facil hallar salida para aquel inconveniente, pues deseado por su parte coadiuvar à lo que tanto importaba, nombrò el año de ochenta nueve à Simon de Bolivar, para que como Procurador General de la Provincia passasse à España, y representando al Rey las cosas que necesitaban de remedio, solici-
tasse los despachos que pedia Don Diego de Ossorio: en que anduvo tan diligente, ò por mejor decir afortunado, que llegado à la Corte (ya por el año de noventa) consiguió sin dificultad, no solo los principales puntos de su encargo, pero otras muchas gracias, y mercedes, que fueron de grande consecuencia à la Provincia, entre las quales debemos contar por las primeras el Encabezamiento de Alcavalas hecho à favor de las Ciudades, por vna corta cantidad

1589:

1590:

dad que avian de contribuir al Rey por tiempo de diez años ; la facultad de poder introducir cien toneladas de Negros sin pagar Derechos Reales ; la prorrogacion de la merced concedida anteriormente à instancia de Sancho Brizeño, para que la Ciudad de Santiago nombrasse todos los años persona que traxesse de su cuenta vn Navio de registro para el Puerto de la Guayra ; y otras, que aunque no de tanta consideracion para el provecho, fuerõ de igual estimaciõ para el aprecio.

Aviendo consumido Simon de Bolivar en estas pretensiones todo el año de noventa y vno, bolvió à la Provincia mediado ya el año de noventa y dos, y hallandose Don Diego de Ossorio habilitado para poder obrar lo que deseaba, empezó à poner en planta los acertados dictámenes que tenia premeditados, pues aplicando su desvelo à poner forma en la Provincia, repartió tierras, señaló exidos, alsignò propios, entrablò archivos, formò ordenanças, congregò los Indios en Pueblos, y partidos, y finalmente podemos con verdad asegurar, que de vn Embrion informe en que se hallaba todo, lo reduxo su actividad à las formalidades de vn sêr politico; y porque no quedasse materia en que no pudiesse atencion su providencia, considerando que desde las Ciudades del Tocuyo, y Barquisimeto, tirando para el Sur hasta

los terminos donde se divide la jurisdiccion de esta Provincia de la de el nuevo Reyno, avia mucha distancia sin Poblacion alguna que asegurasse la posesion de aquel partido, diò orden à Juan Fernandez de Leon, para que levando la gente que le pareciesse necessaria, entrasse por los Llanos, y poblasse vna Ciudad en la parte que tuviesse por mas acomodada; en cuya execucion el año de noventa y tres poblò la de el Espiritu Santo à orillas de el rio Guanare (de quien ha tomado el nombre para ser comunmente conocida;) su temperamento es sano, aunque en extremo calido; abunda de ganado bacuno, por la conveniencia que ofrecen para criarlo los dilatados llanos, y sabanas en que està fundada; y de pescado, por la facilidad con que lo cogen en los caudalosos rios que la circundan: su vecindad es poca, pero feliz, pues goza la fortuna de tener en su Iglesia colocada la Milagrosissima Imagen de N. Señora de Coromoto, Portento de Maravillas, y Prodigio de Milagros, à cuya piedad ocurren en devotas Romerías de todas las Provincias circunvecinas, vnos à buscar remedio necesitados, y otros à cumplir promessas agradecidos: su Milagrosa Aparicion referirèmos con el favor de Dios en el segundo Tomo, entre los sucesos de el año de seiscientos y cinqueta y dos, en q̃ tuvo su principio, para gloria de aquella Ciudad dichosa.

Resta-

1593.

Ciudad de Guanare.

1591.

1592.

Restabale à Don Diego de Ossorio para el cumplimiento de su planta suprimir en los Cabildos los Regimientos Cadañeros, y establecerlos perpetuos para lustre mayor de las Ciudades, y obviar algunos inconvenientes, que traia consigo la eleccion: Avia ya dos de esta calidad en el Cabildo de Santiago, por aver su Mag. hecho merced à Garcí-González de Sylva de el Oficio de Depositario General por los dias de su vida, y aver traído Simon de Bolivar para sí el de Oficial Real de la Provincia, con preeminencias de Regidor, y Voz, y Voto en Cabildo; à cuya imitacion, conseguida Cedula de el Rey para que fuesen perpetuos, y vendibles, sacò Don Diego de Ossorio los demas Oficios à pregones el año de noventa y quatro, y hechas las posturas, y corridos los terminos, se rematò el de Alferrez Mayor en Diego de los Rios; la Vara de Alguacil Mayor en Don Juan Tostado de la Peña; y los Regimientos Ordinarios en Nicolás de Peñalosa, Antonio Rodriguez, Martin de Gamez, Diego Díaz Bezenil, Matheo Diaz de Alfaro, Bartholomè de Masabel, y Rodrigo de Leon, de que hemos querido hazer expresion, por la memoria de aver sido los primeros que obtuvieron estos Oficios en propiedad, y perpetuos.

CAPITULO X.

SAQUEA EL DR AQUE la Ciudad de Santiago; y refierefe todo lo sucedido en la Provincia hasta el año de mil y seiscientos.

Custosa se hallaba la Provincia disfrutando las felicidades en que la tenia puesta el justificado gobierno de Don Diego de Ossorio; pero como no ay prosperidad en esta vida à quien no siga como son. bra vn infortunio, quando se consideraba mas segura en las posesiones de su dicha empezó à padecer los contratiempos con que la persiguieron las desgracias, siendo la primera vna cruel hambre, que se introduxo el año de noventa y quatro, originada de vna plaga de gusanos tan voráz, que assolando las sembraderas, convirtiò en cenizas los sembrados, sin que pudiesse reservar la providencia, ni aun granos, que sirviesen de semilla para bolver à sembrar: trabajo, que molestò mucho la Provincia, porque entrando todos à la parte en padecer, fue general el clamor, y comun el desconsuelo, creciendo mas la afliccion al passo que se multiplicaba la plaga por instantes, sin hallar remedio humano para poder extinguirla, hasta que ocurriendo à la piedad Divina, por intercession del Glorioso Martyr San Jorge, à quien escogie-

ron

ron por Patron , se consiguió el consumirla , en cuyo agradecimiento se obligaron por Voto los Labradores de la Ciudad de Santiago à fabricarle vna Capilla, y contribuir todos los años cada vno con vna fanega de qualquier semilla q̄ sembrasse, como llegasse à cinquêta fanegas la cosecha, para que su importe se distribuyesse en los precisos gastos de su adorno; pero entiviado el fervor despues que cessò el trabajo, tuvo lugar el descuido para olvidar las circunstancias de el Voto , contentandose solo con celebrarle su fiesta en la Iglesia Cathedral el dia veinte y tres de Abril: devocion , que ha conservado la costumbre hasta los tiempos presentes.

Con estas penalidades , y miserias corriò el año de novêta y quatro, y para que en todo tuviesse los requisitos de aciago, cerrò los dias de su curso con la muerte del señor Obispo Don Fray Juan de Manzanillo , Prelado de gran piedad, à quien venerò esta Provincia, mas que como à Obispo, como à Padre : en su lugar presentò su Mag. para esta Sede al señor Don Fray Diego de Salinas, Religioso Dominicano, natural de Medina del Campo, hijo del Convento de San Andrés de su Patria , y Procurador General, que era en la Corte para las dependencias de su Orden; y aunque su venida à este Obispado no fue hasta el año de noventa y ocho , por averlo detenido en España la conclusion de algunos negocios que estaban à su cuidado, hemos querido anticipar la noticia de su presentacion por si acaso no huviere oportu-

nidad de referirla à su tiempo ; y dexando esto anticipado para entonces, passarèmos à los acaecimientos de el año de noventa y cinco, en que Don Diego de Ossorio , con el deseo de visitar la Provincia, para que en todas las Ciudades , al respeto de su presencia, quedassen mas bien establecidas , y cortientes las providencias que avia aplicado su zelo, passò à la Ciudad de Maracaybo: determinacion en que consistiò en parte la calamidad que sobrevino poco despues à la Ciudad de Santiago, porque faltando de ella su vigilancia, ò su fortuna, quedò expuesta à la desdicha que le trazò su desgracia.

Recalò à principios de el mes de Junio sobre el Puerto de Guaycamacuto (media legua à Barlovento de el de la Guayra) aquel cèlebre Corsario Francisco Draque , à quien hicieron tan memorable en el Orbe sus Navegaciones , como temido en la America sus hostilidades, y echando en tierra quinientos hombres de su Armada , ocupò sin resistencia la Marina, porque los Indios que pudieran aver hecho alguna opugnacion para estorvarlo, desampararò su Pueblo antes de tiempo, y buscaron seguridad en la montaña : gobernaban la Ciudad por la ausencia de D. Diego de Ossorio, Garci-Gonzalez de Silva , y Francisco Rebolledo, como Alcaldes Ordinarios de aquel año; y teniendo la noticia de el desembarque de el Corsario, recogida toda la gente de armas que pudo juntar la priessa, salieron à encontrarlo en el camino que vâ de el Puerto à la Ciudad,

dad, resueltos à embarazarle la entrada con la fuerça, en caso que pretendiesse passar para Santiago: prevencion bien discurrida, si no la huviera malogrado la malicia de vna intencion dañada, pues ocupados con tiempo los passos estrechos de la Serrania, y prevenidas emboscadas en las partes que permitia la montaña (como lo tenian dispuesto con gran orden) era imposible que al intentar el Corsario su transporte dexasse de padecer la lamentable derrota en sus Esquadras; pero el animo traydor de vn hombre infame fue bastante para frustrarlo todo, por que aviendo el Draque apoderado-se de la Poblacion de los Indios de Guaycamacuto, hallò en ella à vn Español, llamado Villalpando, que por estàr enfermo no pudo, ò no quiso retirarse, como lo hicieron los Indios, y procurando hacerse capáz de el estado de la tierra por la informacion de este hombre, para que obligado del temor le dixesse la verdad, le hizo poner vna foga à la garganta, amenazandole con la muerte, si no le daba razon de quanto le preguntasse: demostracion, que con-turvò de suerte à Villalpando, que, ò sufocado de el susto, ò llevado de su mala inclinacion, se ofreciò à conducir al Pyrata por vna senda tan secreta, que podria ocupar por inter-presa la Ciudad de Santiago antes que fuesse sentido.

Esta era vna vereda oculta, ò por mejor decir, vna trocha mal formada, que subia desde la misma Poblacion de Guaycamacuto hasta en-

cumbrar la Serrania, y de alli baxaba por la montaña al Valle de San Francisco, camino tan fragoso, è intratable, que parecia imposible lo pudiesse tragar humanamente: por aqui, guiado de Villalpando, y seguido de mil dificultades, y embrazos, emprendiò el Draque su marcha con tanto secreto, y precaucion, que antes que lo sospechassen, ni sintiesse saliò con sus quinientos hombres à vista de la Ciudad por el alto de vna loma, donde irritado con la maldad que avia cometido Villalpando de ser traydor à su Patria, lo dexò ahorcado de vn arbol, para que supiesse el mundo, que aun há quedado saucos en los montes para castigo digno de el Escariotismo.

Hallabase la Ciudad desamparada, por aver ocurrido los mas de los vecinos con los Alcaldes al camino real de la Marina para defender la entrada, pensando que el Enemigo intentasse su marcha por alli; y viendo-se acometidos de repente los pocos que avian quedado, no tuvieron mas remedio, que assegurar las personas con la fuga, retirando al asylo de los montes el caudal que pudo permitir la turbacion, dexando expuesto lo demàs al advitrio de el Corsario, y hostilidades de el saco.

Solo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo à menoscabo de su reputacion el bolver la espalda al enemigo sin hazer demostracion de su valor, aconsejado, mas de la temeridad, que de el esfuerço, montò à cavallo, y con su lança, y adarga saliò à encontrar al

Corfario, que marchando con las Vanderas tendidas, iba abançando la Ciudad, y aunque aficionado el Draque à la bizarria de aquella accion tan honrosa diò orden expreso à sus Soldados para que no lo mataren, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al cavallo procuraba con repetidos golpes de la lança acreditar, à costa de su vida, el aliento que lo metiò en el empeño, le dispararon algunos arcabuzes, de que cayò luego muerto, con lastima, y sentimiento aun de los mismos Corfarios, que por honrar el cadaver, lo llevaron consigo à la Ciudad para darle sepultura, como lo hicieron, vsado de todas aquellas ceremonias, que fuele acostumar la Milicia para engrandecer con la ostentacion las Exequias de sus Cabos.

Bien agenos de todo esto se hallaban Garci-Gonzalez de Silva, y Francisco Revollo esperando al Enemigo en el camino real de la Marina, quando tuvieron la noticia, de que burlada su prevencion, estaba ya en la Ciudad; y viendo desbaratada su planta con la no imaginada execuciò de la interpresa, echando el resto à la resolucion bolvieron la mira à otro remedio, que fue baxar al Valle con la gente que tenian, determinados à aventurarlo todo al lance de vna batalla, y procurar à todo riesgo desalojar de la Ciudad al Enemigo; pero recelandose el de lo mismo que prevenian los Alcaldes, se avia fortalecido de suerte en la Iglesia Parrochial, y Casas Reales, que aviendo reconocido por Espias la forma en que tenia su alojamiento, se

discurriò temeridad el intentarlo, porq pareciò imposible conseguirlo.

Pero ya que no pudieron lograr por este inconveniente el desalojo, dividieron la gente en emboscadas, para embazar al enemigo q saliese de la Ciudad à robar las estancias, y cortijos de el contorno; assegurando con esta diligencia las familias, y caudales que estaban en el campo retirados, en que se portaron con disposicion tan admirable, que acobardado el Corfario con las muertes, y daños que recibian sus Soldados al mas leve movimiento q pretendian hazer de la Ciudad, se reduxo à mantenerse como sitiado, sin atreverse à salir vn passo fuera de la circumbalacion de su recinto, hasta que al cabo de ocho dias, dexando derrivadas algunas casas, y puelto fuego à las demàs, con el facio que pudo recoger en aquel tiempo, se bolviò à buscar sus Embarcaciones, que avia dexado en la Costa, sin que la buena disposicion con que formò su retirada diesse lugar para picarle en la marcha, ni poder embazarle el embarque.

Estaba ya el Governador Don Diego de Ossorio en la Ciudad de Truxillo en prosecucion de su Visita, quando tuvo la noticia de la invasion executada por el Draque, y deseando acudir quanto antes à lo que pudiesse remediar con su presencia, dando el mas breve expediente que pudo à los negocios mas urgentes que tenia entre manos, bolviò à principios de el año de noventa y seis à la Ciudad de Santiago à tiempo que hallò en ella, reciè llegado de España, al Licenciado Pedro de Lianò,

ño, que con edmisiones muy apretadas de el Rey avia venido à la averiguacion de algunos fraudes, cometidos en rescates, y arribadas de Navios sin registro; y como quiera que semejantes diligencias, y pesquisas traen siempre consigo la inquietud general de vna Republica, y los precisos costos de condenaciones, y salarios, aunque los procedimientos de Lianño fueron tan arreglados, que no excedieron los limites de vna moderacion justificada, no dexò la Ciudad de padecer bastantes vejaciones, y molestias, que cogiendo à los vecinos lastimados con el trabajo tan reciente de la invasion de el Pyrata, fueron por ocasion de aquel accidente mas sensibles; para cuyo reparo, y que constándole al Rey las cortedades en q̄ se hallaba la Provincia, mandasse suspender el curso de la pesquisa, embiaron à España por su Procurador general à Nicolàs de Peñalosa: diligencia, que aprovechò poco al remedio, porque siendo el recurso dilatado, quando vino la resolucion de el Consejo ya Lianño, fenecida su comission, y llevado por delante las condenaciones, y salarios, se avia buuelto para España.

En este estado estaba la Provincia quando el año de noventa y siete, para desconsuelo general de sus habitantes, cessò Don Diego de Ossorio en la administracion de su Govierno, porque atendiendo el Rey al cumulo de sus meritos, y à dar alguna recompensa à sus servicios, lo promovió à la Presidencia de Santo Domingo, y nombrò por Gobernador en su lugar à Gonçalo Piña Lidueña,

que despues de aver poblado la Ciudad de Gibraltar à las orillas de la Laguna de Maracaybo, vivia retirado en la Ciudad de Merida, donde teniendo noticia de su ascenso, passò luego à tomar la possession de su Govierno, que exerció con mucha paz, y aceptacion de los vecinos hasta el dia quince de Abril de el año de seiscientos, en que acometido de vnaviolenta Apoplegia, murió en la Ciudad de Santiago: Eran Alcaldes Ordinarios aquel año Diego Vazquez de Escobedo, y Juan Martinez de Videla, y en virtud de lo determinado por la Real Cedula que consiguió Sancho Brizeño el año de setenta, se declararon el mismo dia Alcaldes Gobernadores, haciendo despues lo mismo los de las demás Ciudades, cada qual en su distrito: exercicio en que duraron muy poco, porque teniendo noticia la Real Audiencia de la muerte de Gonçalo Piña Lidueña, nombrò por su Gobernador interino à Alonso Arias Baca, vecino de la Ciudad de Coro, hijo de el Licenciado Bernaldes, aquel celebre Letrado, que por nombramiento de la misma Audiencia tuvo dos vezes en esta Provincia el mismo empleo, como dexamos referido en el contexto de esta Historia; con lo qual, añadiendo solo la muerte de el señor Obispo Don Fray Pedro de Salinas, que succedió el mismo año de seiscientos en la Ciudad de el Tocuyo, daremos fin à esta Primera Parte, dexando, con el favor de Dios, para materia de el Segundo Tomo los acontecimientos, y sucesos de todo el siglo subseguente.

INDICE DE LOS CAPITULOS

QUE CONTIENE ESTA HISTORIA.

LIBRO PRIMERO.

Cap. I. De el sitio, y calidades de la Provincia. fol. 1.

Cap. II. Descubre Alonso de Ojeda la Provincia de Venezuela: figuele en la derrota despues Christobal Guerra, que la costea toda. fol. 5.

Cap. III. Embia la Audiencia de Santo Domingo al Factor Juan de Ampues à la Provincia de Coriana: asienta amistad con su Cacique, y dà principio à la fundacion de Coro. fol. 8.

Cap. IV. Capitulan los Belçares la Conquista, y Poblacion de esta Provincia, y viene por primer Governador Ambrosio de Alfínger. fol. 11.

Cap. V. Perfecciona Alfínger la fundacion de Coro, y sale con su gente al descubrimiento de la Laguna de Maracaybo. fol. 13.

Cap. VI. Embia Alfínger à buscar gente de socorro à Coro: atraviesa la Serrania de el Valle de Vpar, y llega hasta la Provincia de Tamalameque. fol. 16.

Cap. VII. Despacha Alfínger al Capitan Bascona con veinte y cinco hombres à buscar mas gente à Coro, y mueren todos de hambre en el camino. fol. 19.

Cap. VIII. Sale Alfínger de Tamalameque, y perseguido de trabajos llega al Valle de Chinacota, don-

de lo matan los Indios. fol. 22.

Cap. IX. Gobierna el Exercito Pedro de San Martin hasta llegar à Coro: gobierna la Provincia Juan Aleman por muerte de Alfínger: sale Venegas à buscar el dinero que enterrò Bascona, y buelue sin hallarlo. fol. 25.

Cap. X. Erigese la Iglesia de Coro en Cathedral; y viene por Governador de la Provincia Jorge Spira. fol. 29.

Cap. XI. Determina Spira hacer entrada para las partes de el Sur: embia parte de su gente por las Sierras de Carora: passa el con el resto à la Borburata, y juntanse despues en el desembocadero de Barquisimeto. fol. 32.

Cap. XII. Embarcase Fedreman para la Española, embiando antes su gente al Cabo de la Vela: prende el Capitan Chaves al Capitan Rivera: buelue Fedreman à Tierra Firme, y dà principio à la pesqueria de perlas. fol. 35.

Cap. XIII. Sale Spira de Arcagua, y llega à la Provincia de Barinas: tiene vn disgusto con su Theniente, y remítelo preso à Coro: passa el rio de Opia, y padece grandes trabajos. fol. 39.

Cap. XIV. Tiene noticia Spira de las Provincias de el nuevo Reyno, y la desprecia: sigue su jornada al Sur, y llega à la Provincia de Mal-Pais. fol. 43.

Cap. I. Sale Fedreman de el Cabo de la Vela, y entra en el Valle de Upar: buelve à encontrar con el Capitan Rivera, y dan juntos la buelta à Maracaybo, de donde despacha al Capitan Martinez à la cordillera de Carora, con orden para que le espere en Tacarigua. fol. 49.

Cap. II. Pelèa Martinez con los Indios Giraharas: entra en la Provincia de Carora, y passa à la de el Tocuyo, donde se le juntan algunos Soldados de el Governador Hortal. fol. 53.

Cap. III. Pelèa el Governador Spira con los Indios de Mal-Pais: tiene otros encuentros con diversas Naciones, y llega à la Provincia de Papamene. fol. 57.

Cap. IV. Engañan los Indios à Spira, y con malicia lo conducen à la Provincia de los Choques: embia à Estevan Martin à reconocer la tierra, y tiene mal suceso en la jornada. fol. 61.

Cap. V. Buelve Estevan Martin à pelear con los Indios, y queda desbaratado: retirase de noche por no ser sentido, y aunque con muchos trabajos, llega donde estaba Spira, y muere de siete heridas, que sacò de la refriega. fol. 64.

Cap. VI. Entra Fedreman en los Llanos, y huyendo de el Invierno se retira à la Serrania: llega al Pueblo de la Poca-Verguença, y sale de los Choques Jorge Spira. fol. 68.

Cap. VII. Spira llega al río Zarare, y

Fedreman à el de Apure: tiene noticias de su Governador, y por no encontrarle con el se entra en los Llanos: prosigue Spira su jornada, y llega à Coro. fol. 71.

Cap. VIII. Buelve Fedreman à buscar la Serrania: atraviesa la cordillera, y entra en el nuevo Reyno: passa despues à España con los Generales Quesada, y Bernalcazar, y muere en Madrid. fol. 74.

Cap. IX. Sale de Coro Lope Montalvo: prende en Barquisimeto al Capitan Reynoso, y siguiendo à Fedreman entra en el nuevo Reyno: alborotanse los Zaparas, y sobre su pacificacion se originan discordias. fol. 78.

Cap. X. Conseguido el castigo de los Zaparas, tira Navas con los Soldados la buelta de Cubagua: va el Doctor Navarro à detenerlos, prendenlo los Soldados, y se lo llevan consigo à Cumana: muere Jorge Spira, y gobierna Villagas la Provincia. fol. 81.

Cap. XI. Nombra la Audiencia por Governador al señor Obispo Bastidas: entra Pedro de Limpias à la Laguna de Maracaybo, y sale Phelipe de Utre à descubrir el Dorado. fol. 85.

Cap. XII. Prosigue Utre en su descubrimiento: gobiernan la Provincia Diego de Boyza, y Enrique Rembolt: passa Villegas à Maracaybo, y nombra la Audiencia por Governador al Licenciado Frias. fol. 89.

Cap. XIII. Llega Juan de Caravajal à Coro: falsea las Provisiones de la

la Audiencia , è introduceſe à Governador : ſale Phelipe de Utre de el Pueblo de nueſtra Señora , y llega à dar viſta à Macatoa. fol. 94.

LIBRO TERCERO.

Cap. I. Entra Phelipe de Utre en Macatoa , y con el favor de ſu Cacique deſcubre los Omeguas : queda herido en el primer encuentro , y con vn modo eſtraño lo cura Diego de Montes. fol. 99.

Cap. II. Siguen los Omeguas con poderoso Exército à Phelipe de Utre ; y Pedro de Limpías los vence en batalla : retiranſe los nueſtros al Pueblo de nueſtra Señora , y toman de alli la buelta de el Tocuyo. fol. 105.

Cap. III. Altercan ſobre el Gobierno Utre , y Carvajal : prende eſte al otro con engaño : cortale alevosamente la cabeza ; y funda deſpues la Ciudad de el Tocuyo. fol. 110.

Cap. IV. Llega el Licenciado Frias à Coro : quita el Emperador à los Belgares la adminiſtracion de la Provincia , y viene à gobernarla el Licenciado Tolosa : prende à Carvajal , y por ſentencia ſuya muere ahorcado. fol. 117.

Cap. V. Sale Alonſo Perez à deſcubrir las Sierras Nevadas : atravieſa el rio de Apure , y llega à las lomas de el Viento , y Valle de Cucuta. fol. 120.

Cap. VI. Entra Juan de Villegas al deſcubrimiento de Tacarigua :

toma la poſſeſſion de ſu Laguna , y dà la buelta al Tocuyo : muere el Governador Tolosa , y Alonſo Perez poſigue ſu jornada. fol. 124.

Cap. VII. Funda Pedro Alvarez la Ciudad de Borburata de orden de Villegas ; y Alonſo Perez poſigue ſu jornada , haſta dar buelta al Tocuyo. fol. 129.

Cap. VIII. Deſcubrenſe las Minas de San Phelipe : funda Villegas la Ciudad de Barquiſimeto : levantaſe el Negro Miguèl , y ſe corona : ſale en ſu buſca Diego de Loſada , y lo vence , y mata en vna batalla. fol. 132.

Cap. IX. Levantanſe los Indios Giraharas : viene por Governador el Licenciado Villacinda , y aunque procura ſujetarlos , no lo conſigue : entra Alonſo Diaz à Tacarigua , y funda la Ciudad de Valencia. fol. 137.

Cap. X. Tiene noticia Francisco Faxardo de la Provincia de Caracas , è intenta ſu deſcubrimiento : entra en los Cuicas Diego Garcia de Paredes , y puebla la Ciudad de Truxillo. fol. 140.

Cap. XI. Nombra la Audiencia por Governador à Gutierre de la Peña : entra Diego Romero à los Giraharas : buelbe Faxardo à los Caracas : funda el Pueblo de el Roſario , y deſpues lo deſampara. fol. 145.

Cap. XII. Puebla Francisco Ruiz en los Cuicas à Miravèl : viene por Governador Pablo Collado : reſtituye la Conquiſta à Diego de Pa-

Paredes, quien reedifica la Ciudad de Truxillo. fol. 151.

Cap. XIII. Buelve Faxardo à la Costa de Caracas, y con ayuda de el Governador funda el Collado: descubre las Minas de los Teques: prendelo Pedro de Miranda, y buelve despues dado por libre. fol. 156.

Cap. XIV. Entra Juan Rodriguez en Caracas de orden de el Governador: rompe la guerra Guaycaypuro, y mata toda la gente de las Minas: vence Don Julian de Mendoza à los Taramaynas en batalla, y Juan Rodriguez puebla la Villa de San Francisco. fol. 161.

LIBRO QUARTO.

Cap. I. Llega à Coro el señor Obispo Don Fray Pedro de Agreda: va Sancho Brizeño à España por Procurador de la Provincia; y el tyrano Lope de Aguirre llega à la Margarita. fol. 169.

Cap. II. Prende Aguirre al Governador de la Margarita: roba las Casas Reales: saquea la Ciudad; y quita la vida con crueldad à algunos de sus Soldados. fol. 176.

Cap. III. Manda matar Aguirre al Capitan Turriaga, y dà garrote al Governador: quita la vida à su Maestre de Campo: llega à la Margarita el Provincial con su Navio, y sin hacer efecto se retira. fol. 181.

Cap. IV. Sale Pedro Alonso Galeas huyendo de la Margarita: ahorca el tyrano à Ana de Roxas, y execu-

tadas otras crueldades, desampara la Isla. fol. 188.

Cap. V. Llega Aguirre à la Borburata: saquea la Ciudad, y passa à la Valencia: pide el Governador socorro à Merida, y previenese para la defensa. fol. 193.

Cap. VI. Sale Juan Rodriguez de la Villa de San Francisco para oponerse al tyrano, y muere peleando con los Indios: mata Aguirre algunos de sus Soldados, y se previene para salir de Valencia. fol. 200.

Cap. VII. Refiere se la carta que escrivio Aguirre para el Key: sale de la Valencia el tyrano, y llega à Barquisimeto. fol. 205.

Cap. VIII. Llega Pedro Bravo con alguna gente de Merida al socorro: escribe Aguirre al Governador vna carta: danse vista los dos Campos, y despues de algunas escaramuzas se retiran. fol. 213.

Cap. IX. Intenta Aguirre bolverse à la Borburata: desampararlo sus Maraiones, passandose al Campo Real; y muerto por orden de Paredes, le cortan la cabeza, y hacen quartos. fol. 219.

Cap. X. Pide Faxardo socorro al Governador: embia este à Luis de Narvaez con cien hombres, y mueren todos en el camino à manos de los Aibacos. fol. 224.

Cap. XI. Embia la Audiencia al Licenciado Betraldes à averiguar los excessos de Collado: remítelo preso à España, y queda gobernando en su lugar: sitia Guaycaypuro el Collado, y Faxardo lo desampara. fol. 228.

Cap.

XII. Matan los Indios de Caracas à Diego Garcia de Paredes: viene por Governador Don Alonso Mançanedo, y por su muerte buelve à governar el Licenciado Bernaldes. fol. 231.

Cap. XIII. Buelve Faxardo à intentar la Conquista de Caracas: prendelo con engaño Alonso Cobos, y alevosamente le quita la vida: entra el Governador Bernaldes hasta Guaracarima, y sin passar adelante se retira. fol. 234.

LIBRO QUINTO.

Cap. I. Gobierna la Provincia D. Pedro Ponce de Leó: determina executar la Conquista de Caracas, y nombra por General de ella à Diego de Losada: sale este de el Tocuyo, y llega con su Exercito al Valle de Mariara. fol. 240.

Cap. II. Arriba à la Costa de Caracas vn Navio de España, y los Indios matan la gente que venia en el: prosigue Losada su marcha, y llega al sitio de Marquez. fol. 244.

Cap. III. Prosigue Losada con su marcha: desbarata en batalla à Guaycaypuro, y llega con su Campo al Valle de la Pasqua. fol. 247.

Cap. IV. Matan los Indios à Diego de Paradas: llega Losada al Valle de San Francisco: procura escusar la guerra, buscando por todos medios la paz, pero no la consigue. fol. 252.

Cap. V. Entra Losada à la Provincia de los Mariches, y antes de sujetarla dà la buelta al Valle de

San Francisco à socorrer à los suyos. fol. 256.

Cap. VI. Embia Losada à Don Rodrigo Ponce à buscar bastimentos à los Tarmas: vence la batalla de la Quebrada, y se retira. fol. 259.

Cap. VII. Funda Losada la Ciudad de Caracas, y dafe cuenta de el estado à que ha llegado su crecimiento. fol. 262.

Cap. VIII. Continùase la materia de el passado: viene Juan de Salas de la Margarita en ayuda de Losada; y saquean los Inglesses la Ciudad de Coro. fol. 269.

Cap. IX. Acometen los Indios à la Ciudad de Caracas: sale Losada al encuentro, y con facilidad los desbarata. fol. 272.

Cap. X. Despueblase la Ciudad de Borburata: funda Losada la de Caravalleda, y sale despues à recorrer la tierra. fol. 275.

Cap. XI. Prosigue Losada su reconocimiento: llega al sitio de Salamanca: atraviela la Provincia de los Mariches, y dà la buelta à la Ciudad. fol. 278.

Cap. XII. Determina Losada prender à Guaycaypuro: embia à Francisco Infante para que lo execute: resistese el barbaro, y pierde la vida peleando. fol. 281.

Cap. XIII. Intentan los Mariches, con el pretexto de vna paz fingida, assaltar la Ciudad de Santiago: descubrese su traycion, y mueren empalados los complices de el delito. fol. 284.

Cap. XIV. Revoca el Governador, por quejas de Francisco Infante,

los poderes que tenia dados à Lofada : defampara este la Conquista de Caracas, y muere en el Tocuyo. fol. 287.

LIBRO SEXTO.

Cap. I. Capitula Don Pedro de Silva la Conquista de el Dorado : llega con su Armada al Puerto de la Borburata, è intenta su descubrimiento por los Llanos. fol. 292.

Cap. II. Entra Garcí-González de Socorro con ochenta hombres à la Ciudad de Santiago : vienen los Caribes sobre Caravalleda, y hallando resistencia, se retiran con pérdida. fol. 297.

Cap. III. Llega Don Diego de Zerpa à los Cumanagotos : puebla la Ciudad de los Cavalleros : intenta dar principio à su Conquista, y muere à manos de los Indios, con la mayor parte de su gente. fol. 299.

Cap. IV. Sale Garcí-González en busca de Paramaconi: nombra la Audiencia por Governador interino à Juan de Chaves; y los Indios de Mamo matan à Don Julian de Mendoza. fol. 302.

Cap. V. Prosigue Don Pedro de Silva en su descubrimiento, y defamparado de sus Soldados se retira à Barquisimeto : passa al Perú, y despues à España; y finalmente muere à manos de los Indios Caribes. fol. 307.

Cap. VI. Funda Alonso Pacheco la Ciudad de Maracaybo : entran

Christobal Cobos, y Gaspar Pinto à pacificar los Chagaragatos: muere el vno; y el otro, sin hazer fruto, se retira. fol. 312.

Cap. VII. Llega à Coro el Governador Diego de Mazariego : puebla el Capitan Salamanca la Ciudad de Carora; y Pedro Alonso Galeas entra en los Mariches. fol. 316.

Cap. VIII. Entra Gabriel de Avila en los Teques, y puebla el Real de Minas de nuestra Señora : haze Garcí-González diferentes correas, y sujeta con ellas los Indios de aquel Partido. fol. 324.

Cap. IX. Pacifica Francisco Infante los Pueblos de Salamanca : entra Francisco Calderon al Valle de Tacata, y disgustandose con sus Soldados, lo priva el Governador de el Thenientazgo. fol. 329.

Cap. X. Matan los Indios de Tacata à Juan Pasqual, y à Diego Sanchez: entra el Theniente Carrizo en aquel Valle, y obrando con rigor lo dexa mas alterado. fol. 332.

Cap. XI. Entra Garcí-González à el Valle de Tacata : trata con generosidad à los Indios, y consigue por este medio el reducirlos. fol. 336.

Cap. XII. Intentan los Indios de Salamanca matar à Francisco Infante, y à Garcí-González : defiende este con valor, y libra de la muerte al compañero. fol. 338.

Cap. XIII. Carga Garcí-González sobre sus hombros à Francisco Infante : camina con el toda la noche hasta llegar à los Teques, donde

donde, amparados de los Indios;
afleguran las vidas. fol. 342.

LIBRO SEPTIMO.

CAp. I. Sujeta Sancho Garcia con el castigo los Pueblos de Salamanca: sale Garcí-González de Silva en busca de los Caribes, que amenazaban à Valencia; y viene Don Juan Pimentel à gobernar la Provincia. fol. 345.

Cap. II. Embia el Governador à Garcí-González à la Conquista de los Cumanagotos: pelea con ellos en Chacotapa, y Unare: rompelos en ambas ocasiones, pero no quedan rendidos. fol. 350.

Cap. III. Funda Garcí-González la Ciudad de el Espiritu Santo en Querecrepe: buelve en busca de los Cumanagotos: pelea con ellos diferentes vezes, y sin conseguir su Conquista se retira. fol. 353.

Cap. IV. Despuebla Garcí-González la Ciudad de el Espiritu Santo: entra en los Quiriquires, donde, aunque la funda, no permanece: retirase à Santiago; y padece la Provincia vna gran peste de viruelas. fol. 358.

Cap. V. Amenazan los Caribes à la

Ciudad de Valencia: sale Garcí-González en su busca, y hallandolos en el Guarico los derrotó. fol. 361.

Cap. VI. Puebla Sebastian Diaz en los Quiriquires la Ciudad de San Juan de la Paz: atraviesa despues la Serrania, y funda en los Llanos la de San Sebastian de los Reyes. fol. 364.

Cap. VII. Entra Christobal Cobos à la Conquista de los Cumanagotos: puebla la Ciudad de San Christobal; y sentido de Don Luis de Roxas, dà la obediencia al Governador de Cumana. fol. 366.

Cap. VIII. Despueblase la Ciudad de Caravalleda: capitulan los vecinos de Santiago à Don Luis de Roxas; y viene D. Diego Ossorio à gobernar la Provincia. fol. 370.

Cap. IX. Embia la Provincia à Simon de Bolivar por su Procurador à España: aplicase Don Diego Ossorio à poner en forma las cosas de el Gobierno; y Juan Fernandez de Leon puebla la Ciudad de Guanare. fol. 373.

Cap. X. Saquea el Draque la Ciudad de Santiago; y refierese todo lo sucedido en la Provincia hasta el año de mil y seiscientos. fol. 376.

LAUS DEO.

En de *Don Antonio de Roxco,*

que se le quita *aun Indio en Mexico:*

en el año de *1738.*



Compro de Pablo Villegas;

~~En de~~

LAVUS DEO.